OXFORD

HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

Edición IAN SHAW

Lectulandia

Esta *Historia del Antiguo Egipto*, publicada originalmente por Oxford, es el clásico actual más importante sobre este apasionante tema y la primera obra que ofrece una visión completa de la civilización egipcia, desde los primeros momentos de la Edad de Piedra hasta su incorporación al Imperio Romano. Los extraordinarios textos y las bellas ilustraciones que componen esta obra nos descubren el nacimiento y desarrollo de esta cultura en un recorrido que comienza en el año 700000 a.C. y termina en el 311 d.C.

Los autores nos revelan los aspectos políticos, sociales y culturales más relevantes, como los secretos de las pirámides, las creencias en los dioses y en el más allá, los ritos funerarios, la vida doméstica… a la vez que nos acercan a personajes tan célebres como Tutankhamon, Nefertiti, Cleopatra… en un intento afortunado de describir el cambiante rostro del Antiguo Egipto.

La única historia de la civilización faraónica que en un solo volumen describe los 700.000 años transcurridos entre el nacimiento y el ocaso del Antiguo Egipto.

Escrita por un equipo de reconocidos arqueólogos y especialistas, situados en la vanguardia de la egiptología actual.

Ilustrada con más de 100 fotografías, mapas, planos e imágenes que dan vida a esta fascinante etapa de la historia.

Lectulandia

Edición de Ian Shaw

Historia del Antiguo Egipto

ePUB v1.0
Dermus 22.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Oxford History of Ancient Egypt*, 2000.
© De la edición, Ian Shaw, 2000
© De la traducción, José Miguel Parra Ortiz, 2007
Primera edición: marzo de 2007
Esta traducción se publica bajo licencia de Oxford University Press.
© La Esfera de los Libros, S.L., 2007

© Fotografías e ilustraciones de interior: Museum of Fine Arts, Boston (A. M. Lythgoe); The Metropolitan Museum of Art, Nueva York (Rogers Fund); The British Museum; Brooklyn Museum of Art; Musée du Louvre; Museo de El Cairo; The Griffith Institute (Ashmolean Museum, Oxford); The Trastees of the National Museums of Scotland; Universidad de Lovaina (R M.Vermeersch, E. Paulissen, P. van Peer y M. van Meenen); University College London Library (T. Quibell, B. Creen y W. B. Emery); Instituto Alemán de Arqueología, El Cairo (W. Kaiser, C. Vandersleyen y G. Dreyer); Oriental Institute of the University of Chicago; Egypt Exploration Society (G. Davies); Committee of the Egypt Exploration Society; Institut Francais d'Archéologie Oriéntale (El Cairo); Committee of the Egypt Exploration Society (W. B. Emery); Canal Capital Corporation; Werner Forman Archive/Museo de El Cairo; Guido Rossi (Image Bank); Jurgen Uepe Photo Archive; A. Lecler/IFAO; James Morrison/Axiom; Roger Wood/Corbis; CNRS Edirion/jean-Claude Golvin; Chomon-Perino (Turín); The Sindics of the Cambridge University Library (David Roberts); Sarah Stone/Tony Stone Images; Ian Shaw; Béatrix Midant-Reynes; Graham Harrison; Gordon Pearson; Barbara Ibronyi; Nancy Brill; F. Wendorf; R. Schild; A. E. Close; David O'Connor; W. M. F. Petrie; J. Dorner; Manfred Bietak; Louise C. Maguíre; Charles Bonnet; Barry J. Kemp; A. Lezine; V. Fritz ;A. Bowman; David Peacock y dibujos de William Schenk (cortesía de Stephen Harvey). Búsqueda de la documentación fotográfica realizada por Sandra Assersohn y Kathy Lockley.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de cubierta: Compañía
Ilustración de cubierta: Corbis/Cover
ISBN: 978-84-9734-623-8
Depósito legal: M. 4.272-2007

Editor original: Dermus (v1.0)
ePub base v2.0

PREFACIO

Esta obra describe el nacimiento y desarrollo de la inconfundible civilización de los antiguos egipcios desde sus orígenes en la Prehistoria hasta su incorporación al Imperio Romano. En 1961, basándose en los datos textuales y arqueológicos disponibles entonces, sir Alan Gardiner ofreció una imagen fresca y detallada de la historia de Egipto en su *Egypt of the Pharaohs* [edición española: *El Egipto de los faraones*, 1994]. La obra de Gardiner se centraba sobre todo en la actividad de los reyes, los gobiernos y los grandes funcionarios a lo largo de los siglos, desde el comienzo del Período Faraónico hasta la llegada de los ptolomeos. En cambio, la *Historia del Antiguo Egipto* no sólo se ocupa de los cambios políticos, sino también del desarrollo social y económico, de los procesos de cambio religioso e ideológico y de las tendencias de la cultura material, ya se trate de los estilos arquitectónicos, de las técnicas de momificación o de la fabricación de cerámica. El mayor alcance de esta imagen histórica se basa en la nueva documentación disponible, que ha comenzado a aparecer cuando los arqueólogos han empezado a estudiar y excavar ciertos tipos de yacimientos despreciados anteriormente.

Cada capítulo describe y analiza una fase concreta de la historia del Antiguo Egipto. Los autores destacan la secuencia principal de los acontecimientos políticos, cuyos restos han sobrevivido en diverso grado en los textos. No obstante, utilizando de telón de fondo el auge y caída de la dinastía reinante, también estudian los patrones culturales y sociales del período, incluidos los cambios estilísticos acaecidos en el arte y la literatura. Esto les permite comparar y contrastar fases puramente políticas con restos arqueológicos y antropológicos que engloban desde los cambios de estilo de la cerámica hasta las tasas de mortalidad humana. Cada autor intenta profundizar no sólo en *cuáles* son los factores del cambio cultural en los distintos momentos de la historia egipcia, sino también en *por qué* algunos cambian con más rapidez que otros y permanecen sorprendentemente estables en momentos de malestar político. No obstante, todos los capítulos están marcados por la irregularidad de los datos arqueológicos existentes, lo cual implica que algunos yacimientos y períodos pueden ser estudiados recurriendo a una inmensa variedad de fuentes, mientras otros sólo pueden ser reconstruidos de forma provisional debido a la carencia de ciertos datos (originada por una mala conservación, una mala técnica de excavación o una mezcla de ambas). Dado que cada período de la historia de Egipto es el resultado de la suma de la arqueología y los textos, cada capítulo de esta obra refleja de forma directa esa abundancia o escasez de documentación. Por esta misma razón, las diferencias de estilo, énfasis y contenido que se aprecian entre los distintos autores encuentran su origen principalmente en la naturaleza de las pruebas con las que están tratando.

Si bien la secuencia de los capítulos adopta la forma de una progresión histórica relativamente lineal, desde el Paleolítico hasta la época romana, cada sección contiene puntos de vista críticos sobre cada fase, que en ocasiones ponen en entredicho su consideración como unidades cronológicas independientes o estudian si existen en la cultura material tendencias más amplias que trascienden (e incluso se enfrentan) al marco político observado. Por ejemplo, en uno de ellos se menciona que el inconfundible descenso en el tamaño de las pirámides a partir de la IV Dinastía no necesariamente significa un descenso del poder real, como la mayoría de los historiadores asumen, sino que por el contrario puede ser un indicio de un uso más eficaz de los recursos a finales del Reino Antiguo y durante el Primer Período Intermedio.

El ritmo de los cambios en aspectos de la cultura egipcia como la arquitectura monumental, las creencias funerarias y la etnicidad no estuvo ligado necesariamente al ritmo de los cambios políticos. Cada autor de este volumen ha intentado dilucidar los factores subyacentes a los cambios sociales y políticos y describir, sin olvidarse del peligro que supone la distorsión y parcialidad de la arqueología y los textos, el aspecto versátil de la cultura egipcia, desde los detalles biográficos de los individuos hasta los factores sociales y económicos que influyeron en la vida de toda la población.

Ian Shaw
School of Archaeology, Classics and Oriental Studies
University of Liverpool, 31 de enero de 2000

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi profunda gratitud a Hilary O'Shea (editora *sénior* de Historia Antigua de Oxford University Press) y a Georga Godwin (editora *júnior*) por su ayuda en la elaboración de este libro. También quisiera agradecerle a Catbie Bryan su traducción del capítulo 3 y a Meg Davies la realización del índice.

Janine Bourriau quiere agradecer a Manfred Bietak, Irmgard Hein y David Aston su generoso permiso para utilizar información inédita de las excavaciones que se están llevando a cabo en el yacimiento de Avaris (Tell el Daba).

Alan Lloyd quisiera dejar constancia de su agradecimiento al doctor M. A. Leahy, a la doctora Dorothy Thompson y al profesor E W. Walbank, que leyeron versiones preliminares de sus capítulos y le ofrecieron muchos y valiosos comentarios sobre los mismos.

LISTA DE AUTORES

IAN SHAW	University of Liverpool
STAN HENDRICKX	Provinciale Hogeschool, Limburgo
PlERRE VERMEERSCH	Katholieke Universiteit, Lovaina
BEATRIX MIDANT-REYNES	Centre National de Recherches Scientifiques, París
KATHRYN BARD	University of Boston
JAROMIR MALEK	Griffith Institute, Oxford
STEPHEN SEIDLMAYER	Berlín-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften, Berlín
GAE CALLENDER	Macquarie University, Sydney
JANINE BOURRIAU	McDonald Institute, Cambridge
BETSY BRIAN	Johns Hopkins University, Baltimore
JACOBUS VAN DIJK	Rijksuniversitat, Groningen
JOHN TAYLOR	British Museum, Londres
ALAN LLOYD	University of Wales, Swansea
DAVID PEACOCK	University of Southampton

1. INTRODUCCIÓN

Cronologías y cambio cultural en el Antiguo Egipto

IAN SHAW

Como resulta evidente, cualquier historia depende de algún tipo de marco cronológico; en el caso del Antiguo Egipto, conseguir ese sistema de datación ha supuesto mucho tiempo y esfuerzos. Desde el momento mismo en que un sacerdote egipcio del siglo III a.C. llamado Manetón escribió la primera historia de Egipto al modo occidental, el «Período Faraónico» —desde c. 3000 hasta 332 a.C.— se ha dividido en varios períodos conocidos como «dinastías», cada una de las cuales consiste en una secuencia de soberanos, por lo general relacionados entre sí por factores como el parentesco o el emplazamiento de la principal de sus residencias reales. A lo largo de los años, este tipo de aproximación al tema ha sido muy útil para dividir la cronología egipcia en una serie de bloques, cada uno de los cuales con sus propias características diferenciadoras. No obstante, cada vez es más difícil reconciliar esta cronología, basada en los acontecimientos políticos, con los cambios sociales y culturales que desde la década de 1960 están revelando las excavaciones arqueológicas.

Cronología

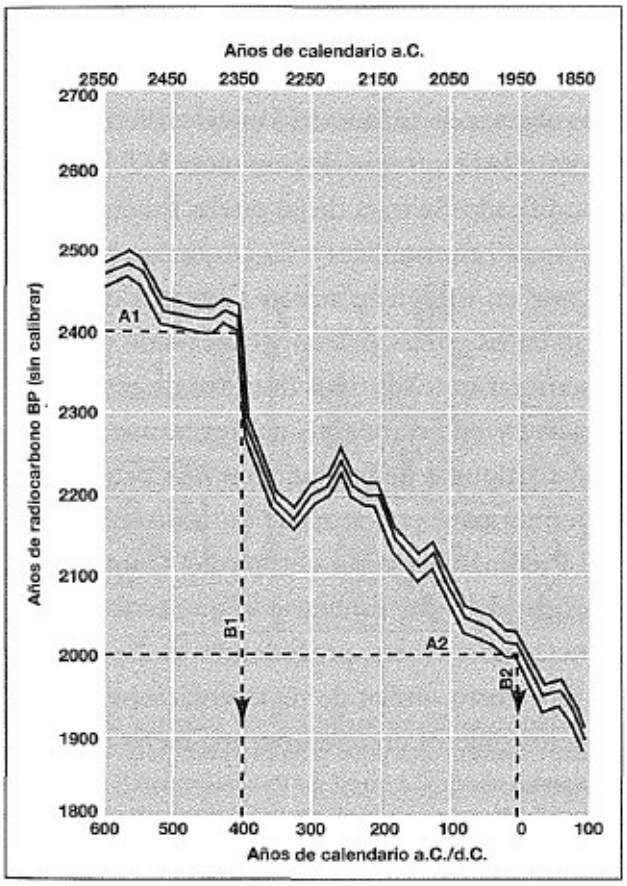
Según han ido aumentando y diversificándose los datos históricos y arqueológicos sobre el Antiguo Egipto, se ha ido haciendo evidente que a menudo el sistema de Manetón —pese a ser simple, duradero y conveniente— impide incluir en él muchas de las nuevas tendencias cronológicas que se pueden percibir más allá del mero traspaso del trono de un grupo de personas a otro. Algunos trabajos recientes muestran que en muchos momentos de su historia, Egipto estuvo bastante menos centralizado y unido culturalmente hablando de lo que se asumía con anterioridad, apreciándose cambios culturales y políticos a diferentes velocidades en las distintas regiones. Otros análisis muestran que los acontecimientos políticos a corto plazo, considerados a menudo como los factores primordiales de la Historia, pueden ser menos significativos desde un punto de vista histórico que los graduales procesos de cambio socioeconómico, los cuales pueden transformar el paisaje cultural de forma abrumadora a largo plazo. Del mismo modo que los largos Períodos «Predinásticos» de la Prehistoria egipcia han comenzado a comprenderse en términos de desarrollo cultural antes que político, el Período Dinástico (como sucede con los Períodos Ptolemaico y Romano) ha comenzado a comprenderse no sólo en términos de la tradicional secuencia de reyes y familias reinantes concretos, sino también en términos de factores como pueden ser los tipos de pasta utilizados en la cerámica o la decoración pintada de los ataúdes de madera.

Las cronologías del Antiguo Egipto compiladas por los egiptólogos contemporáneos combinan tres sistemas diferentes. Primero se encuentran los sistemas de datación «relativa», como las estratigrafías de las excavaciones o la *sequence dating* de los artefactos, inventada por Petrie en 1899. Desde finales del siglo XX, a medida que los arqueólogos han desarrollado una percepción más sutil de los modos en que cambiaban con el tiempo los materiales y diseños de los distintos objetos egipcios (sobre todo la cerámica), ha sido posible aplicar formas de seriación a muchos tipos diferentes de objetos. Así, por ejemplo, la seriación de Harco Willems de los sarcófagos del Reino Medio ha proporcionado una mejor comprensión de los cambios producidos en las distintas provincias de Egipto de la XI a la XIII Dinastías, completando la información ya disponible respecto a los cambios políticos nacionales ocurridos durante este mismo período.

En segundo lugar están las llamadas cronologías absolutas, basadas en registros de calendarios y astronómicos obtenidos de los textos antiguos. En tercer lugar tenemos los métodos «radiocarbónicos» (de los cuales los sistemas más utilizados son la datación por Carbono 14 y la termoluminiscencia), por medio de los cuales se pueden asignar fechas a tipos concretos de objetos o restos orgánicos en términos de medidas de descomposición o acumulación radiactiva.

Las fechas de radiocarbono y la cronología egipcia

La relación entre los sistemas cronológicos calendáricos y radiométricos ha sido relativamente ambivalente a lo largo de los años. Desde finales de la década de 1940, cuando una serie de objetos egipcios fueron utilizados como punto de referencia para calcular la fiabilidad de una técnica recién inventada de fechado por radiocarbono, se ha generado un consenso que considera que a grandes rasgos los dos sistemas coinciden. No obstante, el principal problema es que el sistema de datación calendárica tradicional, cualesquiera que sean sus fallos, prácticamente siempre posee un margen de error más pequeño que las fechas de radiocarbono, las cuales han de citarse necesariamente en términos de una amplia variación de fechas (es decir, una o dos desviaciones estándar) y nunca son capaces de ubicar en un año concreto (ni siquiera en una década específica) la construcción o fabricación de un edificio u objeto. Ciertamente, la llegada de las curvas de calibración dendrocronológica —que permiten convertir los lapsos de años radiocarbónicos en años calendáricos concretos — han supuesto una mejora significativa en términos de precisión. Pese a todo, los caprichos de la curva y la continua necesidad de tener en cuenta los errores asociados significan que las fechas todavía han de citarse como una gama de posibilidades más que como un año concreto.



Para convertir fechas de radiocarbono en fechas reales de calendario, aquéllas han de ser «calibradas» utilizando una curva dendrocronológica (de anillos de crecimiento de los árboles). Las fechas de radiocarbono pueden ser convertidas en fechas de calendario estimadas. La línea central de la curva muestra la estimación media de la edad, mientras que las dos líneas exteriores muestran los límites del error probable de la fecha (en una «desviación estándar»). Es posible utilizar un diagrama de este tipo para crear una calibración aproximada, pero se consiguen resultados más precisos utilizando programas de ordenador de fácil acceso.

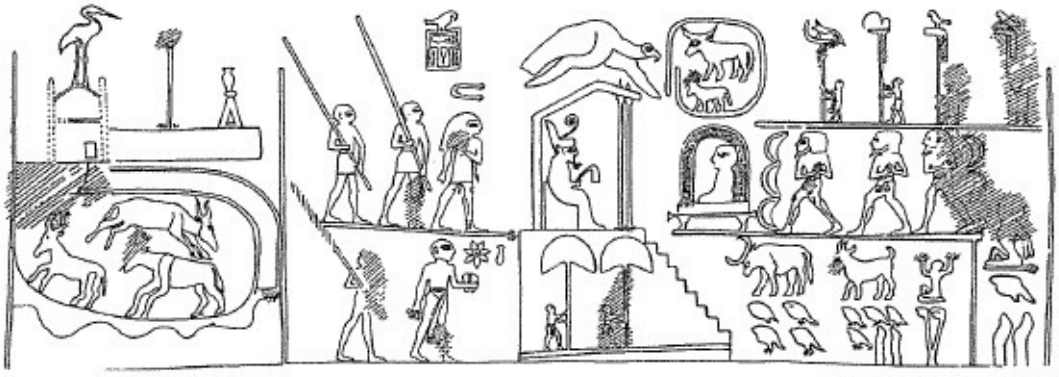
Por otra parte, la Prehistoria de Egipto se ha beneficiado enormemente de la aplicación de las fechas radiométricas, puesto que con anterioridad dependía de métodos de datación relativos (véanse los capítulos 2 y 3). Las técnicas radiométricas han hecho posible no sólo situar la *sequence dates* de Petrie dentro de un marco de referencia de fechas absolutas (por impreciso que sea), sino también llevar la cronología egipcia hasta los Períodos Neolítico y Paleolítico.

Desde la Prehistoria hasta la Historia: los artefactos de finales del Predinástico y la Piedra de Palermo

Sólo un pequeño número de objetos de finales del Período Predinástico se pueden utilizar como fuentes históricas que documentan la transición hacia un Estado plenamente unificado. Se trata de las estelas funerarias, las paletas votivas, las cabezas de maza ceremoniales y las pequeñas etiquetas (de madera, marfil o hueso) que en origen se ataron a objetos del ajuar funerario de la élite. En el caso de las estelas, paletas y cabezas de maza, su intención evidente era conmemorar muchos tipos distintos de actos de la realeza, ya fuera la propia muerte y enterramiento del rey, ya un acto de devoción suyo hacia una deidad. Algunas de las etiquetas más pequeñas y antiguas (en especial las recientemente encontradas en la «tumba real» U-j en Abydos, de finales del Predinástico, véase el capítulo 4) son meros registros de la naturaleza u origen del ajuar funerario al que estaban unidas; pero algunas de las etiquetas posteriores, procedentes de las tumbas reales de Abydos, utilizan un repertorio similar de representaciones de actos de la realeza para asignar a los objetos en cuestión una fecha particular del reinado de un rey concreto.

Si el propósito de este arte mueble de finales del cuarto milenio y comienzos del tercero era etiquetar, conmemorar y fechar, entonces su decoración ha de ser considerada en términos del deseo de comunicar el «contexto» del objeto atendiendo al acontecimiento y al ritual. Nick Millet ha demostrado lo anterior en su análisis de la Cabeza de Maza de Narmer, que formaba parte de un grupo de objetos votivos de finales del Predinástico y comienzos de la época faraónica (entre los cuales se encontraban la Paleta de Narmer y la Cabeza de Maza del rey Escorpión), excavados por Quibell y Green en el recinto del templo de Hieracómpoüs. El análisis de las escenas y textos de estos objetos se ve dificultado por nuestra moderna necesidad de distinguir entre acontecimiento y ritual. Sin embargo, los antiguos egipcios mostraron escasa inclinación por distinguir de forma consistente entre ambos y, de hecho, se puede decir que la ideología egipcia durante el Período Faraónico —sobre todo por cuanto está relacionada con la realeza— dependía del mantenimiento de un cierto grado de confusión entre los acontecimientos reales y los actos puramente rituales o mágicos.

En cuanto a las paletas y cabezas de maza, el egiptólogo canadiense Donald Redford sugiere que tal vez existió la necesidad de recordar ese acontecimiento único que fue la unificación a finales del tercer milenio a.C., pero que esos acontecimientos se «conmemoran» más que se «narran». La distinción es crucial: no podemos esperar desentrañar acontecimientos «históricos» a partir de unas escenas que son más conmemorativas que descriptivas y, en caso de hacerlo, a menudo podemos vernos inducidos al error.



Las escenas grabadas en la Cabeza de Maza ceremonial del rey Narmer, hallada en el templo de Hieracómpolis en *c.* 3000 a.C., incluyen una aparición ceremonial del rey con la Corona Roja sentado en un trono a la sombra de un baldaquino, al que se accede mediante unos escalones. Delante de él aparecen una figura sentada en una silla de mano, hileras de hombres barbudos (¿asiáticos?) y animales capturados en una campaña militar. Es evidente que los prisioneros están desfilando entre dos filas de tres mojones cada una.

Una de las fuentes históricas más importantes para el comienzo del Período Dinástico Temprano (3000-2686 a.C.) y del Reino Antiguo (2686-2125 a.C.) es la Piedra de Palermo, parte de una estela de basalto de la V Dinastía (c. 2400 a.C.) inscrita por ambos lados con unos anales reales que se remontan hasta los míticos gobernantes prehistóricos. El fragmento principal se conoce desde 1866 y en la actualidad se conserva en la colección del Museo Arqueológico de Palermo (Sicilia), si bien hay otros pedazos en el Museo Egipcio (El Cairo) y en el Museo Petrie (Londres). La estela original debió de tener unos 2,1 metros de altura y 0,6 metros de anchura, pero en la actualidad la mayor parte está perdida y no se conserva información sobre su lugar de origen. Este objeto —junto a los «diarios», anales y «listas reales» inscritas en las paredes de los templos y los papiros conservados en los archivos templarios y palaciegos— fue sin duda el tipo de documento que consultó Manetón cuando estaba compilando su historia o *Aegyptiaca*.

El texto de la Piedra de Palermo enumera los anales de los reyes del Bajo Egipto, comenzando con los muchos miles de años que se pensaba que habían reinado los soberanos mitológicos, hasta llegar a la época del rey Horus, que se dice que entregó el trono al rey humano Menes. Seguidamente se enumeran los soberanos humanos hasta la V Dinastía. El texto está dividido en una serie de líneas verticales que se curvan en su extremo superior, aparentemente para imitar el jeroglífico que significa año de reinado (*renpet*), indicando de este modo los acontecimientos memorables de cada uno de los años de reinado de cada rey. La situación se vuelve ligeramente confusa por el hecho de que las fechas citadas en la Piedra de Palermo parecen referirse a una serie de censos bianuales de ganado (*hesbet*) en vez de a los años que el soberano reinó; por lo tanto, el número de «años» de las fechas puede muy bien tener que multiplicarse por dos para encontrar el número real de años de reinado.

Los tipos de acontecimientos que se recogen en la Piedra de Palermo son las ceremonias de culto, el pago de impuestos, la realización de esculturas, la construcción de edificios y las guerras, precisamente el tipo de fenómenos que se grababa en las etiquetas predinásticas de marfil y ébano procedentes de Abydos, Sakkara y otros lugares de comienzos de la era histórica. La introducción del signo *renpet* en las etiquetas, producida durante el reinado de Djet, facilita esta comparación. No obstante, existen dos diferencias: la primera es que las etiquetas incluyen información administrativa, cosa que no hace la Piedra de Palermo; y la segunda que la Piedra de Palermo incluye la altura de la crecida del Nilo, cosa que no hacen las etiquetas. Estos dos tipos de información parecen haber ocupado el mismo espacio físico en los documentos, es decir, la parte inferior. Redford sugiere que los *genut* del Reino Antiguo (los anales reales que se asume existieron, pero a excepción de la Piedra de Palermo no han llegado hasta nosotros) se preocupaban por los cambios hidráulicos/climáticos que, debido a sus cruciales consecuencias agrícolas y económicas, eran en potencia el más importante aspecto de cambio por lo que respecta a la reputación individual de cada rey. No obstante, este tipo de información hidráulica puede haber sido considerada como irrelevante para la función desempeñada por las etiquetas atadas al ajuar funerario.

Listas reales, títulos reales y realeza divina

Además de la Piedra de Palermo, las fuentes básicas con las que cuentan los egiptólogos para construir la cronología tradicional del cambio político en Egipto son la historia de Manetón (por desgracia conservada sólo en forma de pasajes compilados por autores posteriores, como Flavio Josefo, Julio Africano, Eusebio y Jorge Sincello), las llamadas listas reales, los registros fechados de observaciones astronómicas, los documentos textuales y artísticos (como relieves y estelas) con descripciones aparentemente relativas a acontecimientos históricos, la información genealógica y las sincronías con fuentes no egipcias, como las listas reales de los reyes asirios. Para las Dinastías XXVIII a XXX , la Crónica Demótica es una fuente única fechada a comienzos de la época ptolemaica referida a los acontecimientos políticos del último período de la Baja Época, que hasta cierto punto compensa la escasez de información proporcionada por los papiros y monumentos de la época (así como el hecho de que Manetón se limita a dar los nombres y la duración de los reinados de los soberanos).Wilhelm Spiegelberg y Ja11net Johnson han demostrado que una cuidadosa traducción e interpretación de las «declaraciones oraculares» de este documento pseudoprofético puede arrojar nueva luz no sólo sobre los acontecimientos del período (como la sospechada corregencia entre Nectanebo I y su hijo Teo), sino también sobre el contexto ideológico y político del siglo IV a.C.

Como otros muchos pueblos de la Antigüedad, los antiguos egipcios fechaban los acontecimientos políticos y religiosos importantes no según el número de años transcurridos desde un punto fijo en la Historia (como es el caso del nacimiento de Cristo en el moderno calendario occidental), sino de los años pasados desde el ascenso al trono del rey actual (años de reinado). Por lo tanto, las fechas aparecen recogidas según el formato siguiente: «Día 2 del primer mes de la estación de *peret* del quinto año de Nebmaatra (Amenhotep III)». Es importante recordar que para los egipcios, al expresar las fechas en el modo en que lo hacían, el reinado de cada rey representaba un nuevo comienzo, no de forma filosófica, sino práctica. Esto significa que probablemente hubiera una tendencia psicológica a considerar cada nuevo reinado como un nuevo punto de origen, es decir, que esencialmente lo que cada rey hacía era recrear los mismos mitos universales de la realeza dentro de los acontecimientos de su propia época.

Un aspecto importante de la realeza egipcia durante todo el Período Faraónico fue la existencia de varios nombres diferentes para cada soberano. En el Reino Medio cada rey ya tenía cinco nombres (la llamada «titulatura quíntuple»), cada uno de los cuales se refería a un aspecto concreto de la realeza: tres de ellos hacían hincapié en el papel del rey como dios, mientras que los otros dos enfatizaban la supuesta división de Egipto en dos tierras unificadas. El nombre de nacimiento (o *nomen*),

como Ramsés o Mentuhotep, iba precedido por el título «hijo de Ra» y era el único que se le daba al faraón nada más nacer. Por lo general suele ser el último en aparecer en las inscripciones que identifican al rey con la secuencia completa de sus nombres y títulos. Los otros cuatro nombres —Horas, *nebty* («el de las dos señoras»), (Horas de) oro y *nesu-bit* («el del junco y la abeja»)— se le otorgaban en el momento de su ascenso al trono y en ocasiones sus componentes pueden expresar parte de la ideología o intenciones político-religiosas del rey en cuestión. En cuanto a los soberanos de la Dinastía 0 y comienzos del Dinástico Temprano, sólo conocemos «nombres de Horas», por lo general escritos dentro de un *serekh* (una especie de representación esquemática de la puerta de acceso al palacio), sobre el cual aparece posado un Horas halcón. Fue uno de los últimos reyes de la I Dinastía, Anedjib (c. 2900 a.C.), el primero en poseer un nombre de *nesu-bit* (Merpabia); pero no sería hasta el reinado de Esnefru (2613-2589 a.C.), en la IV Dinastía, cuando este nombre se rodeó por primera vez por la familiar forma del cartucho (un lazo que lo rodea y quizá signifique la extensión infinita de los dominios reales).

El título *nesu-bit* se ha traducido a menudo como «rey del Alto y del Bajo Egipto», pero en realidad posee un sentido mucho más complejo y significativo. *Nesu* parece hacer referencia al inalterable rey divino (casi a la propia realeza), mientras que la palabra *bit* describe al actual y efímero poseedor de la realeza, es decir, al rey que ejerce el poder en un momento concreto del tiempo. Por lo tanto, cada rey era una combinación de lo divino y lo mortal, el *nesu* y el *bit*, del mismo modo que el rey vivo estaba relacionado con Horus y los reyes difuntos (los antepasados regios) asociados con Osiris, el padre de Horus. La tradición del culto a los antepasados reales difuntos nació de la creencia de los egipcios en que sus reyes eran encarnaciones de Horus y Osiris. Esta convención, mediante la cual el soberano actual rendía homenaje a sus predecesores, fue el motivo de la creación de las llamadas listas reales, que no son sino listados de nombres de soberanos escritos en los muros de tumbas y templos (las más importantes se encuentran en los templos de Seti I y Ramsés II en Abydos, de la XIX Dinastía); pero también sobre papiros (de los cuales sólo se conserva un ejemplo, el llamado Canon deliran) o en remotos grafitos en las rocas del desierto, como la lista de la mina de limolita de Wadi Hammamat en el Desierto Oriental. La continuidad y estabilidad de la realeza se preservaban realizando ofrendas a todos los reyes del pasado considerados como soberanos legítimos, como vemos que realiza Seti I en su templo de culto en Abydos. Se suele considerar que las listas reales formaron parte de las fuentes utilizadas por Manetón para compilar su historia.

El Canon de Turín, un papiro ramésida fechado en el siglo XIII a.C., es la lista real egipcia que más información proporciona. Comienza en el Segundo Período Intermedio (1650-1550 a.C.) y se remonta con razonable exactitud hasta el reinado de

Menes, soberano de la I Dinastía (c. 3000 a.C.), e incluso más allá, hasta alcanzar una prehistoria mítica durante la cual los dioses gobernaron Egipto. La duración del reinado de cada rey aparece recogida en años, meses y días. También proporciona cierta base para el sistema de dinastías de Manetón, pues a finales de la V Dinastía sitúa una cesura (véase el capítulo 5).

Las listas reales no tienen que ver tanto con la historia como con el culto a los antepasados: el pasado se presenta como una combinación de lo general y lo individual, siendo celebradas la constancia y universalidad de la realeza mediante el listado de los diferentes poseedores de la titularidad regia. En su comentario del *Libro II* de Heródoto, Alan Lloyd escribe: «Como en su intento por situar acontecimientos concretos en el marco de una ley o principio generales todos los estudios históricos incluyen lo general y lo particular, entre ambos siempre se produce tensión, que en el caso de Egipto se resolvió abrumadoramente a favor de lo particular». El conflicto entre lo general y lo particular es, indudablemente, un factor importante en la cronología y la historia del Antiguo Egipto. Por lo general, los textos y objetos que forman la base de la historia egipcia transmiten una información que es o bien general (mitológica o ritual) o bien particular (histórica), por lo cual el quid para realizar una reconstrucción histórica consiste en diferenciar tan claramente como sea posible entre ambos tipos de información, teniendo en cuenta la tendencia egipcia a difuminar los límites entre ambas.

El egiptólogo suizo Erik Hornung describe la historia de Egipto como una especie de «conmemoración», tanto de la continuidad como del cambio. Del mismo modo que el rey vivo puede ser considerado como sinónimo del dios halcón Horus, sus súbditos (a partir como mínimo del Primer Período Intermedio) terminaron por identificarse al morir con el dios Osiris. En otras palabras, los egipcios estaban acostumbrados a la idea de representar a los seres humanos como una combinación de lo general y lo particular. Por lo tanto, su sentido de la Historia comprendía en la misma proporción lo específico y lo universal.

El papel de la astronomía en la cronología egipcia tradicional

En general, la tarea del historiador contemporáneo que estudia el Antiguo Egipto consiste en intentar combinar en un conjunto todos los fragmentos de información disponibles, que proceden de las biografías de particulares en las paredes de sus tumbas, las listas reales en los muros de los templos, las estratigrafías de las excavaciones arqueológicas y un amplio etcétera de otras fuentes de información. Durante la época faraónica, ptolemaica y romana, las cronologías «absolutas» tradicionales tienden a basarse en complejas redes de referencias textuales, donde se combinan elementos como nombres, fechas e información genealógica en un marco histórico general que es más fiable para unos períodos que para otros. Los llamados Períodos Intermedios han demostrado ser unas fases especialmente delicadas, en parte porque solía haber más de un soberano o dinastía reinando simultáneamente en diferentes regiones del país. Los registros conservados de observaciones del orto helíaco de la estrella Sirio (el Can) sirven tanto de eje para la reconstrucción del calendario egipcio como de vínculo esencial de éste con la cronología en general.

La diosa Sopdet, conocida como Sothis en el Período Grecorromano (332 a.C.-395 d.C), era la personificación de la «estrella del Can», que los griegos llamaban Seirios (Sirio). Suele ser representada como una mujer con una estrella sobre la cabeza, si bien su representación más antigua —en una tablilla de marfil del rey Djer de la I Dinastía (c. 3000 a.C.) encontrada en Abydos— la muestra como una vaca sedente con una planta entre los cuernos. Como en el sistema de escritura faraónico se utiliza una planta como ideograma con el significado de «año», es posible que los egipcios ya hubieran establecido la relación entre la aparición de la estrella del Can y el comienzo del año solar incluso a comienzos del tercer milenio a.C. Sopdet, junto a su esposo Sah (Osiris) y su hijo Soped, formaba parte de una tríada que era un paralelo de la familia compuesta por Osiris, Isis y Horus. Por lo tanto, aparece descrita en los *Textos de las pirámides* como unida a Osiris para dar a luz a la estrella de la mañana.

Por lo que respecta al calendario egipcio, Sopdet era la más importante de las estrellas o constelaciones conocidas como decanos, y la «aparición sothíaca» coincidía con el comienzo del año solar una vez cada 1.460 años (más exactamente cada 1.456 años). Sabemos que una de estas raras coincidencias del orto helíaco de Sopdet con el comienzo del año civil egipcio (o «año errante», como es descrito en ocasiones, puesto que se va retrasando con respecto al año solar aproximadamente un día cada cuatro años) tuvo lugar en 139 a.C., durante el reinado del emperador romano Antonino Pío, gracias a que el acontecimiento fue conmemorado con la acuñación de una moneda especial en Alejandría. Con anterioridad se produjeron

ortos helíacos en 1321-1317 a.C. y 2781-2777 a.C.; el período transcurrido entre cada uno de ellos se conoce como ciclo sotíaco.

La base de la cronología convencional de Egipto, que a su vez influye en la de toda la región mediterránea, la forman dos menciones en textos egipcios de apariciones de Sothis (fechados en los reinados de Senusret III y Amenhotep I). Estos dos documentos son: una carta procedente de Lahun, escrita el día 16, mes 4, de la segunda estación del año 7 del reinado de Senusret III; y un papiro médico tebano de la XVIII Dinastía (el Papiro Ebers), escrito el día 9, mes 3, de la tercera estación del año 9 del reinado de Amenhotep I. Asignando fechas absolutas a cada uno de estos documentos (1872 a.C. para el año 7 de Senusret III —Lahun— y 1541 a.C. para el año 9 del reinado de Amenhotep I —Ebers—), los egiptólogos han conseguido extrapolar un grupo de fechas absolutas para todo el Período Faraónico basándose en los registros de la duración de los reinados de los demás reyes del Reino Medio y del Reino Nuevo.

Pese a todo, no es posible tener plena confianza en las fechas absolutas mencionadas arriba, puesto que las fechas concretas dependen del lugar donde se realizaran las observaciones astronómicas. Se suele asumir —sin ninguna prueba real — que la observación tuvo lugar en Menfis o quizá en Tebas; pero tanto Detlef Franke como Rolf Krauss han sostenido que todas se realizaron en Elefantina. Por su parte, William Ward ha sugerido que es más probable que en todos los casos se trate de observaciones locales, lo que habría supuesto un retraso temporal en términos de las fiestas religiosas «nacionales» (es decir, que tanto las observaciones como las propias fiestas pueden haber tenido lugar en momentos y lugares diferentes del país). Esta constante falta de certeza significa que nuestros puntos de referencia astronómicos son un tanto vagos, si bien hay que mencionar que la diferencia entre las cronologías «alta» y «baja» (basadas en gran parte en el emplazamiento de los distintos puntos de observación) no suele ser mayor que unas pocas décadas en el peor de los casos.

Corregencias

Una de las particularidades de la cronología egipcia, origen tanto de confusión como de debate, es el concepto de «corregencia», una expresión moderna con la que se hace referencia a períodos en los cuales había dos reyes gobernando de forma simultánea, consistentes por lo general en un solapamiento de varios años entre el final del reinado de un faraón y el comienzo del siguiente. Este sistema puede haber sido utilizado, desde al menos el Reino Medio, para asegurar que la transmisión del poder tuviera lugar con los menores trastornos e inestabilidad posibles. También habría permitido que el sucesor elegido consiguiera experiencia de gobierno antes del fallecimiento de su predecesor.

No obstante, da la impresión de que el sistema de datación de las corregencias varió de un período a otro. Así, los corregentes de la XII Dinastía pueden haber utilizado fechas de reinado individuales, de tal modo que se produjeron solapamientos entre los reinados de los dos soberanos, produciendo lo que se conoce como fechas dobles cuando ambos sistemas se utilizaron para fechar un mismo monumento (véase el capítulo 7). Como en el Reino Nuevo no hay casos seguros de dataciones dobles, parece haberse utilizado un sistema diferente. Por ejemplo, durante los reinados de Tutmosis III (1479-1425 a.C.) y Hatshepsut (1473-1458 a.C.), las fechas parecen haberse contado con respecto a la subida al trono de Hatshepsut, como si ésta se hubiera convertido en soberana al mismo tiempo que Tutmosis III. Sigue siendo elemento de discusión si cada rey utilizó fechas separadas durante las posibles corregencias de Tutmosis III-Amenhotep II y Amenhotep III-Amenhotep IV. Los argumentos a favor y en contra de la corregencia de estos dos últimos reyes han sido revisados cuidadosamente por Donald Redford y después por William Murnane. Sin embargo, sigue habiendo una considerable controversia respecto a qué corregencias se produjeron realmente y cuánto tiempo duraron. Hay otros egiptólogos (entre los que se incluye Gae Callender, en el capítulo 7 de este volumen) que sostienen que nunca se produjeron corregencias de ningún tipo.

Las «épocas oscuras» y otros problemas cronológicos

Ya hemos mencionado algunos de los problemas que encontramos en la cronología egipcia, como la posible confusión que puede producir la conexión entre las observaciones astronómicas y fechas concretas, la falta de certeza respecto a qué corregencias ocurrieron realmente (en caso de que se produjera alguna) y la asunción de que los egipcios del Período Faraónico y posteriores databan los acontecimientos respecto a un año civil «errante» artificial de 365 días, el cual raras veces marchaba sincronizado con el año solar real.

Evidentemente no son éstos los únicos problemas históricos egipcios, que van desde la falta de fiabilidad de las fuentes (como por ejemplo la historia de Manetón, pues no conocemos ni sus fuentes ni poseemos el texto original) a la constante falta de certeza respecto a la duración de los reinados de los soberanos (por ejemplo, el Canon de Turín dice que Senusret II y Senusret III reinaron diecinueve y treinta y nueve años respectivamente, mientras que las fechas de reinado más altas encontradas en los documentos contemporáneos son, respectivamente, de sólo seis y diecinueve años).

Al igual que sucede en otras culturas, existen períodos de la historia de Egipto mejor o peor documentados que otros. Esta irregularidad en la documentación arqueológica y textual de las diferentes épocas es la principal causante de que se considere que existen «períodos intermedios», durante los cuales la estabilidad política y social del Período Faraónico parece haber estado temporalmente dañada. Así, se piensa que los períodos de continuidad política y cultural conocidos como los Reinos Antiguo, Medio y Nuevo vinieron seguidos cada uno de «épocas oscuras», durante las cuales el país se disgregó y debilitó como resultado de diferentes conflictos (ya fuera una guerra civil entre las distintas provincias o la invasión de pueblos extranjeros). Esta imagen fue a la vez negada y reforzada por la historia de Manetón. En primer lugar, Manetón presentó un equívoco aire de continuidad en la sucesión de reyes y dinastías al asumir que sólo un rey podía ocupar el trono de Egipto en un momento dado. En segundo lugar, sus descripciones de algunas de las dinastías correspondientes a los períodos intermedios sugieren que la realeza cambiaba de manos con una alarmante rapidez.

El estudio del Tercer Período Intermedio se ha convertido en una de las zonas más controvertidas de la historia de Egipto, sobre todo en la década de 1990, cuando varios especialistas lo estudiaron de forma intensiva. Florecieron así tres áreas de investigación. En primer lugar, varios aspectos de la cultura de la época (como la cerámica y los ajuares funerarios) se analizaron en términos de cambio de elementos como el estilo y los materiales. En segundo lugar se llevaron a cabo estudios antropológicos, iconográficos y lingüísticos respecto a la identidad étnica «libia» de

muchos de los soberanos de la XXI a la XXIV Dinastías. En tercer lugar, crucial desde el punto de vista de la historia del Período Faraónico como un todo, un pequeño grupo de especialistas afirmó que los cuatrocientos años ocupados por el Tercer Período Intermedio (así como otras muchas «épocas oscuras» aproximadamente contemporáneas de otros lugares de Oriente Próximo y el Mediterráneo) pueden haber sido artificialmente incrementados por los historiadores. Sugieren que el Reino Nuevo puede haber terminado no en el siglo XI a.C., sino en el siglo VIII a.C., lo que deja un lapso mucho más pequeño, de ciento cincuenta años, entre el final de la XX Dinastía y el comienzo de la Baja Época. No obstante, este punto de vista ha sido ampliamente descartado, no sólo porque los egiptólogos, asiriólogos y expertos en el Egeo han sido capaces de refutar muchos de los argumentos textuales y arqueológicos en los que se basaba este cambio en la cronología, sino, lo cual es más importante, porque los sistemas de datación científicos (es decir, el radiocarbono y la dendrocronología) casi siempre proporcionan bases sólidas e independientes para la cronología convencional. De hecho, la irrelevancia de estos pequeños ajustes del marco cronológico tradicional, dada la abrumadora y cada vez mayor importancia de las fechas científicas, ha sido memorablemente descrita por el arqueólogo clásico Anthony Snodgrass como «parecida a un esquema para reorganizar la economía de Alemania Oriental que se hubiera realizado en 1989 o comienzos de 1990».

En un nivel más cultural que cronológico, el significado de las divisiones históricas básicas (es decir, la diferencia entre los Períodos Predinástico, Faraónico, Ptolemaico y Romano) también ha comenzado a discutirse. Por una parte, los resultados de las excavaciones realizadas durante las décadas de 1980 y 1990 en los cementerios de Umm el Qaab (en Abydos) sugieren que antes de la I Dinastía hubo una Dinastía 0, que se remontaría hasta un momento sin precisar del cuarto milenio a.C. Esto significa que, como mínimo, uno o dos siglos del Predinástico probablemente fueran «dinásticos» en muchos aspectos políticos y sociales. Del mismo modo, las cada vez más abundantes pruebas de que los tipos cerámicos de Nagada II siguieron siendo ampliamente utilizados durante el Dinástico Temprano demuestran que ciertos aspectos del Predinástico continuaron existiendo durante la época faraónica (véase el capítulo 4).

Si bien existen rupturas políticas definidas entre la época faraónica y la ptolemaica, así como entre la época ptolemaica y la romana, los cada vez más abundantes datos arqueológicos para estos dos últimos períodos han comenzado a sentar las bases que permitirán ver el proceso del cambio cultural de una forma menos repentina de lo que sugieren los documentos puramente políticos. Así, resulta evidente que hay aspectos de la ideología y la cultura material del Período Ptolemaico que permanecieron virtualmente intactos pese a las turbulencias políticas. En vez de

considerar la llegada de Alejandro Magno y su general Ptolomeo como una gran línea divisoria en la historia de Egipto, muy bien se puede afirmar que aunque ciertamente hubo varios cambios políticos significativos entre la primera mitad del primer milenio a.C. y la primera mitad del primer rnileno d.C., éstos tuvieron lugar en medio de pausados procesos de cambio social y económico. Elementos significativos de la cultura faraónica pueden haber sobrevivido relativamente intactos durante milenios, sufriendo sólo una conjunta y completa transformación *cultural* y *política* a comienzos del Período Islámico, en el año 641 d.C.

El cambio histórico y la cultura material

Hacia finales del siglo XX se incrementó ostensiblemente el estudio de la cerámica egipcia, tanto en la cantidad de fragmentos de cerámica analizados (procedentes de una amplia variedad de yacimientos de distintos tipos) como en términos de la panoplia de técnicas científicas utilizadas para extraer información de los fragmentos. Como era de esperar, semejante mejora en nuestra comprensión de este prolífico aspecto de la cultura material tuvo un gran impacto en el marco cronológico. La excavación de parte de la ciudad de Menfis (el yacimiento de Kom Rabia) en la década de 1980 es un buen ejemplo del modo en que sistemas más sofisticados de abordar el estudio de la cerámica han permitido comprender mejor el proceso general del cambio cultural.

Los recipientes cerámicos pueden ordenarse atendiendo a su fecha relativa recurriendo a técnicas tradicionales, como la seriación del material de un cementerio y el análisis de grandes cantidades de material estratificado en yacimientos domésticos o religiosos; pero también se les puede atribuir una fecha absoluta bastante precisa, ya sea mediante el sistema tradicional de su asociación con material inscrito o artístico (sobre todo en tumbas) o mediante el uso de técnicas científicas como la datación por termoluminiscencia. Algunos especialistas han comenzado a estudiar el modo en que se modificaron con el paso del tiempo la forma y la pasta de las cerámicas. Así, por ejemplo, la forma de los moldes de pan sufrió un cambio dramático a finales del Reino Antiguo, pero todavía no está claro si la fuente de este cambio se encuentra en la esfera social, económica o técnica de la vida o si se trató sencillamente de un cambio de «moda». Este tipo de estudios demuestran que los procesos de cambio en la cultura material tienen lugar como resultado de una amplia variedad de razones, de las cuales sólo algunas están relacionadas con los cambios políticos, que son los que tienden a dominar la visión tradicional de la historia egipcia. Esto tampoco significa negar las muchas conexiones existentes entre los cambios políticos y los culturales, como puede ser la relación existente entre la producción centralizada de cerámica durante el Reino Antiguo y el resurgir de los tipos locales de cerámica durante el más fragmentado políticamente Primer Período Intermedio (seguido por la renovada homogeneización de la cerámica durante la más unificada XII Dinastía).

Al estudiar ciertas fases de la historia egipcia, como la aparición del Estado unificado a comienzos del Período Faraónico o el declive y desaparición del Reino Antiguo, para poder explicar repentinos cambios políticos importantes, los especialistas han examinado en ocasiones numerosos factores medioambientales y culturales. Sin embargo, uno de los problemas que presenta esta atención *selectiva* a las tendencias históricas no políticas, es el hecho de que como seguimos sabiendo

muy poco sobre los cambios medioambientales y culturales producidos durante los períodos de estabilidad y prosperidad, como los Reinos Antiguo y Medio, es mucho más difícil interpretar estos factores cuando se trata de una época de crisis política. Los cada vez más abundantes estudios sobre recipientes de cerámica y otros objetos comunes (además de factores medioambientales como el clima y la agricultura) están comenzando a sentar las bases para unas versiones más generales de la historia egipcia, en las cuales la narración política se considera dentro del contexto de los procesos de cambio cultural a largo plazo.

La «Historia» egipcia

Durante el Período Faraónico, el arte y los textos continuaron manteniendo la tensión ya presente durante el Predinástico y el Dinástico Temprano entre documentar y conmemorar, que puede definirse como la diferencia existente entre, por un lado, las utilitarias etiquetas atadas al ajuar funerario y, por el otro, los objetos votivos ceremoniales como las paletas y cabezas de mazas, de las cuales ya hemos hablado. Sabemos que el propósito de las primeras etiquetas funerarias era utilizar la historia como sistema para fechar cosas concretas y que el propósito de objetos de arte mobiliario como las paletas y las cabezas de maza —así como de las estelas y relieves de los templos del Período Faraónico— no era documentar acontecimientos históricos, sino sobre todo utilizarlos como medio para conmemorar actos universales realizados por soberanos o funcionarios reales concretos.

En el templo mortuorio de Ramsés III en Medinet Habu hay una escena en la cual el jefe libio Meshesher es llevado ante la presencia del rey. Es evidente que pretende ser un registro de la rendición de un extranjero de especial importancia, cuya humillación personal contiene la derrota de su pueblo; pero al mismo tiempo, a la izquierda, podemos ver cómo se amontona y se cuenta con cuidado una pila de manos libias, uno de los detalles que nos permiten ver cómo la imagen se diferencia de un cuadro histórico occidental moderno. Es parte de un relieve de un templo mortuorio y, como tal, cumple con la obligación del rey de demostrar su devoción hacia los dioses. Exactamente del mismo modo en que los particulares del Reino Nuevo escribían textos «autobiográficos» en los muros de las capillas de sus tumbas para recordarles a los dioses su devoción y beneficencia, los relieves de los templos mortuorios reales simbolizaban una especie de procedimiento de recuento, una cuantificación visual del éxito alcanzado por el rey, tanto para los dioses como merced a ellos.

Según el sentido egipcio de la historia, los acontecimientos rituales y reales son inseparables —el vocabulario del arte y los textos egipcios no suele realizar ninguna distinción entre lo real y lo ideal—. De este modo, tanto los acontecimientos de la historia como los mitos se consideran parte de un proceso de valoración mediante el cual el rey demuestra que está conservando la *maat*, o armonía, en nombre de los dioses. Incluso cuando un monumento parece no estar conmemorando sino un acontecimiento concreto de la historia, a menudo lo hace considerándolo como un acto que es a la vez mitológico, ritual y económico.

2. PREHISTORIA

Desde el Paleolítico hasta la cultura badariense (c. 700000-4000 a.C.)

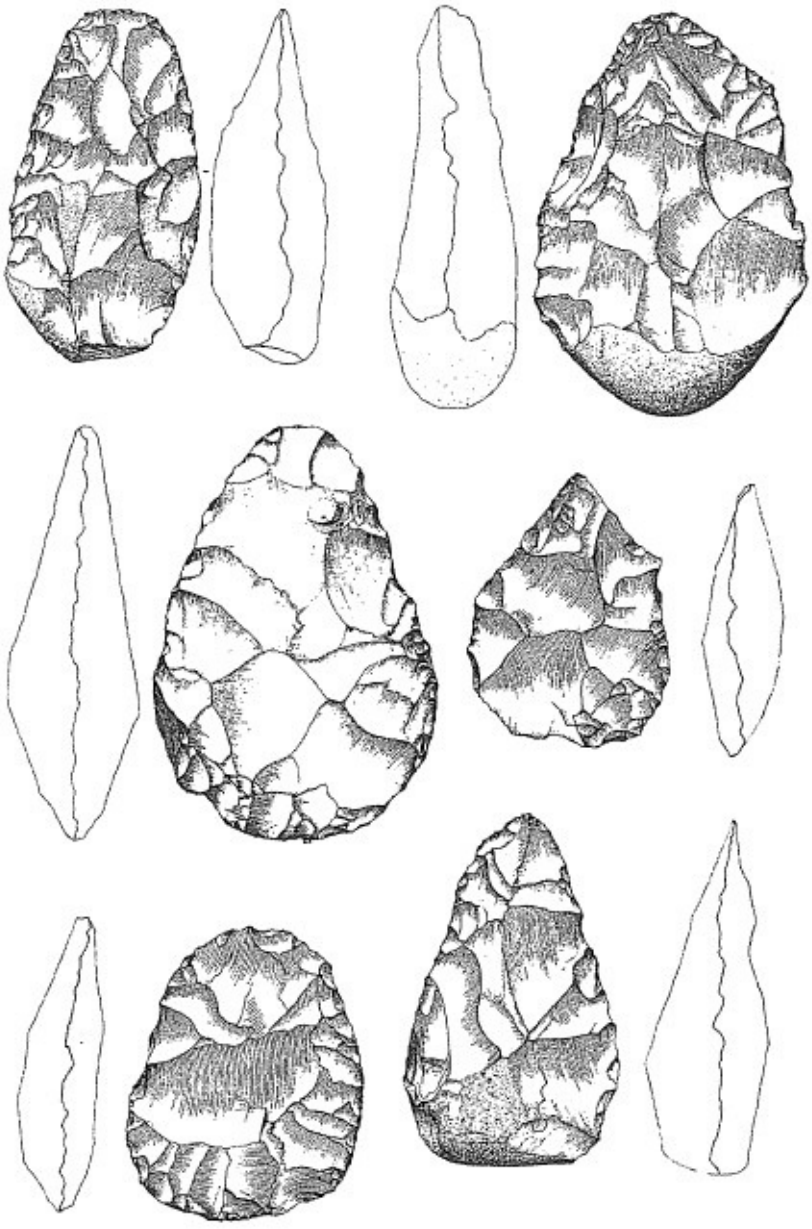
STAN HENDRICKX Y PIERRE VERMEERSCH

Se ha convertido en un lugar común decir que Egipto es un don del Nilo, porque cada año a finales de verano la inundación del río traía nueva vida al valle. Por tanto, Egipto era básicamente un rico oasis en medio de una zona muy amplia del Sahara. Sin embargo, no siempre ha sido así: los primeros habitantes de Egipto vivían en un entorno distinto. En primer lugar, el clima no siempre ha sido tan árido como lo es en la actualidad (el Alto Egipto moderno es una de las regiones más secas del mundo), oscilando entre la hiperaridez actual y un estado de sequedad saheliana. En segundo lugar, el propio Nilo no ha sido siempre un río de meandros en una amplia llanura, con crecidas a finales de verano. Durante algunas épocas, el Nilo se vio reducido bien a una serie de efímeras cuencas independientes en *wadis* o bien tuvo un caudal generalmente escaso, absorbido por sus propios e inmensos depósitos aluviales. Sólo cuando su cabecera llegó hasta Etiopía trajo sus ricos depósitos de aluvión hasta Egipto. Por último, si bien es evidente que el río trajo la vida a Egipto, con ella también vino la erosión de los depósitos arqueológicos más antiguos. Lo cual quiere decir que no debemos sorprendernos al descubrir que sólo se han conservado escasos restos de la primera ocupación humana en la zona.

Debido a su posición geográfica, Egipto fue un importante punto de paso para los primeros humanos que emigraban desde el este de África hacia el resto del Viejo Mundo. Sabemos que los primeros *Homo erectus* abandonaron África y llegaron a Israel hace 1,8 millones de años. Por lo tanto, no hay motivos para dudar de que pequeños grupos de *Homo erectus* visitaran y probablemente habitaran en el valle del Nilo. Desafortunadamente, sólo conservamos unas pocas pruebas de este acontecimiento y, lo que es peor, no podemos fecharlas, porque las pruebas circunstanciales también son muy escasas. En algunos depósitos de principios y mediados del Pleistoceno, como canteras de grava en Abassiya y depósitos de grava tebanos, se han encontrado ejemplares aislados de *choppers*, *chopping tools* y lascas, similares a los asociados a los primeros homínidos en el este de África. Sin embargo, es probable que la mayor parte de estos objetos sean de origen no humano y todos son depósitos secundarios.

El Paleolítico Inferior

Muchos artefactos del Paleolítico Inferior, incluidas numerosas hachas de mano achelenses, han sido hallados dentro y encima de depósitos de grava locales. En Egipto no se han encontrado huesos humanos asociados a esta fase achelense; pero se puede asumir que el fabricante de estos objetos fije el *Homo erectus*. Una mala comprensión de la geomorfología del desierto ha llevado a muchos investigadores a creer que el Achelense puede relacionarse con una cronología de terrazas del Nilo, aunque desgraciadamente no es el caso. Sin embargo, podemos suponer que el *Homo erectus* pasó por aquí con regularidad, dejando sus hachas de mano en muchos lugares. La pedimentación y la erosión fluviales produjeron la dispersión de la mayoría de estas hachas de mano y objetos relacionados. Por este motivo no resulta algo excepcional encontrar hachas de mano achelenses en la superficie actual de las zonas desérticas del valle del Nilo. A comienzos del siglo XX las colinas sobre las cuales discurre el camino que conduce desde Deir el Medina hasta el Valle de los Reyes, desde el cual se divisa la zona occidental de Luxor, eran especialmente populares para «recoger» hachas de mano. Si bien muchos de esos hallazgos aislados no pueden ser datados, probablemente son todo lo que se conserva, tras una erosión intensiva, de unos amplios yacimientos achelenses. En algunos lugares, como Nag Ahmed el Khalifa, cerca de Abydos, ha sido posible observar que los artefactos permanecían agrupados, aunque no se encontraran ya en su contexto original. Aquí y en otras partes de la región de Quena, semejantes concentraciones de hachas de mano aparecen encima de los primeros depósitos de arcilla que atestiguan el contacto del río Nilo con su cabecera de Etiopía. Consideramos que la edad de estos hallazgos ha de situarse en torno a 400000-300000 B.P.[1], pero no es más que una suposición. Para poder documentar adecuadamente la ocupación achelense necesitaríamos más información sobre factores como la distribución espacial original y los restos de fauna asociados.



Estas hachas de mano del Paleolítico Inferior, procedentes de Nag Ahmed el Khalifa, cerca de Abydos, son típicas de la fase más temprana del uso de herramientas en el valle del Nilo, *c.* 400000-300000 B.P.

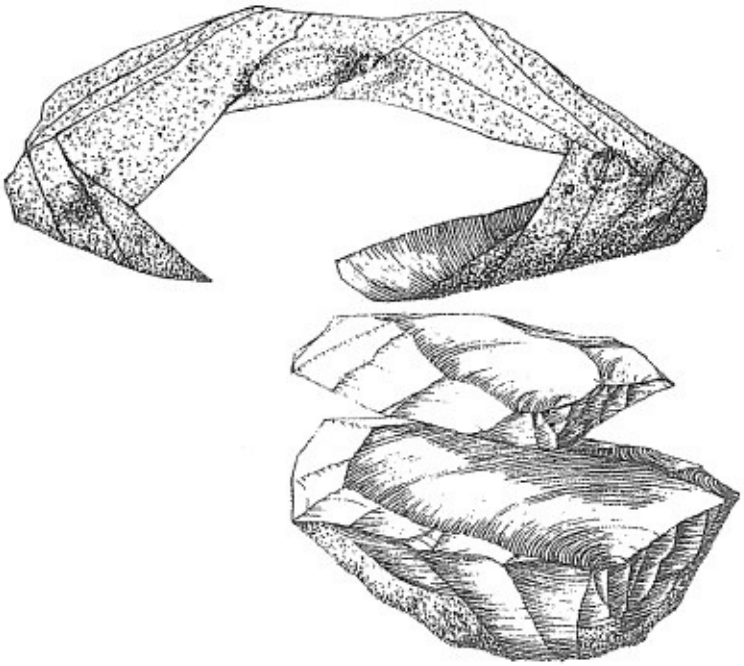
Como resultado de las excavaciones de urgencia realizadas durante la década de 1960, antes de que la mayor parte de la zona quedara inundada por el lago Nasser, nuestro conocimiento de la Nubia prehistórica está comparativamente bien documentado. Las concentraciones de hachas de mano achelenses aparecieron sobre todo encima de *inselbergs* (cimas erosionadas de colinas), donde era posible conseguir materia prima de buena calidad: arenisca ferruginosa. Como muchos de los yacimientos estuvieron expuestos en la superficie durante muchos cientos de miles de años, no es de esperar que hayan sobrevivido otros restos que no sean Mucos. Incluso cuando ése es el caso, sólo poseemos una información limitada y carecemos de medios seguros para datarlos, a excepción de las aproximaciones tipológicas. Según

estas tipologías, los yacimientos pueden asignarse al Achelense Temprano, Medio y Tardío respectivamente. Es notable que los hendedores, tan característicos del resto de África, no aparezcan en estos conjuntos, lo cual sugiere que durante el Achelense Nubia probablemente constituyera una provincia particular en África, un enclave original.

En el Desierto Occidental se conocen varios yacimientos del Achelense Final, sobre todo en los oasis de Kharga y Dakhla, además de en Bir Sahara y Bir Tarfawi. Estos yacimientos se encuentran situados en las escarpaduras que rodean los oasis, pero los hallazgos más importantes se encuentran asociados a arroyos fósiles en el suelo de depresiones de oasis o en los depósitos de la playa. Todos los yacimientos están claramente relacionados con condiciones húmedas, cuando en la zona era posible una vida de caza-recolección. La mayor parte de los yacimientos conocidos se encuentran en mal estado de conservación, pero se ha sugerido que los antiguos canales del Desierto Occidental, descubiertos por radar desde el transbordador espacial, son ricos en yacimientos achelenses, ninguno de los cuales ha sido excavado todavía.

El Paleolítico Medio

La imagen que se obtiene del Paleolítico Medio egipcio es bastante compleja. Se origina en el Achelense Final, cuando las hachas de mano pasan a estar asociadas a foliáceas bifaciales y a técnicas de percusión típicas de Nubia. Este tipo de conjuntos pueden datar de antes del año 250000 B.P. El destino de los yacimientos con este tipo de conjuntos es similar al de los achelenses: por todo el desierto se pueden recoger artefactos dispersos que en tiempos estuvieron juntos en el mismo yacimiento, en la actualidad destruido. A juzgar por el elevado número de este tipo de objetos, es tentador asumir que la densidad de población era relativamente elevada.



El estudio de los numerosos núcleos de piedra levallois del Paleolítico Medio, como este ejemplar encontrado en Taramsa-1, ha permitido reconstruir la secuencia seguida por los antiguos talladores de piedra para obtener lascas y reducir su tamaño.

Al igual que sucede en muchas zonas del Viejo Mundo, el Paleolítico Medio egipcio se caracteriza por la introducción del método «levallois», una técnica especial diseñada para producir lascas y hojas de tamaño fijo a partir de un nódulo de pedernal. Además del típico sistema levallois, el método nubio de percusión fue introducido para crear lascas puntiagudas. En el Paleolítico Medio egipcio se pueden distinguir varias «entidades» artefactuales. La cronología todavía no está clara, pero la investigación, sobre todo en el Desierto Occidental y en la zona de Quena, proporciona varias claves. A modo de tentativa, podemos proponer el esquema que aparece en la figura de abajo.

Entrada artefactual	Fecha
Paleolítico Superior	24000-50000 (?) B.P.
Grupo de transición con el taramsaniense	50000-70000 B.P.
Paleolítico Medio Tardío con el halfaniense y el safahaniense	70000-80000 B.P.
Mediados del Paleolítico Medio con el khormuniense, musteriense denticulado, Grupo K egipcio, Grupo N egipcio, musteriense nubio y musteriense del Sahara	80000-150000 B.P.
Paleolítico Medio Temprano con Paleolítico Medio Nubio	150000-250000 B.P.

Esquema cronológico tentativo para las diversas entidades artefactuales del Paleolítico Medio egipcio (*c.* 250000-24000 B.P.).

El Paleolítico Medio Nubio se caracteriza por la técnica levallois nubia y por hojas bifaciales y pedunculadas. Se conoce sobre todo por Nubia, donde se han descubiertos varios yacimientos. Si bien es indudable que también estaba presente en Egipto, allí no se han encontrado todavía yacimientos bien conservados. Finalmente, se ha conseguido información importante referida a mediados del Paleolítico Medio. En Bir Tarfawi y Bir Sahara, en el Desierto Occidental, se han excavado numerosos yacimientos bien conservados del musteriense del Sahara. Es evidente que los yacimientos en esta zona sólo fueron accesibles durante las fases húmedas, que probablemente hay que considerar como períodos cortos en un clima principalmente seco.

Durante la mayoría de los períodos de ocupación, en el Desierto Occidental hubo lagos permanentes o, durante algunos intervalos, playas estacionales alimentadas por lluvias locales de hasta 500 mm al año. En algunas fases, los lagos podían alcanzar una profundidad superior a los siete metros. La zona era abandonada durante los períodos de hiperaridez, que separaban los episodios lacustres. Raederas, puntas y denticulados son las herramientas mejor representadas. Los entornos del lago y la playa probablemente fueran ricos en recursos florales que era fácil explotar, pero desgraciadamente no existen pruebas arqueológicas de ello. La fauna que aparentemente explotaban las gentes de esta época iba desde la liebre, el puerco espín y el gato salvaje en un extremo del espectro del tamaño, hasta el búfalo, el rinoceronte y la jirafa en el otro extremo. Pequeñas gacelas, principalmente de la especie dorcas, dominan el conjunto. La presencia de estos animales sugiere que la caza selectiva —quizá estacional— de pequeñas gacelas se combinaba con acopios de carne más oportunistas de piezas mayores.

La aparente diferencia de contenido entre los yacimientos encontrados en distintos emplazamientos puede tratarse de un reflejo de la variación en las actividades realizadas en ellos. Los yacimientos hallados en terrenos hidromórficos

fosilizados, caracterizados por una baja densidad de artefactos, indican un uso limitado, que probablemente combine varias fases breves de uso de los mismos durante años muy secos. Los yacimientos hallados en arenas de playa eran accesibles durante la mayor parte del año, pero es probable que no durante la temporada de aguas más altas, quizá durante el verano. Los yacimientos asociados a los lechos secos de lagos reflejan episodios inusualmente áridos, cuando los lagos se secaron dejando sus lechos expuestos.

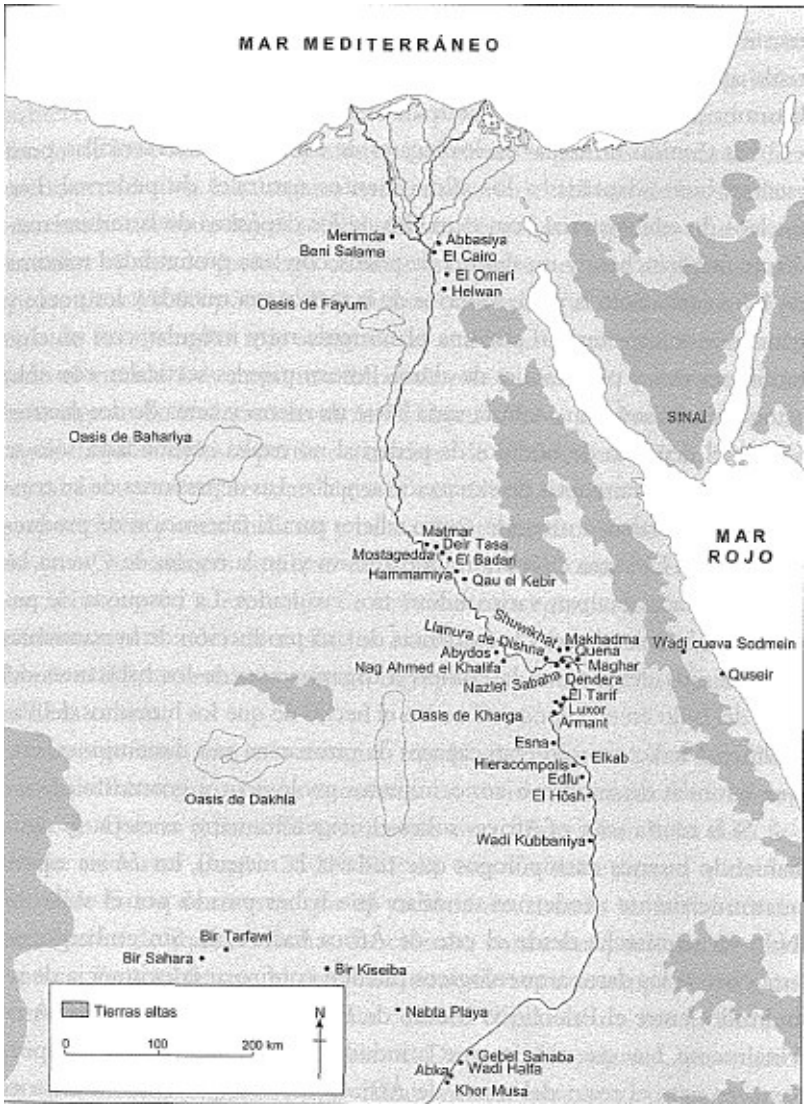
Las excavaciones en la cueva Sodmein, cerca de Quseir, en las montañas del mar Rojo, revelan unas condiciones húmedas similares durante parte de mediados del Paleolítico Medio, con presencia de cocodrilos, elefantes, búfalos, kudu y otros grandes mamíferos. Aparentemente, la cueva fue visitada durante un amplio período de tiempo, pero siempre se trató de estancias cortas. En ocasiones se utilizaron hogares más grandes.

Un modo de vida comparable puede haber existido en el valle del Nilo, pero todavía no se han encontrado yacimientos en la llanura de inundación. Por otro lado, el valle del Nilo nos ha proporcionado muchos yacimientos que documentan la extracción de materias primas. Existen yacimientos contemporáneos a la ocupación del Desierto Occidental en Nazlet Khater y Taramsa, donde los grupos de mediados del Paleolítico Medio iban a buscar materias primas, principalmente nódulos de pedernal, a los depósitos de las terrazas. Estos grupos se diferencian por sus sistemas de percusión: el Grupo K egipcio utilizaba el clásico método levallois, además de la producción de lascas a partir de núcleos de uno y dos planos de percusión, mientras que el Grupo N egipcio utilizaba frecuentemente el método levallois nubio. Las herramientas siempre son raras en estos yacimientos de extracción, porque los artefactos producidos aquí estaban destinados a ser transportados a los lugares de habitación, situados probablemente en la llanura de inundación del Nilo. Por desgracia, es probable que estos yacimientos hayan quedado cubiertos por aluviones recientes y no se han encontrado.

Material de finales del Paleolítico Medio, junto a artefactos halfanienses y safahanienses (levallois de Idfuan), ha sido encontrado en lugares de extracción, como Nazlet Safaha, cerca de Quena, así como en lugares de habitación cerca de Edfu. La industria halfaniense, sin embargo, estaba restringida principalmente a Nubia. En comparación con el Paleolítico Medio más temprano, la técnica levallois nubia fue desapareciendo y, además de la producción de lascas y hojas a partir de núcleos de plataformas sencillas y dobles, sólo se utilizó un levallois clásico evolucionado para la producción de delgadas hojas levallois. En los lugares de habitación se utilizaban buriles, muescas y denticulados. Mientras tanto, el clima se volvió de nuevo árido o hiperárido y así permaneció. La evolución del clima cambió las condiciones de vida por completo, haciendo que las fuentes de alimentación

quedaran casi por completo restringidas a la llanura de inundación. Este cambio climático obligó a la gente que vivía en el Sahara a abandonar la zona, lo que tuvo como resultado una concentración de población humana en el valle del Nilo.

Durante el período final del Paleolítico Medio (Taramsaniense) hubo una clara tendencia hacia la producción de hojas a partir de núcleos de gran tamaño; gracias a un proceso virtualmente continuo de producción, en vez de conseguir unas pocas hojas levallois, con un único núcleo se podían conseguir muchas hojas. En Taramsa-1, un impresionante yacimiento de extracción y producción de esta época cercano a Quena, se puede observar que existía un creciente interés por la producción de hojas, un sistema que se generalizaría posteriormente durante el Paleolítico Superior. Conjuntos similares han sido identificados en el Neguev, donde la transición desde las lascas levallois hasta la producción de hojas ha sido documentado en Boker Tachtit, en torno al año 45000 B.P. El enterramiento de un niño «anatómicamente moderno» en Taramsa-1 está asociado al final de Paleolítico Medio. Es probable que esta inhumación sea la tumba más antigua que se ha descubierto en África.


MAR MEDITERRÁNEO
Merimda
Beni Salama
Abbasiya
El Cairo
El Omari
Helwan
Oasis de Fayum
SINAÍ
Oasis de Bahariya
MAR ROJO
Matmar
Deir Tasa
Mostagedda
El Badari
Hammamiya
Qau el Kebir
Shuwikhat
Llanura de Dishna
Makhadma
Quena
Abydos
Magher
Nag Ahmed el Khalifa
Dendera
Nazlet Sabaha
El Tarif
Luxor
Oasis de Kharga
Armant
Wadi cueva Sodmein
Quseir
Esna
Elkab
Hieracómpolis
Edfu
El Hôsh
Oasis de Dakhla
Wadi Kubbaniya
Bir Tarfawi
Bir Sahara
Bir Kiseiba
Tierras altas
N
0
100
200 km
Nabta Playa
Gebel Sahaba
Abka
Wadi Halfa
Khor Musa

Las técnicas utilizadas en los lugares de extracción eran sencillas, pero estaban bien adaptadas a los afloramientos naturales de pedernal. Los núcleos de este material eran extraídos de los depósitos de la terraza mediante una trinchera y un sistema de pozos, con una profundidad máxima de 1,7 metros. Sólo la parte superior de la terraza era minada y los pozos y trincheras se caracterizan por una planimetría muy irregular, con muchas ramificaciones y oscilaciones de altura. Poseen paredes verticales, con sólo retoques menores y su anchura varía entre un metro y cerca de dos metros. Como el depósito de nódulos de pedernal no estaba consolidado, sólo se necesitaban herramientas de extracción sencillas. Las depresiones de las trincheras se utilizaban a menudo como talleres para la fabricación de productos levallois. La extracción era muy extensiva y, en la región de Quena, las zonas afectadas ocupan varios kilómetros cuadrados. La búsqueda de pedernal de buena calidad y la existencia de una producción de herramientas especializada demuestran la compleja organización de los habitantes del valle del Nilo en esta época, así como el hecho de que los humanos del Paleolítico Medio no sólo eran capaces de razonar en tres dimensiones, sino que también desarrollaron conocimientos geológicos y geomorfológicos.

Si la teoría «out of Africa» sobre el origen humano es cierta (y sigue habiendo buenos antropólogos que todavía la niegan), los *Homo sapiens* anatómicamente modernos tendrían que haber pasado por el valle del Nilo en su marcha desde el este de África hacia Asia. Sin embargo, no está claro si los datos arqueológicos pueden confirmar la existencia de similitudes entre el Paleolítico Medio de Egipto y el del suroeste de Asia. Finalmente, hay que señalar que la industria aterianense, que tan importante es para el resto del norte de África, sólo está presente en algunos oasis del Desierto Occidental.

El Paleolítico Superior

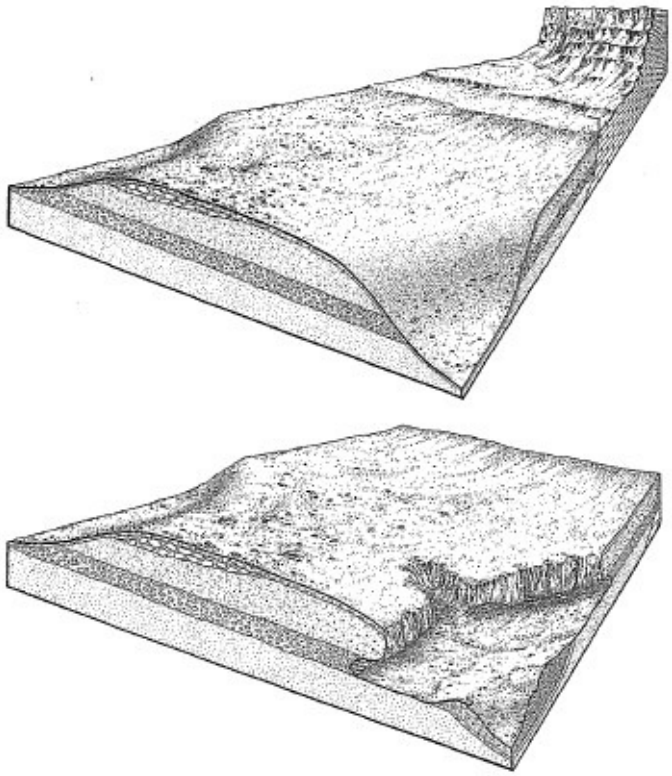
Los yacimientos del Paleolítico Superior son raros en Egipto. El más antiguo de ellos es Nazlet Khater-4, en el Egipto Medio, donde el pedernal se extraía no sólo mediante trincheras y pozos de mina (con una profundidad máxima de dos metros), sino también mediante galerías subterráneas que comenzaban en las paredes de las trincheras o en el fondo de los pozos. De este modo se obtuvieron galerías de más de diez metros cuadrados. Los hogares encontrados en el relleno de las trincheras, donde tuvieron lugar actividades de percusión, sugieren que la extracción minera se prolongó durante un amplio período de tiempo, entre los años 35000 y 30000 B.P., lo que convertiría a Nazlet Khater-4 en uno de los ejemplos más antiguos de actividad minera subterránea de todo el mundo. Los conjuntos líticos de este yacimiento ya no presentan resto alguno de la técnica levallois. El objetivo de la producción era conseguir hojas simples a partir de núcleos de plataforma única. Entre las herramientas se encuentran algunos raspadores, buriles y denticuladas, pero también puntas foliáceas y hachas bifaciales. Como no han aparecido otros yacimientos similares en Egipto, es difícil establecer la importancia de éste en la evolución de la Prehistoria egipcia. Junto a la mina, evidentemente asociada a ella, los excavadores encontraron una tumba donde el difunto estaba enterrado de espaldas, con un hacha bifacial cerca de la cabeza.

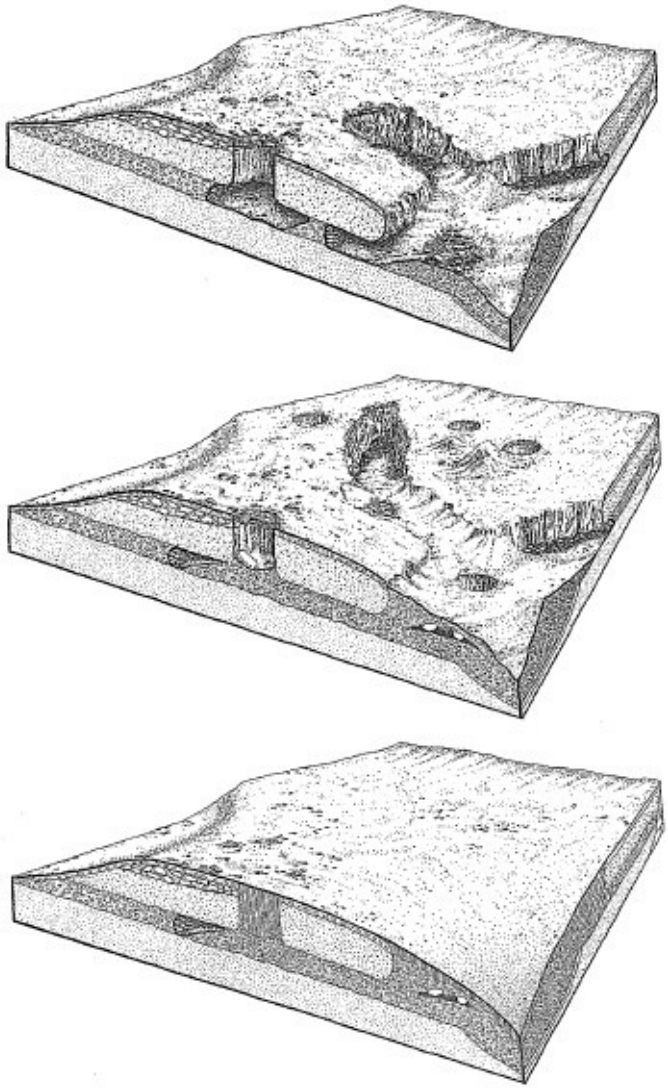
La siguiente fase más antigua, tras Nazlet Khater-4, fue la industria shuwikhatiense, que se encuentra en varios yacimientos en la cercanía de Quena y Esna. El yacimiento tipo, Shuwikhat-1, ha sido fechado en torno al año 25000 B.P. El estudio del entorno y de los restos de fauna demuestra que el yacimiento, situado en la llanura de inundación de aquellas fechas, funcionaba como campamento de caza y pesca. Es posible que el shuwikhatianense sea contemporáneo a un corto período húmedo, pero este cambio climático no fue lo bastante importante como para repoblar el Desierto Occidental, que siguió sin ocupación humana. El shuwikhatiense se caracteriza por unas hojas robustas, obtenidas a partir de núcleos de plataformas opuestas. Las herramientas más habituales son hojas denticuladas, raspadores y buriles.

En el marco del norte de África y el suroeste de Asia, el Paleolítico Superior de Egipto parece bástate inusual, si bien es posible que hubiera algunas conexiones con la industria dabbaniense de Cirenaica y la ahmariense del sur de Israel y Jordania.

El Paleolítico Final

Al contrario de lo que sucede con los del Paleolítico Superior, en Egipto se han encontrado muchos yacimientos del Paleolítico Final, fechados entre los años 21000 y 12000 B.P. El clima siguió siendo hiperárido, como lo fue durante el Paleolítico Superior; pero el río había comenzado a contener menos agua y más arcillas, debido a la aridez presente en su cabecera y a la importante actividad erosiva producida por el frío glacial final que afectaba a las tierras altas de Etiopía. Las arcillas se depositaron en el valle del Nilo, rellenando el Alto Egipto con un grueso estrato de aluvión y creando una llanura de inundación que, en Nubia, tenía entre veinticinco y treinta metros más de altura que la moderna. En el Bajo Egipto y en el Egipto Medio no se han encontrado yacimientos del Paleolítico Final, aparentemente porque esta parte del valle del Nilo estaba excavada a mayor profundidad merced a un bajo nivel de agua en el Mediterráneo, algo más de cien metros por debajo de su nivel actual. El resultado fue una erosión agresiva en el Nilo, lo cual creó una superficie que quedó cubierta por aluviones más recientes que ocultan los yacimientos a los arqueólogos.





La excavación de las minas de pedernal del Paleolítico Superior en el yacimiento de Nazlet Khater-4, en el Egipto Medio, ha proporcionado pruebas de las técnicas de extracción y de su lenta evolución desde las trincheras a los pozos y galerías, fechadas en *c.* 35000-30000 B.P.

En los yacimientos del Paleolítico Final existe una gran variedad tipológica y, dado nuestro limitado conocimiento del Paleolítico Superior, es difícil determinar los orígenes de aquél. Entre los distintos grupos, el fakhurianense (21000-19500 B.P.) y el kubbaniyanense (19000-17000 B.P.) son los más antiguos. Si bien el kubbaniyanense fue definido en Wadi Kubbaniya, cerca de Asuán, también se han encontrado yacimientos cerca de Esna y Edfu. En Wadi Kubbaniya, los yacimientos fakhurianenses y kubbaniyanenses aparecen en tres disposiciones fisiográficas distintas, estando relacionados con un lago temporal que todos los años, tras la inundación, quedaba taponado por una duna en la boca del *wadi*. Después de que la duna creciera tanto como para bloquear todo el *wadi*, el lago se alimentó de la capa freática, creando así un entorno extremadamente favorable para los cazadores-recolectores. Algunos de los yacimientos están situados en un campo de dunas que ocasionalmente quedaba inundado por el Nilo; otros están localizados en una lisa

llanura limosa del suelo del *wadi* delante de las dunas, mientras que algunos otros yacimientos se encuentran en las lomas de dunas fósiles, en la zona plana cercana a la boca del *wadi*, y quedaban rodeados de agua durante la época de la inundación.

La mayor parte de los yacimientos de Wadi Kubbaniya son el resultado de un uso repetido por parte de pequeños grupos humanos, quizá varias veces al año, durante un largo período de tiempo. Los restos de flora reflejan claramente la estacionalidad del mismo. Se cree que muchas plantas comestibles como juncos, camomilas y chufas formaban parte de la dieta. La presencia de tubérculos de chufa es especialmente notable, porque tuvieron que ser concienzudamente molidos para quitarles las toxinas y romperles las fibras. Quizá esto explique el elevado número de piedras de moler encontradas en Wadi Kubbaniya. En yacimientos del Paleolítico Final, tanto kubbaniyanenses como otros, los peces se capturaban en grandes cantidades de forma estacional, siendo una fuente importante de proteínas animales. La abrumadora presencia de siluros es un claro indicio de una de las estaciones de pesca y una prueba de las masivas capturas de siluros en la temporada de desove, que parece haber coincidido con la subida de las aguas en julio y agosto. Una segunda estación de pesca se caracteriza por la elevada frecuencia de restos de *Tilapia* primal y adulta y numerosos siluros. Los restos sugieren que los peces se capturaban en octubre o noviembre, en los charcos poco profundos que quedaban tras la inundación. Además de pescar, la caza de alcélafos del cabo, bóvidos silvestres y gacelas dorcas era un aspecto importante del patrón de subsistencia. La industria lítica consistía en hojas retocadas obtenidas a partir de núcleos de planos de percusión opuestos.

Durante el Paleolítico Final, *c.* 13000 B.P., la boca de Wadi Kubbaniya estaba bloqueada por una barrera de dunas, que retenía las aguas de la crecida cuando ésta se retiraba y creaba así un lago temporal anual. Al final todo el *wadi* terminó por estar cerrado por las dunas y el lago se convirtió en un centro para la explotación estacional a manos de pequeños grupos de cazadores-recolectores.

En el fakhurianense están bien representadas cuatro clases principales de herramientas. Las hojitas de dorso, en ocasiones con retoque ouchtata, son las más frecuentes, seguidas por las piezas retocadas, perforadores, muescas y denticuladas.

Los raspadores también están presentes, pero con menor frecuencia, mientras que los buriles y los raspadores son raros y están fabricados por lo general de forma pobre. El inventario de herramientas kubbaniyanenses se caracteriza por el predominio de hojitas de dorso, a menudo con un retoque dentado no invasivo, que representa el 80 por ciento de todas las herramientas.

El campamento de matanza E71K12 cercano a Esna pertenece al fakhurianense o está estrechamente relacionado con él. Este yacimiento, que consiste en una duna hueca con una fuente estacional alimentada por la subida de la capa freática durante la crecida del verano, atraía a los animales que se alejaban de la llanura de inundación debido a la crecida de las aguas. El resultado eran unas condiciones perfectas para la caza. Había tres presas principales: alcélafos del cabo, bóvidos silvestres y gacelas. El yacimiento es un ejemplo del que probablemente fuera el modo básico de subsistencia durante el período final de la crecida y el comienzo del descenso de las aguas.

Una característica propia de la industria ballananense-silsilianense (16000-15000 B.P.) es el corte a partir de núcleos de plataformas sencillas y opuestas. Entre las herramientas encontramos hojitas de dorso y hojas truncadas. Se hacía uso frecuente de la técnica de los microburiles, una innovación que también encontramos en el Neguev y en el sur de Israel y Jordania. Si bien los buriles de buena fabricación son comunes, el retoque ouchtata y los microlitos geométricos son raros y los raspadores nunca fueron habituales.

Los cambios climáticos de finales de la última Edad del Hielo tuvieron como resultado unas lluvias inusualmente abundantes en la cabecera del Nilo, que produjeron unas crecidas excepcionalmente altas en torno a los años 13000-12000 B.P. Este estadio del «Nilo salvaje» fue originado por las condiciones climáticas del África subsahariana, pero en el propio Egipto no se produjeron lluvias. U n yacimiento que quedó fuera del alcance de las catastróficas inundaciones del Nilo salvaje fue Makhadma-4, un ejemplo de industria afianense (12900-12300 B.P), situado a más de seis metros por encima de la actual llanura inundable, ligeramente al norte de Quena. Se encuentra al borde del desierto, en una bahía llana resultado de la unión del extremo de varios wadis, y su rico catálogo de peces incluye un 68 por ciento de *Tilapia* y un 30 por ciento de *Claria*; el resto son *Barbus*, *Synodontis* y *Lates*. El gran porcentaje de *Tilapia* y las escasas dimensiones tanto de éstas como de las *Claria* indican que la pesca debió de tener lugar bastante avanzada la temporada posterior a la crecida. Los peces quedarían atrapados en pequeñas bañeras que los pescadores podían vadear. Asimismo, su pequeño tamaño sugiere que se utilizaba un aparejo sofisticado, como cestas, redes y nasas. No todos los peces que se capturaban en grandes cantidades estaban destinados al consumo inmediato y el hecho de que los yacimientos contengan pozos con grandes cantidades de carbón sugieren que los

peces se conservaban ahumándolos. El crecimiento del yacimiento demuestra que fue utilizado de forma repetida durante un largo período de tiempo.

La industria isnanense se ha encontrado en varios yacimientos situados entre Wadi Kubbaniya y la llanura de Dishna. El conjunto se caracteriza por unas técnicas de percusión groseras, que producían lascas gruesas y anchas; el inventario de herramientas está dominado por los rascadores sobre las hojas. En el yacimiento de Mokhadma-2, la pesca de la *Claria* parece haber tenido un motivo económico. La fecha de ocupación es el año 12300 B.P, por lo que coincide con las crecidas del Nilo salvaje.

La industria qadanense, situada entre la segunda catarata y el sur de Egipto, es un conjunto de lascas microlíticas cuyo interés radica principalmente en el hecho de estar asociada a tres cementerios. El más importante es el de Gebel Sahaba, donde se excavaron cincuenta y nueve esqueletos. Todos estaban en posición semifetal, sobre el costado izquierdo, con la cabeza mirando al este y apuntando al sur. Las tumbas son meros agujeros cubiertos con losas de arenisca y el material lítico asociado puede atribuirse a la fase final del qadanense, en torno al año 12000 B.P. De las cincuenta y nueve personas, veinticuatro mostraban signos de muerte violenta, ya fuera por las puntas de flecha de pedernal incrustadas en sus huesos (incluso dentro del cráneo) o por la presencia de marcas de cortes severos sobre los huesos. La existencia de enterramientos múltiples (incluido un grupo de ocho cuerpos en una tumba) confirma esta imagen de violencia. Como las mujeres y niños suponen el 50 por ciento de la población, lo más probable es que el cementerio de Gebel Sahaba sea el resultado de un acontecimiento excepcionalmente dramático. Se ha sugerido que pudo ser consecuencia de las cada vez más difíciles condiciones de vida originadas por el Nilo salvaje y el subsiguiente retorno del río a su antigua llanura de inundación. Un cementerio más pequeño, situado casi enfrente de Gebel Sahaba, en la otra orilla del Nilo, donde los «proyectiles» estaban por completo ausentes de los cuerpos, demuestra que en esta época la muerte no siempre era consecuencia de la violencia.

La posición cronológica de la industria sebilianense no está clara, a pesar de ser la más difundida del Paleolítico Final, pues la encontramos desde la segunda catarata hasta el norte de la curva de Quena. La técnica lítica sebilianense se caracteriza por la manufactura de lascas grandes y una preferencia por las areniscas cuarcíticas o las rocas volcánicas como materia prima. Se trata de algo completamente incompatible con la tradición lítica de otras industrias del Paleolítico Final; por lo tanto, el sebilianense puede ser resultado de la presencia de grupos intrusos procedentes del sur que se trasladaron hacia el norte siguiendo el Nilo.

Antes de abandonar el Paleolítico Final es necesario mencionar la posibilidad de que ya en esta fecha tan remota existiera arte rupestre en el valle del Nilo. En Abka, cerca de la segunda catarata, en la Nubia sudanesa, se ha identificado un posible

ejemplo de arte rupestre paleolítico en el «yacimiento XXXII». En Egipto propiamente dicho también hay algunos yacimientos de arte rupestre que parecen ser preneolíticos. Entre los dibujos más notables se encuentran las trampas para peces representadas en El Hosh, al sur de Edfu. La planta de estas laberínticas vallas para peces consisten en una complicada disposición de formas curvilíneas que conducen a extremos en forma de champiñón, que eran las trampas propiamente dichas. Este tipo de pesca en aguas poco profundas puede encajar bien con la pesca masiva observada en los yacimientos del Paleolítico Final, como Makhadama-4.

Tras el Paleolítico Final hubo una interrupción en la ocupación del valle del Nilo. Entre los años 11000 y 8000 B.P. no hay atestiguada presencia humana en Egipto, a excepción de un grupo muy pequeño de yacimientos arkinianenses (en torno a 9400 B.P.) en la región de la segunda catarata. Se ha sugerido que la fuerte erosión del lecho del Nilo observada en esta época, a consecuencia de la cual se produjeron crecidas menores, tuvo un efecto negativo en las condiciones medioambientales. Si bien es indudable que tuvo lugar este cambio medioambiental, parece muy poco probable que el valle del Nilo al completo estuviera despoblado en esta época. Si tenemos en cuenta el estrechamiento de la llanura inundable y el normal emplazamiento de los yacimientos en el extremo del bajo desierto, es más probable que los asentamientos estén cubiertos por depósitos aluviales modernos.

El Neolítico y su cerámica en el Sahara

El Desierto Occidental fue abandonado hacia el final del Paleolítico Medio y la gente sólo regresó allí en torno a 9300 a.C., como resultado de la fase húmeda del Holoceno. Debido a la ausencia de poblamiento justo antes del comienzo del Neolítico y a la ausencia de presencia humana después del mismo, las condiciones de conservación arqueológica son muy buenas. Como la precipitación anual era sólo de entre 100-200 mm (y caía probablemente durante una breve temporada estival), sólo animales adaptados al desierto como la liebre y la gacela podían vivir en él. Sin embargo, en comparación con las condiciones del Paleolítico Superior y Final, supuso una enorme mejora en las condiciones de vida. La cantidad de lluvia no fue constante y los intervalos áridos son de la mayor importancia para la diferenciación cronológica. La lluvia era resultado del traslado hacia el norte de la zona del monzón; por lo tanto, la ocupación humana del Desierto Occidental comenzó a partir del sur. Es más que probable que los grupos humanos que allí se asentaron procedieran del valle del Nilo, una idea que se basa sobre todo en la ausencia de otras posibilidades para explicarla, pero que parece confirmarse gracias a las similitudes de la técnica lítica con la de los yacimientos del valle del Nilo nubio.

En Egipto, las más antiguas culturas «neolíticas» surgieron en el Desierto Occidental. No obstante, hay que dejar claro desde el principio que todavía no se ha documentado agricultura del Sahara en el Neolítico. Esta cultura ha sido identificada como neolítica basándose únicamente en las pruebas de la existencia de cría de ganado. Por lo tanto, el Neolítico del Sahara es por completo diferente de la cultura neolítica que apareció aproximadamente por esas mismas fechas en Israel, donde el término «economía neolítica» es sinónimo de un proceso durante el cual surgió la agricultura, a la cual se unió posteriormente la cría de ganado. Lo más probable es que el proceso de neolitización acontecido en Egipto sea por completo independiente del de Israel. Debido a la ausencia de agricultura y a la presencia de algunas cerámicas se ha sugerido que a esta cultura del Sahara se le aplique el término «cerámico», opuesto a «neolítico».

Se pueden distinguir dos períodos principales: el Neolítico Temprano (8800-6800 a.C.) y un período más reciente que comprende el Neolítico Medio (6500-5100 a.C.) y Neolítico Final (5100-4700 a.C.). La información más completa del Neolítico Temprano procede de los yacimientos cercanos a Nabta Playa y Bir Kiseiba. La mayoría de ellos son pequeños yacimientos temporales de cazadores-recolectores. Los yacimientos de mayor tamaño siempre se encuentran localizados en las partes bajas de las cuencas de playa. Si bien aparentemente estos yacimientos se utilizaban durante períodos más largos, también eran abandonados de forma periódica, puesto que las cuencas de playa se inundaban de forma estacional. El sedentarismo todavía

no se conocía.

La industria lítica se caracteriza por numerosas hojitas de dorso (a menudo puntiagudas) y algunas geométricas, muy escasas, así como herramientas con la técnica del microburil. Cualquier muestreo faunístico, no importa el tamaño que tenga, cuenta con unos pocos huesos de reses que, según sus excavadores, estaban domesticadas (si bien no se trata de una interpretación generalmente aceptada), puesto que parece poco probable que las reses pudieran sobrevivir sin ayuda humana en entornos áridos, en los cuales sólo pueden vivir sin ese apoyo los animales adaptados al desierto. Destaca que la fauna no incluya restos de alcélafo del cabo, un animal que a menudo comparte el mismo nicho ecológico que las reses salvajes. Por lo tanto, lo más probable es que los pastores criaran ganado salvaje, pues se trata de un entorno en el cual las reses domésticas no hubieran sido capaces de sobrevivir por sí mismas. Es posible que antes de 7500 a.C. los humanos y el ganado sólo acudieran al desierto durante y después de las lluvias estivales, que coincidían con el período de crecida del valle de Nilo, durante el cual hubiera sido difícil encontrar zonas de pasto. Con posterioridad a 7500 a.C. está atestiguada la excavación de pozos de agua en Bir Kiseiba y otros yacimientos. Algunos de ellos poseen un pequeño pilón lateral poco profundo para abrevar animales. La escasez de huesos de res indica que los animales no se utilizaban como fuente de carne, sino principalmente como fuente de proteínas en forma de leche y sangre. Así, del mismo modo que los humanos ayudaban a las reses a sobrevivir en el Desierto Occidental, los animales permitían a los humanos vivir en este difícil entorno. Al mismo tiempo que criaban ganado, cazaban animales salvajes locales, principalmente liebres y gacelas.

Se supone que las piedras de moler encontradas en casi todos los yacimientos desde comienzos del Neolítico Temprano se utilizaban para procesar las plantas silvestres recolectadas, pero las plantas en sí mismas sólo se han encontrado en el yacimiento E-75-6 de Nabta Playa. Entre ellas figuran hierbas silvestres, frutos de *Ziziphus* y sorgo silvestre.

Todos los yacimientos del Neolítico Temprano han producido fragmentos de cerámica, si bien en cantidades muy pequeñas. Los recipientes son de formas muy sencillas, pero están cuidadosamente elaborados y cocidos, así como decorados. Por lo general toda la superficie del recipiente está repleta de líneas y puntos incisos, a menudo creados con peines o cuerdas, probablemente con la intención de imitar cestas. Los huevos de avestruz, utilizados como recipientes para agua, son mucho más habituales que los recipientes de cerámica. La escasez de fragmentos de cerámica sugiere que ésta no se utilizaba de forma regular en la vida diaria. No es posible determinar la función exacta de la cerámica; pero resulta evidente que poseyó un gran significado social y —debido a su decoración— es probable que también simbólico. Parece incuestionable que esta cerámica es un invento africano

independiente.

El yacimiento E-75-6 (en torno a 7000 a.C.) es uno de los más interesantes del Neolítico Temprano de Nabta Playa. Esta cuenca de desagüe recibía suficiente agua como para almacenar grandes cantidades de agua superficial, a la cual podía accederse mediante pozos durante la temporada seca. El yacimiento consiste en tres o cuatro filas de chozas, cada una de las cuales probablemente represente una variación en la orilla del lago, acompañadas de excavaciones acampanadas en forma de fosos de almacenamiento y pozos para la extracción de agua. No resulta posible calcular el número de chozas que se estaban utilizando al mismo tiempo. A pesar de su tamaño, no se trata de un asentamiento permanente.

Fue durante el Neolítico Medio y el Neolítico Tardío (6600-5100 y 5100-4700 a.C. respectivamente) cuando la ocupación humana del Desierto Occidental alcanzó su apogeo. Los yacimientos de esta época son muy numerosos y, si bien la mayoría son de escaso tamaño, también hay algunos muy grandes. Las estructuras artificiales son más habituales que anteriormente, incluidos pozos, casas revestidas con losas y restos de construcciones de adobe y cañas. Es probable que los grandes yacimientos cercanos a los lagos con playa fueran asentamientos permanentes, mientras que los más pequeños serían resultado de la presencia de pastores, que se alejaban de los asentamientos principales para apacentar al ganado en las praderas formadas tras las lluvias estivales. La presencia de conchas demuestra la existencia de contactos tanto con el valle del Nilo como con el mar Rojo; pero es probable que estos grupos humanos permanecieran en el desierto durante todo el año. Al igual que en el Neolítico Temprano, las reses domésticas eran criadas como fuentes vivientes de proteínas. A pesar de que la cabra y la oveja también aparecen ahora por primera vez (en torno a 5600 a.C.), la mayor parte de la carne se obtenía de los animales salvajes. De nuevo se asume que por estas fechas se consumía ya una gran variedad de plantas silvestres.

En el Neolítico Medio hubo un cambio dramático en la técnica lítica. La producción de hojas dejó de ser tan frecuente y como sustituto comenzaron a introducirse de forma gradual las bifaciales para foliáceas y puntas de flechas de base cóncava. Las geométricas, excepto las lunáceas, eran raras. En los yacimientos del Neolítico Final son habituales las piedras de moler de forma cóncava. En los ajuares de esta época también son habituales las piedras celtas pulidas y sin pulir, las paletas y los adornos; junto a hojas de golpe lateral, están considerados característicos de este período. Las cerámicas anteriores a 5100 a.C. entran dentro de la tradición «saharo-sudanesa» o «Jartún», similar a la de la cerámica del Neolítico Temprano, si bien la decoración tiende a consistir en diseños más complejos. Este tipo de cerámica desapareció de un modo algo abrupto poco antes de 4900 a.C., siendo reemplazada en Nabta Playa y Bir Kiseiba por cerámica bruñida y pulida (ocasionalmente con bordes

negros). Los motivos para este repentino cambio en modo alguno son evidentes, pero su presencia en el Desierto Occidental es de gran importancia para nuestra comprensión de los orígenes de las culturas predinásticas en el valle del Nilo.

En Nabta Playa se ha descubierto un notable complejo megalítico junto a un yacimiento del Neolítico Final excepcionalmente grande. Consiste en tres partes: un alineamiento de diez grandes piedras (de 2x3 metros), un círculo de pequeñas losas erguidas (de casi 4 metros de diámetro) y dos túmulos cubiertos de losas, uno de los cuales posee una cámara subterránea que contenía los restos de un toro de cuernos largos. En otros lugares de la cuenca de Nabta se han encontrado otros alineamientos de megalitos. Si bien su función no está del todo clara, estas construcciones megalíticas son una expresión de «arquitectura pública» y, por lo tanto, hacen referencia a una sociedad cada vez más compleja.

En el oasis de Dakhla se han diferenciado varias unidades arqueológicas cuyas fases principales se conocen como Masara, Bashendi y Sheikh Muftah. La fase Masara es contemporánea (y similar) al Neolítico Temprano de Nabta Playa y Bir Kiseiba. Las culturas Bashendi y Sheikh Muftah son Neolítico Medio y Tardío y continúan hasta la época dinástica. Estas dos culturas neolíticas se caracterizan por dos tipos diferentes de asentamiento: los del tipo Sheikh Muftah están en estrecha relación con sedimentos lacustres, mientras que los yacimientos Bashendi se encuentran situados justo fuera del propio oasis. Se ha sugerido que puede tratarse de dos tipos diferentes de ocupación. Los yacimientos Sheihk Muftah podrían ser el resultado de una habitación a tiempo completo de los oasis, mientras que los yacimientos Bashendi lo serían de la llegada de visitantes periódicos, probablemente pastores nómadas. A partir de aproximadamente 5400 a.C., la gente comenzó a depender más de sus rebaños de animales domésticos (importados desde el Levante, principalmente cabras), al tiempo que seguían cazando de forma esporádica.

La técnica lítica de la cultura Bashendi es similar a la del Neolítico Medio y Tardío, con el añadido de varios tipos de puntas de flecha, a menudo retocadas de forma bifacial. Desde poco antes de 4900 a.C. se produce en los yacimientos Bashendi cerámica bruñida y pulida, ligeramente similar a los fragmentos de cerámica encontrados en Nabta Playa y Bir Kiseiba, mientras que en los yacimientos del oasis de Dakhla se encuentran ocasionales fragmentos de cerámica de borde superior negro. En la zona sureste de Dakhla existen varias estructuras de piedra. No está claro hasta qué punto este oasis es representativo de los oasis del Desierto Occidental; pero es evidente que cuenta con fortísimos paralelos culturales con el valle del Nilo.

A partir de 4900 a.C. el desierto se va volviendo cada vez más inhabitable como resultado de la llegada del clima árido que todavía encontramos en la actualidad. No obstante, unas pocas zonas escogidas siguieron ocupadas durante la época histórica.

El Epipaleolítico del valle del Nilo

A partir del 7000 a.C. vuelve a haber en el valle del Nilo presencia de grupos humanos; pero el número de yacimientos epipaleolíticos es muy limitado y sólo han sido descubiertos en circunstancias excepcionales, puesto que por lo general están cubiertos por depósitos de aluvión traídos por la crecida. Así, sólo se distinguen dos culturas: la elkabiense y la qaruniense. Durante el Epipaleolítico se produjo una continuación del estilo neolítico de subsistencia, basado en la caza, la pesca y la recolección.

En Elkab se han encontrado algunos pequeños yacimientos epipaleolíticos (fechados en torno a 7000-6700 a.C.) en un estado de conservación excepcionalmente bueno, puesto que se encuentran localizados en el interior del muro del recinto de la ciudad, que es mucho más reciente, del Dinástico Temprano. Los yacimientos aparecen en la playa de una rama del Nilo que estaba colmatándose y su ocupación tenía lugar tras la inundación de la llanura. Las prácticas pesqueras del Epipaleolítico estaban mucho más desarrolladas que las del Paleolítico Final. De hecho, la pesca tenía lugar no sólo cuando las aguas se estaban retirando, sino también en los canales principales del Nilo, lo cual sugiere que en esta época ya se estaban utilizando barcas dotadas de un grado razonable de estabilidad. Como el clima era más húmedo, era posible cazar uros, gacelas dorcas y ovejas silvestres en la zona de los *wadis*. La industria epipaleolítica es microlítica e incluye gran cantidad de microburiles. Es fácilmente comparable al Neolítico Temprano del Desierto Occidental. La presencia de numerosas piedras de moler no puede utilizarse como prueba del procesamiento de vegetales, puesto que en varias de ellas todavía es visible un pigmento rojo. La presencia de una ocupación elkabiense en el yacimiento Tree Shelter (abrigo del árbol), cerca de Quseir, en el Desierto Oriental, sugiere que los elkabianos han de ser considerados como cazadores nómadas que seguían rutas este-oeste, pescando y cazando en el valle del Nilo en invierno y explotando el desierto durante el húmedo verano.

El qaruniense es un nuevo nombre para la cultura Fayum B (atribuida por Caton-Thompson al Mesolítico).Yacimientos qarunienses, situados originalmente en terrenos elevados junto al lago Proto-Moeris (fechado aproximadamente en 7050 a.C.), han sido identificados en la zona al norte y al oeste del actual lago Fayum. La historia holocena del lago se caracteriza por sus fluctuaciones, que son de la mayor importancia para la comprensión de la historia de la ocupación en torno al mismo. En la fase qaruniense, las condiciones de pesca fueron excepcionalmente buenas en las aguas poco profundas del lago y no es ninguna sorpresa que los peces fueran la base de la subsistencia de los grupos que vivían en esta región. También se practicaban la caza y la recolección de comida. La industria qaruniense es microlítica y encaja con

el contexto tecnológico general del elkabaniense y el Neolítico Temprano del Desierto Occidental. Sólo se conoce una inhumación del qaruniense. El cuerpo de una mujer de unos cuarenta años de edad se encontró enterrado en posición ligeramente fetal, sobre su costado izquierdo, mirando al este y con la cabeza hacia el sur. Sus características físicas son mucho más modernas que los mectoides del Paleolítico Final de Gebel Sahaba.

La presencia de industria microlítica en las cercanías de Helwan se conoce desde el siglo XIX y, si bien presenta similitudes con el Neolítico precerámico del Levante, su verdadera importancia no puede determinarse debido a la escasa información disponible. En el Desierto Oriental, en las montañas del mar Rojo, también hay yacimientos neolíticos. Según las pruebas encontradas en la cueva Sodmein, cercana a Quseir, estos grupos humanos habrían introducido la cabra/oveja domesticada durante la primera mitad del sexto milenio a.C.

El Neolítico del valle del Nilo

En el valle del Nilo no se han encontrado restos de los habitantes de los Desiertos Occidental y Oriental que no pertenezcan a las culturas elkabiense y qaruniense. No hay pruebas de transición hacia la agricultura, que ya estaba bien asentada en el Levante desde 8500 a.C. La población egipcia parece haber continuado con su modo tradicional de vida, basado en la pesca, la caza y la recolección. Desafortunadamente, no poseemos información sobre la población humana del valle del Nilo entre los años 7000 y 5400 a.C.

La cultura tarifiense se conoce gracias a un pequeño yacimiento en El Tarifi en la necrópolis de Tebas, y a otro situado en las cercanías de Armant. Es una fase cerámica de una cultura epipaleolítica local, la cual, pese a todo, sigue siendo desconocida. No muestra ningún tipo de relación con la posterior cultura de Nagada y su relación con la cultura badariense tampoco está clara, si bien aparentemente su industria lítica no posee ninguna relación cercana. El tarifiense se caracteriza por una industria de lascas que, por un lado, posee un pequeño componente microlítico referido al Epipaleolítico y, por el otro, algunas piezas bifaciales que anuncian la cultura neolítica. La cerámica, desgrasada principalmente con componentes orgánicos, se limita a varios fragmentos pequeños. No se conocen restos de agricultura o cría de animales. Tampoco se han encontrado restos de estructuras y se piensa que el asentamiento de El Tarif era similar a los campamentos del Paleolítico Final.

La cultura fayumiense, idéntica al Fayum A de Caton-Thompson, comienza en torno a 5450 a.C. y desaparece en torno a 4000 a.C. Las diferencias tecnológicas y tipológicas entre el qaruniense y el fayumiense son tan importantes que no es imposible pensar que la segunda se desarrollara de forma independiente con respecto a la primera. La tecnología lítica fayumiense está claramente relacionada con la del Neolítico Final del Desierto Occidental. La gente vivía a lo largo de la antigua playa del lago Fayum y los restos más importantes encontrados hasta el momento son grupos de pozos para almacenamiento de grano, a menudo revestidos con esteras. Por primera vez en Egipto, la agricultura, muy probablemente introducida desde el Levante, es con claridad la base de la subsistencia. Se cultivaban el trigo y la cebada de seis carreras y probablemente también el lino. Como los pozos-almacén están agrupados, se supone que la agricultura se practicaba de forma comunitaria. Una zona de almacén está compuesta por 109 silos, con diámetros que van desde los 30 hasta los 150 centímetros y una profundidad que oscila entre los 30 y los 90 centímetros, lo que supone una gran capacidad de almacenamiento. Además de la agricultura, la cría de ganado también era importante, existiendo pruebas de la presencia de ovejas/cabras, reses y cerdos. Los peces siguieron siendo básicos para la economía.

La cerámica fayumiense está fabricada de manera tosca y es de formas sencillas. Un limitado número de piezas tienen engobe rojo y están bruñidas, pero no se ha encontrado ninguna decorada. La industria lítica es de lascas, con un componente menor bifacial. A partir de la presencia de conchas de especies tanto del Mediterráneo como del mar Rojo, de paletas nubias para cosméticos y de cuentas de feldespato verde, se ha inferido la existencia de relaciones a larga distancia, probablemente indirectas; no se ha encontrado cobre.

El gran yacimiento de Merimda Beni Salama se encuentra situado en una terraza baja en el límite del delta occidental del Nilo. Los escombros del yacimiento poseen una potencia de 2,5 metros y consisten en cinco niveles, tres de los cuales corresponden a tres fases culturales principales. Ocupan un largo período de tiempo, entre los años 5000 y 4100 a.C. El Nivel I, llamado Urschicht, es claramente distinto de las fases más recientes y se caracteriza por una cerámica sin desgrasar, tanto pulida como sin pulir; la decoración en espiguilla es típica de esta fase cerámica (y pese a todo no muy habitual). La industria lítica del Nivel I se caracteriza por una tecnología de lascas y la presencia de numerosos raspadores y herramientas retocadas bifaciales. Los restos del asentamiento de este nivel se limitan a los hogares y vestigios de refugios poco sólidos. La economía probablemente fuera una mezcla de agricultura, cría de ganado (ovejas, reses y cerdos) relacionada con el Levante, pero también de caza y pesca. Los análisis de radiocarbono sugieren una fecha situada en torno a 4800 a.C., si bien el excavador considera esta estimación demasiado moderna. En las recientes excavaciones en la cueva Sodmein, cerca de Quseir, también se ha encontrado cerámica con decoración de espiguilla.

Es probable que entre la ocupación de los Niveles I y II de Merimda se produjera una interrupción. El Nivel II, conocido como Mittleren Merimdekultur y cuyo excavador considera relacionado con las culturas saharo-sudanesas, se caracteriza por una ocupación más densa del yacimiento, con sencillas viviendas ovaladas de madera y cestería, hogares bien desarrollados, jarras de almacenamiento enterradas en suelos de arcilla y grandes cestas forradas de arcilla situadas en pozos auxiliares y que hacían las veces de granero. Entre las viviendas también se encontraron enterramientos en posición fetal. La cerámica es por completo diferente a la del período final, porque está desgrasada con paja, pero las formas siguen siendo muy simples. Casi la mitad de la cerámica es pulida y ninguna parece haber estado decorada. La industria lítica es predominantemente bifacial. En Merimda aparecen por primera vez las puntas de flecha de base cóncava. Se han encontrado grandes cantidades de objetos de hueso, marfil y concha; son típicos los arpones de tres dientes. La agricultura continúa siendo la base de la actividad económica, pero a juzgar por el número de huesos el ganado creció en importancia; la pesca y la caza siguen estando bien atestiguadas. No se dispone de fechas de radiocarbono, si bien el

excavador del yacimiento ha propuesto una fecha entre los años 5500 y 4500 a.C.

Los Niveles III-V se llaman Jüngeren Merimdekutur y se corresponden con la fase identificada a comienzos del siglo XX por el primer excavador del yacimiento como cultura merimda «clásica». En esta etapa, Merimda consistía en un gran poblado de chozas de barro y zonas de trabajo. A lo largo de calles estrechas se alineaban, apretadas, casas ovaladas bien construidas. Los edificios tienen entre 1,5 y 3 metros de anchura, con los suelos excavados a una profundidad de 40 centímetros y muros de barro desgrasado con paja; las cubiertas son de materiales ligeros, como ramas y cañas. En el interior de las casas se descubrieron hogares, piedras de moler, jarras de agua enterradas y agujeros que en tiempos contuvieron recipientes de cerámica, lo que indica que en el interior se desarrollaban actividades domésticas diversas. Los graneros están asociados a viviendas individuales, lo cual demuestra que las unidades familiares se habían vuelto más o menos independientes económicamente. En líneas generales se puede decir que, en lo que respecta a la vida del poblado, en el asentamiento de Merimda la organización es formal. Entre las casas se encontraron enterramientos en posición fetal situados en agujeros ovalados de escasa profundidad. Es notable que en ellos apenas se incluyera ningún ajuar funerario. Tanto la ausencia de éste como la localización de las tumbas en el interior del asentamiento son aspectos del protocolo funerario que parecen contrastar ampliamente con las costumbres funerarias del Alto Egipto. Sin embargo, dado el limitado número de tumbas (menos de doscientas), la restringida presencia de adultos varones y la presencia de cierta confusión estratigráfica, parece probable que dentro del asentamiento sólo se enterraran niños y adolescentes, lo cual también sucedía en el Alto Egipto, mientras los adultos eran inhumados en áreas que sólo con posterioridad resultaban ocupadas por viviendas. Por lo tanto, hemos de suponer que la mayoría de cementerios están todavía por descubrir.

La evolución de la cerámica muestra una tendencia hacia formas cerradas, con la mitad del repertorio constituido por grandes recipientes de factura grosera. El pulido se utiliza para decorar y durante este período la cerámica pulida se convierte en roja/negra. Comparada con la de la fase previa de ocupación de Merimda, la tecnología bifacial del sílex mejora. Siguen siendo frecuentes las herramientas hechas de hueso, marfil y conchas. Con todo, lo más destacado es un pequeño número de figurillas. Una de ellas es una cabeza aproximadamente cilíndrica de una figura humana, cubierta de pequeños agujeros destinados evidentemente a la aplicación de pelo y barba. La forma de los agujeros parece indicar que el pelo fue imitado con plumas. En un principio la cabeza podría haber estado unida a un cuerpo de madera, lo cual la convierte en la más antigua representación humana encontrada en Egipto. Según su excavador, el período más reciente de Merimda sería equivalente al fayumiense. Sin embargo, las fechas de radicarbono sólo confirman en parte esta

teoría, pues según ellas la Jüngeren Merimdekultur ha de asignarse al período entre 4600 y 4100 a.C. y, por lo tanto, sólo sería contemporánea con la segunda mitad del fayumiense.

En el Bajo Egipto, varios yacimientos cercanos a Wadi Hof-Helwan consisten en asentamientos y cementerios separados. Conforman una cultura neolítica que se bautizó cultura El Omari, según el nombre de su descubridor, Amin el Omari. Data de entre 4600-4350 a.C. y, por lo tanto, es contemporánea la Jüngeren Merimdekultur. En los asentamientos se han encontrado sobre todo pozos, destinados tanto a verter los desechos como a servir de almacén. No es posible describir con exactitud las construcciones asociadas a ellos, pero no cabe duda de que eran ligeras. Los cementerios se situaban en zonas del asentamiento que se habían dejado de utilizar. Todas las tumbas están excavadas en el suelo y contienen cuerpos en posición fetal, preferentemente orientados hacia el sur y depositados sobre el costado izquierdo.

Las formas de la cerámica El Omari, que siempre posee desgrasantes orgánicos, son muy simples y muchos recipientes están pulidos y a menudo tienen engobe rojo. La industria lítica muestra la misma mejora en la técnica bifacial que en Merimda II-V. La agricultura y la cría de ganado (ovejas/cabras, reses y cerdos) son la base de la subsistencia en El Omari, pero la pesca era particularmente importante. La caza en el desierto, por el contrario, apenas se practicaba.

La presencia de cabras domésticas desde aproximadamente 5900 a.C., tanto en el Desierto Occidental como en el Oriental, resulta asombrosa cuando se compara con el momento de su aparición en el valle del Nilo, que se produjo unos cinco siglos después.

La cultura badariense

La cultura badariense, la primera atestación de agricultura en el Alto Egipto, fue identificada por primera vez en la región de El Badari, cerca de Sohag. Un gran número de, principalmente, pequeños yacimientos cercanos a los poblados de Qau el Kebir, Hammamiya, Mostagedda y Matmar ha proporcionado un total de unas seiscientas tumbas y cuarenta asentamientos pobremente documentados.

La posición cronológica de la cultura badariense todavía es objeto de cierto debate. Su posición cronológica relativa respecto a la más moderna cultura Nagada fue establecida hace algún tiempo gracias a la excavación del yacimiento estratificado del norte de Hammamiya, mientras que según varias fechas de termoluminiscencia la cultura puede haber existido ya en torno a 5000 a.C. Sin embargo, sólo se puede confirmar de forma definitiva que se desarrolló en el período situado entre 4400 y 4000 a.C.

Se ha sugerido que existió una cultura aún más antigua llamada tasiense. Esta se habría caracterizado por la presencia de vasos caliciformes de base redonda con diseños incisos rellenos de pigmento blanco, conocidos también en otros contextos de fecha similar en el Sudán neolítico. Sin embargo, la existencia del tasiense como unidad cronológica o culturalmente independiente nunca se ha demostrado de forma fehaciente. Si bien la mayoría de los especialistas consideran que el Tasiense es sólo una parte de la cultura badariense, también se ha propuesto que en realidad es la continuación de una tradición cultural del Bajo Egipto, que habría sido la antecesora directa de la cultura Nagada I. No obstante, esto parece bastante improbable, en primer lugar porque las supuestas similitudes con las culturas neolíticas del Bajo Egipto no son convincentes y, en segundo, por la evidente relación cerámica del Tasiense con Sudán. Si la cultura tasiense ha de ser considerada como una entidad cultural independiente, se trataría de una cultura nómada con antecedentes sudaneses que interactuó con la cultura badariense.

A pesar de la existencia de algunos asentamientos excavados, la cultura badariense se conoce sobre todo por sus cementerios en el desierto. Todas las tumbas son simples agujeros en el suelo, que a menudo contienen una estera sobre la que se deposita el cuerpo. Por lo general, los cadáveres se encuentran en una posición fetal no demasiado encogida, reposando sobre el costado izquierdo, con la cabeza dirigida hacia el sur y mirando hacia el oeste. No se conocen tumbas de niños de muy corta edad y hay pruebas suficientes para demostrar que en realidad eran enterrados dentro del asentamiento o, más bien, en las zonas de los asentamientos que ya no estaban en uso. El análisis de los ajuares funerarios de las tumbas badarienses demuestra una distribución desigual de la riqueza. Además, las tumbas más ricas tienden a situarse separadas de las demás en una parte concreta del cementerio. Es una indicación

evidente de estratificación social, que en este punto de la Prehistoria egipcia todavía parece limitada, pero que se fue volviendo cada vez más importante a lo largo del Período Nagada I, que vino inmediatamente a continuación.

El elemento más característico de la cultura badariense es la cerámica que acompaña a los muertos en sus tumbas. Está fabricada a mano con barro del Nilo y, excepto en el caso de los recipientes más delicados, siempre tiene un muy fino desgrasante orgánico. Este desgrasante es muy característico y siempre es más fino que el utilizado para la llamada cerámica grosera del Período Nagada. Los alfareros badarienses no escatimaban esfuerzos a la hora de refinar la arcilla de sus mejores productos y conseguir paredes muy finas, nunca igualadas en ninguno de los períodos subsiguientes de la historia egipcia. Las formas cerámica son sencillas, principalmente copas y cuencos con bordes directos y base redondeada. Una proporción importante de estos recipientes tienen la parte superior negra, pero por lo general poseen una superficie más amarronada que la de la cerámica de borde superior negro de Nagada I. El engobe rojo que cubre la cerámica de borde superior negro de Nagada I es más raro en el Badariense. El elemento más característico de la cerámica badariense es la «superficie ondulada», presente en sus mejores recipientes y que consiste en que la superficie está arañada con un peine y después pulida, consiguiéndose así un efecto muy decorativo. Los recipientes carenados también se consideran muy característicos de esta cultura, pero la cerámica decorada es rara: en ocasiones se encuentran motivos incisos rellenos de blanco, imitando quizá a la cestería.

La industria lítica se conoce sobre todo a partir de los yacimientos de habitación, si bien los ejemplares más perfectos han sido encontrados en las tumbas. Se trata sobre todo de una industria de lascas y hojas, a los que hay que añadir varias notables herramientas bifaciales. Las más habituales son los raspadores, perforadores y las piezas retocadas. Las herramientas bifaciales consisten sobre todo en hachas, hoces bifaciales y puntas de flecha de base cóncava. También conviene mencionar la presencia en el Desierto Occidental de las características lascas de percusión lateral.

Entre otros objetos de la cultura badariense figuran horquillas para el pelo, peines, brazaletes y cuentas de hueso y marfil. El repertorio de paletas de grauvaca para maquillaje se limita en esta época a formas rectangulares alargadas u ovaladas; pero posteriormente se convertirán en un aspecto muy característico de la cultura Nagada, cuando pasen a fabricarse en una gran variedad de formas. Se han encontrado algunas figurillas femeninas de arcilla y de marfil, que varían enormemente de estilo y van desde ejemplares bastante realistas a otros muy estilizados. También conviene mencionar que se encuentra cobre batido en cantidades limitadas.

Durante mucho tiempo se pensó que la cultura badariense se limitó a la región de El Badari. Sin embargo, se han encontrado objetos muy característicos de ella mucho

más al sur: en Mahgar, Dendera, Armant, Elkab y Hieracómpolis, así como hacia el este, en Wadi Hammamat.

En principio la cultura badariense se consideró una unidad cronológicamente separada, a partir de la cual se desarrolló la cultura de Nagada. No obstante, la situación es mucho más compleja. Por ejemplo, el Período Nagada I parece estar pobremente representado en la región de El Badari; por lo tanto, se ha sugerido que el Badariense fue en gran parte contemporáneo a la cultura Nagada I en la zona al sur de la región de El Badari. Sin embargo, como al sur de El Badari también se ha encontrado un limitado número de objetos badarienses o de influencia badariense, es posible sugerir en cambio que la cultura badariense estaba presente entre, como mínimo, la región de El Badari y Hieracómpolis. Por desgracia, la mayoría de estos hallazgos son muy escasos y resulta imposible realizar una comparación con la industria lítica o la cerámica de los asentamientos de la zona de El Badari o bien se ha realizado, pero no se ha publicado todavía. Por lo tanto, una característica de la cultura de El Badari es la presencia de diferencias regionales, siendo la unidad de la región de El Badari la única que ha sido hasta el momento adecuadamente investigada o atestiguada. Por otra parte, puede haber estado representada una cultura badariense más o menos «uniforme» en toda la zona entre El Badari y Hieracómpolis; pero, dado que el desarrollo de la cultura Nagada tuvo lugar más al sur, parece bastante posible que el Badariense sobreviviera durante más tiempo en la propia región de El Badari.

Los orígenes del Badariense son igual de problemáticos y se han investigado en múltiples direcciones. Durante mucho tiempo se pensó que el Badariense se originó en el sur, pues se consideraba que los badarienses poseían un «conocimiento pobre» del sílex, lo cual demostraría que procedían de la región no caliza de Egipto, situada en el sur. Por otra parte, se asume que el origen de la agricultura y la cría de ganado se sitúan en Oriente. La teoría de los orígenes meridionales del Badariense ya no se acepta. La selección de sílex es perfectamente lógica para la industria lítica badariense, que parece poseer lazos con el Neolítico Tardío del Desierto Occidental. La cerámica ondulada, uno de los rasgos más característicos del Badariense, probablemente se originara a partir de la cerámica bruñida y manchada, presente tanto en el norte, en yacimientos del Neolítico Final del Sahara y de Merimda, como en el sur, en yacimientos del Neolítico de Jartún. Por lo tanto, la cerámica ondulada puede haber aparecido como resultado de una evolución local de tradición sahariana.

Parece indudable que la cultura badariense no se originó a partir de una única fuente, si bien la predominante fue la del Desierto Occidental. Por otra parte, el origen de las plantas cultivadas sigue siendo controvertido y es posible que procedan del Levante y llegaran a través de las culturas de Fayum y Merimda del Bajo Egipto.

Los hallazgos realizados en los asentamientos badarienses demuestran que la

economía de esta cultura se basaba principalmente en la agricultura y la cría de ganado. En sus almacenes se han encontrado trigo, cebada, lentejas y tubérculos. Es muy probable que varias construcciones circulares de Hammamiya, identificadas hasta ahora como casas, sean en realidad pequeños recintos para animales. En algunos de ellos se han encontrado estratos de 20-30 centímetros de potencia formados por deyecciones de cabra u oveja. Es indudable que la pesca era muy importante y durante ciertos períodos del año puede haber sido la principal actividad económica. La caza, en cambio, parece haber poseído sólo una importancia marginal.

Los lugares de asentamiento de la región de El Badari muestran un patrón a base de pequeños poblados o aldeas, que parecen haber sido trasladados horizontalmente tras un período de ocupación bastante corto. Los rasgos más evidentes de estos asentamientos son los pozos y recipientes de almacenamiento. Se trata, por supuesto, de un rasgo que existe debido en parte a su mayor facilidad de conservación. Las construcciones son todas muy ligeras y en la mayoría de los casos parecen haber sido temporales. De hecho, es bastante posible que los asentamientos encontrados en los ramales del desierto en la región de El Badari sean residencias marginales o campamentos estacionales. De ser así, los asentamientos permanentes habrían estado más cerca de la llanura de inundación y hace ya mucho tiempo que habrían sido arrastrados por el Nilo o cubiertos de aluvión y, por lo tanto, nos son desconocidos.

El carácter temporal de los asentamientos badarienses queda confirmado en Mahgar Dendera, a unos 150 kilómetros al sur de El Badari. El asentamiento era utilizado estacionalmente, comenzando con el final de la estación de aguas bajas, en el momento en que había terminado la cosecha y la zona adecuada para pastorear los rebaños se encontraba a lo largo de la orilla del Nilo, en la llanura inundable. Junto a la cría de ganado, la segunda actividad económica en Mahgar Dendera era la pesca, que se practicaba en los canales principales del Nilo cuando éste se encontraba en su nivel más bajo. En Mahgar Dendera la llanura aluvial es muy pequeña, lo cual significa que se encuentra a la vez cerca del Nilo y fuera del alcance de la crecida, lo que permitía a la gente permanecer en el mismo lugar cuando comenzaba la crecida e incluso cuando ésta alcanzaba su nivel más alto. Durante este período, cuando las condiciones de vida alcanzaban su mínimo anual, parece que se sacrificaba una parte del ganado, sobre todo machos jóvenes. La gente abandonaba Mahgar Dendera antes de que la llanura aluvial resultara vadeable, porque por esas fechas tenían que comenzar a trabajar los campos, los cuales no podían encontrarse en esta región debido a lo limitado de la llanura inundable.

Respecto a los contactos externos de la cultura badariense sólo se dispone de una información limitada. Las relaciones con el mar Rojo es

tan atestiguadas gracias a la presencia de conchas en las tumbas, mientras que el cobre puede haber procedido del Desierto Oriental o, con mayor probabilidad, del

Sinaí. Esta región también se consideraba como la fuente de la turquesa, si bien la reciente identificación de este material en contextos badarienses puede ser errónea. Si hubo contactos ocasionales entre la región de El Badari y el Sinaí, probablemente se produjeran a través del Desierto Oriental y del Bajo Egipto, donde no parece haber indicios de cultura badariense. La posibilidad de relaciones El Badari-Sinaí a través del Desierto Oriental puede haber quedado finalmente confirmada merced a una serie de hallazgos procedentes de Wadi Hammamat que, por desgracia, todavía permanecen inéditos.

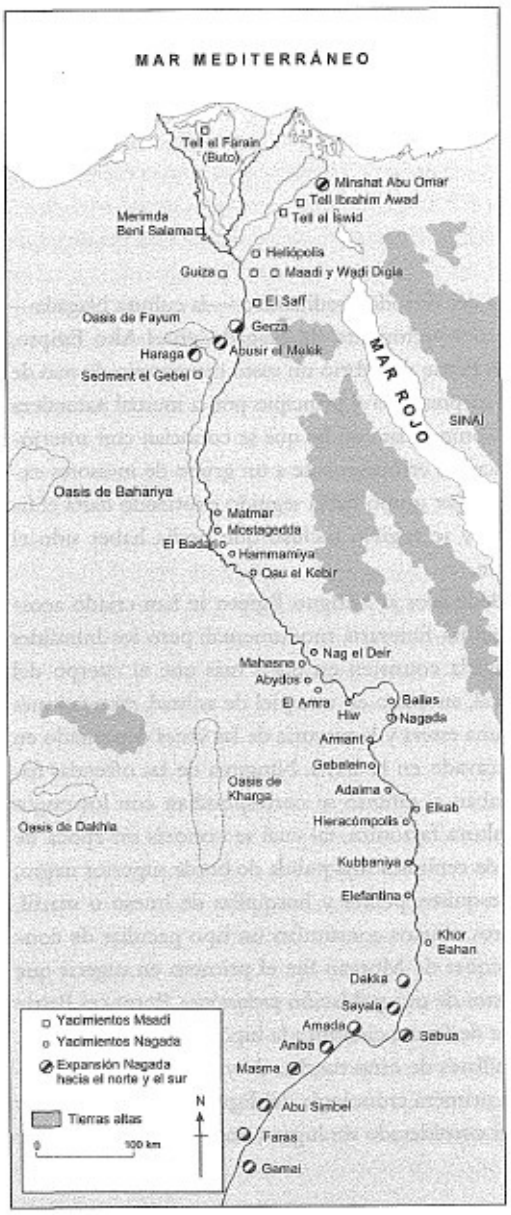
3. EL PERÍODO NAGADA

(c. 4000-3200 a.C.)

BÉATRIX MIDANT-REYNES

La segunda gran fase del Período Predinástico —la cultura Nagada— recibe su nombre del yacimiento de Nagada, en el Alto Egipto, donde en 1892 Flinders Petrie descubrió un vasto cementerio de más de tres mil tumbas. Petrie, sorprendido al principio por la inusual naturaleza de estas inhumaciones comparadas con las que se conocían con anterioridad en Egipto, las adscribió erróneamente a un grupo de invasores extranjeros. Se suponía que este grupo había seguido existiendo hasta el final del Reino Antiguo y se sugirió incluso que podía haber sido el responsable de su declive.

Los arqueólogos dedicados al Antiguo Egipto se han criado acostumbrados a la arquitectura funeraria monumental; pero los humildes enterramientos de Nagada consisten en poco más que el cuerpo del difunto en posición fetal, envuelto en una piel de animal, en ocasiones cubierto también por una estera y la mayoría de las veces depositado en un sencillo agujero excavado en la arena. Ninguna de las ofrendas funerarias que acompañaban al difunto se correspondían con los rasgos característicos de la cultura faraónica, tal cual se conocía en época de Petrie. Los recipientes de cerámica roja pulida de borde superior negro, paletas zoomorfas de esquisto, peines y horquillas de hueso o marfil, cuchillos de sílex y otros objetos constituían un tipo peculiar de conjunto arqueológico. Jacques de Morgan fue el primero en sugerir que podía tratarse de los restos de una población *prehistórica*. Entonces Petrie se dispuso a comprobar de forma científica la hipótesis de De Morgan. Al final, tras excavar millares de otras tumbas de yacimientos comparables pudo establecer la primera cronología del Egipto Predinástico. Por lo tanto, Petrie debe ser considerado sin lugar a dudas como el padre de la Prehistoria egipcia.



Principales yacimientos de las fases Nagada I y II.

Cronología y geografía

Tras establecer que las tumbas eran predinásticas, su siguiente tarea consistió en organizar la considerable cantidad de material excavado y situar la recién definida cultura predinástica dentro de un marco cronológico. Utilizando la cerámica de novecientas tumbas de los cementerios de Hiw y Abadiya, Petrie inventó un sistema de seriación que formó la base de un sistema de *sequence dates* («fechas secuenciales»), en el cual las nuevas categorías cerámicas eran definidas atendiendo a la forma y decoración de los recipientes. Petrie llegó a la hipótesis intuitiva de que los vasos de asas onduladas (*wavy-handled vases*) evolucionaron de forma gradual a partir de recipientes globulares con asas funcionales claramente moldeadas hasta formas cilindricas en las cuales las asas eran meramente decorativas. La cronología de las *sequence dates* se organizó en principio en torno a este concepto de la evolución del diseño de las asas onduladas.

El resultado fue una tabla con cincuenta fechas secuenciales, numeradas desde la treinta en adelante para permitir incorporar las culturas más antiguas que todavía no se hubieran descubierto. Esto terminó resultando una sabia decisión, puesto que las excavaciones de Brunton en El Badari tendrían como resultado la posterior identificación del Período Badariense, la primera etapa del Predinástico del Alto Egipto (véase el capítulo 2). La duración de cada una de las fases individuales de estas *sequence dates* era incierta y la única conexión con una fecha absoluta era la existente entre la SD 79-80 y el ascenso al trono del rey Menes al comienzo de la I Dinastía, que se situaba en c. 3000 a.C.

Las *sequence dates* se agruparon en tres períodos. Primero estaba el Amraciense (o Nagada I), nombre que recibió del yacimiento tipo de El Amra, que incorporaba los estilos SD 30-38; esta fase se corresponde con el desarrollo máximo de la cerámica roja de borde superior negro y de los recipientes rojos pulidos con motivos decorativos blancos pintados. En segundo lugar se encontraba el Gerzense (o Nagada II), a partir del yacimiento El Gerza, que incluía los estilos SD 39-60 y se caracteriza por la aparición de la cerámica de asas onduladas, la cerámica tosca de uso diario y unos motivos decorativos realizados con pintura marrón sobre un fondo color crema. Por último se encontraba Nagada III, que incluía las SD 61-80 y era la fase final, señalada por la aparición de un estilo llamado tardío, cuyas formas comienzan a evocar las de la cerámica dinástica. Según Petrie, fue durante la fase Nagada III cuando llegó a Egipto una «raza nueva» asiática, que trajo consigo la semilla de la civilización faraónica.

Los especialistas han alabado con frecuencia el sistema de *sequence dates* de Petrie y, si bien varios análisis han corregido y mejorado su precisión, las tres fases básicas del final del Predinástico nunca han sido puestas en duda en lo básico y en la

actualidad siguen siendo la urdimbre sobre la cual se teje la Prehistoria de Egipto.

La fiabilidad del corpus de cerámica es vital para la validez del sistema. En 1942,Walter Federn, un exiliado vienes en Estados Unidos, expuso algunas imperfecciones en el corpus de Petrie. Para poder clasificar los recipientes de la colección de De Morgan en el Museo de Brooklyn se vio obligado a revisar los grupos de Petrie, quitando dos de ellos de la secuencia. Fue Federn quien introdujo un factor que había ignorado Petrie, la pasta de los recipientes. También se hizo aparente entonces que un sistema basado en material procedente de los cementerios del Alto Egipto no era necesariamente aplicable ni a las necrópolis del norte de Egipto ni a las de Nubia.

A pesar de sus reconocidas insuficiencias, el trabajo de Petrie siguió siendo el único medio de organizar el Predinástico en fases culturales hasta la llegada del sistema creado por Werner Kaiser en la década de 1960, pero ni siquiera entonces pudo ser reemplazado. Kaiser serió la cerámica de ciento setenta tumbas de los Cementerios 14001500 de Armant utilizando la publicación del yacimiento, realizada por Robert Mond y Oliver Myers en la década de 1930. Su trabajo reveló que en el cementerio existía también una cronología «horizontal». La cerámica roja de borde superior negro abundaba en la parte sur de la necrópolis, mientras que las formas «tardías» se concentraban en la zona septentrional del mismo. Un análisis realmente detallado de la clasificación, basado aún en el corpus de Petrie, permitió a Kaiser corregir y afinar el sistema de *sequence dates*. De este modo los tres grandes períodos de Petrie quedaron confirmados, pero refinados con el añadido de once subdivisiones (o *Stufen*) desde la la hasta la Illb. En 1989, la tesis doctoral de Stan Hendrickx permitió aplicar el sistema de Kaiser a todos los yacimientos Nagada de Egipto. El resultado fueron unas ligeras modificaciones, sobre todo en las fases de transición entre Nagada I y Nagada II.

Otras mejoras importantes en la cronología predinástica han tenido que ver con los avances en la cronología absoluta. Tanto las *sequence dates* de Petrie como las *Stufen* de Kaiser son sistemas de datación relativa, poseen como *terminus ante quem* c. 3000 a.C. (la supuesta fecha de la unificación de Egipto); pero en sí mismas no proporcionan ninguna fecha absoluta para el comienzo y el final de cada una de las fases y subdivisiones del Período Nagada. Los necesarios puntos de contacto con una cronología absoluta se hicieron posibles en la segunda mitad del siglo XX, gracias a la invención de los sistemas de datación basados en el análisis de fenómenos físicos y químicos. Por lo que respecta al Predinástico egipcio, la termoluminiscencia (TL) y el radiocarbono (Carbono 14) son los más importantes de estos métodos científicos.

Libby probó la exactitud del sistema de datación por radiocarbono en materiales de la región de Fayum y, desde entonces, el análisis de muestras para datación ha sido lo suficientemente sistemático como para permitir construir un marco cronológico

bastante preciso, en el que las tres fases de Petrie encontraron su sitio. La primera fase de Nagada (Amraciense) se sitúa entre 4000 y 3500 a.C., seguida por una segunda fase (Gerzense), que va desde 3500 hasta 3200 a.C., para concluir con la fase final del Predinástico, situada entre 3200 y 3000 a.C.

En todos los casos, la localización geográfica de los yacimientos Nagada I es el Alto Egipto, desde Matmar, en el norte, hasta Kubbaniya y Bahan, en el sur. Esta situación cambia, sin embargo, con la cultura Nagada II, que se caracteriza sobre todo por un proceso de expansión: partiendo desde su núcleo meridional se difunde hacia el norte hasta alcanzar el extremo oriental del delta y también hacia el sur, donde entra en contacto directo con el «Grupo A» nubio.

Nagada I (Amraciense)

Entre Petrie y Quibell descubrieron varios miles de tumbas predinásticas (quince mil para todo el Período Predinástico). Como resultado de ello, durante más de un siglo nuestro conocimiento del período se basó casi por completo en restos funerarios.

En términos generales, el Amraciense no es distinto de la más antigua cultura badariense. Los rituales y los tipos de ofrendas funerarios son tan similares que cabe preguntarse si la segunda no es una versión más antigua y regional de la primera.

En general, los muertos amracienses se enterraban en sencillos agujeros ovalados en posición fetal sobre el costado izquierdo, con la cabeza apuntando al sur y mirando hacia el oeste. Debajo del difunto se colocaba una estera y, en ocasiones, la cabeza sobre un almohada de paja o cuero. Otra estera o la piel de un animal, por lo general una cabra o una gacela, cubría o envolvía al difunto y en la mayor parte de las ocasiones también la mayoría de las ofrendas. Los restos de tela que se han conservado sugieren que la vestimenta típica del difunto era una especie de sudario de tela o taparrabos de cuero entretejido con tela. Si bien la mayoría de los enterramientos más sencillos son de personas en solitario, los enterramientos múltiples también son bastante frecuentes, sobre todo los formados por una mujer (posiblemente la madre) y un niño recién nacido. Comparado con el período anterior se aprecia la aparición de enterramientos más grandes, dotados de un sarcófago de madera o arcilla y un ajuar más generoso. Aunque saqueadas, las tumbas amracienses de Hieracómpolis son notables por su forma rectangular y su tamaño (la mayor mide 2,50 X 1,80 metros). En dos casos, la inclusión de magníficas cabezas de maza discoidales de pórfido probablemente indique que se trata del enterramiento de personajes poderosos. La cultura amraciense se diferencia sobre todo de la badariense en la diversidad del ajuar funerario y los subsiguientes signos de jerarquía; desde el punto de vista de esta diversificación, es evidente que Hieracómpolis ya era un lugar relevante.

Las diferencias entre la cultura badariense y la amraciense se pueden apreciar sobre todo en los cambios producidos en la cultura material. La cerámica roja de borde superior negro se va volviendo lentamente menos habitual; una tendencia que terminará llevando a su total desaparición a finales del Predinástico. El efecto ondulado de la superficie de la cerámica se hizo más raro, al igual que la cerámica pulida negra. Sin embargo, al mismo tiempo, la cerámica roja pulida siguió floreciendo con formas variadas, a menudo con distintos estilos de decoración en la superficie. Los ejemplos mejor decorados presentan esculturas en el borde y dibujos geométricos, animales y vegetales. Se trata de los comienzos de una iconografía que terminará incorporada al núcleo de la civilización faraónica.

La fauna representada en los recipientes es fundamentalmente ribereña, como hipopótamos, cocodrilos, lagartijas y flamencos; pero también escorpiones, gacelas, jirafas, icneumones y bóvidos. Estos últimos aparecen dibujados de forma esquemática, lo cual dificulta su identificación precisa. En ocasiones también puede aparecer representado un barco, como avance de lo que será el *leitmotiv* de la fase Nagada II. Las figuras humanas, si bien en esta época son discretas, ya estaban presentes en la versión amraciense del universo. Este tipo de figuras aparecen representadas esquemáticamente, con una pequeña cabeza redonda sobre un torso triangular que termina en unas caderas estrechas con unas piernas delgadas como palos, a menudo sin pies. Los brazos aparecen representados sólo cuando las figuras se encuentran realizando alguna actividad.

Las imágenes que incorporan figuras humanas se pueden dividir en dos tipos: el primero —y más frecuente— es la caza y el segundo el guerrero victorioso. Un buen ejemplo de escena de caza aparece en un recipiente Nagada I conservado en el Museo Pushkin de Bellas Artes de Moscú (el Cuenco de Moscú). La escena incluye a una persona que sujeta un cuenco en la mano izquierda, mientras que con la derecha controla a cuatro galgos con las correas. Es la imagen misma del cazador, con el rey llevando la cola de un animal colgada del cinturón, algo que varios siglos después todavía se podía ver en la llamada Paleta del Cazador o en el mango del cuchillo de Gebel el Arak (el primero actualmente en el Museo Británico y el segundo en el Louvre) y que, de hecho, siguió siendo una imagen poderosa hasta el final del Período Faraónico.

El tema del guerrero victorioso aparece en el alargado cuerpo de un recipiente Nagada I de la colección del Petrie Museum, en la University College de Londres. La imagen consta de dos figuras humanas situadas entre motivos de plantas; la figura de mayor tamaño, con tallos vegetales o plumas adornando su cabello, alza los brazos por encima de la cabeza, mientras su virilidad queda marcada de forma inequívoca por un pene o una funda de pene. Unas cintas entrelazadas que caen por entre sus piernas pueden representar una tela decorada. Una línea blanca emerge del pecho de esta misma figura y se enrolla en torno al cuello de una segunda figura, una persona de mucho menor tamaño y con pelo largo. Un abultamiento en la espalda de esta figura más pequeña puede representar sus brazos atados. A pesar de una clara protuberancia pélvica, el sexo de esta segunda persona es ambiguo; si es femenino, su pequeño tamaño quedaría justificado. Una escena similar decora un recipiente idéntico del Museo de Bruselas, así como uno del mismo material hallado en la década de 1990 por arqueólogos alemanes en Abydos. La preponderancia de la figura atada y la ausencia de brazos o su presencia atados en figuras de escaso tamaño sugiere con fuerza la imaginería del conquistador y el derrotado. Este temprano tema de dominación parece ser el prototipo de las tradicionales escenas de victoria del

Período Faraónico. Resulta interesante destacar que, en fechas tan tempranas como la fase Nagada I, ya existe el tema dual de la caza y la guerra —entendida siempre como victoriosa—, lo cual implica la existencia de un grupo de cazadores-guerreros investidos ya con un aura de poder.

Las tumbas y ofrendas funerarias en la cultura Nagada I no indican tanto una creciente jerarquización como una tendencia hacia la diversidad social. Parece que, en un principio, las ofrendas de esta fase pretenden sólo señalar la identidad del difunto. No será hasta la fase Nagada II (y más aún en Nagada III) cuando se hagan evidentes las grandes acumulaciones de bienes funerarios.

Uno de los rasgos más distintivos de la cultura Nagada I son los recipientes cerámicos decorados. Esta escena de caza, realizada con pigmento blanco sobre un recipiente rojo bruñido (el Cuenco de Moscú), parece representar a alguien que sujeta un arco en una mano y en la otra las correas de cuatro perros.

Las estatuillas funerarias son particularmente significativas. Hombres y mujeres aparecen representados de pie (más raramente sentados), haciéndose énfasis en sus rasgos sexuales primarios. Sólo unas pocas de los millares de tumbas excavadas contienen estas figurillas, por lo general de forma individual, siendo raros los grupos de dos o tres en una única tumba. La cantidad máxima encontrada en un enterramiento es un grupo de dieciséis. Basándose en el análisis de las demás ofrendas, las tumbas que contenían las estatuillas no eran especialmente ricas en otros aspectos y, en ocasiones, estas pequeñas figuras esculpidas son la única ofrenda de la inhumación. ¿Es posible que se trate de las tumbas de escultores? Cualquiera que sea su significado, la presencia de estos objetos indica más bien exclusividad y no riqueza expresada mediante una gran cantidad de bienes funerarios. El uso del cobre y los cuchillos de sílex como ofrendas funerarias plantea la misma cuestión durante la fase Nagada II.

En Nagada I la cabeza más o menos esquemática de hombres barbudos parece constituir un nuevo tipo de categoría de representación humana, la cual se desarrollará más en Nagada II. Tallados en bastones arrojadizos de marfil o en la

punta de defensas de elefantes o hipopótamos, el rasgo que comparten todas estas figurillas es la presencia de una barba triangular, a menudo equilibrada con un pequeño «gorro frigio» dotado de un agujero para colgarlas. Al contrario que en el caso de las mujeres, los hombres dejan de estar representados sólo por sus rasgos sexuales primarios y pasan a estarlo por un rasgo sexual secundario y la categoría social que éste les confiere. Resulta evidente que la barba era un símbolo de poder y, en forma de «falsa barba» ceremonial, quedó posteriormente reservada en exclusiva a las barbillas de reyes y dioses.

Otro símbolo de poder que caracteriza la fase Nagada I es la cabeza de maza discoidal, por lo general tallada en una piedra dura, pero en ocasiones en otros materiales más blandos, como la caliza, la terracota e incluso el barro sin cocer; hay veces en que la maza viene acompañada de un mango. Fue durante esta fase cuando comenzaron a desarrollarse las técnicas para trabajar tanto las piedras duras como las blandas (incluidas la grauvaca, el granito, el pórfido, la diorita, la brecha, la caliza y el alabastro egipcio), una destreza que terminará por lograr que la egipcia sea la «civilización de la piedra» *par excellence*. Las paletas de grauvaca para cosméticos son un objeto selecto del ajuar funerario del Amraciense. Sus formas se diversificaron cada vez más, variando desde sencillas paletas ovaladas, en ocasiones con figuras incisas, hasta formas zoomorfas completas, entre las que figuran peces, tortugas, hipopótamos, gacelas, elefantes y pájaros (si bien el número de animales representados en los recipientes cerámicos pintados nunca fue mucho mayor).

La producción de objetos de hueso y marfil, incluidos sacabocados, agujas, punzones y cucharas amplió —y mejoró— el repertorio de la cultura badariense. En las tumbas de Nagada I no se han encontrado demasiados objetos trabajados en piedra, pero su escasez viene compensada por su calidad. Las delicadas y largas hojas de retoque bifacial, algunas de hasta 40 centímetros de largo, estaban serradas de forma regular. Su rasgo más peculiar es que fueron pulidas antes del retoque. Este proceso también fue utilizado en bellos puñales de hoja bifurcada, que parecen ser el antecedente de una herramienta del Reino Antiguo conocida como *pesheskef*, utilizada durante la ceremonia funeraria de la «apertura de la boca».

La esteatita vidriada, ya conocida en el Período Badariense, continuó utilizándose. Los primeros intentos por crear fayenza egipcia parecen datar de la fase Nagada I, cuando un núcleo de cuarzo pulverizado era modelado convenientemente y luego recubierto con un vidriado a base de natrón coloreado con óxidos metálicos.

La metalurgia presenta escasas diferencias con la del Período Badariense, excepto alguna ampliación del repertorio, que pasa a contar con objetos como alfileres, arpones, cuentas, alfileres curvos y brazaletes, realizados a menudo batiendo el cobre nativo. El extremo de las puntas de lanza bifurcadas encontradas en una tumba de El Mahasna, que imitan modelos en piedra, permite compararlas con las técnicas de

producción de metal utilizado por sus vecinos norteños de Maadi.

La imagen obtenida al analizar las tumbas y su contenido es la de una sociedad estructurada y diversificada, con una cierta tendencia hacia una organización jerárquica, en la cual ya se pueden ver de forma embrionaria los principales rasgos de la civilización faraónica.

Comparados con los importantes restos del mundo de los muertos, los restos conservados de los asentamientos de Nagada I son pobres, no sólo porque se han conservado muy pocos de ellos, sino también por la naturaleza de las prácticas de uso de la tierra durante el Predinástico. Como los edificios que formaban los asentamientos estaban construidos sobre todo mediante una mezcla de barro y materiales orgánicos (como madera, cañas y palmera), no se han conservado bien y los arqueólogos tendrían que invertir un esfuerzo considerable para obtener una cantidad mínima de datos. Entre los restos de chozas subdivididas hechas de tierra batida (de las cuales no se sabe aún con certeza si se trata de lugares de habitación) se encuentran hogares y agujeros de poste. Las zonas de habitación están señaladas por depósitos de materia orgánica con una potencia de docenas de centímetros. El único edificio que se conserva se ha excavado en Hieracómpolis, donde un equipo norteamericano descubrió una estructura artificial quemada formada por un horno y una casa rectangular (4 x 3,5 metros) parcialmente rodeada por un muro. Si bien es posible que este tipo de casas existiera en los asentamientos del valle del Nilo durante esta época, hemos de tener en cuenta que Hieracómpolis bien puede haber sido un poblado inusual: desde muy temprano fue un enclave importante y, si hemos de juzgar por sus tumbas a gran escala, a partir de esta época se convirtió en el centro de un grupo de élite.

Una de las consecuencias de la falta de asentamientos excavados es un conocimiento impreciso de la economía de Nagada I. Entre los animales domésticos presentes en el ajuar funerario figuran la cabra, la oveja, los bóvidos y los cerdos, que han sobrevivido en forma de ofrendas de alimento o de pequeñas estatuillas modeladas con arcilla. En cuanto a la fauna salvaje se refiere, parece haber existido muchas gacelas y peces. Respecto a las plantas, se cultivaban la cebada y el trigo, así como guisantes, cizañas, el fruto del azufaifo y un posible antepasado de la sandía.

Nagada II (Gerzense)

Durante la segunda fase de la cultura Nagada tuvieron lugar cambios fundamentales, producidos no en las zonas marginales, sino en el corazón mismo del Amraciense; en esencia se trató más de una evolución que de un cambio brusco. La fase Nagada II se caracteriza sobre todo por la expansión, pues la cultura gerzense se difundió desde su punto de origen en Nagada hacia el norte (Minshat Abu Ornar, en el delta) y hacia el sur (Nubia).

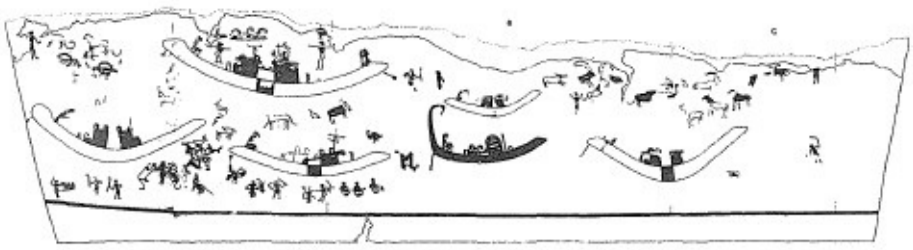
Hubo una evidente aceleración de la tendencia funeraria apreciada por primera vez en el Amraciense, con unos pocos individuos enterrados en tumbas más grandes y elaboradas, con unos ajuares funerarios más ricos y abundantes. El Cementerio T de Nagada y la Tumba 100 de Hieracómpolis (llamada la «tumba pintada») son buenos ejemplos de esta generalizada tendencia.

Los cementerios gerzenses incluyen un amplio repertorio de tipos de tumba, que van desde las pequeñas tumbas ovaladas o redondas, con pocas ofrendas, hasta enterramientos en recipientes de cerámica, pasando por la excavación de recintos rectangulares divididos por muretes de adobe, con compartimientos específicos para las ofrendas. Había ataúdes de madera y barro sin cocer, además de producirse los primeros intentos por envolver los cuerpos en tiras de lino. Este tipo de «momificación» temprana se puede ver en un tumba doble de Adaima, un yacimiento del Alto Egipto que desde 1990 está excavando el Instituto Arqueológico Francés de El Cairo. Por lo general, los enterramientos de Nagada II siguen siendo individuales; pero los múltiples, con hasta cinco individuos, se hacen más abundantes. Los rituales funerarios parecen más complejos, en algunos casos con desmembramiento del cadáver, una práctica no atestiguada en la fase precedente. En la T5 de Nagada, una serie de huesos largos y cinco cráneos se dispusieron siguiendo los muros y en Adaima hay algunos ejemplos de cráneos separados de sus torsos. La posible existencia de sacrificios humanos fue planteada por Petrie para Nagada y en Adaima se han identificado dos casos de gargantas cortadas seguidas de decapitación. Si bien son escasas y dispersas, estas posibles pruebas de autosacrificio pueden haber sido un temprano preludio a los sacrificios humanos en masa enterrados en torno a las tumbas reales del Dinástico Temprano en Abydos, que supusieron un punto de inflexión en la aparición de la realeza egipcia del Período Dinástico.

Surgieron dos nuevos tipos de cerámica: el primero es una «cerámica basta» que apareció en tumbas fechadas en esta fase, pero que posteriormente se encuentra en contextos domésticos; el segundo es una «cerámica margosa», fabricada en parte con una arcilla calcárea procedente más de los *wadis* del desierto que del valle del Nilo. La cerámica margosa, en ocasiones decorada con dibujos de color ocre sobre fondo crema, reemplaza a la cerámica roja con dibujos blancos de la fase Nagada I. Se

dibujan dos tipos de motivos: geométricos (triángulos, espiguillas, espirales, ajedrezados y líneas onduladas) y figurativos. El repertorio se limita a unos diez elementos, combinados según un sistema de representación simbólica que todavía no se comprende del todo.

El motivo predominante en el arte figurativo de esta fase es el barco; su omnipresencia refleja la importancia del río, no sólo como fuente de peces y aves silvestres, sino también como principal vía de comunicación, imprescindible para la expansión tanto hacia el norte como hacia el sur de la cultura Nagada. Gracias al barco se obtenían materias primas como marfil, oro, ébano, incienso y pieles de gatos salvajes, del sur, y cobre, aceites, piedra y conchas venidas del norte y del este, destinadas sobre todo a una élite social cuya posición se diferenciaba cada vez más del resto de la población. En estas imágenes el barco representa tanto un medio de transporte como un símbolo de categoría social. No obstante, resulta evidente que a partir de esta época el Nilo, que fluye de sur a norte, se había transformado también en un río mítico por el que navegaban los primeros dioses. La relación entre el orden humano y el orden cósmico ya se estaba estableciendo.



La Tumba 100 de Hieracómpolis es el único enterramiento predinástico pintado hallado hasta el momento. Fechada gracias a los objetos Nagada IIc encontrados en su interior, pudo pertenecer a un poderoso miembro de la elite hieracompolitana. Los dibujos de la pintura mural son similares a los de los recipientes cerámicos pintados gerzenses y entre ellos encontramos grandes barcos fluviales y la imagen del «héroe conquistador», que posteriormente se convertiría en uno de los iconos más característicos del arte mobiliario predinástico, como se ve en el mango esculpido del cuchillo de Gebel el Arak.

Durante la fase Nagada II se produjo un considerable desarrollo de las técnicas del trabajo de la piedra. Se descubrieron y explotaron a lo largo de todo el Nilo, así como en el desierto, especialmente en Wadi Hammamat, varios tipos de caliza, alabastro, mármol, serpentina, basalto, brecha, gneis, diorita y gabro. La cada vez mayor habilidad en el trabajo de la piedra dejó el camino expedito para los grandes logros de la arquitectura faraónica en este material. Los cuchillos *ripple-flakled* de esta época figuran entre los mejores ejemplos de trabajo en sílex de cualquier lugar del mundo.

Las paletas para cosméticos reducen su número, evolucionando hacia formas simples rectangulares y romboidales, al mismo tiempo que empiezan a decorarse con relieves, comenzando una práctica que irá evolucionando hacia las paletas decoradas de estilo narrativo de la fase Nagada III. Las cabezas de maza discoidales del Período Amraciense son reemplazadas por las piriformes, dos ejemplares de las cuales ya se

conocen de época anterior en el asentamiento neolítico de Merimda Beni Salama. En la fase Nagada II la cabeza de maza ya se había transformado misteriosamente en un símbolo de poder y durante la época faraónica fue el arma que blandía el rey victorioso.

El trabajo del cobre se intensificó, dejando de estar limitado a pequeños objetos y comenzando a producirse de forma progresiva objetos que reemplazaron a otros de piedra, como hachas, hojas, brazaletes y anillos. Junto a los progresos en la metalurgia del cobre se aprecian otros similares en el uso del oro y la plata; de hecho, las pruebas encontradas en yacimientos como Adaima sugieren que el creciente atractivo del metal puede muy bien ser la explicación de gran parte de los robos de tumbas producidos durante el Período Predinástico.

La imagen de la sociedad Nagada II que obtenemos es la de la una base perfecta para el desarrollo de una clase de artesanos especializados al servicio de la élite. Las consecuencias de ello son dobles: la primera es que tenía que existir una economía capaz de mantener grupos de artistas no productores, al menos durante una parte del año; la segunda, que hubo centros urbanos que reunían a clientes, talleres, aprendices de artesano y servicios necesarios para el intercambio comercial.

Este proceso de desarrollo cultural estuvo siempre estrechamente ligado al Nilo. Tal y como mostró Michael Hoffman en su interpretación de los restos predinásticos de Hieracómpolis, los asentamientos se agrupaban cerca del río, donde se encontraba la tierra cultivada y unas sencillas técnicas de irrigación artificial permitían aprovechar la crecida anual. Todo el valle del Nilo estaba ocupado por varios poblados, que a menudo sólo conocemos por sus cementerios. Tenemos pruebas de la existencia de diferentes clases de cebada, trigo, lino, frutos (como la sandía y los dátiles) y verduras. Al igual que en la fase anterior, las reses, cabras, ovejas y cerdos formaban el grupo de animales de cría. Entre los animales domésticos, y a juzgar por sus enterramientos en el interior del asentamiento de Adaima, el perro disfrutaba de una categoría especial. Los peces también desempeñaron un papel importante en la dieta, pero la caza de grandes mamíferos de río y de desierto (como el hipopótamo, la gacela y el león) fue poco a poco quedando restringida socialmente, hasta que terminó convertida en una prerrogativa de los grupos de la élite social.

En el Alto Egipto surgieron tres grandes centros urbanos: Nagada, la «ciudad del oro», en la boca de Wadi Hammamat; Hieracómpolis, más hacia el sur; y Abydos, donde terminaría estando la necrópolis de los primeros faraones. En Nagada, Petrie y Quibell descubrieron en 1895 dos grandes zonas residenciales: la «ciudad sur» (en la parte central del yacimiento) y la «ciudad norte». La «ciudad sur» cuenta con una gran estructura rectangular de 50 x 30 metros, que posiblemente sean los restos de un templo o una residencia real. Al sur de esta gran estructura se pueden distinguir un grupo de casas rectangulares y un recinto. Estos dos elementos, la casa rectangular y

el muro del recinto, son típicos de las nacientes ciudades de Nagada II. Si bien existe escasez de restos arqueológicos primarios para los asentamientos de esta época, dos objetos encontrados en un contexto funerario ayudan a compensar esta deficiencia. El primero es un modelo en terracota de una casa, hallada en una tumba gerzense en El Amra (Museo Británico). En una tumba amraciense de Abadiya apareció un segundo modelo de casa (Oxford, Ashmolean Museum) con un muro almenado, detrás del cual aparecen dos personas de pie; la fecha amraciense del segundo modelo sugiere que las casas de este tipo comenzaron a utilizarse en época relativamente temprana.

Las culturas septentrionales (incluido el complejo maadiense)

El complejo cultural maadiense, compuesto por una docena de yacimientos, sólo ha salido a la luz recientemente. Entre los yacimientos se encuentran el cementerio y el asentamiento del propio Maadi, un suburbio de El Cairo. La cultura Maadi aparece durante la segunda mitad de Nagada I y continúa hasta Nagada líe/d, cuando fue eclipsada por la expansión de la cultura Nagada II, ejemplificada en los cementerios de El Gerza, Haraga, Abusir el Melek y Minshat Abu Ornar.

En esta zona del valle del Nilo se han descubierto los yacimientos neolíticos más antiguos, en Merimda Beni Salama, El Omari y la región de Fayum (véase el capítulo 2) y es en ellos donde se encuentra la tradición a partir de la cual surgió la cultura material Maadi. La cultura Maadi difiere en todos sus aspectos de los yacimientos de fecha similar del Alto Egipto. Justo al contrario de lo que sucede en los yacimientos de la cultura Nagada, los cementerios de Maadi son mucho menos importantes en cuanto al registro arqueológico, por lo que la mayoría de nuestro conocimiento de esta cultura procede de sus asentamientos.

En Maadi, los restos predinásticos ocupan cerca de 18 hectáreas, incluido el cementerio. Durante la primera mitad del siglo XX se había excavado una superficie de 40.000 metros cuadrados. La potencia del registro arqueológico es de casi dos metros, incluidos montones de desechos conservados in sítu y con una estratigrafía compleja. Las estructuras excavadas muestran la existencia de tres tipos de restos de asentamiento, uno de los cuales es único en un contexto egipcio y recuerda mucho a los asentamientos de Beersheba, en el sur de Palestina. Alberga casas excavadas en la roca madre con plantas ovaladas de 3 X 5 metros de superficie y hasta tres metros de profundidad, a cada una de las cuales se accede a través de un pasaje excavado; los muros de una de estas casas estaban revestidos con piedra y ladrillos de barro del Nilo sin cocer, pero es el único ejemplo que se conoce en Maadi del uso de adobe. La presencia de hogares, jarras semienterradas y restos domésticos sugiere que se trata de lugares de habitación permanentes. Los demás tipos de estructuras domésticas de Maadi están bien atestiguados en todo Egipto: en primer lugar, una choza ovalada acompañada por hogares externos y jarras de almacenamiento semienterradas y, en segundo, una casa de estilo rectangular de la que sólo quedan las trincheras de cimentación de unos muros que se cree que estaban construidos con materiales vegetales.

Por lo general, la cerámica de Maadi es globular, con una base ancha y plana, un cuello más o menos estrecho y una boca que se ensancha, parcialmente fabricada con arcilla aluvial. En raras ocasiones están decoradas y las excepciones consisten en marcas incisas realizadas tras la cocción. Es interesante destacar que los estratos más

antiguos de los yacimientos de finales del Predinástico en Buto (Tell el Farain), Tell el Iswid y Tell Ibrahim Awad, poseen restos cerámicos decorados con impresiones que recuerdan a la cerámica saharo-sudanesa. Los lazos con el Alto Egipto, anteriores al período de la cultura Maadi, quedan señalados por la presencia de restos importados de cerámica roja de borde superior negro, que se mezclan con sus burdas imitaciones de fabricación local. En cambio, los lazos comerciales con Palestina en la Edad del Bronce Temprano quedan señalados por la presencia de una cerámica con pies muy característicos, con el cuello, la boca y las asas decoradas en *mamelons* y manufacturada con una arcilla calcárea; se trata de recipientes que contenían productos importados (aceites, vinos y resinas). Por lo tanto, la cultura de Maadi era una especie de cruce de caminos cultural sometido a la influencia del Desierto Occidental (en lo que quizá sea una asociación extremadamente antigua), Oriente Próximo y los recién aparecidos pequeños reinos de Nagada en el sur.

La influencia palestina también se aprecia claramente en el sílex trabajado de la cultura Maadi. Pese a que la industria local utiliza esencialmente una técnica de presión, los conjuntos de Maadi también incluyen raspadores circulares realizados a partir de grandes nódulos de superficie lisa, bien conocidos en todo Oriente Próximo. En los yacimientos de Maadi también aparecen «hojas cananeas», de bellos bordes y nervaduras rectilíneas; durante el Período Faraónico se transformarían en las «hojas de afeitar» (en realidad raspadores dobles) que formarían parte del ajuar funerario regio hasta finales del Reino Antiguo, en ocasiones pulidas y en otras reproducidas en cobre e incluso en oro. Las piezas bifaciales, escasas en número, incluyen puntas de proyectil, puñales y hojas de hoz. Estas últimas eran productos de tradición local (hojas de hoz bifaciales de Fayum) y fueron reemplazadas lentamente por el estilo de hoja de hoz de Oriente Próximo, montada en una hoja.

Es probable que la relativa escasez de las paletas de grauvaca para cosméticos importadas del Alto Egipto se trate de un indicio de su limitada disponibilidad y, por lo tanto, del carácter lujoso del objeto. En cambio, las paletas de caliza, más numerosas, presentan restos de uso que nos indican su empleo en la vida diaria. Las cabezas de maza en piedras duras presentan la forma discoidal característica de la cultura amraciense y gerzense.

Dejando aparte varios peines importados del Alto Egipto, entre los objetos de hueso y marfil pulido figura el repertorio tradicional de agujas, arpones, sacabocados y punzones. Los dardos de siluro, consistentes en la primera espina de las aletas pectoral y dorsal, aparecen en grandes cantidades, sobre todo enjarras que probablemente fueran almacenadas con vistas a la exportación.

Existen muchos indicios de la participación de Maadi en el comercio y los contactos interculturales. A este respecto, el papel del cobre es particularmente significativo. Los objetos metálicos parecen haber sido especialmente habituales en

Maadi. No sólo se encuentran piezas sencillas como agujas o arpones, sino también barras, espátulas y hachas. Estos objetos se fabricaban de piedra en las culturas de Fayum y Merimda, pero en Maadi se elaboraban en metal. Lo mismo sucede en Palestina durante el mismo período, cuando las hachas de piedra pulida desaparecen para ser reemplazadas por versiones en metal, si bien con técnicas diferentes a las de Maadi. Esta sustitución de la piedra por el metal no puede tratarse de una mera coincidencia, por lo que se cree que es el resultado de un proceso de avance técnico que es indicio (y resultado directo) de una genuina simbiosis entre las dos regiones. En Maadi también se han encontrado grandes cantidades de mena de cobre, que al ser analizadas revelaron una posible procedencia en la región de Timna o Fenan, dos minas de cobre localizadas en Wadi Arabah, en la esquina suroriental de la península del Sinaí. No obstante, parece que la mena no era procesada en el mismo Maadi, sino que quizá fuera importada principalmente para convertirla en cosméticos, teniendo lugar el primer tratamiento cerca de las propias minas.

A pesar de la participación de las gentes de Maadi en la red de contactos con Oriente Próximo, su cultura era sobre todo pastoral-agrícola y sedentaria. Existen pocos restos de fauna salvaje que equilibren la enorme cantidad de restos de animales domésticos (cerdos, bueyes, cabras y ovejas) que, sin contar con el perro, conformaban la dieta básica de la comunidad. Es indudable que el burro servía para transportar mercancías. Los kilos de grano encontrados en jarras y pozos de almacenamiento incluyen trigo y cebada (*Triticum monoccum*, *Triticum dicoccum*, *Triticum aestivum*, *Triticum spelta* y *Hordeum volgare*), además de legumbres como las lentejas y los guisantes.

Comparado con las pruebas de actividad agrícola en Maadi, el enterramiento de sus difuntos fue relativamente discreto, lo que quizá nos hable de una sociedad que había sufrido escasos cambios sociales desde el Neolítico y que evidentemente carecía de estratificación o jerarquía social. Se han descubierto un total de seiscientas tumbas en Maadi, pocas en comparación con las quince mil tumbas predinásticas del sur del país. Hay factores geográficos y geológicos que contribuyen al desequilibrio: los cementerios septentrionales, situados en zonas propensas a fuertes inundaciones, pueden muy bien encontrarse enterrados bajo gruesas capas de limo del Nilo. No obstante, esto no lo explica todo, porque también existe una diferencia entre la cantidad y la calidad de los ajuares funerarios del norte comparados con los del Alto Egipto. Las tumbas del Bajo Egipto se caracterizan por una sencillez extrema, a base de agujeros ovalados con el difunto situado en posición fetal, envuelto en una estera o tela y acompañados sólo por uno o dos recipientes de cerámica y, en ocasiones, por nada en absoluto.

No obstante, según revisamos el desarrollo de las culturas del norte (consistente en tres fases que corresponden grosso modo a los cementerios de Maadi, Wadi Digla

y Heliópolis), algunas tumbas aparecen mejor equipadas que otras, pero sin mostrar nunca la llamativa riqueza que encontramos en el Alto Egipto. A pesar de todo, se puede apreciar una gradual tendencia hacia la estratificación social, siendo posible que la mezcla de tumbas de perros y gacelas con las de humanos forme parte de este proceso de cambio social. La fase final de la cultura de Maadi, representada por los estratos más modernos de Buto, equivale a mediados de la fase Nagada II (Niveles IIc-d).

En el excepcional yacimiento de Buto existen siete estratos arqueológicos sucesivos, en los cuales se puede observar la transición entre las fases de Maadi y el protodinástico. Durante esta transición se produce un perceptible incremento en los estilos de la cerámica de Nagada, al tiempo que la cerámica de Maadi desaparece progresivamente. De este modo, el final de la cultura Maadi no fue un fenómeno brusco, como puede sugerir el yacimiento de Maadi, sino un proceso de asimilación cultural. Es probable que con su localización fluvial y marítima Buto estuviera bien situada para el gran comercio y quizá contara también con un palacio para los gobernantes locales. Si bien los datos arqueológicos procedentes de Buto son menos llamativos que los de Nagada, hubo allí un proceso de desarrollo cultural comparable que también condujo hacia una creciente complejidad cultural, la cual terminó produciendo una sociedad caracterizada por sus propias creencias, ritos, mitos e ideología. Era la condición necesaria para el siguiente gran paso adelante en la Historia de Egipto, que tuvo lugar durante los Períodos Nagada III y el Dinástico Temprano.

4. LA APARICIÓN DEL ESTADO EGIPCIO

(c. 3200-2686 a.C.)

KATHRYN A. BARD

Según la revisión de Kaiser de las *sequence dates* de Petrie, la fase Nagada III, c. 3200-3000 a.C., es la última del Período Predinástico. Fue durante esta época cuando Egipto se unificó por primera vez en un gran Estado territorial y también cuando se produjo la consolidación política que sentó las bases del Estado del Dinástico Temprano de la I y la II Dinastías. En la parte final de esta fase hay pruebas de la existencia de reyes que precedieron a los de la i Dinastía, lo que se conoce como Dinastía 0. Fueron enterrados en Abydos, cerca del cementerio real de la I Dinastía. La parte superior de la Piedra de Palermo, una lista real de finales de la V Dinastía (véase el capítulo 1), está rota, pero en ella se puede ver una lista de nombres e imágenes de reyes sentados dispuestos en registros, lo cual sugiere que los egipcios creían que hubo gobernantes que precedieron a los de la I Dinastía. No obstante, existe un considerable debate respecto a factores como la naturaleza exacta del proceso de unificación, la fecha en que ésta tuvo lugar y la cuestión de los orígenes de la Dinastía 0.

Formación y unificación del Estado

A partir de la fase Nagada II, en los cementerios del Alto Egipto se encuentran enterramientos muy diferenciados (pero no así en el Bajo Egipto). En estos cementerios, las inhumaciones de la élite albergan grandes cantidades de bienes funerarios, en ocasiones de materiales exóticos como el oro y el lapislázuli. Estas tumbas son el símbolo de una sociedad cada vez más jerarquizada, que probablemente represente los primeros procesos de competencia y engrandecimiento de las entidades políticas del Alto Egipto, según fueron desarrollándose la interacción económica y el comercio a larga distancia. Como el control de la distribución de las materias primas exóticas y la producción de bienes de prestigio reforzaría el poder de los jefes de los centros predinásticos, estos bienes eran importantes símbolos de posición social. A pesar de la falta de restos arqueológicos, parece probable que las más grandes ciudades predinásticas del Alto Egipto se fueran convirtiendo en centros de producción artesanal, como la ciudad sur de Nagada documentada por Petrie.

La zona central de la cultura Nagada se encuentra en el Alto Egipto, pero en la fase Nagada II comenzaron a aparecer asentamientos nagadienses en el norte de Egipto. El término gerzense (Nagada II) para esta fase de mediados del Predinástico deriva de un cementerio Nagada II excavado por Petrie en El Gerza, en la región de Fayum. Algo después encontramos enterramientos de la cultura Nagada mucho más hacia el norte, en el yacimiento de Minshat Abu Ornar, en el delta. Estas pruebas sugieren que durante la época Nagada II se produjo un movimiento gradual hacia el norte de gentes del Alto Egipto.

Los principales yacimientos del Alto Egipto se encuentran situados cerca del Desierto Oriental, del cual se obtenían oro y diversos tipos de piedras para fabricar cuentas, recipientes y otros bienes manufacturados, por lo cual eran mucho más ricos en recursos naturales que los del Bajo Egipto: el nombre antiguo de Nagada es Nubt, «ciudad de oro», y no es casualidad que el mayor de los cementerios predinásticos se encuentre situado allí. Según fue incrementándose el éxito con el que se practicaba la agricultura del cereal en la llanura inundable del Alto Egipto, los excedentes aumentaron y pudieron ser intercambiados por bienes manufacturados, cuya producción se fue haciendo cada vez más especializada. Es posible que los primeros meridionales en dirigirse al norte fueran mercaderes y, al ir aumentado la interacción económica, les siguieran después colonos. No hay pruebas arqueológicas que demuestren el traslado de personas hacia el norte (al contrario de lo que sucede para los objetos); pero si semejante migración tuvo lugar, parece más probable que fuera una expansión pacífica y no una invasión militar, al menos en sus primeras etapas.

Un factor que pudo haber motivado la expansión de la cultura Nagada hacia el Egipto septentrional fue el deseo de conseguir un control directo sobre el lucrativo

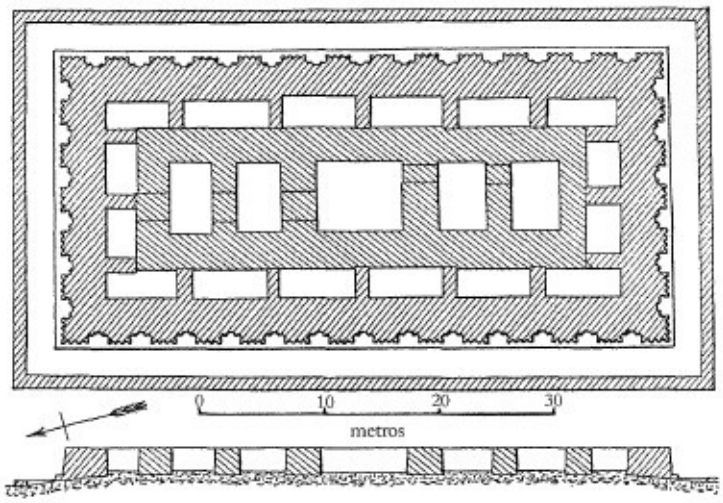
comercio con otras regiones del Mediterráneo oriental, aparecidas durante el cuarto milenio a.C. El desarrollo de la técnica de construcción de barcos de gran tamaño también fue clave para controlar el Nilo y con él las comunicaciones y el intercambio comercial a gran escala. La madera (cedro) para la construcción de este tipo de barcos no crecía en Egipto, pero llegaba de la zona de Levante hoy conocida como Líbano.

Tal y como se vio en la descripción de la cultura Maadi en el capítulo 3, durante el cuarto milenio a.C. el Bajo Egipto no fue un vacío cultural y es probable que la expansión de Nagada terminara por tropezar con cierta resistencia. No obstante, los restos arqueológicos del norte sólo nos hablan de que al final la cultura Maadi fue sustituida. La ocupación de Maadi terminó en la fase Nagada II c/d, mientras que las pruebas estratigráficas de yacimientos del norte del delta, como Buto, Tell Ibrahim Awad, Tell el Ruba y Tell el Farkha, demuestran que los estratos más antiguos sólo albergan cerámica Maadi y local, pero que sobre ellos los estratos sólo contienen cerámica de la cultura Nagada III y las primeras formas de la I Dinastía. En Tell el Farkha, una capa de transición de arena eóHca situada entre estos estratos sugiere el abandono del asentamiento por parte de la población local debido a causas desconocidas (¿intimidación?) y una posterior reocupación del mismo durante la Dinastía 0 a manos de gentes de cultura Nagada, que para entonces se había extendido por todo Egipto.

A finales de la fase Nagada II (c. 3200 a.C.) o principios de Nagada III, la cultura material autóctona del Bajo Egipto ya había desaparecido, siendo reemplazada por objetos (sobre todo cerámica) derivados del Alto Egipto y de la cultura Nagada. En ocasiones estas pruebas arqueológicas se han interpretado como un indicio de que la unificación política de Egipto tuvo lugar en esta época; pero las pruebas materiales no necesariamente implican una organización política (unificada) y se pueden proponer varios factores socioeconómicos alternativos para explicar el cambio. Dado que las pruebas procedentes de los enterramientos de la élite de los tres principales centros predinásticos del Alto Egipto (Nagada, Abydos y Hieracómpolis) sugieren la existencia de centros o unidades políticas diferenciados (y posiblemente competidores) durante la fase Nagada II, la primera unificación de las primeras entidades políticas del Alto Egipto probablemente tuviera lugar a comienzos de Nagada III, bien como resultado de una serie de alianzas o mediante la guerra (quizá terciando una combinación de ambas), seguida por la unificación política tanto del norte como del sur y la aparición de la Dinastía 0 hacia finales de Nagada III.

Los enterramientos de cronología Nagada III en el mayor de los cementerios predinásticos, el de Nagada (incluida la necrópolis de la élite, el Cementerio T), son más pobres que los enterramientos anteriores de cronología Nagada II de este mismo yacimiento. A finales del siglo XIX, Jacques de Morgan excavó dos grandes tumbas de ladrillo con nichos situadas a más de seis kilómetros al sur de estos cementerios.

El emplazamiento de esta nueva necrópolis y la repentina aparición a finales de Nagada III de un nuevo tipo de enterramiento «real», unidos a la menor riqueza de los enterramientos anteriores en los cementerios situados lejos hacia el norte, sugiere una ruptura con el sistema de gobierno centrado en la ciudad sur (localizada sólo a 150 metros hacia el noreste del gran cementerio predinástico), probablemente coincidiendo con la incorporación de la entidad política de Nagada a una más grande.



A finales del siglo XIX, Jacques de Morgan excavó en Nagada unas cuantas tumbas de ladrillo del Dinástico Temprano decoradas en «fachada de palacio»; entre ellas se encontraba ésta, atribuida a la reina Neithhotep, de la I Dinastía, *c.* 3000 a.C. Los rectángulos en el centro de la planta indican la incorporación de cámaras funerarias a la superestructura a nivel del suelo.

En cambio, en la zona de Umm el Qaab (Abydos) las tumbas de los Cementerios U y B y del «cementerio real» pasaron de contar con enterramientos bastante indiferenciados (a comienzos de Nagada) a convertirse primero en el cementerio de la élite (a finales de Nagada II) y después en el lugar de enterramiento de los reyes de la Dinastía 0 y de la I Dinastía. Una tumba de Nagada III, la U-j, fechada en c. 3200 a.C., consiste en doce habitaciones que cubren una superficie de 66,4 metros cuadrados. Aunque saqueada, contenía muchos objetos de hueso y marfil, una gran cantidad de cerámica egipcia y unas 400 jarras importadas desde Palestina, que posiblemente contuvieran vino. Las 150 pequeñas etiquetas encontradas en la tumba están inscritas con lo que parecen ser los primeros jeroglíficos conocidos. Según su excavador, Günter Dreyer, los restos de un altar de madera en la cámara funeraria y el modelo en marfil de un cetro demuestran que se trata de la tumba de un soberano, posiblemente el rey Escorpión, cuyas heredades pueden aparecer mencionadas en varias tablillas. Es probable que este soberano gobernara en el siglo XXXI a.C.

La excavaciones en la «Locality 6» de Hieracómpolis, a 2,5 kilómetros en el interior del Gran Wadi, permitieron descubrir varias tumbas de gran tamaño, todas con hasta 22,75 metros cuadrados de superficie y cerámica Nagada III. Si bien saqueada, la Tumba 11 todavía conservaba cuentas de cornalina, granate, turquesa,

fayenza, oro y plata; fragmentos de objetos de lapislázuli y marfil; hojas de obsidiana y cristal, y una cama de madera con patas en forma de patas de toro. Un enterramiento de semejante riqueza sugiere que en Hieracómpolis se enterraron individuos de la élite dotados de una capacidad económica considerable, pero que todavía no alcanzaban la categoría que tenían los soberanos de Abydos.

Mientras que durante el Dinástico Temprano Nagada fue políticamente insignificante, Abydos fue el principal centro del culto al rey difunto y Hieracómpolis siguió siendo un importante centro de culto asociado al dios Horus, símbolo del rey vivo. Es posible que la entidad política de Nagada resultara derrotada en una postrera lucha predinástica por el poder acontecida en el Alto Egipto, al tiempo que los soberanos cuya base de poder se encontraba originalmente en Abydos terminaron por conseguir el control de todo el país, quizá aliados a grupos de élite menos poderosos (los llamados Seguidores de Horus) de Hieracómpolis, que pese a todo se encontraban en una posición estratégica favorable debido a las valiosas materias primas venidas del sur.

La unificación final del Alto y el Bajo Egipto puede haberse conseguido mediante una o varias conquistas militares del norte; pero no existen muchas pruebas de ello, a excepción de las escenas de contenido militar simbólico grabadas en varias paletas ceremoniales datadas estilísticamente a finales del Predinástico (Nagada III/Dinastía 0), como son las fragmentadas PaletaTjehenu (libia), la Paleta del Campo de Batalla y la Paleta del Toro. La interpretación de semejantes escenas es problemática, porque estos objetos son de procedencia desconocida y las fragmentadas escenas simbolizan conflictos, pero sin especificar acontecimientos históricos reales.

Afortunadamente, en Hieracómpolis se encontraron tres importantes objetos con escenas talladas que son relevantes para este período: la Cabeza de Maza del rey Escopión y la Paleta y la Cabeza de Maza del rey Narmer. Estos tres objetos ceremoniales fueron hallados por J. E. Quibell y F.W. Green cuando excavaron el templo de Horus en Hieracómpolis, cerca o en una zona bautizada por ellos como «depósito principal». Es posible que sean donaciones reales para el templo y sugieren que a finales de la fase Nagada III la ciudad seguía siendo un centro importante. Si bien considerar que las escenas de la Paleta de Narmer representan la unificación del Alto y el Bajo Egipto es una interpretación demasiado determinante, en ellas vemos a enemigos muertos y pueblos y/o asentamientos derrotados. Las escenas y signos de la Cabeza de Maza de Narmer muestran cautivos y botín de guerra, mientras que la Cabeza de Maza del rey Escorpión también contiene enemigos derrotados. Semejantes escenas sugieren que la guerra tuvo algo que ver en algún momento de la forja del primer Estado en Egipto. Incluso si no existen estratos de destrucción con fecha Nagada III en los asentamientos del delta, la guerra sigue habiendo podido ser el instrumento de consolidación de este primer Estado y de su expansión hacia la

Baja Nubia y el sur de Palestina, que tuvo lugar a comienzos de la I Dinastía.

Desde que Petrie lo sugiriera, se ha repetido con frecuencia que, pese a la prueba de las culturas predinásticas, la civilización egipcia de la I Dinastía apareció de forma repentina y, por lo tanto, fue introducida por una «raza» extranjera. No obstante, desde la década de 1970 las excavaciones en Abydos y Hieracómpolis han demostrado claramente las raíces indígenas que tiene en el Alto Egipto la primera civilización egipcia. Si bien existen pruebas de un evidente *contacto* externo durante el cuarto milenio a.C., éste no tuvo forma de invasión militar.

La cerámica de los estratos excavados en los yacimientos del norte de Egipto y el sur de Palestina hacen posible coordinar períodos culturales específicos de ambas regiones y demostrar así que el contacto no se interrumpió mientras la cultura Maadi iba siendo reemplazada por la cultura Nagada. La fase Nagada Ilb corresponde a la Edad del Bronce Temprano (EBA) la de Palestina, mientras que Nagada IIc-d y Nagada III/Dinastía 0 son evidentemente contemporáneas de la cultura EBA Ib. En esta época, el contacto entre el norte de Egipto y Palestina se realizaba por vía terrestre, como demuestran las pruebas encontradas en el norte del Sinaí. Entre Qantar y Rafia, la North Sinai Expedition de la Universidad Ben Gurion encontró doscientos cincuenta asentamientos tempranos, en los cuales el 80 por ciento de las cerámicas egipcias estaban fechadas en Nagada II—III y la Dinastía 0. El patrón de asentamiento consistía en algunos centros de mayor tamaño intercalados con campamentos estacionales y lugares de paso.

Los arqueólogos israelíes sugieren que estas pruebas son el resultado de una red comercial establecida y controlada por los egipcios en fechas tan tempranas como la EBA la y que esta red fue un factor principal en la aparición de los asentamientos urbanos encontrados posteriormente en Palestina durante la EBA II. El estudio de las técnicas cerámicas realizado por Naomi Porat en los yacimientos EBA de Palestina demuestra que muchos de los recipientes de cerámica utilizados para la preparación de comida encontrados en los estratos EBA Ib probablemente fueran fabricados por ceramistas egipcios con tecnología egipcia, pero con arcillas palestinas locales. En los estratos EBA Ib también hay muchas jarras de almacenamiento fabricadas con barro del Nilo, además de cerámicas margosas, que podrían haber sido importadas desde Egipto. Los egipcios no sólo crearon campamentos y estaciones de paso en el norte del Sinaí, sino que las pruebas cerámicas sugieren que hicieron lo propio en el sur de Palestina, con una red muy organizada de asentamientos donde residía población egipcia.

La importancia del delta para el contacto egipcio con el suroeste de Asia también la sugieren unas enigmáticas pruebas procedentes de Buto. En este yacimiento, en estratos de cultura predinástica del Bajo Egipto, Thomas von der Way encontró a finales de la década de 1980 dos insospechados tipos de cerámica: «clavos» de arcilla

y un *Grubenkopfnagel* (un cono con extremo cóncavo bruñido) que se asemejan a objetos utilizados en la cultura mesopotámica de Uruk para decorar la fachada de los templos. Von der Way sugiere que el contacto con la red de la cultura Uruk pudo haber tenido lugar a través del norte de Siria, pues el más temprano estrato predinástico de Buto contenía restos cerámicos decorados con las típicas franjas blanquecinas de la cerámica siria Amuq E Los clavos de arcilla y el Grubenkopfnagel no están asociados a ninguna arquitectura (de ladrillo) en los niveles predinásticos, que es lo que sería de esperar si la interpretación de Von der Way es correcta; pero las excavaciones en curso en Buto todavía pueden proporcionar más datos sobre las relaciones entre el delta y el suroeste de Asia en el cuarto milenio a.C.

Han aparecido en algunas tumbas de élite de las fases Nagada II y III cilindro-sellos tanto importados como egipcios, un tipo de objeto indudablemente inventado en Mesopotamia. Por primera vez se encuentran en tumbas predinásticas del Alto Egipto cuentas y pequeños objetos de lapislázuli, que sólo pueden proceder de Afganistán. Motivos mesopotámicos aparecen también en el Alto Egipto (y la Baja Nubia), incluida la figura del *héros dompteur* (una figura humana victoriosa entre dos leones/bestias), pintada en los muros de la Tumba 100 de Hieracómpolis, que data de Nagada II. Otros motivos típicamente mesopotámicos, como la fachada de palacio con nichos y barcos de proa elevada, aparecen también en objetos y en el arte de Nagada II y III. El estilo de estos motivos, que es más característico del arte glíptico de Susa (sureste de Irán) que de la cultura de Uruk, y el hecho de que este tipo de objetos no aparezca en el Bajo Egipto, ha permitido considerar la existencia de una ruta meridional de contacto entre Susa y el Alto Egipto cuya naturaleza se desconoce hasta el momento.

En la Baja Nubia se conocen innumerables enterramientos de la cultura del Grupo A (aproximadamente contemporánea de la cultura Nagada) que contienen muchos bienes manufacturados nagadienses. La cerámica del Grupo A es muy diferente de la de Nagada y es probable que los productos egipcios se obtuvieran mediante mercadeo e intercambio. Bruce Williams ha sugerido que el cementerio de la élite del Grupo A en Qustul, en la Baja Nubia, pertenecería a los soberanos nubios que conquistaron y unificaron Egipto, fundando así el primer Estado faraónico, pero la mayoría de los especialistas no está de acuerdo con su hipótesis. El modelo que quizá explique mejor las pruebas arqueológicas es uno que incluye contactos acelerados entre las culturas del Alto Egipto y la Baja Nubia a finales del Predinástico. Materias primas de lujo, como el marfil, el ébano, el incienso y pieles de animales exóticos, todas ellas muy deseadas en Egipto en la época dinástica, procedían en gran parte del sur de África y llegaban tras atravesar Nubia. Esto hizo que algunos jefes del Grupo A se beneficiaran económicamente del comercio con las materias primas, como demuestran con claridad los ricos enterramientos excavados en Qustul y Sayala; pero

es poco probable que en Nubia se diera el tipo de complejidad sociopolítica atestiguada en el Alto Egipto por estas fechas. La llanura inundable del Nilo es mucho más estrecha en la Baja Nubia que en el Alto Egipto, por lo que aquélla sencillamente no poseía el potencial agrícola necesario para mantener grandes concentraciones de población y especialistas a tiempo completo, como artesanos y administradores del gobierno. El hecho de que la cultura material de Nagada aparezca después en el Bajo Egipto sin elementos nubios también parece ir en contra de un origen nubio para el Estado egipcio unificado.

El Estado de comienzos de la I Dinastía

En c. 3000 a.C. el Estado del Dinástico Temprano ya había aparecido en Egipto y controlaba gran parte del valle del Nilo, desde el delta hasta la primera catarata en Asuán, una distancia de más de mil kilómetros a lo largo del río. Si bien la presencia de la cultura Nagada es evidente en el delta durante Nagada II y III, el alcance del control político egipcio hacia el sur durante la I Dinastía queda demostrado por los restos de una fortaleza en el punto más elevado de la orilla de la isla de Elefantina, una región que en época predinástica había estado ocupada por gentes del Grupo A. Con la llegada de la I Dinastía, el centro del desarrollo se trasladó desde el sur hacia el norte, siendo el temprano Estado egipcio una unidad política controlada por un dios-rey desde la región de Menfis.

Un rasgo que resulta ciertamente único del primer Estado egipcio es la unificación del gobierno a lo largo de una extensa región geográfica, al contrario que las unidades políticas contemporáneas de Nubia, Mesopotamia y Siria-Palestina. Si bien hay indudables pruebas de contactos extranjeros en el cuarto milenio a.C., el Estado Dinástico Temprano aparecido en Egipto era único y de carácter autóctono. Es probable que una lengua común, o dialectos de la misma, facilitara la unificación política; pero nada se sabe realmente de la lengua hablada, pues en este momento de su desarrollo cultural, los primeros textos contienen información especializada de una naturaleza muy superficial.

Uno de los resultados de la expansión de la cultura Nagada por todo el norte de Egipto habría sido una administración (estatal) mucho más elaborada, que a comienzos de la I Dinastía se dirigía en parte mediante el uso de la primera escritura, utilizada en sellos y etiquetas fijados a los bienes estatales. Las pruebas arqueológicas del control del Estado consisten en los nombres de los reyes de la I Dinastía (serekhs) en vasijas, sellos, etiquetas (en origen atadas a recipientes) y otros objetos hallados en los principales yacimientos dinásticos de Egipto. Semejantes pruebas sugieren la existencia de un sistema impositivo estatal ya desde las primeras dinastías.

Los estratos arqueológicos más antiguos de Menfis excavados hasta el momento datan del Primer Período Intermedio, si bien los estratos de la ciudad del Dinástico Temprano pueden estar enterrados bajo grandes cantidades de depósitos fluviales. Hacia el oeste, las muestras obtenidas por David Jeffreys mediante perforación han revelado cerámica tanto del Reino Antiguo como del Dinástico Temprano. Sin embargo, en la región se conocen tumbas desde la I Dinastía, por lo que es posible que la ciudad fuera fundada en torno a ellas. En la cercana Sakkara Norte se han encontrado tumbas de altos funcionarios, mientras que funcionarios de todos los niveles fueron enterrados en otros lugares de la región menfita. Semejante prueba funeraria sugiere que la región de Menfis era el centro administrativo del Estado y

que éste ya estaba altamente estratificado en su organización social.

En el sur, Abydos siguió siendo el principal centro de culto y se ha sugerido que fue durante la I Dinastía cuando los pequeños asentamientos predinásticos, que han dejado unas pruebas arqueológicas más efímeras, fueron reemplazados por una ciudad construida con ladrillo. Los reyes de la I Dinastía fueron enterrados en esta ciudad, otro indicio de los orígenes altoegipcios del Estado. Desde el comienzo mismo del Período Dinástico la institución de la realeza fue fuerte y poderosa, permaneciendo así durante la mayor parte de los períodos históricos. En ningún otro lugar de Oriente Próximo tuvo la realeza semejante importancia en fechas tan tempranas, ni fue tan vital para el control del Estado.

Por todo Egipto se desarrollaron y se fundaron otras ciudades como centros administrativos del Estado, pero la organización espacial de las comunidades no era como la de la coetánea Mesopotamia meridional, donde inmensas ciudades se organizaban en torno a grandes centros de culto. Por otra parte, tampoco fue Egipto una «civilización sin ciudades», como se sugirió en su momento. Las ciudades y pueblos egipcios pueden haber estado organizados espacialmente de una forma menos rígida que los mesopotámicos y se sabe que la residencia real cambió de emplazamiento. Debido a diferentes factores, las ciudades y pueblos del Antiguo Egipto no se han conservado bien, o están profundamente enterrados bajo capas de aluvión o asentamientos modernos, por lo que no pueden ser excavados. No obstante, se ha conservado alguna que otra prueba arqueológica de estas primeras ciudades. En Hieracómpolis, una fachada de ladrillo decorada profusamente con nichos y situada dentro de la ciudad (Kom el Ahmar) se ha interpretado como la entrada a un «palacio», quizá un centro administrativo del primer Estado. En Buto, en el delta, es posible que un edificio rectangular de ladrillo fechado a comienzos de la I Dinastía, construido sobre niveles anteriores datados en Nagada II, Nagada III y Dinastía 0, sean los restos de un templo en el interior de la ciudad.

Con todo, la mayor parte de los egipcios del Dinástico Temprano (y de los períodos posteriores) eran granjeros que vivían en pequeños poblados. La base económica del antiguo Estado egipcio era la agricultura del cereal. En el transcurso del cuarto milenio a.C. los poblados egipcios se fueron volviendo cada vez más dependientes del cultivo del trigo y la cebada, extremadamente fructífero en el entorno de la llanura aluvial egipcia.

Es posible que a finales del Dinástico Temprano se practicara una sencilla irrigación mediante estanques que permitió ampliar la cantidad de tierra cultivada y producir cosechas más abundantes. Al contrario que prácticamente cualquier otro sistema de irrigación del mundo, éste no salinizaba el suelo, puesto que la inundación anual del Nilo lavaba todas las sales. Dado que en esta época la lluvia caída era insignificante, era la inundación anual la que proporcionaba la humedad necesaria en

el momento preciso del año —julio y agosto—, de modo que el trigo pudiera plantarse en septiembre después de la retirada de las aguas. Las especies de trigo introducidas en Egipto maduraban durante los meses de invierno y se cosechaban antes de la primavera, cuando el retorno de las altas temperaturas y la sequía podían echar a perder la cosecha. En este entorno era posible conseguir enormes excedentes agrícolas y en el momento en el que éstos fueron controlados por el Estado pudieron sostener la floreciente civilización egipcia que vemos en la I Dinastía.

El cementerio real de Abydos

La naturaleza de la temprana civilización egipcia se expresó sobre todo por medio de la arquitectura monumental, en especial en las tumbas reales y los recintos funerarios de Abydos, así como en las grandes tumbas de los altos funcionarios en Sakkara Norte. Durante Nagada III/Dinastía 0 y el Dinástico Temprano también aparecieron estilos artísticos formales que eran característicamente egipcios. En la arquitectura monumental y el arte conmemorativo (como la Paleta de Narmer), lo inequívocamente faraónico es un reflejo de la existencia de artesanos a tiempo completo mantenidos por la Corona. En las tumbas de la élite del período aparecen objetos de la mayor calidad artesanal. Entre los ejemplos figuran discos de esteatita con incrustaciones de alabastro egipcio donde dos perros dan caza a dos gacelas (procedentes de la Tumba 3035 de Sakkara) o brazaletes con cuentas de oro, turquesa, amatista y lapislázuli (procedentes de la tumba del rey Djer en Abydos). Un nivel similar de calidad artesanal se puede ver en los objetos de ébano y marfil y en las herramientas y recipientes de cobre encontrados en las tumbas de la élite, los cuales reflejan el patrocinio de la corte. La presencia de objetos de cobre en las tumbas probablemente sea resultado de las expediciones reales a las regiones ricas en este mineral en el Desierto Oriental y/o al cada vez mayor comercio con las zonas mineras del Neguev/Sinaí, así como la expansión del trabajo del cobre en Egipto.

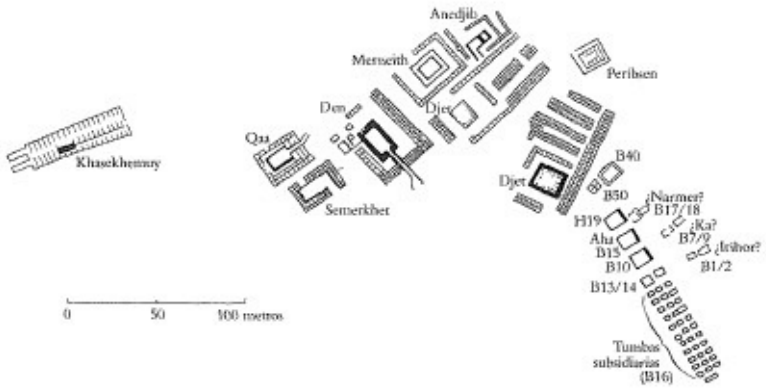
Si bien con anterioridad se pensaba que los soberanos de la I Dinastía se habían enterrado en Sakkara Norte, donde Bryan Emery excavó unas grandes superestructuras de adobe con elaboradas fachadas de palacio, en la actualidad la mayor parte de los especialistas considera que estas tumbas pertenecen a altos funcionarios de la I y II Dinastías, habiendo sido enterrados sus reyes en el cementerio real de la zona de Umm el Qaab, en Abydos. Sólo aquí se conserva un pequeño número de grandes tumbas que se corresponden a los reyes (y una reina) de esta dinastía y sólo en Abydos se encuentran los restos de los recintos funerarios de todos los soberanos de la dinastía excepto uno, como demostraron las excavaciones de David O'Connor en las décadas de 1980 y 1990.

Lo que es claramente visible en el cementerio de Abydos es la ideología de la realeza, tal cual está representada en el culto mortuorio. El desarrollo de la arquitectura monumental simbolizó un orden político a una escala desconocida hasta entonces, con una religión estatal encabezada por un dios-rey mediante la cual se legitimaba el nuevo orden político. Gracias a la ideología y su forma simbólica material, manifestada en las tumbas, unas creencias relativas a la muerte ampliamente difundidas pasaron a reflejar la organización social jerárquica de los vivos y del Estado controlado por el rey: una transformación del sistema de creencias motivada políticamente y que tuvo consecuencias directas en el sistema socioeconómico. Al

rey se le concede el enterramiento más elaborado, símbolo de su papel como mediador entre los poderes del más allá y sus súbditos difuntos, mientras que la creencia en un orden terrenal y cósmico proporcionaría al Estado del Dinástico Temprano una cierta cohesión social.

En la década de 1890, siete complejos tumbales de la I Dinastía fueron excavados por Émile Amélineau y luego reexcavados de forma más concienzuda por Petrie. Pertenecen a los siguientes reyes: Djer, Djet, Den, Anedjib, Semerkhet y Qaa, además de a la reina Merneith, que puede haber sido la madre de Den y quizá la regente durante la primera parte del reinado de éste. Las tumbas no sólo habían sido saqueadas, además hay pruebas de que fueron quemadas a propósito. En el Reino Medio las tumbas fueron excavadas y reconstruidas para el culto a Osiris y la tumba de Djer se convirtió en un cenotafio para este dios. Con semejante historia a sus espaldas, resulta notable que el trabajo de Petrie en 1899-1901 y la reexcavación emprendida por el Instituto Arqueológico Alemán a partir de 1970 hayan permitido reconstruir el aspecto de las primeras tumbas. Si bien sólo se conservan las cámaras subterráneas de adobe, las tumbas habrían estado originalmente techadas y quizá cubiertas por un montículo de arena delante del cual es probable que se colocaran estelas de piedra grabadas con el nombre real (varias de las cuales han sobrevivido).

En la zona noreste del cementerio real, llamada Cementerio B, se encuentra el complejo tumbal de Aha, al que hoy se considera convencionalmente como el primer rey de la I Dinastía. En este mismo Cementerio B,Werner Kaiser ha identificado varias tumbas como pertenecientes a los últimos tres reyes de la Dinastía 0: Irihor, Ka y Narmer. Consisten en cámaras dobles, mientras que el complejo de Aha está formado por varias cámaras separadas construidas en tres etapas, con diversas tumbas subsidiarias al noreste. Pese a haber sido saqueado, en el complejo tumbal de Aha se puede apreciar claramente una nueva dimensión en los enterramientos: en tres de las cámaras se encontraron restos de grandes santuarios de madera, mientras que treinta y tres tumbas subsidiarias contenían los restos de varones jóvenes, de entre veinte y veinticinco años de edad, que probablemente fueran asesinados en el momento de la muerte del rey. Cerca de estas tumbas subsidiarias se encontraron restos de los enterramientos de al menos siete leones jóvenes.



Plano del cementerio real del Dinástico Temprano y del Cementerio B en Umm el Qaab, Abydos. En el extremo izquierdo se encuentra la última tumba del grupo (la del soberano de la II Dinastía Khasekhemuy) y debajo a la derecha una fila de tumbas mucho menores fechadas entre la Dinastía 0 y el comienzo de la I Dinastía.

Todas las tumbas reales de la I Dinastía en Abydos cuentan con tumbas subsidiarias con ataúdes de madera. Es el único período del Antiguo Egipto en el que se sacrificaron personas para los enterramientos reales. Nancy Lowell, que ha estudiado los esqueletos de algunas de esas tumbas subsidiarias, sugiere que sus dientes presentan pruebas de muerte por estrangulación. Es posible que funcionarios, sacerdotes, criados y mujeres de la casa real fueran sacrificados para servir al rey en la otra vida. Crudas estelas talladas con los nombres del difunto acompañan a muchos de estos enterramientos, en los cuales se encontraron bienes funerarios como cuencos, recipientes de piedra, herramientas de cobre y artefactos de marfil. En estas tumbas también se hallaron enanos (encargados quizá de divertir al rey) y perros, bien mascotas o bien de caza. La tumba de Djer es la que cuenta con mayor número de tumbas subsidiarias (338) y en general las tumbas más tardías tienen menos. Por motivos que se desconocen, la práctica parece haber desaparecido tras la I Dinastía y en épocas posteriores las pequeñas estatuas de sirvientes y después los *shabtis* (figurillas funerarias) pueden haberse convertido en sustitutos más aceptables.

Todas las tumbas de la I Dinastía en Abydos cuentan con sepulcros de madera donde se situó el enterramiento. El complejo de Djer es el mayor de todos, con una superficie de 70 X 40 metros (incluidas las tumbas subsidiarias dispuestas en hileras). El enterramiento real estaba situado en el centro de una cámara de 18 X 17 metros (con una superficie de 306 metros cuadrados) y 2,6 metros de profundidad forrada con adobe; muros cortos perpendiculares en tres de los lados de esta habitación formaban almacenes independientes. Si bien la cámara central sería convertida después en el santuario del dios Osiris, Petrie encontró en ella un brazo envuelto en lino y adornado con brazaletes que aparentemente procedía del enterramiento original; el brazo no se conserva, pero las joyas se pueden ver en el Museo Egipcio de El Cairo.

Durante el reinado de Den, a mediados de la I Dinastía, se produjo una gran

innovación en el diseño de las tumbas reales: se añadió una escalera. Esto permitió que toda la tumba, incluida su cubierta, se fuera construyendo durante la vida del rey y facilitaría los trabajos de construcción en un pozo muy profundo. En medio de la escalera había una puerta de madera y tras ella, a la entrada a la cámara funeraria, un rastrillo de piedra para impedir el acceso de los ladrones de tumbas. La tumba y sus 136 tumbas subsidiarias cubren una superficie de unos 53 X 40 metros, mientras que la propia cámara funeraria tiene 15x9 metros de superficie y una profundidad de 6 metros. El diseño y la decoración de la tumba son los más elaborados de Abydos: el suelo de la cámara funeraria estaba pavimentado con losas de granito rojo y negro de Asuán, en lo que es el primer ejemplo conocido de uso a gran escala de esta piedra dura. Una pequeña habitación en el suroeste, con su pequeña escalera de acceso, puede haber sido uno de los primeros serdab (una cámara donde se colocaban estatuas del difunto). El estudio del Instituto Arqueológico Alemán de los escombros de las primeras excavaciones indica que entre las ofrendas funerarias figurarían muchos cacharros de cerámica con sellos impresos, recipientes de piedra, etiquetas inscritas y otros objetos tallados en marfil y ébano, así como cajas o muebles taraceados. Al sur de la cámara de la tumba se encuentran las inusualmente grandes cámaras subsidiarias, donde se encontraron muchas jarras, que probablemente contuvieran vino en origen.

En una tumba real posterior perteneciente a Semerkhet, Petrie encontró una rampa de entrada (no una escalera, como en el caso de la tumba de Den) saturada hasta una altura de «tres píes» con aceite aromático. Casi cinco mil años después del enterramiento, el olor seguía siendo tan penetrante que impregnaba toda la tumba. En la sepultura perteneciente al último rey de la I Dinastía, Qaa, la reexcavación del Instituto Alemán encontró treinta tabulas inscritas que describían la entrega de aceite. Lo más probable es que estos aceites fueran importados desde Siria-Palestina y fueran de bayas o árboles de aquella región. La presencia de cantidades tan inmensas de aceite en la tumba de Semerkhet (quizá en el transcurso de su funeral) sugiere un comercio a gran escala con el extranjero controlado por la Corona e indica la importancia de semejantes bienes de lujo para los enterramientos reales.

Las tumbas reales de Abydos están localizadas en el comienzo del desierto (Umin el Qaab). Al noreste de las mismas, cerca de la zona cultivada, se encuentran los recintos funerarios, llamados «fortalezas» por los primeros excavadores, donde es posible que tras el enterramiento en la tumba real los sacerdotes y otro personal perpetuaran el culto de cada rey, como sería costumbre en los complejos funerarios reales de épocas posteriores. El mejor conservado de estos recintos funerarios, conocido como Shunet el Zebib, pertenece a Khasekhemuy, de la II Dinastía[2]. Sus muros interiores, con nichos, todavía se conservan hasta una altura de 10-11 metros, rodeando una superficie de 124 X 56 metros. Dentro del recinto, O'Connor descubrió

en 1988 un gran montículo de arena y gravilla de planta aproximadamente cuadrada recubierto de adobe. Estaba situado más o menos en la misma zona donde se encuentra la Pirámide Escalonada del rey Djoser dentro de su complejo funerario de Sakkara de la III Dinastía (pirámide que comenzó como una estructura en forma de mastaba y que sólo durante su cuarta modificación se amplió hasta convertirse en una estructura escalonada). Tanto el complejo de Khasekhemuy como el de Djoser están rodeados por inmensos muros con nichos, con una única entrada en el sureste.

El complejo de Djoser fue construido entre cuarenta y cincuenta años después del de Khasekhemuy y el montículo de Shunet el Zebib posiblemente sea un resto de una estructura o montículo «protopiramidal» [3]. No se sabe si se construyeron montículos en los recintos funerarios de la I Dinastía, pero parece probable. De este modo, en Abydos es posible seguir la evolución del culto funerario real y su forma monumental. En la III Dinastía el culto funerario real pasó a reflejar el nuevo orden del poder real, empleándose grandes recursos y horas de trabajo en la construcción del primer monumento del mundo construido completamente de piedra.

Las excavaciones realizadas junto a los «recintos funerarios» del Dinástico Temprano en Abydos han sacado a la luz «enterramientos de barcos» (zanjas con quillas de madera en su interior), similares a los de los enterramientos de los altos funcionarios de Sakkara y Helwan.

A comienzos de la década de 1990, O'Connor descubrió doce «enterramientos de barcos» al sureste del recinto funerario de Djer y justo al noreste del muro exterior de Khasekhemuy. Consistían en zanjas que contenían las quillas de madera de barcos de entre 18 y 21 metros de largo con sólo 50 centímetros de altura. Las quillas se rellenaron de adobe y se revistieron del mismo material por el exterior, formándose así unas estructuras de 27,4 metros de longitud. Toda la cerámica asociada a los barcos es del Dinástico Temprano, pero hasta el momento no se sabe si las naves datan de la I o de la II Dinastía. Todos parecen haber sido creados al mismo tiempo y es posible que se encuentren más enterramientos similares cuando se amplíe la zona de excavación.

Se han encontrado barcos más pequeños asociados a las tumbas de los grandes funcionarios del Dinástico Temprano de Sakkara y Helwan. Los ejemplos más conocidos del Reino Antiguo son los dos barcos intactos asociados a la pirámide de Khufu en Guiza. El propósito de estos enterramientos de barcos es desconocido; posiblemente se trate de naves utilizadas durante una ceremonia funeraria o pueden haber sido enterrados simbólicamente para viajar en la otra vida. Los ejemplos de Abydos son la prueba más antigua de una asociación entre los barcos y el culto

mortuorio real.

Los hallazgos de Abydos demuestran los inmensos gastos del Estado en los complejos mortuorios —tanto tumbas como recintos funerarios— de los reyes de la I Dinastía. Estos soberanos controlaban grandes activos, incluidos productos manufacturados en los talleres reales, bienes exóticos, materias primas importadas en cantidades inmensas desde el extranjero y trabajo obligatorio (amén de personas para ser sacrificadas en el enterramiento del rey). El papel primordial del soberano queda expresado sin duda en estos monumentos y los símbolos del culto funerario real aparecidos en Abydos se elaborarán aún más en los complejos con pirámide del Reino Antiguo y del Reino Medio.

Las tumbas de los altos funcionarios en Sakkara Norte y otros lugares

En Sakkara Norte se encuentran algunas tumbas impresionantes de altos funcionarios de la I Dinastía, si bien ninguna posee la escala de los monumentos combinados (tumba y recinto funerario) que los reyes de la I Dinastía se construyeron en Abydos. Algunas de las tumbas de Sakkara Norte son muy importantes y las elaboradas superestructuras de adobe con nichos (de las cuales carecen las tumbas reales de Abydos) son realmente extraordinarias. Las tumbas de Sakkara Norte están mucho mejor conservadas que las tumbas reales de Abydos; cuando fueron excavadas algunas de sus fachadas con nichos, éstas todavía conservaban restos de los dibujos geométricos que las decoraban y las cámaras funerarias poseían suelos de madera. Varias de las tumbas de Sakkara Norte estaban acompañadas también por hileras de tumbas subsidiarias; pero su número es menor que en el cementerio real de Abydos.

Es posible que las tumbas de Sakkara Norte combinaran en una estructura los dos símbolos monumentales de categoría social de Abydos: una tumba subterránea y una estructura con nichos situada sobre la superficie. Por ejemplo, la Tumba 3357, fechada en el reinado de Aha, a principios de la I Dinastía, consiste en una elaborada superestructura con nichos rodeada por dos muros de adobe con una superficie de 48,2 X 22 metros. La subestructura está dividida mediante muros de adobe en cinco grandes cámaras techadas con madera, mientras que la superestructura contiene veintisiete cámaras adicionales para el ajuar funerario. Al norte se encuentra la maqueta de una propiedad agropecuaria, con habitaciones, tres estructuras en forma de granero, la tumba de un barco de adobe y restos de un jardín a pequeña escala. Los cientos de recipientes de cerámica encontrados en esta tumba están inscritos con el nombre del rey e información sobre su contenido. Si bien el dueño de la tumba es desconocido, se cree que pudo haber sido uno de los funcionarios más importantes del reinado, como nos indican no sólo el tamaño y el contenido de la superestructura, sino también las estructuras adicionales y la tumba del barco.

Con el paso del tiempo, el diseño de las tumbas de Sakkara se volvió más elaborado todavía, con una disposición más compleja para las habitaciones, tanto subterráneas como en la superestructura y los muros del recinto. Al igual que en Abydos, en Sakkara Norte también se incorporaron escaleras de acceso a la tumba. Dos tumbas construidas avanzada la I Dinastía contaron con superestructuras rectangulares escalonadas de adobe y escasa altura, que posteriormente fueron rodeadas por muros con nichos. Emery pensó que la Pirámide Escalonada de Djoser evolucionó a partir de estas dos estructuras; pero es más probable que los elementos del primer complejo piramidal deriven de los recintos funerarios y de las tumbas reales de Abydos.

Si bien se han encontrado grandes tumbas con fachadas con nichos en otros lugares de Egipto (Tarkhan, Guiza y Nagada), son mucho más abundantes y de mayor tamaño en Sakkara Norte, donde nos sirven como pruebas de la existencia durante la I Dinastía de una clase de funcionarios típica de un gran Estado. Al mismo tiempo, estas tumbas fueron los principales monumentos del Estado en el norte y, por lo tanto, simbolizaban al Estado centralizado gobernado de forma efectiva por el rey y sus administradores. La inmensa cantidad de bienes manufacturados que salían de la circulación económica para ir a parar a las tumbas indica la riqueza de este Estado que comenzaba, riqueza compartida por diversos funcionarios.

Resulta evidente que el culto mortuorio también era de gran importancia para quienes no eran miembros de la realeza, y en el exclusivo cementerio de Sakkara Norte los elementos de los enterramientos reales fueron emulados de una forma más modesta. Con excepción de las tumbas subsidiarias (¿de criados, de siervos?) en este cementerio no se han encontrado restos de enterramientos de funcionarios medios o bajos de la I Dinastía, que fueron enterrados en otro lugar, como por ejemplo el cementerio cercano al poblado de Abusir. La necrópolis de Sakkara Norte se encuentra en un destacado promontorio de caliza que se asoma al valle del Nilo y la presencia allí de estas elaboradas superestructuras con nichos era un destacado símbolo de categoría social, destinado a ser visto por las clases inferiores de funcionarios de Menfis.

Por todo Egipto se encuentran tumbas pozo más pequeñas y sencillas tumbas pozo de la I Dinastía, lo que no sólo demuestra la estratificación social existente, sino también la importancia del culto mortuorio para todas las clases sociales. Los enterramientos más sencillos de este período consisten en meros agujeros excavados al comienzo de la zona desértica, como los del Fort Cemetery de Hieracómpolis. Se trata de enterramientos sin ataúdes y cuyo único ajuar funerario consiste en unos pocos recipientes de cerámica. Los enterramientos de categoría superior son más grandes y poseen una mayor calidad y variedad de ajuar funerario. En ocasiones tienen las paredes revestidas con madera o adobe y están techadas, como las excavadas por Petrie en Tarkhan. Una tumba de este tipo, pero más elaborada, se encontró en Minshat Abu Ornar, en el delta; la cámara funeraria estaba dividida en dos o tres habitaciones mediante muros de adobe y el ajuar funerario constaba de 125 objetos; la mayor de estas tumbas mide 4,9 X 3,25 metros.Tumbas con superestructuras de adobe, como las excavadas por George Reisner en el Cementerio 1500 de Nag el Deir, se encuentran tanto en el Alto como en el Bajo Egipto. Las superestructuras de este tipo, que en ocasiones tienen nichos, cubren un sencillo agujero funerario o estructuras más elaboradas con hasta cinco habitaciones. En estas tumbas, el cuerpo en posición fetal aparece dentro de un ataúd de madera o cerámica y el enterramiento va acompañado de una gran variedad de objetos funerarios.

Lo que se puede deducir sobre la organización sociopolítica y económica del período se obtiene de los datos que nos proporciona la principal documentación arqueológica de la I Dinastía, que es funeraria. No obstante, como se siguen excavando tells en el delta, no tardarán en estar disponibles datos sobre los asentamientos de la época. A partir de los que ya poseemos se puede discernir un patrón que apunta hacia la creación en la región de Menfis de muchos asentamientos nuevos en ambas orillas del Nilo, junto a sus cementerios asociados, relacionado con el traslado hacia el norte del centro económico del país. En el delta oriental también aparecieron nuevos asentamientos, indudablemente conectados con un comercio y unas relaciones cada vez más amplias con el extranjero.

La expansión del primer Estado por Nubia y el sur de Palestina

Existen pruebas de que durante la Dinastía 0 y el comienzo de la I Dinastía Egipto se expandió por Nubia y mantuvo una presencia constante en el norte del Sinaí y el sur de Palestina. La presencia egipcia en el sur de Palestina no duró hasta finales del Dinástico Temprano, pero con la penetración egipcia en Nubia la cultura autóctona del Grupo A terminó desapareciendo avanzada la I Dinastía.

La fuente de la riqueza del Grupo A era el comercio con las materias primas exóticas procedentes de las regiones meridionales, que a través de Nubia llegaban hasta el Alto Egipto. Con la unificación de Egipto en un gran Estado territorial, es muy probable que la Corona deseara controlar este comercio de forma más directa, lo que supuso el comienzo de las incursiones egipcias en la Baja Nubia. Una escena grabada en una roca en Gebel Sheikh Suliman, cercana a Wadi Halfa y fechada al comienzo de la I Dinastía (posiblemente durante el reinado de Djer), sugiere algún tipo de victoria militar egipcia, mientras que en una tabula de ébano de Abydos puede que aparezca representada una campaña nubia. Debido a las demostraciones de fuerza egipcia, es posible que las gentes del Grupo A sencillamente abandonaran Nubia y se instalaran en otro lugar (en las regiones meridionales o desérticas); en cualquier caso, en la Baja Nubia no vuelve a haber restos de habitantes indígenas hasta la cultura del Grupo C, que comenzó a finales del Reino Antiguo. En Buhen Norte se han encontrado restos de una instalación egipcia, con estratos que posiblemente daten de comienzos de la II Dinastía. No obstante, una datación más segura en Buhen nos la proporcionan los sellos de los reyes de la IV y la V Dinastías, pero no se sabe a ciencia cierta si durante el Dinástico Temprano hubo en Nubia fuertes o centros administrativos/comerciales egipcios.

Las ciudades fortificadas encontradas en el norte y el sur de Palestina han sido fechadas en el Período EBA II, que se corresponde con la I Dinastía, una relación que depende de las pruebas encontradas por Petrie en dos tumbas reales de Abydos (las de Den y Semerkhet). Petrie encontró una cerámica extranjera con dibujos pintados que interpretó como egea. Conocida como «cerámica tipo Abydos», actualmente se sabe que deriva de la cultura EBA II del sur de Palestina. En el estrato III de Ain Besor, en la Palestina meridional, se han encontrado noventa fragmentos de impresiones de sellos de reyes egipcios asociados a un pequeño edificio de ladrillo, así como a cerámicas principalmente egipcias, entre ellas muchos fragmentos de moldes de pan. Los sellos están hechos con arcilla local y evidentemente pertenecieron a funcionarios reales de la I Dinastía. Los cuatro nombres reales que se han leído (Djer, Den, Anedjib y probablemente Semerkhet), amén de la cerámica y los sellos, sugieren un comercio de organización estatal dirigido por funcionarios

egipcios, que vivieron en este asentamiento durante la mayor parte de la I Dinastía. Adam Shulman, que identificó los sellos, piensa que el yacimiento operaba como punto egipcio de control fronterizo; un prototipo primitivo de aquellos que luego se describirán en dos papiros de Época Ramésida. No obstante, estos restos desaparecen del sur de Palestina durante la II Dinastía, quizá al interrumpirse el contacto terrestre activo como resultado de la intensificación del contacto marítimo con el Líbano. Al ser cada vez mayor la cantidad que se importaba de materias primas de la región (madera, aceites y resinas de conífera), es posible que sólo cupiera trasladarlas por barco y por ello se abandonara poco a poco la ruta terrestre palestina. Probablemente sea significativo que las primeras pruebas de un rey egipcio en Biblos (Líbano) pertenezcan al reinado de Khasekhemuy, el último soberano de la II Dinastía.

La invención y uso de la escritura

Dependiendo de la fecha de aparición del primer Estado egipcio, el uso más antiguo que se conoce de la escritura (en la Tumba U-j de Abydos) puede ser anterior a la unificación del norte y el sur. Es indudable que en la Dinastía 0 escribas y artesanos del Estado ya utilizaban la escritura. Si bien algunos especialistas consideran que el sistema de escritura egipcia se inventó a finales del cuarto milenio a.C. debido a los estímulos llegados desde Mesopotamia, donde se han encontrado las muestras más antiguas de escritura, ambos sistemas de escritura son tan distintos que parece más probable que sean resultado de una invención independiente.

La codificación de signos más temprana probablemente tuviera lugar durante Nagada III/Dinastía 0. Al igual que la escritura egipcia del Penodo Dinástico, estos primeros jeroglíficos consistían en signos ideográficos y fonéticos. No obstante, el desciframiento concreto de muchas de las inscripciones del Dinástico Temprano es incierto. El uso de la escritura por parte del primer Estado egipcio posee un contexto regio y fue una innovación de gran importancia para aquél. La escritura se desarrolló del mismo modo que lo hizo un estilo artístico real, como una institución centrada en la corte. El Estado utilizó la escritura por primera vez en dos contextos: con propósitos económicos y administrativos y en el arte regio.

La función económica de la escritura parece haberse desarrollado en el momento en el que el control real asumió cada vez más recursos. Los jeroglíficos aparecen en sellos, etiquetas y marcas de alfarero para identificar bienes y materiales reunidos por y para el Estado, así como en los sellos de los funcionarios estatales. En ocasiones también se mencionan los títulos de los dueños de estos bienes y el lugar de origen de éstos.

Los primeros *serekhs* reales aparecen a comienzos de la Dinastía 0. El *serekh* es la primera manifestación del nombre del rey escrito en jeroglíficos, a base de signos fonéticos y situado dentro de un dibujo en forma de «fachada de palacio» coronado por la imagen de un halcón. Los *serekhs* se encuentran inscritos o pintados enjarras y etiquetas, amén de impresos en los precintos de las jarras. Este tipo de contenedores probablemente fueran jarras de almacén para los productos agrícolas recogidos por el Estado (quizá como impuesto), algunos de los cuales fueron intercambiados o exportados a través del norte del Sinaí hasta el sur de Palestina.

A partir de este uso económico de la escritura se puede inferir que ya en la Dinastía 0 funcionaba un sistema administrativo. A comienzos de la I Dinastía se desarrolló un mensaje de identificación más complejo, de modo que en las etiquetas pasamos a encontrar una combinación de jeroglíficos y arte gráfico. En ausencia de textos compuestos de signos estructurados por una gramática, que no se conocerán hasta después, es posible leer la información contenida en las etiquetas, sobre todo la

dispuesta en registros, como un texto (un nombre de año) que contiene información histórica. Donald Redford ha sugerido que el contexto de la información de las etiquetas reales es un sistema de anales. El añadido del signo del año a mediados de la I Dinastía, introducido durante el reinado de Den, nos indica la existencia de un sistema más específico para señalar los años de reinado que el presente en las etiquetas más antiguas.

El segundo uso de esta primera escritura fue en el arte regio conmemorativo, como la Paleta de Narmer. Los jeroglíficos identifican a personas y lugares concretos en escenas figurativas que simbolizan la legitimidad del rey para gobernar. En estas escenas, el rey aparece representado interpretando diversos papeles, tanto reales como simbólicos, basados en una nueva ideología: la institución de la realeza egipcia. Los signos numéricos, como los de la Cabeza de Maza de Narmer, representan el botín y los prisioneros capturados y probablemente sean muy exagerados, como sucede en muchas ocasiones en los textos históricos egipcios.

La iconografía del poder es claramente visible en el contexto de este arte regio e incluye el uso de varias convenciones importantes. El rey y sus funcionarios aparecen con trajes propios de su cargo, mientras que los enemigos conquistados están casi desnudos. También es evidente una jerarquía social, que comienza con el rey a gran tamaño, seguido por su portasandalias, con una altura menor, tras el cual vienen funcionarios más pequeños todavía y termina con las figuras de menor tamaño: los enemigos conquistados, los agricultores y los sirvientes. El rey aparece representado con frecuencia en juegos de palabras visuales mientras pisotea a sus enemigos. Los primeros signos egipcios no duplican la información contenida en las escenas, sino que sirven como etiquetas para lugares y personas.

Parte del problema de comprender cómo se desarrolló la escritura en el Egipto del Dinástico Temprano está relacionado tanto con el tipo de objetos sobre los cuales aparece por primera vez como con sus contextos arqueológicos. La mayor parte de los ejemplos de escritura primitiva están asociados al culto funerario, no son registros de las actividades económicas de los poblados. Por lo tanto, las primeras etiquetas escritas con jeroglíficos han sido encontradas en tumbas de la realeza y de la élite. Del cementerio real de Abydos proceden estelas con los nombres de los reyes en *serekhs* y estelas inscritas más pequeñas asociadas a los enterramientos subsidiarios. La única estela que posee un texto más largo, encontrada en la tumba de Merka en Sakkara, de finales de la I Dinastía, no es más que una lista de sus títulos. Es probable que este Estado primitivo conservara registros económicos de algún tipo para facilitar el control económico y administrativo, pero de ello sólo nos queda la prueba indirecta de las etiquetas inscritas.

Los centros de culto del Dinástico Temprano

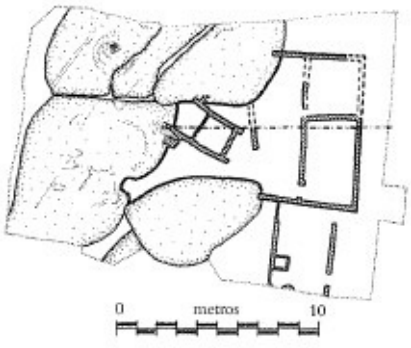
Algunas de las etiquetas inscritas de la I Dinastía contienen escenas con imágenes de estructuras que son templos o santuarios, como el complejo amurallado de la diosa Neith del registro superior de una etiqueta de madera de la tumba de Aha, en Abydos. La escritura primitiva también aparece en algunos objetos votivos de pequeño tamaño, que probablemente sean ofrendas o donativos a los centros de culto. En ocasiones, los recipientes de piedra del Dinástico Temprano también están inscritos y los signos de algunos de ellos sugieren que proceden de centros de culto. Varios de estos recipientes de piedra pueden haber sido tomados de centros de culto de diversos dioses y enterrados en la Pirámide Escalonada de Djoser en Sakkara. Ello sugiere que, a comienzos del Dinástico Temprano, existían templos de culto que no estaban destinados al culto real, pero existen muy pocos restos arqueológicos de este tipo de arquitectura.

Quizá el ejemplo más impresionante del arte visible en estos templos primitivos sean las tres estatuas colosales de caliza de un dios de la fertilidad (¿Min?) que excavara Petrie en Koptos. Una de ellas, restaurada en el Ashmolean Museum, tiene más de cuatro metros de altura. Estilísticamente, los colosos parecen datar o bien de la Dinastía 0 o bien de comienzos de la I Dinastía. Enterradas en un profundo depósito debajo del posterior templo de Isis y Min había figuritas (posiblemente objetos votivos) que hoy día se piensa que son del Reino Antiguo, aunque también se encontraron fragmentos de cerámica que son claramente de finales del Predinástico (Nagada). Este tipo de pruebas sugiere, sin duda, la presencia en este emplazamiento de un templo o santuario ya desde la época predinástica. Dado el inmenso tamaño de los colosos, probablemente estuvieran colocados en el patio del templo, si bien no se han encontrado restos de ninguna estructura primitiva. La extracción, transporte, tallado y erección de piezas de piedra de semejantes dimensiones implica una organización a gran escala (comunitaria) para renovar y dotar al centro de culto. Dado que semejante gasto de energía es mucho más evidente en el culto mortuorio real de la I Dinastía, la asociación de los colosos de Koptos con un centro de culto es notable.

Durante las décadas de 1980 y 1990, las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán en la isla de Elefantina, en la primera catarata, sacaron a la luz los restos de un santuario fechado a comienzos del Dinástico Temprano, los de una fortaleza construida durante la I Dinastía y los de un gran muro fortificado que rodeaba la ciudad de la II Dinastía. No ha sido posible identificar el culto que se desarrollaba en el santuario, pero éste apareció debajo de un templo de piedra de la XVIII Dinastía dedicado a la diosa Satet. El santuario primitivo es muy sencillo, consiste en unas estructuras de adobe de menos de ocho metros de anchura encajadas en un nicho

natural formado por rocas de granito. Debajo del templo de la XVIII Dinastía se encontraron cientos de pequeños objetos votivos, en su mayoría figuritas de fayenza con forma humana y animal. Muchas de ellas datan del Reino Antiguo, pero algunas son del Dinástico Temprano, incluido un fragmento de una pequeña estatua de un rey sedente con un signo que ha sido identificado como el nombre de Djer. Semejante concentración de figuritas votivas fabricadas a lo largo de seis dinastías (c. 800 años) sugiere la presencia de un taller asociado al templo, donde los fieles y peticionarios podían obtenerlas para luego dejarlas en el templo durante su visita.

Figuritas similares se han encontrado en depósitos de Abydos, debajo de una estructura del Reino Antiguo que ha sido identificada o bien como un templo del dios Khenti-amentiu o como una capilla *ka* de Pepi II, soberano de la VI Dinastía. Es probable que varias de estas figuritas procedan de un templo del Dinástico Temprano. En el Main Deposit de Hieracómpolis, localizado bajo un templo posterior, Quibel y Green encontraron más figuritas de animales en fayenza, barro cocido y piedra, datadas por su estilo a finales del Predinástico y al Dinástico Temprano. En el mismo contexto arqueológico (cerca del Main Deposit) se hallaron la Cabeza de Maza de Escorpión, la Paleta de Narmer y la Cabeza de Maza de Narmer, así como otra paleta ceremonial (la Paleta de los dos Perros), que estilísticamente parece anterior a la de Narmer, además de varios marfiles pequeños inscritos con los nombres de Narmer y Den, dos estatuas del rey Khasekhemuy de la II Dinastía y recipientes de piedra inscritos fabricados durante su reinado. Se encontraron pruebas estructurales de la existencia de un templo primitivo en la misma zona, pues un revestimiento ovalado de baja altura a base de bloques de arenisca y de 42 X 48 metros rodeaba un montículo de arena estéril que había sido llevada al lugar desde el desierto. La estructura, que se erigió en algún momento entre finales del Período Predinástico y la III Dinastía, estaba situada dentro de un recinto amurallado que O'Connor ha sugerido que era un complejo de templos de diseño similar al recinto funerario y el montículo de Khasekhemuy en Abydos.



Los trabajos del Instituto Arqueológico Alemán en Elefantina han sacado a la luz la planta de un santuario del Dinástico Temprano de la diosa Satet, oculto bajo un templo posterior (XVIII Dinastía).

Si O'Connor tiene razón, los templos de culto del Dinástico Temprano de Abydos, Hieracómpolis y Elefantina todavía no han sido localizados ni excavados; pero los

datos apuntan a la existencia de complejos de templos de culto en el interior de las ciudades. Estos templos tendrían una función distinta a la de los asociados a los complejos funerarios, que estaban situados fuera de las ciudades. Los restos arquitectónicos de los cultos egipcios del Dinástico Temprano (de deidades desconocidas) son mucho menos impresionantes que los restos contemporáneos del sur de Mesopotamia. A pesar de ello, los centros de culto de las ciudades del Egipto del Dinástico Temprano pueden haber servido para integrar a la sociedad de las ciudades y los nomos en un sistema de creencias compartidas que quizá tuviera más significado inmediato para la vida de las gentes del lugar que los cultos mortuorios de los cementerios reales o de la élite.

El Estado de la II Dinastía

Existe mucha menos información sobre los reyes de la II Dinastía, a excepción de los dos últimos reinados (Peribsen y Khasekhemuy), que sobre los de la I Dinastía. Por lo que sabemos del comienzo del Reino Antiguo en la III Dinastía, la II Dinastía pudo haber sido un momento en el cual se estaban sentando los cimientos económicos y sociales de un Estado fuertemente centralizado que se desarrolló con unos recursos realmente vastos. Sin embargo, esta gran transición no puede demostrarse a partir de los restos arqueológicos de la II Dinastía.

En 1991-1992 el Instituto Arqueológico Alemán en El Cairo reexcavó en Abydos la tumba del último rey de la I Dinastía, Qaa, y en ella se encontraron unas impresiones de sellos de Hetepsekhemuy, el primer rey de la II Dinastía. Los arqueólogos alemanes han interpretado este documento como la prueba de que Hetepsekhemuy terminó la tumba de su predecesor y de que no se produjo ninguna ruptura en la sucesión dinástica. No obstante, no se sabe a ciencia cierta dónde fueron enterrados los reyes de la II Dinastía, pues no hay restos de sus tumbas en Abydos. Los únicos monumentos de la II Dinastía que hay en Abydos son dos tumbas y dos recintos funerarios que pertenecieron a Peribsen y Khasekhemuy. En Hieracómpolis tenemos también el gran recinto con nichos conocido como el Fuerte, cerca de la entrada al Gran Wadi, datado en el reinado de Khasekhemuy gracias a una jamba de piedra inscrita. No se explica la existencia en Hieracómpolis de esta única estructura y tampoco está claro que se trate de un segundo recinto funerario para Khasekhemuy.

Al sur del complejo de la Pirámide Escalonada de Djoser en Sakkara se encontraron dos enormes series de galerías subterráneas, cada una con más de cien metros de longitud. Asociadas a ellas aparecieron impresiones de sellos de los tres primeros reyes de la II Dinastía (Hetepsekhemuy, Raneb y Nynetjer), cuyos nombres también se leen en el hombro de una estatua de granito de un sacerdote de la II Dinastía llamado Hetepdief (encontrada en la cercana Mitrahina y en la actualidad en el Museo Egipcio de El Cairo). Las superestructuras de estas tumbas de Sakkara han desaparecido por completo, pero es posible que en ellas se enterraran dos reyes de la II Dinastía. El tercer rey pudo haber sido enterrado en una tumba formada por galerías que en la actualidad se encuentra enterrada bajo el complejo de Djoser. La superestructura de esta tumba se habría desmontado durante la III Dinastía, cuando se construyó el monumento de este rey, momento en que también se restauraron sus galerías. Esta reconstrucción de los acontecimientos no es imposible, dada la inmensa cantidad de recipientes de piedra de la I y II Dinastías, probablemente usurpados de complejos mortuorios y/o centros de culto anteriores, encontrados bajo el complejo de Djoser.

La tumba de Peribsen (quizá conocido también como Horus Sekhemib) en el

cementerio real de Abydos es bastante pequeña (16,1 X 12,8 metros). La cámara funeraria central es de adobe, al contrario que sus homologas de la I Dinastía, que estaban revestidas de madera. Cuando el nombre de Peribsen se escribe en un *serekh* aparece coronado no por el habitual halcón Horus (como sucede con el nombre de Sekhemib), sino por el animal de Seth, una criatura en forma de sabueso o chacal con una ancha cola erguida. Este dramático cambio en el formato del nombre real se ha interpretado como la manifestación de algún tipo de rebelión, que fue aplastada o solucionada por el último rey de la dinastía, Khasekhemuy, cuyo nombre aparece en los *serekhs* coronado tanto por el halcón Horus como por el animal de Seth. Este conflicto puede haber quedado simbolizado en la mitología egipcia, como en *El enfrentamiento entre Horus y Seth*. No está claro que este relato mitológico, conocido por textos mucho más tardíos, y los símbolos de los *serekhs* de los dos reyes de finales de la II Dinastía representen una realidad histórica. No obstante, un epíteto de Khasekhemuy procedente de las impresiones de sellos, «los dos señores están en paz con él», parece apoyar la teoría de que resolvió algún tipo de conflicto interno, siempre que «los dos señores» se tome como una referencia a Horus y Seth (y sus seguidores).

La última tumba construida en el cementerio real de Abydos fue la de Khasekhemuy, conocido como Khasekhem al comienzo de su reinado. Es mucho más grande que la de Peribsen y su diseño es diferente, pues está formada por una larga galería (68 metros de longitud y 39,4 metros de anchura en su punto más ancho) dividida en cincuenta y ocho habitaciones con una cámara central construida con bloques de caliza. La cámara funeraria, que mide 8,6 X 3 metros y se conserva hasta una altura de 1,8 metros, es el ejemplo más antiguo conocido de construcción con piedra a gran escala. Si bien la mayor parte de su contenido se lo llevó Amélineau, se documentó bien y Petrie lo trata en su publicación de 1901. El ajuar funerario cuenta con inmensas cantidades de herramientas y recipientes de cobre, vasos de piedra (algunos con tapas de oro), herramientas de pedernal y recipientes de cerámica rellenos de grano y fruta. Petrie también describe pequeños objetos vidriados, cuentas de cornalina, herramientas en miniatura, cestas y una gran cantidad de sellos. Resulta evidente que, atendiendo al elevado número de habitaciones de la tumba, ésta, habría podido albergar más ajuar funerario que todas las tumbas de la I Dinastía del cementerio juntas.

Durante la II Dinastía, los altos funcionarios del Estado siguieron enterrándose en Sakkara Norte. Cerca de la pirámide de Unas, soberano de la V Dinastía, Quibell excavó cinco grandes tumbas-galería subterráneas excavadas en el lecho de caliza, sugiriendo que se trataba de un tipo de casa para la otra vida, pues cuentan con zonas para los hombres y para las mujeres, un «dormitorio principal» para el enterramiento e incluso cuartos de baño con letrinas. La más grande de las cinco, la Tumba 2302,

consiste en veintisiete habitaciones bajo una superestructura de adobe y ocupa una superficie de 58 x 32,6 metros. Las superestructuras de estas tumbas de la II Dinastía ya no tienen los cuatro lados profusamente decorados con nichos, como en la I Dinastía, sino que pasan a tener sólo dos nichos en el lado este, quizá para señalar el lugar donde los sacerdotes o la familia podían dejar las ofrendas tras el funeral (un diseño que luego encontraremos en las tumbas privadas durante todo el Reino Antiguo).

Es evidente que los planos de las tumbas de la élite de la II Dinastía evolucionaron a partir de los de las tumbas de los altos funcionarios de la I Dinastía en Sakkara Norte. Como la meseta de Sakkara está formada por caliza de buena calidad, estas tumbas de la II Dinastía se diseñaron con habitaciones para el ajuar funerario excavadas profundamente en el lecho de roca, donde las habitaciones-almacén quedaban más protegidas de los ladrones que en la superestructura. Las tumbas de Sakkara de finales de la II Dinastía, que probablemente pertenecen a funcionarios de rango medio, son de diseño similar a las mastabas estándar del Reino Antiguo, formadas por un pozo vertical excavado en el lecho de roca que conduce a una cámara funeraria definida con muros. Por encima del pozo y la cámara había una superestructura de adobe con dos nichos en el lado este.

En Helwan, en la orilla este del Nilo, las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz más de diez mil tumbas, fechadas desde Nagada III hasta la II Dinastía y probablemente también de comienzos del Reino Antiguo. Se trata de enterramientos de un tamaño más bien modesto, que pertenecieron a funcionarios de rango medio. Una característica de varias de las tumbas de la II Dinastía en Helwan es la presencia de una estela situada en el techo de la tumba, tallada con una representación sedente del dueño de la misma, así como su nombre, títulos y la llamada fórmula de ofrendas.

Los ataúdes de madera de poca longitud, destinados a los enterramientos en posición fetal y que en la I Dinastía sólo se encontraban en las tumbas de la élite, se hicieron mucho más habituales en tumbas de la II Dinastía, como las de Helwan. En Sakkara, Emery y Quibell encontraron cadáveres de la II Dinastía envueltos en vendas de lino empapadas en resina, prueba temprana de algunos intentos de conservar el cuerpo antes de que se crearan las técnicas de momificación[4]. Este tipo de medidas eran necesarias para las inhumaciones en ataúdes, pues, al contrario que los enterramientos predinásticos, el cuerpo se deshidrataba de forma natural debido al calor de la arena al depositarse éste en un agujero en el desierto. El creciente uso de la madera y la resina en los enterramientos de categoría media de la II Dinastía probablemente sugiera que por estas fechas el contacto y el comercio con la región libanesa habían aumentado mucho.

Conclusiones

Como resulta evidente, la arquitectura, el arte y las creencias asociadas de comienzos del Reino Antiguo evolucionaron a partir de las del Dinástico Temprano. Lo que vemos en el complejo de la Pirámide Escalonada de Djoser es una transformación de las tumbas del Dinástico Temprano, convertidas en el primer monumento del mundo construido con piedra a una escala realmente gigantesca. El monumento también es un símbolo del enorme control ejercido por la Corona; un poder que se desarrolló a lo largo de la I y la II Dinastías, tras la unificación del gran Estado territorial ocurrida en Nagada II y la Dinastía 0.

El Dinástico Temprano fue el período en el cual se consolidaron las enormes ventajas de la unificación, que muy bien podían haber fracasado; fue la época durante la cual se organizó y amplió con éxito la burocracia estatal, destinada a poner a todo el país bajo control regio. Esto se consiguió mediante los impuestos, destinados a mantener la Corona y sus proyectos a gran escala, incluidas las expediciones en busca de bienes y materias primas al Sinaí, Palestina, Líbano, Baja Nubia y el Desierto Oriental. Es probable que para poder construir los grandes monumentos funerarios y dotar de soldados a las expediciones al extranjero se practicara la azofra. El uso de la primera escritura sin duda facilitó esta organización estatal.

Para los burócratas del Estado había evidentes recompensas, como atestiguan con claridad los cementerios a ambos lados del río en la región de Menfis. La creencia en los beneficios del culto funerario, para el cual se sacaban continuamente de la circulación económica inmensas cantidades de bienes, era un factor cohesivo que ayudó a integrar a esta sociedad tanto en el norte como en el sur. Durante las primeras dinastías, cuando la Corona comenzó a ejercer un control enorme sobre la tierra, los recursos y el trabajo, fue la ideología del dios-rey la que legitimó ese control, haciéndose cada vez más poderosa como sistema de creencias unificador.

El florecimiento de la civilización en Egipto fue resultado de una importante transformación, tanto en la organización sociopolítica y económica como en la ideología. Resulta muy notable que esta transformación tuviera éxito ya en el Dinástico Temprano, pues las unidades políticas contemporáneas de Oriente Medio y Próximo eran mucho más pequeñas tanto en territorio como en población. Que este Estado funcionara con éxito durante mucho tiempo —un total cercano a los ochocientos años hasta finales del Reino Antiguo— se debe en parte al enorme potencial de la agricultura cerealística de la llanura inundable del Nilo; pero también fue resultado de la habilidad organizadora egipcia y la fuertemente desarrollada institución de la realeza.

5. EL REINO ANTIGUO

(c. 2686-2125 a.C.)

JAROMIR MALEK

La expresión Reino Antiguo fue impuesta para la cronología egipcia por los historiadores del siglo XIX y sus connotaciones pueden resultar engañosas. Refleja un modo de entender la periodicidad de la historia respecto al cual actualmente podemos tener serias dudas. Los antiguos egipcios nunca lo utilizaron y habrían encontrado bastante difícil discernir la diferencia entre el Dinástico Temprano (3000-2686 a.C.) y el Reino Antiguo (2686-2125 a.C.). Por lo que parece, el último rey del Dinástico Temprano y los primeros soberanos del Reino Antiguo estuvieron todos relacionados con la reina Nimaathap, quien fuera descrita como «madre de los hijos del rey» durante el reinado de Kiiasekhemuy y como «madre del rey del Alto y el Bajo Egipto» durante el reinado de Djoser (2667-2648 a.C.). Para los egipcios tenía más importancia que el emplazamiento de la residencia real no cambiara y siguiera siendo el Muro Blanco (Ineb-hedj), situado en la orilla occidental del Nilo, al sur de la moderna El Cairo.

No obstante, los egipcios reconocían y eran conscientes de la revolucionaria contribución realizada por los constructores del rey Djoser a la arquitectura funeraria real. Los grandes proyectos constructivos organizados por el Estado ejercieron un efecto inmediato y profundo en la economía y la sociedad egipcias. Esta es la principal justificación con la que contamos para diferenciar entre el Dinástico Temprano y el Reino Antiguo, aunque quede señalada por el progreso en la arquitectura más que en cambios regios personales.

Consideraciones cronológicas y principales características del período

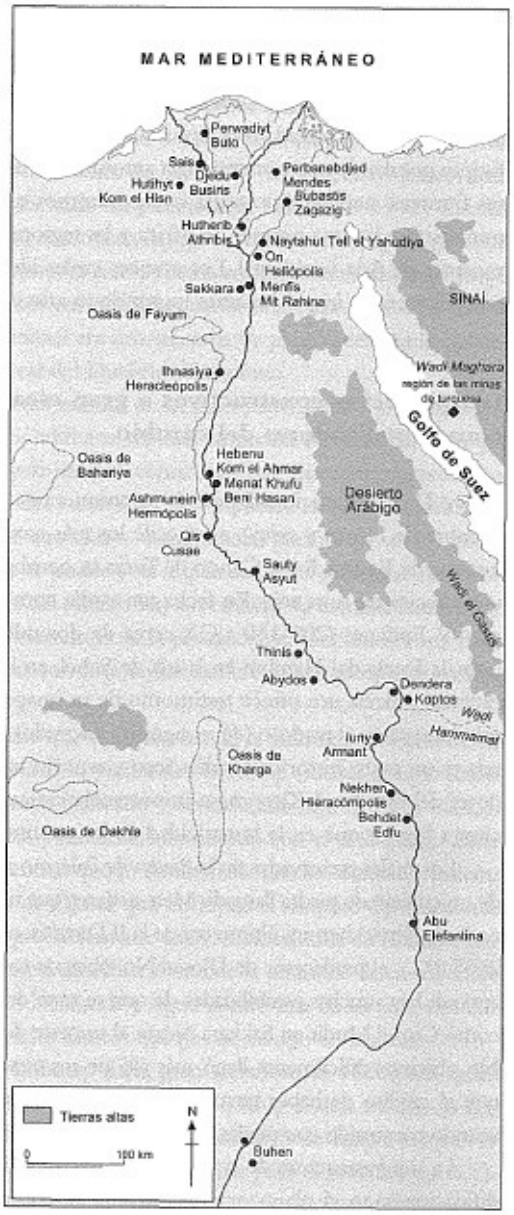
Gracias a la información que nos proporciona la lista real ramésida escrita en un papiro conservado en el Museo Egipcio de Turín, el llamado Canon de Turín, hay muy pocos eslabones débiles a la hora de colocar en orden y datar a los soberanos del Reino Antiguo. Entre los reyes significativos desde el punto de vista cronológico, sólo los reinados de Menkaura (2532-2503 a.C., aunque quizá reinó menos años) y Neferirkara (2475-2455 a.C., aunque casi con seguridad es un cálculo demasiado largo) ofrecen dificultades más serias. No poseemos fechas seguras basadas en observaciones astronómicas contemporáneas y los cálculos realizados para otros periodos pueden cambiar la posición relativa del Reino Antiguo en el esquema cronológico general de la historia del Antiguo Egipto. El grado de Habilidad que concedemos a las fuentes antiguas y nuestra comprensión del sistema de datación egipcio también son importantes. No obstante, en general parece que el año 2686 a.C. como fecha de comienzo del reinado de Nebka (el primer soberano de la III Dinastía de Manetón, si bien su posición en la dinastía acaba de ponerse en duda) es seguro con un error de unos veinticinco años.

El final del período, unos cinco siglos y medio después, es más oscuro; pero los antiguos egipcios y los historiadores modernos coinciden a grandes rasgos en sus características. Para los egipcios, el traslado de la residencia real fuera de Menfis quedó señalado con una clara división en sus listas reales. Como ello coincidió aproximadamente con profundos cambios políticos, económicos y culturales en la sociedad egipcia, es conveniente seguir su ejemplo. Al mismo tiempo, la ausencia de indicadores cronológicos precisos es desalentadora y el grado de incertidumbre es tal que gran parte de la a menudo viva polémica existente es, en el estado actual de nuestros conocimientos, puramente académica.

Si bien la división de los reyes egipcios en dinastías (casas reales gobernantes) introducida por el historiador ptolemaico Manetón en el siglo III a.C. se acepta generalmente, sus puntos flacos son especialmente visibles en el caso del Reino Antiguo. Podemos establecer causas contemporáneas para casi todas las rupturas dinásticas; pero lo más frecuente es que resulte difícil defenderlas como un criterio histórico fundado o como una discontinuidad en el linaje de reyes y no al contrario. Pese a todo, en ausencia de una alternativa radical, el sistema de Manetón proporciona un conveniente esquema cronológico que evita las más fluidas fechas absolutas (en años a.C.).

Durante el Reino Antiguo, Egipto experimentó un largo e ininterrumpido período de prosperidad económica y estabilidad política, como continuación del Dinástico Temprano. Rápidamente se convirtió en un Estado organizado de forma centralizada,

gobernado por un rey que se creía dotado de poderes sobrenaturales cualificados. Estaba administrado por una élite alfabetizada seleccionada, al menos en parte, por sus méritos. Egipto gozaba de una casi completa autosuficiencia y seguridad dentro de sus fronteras naturales; no tenía rivales externos que amenazaran su dominio sobre la zona noreste de África y las regiones inmediatamente adyacentes de Asia occidental. Los avances en las ideas religiosas quedaron reflejados en los impresionantes logros de su arte y arquitectura.



Mapa de Egipto con los principales yacimientos del Reino Antiguo.

Los proyectos constructivos a gran escala como catalizadores del cambio

El rey Djoser, mencionado en sus monumentos como Netjerikhet (su nombre de Horus y *nebty*), es uno de los más conocidos monarcas de la historia de Egipto. En el Canon de Turín su nombre viene precedido por una rúbrica en tinta roja. En fecha tan tardía como el reinado de Ptolomeo V Epífanes (205-180 a.C.), cerca de dos mil quinientos años después, la Estela del Hambre en la isla de Sehel, en la región de la primera catarata, todavía nos ofrece testimonio de su imagen como parangón del soberano sabio y piadoso (*djoser* significa «sagrado», «santo»). Si bien la estela es un texto histórico tendencioso y espurio inventado por los sacerdotes del dios local, Khnum, su importancia radica más en la tardía mención a Djoser que en la historicidad de los acontecimientos que recoge.

Los anales preservados en la Piedra de Palermo recogen la construcción de un edificio de piedra llamado Mennetjeret, que tuvo lugar bien en el reinado de Khasekhemuy, último rey de la II Dinastía, o en el de Nebka (2686-2667 a.C.), el predecesor de Djoser. No sabemos nada más de este edificio, aunque hay muchas posibilidades de que se trate de la estructura conocida como Gisr el Mudir en Sakkara Norte, al suroeste de la pirámide de Djoser. No obstante, difícilmente llegó más allá de sus estadios iniciales, de modo que el crédito de haber terminado con éxito el primer gran edificio del mundo construido con piedra, la Pirámide Escalonada, le pertenece a Djoser.

La superestructura de la tumba de Djoser es el resultado de seis modificaciones en el plano original, producidas según se fue conociendo todo el potencial del nuevo material de construcción. Antes de Nebka y Djoser, la piedra sólo se había utilizado en un limitado número de elementos de las tumbas de adobe. La estructura final fue una pirámide de seis escalones con una planta de 140 X 118 metros y una altura de 60 metros. Se alza dentro de un recinto de 545 X 277 metros, cuyos muros probablemente imiten la fachada del palacio real. El cuerpo del rey fue depositado en una cámara construida debajo de la pirámide, bajo el nivel del suelo. Si bien para nosotros la nueva forma arquitectónica señala el paso a un nuevo período histórico, también guarda una clara conexión con el pasado. En su diseño inicial era una mastaba de planta rectangular, es decir, una típica tumba real del Dinástico Temprano.

Un rasgo notable del recinto es un gran patio abierto y un complejo de santuarios y otros edificios, réplicas en piedra de las estructuras que durante la vida del rey se habrían construido con materiales perecederos para las fiestas *Sed* (jubileos reales). Djoser esperaba continuar celebrando con ellos —durante su otra vida— estos rituales periódicos, en los que se renovaban su energía, su poder y su capacidad para

gobernar de forma efectiva. En la parte sur del recinto hay un edificio (la llamada Tumba Sur) que imita las partes subterráneas de la pirámide. Su función no está clara, pero se puede comparar con la pirámide satélite de los complejos piramidales posteriores.

La tradición sostiene que el arquitecto de la pirámide de Djoser e inventor de la construcción en piedra fue Imhotep (forma griega: Imouthes). Posteriormente sería deificado y considerado hijo del dios Ptah, así como patrón de escribas y médicos, identificado con el dios griego Esculapio. Su existencia histórica quedó confirmada gracias al descubrimiento de una base de estatua de Djoser que contiene el nombre del arquitecto. La tumba de Imhotep probablemente estuviera localizada en Sakkara, quizá en el borde de la meseta desértica al este de la pirámide de su soberano, pero todavía no ha sido localizada y sigue siendo una de las más emocionantes perspectivas para los futuros trabajos de campo en la zona.

El hecho de que Imhotep fuera gran sacerdote de Heüópolis indica claramente la importancia que desde antiguo tuvo el dios sol Ra (o Ra-Atum). La residencia real y el centro administrativo de Egipto estaban situados en una zona cuyo dios principal era Ptah; pero es probable que a comienzos del Reino Antiguo la capital religiosa del país fuera Heliópolis (la Iunu egipcia y la bíblica On), situada al noreste de la capital del Reino Antiguo, en la orilla oriental del Nilo (en la actualidad un suburbio de El Cairo). Djoser fue el primer soberano en dedicar allí un pequeño santuario.

Ya a comienzos del reinado de Djoser se pueden detectar intentos por conseguir la grandeza monumental adecuada para una tumba regia; son un reflejo de la idea predominante en esta época respecto a la posición del rey en la sociedad egipcia. Esta imagen pudo haberse fortalecido al encontrar en la arquitectura funeraria el medio ideal de expresión. En el transcurso de los siguientes dos siglos este punto de vista se llevó a su extremo, convirtiéndose de este modo en un poderoso catalizador del desarrollo de la sociedad egipcia. La pirámide escalonada fue adoptada como norma para las tumbas reales, pero ninguna de las que planearon los sucesores de Djoser llegó a terminarse. La pirámide de Sekhemkhet (2648-2640 a.C.) fue comenzada al suroeste de la de Djoser y su diseño era aún más ambicioso. Un grafito en el muro del recinto menciona a Imhotep, que quizá siguiera en activo por entonces. El dueño de la pirámide se dedujo a partir de la presencia del nombre de Seldiemkhet en las impresiones de los sellos de arcilla encontrados en sus cámaras subterráneas. Si bien la cámara funeraria de la pirámide contenía un sarcófago sellado tallado en alabastro egipcio, resultó estar vacío; es evidente que la superestructura fue abandonada cuando alcanzó una altura de unos siete metros.

Una estructura similar y sin terminar localizada en Zawiyet el Aryan, al norte de Sakkara, se atribuye con alguna probabilidad, pero sin certeza, a Khaba (2640-2637 a.C.). La corta duración de los reinados de estos dos soberanos (sólo seis años cada

uno) fue casi con certeza la responsable de que fueran incapaces de terminar sus pirámides. Poco es lo que se puede decir con seguridad sobre las relaciones familiares existentes entre los reyes de la III Dinastía, pero los dos primeros, Nebka y Djoser, pueden haber sido hermanos[5].

La IV Dinastía (2613-2494 a.C.)

Durante el reinado del rey Esnefru (Hora Nebmaat, 2613-2589 a.C.), la forma externa de la tumba real se transformó en pirámide verdadera. Esta modificación podría considerarse una sencilla evolución arquitectónica si no fuera por otros profundos cambios que tuvieron lugar al mismo tiempo. Al plano general se le añadieron nuevos elementos y juntos pasaron a formar un complejo piramidal. Al conjunto de edificios se le aplicó una nueva orientación (el eje principal era ahora de este a oeste, mientras que anteriormente predominaba la dirección norte-sur). El templo de la pirámide, que servía como centro del culto funerario, se construyó contra la cara este de la pirámide (el de Djoser se sitúa en la cara norte). Está conectado mediante una calzada de acceso con un templo del valle, próximo al límite de la zona cultivada hacia el este, que proporcionaba una entrada monumental a todo el complejo. Cerca de la cara sur de la propia pirámide se situó una pequeña pirámide satélite. Estas innovaciones arqueológicas podrían ser el resultado directo de cambios en la doctrina relativa a la otra vida del rey. Parece que las antiguas creencias estelares de tendencias astronómicas se fueron modificando con la incorporación de ideas centradas en torno al dios sol Ra. Si bien faltan pruebas textuales, es probable que ya por estas fechas las creencias relativas a Osiris estuvieran comenzando a influir en los conceptos egipcios sobre la otra vida.

Esnefru, probablemente como resultado de unos planes fallidos más que por elección, se construyó dos pirámides en Dashur, al sur de Sakkara. La primera es la Pirámide Romboidal (al sur), cuyo ángulo fue modificado a dos tercios de la altura total del edificio tras descubrirse defectos estructurales durante su construcción. La otra es la Pirámide Roja (que recibe su nombre de los bloques de caliza utilizados en su núcleo), donde fue enterrado Esnefru. Es posible que también se comenzara y se completara hacia el final de su reinado una tercera estructura en Meidum, todavía más al sur. Unos mil doscientos años después, los visitantes de la XVIII Dinastía que fueron a verla dejaron muy claro en sus grafitos que pensaban que pertenecía a Esnefru. Es posible que en principio fuera concebida como pirámide escalonada para Huni (conocido más correctamente como Nysuteh y al que quizá también haya que identificar con el Horus Qahedjet, 2637-2613 a.C.); pero una contribución tan sustancial a la pirámide de su antecesor sería algo único en la historia de Egipto. La posterior reputación de Esnefru como un soberano benigno puede que se deba a la etimología de su nombre, pues esnefer puede traducirse como «hacer bello».

El volumen de los materiales implicados en las actividades constructoras de Esnefru es mayor que el de cualquier otro soberano del Reino Antiguo. El Canon de Turín sitúa la duración de su reinado en veinticuatro años, si bien los grafitos de los canteros encontrados en el interior de su pirámide septentrional (la última) en Dashur

parecen sugerir un reinado más largo. El problema se podría resolver con facilidad si se pudiera demostrar que las ocasiones epónimas del censo utilizadas para fechar (el año era el del «enésimo censo» o el año «posterior al enésimo censo»), que durante el Dinástico Temprano se sabe que tenían lugar bianualmente de forma regular, se habían vuelto más frecuentes (menos regulares). El sistema de datación contemporáneo probablemente requiriera la existencia de anales o registros similares, a los que uno podía recurrir para poder calcular las fechas con exactitud.

Manetón comienza una nueva dinastía, la IV, con Esnefru. Parece que de nuevo los cambios arquitectónicos proporcionan un criterio para la división dinástica. La perfección en el diseño y construcción de pirámides alcanzó su cénit durante el reinado del hijo y sucesor de Esnefru, Khufu (el Keops de Heródoto, Horus Medjedu, 2589-2566 a.C.), cuyo nombre completo era Khnumkhufu, que significa «el dios Khnum me protege». Khnum era el dios local de Elefantina, cerca de la primera catarata del Nilo, pero el motivo del nombre del rey se desconoce. La información sobre el reinado y el propio rey es notablemente exigua. Cuando subió al trono debía de ser un hombre de mediana edad, pero esto no afectó a los planes de su grandioso monumento funerario. La Gran Pirámide de Guiza, con una planta cuadrada de 230 metros de lado y una altura de 146,5 metros, es la pirámide más grande de Egipto. La cámara funeraria está situada, de forma inusual, en el corazón del edificio y no a nivel del suelo o bajo tierra. Antiguamente se pensaba que el plano se modificó en el transcurso de la construcción, pero actualmente se considera que el diseño de la superestructura pudo haber sido previsto tal cual está desde un principio. La cifra que se suele mencionar siempre, de 2.300.000 bloques de piedra con un peso medio de 2,5 toneladas utilizados en la construcción, es aproximada, pero es posible que no se aleje mucho de la realidad. Originalmente, los templos del valle y de la pirámide, así como la calzada de acceso, estaban decorados con escenas en bajorrelieve que transmitían las ideas de la monarquía egipcia y recogían de forma anticipada ciertos acontecimientos que el rey esperaba disfrutar en la otra vida, como las fiestas *Sed*. Desafortunadamente, los relieves se han perdido casi por completo.

En una zanja cerca de la cara sur de la pirámide se descubrió un barco desmontado de casi 43,4 metros de eslora construido principalmente con madera de cedro, que fue excavado y montado con éxito. Otro barco semejante reposa en una zanja similar cercana, pero no está tan bien conservado. Parece probable que estuvieran pensados para que el rey difunto los utilizara en su viaje por el cielo en compañía de los dioses. Dos zanjas más grandes con forma de barco se excavaron en la roca en la cara este de la pirámide y una quinta cerca del extremo superior de la calzada de acceso.

Tres pirámides que albergaron los enterramientos de las reinas de Khufu se alinean al este de la pirámide[6]. También frente a la cara oriental del monumento se

encontró un *caché* con objetos pertenecientes a la madre de Khufu, Hetepheres. Estaba intacto y contaba con ejemplos notables de mobiliario, pero no guardaba con el cuerpo de Hetepheres. Es probable que cerca de los templos del valle de la mayoría de las pirámides se desarrollara un asentamiento donde residieron los sacerdotes y artesanos relacionados con el culto del rey. El templo del valle de Khufu se encuentra situado bajo las casas del moderno y densamente habitado poblado de Nazlet el Simman, bajo la meseta desértica, pero las condiciones existentes hacen muy complicada su excavación completa.

El responsable final de la conclusión del proyecto antes del final de los veintitrés años de reinado de Khufu[7] fue el visir Hemiunu, enterrado en una inmensa mastaba en el cementerio situado al oeste de la pirámide de su señor. El padre de Hemiunu, el príncipe Nefermaat, fue visir del rey Esnefru y pudo haber organizado la construcción de las pirámides de su soberano. Los dos linajes familiares, el de los reyes y el de los visires, discurren paralelos durante al menos dos generaciones. La datación de la pirámide y su función como tumba es indudable, a pesar de que el cuerpo del rey y todo su ajuar funerario fueran víctimas de los ladrones de tumbas y hayan desaparecido sin dejar rastro. No obstante, su enorme tamaño, las sorprendentes propiedades matemáticas de su diseño y la perfección y precisión de su construcción siguen generando explicaciones acíentíficas. Es probable que fuera la escala de la pirámide la que contribuyera a la posterior reputación de Khufu como un déspota sin corazón, como se da a entender en la literatura egipcia y recogió Heródoto.

Los largos reinados de Huni, Esnefru y Khufu y el elevado número de hijos que tuvieron cada uno complicó la sucesión. Uno de ellos, Hardjedef, hijo de Khufu, se conoce por varias fuentes egipcias. Su tumba ha sido localizada en Guiza, al este de la pirámide de su padre. Hardjedef consiguió fama de hombre sabio y es el supuesto autor de una obra literaria conocida como *Las instrucciones de Hardjedef*, que continuó siendo leída y transmitida en papiro durante el resto de la historia egipcia. Kawab, el hijo mayor de Khufu y su reina principal, Meritites, murió antes que su padre, de modo que el trono pasó a otro de los hijos de Khufu, probablemente habido con una reina secundaria.

La pirámide del sucesor inmediato de Khufu, Djedefra (Horus Kheper, 2566-2558 a.C.), fue comenzada en Abu Rowash, al noroeste de Guiza. Otra pirámide, en Zawiet el Aryan, al sur de Guiza, pertenece a un rey cuyo nombre, si bien aparece varias veces en los grafitos de los canteros, sigue siendo incierto (se han sugerido lecturas como Nebka, Baka, Khnumka,Wehemka y otras). Se discute incluso su lugar en la IV Dinastía. Djedefra fue el primero en utilizar el epíteto «hijo del dios Ra» e incorporar un nombre de Ra al suyo. Ambas pirámides se abandonaron en las primeras etapas de su construcción, si bien parece que las dos se utilizaron para enterrar a sus propietarios[8].

El rey Khafra (el Kefren de Heródoto, HorusWeserib, 2558-2532 a.C.), cuyo nombre puede leerse también como Rakhaef, era otro hijo de Khufu. Él y su hijo Menkaura (el Micerinos de Heródoto, Horus Kakhet, 2532-2503 a.C.) construyeron sus pirámides en Guiza. Su planta, dimensiones y materiales difieren de las de Khufu y muestran el desarrollo de las ideas asociadas a este tipo de monumento. La planta (214,5 metros de lado) y la altura (143,5 metros) de la pirámide de Khafra la convierten en la segunda más grande de Egipto y gracias a una cuidadosa selección de su emplazamiento, en un terreno ligeramente más elevado que la de Khufu, parece del mismo tamaño que ésta.

El complejo piramidal de Khafra cuenta con un rasgo que no se repite en ningún otro, una inmensa estatua guardiana situada al norte del templo del valle, cerca de la calzada de acceso que conduce hasta el templo funerario y la pirámide. Se trata de un león tendido y con cabeza humana que hoy conocemos como la Gran Esfinge (un término griego que puede derivar de la frase egipcia *shesep-ankh*, «imagen viva»). Sus dimensiones, unos 72 metros de largo y 20 metros de altura, la convierten en la estatua de mayor tamaño del mundo antiguo. La Gran Esfinge no fue adorada por derecho propio hasta comienzos de la XVIII Dinastía, cuando pasó a ser considerada una forma local del dios Horus (Horemakhet, en griego Harmakis, Horus del Horizonte). Delante de ella, si bien sin conexión aparente entre ambos, había un edificio construido con una planta inusual y un patio abierto que se ha interpretado como un templo solar. La denominación «hijo de Ra» se convirtió en esta época en una parte estándar del título real y tanto Khafra como Menkaura siguieron el ejemplo de Djedefra de incorporar el nombre del dios sol al suyo propio.

La pirámide de Menkaura muestra un amplio uso del granito, un material de construcción más prestigioso que la caliza, pero fue construida a una escala menor (105 metros de lado y 65,5 metros de altura), lo que sugiere que para entonces había desaparecido el ansia por las grandes alturas. Es una precursora de las pirámides de la V y la VI Dinastías, más pequeñas y construidas de forma menos concienzuda. Las pirámides de Guiza presentan una clara relación con respecto a la distribución del espacio en la meseta, pero se trata más del resultado de las técnicas utilizadas al topografiar el lugar por primera vez que de un plan general concebido desde un principio. Es poco probable que la teoría según la cual la posición de las pirámides de Guiza refleja la de las estrellas de la constelación de Orion sea correcta.

Aparentemente, el complejo piramidal de Menkaura fue completado de forma apresurada por su hijo y sucesor, Shepseskaf (Horus Shepseskhet, 2503-2498 a.C.). Fue el único soberano del Reino Antiguo en abandonar la forma piramidal, construyéndose en cambio en Sakkara Sur una inmensa mastaba en forma de sarcófago, cuya base medía 100 X 72 metros. El monumento se conoce como Mastabat el Faraun. Khentkawes, probablemente reina de Menkaura, posee una

tumba similar en Guiza, pero en Abusir también se construyó un complejo piramidal para ella[9]. El significado del abandono por parte de Shepseskaf de la forma piramidal en favor de una tumba con forma de mastaba se nos escapa, pero resulta tentador considerarlo como un signo de duda religiosa, cuando no de crisis. El Canon de Turín incluye un reinado de dos años después de Shepseskaf; pero el nombre del rey se ha perdido (quizá sea el Tamftis de Manetón) y todavía no ha sido posible confirmarlo. Parece, por lo tanto, que todos los reyes de la IV Dinastía fueron descendientes de Esnefru. La idea de que el hijo enterraba a su padre y lo sucedía era ubicua en Egipto, pero no era una condición imprescindible para la sucesión real y no confería automáticamente el derecho a ella.

La localización concreta del Muro Blanco (Ineb-hedj), la capital de Egipto, que la tradición afirma que fue fundada por el rey Menes al comienzo de la historia egipcia, todavía no se ha encontrado. Pudo haber estado cerca del moderno poblado de Abusir, en el valle del Nilo, aproximadamente al noreste de la pirámide de Djoser. Las razones para la elección de Zawiet el Aryan, Meidum, Dashur, Sakkara, Guiza y Abu Rowash como emplazamiento de las pirámides de la III y la IV Dinastía no están claras. La localización de los palacios reales y la disponibilidad de un sitio adecuado para la construcción cerca de la pirámide de su predecesor pueden haber tenido algo que ver en la decisión.

La realeza y la otra vida

Para una mente moderna, sobre todo si carece de una profunda experiencia religiosa y una fe arraigadas, no resulta fácil comprender la necesidad de llevar a cabo unos proyectos tan inmensos y aparentemente despilfarradores como la construcción de las pirámides. Esta falta de comprensión se refleja en el gran número de teorías esotéricas sobre el propósito y origen de estos edificios. La profusión de interpretaciones de este calibre se ve ayudada por la casi completa reticencia de los textos egipcios a tratar la cuestión.

En el Antiguo Egipto, el rey disfrutaba de una posición especial como mediador entre los dioses y la gente, como punto de contacto entre lo divino y lo humano, siendo responsable de ambos. Su nombre de Horus lo identificaba con el dios halcón (del cual era la manifestación) y su nombre *nebty* («dos señoras») lo relacionaba con las dos diosas tutelares de Egipto, Nekhbet y Wadjet. Compartía la designación de *netjer* con los dioses, pero por lo general era calificado de *netjer nefer*, «dios menor» (si bien la expresión también puede entenderse como «dios perfecto»). A partir del reinado de Khafra, uno de sus nombres vino precedido por el título «hijo de Ra». El rey había sido elegido y aprobado por los dioses y tras su muerte pasaba a acompañarlos. El contacto con los dioses, conseguido mediante el ritual, era su prerrogativa;, si bien por razones prácticas los elementos más mundanos del mismo eran delegados en sacerdotes. Para las gentes de Egipto, su rey era el garante del continuo orden que reinaba en su mundo: el cambio regular de las estaciones, el retorno de la inundación anual del Nilo y los predecibles movimientos de los cuerpos celestes; pero también de la protección contra las fuerzas amenazadoras de la naturaleza y contra los enemigos situados fuera de las fronteras de Egipto. La eficacia del rey a la hora de cumplir con estas obligaciones era, por lo tanto, de primordial importancia para el bienestar de todos y cada uno de los egipcios. Las disensiones internas eran mínimas y el apoyo al sistema era genuino y estaba muy difundido. Los mecanismos coercitivos del Estado, como la policía, destacan por su ausencia; la gente estaba unida a la tierra y el control sobre cada uno de ellos era ejercido por las comunidades locales, que estaban cerradas a los recién llegados.

El papel del rey no terminaba con su muerte: tanto para sus contemporáneos enterrados en las cercanías de su pirámide como para aquellos implicados en su culto funerario, la relación con el rey continuaba para siempre. Por lo tanto, todos estaban interesados en salvaguardar la posición y categoría del rey tras su muerte tanto como lo habían hecho en vida. En este período de la historia egipcia, la monumentalidad era un modo importante de expresar este concepto. Dado el grado de prosperidad económica disfrutado por el país, la disponibilidad de mano de obra y la elevada calidad de la gestión, no hay por qué dudar de que fueron perfectamente capaces de

completar con éxito los proyectos de las pirámides. Buscar fuerzas y motivos externos para explicarlas es fútil e innecesario.

Las tumbas de los miembros de la familia real, los sacerdotes y los funcionarios de la III Dinastía están separadas de las zonas exclusivas donde se encuentran las pirámides. Casi todas estas tumbas siguieron construyéndose con adobe, si bien es posible que en Sakkara existan ejemplos tempranos de mastabas de piedra. No obstante, en la IV Dinastía estas tumbas, ahora edificadas con piedra, rodean las pirámides, como si las propias tumbas formaran parte de los complejos (en realidad quizá fuera así como eran percibidas). Como muchas de ellas eran regalos del rey y fueron edificadas por los artesanos y artistas reales, el volumen de la actividad constructiva de la realeza es aún mayor de lo que sugieren las pirámides por sí solas. Los amplios campos de mastabas, erigidas según un plan predeterminado y separadas por calles en ángulo recto, son únicos de la IV Dinastía y se conocen sobre todo en Meidum, la pirámide norte de Esnefru y la pirámide de Khufu en Guiza. No hay que olvidar que la mayor parte de las pruebas utilizadas en nuestra reconstrucción de la historia del Reino Antiguo proceden de contextos funerarios, por lo que es posible que estén sesgadas; los asentamientos del Reino Antiguo raras veces se han conservado o han sido excavados (las ciudades de Elefantina y Ayn Asil son casos inusuales). El estado de la técnica puede deducirse a partir de los proyectos en los que fue utilizada, pero se carece de información detallada sobre la misma. Por ejemplo, sólo las fuentes posteriores al Reino Antiguo dejan claro que los constructores de las pirámides no utilizaron vehículos con ruedas (si bien la rueda se conocía).

Economía y administración del Reino Antiguo

El enorme volumen de los trabajos de construcción realizados en los dos siglos durante los cuales los reyes de la III y la IV Dinastía de Manetón ejercieron su dominio tuvieron un profundo efecto en la economía y la sociedad del país. Sería un error subestimar el considerable esfuerzo y pericia necesarios para construir las grandes mastabas de adobe del Dinástico Temprano; pero la edificación de pirámides de piedra elevó estas empresas a un plano por completo diferente. El número de constructores profesionales necesario tuvo que ser grande, sobre todo si se tiene en cuenta a todos aquellos implicados en la extracción y transporte de los bloques de piedra, la edificación de las rampas de acceso que necesitaban los constructores y toda la logística implicada en el proceso, como el suministro de alimento, agua y otros bienes necesarios, además del mantenimiento de las herramientas y otras muchas tareas relacionadas.

La economía egipcia no estaba basada en el trabajo esclavo. Incluso si se admite que la mayoría del trabajo se realizó en la época en la cual la inundación anual hacía imposible el trabajo en los campos, una gran parte de la fuerza laboral necesaria para construir pirámides hubo de ser sustraída de las tareas agrícolas y de la producción de comida. Esto ejercería una considerable presión sobre los recursos existentes y proporcionó un poderoso estímulo para realizar esfuerzos destinados a incrementar la producción agrícola, mejorar la administración del país, desarrollar un medio eficaz de recaudar impuestos y buscar nuevas fuentes de ingresos y mano de obra en el extranjero.

Con el comienzo de la construcción de pirámides las exigencias sobre la producción agrícola egipcia cambiaron drásticamente, puesto que había que mantener a aquéllos que habían dejado de colaborar en la producción de alimentos. El consumo y las expectativas de aquéllos que se unieron a la élite directiva se incrementaron en consonancia con su nueva categoría. No obstante, las técnicas agrícolas siguieron siendo iguales. La principal contribución del Estado fue organizativa, incluidos actos como la prevención de hambrunas locales al hacer llegar recursos excedentes de otras zonas, la reducción de los efectos de las grandes calamidades (como una inundación baja), la eliminación de los dañinos conflictos locales al ofrecer arbitrajes y la mejora de la seguridad. Los trabajos de irrigación eran responsabilidad de los administradores locales y los intentos por incrementar la producción agrícola se centraron en ampliar los terrenos cultivados, para lo cual el Estado podía proporcionar fuerza laboral y otros recursos.

Todo lo anterior vino acompañado de la necesidad de una mejor organización administrativa del país y de un modo más eficaz de recaudar los impuestos. Los grandes centros de población existentes, a menudo heredades reales, se convirtieron

en las capitales de los distritos administrativos (*nomos*), mientras que la estratégicamente situada capital del país, en el vértice del delta, proporcionaba el equilibrio entre el Alto Egipto (*ta shemau*) en el sur y el Bajo Egipto (*ta mehu*) en el norte. Desgraciadamente, las ciudades del Reino Antiguo están enterradas bajo los asentamientos posteriores y, sobre todo, en el delta, a menudo bajo la capa freática actual. Por lo tanto, estos primeros asentamientos son prácticamente desconocidos a nivel arqueológico; ni siquiera la capital de Egipto ha sido excavada todavía y los casos de ciudades como Elefantina o Ayn Asil en el oasis de Dakhla son excepcionales. Las primitivas comunidades semiautónomas perdieron su independencia y la posesión privada de la tierra prácticamente desapareció, siendo reemplazadas todas por heredades reales. El antiguo y rudimentario censo se convirtió en un sistema fiscal que lo abarcaba todo.

Durante gran parte del Reino Antiguo, Egipto fue un Estado planificado y administrado de forma centralizada, encabezado por un rey que era el dueño teórico de todos sus recursos y cuyos poderes eran prácticamente absolutos. Era capaz de apropiarse de las personas, imponer trabajos obligatorios, recaudar impuestos y reclamar a voluntad cualquier recurso de la tierra, si bien en la práctica se veía refrenado por una serie de restricciones. Durante la III y la IV Dinastías, muchos de los principales funcionarios del Estado fueron miembros de la familia real, continuando de forma directa el sistema de gobierno del Dinástico Temprano. Su autoridad derivaba de su estrecha relación con el soberano. El cargo más importante era el de visir (la palabra que se utiliza de forma convencional para traducir la expresión egipcia *tjaty*), que era el responsable de supervisar el funcionamiento de todos los departamentos del Estado, excluidos los asuntos religiosos. Fue durante los reinados de los soberanos de la IV Dinastía cuando una serie de príncipes reales ejercieron el visirazgo con éxitos espectaculares.

Los títulos de los diferentes funcionarios son una de las grandes fuentes de información sobre la administración egipcia. Los textos explícitos y detallados como los de Metjen, funcionario de principios de la IV Dinastía, son algo excepcional. La intensidad del control estatal sobre cada persona se incrementó de forma drástica, lo que vino acompañado de un aumento similar en el número de funcionarios en todos los niveles de la administración. La consecuencia fue que la carrera administrativa quedó abierta a recién llegados competentemente alfabetizados no relacionados con la familia real. Estos funcionarios eran remunerados por sus servicios de diversos modos, pero el más importante era el usufructo *ex officio* de tierra estatal (real), por lo general heredades habitadas por sus cultivadores. Este tipo de propiedades producían prácticamente todo lo que su personal necesitaba —en este nivel económico, el comercio interior se limitaba al trueque oportunista— y su remuneración *ex officio* consistía en el excedente producido. Al menos en teoría, esta tierra revertía al rey

después de que el funcionario cesara en el cargo y así podía ser asignada a otro como remuneración. En un sistema económico que no conocía la moneda, era un modo muy efectivo de pagar el salario de los funcionarios, pero también representaba una importante merma de los recursos del rey.

Los cultos funerarios reales

El efecto de la construcción de una pirámide no se detenía con la compleción del propio edificio. Cada complejo piramidal era el centro del culto de un rey fallecido, que se suponía que debía continuar indefinidamente. Su intención era la de satisfacer las necesidades del rey y de una forma menos directa la de sus dependientes, es decir, los miembros de su familia y los funcionarios y sacerdotes enterrados en las tumbas cercanas. El principal beneficiario era el propio soberano, que durante su vida dotaba a su pirámide con tierras o hacía los arreglos necesarios para que recibiera contribuciones del Tesoro. Las disposiciones del culto implicaban la presentación de ofrendas, si bien es probable que sólo una pequeña parte de los productos disponibles en esas fundaciones terminaran en los altares y mesas de ofrendas (además, posiblemente no se desperdiciarían, sino que serían reciclados, ya fuera consumidos por el personal del templo o distribuidos de una forma más amplia). La mayor parte de esta producción se destinaba a mantener a los sacerdotes y funcionarios implicados en el culto funerario, así como a los artesanos que vivían en la ciudad de la pirámide o bien era redirigida para mantener los cultos funerarios de tumbas no reales. Se trata de un modo característicamente egipcio de redistribuir el producto nacional y hacer que sus beneficios recorrieran todos los estratos de la sociedad egipcia. No obstante, como las donaciones de tierras realizadas a las fundaciones de las pirámides estaban protegidas para siempre por decretos reales que las hacían permanentes e inalienables, esto supuso una reducción del poder económico del rey.

Las disposiciones para el culto funerario real afectaban incluso a las provincias. El culto de Esnefru pudo haberse centrado en un número de pequeñas pirámides escalonadas, cada una de las cuales tenía una planta de aproximadamente veinte metros de lado, de las que se conocen al menos siete (en Elefantina, Edfu, El Kula, Ombos, Abydos, El Seila y Zawiet el Mayitin). Sólo una de ellas, la de El Seila, puede datarse con precisión en el reinado de Esnefru, gracias a una estela y una estatua.

Los grandes proyectos constructivos también proporcionaron estímulos para las expediciones que se enviaban al extranjero con la intención de conseguir minerales y otros recursos no disponibles en el propio Egipto. Estaban organizadas por el Estado: antes de la VI Dinastía no se conoció otra forma de comercio a larga distancia. Los nombres de Djoser, Sekhemkhet, Esnefru y Khufu aparecen en inscripciones rupestres en las minas de cobre y turquesa de Wadi Maghara, en la península del Sinaí. Es posible que Djoser fuera precedido allí por Nebka, si es que éste es el mismo rey que el Horus Sanakht. La Piedra de Palermo contiene un registro donde se menciona que durante el reinado de Esnefru se trajeron de una región extranjera sin especificar cuarenta barcos cargados de madera. Los nombres de Khufu y Djedefra

aparecen escritos en las canteras de gneis situadas en lo profundo del Desierto Occidental nubio, a 65 kilómetros al noroeste de Abu Simbel. La grauvaca y la limolita para la fabricación de estatuas procedían de Wadi Hammamat, situado entre Koptos (la moderna Qift) y el mar Rojo. La presencia de objetos egipcios de los reinados de Khufu, Khafra y Menkaura en Biblos, al norte de Beirut, así como de época de Khafra en Tell Mardik (Ebla), en Siria, probablemente se expliquen por el comercio o la diplomacia.

Durante la III y la IV Dinastías no existieron amenazas serias para Egipto procedentes del extranjero. Las campañas militares en las regiones limítrofes, sobre todo Nubia y Libia, deben entenderse como un medio de explotación de las zonas vecinas en busca de los recursos disponibles. Subyugar a los enemigos externos de Egipto era una de las principales obligaciones del rey egipcio y en este caso la doctrina de la realeza y la *realpolitik* coincidían del modo más conveniente. La mayor parte de las pruebas proceden del reinado de Esnefru, pero probablemente no se trató de un caso único, sólo del mejor documentado. Este tipo de cruda política exterior parece haber sido particularmente habitual durante la IV Dinastía, cuando la economía del país posiblemente se llevaba hasta sus límites. Nubia fue el destino de una gran expedición enviada por Esnefru en busca de recursos, como cautivos y rebaños de ganado además de materias primas, incluida la madera. La Piedra de Palermo registra un botín de 7.000 cautivos y 200.000 cabezas de ganado. Estas campañas destruyeron los asentamientos locales y despoblaron la Baja Nubia (situada entre la primera y la segunda catarata del Nilo), con el aparente resultado de la desaparición de la cultura local conocida como Grupo A (véase el capítulo 4). Durante la IV Dinastía se creó un asentamiento en Buhen, en la zona de la segunda catarata.

La construcción monumental proporcionó oportunidades sin precedentes a los artistas, sobre todo a los que fabricaban estatuas y tallaban relieves. La experiencia en el trabajo de la piedra a pequeña escala conseguida durante los períodos anteriores se convirtió en escultura a gran escala, con resultados brillantes. Los complejos piramidales regios estaban dotados de estatuas, sobre todo del rey, en ocasiones acompañado por deidades. Si bien para nosotros sus cualidades estéticas son sorprendentes, estas obras de arte eran ante todo funcionales. Así, la primera estatua de gran tamaño que se ha conservado, la de Djoser, se encontró en el templo de su pirámide, en Sakkara. Estaba situada dentro del *serdab* («habitación para estatuas», a partir de la palabra árabe que significa «sótano»), en la cara norte de la pirámide, y su intención era la de ser una manifestación secundaria del *ka* («espíritu») del rey, tras el propio cuerpo. Un motivo similar se asigna a las estatuas de las tumbas de los particulares.

El número de estatuas reales colocadas en los templos se incrementó a lo largo de

la IV Dinastía. La estatua de gneis de Khafra, protegida por un halcón (posado en la parte posterior de su trono como manifestación del dios Horus, con el cual el rey era identificado), es una obra maestra que se imitó a menudo en épocas posteriores, pero que nunca se igualó. En los templos de las deidades locales también había estatuas de dioses, pero no se ha conservado casi ninguna de ellas.

A partir de mediados de la IV Dinastía, los templos y calzadas asociados a las pirámides estaban decorados con soberbios altorrelieves y lo mismo ocurrió en las capillas de muchas tumbas. Los relieves no eran mera decoración, sino que expresaban conceptos como la realeza en los monumentos del soberano o, en el caso de los muertos no pertenecientes a la realeza, satisfacían sus necesidades en la otra vida; su inclusión en templos y tumbas garantizaba su perpetuidad. Las estelas de madera de los nichos de la tumba en Sakkara de Hesira, funcionario de Djoser (en la actualidad en el Museo Egipcio de El Cairo), presentan un alto nivel de calidad en la decoración en relieve en un período notablemente temprano. Estos relieves los creaban los mismos artistas que trabajaban en los monumentos reales y, al igual que las tumbas y sus estatuas, se trataba de regalos del soberano.

En esta época la escritura jeroglífica se convirtió en un sistema plenamente desarrollado, empleado con propósitos monumentales. Su homóloga cursiva, llamada hierática por los egiptólogos, se utilizaba para escribir sobre papiro, pero el hallazgo de este tipo de documentos anteriores a la V Dinastía es extremadamente raro.

Los templos solares y el ascenso del dios Ra

Hasta hace relativamente poco tiempo, la aparición de la V Dinastía de Manetón se describía según aparece en un texto literario encontrado en el Papiro Westcar, una colección incompleta de historias que probablemente se compilara durante el Reino Medio y puesta por escrito algo después. El escenario donde transcurre es la corte del rey Khufu, donde los príncipes reales entretienen a su quejoso padre con historias. La narración del príncipe Hardjedef predice el nacimiento de unos trillizos, los futuros reyes Userkaf, Sahura y Neferirkara, paridos por Radjedet, esposa de un sacerdote del dios Ra en Sakhbu (en el delta), como resultado de su unión carnal con el dios sol. Con pesar para Khufu, estos niños estaban destinados a reemplazar a sus propios descendientes en el trono de Egipto. El comienzo de la nueva V Dinastía de Manetón parece estar relacionado con un cambio importante en la religión egipcia y, como muestra el Papiro Westcar, la división puede ser el reflejo de una tradición egipcia.

El primer rey de la nueva dinastía fue Userkaf (Horus Irmaet, 2494-2487 a.C.), cuyo nombre sigue el mismo patrón que el del último (o quizá penúltimo) rey de la IV Dinastía, Shepseskaf. Se ha sugerido que Userkaf era nieto de Djedefra; pero, si bien es indudable la existencia de alguna relación familiar entre aquél y los soberanos de la IV Dinastía, su naturaleza concreta es incierta. No sabemos nada de la historia del reinado de Userkaf y no existen pruebas contemporáneas que apoyen la versión de los acontecimientos proporcionada por el Papiro Westcar.

El más importante logro arquitectónico que conservamos de Userkaf es la construcción de un templo dedicado específicamente al dios sol Ra. Fue el comienzo de una moda, pues en los siguientes ochenta años seis de los siete primeros reyes de la V Dinastía de Manetón (Userkaf, Sahura, Neferirkara, Raneferef Nyuserra y Menkauhor) construyeron templos de este tipo. Conocemos los nombres de los templos gracias a los títulos de los sacerdotes que sirvieron en ellos, pero hasta ahora sólo se han encontrado y excavado dos, los de Userkaf y Nyuserra. El templo solar construido por Userkaf se encuentra en Abusir, al norte de Sakkara (si bien las excavaciones que se están llevando a cabo en la zona parecen confirmar que la división entre Sakkara y Abusir se debe a los arqueólogos modernos y que en la Antigüedad no se consideraba que existiera ninguna división entre ellas).

La pirámide de Userkaf se encuentra en Sakkara Norte, cerca de la esquina noreste del recinto de Djoser. A juzgar por su pequeño tamaño (73,5 metros de lado y 49 metros de altura) y el método de construcción, mucho menos meticuloso, además de por su tendencia a la improvisación (el templo principal de la pirámide se encuentra, de forma inusual, dispuesto contra la cara meridional de la pirámide, quizá para no interferir con una estructura ya existente) en esta época tuvo lugar una importante reevaluación de la rígida monumentalidad anterior. Userkaf, cuyo reinado

duró sólo siete años, pudo haber subido al trono cuando ya era un hombre mayor.

La construcción de los templos solares fue el resultado del aumento gradual de la importancia del dios sol. Ra se convirtió en lo más cercano que había en Egipto a un dios estatal. Cada rey construyó un nuevo templo solar y su cercanía a los complejos piramidales, además de su parecido en cuanto a sus elementos con los monumentos funerarios reales, sugieren que se construyeron para la otra vida más que para la presente. Un templo solar consistía en un templo del valle unido mediante una calzada de acceso a un templo superior. El rasgo principal del templo superior era un pedestal gigantesco con un obelisco, un símbolo del dios sol. En un patio abierto al sol había un altar. En el de Userkaf, el primero de los templos solares construidos, no había relieves, pero en el de Nyuserra eran muy abundantes. Por un lado enfatizaban el papel del dios sol como dador definitivo de vida y fuerza impulsora de la naturaleza y, por el otro, definían el papel del rey en el eterno ciclo de acontecimientos al mostrar su periódica celebración de las fiestas *Sed*. Cerca se construyó con adobe una gran réplica de una barca del dios sol. Por lo tanto, los templos eran monumentos personales a la relación continua de cada rey con el dios sol en la otra vida. Al igual que los complejos piramidales, los templos solares fueron dotados de tierras, recibieron donaciones en especie en los días de fiesta y contaban con su propio personal.

La V Dinastía

La explicación de los orígenes de la V Dinastía dada en el Papiro Westcar se puede contrastar con las pruebas contemporáneas de los reinados de Sahure y Neferirkara. En su mastaba de Guiza, la reina Khentkawes se identifica con un título único: «madre de dos reyes del Alto y el Bajo Egipto». Este mismo título aparece en su pirámide (recientemente descubierta por arqueólogos checos), situada cerca de la pirámide de Neferirkara en Abusir. Si la Khentkawes de Guiza y la de Abusir son la misma persona, los dos hijos mencionados en su título serían Sahura (Horus Nebkhau, 2487-2475 a.C.) y Neferirkara (Kakai, Horus Userkhau, 2475-2455 a.C.) y el Papiro Westcar tendría razón en parte. Las pirámides de estos dos reyes se encuentran en Abusir, como todas las de los reyes que construyeron templos solares (y probablemente también la de Shepseskara, 2455-2448 a.C.). La calzada de acceso que comunicaba el templo del valle y el templo de la pirámide del complejo funerario de Sahura estaba decorada con relieves muy conseguidos que anticipan los más conocidos de la calzada del rey Unas (2375-2345 a.C.). Los reyes de Abusir forman un grupo estrechamente unido y sus monumentos presentan muchas similitudes.

El templo de la pirámide de Neferirkara ha proporcionado el más importante grupo de papiros administrativos del Reino Antiguo. Estos documentos arrojan luz sobre el día a día del funcionamiento de un complejo piramidal e incluyen registros detallados de los productos entregados, listas de los sacerdotes de servicio, inventarios del equipamiento del templo y cartas. No obstante, el complejo piramidal quedó sin terminar y su templo del valle y la calzada de acceso fueron posteriormente incorporados por Nyuserra a su propio complejo funerario.

El rey Shepseskara (Horus Sekhemkhau, 2455-2448 a.C.) fue el más efímero del grupo de Abusir y todavía no se ha encontrado ninguna referencia ni textual ni arqueológica a su templo solar. Esto probablemente se deba a la brevedad de su reinado. La del rey Raneferef (Isi, Horus Neferkhau, 2448-2445 a.C.) fue incluso menor. Si bien su pirámide no llegó más allá de sus hiladas inferiores, el templo alto ha proporcionado recientemente papiros comparables a los encontrados en el templo de Neferirkara.

El templo solar del rey Nyuserra (Iny, Horus Setibtawy, 2445-2421 a.C.) se encuentra en Abu Ghurab, al norte de Abusir. El último rey en construir un templo solar fue Menkauhor (Ikauhor, Hous Menkhau, 2421-2414 a.C.). Su pirámide no se ha focalizado todavía, pero las tumbas de sus sacerdotes y otros indicios sugieren que puede estar escondida bajo la arena en algún lugar en el sureste de Abusir o en Sakkara Norte.

La innovación más sorprendente de la administración egipcia durante este período fue la desaparición de los miembros de la familia real de los cargos más importantes.

Otro rasgo notable fue el habilidoso modo en que los templos solares se incorporaron al sistema económico del país. Algunos de los nombramientos de sacerdotes en los templos solares eran puramente nominales, para permitir que el titular del mismo disfrutara de los beneficios derivados del cargo, entre los cuales puede encontrarse el usufructo *ex officio* de terrenos del templo. Lo mismo sucedía con los cargos del personal de las fundaciones piramidales. No existían grandes contradicciones entre las necesidades del mundo de los dioses y los muertos y las necesidades de los vivos. Es posible imaginar sin problemas un sistema en el que la mayor parte del producto nacional estaba destinado, en teoría, a cubrir las necesidades de los soberanos difuntos, sus templos solares y los santuarios de los dioses locales; pero que, en realidad, se destinaba a mantener a la mayor parte de la población egipcia.

Las prácticas religiosas de los antiguos egipcios diferían de forma local y estaban estratificadas socialmente. Casi cada zona de Egipto poseía su dios local, que para sus habitantes era la deidad más importante, algo sobre lo que influyó poco la elevación de Ra a la categoría de dios del Estado. En realidad, los anales muestran que en ese momento los reyes comenzaron a prestar más atención sí cabe a los dioses locales de todas las zonas del país al hacer donaciones, a menudo de tierras, a sus santuarios o eximiéndoles del pago de impuestos o del trabajo obligatorio.

Continuaron enviándose expediciones a los lugares tradicionales fuera de Egipto, sobre todo para traer turquesa y cobre de Wadi Maghara (Sahura, Nyuserra y Menkauhor) y Wadi Kharit (Sahura) en el Sinaí, además de gneis de las canteras al noroeste de Abu Simbel (Sahura y Nyuserra). Durante el reinado de Sahura y Nyuserra hay una referencia a una expedición destinada a conseguir bienes exóticos (malaquita, mirra y electro, una aleación de oro y plata) del Punt, un país africano situado en algún lugar entre la cabecera del Nilo y la costa de Somalia. Continuaron los contactos con Bíblos (Sahura, Nyuserra y Neferirkara). El descubrimiento de objetos con los nombres de varios reyes de la V Dinastía en Dorak, cerca del mar de Mármara, es ambiguo.

Durante la V Dinastía hubo un incremento en el número de sacerdotes y funcionarios que pudieron construirse tumbas gracias a sus propios esfuerzos. Algunas de estas mastabas se encuentran entre las más grandes y mejor decoradas del Reino Antiguo, como sucede en el caso de las tumbas de Ti (Sakkara) y Ptahshepses (Abusir), ambas probablemente del reinado de Nyuserra. Muchas de ellas se encuentran en cementerios provinciales más que en la cercanía de las pirámides reales. Inevitablemente, esta relajación de la dependencia respecto al favor real vino acompañada de la correspondiente variedad en la forma y calidad artística de las estatuas y relieves. Los textos «autobiográficos» que aparecen en estas tumbas proporcionan nuevos datos sobre la sociedad contemporánea. La mayoría de ellos consisten en frases convencionales y temas menos habituales relativos a menudo a la

relación del dueño de la tumba con el rey. Esta tendencia continuaría durante el resto del Reino Antiguo.

Los reyes de los Textos de las pirámides

A la muerte de Menkauhor se respiraban en el ambiente vientos de cambio, pero los detalles del proceso se nos escapan. Un cierto grado de estandarización y racionalización domina las actividades constructivas regias. Los sucesores de Menkauhor no construyeron templos solares, si bien la posición del dios sol permaneció intacta. El largo reinado del rey Djedkara (Isesi, Horus Djedkau, 2414-2375 a.C.) conecta al grupo de soberanos de Abusir con aquéllos que los siguieron. Algunos de sus funcionarios fueron enterrados en la necrópolis de Abusir, lo que nos indica continuidad en vez de ruptura, pero la pirámide del rey se encuentra en Sakkara Sur. Sus modestas dimensiones (78,5 metros de lado y 52,5 metros de altura) fueron, con la excepción de su sucesor inmediato, Unas, adoptadas por el resto de reyes importantes del Reino Antiguo (Teti, Pepi I, Merenra y Pepi II). *Las máximas de Ptahhotep*, una importante obra literaria del Reino Antiguo, donde se sintetizan las normas de conducta que debe seguir un funcionario con éxito, se adscriben al visir de Djekara.

El reinado de Unas (Horus Wadjtawy, 2375-2345 a.C.) también fue largo. Su pirámide se encuentra junto a la esquina suroeste del recinto de Djoser, pero es incluso más pequeña que la de su predecesor. Su larga calzada, que se extiende a lo largo de casi setecientos metros, estaba decorada en su momento con escenas notables (en la actualidad muy fragmentadas), que superan los estereotipados medios de expresar la realeza egipcia o al menos la expresan de un modo nuevo. Incluyen el registro de acontecimientos sucedidos durante el reinado de Unas, como el transporte de columnas desde las canteras de granito de Asuán hasta el complejo piramidal del rey. Sin embargo, la mayor innovación de la pirámide de Unas, que sería característica de las restantes pirámides del Reino Antiguo (incluidas las de algunas reinas), fue que por primera vez encontramos los *Textos de las pirámides* inscritos en las paredes de la cámara funeraria y otras zonas del interior del edificio. *Los Textos de las pirámides* son la más antigua composición religiosa que se conoce del Egipto faraónico; algunos de sus elementos se crearon mucho antes del reinado de Unas y trazan el desarrollo de la religión egipcia desde la época predinástica. El difunto rey Unas se identifica con los dioses Ra y Osiris y se menciona como el Osiris Unas. La doctrina religiosa osiriana es, con mucho, la más importante de los *Textos de las pirámides*; pero las ideas asociadas al dios sol también son relevantes, así como los restos de conceptos relacionados con las estrellas y otros que probablemente sean incluso más antiguos. No obstante, la complejidad de los *Textos de las pirámides* hace que la interpretación de cada fórmula sea difícil y la comprensión de sus relaciones mutuas especialmente complicada. La razón para incluirlos en el interior de la pirámide era proporcionar al rey difunto unos textos que se consideraban

esenciales para su supervivencia y bienestar en la otra vida. Es probable que su mera presencia bastara para hacerlos efectivos. Si la distribución de los *Textos de las pirámides* en el interior de la pirámide no es accidental, es poco probable que estén relacionados con un acontecimiento pasajero como el funeral.

La creencia de que tras la muerte el difunto entraba en el reino del dios Osiris se generalizó. Osiris, en un principio una deidad local del delta oriental, era un dios local crónico (relacionado con la tierra) asociado a la agricultura y a los acontecimientos anuales cíclicos de la naturaleza. Probablemente fuera la elección ideal para convertirse en dios universal de los muertos, puesto que los mitos relativos a su resurrección reflejaban la revitalización del suelo egipcio tras la retirada de la inundación anual (la cual estuvo sucediéndose hasta la construcción de una presa en Asuán y de la Gran Presa en la década de 1960). Las primeras etapas del desarrollo del culto a Osiris no están nada claras. Era un homólogo adecuado para el dios Ra y su prominencia pudo deberse a consideraciones de este tipo. No obstante, nuestras fuentes escritas son inadecuadas para establecer con exactitud cuándo sucedió. En las tumbas, los difuntos son descritos como *imakhu* («honrados») por Osiris; en otras palabras, que sus necesidades en la otra vida quedaban satisfechas gracias a su asociación con él. El concepto de *imakhu* (que también puede traducirse como «ser provisto por») era una expresión de un notable *dictum* moral que recorría todos los niveles de la sociedad egipcia y que corregía los casos extremos de desigualdad social: las personas más ricas e influyentes tenían la obligación de cuidar de los pobres y socialmente desfavorecidos, del mismo modo en que el cabeza de familia era responsable de todos los miembros de la misma.

La VI Dinastía

Según Manetón, con el reinado de Unas terminó la V Dinastía, pues el siguiente rey, Teti (Horus Seheteptawy, 2345-2323 a.C.), lo sitúa ya en la VI Dinastía. No poseemos información segura sobre la relación personal existente entre Teti y sus predecesores; pero es probable que su esposa principal, Iput, fuera hija de Unas. Kagemni, visir de Teti, comenzó su carrera durante los reinados de Djedkara Isesi y Unas. El Canon de Turín también sitúa una división en este punto, seguida de una suma del total de reyes habidos entre Menes (el primer soberano de la I Dinastía) y Unas (la cantidad se ha perdido). Esto da mucho que pensar, porque el criterio para este tipo de divisiones en el Canon de Turín es invariablemente el cambio de emplazamiento de la capital y la residencia real.

La primera capital, el Muro Blanco, se fundó a comienzos de la I Dinastía y es probable que hubiera ido perdiendo importancia en favor de los suburbios situados al sur, mucho más poblados y localizados aproximadamente al este de la pirámide de Teti. El nombre de esta parte de la ciudad, Djedisut, procedía del nombre del complejo funerario y la ciudad de la pirámide de Teti. No obstante, es probable que los palacios reales de Djedkara y Pepi I (posiblemente también el de Unas) ya hubieran sido construidos más al sur, en puntos situados en el valle que hay al este de la actual Sakkara Sur, separados de Djedisut por un lago, alejados así de la miseria, los ruidos y la pestilencia de una ciudad abarrotada. Esto podría explicar la elección de Sakkara Sur como emplazamiento de las pirámides de Djdkara y Pepi I.

Al igual que sucediera en las cercanías de la pirámide de Teti, el asentamiento cercano al complejo funerario y la ciudad de la pirámide de Pepi I recibió su nombre del de éstos: Mennefer (en griego Menfis). A finales del Reino Antiguo, aquél pudo haber quedado unido físicamente a los asentamientos localizados en torno al templo del dios Ptah, situado más al este, pasando a ser conocida toda la ciudad como Mennefer. Por lo tanto, es posible que el emplazamiento de la residencia real y de la propia ciudad cambiaran a finales de la V o comienzos de la VI Dinastía, lo que explicaría la división visible en el Canon de Turín, reflejada posteriormente en la narración de Manetón (Teti, el padre de Pepi I, se incluyó en el nuevo linaje de soberanos). Pero aquí nos adentramos en el reino de las especulaciones y sólo futuras excavaciones arqueológicas nos dirán qué parte de la misma está justificada.

Es posible que a Teti le siguiera el rey Userakara (2323-2321 a.C.), si bien su existencia se puede poner en duda. Parte de la confusión se debe a que Pepi I (Horus Merytawy, 2321-2287 a.C.), hijo de Teti y la reina Iput, fue llamado Nefersahor durante la primera parte de su reinado. Éste era su «prenomen», que recibía durante su coronación e iba precedido del título *nesu-bit* («el del junco y la abeja»), en el interior de un cartucho ovalado. Posteriormente lo cambiaría por el de Meryra. El

«nomen» o «nombre de nacimiento» Pepi (el número que lo suele acompañar es algo moderno, los antiguos egipcios no lo utilizaron nunca) es anterior a su ascenso al trono; va precedido del título *sa Ra* («hijo del dios Ra») y también estaba escrito en un cartucho.

La situación interna de Egipto comenzó a cambiar. Teóricamente, la posición del rey permaneció intacta, pero resulta indudable que aparecieron dificultades. Esta impresión sólo en parte puede achacarse al incremento en el volumen y calidad de la información conservada, la cual nos permite conocer con mayor profundidad la sociedad egipcia y llegar más allá de la fachada monolíticamente monumental y terriblemente formal de los períodos anteriores. La persona del rey dejó de ser intocable: la biografía de Weni, un alto funcionario de la corte, menciona una conjura sin éxito contra Pepi I instigada a finales de su reinado por una de sus reinas. El nombre de ésta no se menciona, pero se sabe que se celebraron matrimonios políticos: en sus años de decadencia el rey se casó con dos hermanas, ambas llamadas Ankhnes-meryra («El rey Meryra [Pepi I] vive para ella»). Su padre, Khui, era un influyente funcionario de Abydos. Se trata de acontecimientos importantes, pero el crecimiento del poder y la influencia de los administradores locales (sobre todo en el Alto Egipto, alejado de la capital) y el correspondiente debilitamiento de la autoridad regia pudieron haber tenido unas consecuencias menos dramáticas, pero potencialmente mucho más serias. A finales de la V Dinastía se creó un nuevo cargo, el de «supervisor del Alto Egipto».

Los reyes de la VI Dinastía construyeron mucho, edificando santuarios para los dioses locales en todo Egipto que, o bien se destruyeron posteriormente, o todavía no se han excavado. Los templos del Alto Egipto, como los de Khenti-amentiu en Abydos, Min en Koptos, Hathor en Dendera, Horus en Hieracómpolis y Satet en Elefantina, se vieron especialmente favorecidos: se multiplicaron las donaciones y exenciones de impuestos y trabajos obligatorios.

Los templos de las pirámides de la V y la VI Dinastías incluyen escenas que parecen tan convincentes que uno se siente tentado a aceptarlas como reflejos de acontecimientos reales; sin embargo, una escena que muestra la sumisión de los jefes libios durante el reinado de Pepi II es una copia de una imagen idéntica que encontramos en los templos de Sahura, Nyuserra y Pepi II (repetida mil quinientos años después en el templo de Taharqo en Kawa, en Sudán). Estas escenas eran expresiones estandarizadas de los logros del rey ideal y, como tales, tienen poco que ver con la realidad. Su inclusión en el templo garantizaba su continuidad. La misma explicación puede darse de las escenas de barcos regresando de una expedición a Asia y de una incursión contra los nómadas en Palestina presentes en la calzada de Unas. No obstante, otras fuentes nos muestran que en realidad sí tuvieron lugar acontecimientos semejantes. El ya mencionado Weni describe repetidas acciones a

gran escala contra los *aamu* de la región de Siria-Palestina. A pesar del modo en que aparecen presentadas en el texto, se trata más bien de acciones preventivas o punitivas que de campañas defensivas.

La explotación de los recursos minerales de los desiertos fuera de Egipto continuó. La turquesa y el cobre siguieron extrayéndose en Wadi Maghara, en el Sinaí (Djedkara, Pepi I y Pepi II), el alabastro egipcio en Hatnub (Teti, Merenra, Pepi I y Pepi II), grauvaca y limolita en Wadi Hammamat (Pepi I, Merenra), en el Desierto Oriental, y gneis en las canteras situadas al noroeste de Abu Simbel (Djedkara). El Punt recibió una expedición enviada por Djedkara y se mantuvieron relaciones comerciales y contactos diplomáticos con Biblos (Djedkara, Unas,Teti, Pepi I, Merenra y Pepi II) además de con Ebla (Pepi I).

Durante el final de la VI Dinastía Nubia se volvió particularmente importante y en época de Merenra se hicieron intentos por mejorar la navegación en la región de la primera catarata. La zona comenzó a recibir la llegada de nuevos colonos procedentes del sur (el llamado Grupo C nubio), de un punto situado entre la tercera y la cuarta cataratas y con centro en Kerma. Al intentar Egipto prevenir una potencial amenaza contra su seguridad y sus intereses económicos, se produjeron ocasionales conflictos con ellos. Gente como Harkhuf, Pepynakht Heqaib y Sabni, administradores del más meridional de los nomos egipcios, el de Elefantina, organizaron caravanas que cruzaron el territorio nubio (las tierras de Wawat, Irtjet, Satju e Iam). Entre los bienes de lujo africanos que alcanzaron Egipto por este medio figuran incienso, madera dura (ébano), pieles de animales y marfil, pero también enanos bailarines y animales exóticos. Por estas fechas es cuando comenzaron a utilizarse grupos de nubios, sobre todo en unidades de policía fronteriza y mercenarios en expediciones militares.

En el Desierto Occidental existe toda una serie de rutas de caravanas. Una de ellas dejaba el Nilo en la zona de Abydos hacia el oasis de Kharga y luego seguía hacia el sur, a lo largo del camino que hoy se conoce como Darb el Arbain (en árabe: «El camino de los cuarenta días»), hasta el oasis de Selima. Otra salía hacia el oeste desde Kharga hasta el oasis de Dakhla, donde prosperó un importante asentamiento en Ayn Asil, cerca de la moderna Balat, sobre todo durante el reinado de Pepi II.

El declive del Reino Antiguo

Pepi I fue sucedido por dos de sus hijos, primero Merenra (nombre completo: Merenranemtyemsaf, Horus Ankhkhau, 2287-2278 a.C.) y luego Pepi II (Horus Netjerkhau, 2278-2184 a.C.). Ambos subieron al trono muy jóvenes y ambos construyeron sus pirámides en Sakkara Sur. El reinado de casi noventa y cuatro años de Pepi II (heredó el trono a la edad de seis años) fue el más largo del Antiguo Egipto; pero su segunda mitad fue seguramente bastante ineficaz, pues fue entonces cuando las fuerzas que insidiosamente habían ido minando los fundamentos teóricos del Estado egipcio se hicieron patentes. La subsiguiente crisis era inevitable, porque era el propio sistema el que contenía las semillas de la misma. En primer lugar se trató de una crisis ideológica, porque el rey, cuyo poder económico se había debilitado mucho, ya no podía llevar a cabo el papel que le tenía asignado la doctrina de la realeza egipcia. Las consecuencias para la sociedad egipcia fueron serias: el sistema de remuneración *ex officio* dejó de funcionar de forma satisfactoria y el sistema fiscal posiblemente estuviera al borde del colapso.

Algunos cargos se volvieron hereditarios y se mantuvieron en la misma familia durante varias generaciones. En el Alto y el Medio Egipto, tumbas excavadas en la roca en lugares como Sedment, Dishasha, Kom el Ahmar Sawaris, Sheihk Said, Meir Deir el Gebrawi, Akhmin (El Hawawish), El Hagarsa, El Qasr wa el Saiyad, Elkab y Asuán (Qubbet el Hawa) nos indican las aspiraciones de los administradores locales, que en ese momento serían gobernantes locales semiindependientes. Sabemos menos de los correspondientes cementerios en el delta, si bien yacimientos como los de Heliópolis, Kom el Hish y Mendes demuestran que existieron. La cercanía de la capital pudo haber dificultado los intentos de conseguir una mayor autonomía; pero la principal razón para la carencia de documentación son la geografía y la geología. Los niveles del Reino Antiguo se encuentran cercanos o por debajo de la capa freática actual y esto hace que sea muy difícil excavar. Sabemos mucho más sobre los administradores locales del oasis de Dakhla, que vivían en el asentamiento de Ayn Asil y fueron enterrados en grandes mastabas en el cementerio local (Qilat el Dabba).

El gobierno centralizado prácticamente dejó de existir y desaparecieron las ventajas de un Estado unificado. La situación se vio agravada además por factores climáticos, sobre todo por una serie de crecidas escasas y una disminución en las precipitaciones que afectó a las zonas adyacentes al valle del Nilo, lo cual incrementó la presión de los nómadas sobre las zonas fronterizas de Egipto. El hecho de que, tras el excepcionalmente largo reinado de Pepi II, hubiera muchos potenciales sucesores reales esperando en la sombra es posible que contribuyera al caos subsiguiente.

Pepi II fue sucedido por Merenra II (Nemtyemsaf), la reina Nitiqret (2184-2181 a.C.) y unos diecisiete o más reyes efímeros, que forman la VII y la VIII Dinastías de

Manetón. Las divisiones dinásticas del historiador ptolemaico son difíciles de explicar, a no ser como divisiones accidentales en las listas. La mayoría de estos soberanos son poco más que nombres para nosotros, pero algunos de ellos se conocen por los decretos protectores promulgados para el templo de Min en Koptos. Qakara Iby es el único cuya pequeña pirámide (31,5 metros de lado) ha sido encontrada en Sakkara Sur. De modo que sólo la residencia menfita y una teórica afirmación de control sobre todo Egipto conectaban a estos reyezuelos con los grandiosos monarcas del Reino Antiguo. Con los 955 años que según el Canon de Turín separan Menes, a comienzos de la I Dinastía, del último de estos reyes efímeros, termina el linaje de los reyes menfitas y el período que describimos como el Reino Antiguo.

6. EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

(c. 2160-2055 a.C.)

STEPHAN SEIDLMAYER

Tradicionalmente, los egiptólogos diferencian los grandes períodos de la historia faraónica basándose en el estado político del país. Los «Reinos» —definidos como épocas de unidad política y gobierno fuerte y centralizado— se alternan con los «Períodos Intermedios», que se caracterizan en cambio por las rivalidades de los gobernantes locales en sus esfuerzos por hacerse con el poder. En el caso del Primer Período Intermedio, el largo linaje de reyes que había gobernado el país desde Menfis terminó con los últimos faraones de la VIII Dinastía. Tras ella, el poder fue ostentado por una sucesión de soberanos originarios de Heracleópolis Magna, que se encontraba en la zona norte del Egipto Medio, cerca de la entrada a Fayum. Estos reyes aparecen como la IX y la X Dinastías en la historia de Manetón, tras haber sido subdivididos por error en el transcurso de la transmisión de la lista real original (véase el capítulo 1 para una discusión sobre la *Aegyptiaca* de Manetón).

El traslado de la residencia real desde Menfis hasta Heracleópolis fue considerado por los antiguos egipcios como un punto de ruptura importante. Esto lo sugiere el hecho de que los compiladores del Canon de Turín (XIX Dinastía) incluyeron un gran subtotal de la parte más antigua de la historia egipcia tras el último de los soberanos de la VIII Dinastía. Además, la lista real del templo de Seti I en Abydos no contiene nombres reales para el período comprendido entre la VIII Dinastía y el comienzo del Reino Medio.

De hecho, los heracleopolitanos nunca llegaron a controlar el Alto Egipto meridional. Allí, en el transcurso de prolongadas luchas con los potentados locales, una familia de nomarcas tebanos se convirtió en la fuerza principal de la región, asumiendo los títulos de la realeza y apareciendo debidamente en los anales de la realeza faraónica como la XI Dinastía. A partir de este momento dos Estados se enfrentaron en el interior de Egipto, hasta que, poniendo punto final a una era de guerra intermitente, el rey tebano Nebhepetra Mentuhotep II se las arregló para derrotar a su contrario heracleopolitano y reunificar el país bajo control tebano, inaugurando así el Reino Medio. Este capítulo trata del período comprendido entre el final de la VIII Dinastía y el reinado de Nebhepetra Mentuhotep II.

Los problemas cronológicos

Estamos relativamente bien informados respecto a la segunda parte del Primer Período Intermedio —la fase de enfrentamiento entre los heracleopolitanos y los tebanos, que duró entre noventa y ciento diez años—. No obstante, la parte más antigua del período —la de gobierno heracleopolitano antes de la llegada de la XI Dinastía— es bastante más oscura. Como resultado de la pérdida en el Canon de Turín de la mayor parte de los nombres de los soberanos heracleopolitanos y de la información relativa a la duración de sus reinados, así como por el insatisfactorio estado de la investigación arqueológica en el Egipto Medio septentrional y el delta, el núcleo del reino heracleopolitano, poseemos escasa información de valor cronológico inmediato. Debido a la escasez de datos directamente relacionados con los heracleopolitanos, en algún momento se llegó a proponer incluso que en realidad no existió nunca un período durante el cual éstos hubieran sido (al menos nominalmente) los únicos soberanos del país, por lo que debieron ser por completo contemporáneos a la XI Dinastía. Sin embargo, esto no es posible, puesto que actualmente sabemos de destacadas personalidades e importantes acontecimientos políticos que sólo pueden ser situados en el período comprendido entre la VIII y la XI Dinastía.

Detallados estudios sobre la sucesión de los titulares de importantes cargos administrativos y sacerdotales en varias ciudades del Alto Egipto, así como estudios de los cambios visibles en el material arqueológico, sugieren que este intervalo entre la VIII y la XI Dinastía ocupó un período de tiempo bastante largo, que probablemente sea posible calcular en tres o cuatro generaciones. Además, la cifra que menciona Manetón como duración de la X Dinastía puede utilizarse como apoyo del cálculo de una duración de casi dos siglos para todo el Primer Período Intermedio, una cifra que estaría en perfecta consonancia con las pruebas prosopográficas y arqueológicas.

La naturaleza del Primer Período Intermedio

El Primer Período Intermedio no sólo fue un período de desorden en términos de sucesión en el trono de Egipto, también fue un período de crisis y novedades que afectaron a toda la sociedad y la cultura egipcias. Se trata de algo que se puede apreciar en cuanto nos fijamos en los monumentos. Los complejos mortuorios de los reyes y altos funcionarios del Reino Antiguo situados en los cementerios de la capital, Menfis, son en buena medida los responsables de haber dado forma a nuestras ideas sobre el Estado egipcio. Esta serie de espectaculares edificios se interrumpió tras el reinado de Pepi II y sólo revivió con Mentuhotep II y su templo funerario en Deir el Bahari, en la Tebas occidental.

Para ajustarse a estas circunstancias, en ocasiones el límite inferior del Primer Período Intermedio se retrasa para incluir en él las tres décadas durante las cuales los reyes del linaje menfita que siguió a Pepi II mantuvieron el poder. Aunque se toman algunas libertades con el esquema de la división en dinastías de la historia egipcia, este punto de vista no es por completo injustificado. De hecho, la construcción a gran escala puede ser comprendida como prueba válida, no sólo de la naturaleza de las instituciones centrales del Estado, sino también del hecho de que todavía estaban funcionando. El gran vacío existente en el registro monumental durante el Primer Período Intermedio sugiere, por lo tanto, que el sistema social se había fragmentado, tanto en su organización política como en sus pautas culturales.

Igual de evidente resulta que los datos arqueológicos y epigráficos del Primer Período Intermedio señalan la existencia de una próspera cultura en los niveles más pobres de la sociedad, así como un vigoroso desarrollo social en las ciudades provinciales del Alto Egipto. Más que el colapso total de la sociedad y la cultura egipcias en general, el Primer Período Intermedio se caracterizó por un importante, si bien temporal, cambio en el emplazamiento de sus centros de actividad y dinamismo.

Para poder comprender tanto la crisis del Estado faraónico como los procesos que terminaron llevando al restablecimiento de una organización política unificada sobre una nueva base es crucial investigar los modos en que las instituciones políticas están enraizadas en la sociedad. Gran parte de la historia de Egipto tiende a concentrarse en la residencia real, los reyes y la «cultura cortesana»; pero al escribir la historia del Primer Período Intermedio es necesario concentrarse en las ciudades provinciales y en las propias personas que forman los elementos más básicos de la sociedad.

La capital y las provincias

El Estado faraónico apareció originalmente como un sistema centralizado. Desde el primer momento sus instituciones clave —el rey y su corte— estuvieron firmemente asentadas en la capital. Allí se concentraba también la élite social, así como el control de las tradiciones de la alta cultura y los expertos de la administración. Además, las instalaciones de la religión estatal y el culto del rey y sus antepasados divinos estaban localizados en las inmediaciones de la capital. La administración del país estaba controlada por emisarios reales, a quienes se encomendaban amplias secciones del valle del Nilo. Si bien estos administradores se encargaban de las provincias, seguían manteniendo su relación con la residencia real y continuaban considerándose a sí mismos como miembros de la élite social de la capital. Hasta bien avanzada la V Dinastía no es posible ver fuera de la región menfita ninguno de los logros culturales que representan la grandeza de Egipto. Existía un gran abismo de desigualdad social y cultural entre el país y sus gobernantes.

No obstante, en la V Dinastía comenzó a producirse un profundo cambio en el sistema, que para finales de la VI Dinastía ya estaba completamente terminado. A partir de este período los administradores provinciales fueron nombrados para cada nomo concreto y pasaron a residir de forma permanente en sus distritos. Al igual que en otras ramas de la administración, con frecuencia los miembros de una misma familia se sucedían unos a otros en el cargo. Si bien este cambio político probablemente estuviera destinado a mejorar la eficacia de la administración provincial, terminó teniendo insospechadas consecuencias de gran alcance. En primer lugar, supuso un cambio en los patrones socioeconómicos presentes en el corazón del sistema. Al principio, los recursos económicos se concentraron en la residencia real y la administración central se encargaba de redistribuirlos a sus beneficiarios. A partir de ahora, sin embargo, los nobles que residían en las provincias consiguieron acceso directo a los productos del país. La oposición entre el centro y las provincias comenzó a actuar como factor diferenciador en lo que anteriormente había sido un homogéneo grupo de funcionarios pertenecientes a la élite.

La aristocracia provincial estaba ansiosa por asegurarse de que este modo de vida iba parejo al de la corte real. Esto resulta evidente en las tumbas monumentales decoradas que comenzaron a aparecer por todo el país en los cementerios de los centros regionales. Patrones iconográficos, modelos textuales y el conocimiento religioso y ritual fluyeron desde su reserva central de la cultura cortesana hacia la periferia. Por otra parte, como medio de mantener y fortalecer los lazos de lealtad entre los aristócratas provinciales y la corte, fue el propio rey quien, además de costosos bienes, les proporcionó artesanos especializados y expertos en los rituales

formados en la Residencia. No obstante, estas tumbas no son sino la punta del iceberg; de hecho, las diferentes élites provinciales y su personal actuaban como centros autónomos dentro de la organización política, manteniendo profesionales especializados y destinando una parte cada vez mayor de la producción local para ser utilizada dentro de la propia provincia (en vez de permitir que fuera explotada por la corte real), generando así un cambio en los patrones sociales y económicos de las provincias. El Egipto rural se volvió más rico económicamente hablando y más complejo en el aspecto cultural.

El entorno provincial

La transformación de la cultura y la economía de las provincias afectó a toda la sociedad egipcia. El proceso puede seguirse a través de los profundos cambios que se observan en el registro arqueológico, que hunden sus raíces en la VI Dinastía y alcanzaron su clímax en la primera mitad del Primer Período Intermedio. De nuevo hemos de recurrir a los cementerios en busca de los datos esenciales; en parte por la desafortunada ausencia de asentamientos excavados de este período, pero sobre todo debido al inherente significado de los restos de la cultura funeraria.

Si comparamos la situación de principios del Reino Antiguo con la del final de esta misma época y la del comienzo del Primer Período Intermedio, de inmediato resulta evidente un cambio en la cantidad de tumbas. De este último período se conocen muchos más cementerios y, cuando una región concreta ha sido explorada de forma sistemática, se aprecia un marcado incremento en el número de tumbas. Para explicar este fenómeno hay que tener en cuenta dos factores. El primero es que el incremento de tumbas indica un claro aumento demográfico durante el Reino Antiguo; además, es probable que los factores más influyentes del cambio estén enraizados en las propias realidades locales, donde el crecimiento de población posiblemente viniera acompañado y se viera acentuado por el desarrollo de usos más intensivos y eficientes de los recursos agrarios disponibles. El segundo factor es que, durante el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio, las tumbas ordinarias se volvieron considerablemente más grandes y los enterramientos comenzaron a proveerse de un ajuar funerario mucho mejor. Debido a su mayor tamaño y contenido más variado, estas tumbas no sólo se han identificado y fechado con mayor facilidad, sino que también han atraído a más excavadores. De hecho, entre los primeros arqueólogos los cementerios provinciales de la primera parte del Reino Antiguo tenían la reputación de no merecer el esfuerzo de excavarlos.

Al igual que la aparición de tumbas monumentales decoradas en el Alto Egipto, el creciente número de tumbas en los cementerios provinciales refleja, por lo tanto, un importante cambio en los patrones sociales de consumo. Este fenómeno parece ser especialmente evidente en el registro funerario, pero no se limitó a esta esfera. De hecho, los objetos más valiosos que se volvieron más abundantes y ampliamente representados en las tumbas de comienzos del Primer Período Intermedio —recipientes de piedra para cosméticos, adornos y amuletos de piedras semipreciosas e incluso oro— eran objetos cotidianos, más que fabricados especialmente para su uso funerario. Por lo tanto, parece evidente que a finales del Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio las provincias disfrutaron de unas favorables condiciones económicas.

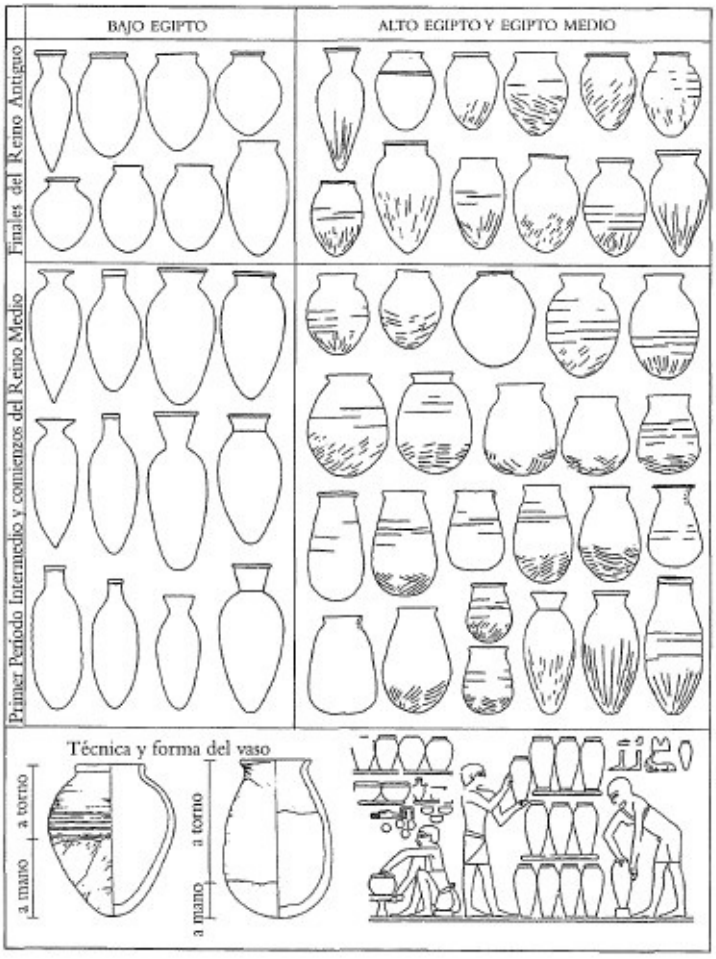
La distribución de los cementerios también nos puede proporcionar algunos

indicios sobre los patrones de asentamiento. El paisaje estaba salpicado de poblados, mientras que los emplazamientos de las capitales de nomo no sólo queda señalado por los grupos de hipogeos y mastabas pertenecientes a la aristocracia provincial, sino también por los muy extensos cementerios de los vecinos de la ciudad. Las tambas de la población urbana no difieren, en principio, de las de los aldeanos; no obstante, a menudo son más grandes y están mejor equipadas. Por lo tanto, el patrón de asentamiento provincial estaba dominado por una estructura urbanizada, no sólo política y socialmente, sino también por cuanto respecta a la demografía y la economía.

Los cambios de estilo y forma como signos de desarrollo cultural y social

El período que siguió al Reino Antiguo trajo consigo cambios fundamentales en la cultura material. De hecho, durante el Primer Período Intermedio casi todos los objetos adquirieron una forma diferente a la que hasta entonces habían tenido. Ahora veremos algunos los aspectos más significativos del proceso.

Desde un punto de vista arqueológico, la cerámica es con mucho el objeto más importante. Desde el Dinástico Temprano y durante todo el Reino Antiguo, el repertorio de recipientes estuvo dominado, morfológicamente, por las formas ovoides, en las cuales el punto de máxima extensión se encuentra siempre ligeramente por encima del punto medio del recipiente. Durante el Primer Período Intermedio, este estilo fue rápidamente abandonado y comenzaron a fabricarse formas redondeadas en forma de bolsa o gota. No es complicado identificar la fuerza impulsora del proceso. Es evidente que el objetivo era adaptar las formas de los recipientes de tal modo que se sacara el máximo provecho del torno de alfarero. En el caso de los contenedores ovoides, una gran parte de su superficie tenía que ser raspada a mano después de ser torneada. En el caso de los recipientes con forma de bolsa, la cantidad de trabajo necesario se reducía de forma considerable. No obstante, es significativo que este proceso sólo tuviera lugar unos doscientos años después de la introducción del torno de alfarero en los talleres egipcios, ocurrida durante la V Dinastía. Aparentemente, sólo con la llegada del Primer Período Intermedio estuvo la gente dispuesta a deshacerse de los modelos tradicionales y dar preferencia a modos de producción más eficientes.



El desarrollo de los recipientes cerámicos de tamaño medio durante el Primer Período Intermedio (reflejado para el Alto y el Bajo Egipto en la sección superior del diagrama) refleja con claridad el impacto de la nueva técnica de modelado utilizando el torno de alfarero. Un primer ejemplo de esta herramienta aparece representado en la tumba de Ti en Sakkara, de la V Dinastía (*abajo a la derecha*). En el caso de los recipientes anteriores, de hombros altos, una amplia sección de la superficie tenía que ser modelada a mano para conseguir la forma deseada, una tarea mucho menos engorrosa en el caso de las posteriores formas redondeadas (*abajo a la izquierda*). No obstante, en el Bajo Egipto el modelo tradicional de hombros altos se mantuvo durante todo el Primer Período Intermedio.

En el Primer Período Intermedio, todo un nuevo catálogo de tipos de objetos se volvió popular en los enterramientos provinciales. Durante el Reino Antiguo, el ajuar funerario de los enterramientos más pobres se elegía por completo de entre los objetos utilizados en la vida diaria; pero en el Primer Período Intermedio los objetos comenzaron a ser fabricados exclusivamente para uso funerario. Un claro ejemplo de esta tendencia son las burdas figurillas de madera que representaban portadores de ofrendas, barcos e incluso escenas completas de talleres. Otro ejemplo es la aparición y el uso cada vez más difundido de máscaras coloreadas fabricadas con yeso y lino (cartonaje) para cubrir la cabeza de los cuerpos momificados. También se fue haciendo cada vez más habitual el uso de estelas sencillas como medio para señalar el lugar de las ofrendas en la superestructura de las mastabas o en las capillas de los hipogeos sencillos.

La aparición de estos objetos indica que tanto la demanda como los medios disponibles en las ciudades provinciales eran suficientes como para sostener un artesanado destinado a la manufactura de productos «no funcionales». Más importante aún es el hecho de que los prototipos de estos objetos tengan su origen en la cultura de élite del Reino Antiguo. Las figuras funerarias de personas realizando tareas básicas se pueden remontar directamente hasta el repertorio de escenas de la vida diaria presentes en la decoración de las mastabas del Reino Antiguo. Parece que, durante el Primer Período Intermedio, los factores que con anterioridad habían inhibido la comunicación cultural entre los distintos estratos sociales había dejado de funcionar.

El acceso de un grupo más amplio de usuarios a la tradición de la cultura de élite vino acompañado de una marcada pérdida de calidad artística. Con frecuencia, incluso los patrones iconográficos se malinterpretaban y las inscripciones de las fórmulas de ofrendas se construían equivocadamente. Si bien el arte provincial del Primer Período Intermedio muestra a menudo un sorprendente grado de originalidad y creatividad (como se verá claramente avanzado el capítulo), es imposible negar que muchas piezas de la época son feas y están hechas de forma incompetente. Este aspecto concreto es el que más ha llamado la atención de los historiadores, siendo considerado como una prueba del generalizado declive cultural del Primer Período Intermedio. No obstante, por evidente que pueda parecer esta interpretación, asumir que aquél no fue sino un período de decadencia cultural significaría pasar por alto dos procesos importantes: primero, la asimilación a nivel nacional de los modelos culturales desarrollados en la cultura cortesana del Reino Antiguo y, segundo, la aparición del consumo de masas.

Las ideas religiosas

Algunos de los cambios en la cultura material son indicativos de modificaciones en las creencias religiosas y las prácticas rituales, como es el caso de la introducción de las máscaras de momia. No obstante, el grupo de pruebas más importante sobre las creencias funerarias en la sociedad provincial del Primer Período Intermedio y el Reino Medio es el vasto corpus de los *Textos de los sarcófagos*, que son fórmulas mágicas y litúrgicas inscritas sobre todo en los laterales de los ataúdes de madera[10]. Si bien es evidente que la mayor parte de estos textos data del Reino Medio, en algunos casos se puede ver que ya estaban presentes durante el Primer Período Intermedio. Los orígenes textuales de los *Textos de los sarcófagos* todavía son objeto de muchos debates, tanto en lo relativo a su fecha como a su origen geográfico. Es indudable que el corpus de los *Textos de las pirámides* del Reino Antiguo, que en ocasiones aparece escrito junto a los *Textos de los sarcófagos* en los ataúdes, fue un modelo importante, pero estos últimos albergan material y conceptos nuevos de importancia crucial.

Sólo se han conservado algunos *Textos de los sarcófagos* del Primer Período Intermedio y la posesión de los ataúdes inscritos quedó limitada al nivel superior de la sociedad provincial. No obstante, en ocasiones parece posible relacionar ideas mencionadas expresamente en los *Textos de los sarcófagos* con aspectos del registro arqueológico. Sólo entonces se hace aparente la gran antigüedad y popularidad de algunos de estos conceptos. Esta observación apoya la noción de que fue el escenario provincial del Primer Período Intermedio el que tuvo un papel significativo en el origen de los *Textos de los sarcófagos* y contribuyó a su contenido conceptual.

Una serie de fórmulas de los *Textos de los sarcófagos* se concibieron para «reunir a la familia de un hombre en el reino de los muertos». El grupo de gentes incluidas es amplio; los textos mencionan no sólo a la familia inmediata, sino también a los sirvientes, seguidores y amigos. Este mismo deseo se deja sentir en el desarrollo de los distintos tipos de tumbas en fechas tan tempranas como la VI Dinastía. Originalmente, las tumbas egipcias fueron construidas para contener un único enterramiento, pero a finales del Reino Antiguo ya se construían mastabas con múltiples habitaciones, con espacio para una familia entera o incluso una familia extensa en el sentido ya definido. La arquitectura de las tumbas nos proporciona pruebas de las distintas categorías existentes dentro de estos grupos, pues algunos pozos son más profundos y algunas habitaciones de mayor tamaño que otras, destinados por lo tanto a enterramientos más suntuosos. De hecho, allí donde los enterramientos se han conservado, ambos aspectos de esta nueva situación —el tamaño de los grupos familiares implicados y las desigualdades existentes en su interior— son especialmente visibles, puesto que a menudo las habitaciones se

utilizan de forma repetida y habitual para sucesivos enterramientos múltiples.

Las costumbres funerarias del Primer Período Intermedio enfatizan, por lo tanto, la importancia crucial de las relaciones interpersonales en un nivel primario de organización social. Esta tendencia del pensamiento religioso refleja estrechamente el papel que la familia extensa representaba como unidad básica de organización social. Las fórmulas funerarias en cuestión enfatizan la autoridad ejercida por el cabeza de familia sobre sus miembros; pero también el hecho de que era capaz de protegerlos de las exigencias externas. De este modo, la familia, como unidad de responsabilidad solidaria y colectiva, actuaba como punto de contacto entre los niveles superiores de la organización social y política. Gracias a este papel, la familia extensa aparece también como una institución reconocida en los textos jurídicos de la VI a la VIII Dinastías.

El estilo y la identidad regionales

Unos de los aspectos más intrigantes de la arqueología del Primer Período Intermedio es la variación estilística existente entre las distintas regiones. Mientras las diferencias entre los estilos cerámicos del Egipto septentrional y meridional son claras, la cuestión no es tan evidente cuando se trata de las diferencias entre las distintas regiones del Alto Egipto o las variaciones regionales apreciables en otro tipo de objetos. De hecho, algunos objetos parecen haberse visto más afectados que otros en cuando a variación regional se refiere, por lo que parece que en general la cultura material no se disgregó en una serie de variantes locales estancas.

No obstante, existe un aspecto de la variación regional que parece tener una importancia particular. Durante todo el Reino Antiguo la arquitectura de las mastabas del Alto Egipto siguió unos patrones uniformes y un eje de desarrollo continuo; pero durante la VI Dinastía y el Primer Período Intermedio aparecieron tradiciones locales en la construcción de tumbas. Como ejemplos de estos estilos arquitectónicos figuran las tumbas *saff* tebanas (de las cuales se habla más adelante) y las mastabas de fachada con nichos y largos corredores de acceso en pendiente que conducen a cámaras subterráneas, encontradas en Dendera.

Estos tipos locales son tan diferentes de los estilos arquitectónicos principales de épocas anteriores que el cambio no puede explicarse sólo en términos de desarrollo de tradiciones de los talleres locales. Parece más bien que estas innovaciones arquitectónicas fueron introducidas de forma deliberada por las élites locales para expresar su propia identidad regional.

Sociedad y gobierno

Incluso una limitada visión de conjunto del material arqueológico, como la ofrecida en los párrafos anteriores, proporciona numerosos ejemplos del cambio en profundidad ocurrido en las provincias durante el final del Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio. En el estado actual de la investigación, el significado de muchos de los fenómenos arqueológicos de los que hemos hablado (y de los mecanismos que los produjeron) todavía se comprende mal. No obstante, por poco que sea, lo que sabemos actualmente sugiere que las fuerzas de cambio internas y unas poderosas influencias externas (sobre todo el impacto de la política provincial del Reino Antiguo) se unieron para producir una mayor complejidad cultural, económica y social en todo el país.

Esta circunstancia inevitablemente afectó al sistema político: las tensiones entre el centro y las provincias ganaron importancia y la nobleza provincial en concreto —la cual ocupaba una posición crucial entre la corte y los grupos locales— consiguió nuevas posibilidades de actuación independiente, al tiempo que hubo de mediar entre los distintos intereses enfrentados. Este estado de cosas plantea la cuestión de cómo la organización y la ideología del gobierno se adaptaron a las condiciones sociales y culturales generales del país. Durante el Reino Antiguo los distritos provinciales solían estar gobernados (aunque no siempre) por una administración de dos niveles. Los «supervisores de sacerdotes» de los cultos locales eran importantes por el papel que desempeñaban en sus templos, entendidos como nodos de la administración económica; pero el cargo principal era el de «gran señor del nomo» (traducido a menudo como «nomarca»).

Con todo, es importante darse cuenta de que el final del Reino Antiguo no se produjo por el incremento de poder de las grandes familias de nomarcas. De hecho, durante el Primer Período Intermedio aparecieron nuevos linajes de magnates locales. Por lo tanto, es posible que la aristocracia del Reino Antiguo —a pesar de la influencia que tuviera, como grupo social, en el proceso de cambio de la estructura política del país— siguiera dependiendo pese a todo de sus relaciones con la Corona. Al estudiar estos cambios podemos comprender mejor las relaciones entre las condiciones sociales y los cambios políticos ocurridos durante el Primer Período Intermedio.

El caso de Ankhtifi: crisis, cuidados y poder

Ankhtifi, nomarca del tercer y segundo nomos del Alto Egipto durante la primera parte del Período Heracleopolitano, es la encarnación del nuevo tipo de gobernante local aparecido durante el Primer Período Intermedio. Su texto autobiográfico, inscrito en los pilares de su hipogeo en las cercanías de Moalla (a unos 30 kilómetros al sur de Tebas), es uno de los ejemplos más espectaculares de este género que se ha conservado del Antiguo Egipto. Proporciona una guía ideal sobre las grandes cuestiones de la época y evoca de forma convincente la atmósfera política del Alto Egipto meridional durante el Primer Período Intermedio.

Como «gran señor de los nomos de Edfu y Hieracómpolis» y «supervisor de los sacerdotes», Ankhtifi ocupaba al mismo tiempo posiciones clave en las ramas religiosa y secular de la administración provincial del Reino Antiguo. De hecho, esta combinación de cargos fue típica de los en gran parte independientes gobernadores locales del Primer Período Intermedio. Los dos acontecimientos clave de la carrera política de Ankhtifi fueron su intervención para pacificar y reorganizar el nomo de Edfu y su expedición militar contra el nomo tebano, durante la cual sus oponentes, una coalición formada por los nomos de Tebas y Koptos, se negaron a presentar batalla. En realidad se trata sobre todo de política a pequeña escala y, si leemos entre líneas, es probable que ni siquiera tuviera demasiado éxito en ella. Destaca, por ejemplo, que no se conozca ningún sucesor de Ankhtifi como gobernante semiindependiente de los nomos más meridionales. Con todo, su inscripción proclama sus glorias sin falsa modestia alguna:

> Su Excelencia, el supervisor de sacerdotes, supervisor de los países del desierto, supervisor de mercenarios, gran señor de los nomos de Edfu y Hieracómpolis, Ankhtifi el Bravo, dice: «Fui el comienzo y el final (es decir, el climax) de la humanidad, puesto que nadie como yo existió antes ni existirá; nadie como yo mismo ha nacido nunca ni nacerá. He sobrepasado los logros de mis antepasados y las generaciones venideras no podrán igualar ninguno de mis logros en un millón de años.
>
> »Di pan al hambriento y vestidos al desnudo; ungí a quienes no tenían aceites cosméticos; di sandalias al descalzo; le di una esposa al que no tenía esposa. Me hice cargo de las ciudades de Hefat [es decir, Moalla] y Hormer en cualquier [situación de crisis, cuando] el cielo estaba cubierto de nubes y la tierra [estaba agostada (?) y cuando todos se morían] de hambre en este banco de arena de Apofis. El sur vino con su gente y el norte con sus hijos; trajeron el más fino aceite a cambio de la cebada que les fue dada. Mi cebada subió corriente arriba hasta que llegó a la Baja Nubia y corriente abajo hasta que

> alcanzó el nomo de Abydos. Todo el Alto Egipto estaba muriendo de hambre y la gente se comía a sus hijos; pero yo no permití que nadie muriera de hambre en este nomo. […] Me ocupé de la casa de Elefantina y de la ciudad de Iatnegen en estos años después de que Hefat y Hormer hubieran sido satisfechas. […] Yo era como una montaña (protectora) para Hefay y como una sombra fresca para Hormer». Ankhtifi dice: «Todo el país se ha vuelto una langosta que va corriente arriba y corriente abajo (en busca de comida); pero yo nunca permití que nadie tuviera necesidad de ir de un nomo a otro. Soy el héroe sin igual».

La crisis económica es uno de los grandes temas de los textos de la época. Los magnates locales se acostumbraron a alardear de habérselas arreglado para aumentar a sus ciudades mientras el resto del país estaba hambriento. Estas narraciones suelen causar gran impresión en sus lectores modernos, con el resultado de que a menudo las hambrunas y la crisis económica se consideran la característica del período. Se ha sugerido que las nefastas consecuencias de una serie de repetidas crecidas insuficientes, originadas por el cambio climático, fueron la causa del final del Reino Antiguo. Es indudable que estos textos narran, de hecho, acontecimientos reales, como resulta evidente cuando nos encontramos referencias a hambrunas en contextos menos grandiosos. Por ejemplo, un empleado de un «supervisor de sacerdotes» de Koptos cuenta: «Estuve en la entrada de su excelencia el supervisor de sacerdotes Djefy entregando grano a (los habitantes de) toda esta ciudad para ayudarlos en los dolorosos años de hambruna».

No obstante, hay que considerar cuidadosamente hasta qué punto esta situación fue realmente específica del Primer Período Intermedio. De hecho, se carece de pruebas independientes que confirmen el cambio climático durante esta época. En realidad, los datos disponibles parecen sugerir que la «fase húmeda neolítica» terminó durante el Reino Antiguo, trayendo sobre todo unas condiciones climáticas más secas a las zonas desérticas adyacentes y fomentando un proceso general de adaptación a una crecida anual del Nilo de menor altura. Estos cambios medioambientales no muestran signos de haber afectado a la civilización egipcia de la época, lo cual pone en cuestión cualquier supuesta conexión con el Primer Período Intermedio. Recientes observaciones arqueológicas realizadas en Elefantina parecen indicar incluso que durante el Primer Período Intermedio Egipto experimentó crecidas ligeramente superiores a la media.

Si consideramos la variación y la regularidad a largo plazo de la crecida del río, parece evidente que el miedo a una hambruna originada por un Nilo insuficiente en años concretos debió de perseguir a los egipcios, en mayor o menor grado, durante todos los períodos de su historia. Por lo tanto, para comprender la importancia de esta

cuestión en los textos del Primer Período Intermedio es necesario situarla en un contexto literario más amplio.

La frase introductoria que forma la base de la narración de Ankhtifi es muy tradicional. En realidad es una de las frases estándar de las autobiografías de los funcionarios del Reino Antiguo, con la cual se afirma su integridad moral. Durante el Primer Período Intermedio se elaboró mucho el principio de ocuparse del débil. En esta época, los grandes hombres estaban preparados para hacer frente a cualquier necesidad que se presentara en la sociedad, ya fueran problemas económicos, crisis políticas o desgracias personales. Los gobernantes provinciales no sólo daban cobijo y mantenían a unas cuantas personas (como un padre haría con los miembros de su familia), sino que se hacían cargo de toda la sociedad, ya fuera de la población de su ciudad natal o de la del nomo o nomos que gobernaban. El mensaje está claro: sin sus gobernantes la gente estaría perdida. Abandonada a sus propios recursos, sencillamente no sería capaz de hacer frente a los peligros de la vida. Ni que decir tiene que este papel benéfico del gobernante era indisociable tanto de su derecho a la obediencia como de su autoridad. Así, Ankhtifi dice: «Sobre cualquiera que haya depositado mi mano, ningún mal sufrirá, porque mi razonamiento era muy experto y mis planes muy excelentes. Pero toda persona ignorante, todo desdichado que se me oponga, me vengaré de él por sus hechos».

Durante el Primer Período Intermedio, las crisis se convirtieron en algo socialmente significativo como contextos donde el poder personal y la dependencia social podían legitimarse; una observación que probablemente sea de mucha ayuda a la hora de explicar por qué la cuestión de las hambrunas y el sustento eran tan importantes para los potentados locales de esa época.

Competencia y conflictos armados

Durante el Reino Antiguo, los administradores locales se vieron obligados a organizar el servicio militar de las personas de su jurisdicción y a conducir a estos grupos en misiones agresivas y de paz contra las regiones vecinas al valle del Nilo. Ya en la VI Dinastía, mercenarios extranjeros —sobre todo nubios— fueron reclutados para el ejército egipcio. Durante el Primer Período Intermedio, el uso de las tropas locales y la experiencia militar de los gobernadores de la región se convirtieron en fuerzas decisivas en su lucha por la supremacía. Así, Ankhtifi afirma:

> Yo fui uno que encontró la solución cuando ésta faltaba, gracias a mis vigorosos planes; uno con palabras de autoridad y mente clara el día en que los nomos se aliaron (para hacer la guerra). Soy el héroe sin igual; uno que habló libremente mientras la gente estaba callada el día en que se difundió el miedo y el Alto Egipto no se atrevió a hablar. […] Mientras el ejército de Hefat está en calma, toda la tierra está en calma; pero si uno (le) pisa la cola como (la de) un cocodrilo, entonces el norte y el sur de toda esta tierra tiemblan (de miedo). […] Navegué corriente abajo con mi fuerte y fiable tropa y amarré en la orilla occidental del nomo tebano […] y mi fiable tropa buscó batalla en el oeste del nomo tebano, pero nadie se atrevió a salir por miedo a ellos. Entonces navegué corriente abajo de nuevo y amarré en la orilla este del nomo tebano […] y sus [probablemente del oponente de Ankhtifi] murallas fueron asediadas, puesto que había cerrado las puertas por miedo a esta fuerte y fiable tropa. Se convirtieron en una partida en busca de batalla por el oeste y el este del nomo tebano, pero nadie se atrevió a salir por miedo a ellos.

No resulta nada nuevo que un funcionario afirmara su autoridad sobre más de un nomo. A finales de la V Dinastía, por ejemplo, los reyes habían creado el cargo de «supervisor del Alto Egipto» para que controlara a los administradores de cada uno de los nomos meridionales. Durante el Primer Período Intermedio también se tiene constancia de funcionarios responsables de un territorio grande, como Abihu, que gobernó los nomos de Abydos, Dióspolis Parva y Dendera a comienzos del Período Heracleopolitano. Por lo tanto, la doble nomarquía de Ankhtifi e incluso su afirmación de supremacía militar hasta tan al sur como Elefantina no es algo nuevo.

No obstante, la descripción de las guerras de Ankhtifi deja bien claro que para entonces el rey no era mencionado, ni siquiera nominalmente, como autoridad que pudiera controlar la distribución de poder entre los gobernantes locales. Es importante darse cuenta de que esta situación implica un cambio radical de

mentalidad. En el cerrado sistema político del Reino Antiguo, el rey era la única fuente de autoridad legítima. Todas las acciones de los funcionarios se basaban en sus órdenes y era él quien juzgaba y recompensaba sus méritos. Sin embargo, cuando el poder de la realeza se desvaneció, se creó una situación más abierta. Ahora los gobernantes locales podían actuar según sus propios objetivos, apoyarse en sus propias bases de poder y defender su posición en competencia con otros, además de conseguir una nueva conciencia de sus propios logros, lo que es un rasgo destacado de las inscripciones de Ankhtifi.

Dioses, política y la retórica del poder

En los muros de la tumba de Ankhtifi, el rey (uno de los soberanos heracleopolitanos de la IX-X Dinastías) sólo aparece mencionado una vez, en una corta filacteria en una de las pinturas de la tumba: «Que Horus pueda garantizar una (buena) crecida del Nilo a su hijo Neferkara». Resulta muy significativo que se haga mención al rey en su sagrado papel como mediador entre la sociedad humana y las fuerzas de la naturaleza. Su papel político, sin embargo, había sido absorbido por otras autoridades:

> El dios Horus me concedió este nomo de Edfu por vida, prosperidad y salud para restablecerlo. […] De hecho, Horus deseaba restablecerlo y por lo tanto me lo concedió para que lo restableciera. Encontré la heredad del (administrador) Khuu como una heredad pantanosa desatendida por su cuidador, con conflictos civiles y dirigida por un desdichado. Ahora he hecho que un hombre abrace (incluso) a los que mataron a su padre o hermano para restablecer este nomo de Edfu.

En los textos de Ankhtifi no es el rey, sino Horus, el dios de Edfu, quien aparece como autoridad suprema que guía la acción política. Este concepto no es único de las inscripciones del Primer Período Intermedio. Incluso la reunificación de Egipto durante el reinado de Mentuhotep II (2055-2004 a.C.) aparece descrita en términos similares, como resultado de la intervención de Montu, el gran dios del nomo tebano: «Un buen comienzo tuvo lugar cuando Montu le entregó ambas tierras al rey Nebhepetra (Mentuhotep II)» (en la estela de Abydos de un supervisor del tesoro, Meru, de época de Mentuhotep II).

Esta ideología descansaba sobre cimientos sólidos, puesto que los gobernantes locales actuaban por lo general como «supervisores de sacerdotes», lo cual les aseguraba un papel de privilegio en el culto a los dioses. El propio Ankhtifi aparece representado en una escena de su tumba supervisando una de las grandes fiestas del dios local, Hemen, y la primera mención al templo de Amón en Karnak la encontramos en la estela de un «supervisor de sacerdotes» tebano, que afirma haberse ocupado de él durante los años de hambruna.

Desde las fechas más tempranas, los templos provinciales eran tanto centros administrativos como centros de la lealtad personal de la población local y parece probable que el sacerdocio adscrito a ellos formara el núcleo de una primitiva élite provincial. En cierto modo, los cultos provinciales pueden entenderse como representaciones simbólicas de la identidad colectiva. Por lo tanto, durante el Primer Período Intermedio, el dios y la ciudad a menudo aparecen juntos en frases referidas

al arraigo social. La gente dice: «Soy uno amado por su ciudad y alabado por su dios», mientras que las maldiciones dirigidas contra los transgresores los amenazan así: «Su dios local lo despreciará a él y sus conciudadanos (en ocasiones "grupo familiar") lo despreciarán». Al integrar su autoridad personal con la ejercida por los cultos locales, los potentados provinciales consiguieron relacionar su poder con uno de los cimientos morales de la sociedad local.

La fascinante cuestión de las inscripciones de Ankhtifi no debe eclipsar, pese a todo, sus méritos literarios. Se trata de una composición de inusual brillantez, plena de expresiones originales y sorprendentes. Cualidades semejantes podemos encontrar en la decoración pintada de la tumba y, de hecho, en general en el arte del Alto Egipto durante el Primer Período Intermedio. Los pintores del Alto Egipto en esta época habían dejado de ajustarse a las convenciones cortesanas del Reino Antiguo. Su estilo es angular, extraño en ocasiones, pero descaradamente expresivo. Al haberse liberado de unos modelos desfasados, crearon toda una serie de escenas nuevas: filas de soldados y cazadores, mercenarios en plena batalla y fiestas religiosas. También introdujeron nuevas imágenes de las ocupaciones diarias, como el hilado y el tejido; además de modernizar escenas antiguas con los últimos cambios culturales y tecnológicos. Lejos de ser un período de declive cultural, estos turbulentos años fueron testigo del aumento de una extraordinaria creatividad, que adaptó y desarrolló los medios existentes de expresión literaria y pictórica para adecuarlos a todo un nuevo grupo de experiencias sociales.

Este proceso de cambio también indica que la élite del Primer Período Intermedio sintió la necesidad de comunicar los cambios sociales producidos; cuando el gobierno dejó de poder confiar en la mera imposición del poder, la base del mismo tuvo que hacerse explícita. Por lo tanto, el texto de Ankhtifi puede leerse como un discurso relativo a la necesidad del gobierno y a los beneficios de una autoridad fuerte. También es sorprendente lo mucho que estos ideales —a los cuales Ankhtifi tan persuasivamente recurre— se relacionan con el sustrato de la organización social local y las tradiciones provinciales.

La «supremacía tebana» y la necrópolis de El Tarif

Durante el Reino Antiguo, Tebas, la capital del cuarto nomo del Alto Egipto, había sido una ciudad provincial de tercera categoría. Sin embargo, gracias a las estelas funerarias encontradas en el amplio cementerio de El Tarif (situado justo enfrente del templo de Karnak, pero en la orilla occidental) a principios del Período Heracleopolitano conocemos a una serie de supervisores de sacerdotes a cargo de los asuntos locales. Esta serie de funcionarios fue sucedida por un nomarca llamado Intef, que combinó (igual que había hecho Ankhtifi) el puesto de «gran señor del nomo tebano» con el de «supervisor de sacerdotes». No obstante, además de éstos reclamó los títulos de «confidente del rey en la estrecha puerta del sur [es decir, Elefantina]» y «gran señor del Alto Egipto». Dado que en el cementerio de Dendera (la capital del sexto nomo del Alto Egipto) se encontró una inscripción referida a este Intef, parece evidente que podemos asumir que su autoridad era reconocida mucho más allá de los límites de su provincia natal.

Con toda probabilidad, este nomarca Intef es el mismo «Intef el Grande, nacido de Iku» que aparece mencionado en inscripciones contemporáneas y al cual incluso uno de los primeros soberanos del Reino Medio, Senusret I (1956-1911 a.C.), dedicó una estatua en el templo de Karnak. Además, este hombre es descrito como el «conde Intef», antepasado de la XI Dinastía tebana, en la lista real inscrita en los muros de la «capilla de los antepasados» de Tutmosis III en Karnak. Sin embargo, sólo su sucesor inmediato, Mentuhotep I, fue designado como rey en la tradición posterior; si bien el nombre de Horus que se le asigna, Tepy-a (literalmente «el Antepasado»), revela claramente que se trata de una ficción postuma. Faltan fuentes epigráficas contemporáneas para Mentuhotep I y su hijo, Sehertawy Intef I (2125-2112 a.C.), pero la tumba de este último sigue siendo el punto más visible de la necrópolis de El Tarif, y es el único monumento superviviente del poder y la grandeza de los primeros reyes tebanos.

Durante el Primer Período Intermedio en la necrópolis de El Tarif se desarrolló un tipo especial de tumba, aparentemente como adaptación a la topografía local. Para las tumbas de los particulares, de menores dimensiones, se excavó un amplio patio en los estratos de grava y marga de la terraza inferior del desierto. En el extremo posterior del patio, un pórtico de macizos pilares cuadrados formaba la fachada de la tumba, al tiempo que fue el origen del nombre moderno de este tipo arquitectónico, tumba *saff* (*saff* es la palabra árabe para «fila»). Un corto y estrecho corredor en el centro de la fachada conduce a la capilla de la tumba, que también contiene el pozo funerario que conduce hasta la misma.

El rey Intef I eligió construirse una tumba *saff* de dimensiones colosales. El patio de Saff Dawaba, como se conoce hoy día, fue excavado en el terreno como un

inmenso rectángulo de 300 metros de largo y 54 de anchura; del mismo se extrajeron cuatrocientos mil metros cúbicos de grava y roca blanda, que fueron apilados formando dos montones largos y bajos junto a los laterales del patio. Desgraciadamente, la parte frontal del patio (donde se habría construido algún tipo de capilla de entrada) se ha perdido, pero la parte posterior del mismo, con la amplia fachada con una fila doble de pilares tallados en la roca y tres capillas (una para el propio rey y las otras dos probablemente para sus esposas), todavía está relativamente bien conservada. Como toda la superficie de los muros ha saltado, no se sabe si en algún momento estuvieron pintados. No obstante, Saff Dawaba es una impresionante obra de arquitectura que revela algunos de los principios básicos de la recién instituida realeza. Por encima de todo no se aprecia el menor intento de emular la arquitectura funeraria del Reino Antiguo. Más bien, los reyes tebanos crearon un tipo de tumba regia explícitamente tebana a partir de la tradición local. Además, al contrario que muchos soberanos del Reino Antiguo, no buscaron un lugar exclusivo. Las tumbas reales continuaron estando situadas en el cementerio principal de Tebas, justo frente a la ciudad y sus templos, al otro lado del río. El lugar de enterramiento del rey no estaba rodeado sólo por las tumbas de un estrecho círculo de cortesanos, sino por el cementerio de la población local, a lo cual hay que añadirle las pequeñas tumbas-capilla situadas en los laterales del patio, destinadas al enterramiento de algunos de sus seguidores. El mensaje transmitido por esta arquitectura, por lo tanto, se centraba no sólo en la elevada posición del rey, sino también en el hecho de que estos soberanos estaban enraizados en Tebas y la sociedad local.

Los sucesores inmediatos de Intef I (Wahankh Intef II y Nakht-Nebtepnefer Intef III) se construyeron tumbas *saff* muy similares en la necrópolis de El Tarif, paralelas a Saff Dawaba. Cuando Mentuhotep II se trasladó a Deir el Bahari, quizá lo hizo sólo obligado porque en El Tarif se había ocupado todo el terreno adecuado para la arquitectura monumental.

El rey Wahankh Intef II (2112-2063 a.C.)

Como Mentuhotep I e Intef I, los dos primeros reyes de la XI Dinastía, reinaron sólo quince años, los cincuenta años del hermano y sucesor de Intef I, Wahankh Intef II, destacan como la fase más decisiva en el desarrollo de la nueva monarquía. De este reinado se conserva una gran cantidad de restos arqueológicos, epigráficos y artísticos, lo que nos proporciona datos cruciales sobre la naturaleza de la realeza tebana.

Intef II reivindicó el título tradicional de la monarquía dual (*nesu-bit*), así como el de «hijo de Ra», que se refiere al dogma de la ascendencia divina. No obstante, no asumió el protocolo regio al completo con sus cinco «grandes nombres», la llamada titulatura quíntuple (véase el capítulo 1 para una discusión sobre estos apelativos). De hecho, sólo añadió el «nombre de Horus» Wahankh («duradero de vida») a su «nombre de nacimiento», Intef, y no tiene «nombre de coronación» (el cual tradicionalmente incluiría el nombre del dios sol Ra). Por desgracia, sólo se han conservado unas pocas representaciones del rey, de modo que resulta imposible saber si utilizó el conjunto completo de coronas y otros símbolos reales, si bien la documentación actual sugiere que es improbable. Los primitivos reyes tebanos eran muy conscientes del carácter hmitado de su gobierno.

Fiel a sus orígenes sociales entre los magnates provinciales, Intef II creó una estela biográfica que se erguía delante de la capilla de entrada a su tumba *saff* en El Tarif. Este monumento, que contiene una representación del rey acompañado por sus perros favoritos, resume de forma retrospectiva los logros de su reinado y las afirmaciones realizadas en el texto quedan confirmadas ampliamente por las inscripciones de sus seguidores.

Como ya hemos mencionado, existen buenos motivos para creer que el último nomarca tebano sin carácter de rey controlaba una gran parte del sur del Alto Egipto. No obstante, Intef II lanzó una ofensiva decisiva hacia el norte. Capturó el nomo de Abydos, que desde el Reino Antiguo había sido el principal centro administrativo del Alto Egipto, y luego continuó su ataque todavía más al norte, al territorio del décimo nomo meridional. Se trataba de una política de abierta hostilidad contra los reyes heracleopolitanos y durante varias décadas hubo guerra de forma intermitente en la franja de tierra que separa Abydos de Asyut.

Los hombres del rey

Conocemos a algunos de los hombres que sirvieron durante el reinado de Intef II. El militar tebano Djary, por ejemplo, luchó contra el ejército heracleopolitano en el nomo de Abydos y luego penetró en el nomo décimo; Hetepy, de Elkab, se encargó de la administración de los tres nomos más meridionales del rey;yTjetjy, tesorero de Intef, cuya magnífica estela se encuentra actualmente en la colección del Museo Británico. Si bien las inscripciones biográficas de estos hombres estaban destinadas sobre todo a alabar los logros de sus dueños, no cabe la más mínima duda respecto al hombre que ostentaba toda la autoridad:

> Así dice Hetepy: «Era uno amado por mi señor y alabado por el señor de esta tierra y su majestad realmente hizo feliz a este sirviente [es decir, Hetepy]». De hecho, su majestad dijo: «¡No hay nadie quien […] dé (mis) buenas órdenes, sino Hetepy!» y este sirviente lo hizo extremadamente bien y su majestad alabó a este sirviente por ello.Y sus nobles dijeron: «¡Que este rostro los alabe!».

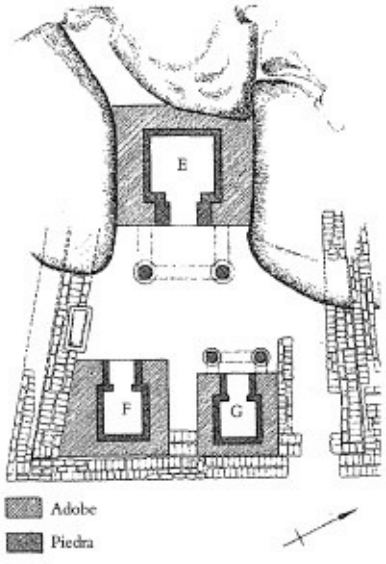
Resulta extremadamente significativo que ya no hubiera nomarcas en el territorio controlado por los soberanos tebanos y que a ninguno de los funcionarios que realizó misiones importantes para estos reyes se les concediera la posibilidad de establecerse como gobernante local mediando entre los intereses de su territorio y las exigencias del rey. El Estado recién fundado no se organizó como una red de magnates semiindependientes apenas en contacto, como sucedió hacia el final del Reino Antiguo, sino como un sistema poderoso basado en unos estrechos lazos de lealtad personal y control estricto.

Monumentos y arte

Aparte de sus éxitos militares, Intef II enfatiza en su inscripción biográfica que ha construido muchos templos a los dioses y, de hecho, el fragmento de construcción regia más antiguo que se conserva en Karnak es una columna de Wahankh Intef II. En Elefantina, las excavaciones en el templo de la diosa Satet han sacado a la luz una serie de estadios constructivos ininterrumpidos que se remontan al Dinástico Temprano. Mientras que en Elefantina los soberanos del Reino Antiguo sólo le dedicaron unas cuantas ofrendas votivas a Satet, Intef II fue el primer rey en erigir capillas tanto para la diosa como para Khnum y conmemorar este acontecimiento en inscripciones en los quicios de las puertas. Durante la XI Dinastía, todos sus sucesores siguieron su ejemplo.

La secuencia de acontecimientos que la excavación de Elefantina ha revelado de forma tan clara es aplicable a los templos de otros muchos lugares. De hecho, dejando aparte algunas excepciones concretas, la actividad constructiva regia en los templos provinciales de Egipto sólo se aprecia a partir de la XI Dinastía. Por lo tanto, se puede decir que Intef II inauguró una nueva política de presencia y actividad regia en los santuarios de todo el país; una política que continuará a una escala todavía mayor por Senusret I y muchos otros reyes posteriores.

Los monumentos, tanto de la realeza como de particulares, de la época de Intef II también incluyen espléndidos ejemplos del arte de la XI Dinastía. Algunos de los monumentos menores, como la estela de Djary, todavía muestran el enérgico estilo artístico del Primer Período Intermedio en el Alto Egipto; pero al mismo tiempo los talleres reales estaban comenzando a producir trabajos bellamente equilibrados, caracterizados por un modelado grueso y redondo, que a menudo conseguía un efecto estético especial mediante el contraste entre amplias superficies lisas y zonas rellenas con detalles delicadamente tallados, como pueden ser elaborados faldellines plisados o peinados de diseño complejo. En estas obras se aprecia un claro deseo de crear un medio que transmitiera las aspiraciones de la nueva dinastía.



La planta del santuario en época de Nakhtnebtepnefer Intef III muestra una disposición con tres capillas. La más importante, dedicada a la diosa Satet, fue insertada en el nicho natural creado por tres inmensos bloques de granito, allí donde había habido un santuario dedicado a la diosa desde el principio del Período Faraónico. Una segunda capilla, situada en el patio (señalada con una F), servía al culto de Khnum, mientras que la tercera (G) probablemente estuviera destinada a guardar una estatua del rey.

Si nos concentramos en los acontecimientos del Alto Egipto, es posible observar cómo surgió una nueva estructura política que conduciría, sin interrupciones, a la formación del Estado del Reino Medio. Es probable que este proceso, que tendría un efecto importantísimo en el futuro de Egipto, haya de ser considerado como el fenómeno más importante de la historia del Primer Período Intermedio. Con todo, no podemos olvidar que el reino tebano sólo ocupaba una parte pequeña, remota y relativamente carente de importancia de todo Egipto. Los períodos de guerra y conflicto que tanto llaman la atención en las narraciones biográficas fueron, sin duda, episodios localizados y cortos. En la mayor parte de las poblaciones, durante la mayor parte del tiempo y para la mayor parte de las personas, el Primer Período Intermedio probablemente fuera una experiencia bastante menos emocionante.

Durante el Primer Período Intermedio casi todo país estuvo en manos de los sucesores heracleopolitanos de la antigua monarquía menfita. Así, para tener una idea equilibrada del período es crucial concentrarse en la situación del reino heracleopolitano tanto como en la del reino meridional.

El reino heracleopolitano

Sabemos muy poco de los dieciocho o diecinueve reyes que componen la Dinastía Heracleopolitana de Manetón y que quizá ocuparan el trono de Egipto durante un período de ciento ochenta y cinco años. Incluso sus nombres nos son en gran parte desconocidos y, excepto en uno o dos casos, es imposible situar a los pocos reyes cuyos nombres conocemos en un lugar concreto de la secuencia dinástica. Además, no se conoce la duración del reinado de ninguno de ellos. Según Manetón, la Dinastía Heracleopolitana fue fundada por un rey llamado Khety y esta información se ve confirmada por las pruebas epigráficas contemporáneas, que se refieren al reino septentrional como la «casa de Khety». No obstante, desconocemos por completo sus orígenes sociales y las circunstancias de su ascenso al trono.

Las fuentes contemporáneas corroboran de forma inequívoca la afirmación de Manetón de la existencia de una relación entre esta dinastía y la ciudad de Heracleópolis Magna. Lo más probable es que los reyes residieran en ella, si bien el hecho de que Merykara (c. 2025 a.C.), el último o penúltimo rey heracleopolitano, fuera enterrado en una tumba en la antigua necrópolis real de Sakkara es un claro indicio de que los reyes heracleopolitanos se consideraron a sí mismos como parte de la tradición de la realeza menfita. El hecho de que el nombre de coronación de Neferkara Pepi II —el último gran soberano del Reino Antiguo— fuera adoptado por al menos uno de los reyes heracleopolitanos (al igual que por varios monarcas de la VIII Dinastía) apunta en la misma dirección.

Ninguno de los reyes heracleopolitanos ha dejado monumentos, o al menos no se han encontrado todavía; si bien esto se debe en parte a que la exploración arqueológica del yacimiento de Heracleópolis Magna (la moderna Ihnasya el Medina) sólo comenzó en 1966[11]. El hecho de que hasta el momento ninguna de las pirámides heracleopolitanas haya sido identificada con seguridad en la necrópolis de Sakkara puede considerarse como una prueba de que éstas fueron edificios nada llamativos, parecidos quizá a la pequeña pirámide del rey de la VIII Dinastía Qakara Iby (véase el último epígrafe del capítulo 5). Es evidente que los heracleopolitanos no consiguieron establecer un sistema centralizado fuerte, en la línea del Estado del Reino Antiguo, ni siquiera en el centro de sus propios dominios.

La mayor parte de las referencias contemporáneas a la Dinastía Heracleopolitana derivan de los monumentos de particulares, consistentes sobre todo en inscripciones biográficas procedentes del Alto y del Medio Egipto, y tienden a concentrarse en la guerra heracleopolitano-tebana, una cuestión de la que trataremos más adelante. Heracleopolitano es también el trasfondo histórico de dos de los más importantes textos literarios y filosóficos que se han conservado del Antiguo Egipto: las *Enseñanzas para el rey Merykara* y el *Cuento del campesino elocuente*. En la

actualidad existe un generalizado consenso respecto a que estos «textos sapienciales» fueron en realidad compuestos durante el Reino Medio, si bien las circunstancias concretas de sus orígenes y las vicisitudes de su transmisión textual siguen siendo objeto de debate. Por lo tanto, es aconsejable la mayor de las cautelas cuando se haga cualquier intento de utilizarlos como fuentes históricas. *Las Enseñanzas para el rey Merykara*, por ejemplo, incorporan un telón de fondo narrativo en el cual el padre monarca del destinatario del texto está enfrascado en rechazar la infiltración asiática en el delta oriental. Considerando la situación en general, semejante escenario no parece improbable; pero todavía no se conoce ninguna prueba que demuestre que la inmigración asiática fuera un problema durante el Primer Período Intermedio (si bien sí está comprobada para el final del Reino Medio).

La era heracleopolitana en la historia social y cultural

Considerando la ausencia de datos relativos a la historia dinástica de los soberanos heracleopolitanos, resulta de la mayor importancia investigar si su reino puede ser considerado como una unidad social y cultural en sí misma. Al estudiar las pruebas arqueológicas debemos concentrar nuestra atención en las zonas centrales del reino heracleopolitano: las regiones de Menfis y la del Fayum. Desde el punto de vista arqueológico, el Egipto Medio meridional formaba parte de la región del Alto Egipto.

En el norte nos enfrentamos a un doble problema. Las fuentes disponibles no forman un marco rico y coherente, como sucede en el Alto Egipto, por lo que es extremadamente difícil establecer una secuencia arqueológica firme. Además, no existen fósiles arqueológicos que puedan ser datados con seguridad en términos dinásticos. Por lo tanto, a menudo resulta dudoso qué monumentos han de ser atribuidos al Período Heracleopolitano propiamente dicho y cuáles son del período que siguió a la reunificación del país y el comienzo del Reino Medio.

En muchas aspectos, el desarrollo del material arqueológico en el norte sigue el mismo camino que en el Alto Egipto. Por ejemplo, en ambas regiones encontramos modelos en madera de sirvientes y talleres, máscaras de cartonaje y amplias tumbas familiares, siendo las costumbres funerarias en gran parte las mismas. Por lo que respecta a algunos tipos de artefacto, como los recipientes de piedra y los amuletos de concha de molusco, es evidente que el norte y el sur bebieron de los mismos modelos. A juzgar por el material arqueológico, las comunidades que formaban la sociedad heracleopolitana parecen haber sufrido un patrón de desarrollo social y cultural similar al del resto del país.

No obstante, no hay que pasar por alto importantes diferencias. En el norte la evolución de las formas cerámicas, por ejemplo, sigue un camino completamente diferente. Aquí la antigua forma ovoide no fue abandonada, como en el sur. De hecho, incluso aparecieron una serie de jarras ovoides delgadas de un tipo muy especial, a menudo con bases apuntadas y unos cuellos cilíndricos o en embudo bastante peculiares. Los patrones morfológicos desarrollados en el norte durante el Primer Período Intermedio siguieron de forma mucho más cercana la tradición del Reino Antiguo.

No obstante, ni siquiera en el reino heracleopolitano sobrevivió la cultura de élite al estilo de la aristocracia del Reino Antiguo. Por lo tanto, el perfil social de los ocupantes de los antiguos cementerios cortesanos de la región menfita cambió de forma radical. Para los primeros egiptólogos, que solían basar por completo sus patrones de juicio en las comparaciones con la cultura cortesana del Reino Antiguo, esto parecía ser la prueba de unos acontecimientos dramáticos. Sin embargo, desde

una perspectiva más amplia, es evidente que no estamos sino viendo la transformación desde unas condiciones extraordinarias hasta otras de comparativa normalidad, cuando las necrópolis menfitas se volvieron similares a los cementerios de las ciudades de provincia. Ciertamente, la pérdida por parte de Menfis de su categoría al final del Reino Antiguo debió de provocar una serie de importantes cambios en las condiciones de vida de sus habitantes. No obstante, el registro arqueológico de los cementerios menfitas no puede ser utilizado como prueba de una revolución social o de una guerra civil tras la desaparición del Reino Antiguo.

En varios yacimientos importantes —Sakkara, Heliópolis y Heracleópolis Magna — se encuentran pequeñas mastabas que incorporan falsas puertas y capillas decoradas para ofrendas, lo que permite evaluar el estilo del arte heracleopolitano. Predomina la tradición del Reino Antiguo. Las escenas rituales y de la vida cotidiana, la disposición de la decoración y el estilo del relieve siguen de cerca los patrones del Reino Antiguo, pero todo en miniatura. En la región menfita y sus alrededores, donde los monumentos del glorioso pasado egipcio estaban a mano para ser investigados y donde las tradiciones de los talleres llevaban asentadas siglos, el legado del Reino Antiguo no sería olvidado.

Es probable que, debido al estado de la investigación arqueológica a finales del siglo XX, no seamos capaces de ver todas las situaciones en las que estas tradiciones se utilizaron durante el Primer Período Intermedio. Inmediatamente después de la reunificación del país, el rey de la XI Dinastía Nebhepetra Mentuhotep II pudo recurrir a los conocimientos de los artistas y canteros menfitas para construir y embellecer su templo funerario en Deir el Bahari. Fue durante su reinado cuando reapareció un nivel de pericia que no se había visto desde las pirámides del Reino Antiguo.

La organización interna del reino heracleopolitano

El Egipto meridional escapó al control regio a comienzos del Período Heracleopolitano, pero ¿qué sucedió con esas partes del país que continuaron bajo gobierno de la IX-X Dinastía hasta el final del mismo? Las fuentes relevantes incluyen registros prosopográficos e inscripciones biográficas del Egipto Medio meridional. Entre ellas ocupan un lugar especial las tumbas de los «supervisores de sacerdotes» de Asyut. Durante la parte final del Período Heracleopolitano, Asyut se convirtió en la principal fortaleza militar del Alto Egipto, que permaneció fiel a los reyes septentrionales en su lucha contra los rebeldes tebanos. Las inscripciones biográficas de tres personas que ocuparon el cargo de forma consecutiva nos proporcionan una información crucial, tanto sobre el transcurso de los acontecimientos políticos como sobre la ideología del gobierno vigente entonces.

Información complementaria puede obtenerse de un grupo de grafitos inscritos en los muros de la cantera de travertino de Hatnub, dejados por los emisarios de un nomarca del nomo de El Ashmunein llamado Neheri, cuyo hipogeo se encuentra en El Bersha. La fecha más probable para estos textos es inmediatamente después del final del Período Heracleopolitano (si bien no todos estarán de acuerdo). Es indudable, no obstante, que su punto de vista intelectual se encuentra firmemente enraizado en la tradición heracleopolitana.

Los temas mencionados en los textos de Asyut y Hatnub son similares, en muchos aspectos, a los que encontramos en textos más meridionales. La afirmación de los gobernantes locales de que se han ocupado de sus ciudades en situaciones críticas ocupa un lugar destacado. La inscripción biográfica del más antiguo de los «supervisores de sacerdotes» de Asyut nos proporciona incluso una descripción detallada de las medidas que adoptó para mejorar el sistema de irrigación y asegurar cosechas suficientes en los años malos. También se enfatizan los éxitos militares del nomarca, destacándose su éxito en la lucha contra los enemigos extranjeros (el soberano tebano) y el restablecimiento de la seguridad pública dentro de sus propios nomos. Por último, tampoco se olvida la atención prestada por los magnates locales a los templos de su ciudad: se mencionan tanto trabajos constructivos en los templos como el suministro de bienes para el sostén de las necesidades de los cultos asociados a ellos.

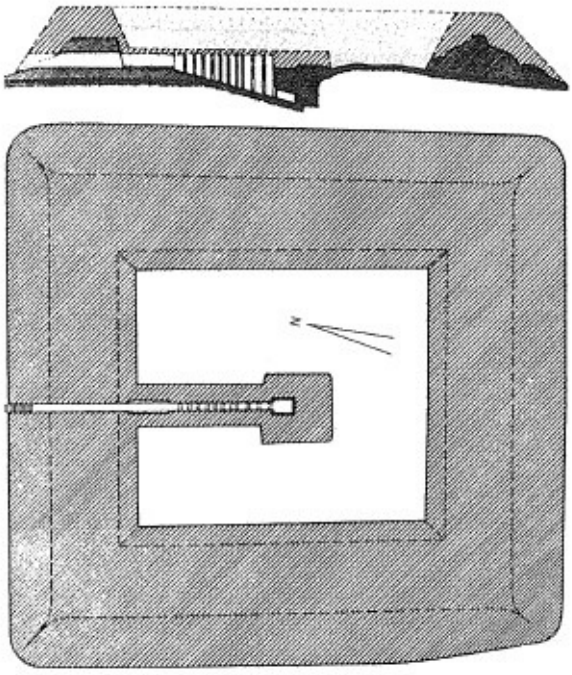
Sin embargo, justo al contrario de lo que sucede con el texto de Arikhtifi, en los textos de los magnates de Asyut los estrechos lazos con el rey ocupan un lugar destacado. Afirman descender de una venerable estirpe aristocrática y una serie de estrechos lazos personales parece haberlos relacionado con la casa de soberanos heracleopolitanos. Uno de ellos, por ejemplo, menciona que durante su infancia recibió lecciones de natación junto a los hijos del rey. Se menciona, además, la

intervención del ejército heracleopolitano en el Alto Egipto. Por lo tanto, para los gobernantes locales del Egipto Medio meridional, el gobierno heracleopolitano era algo muy real.

Nuestras fuentes sobre la estructura interna del reino heracleopolitano siguen siendo muy superficiales. A pesar de ello, el material disponible parece sugerir que los monarcas septentrionales se apoyaban en una clase de aristócratas provinciales que permanecieron fieles a la Corona, sobre todo en aquellos casos en los que existían fuertes lazos personales (quizá por amistad, matrimonio o relaciones familiares). No obstante, al mismo tiempo los aristócratas consideraban sus ciudades como algo muy importante para ellos, convirtiéndolas quizá en el principal centro de su lealtad. En este sentido, el reino heracleopolitano parece haber heredado de nuevo una de las características del Reino Antiguo, lo que quizá conllevara compartir una de sus debilidades estructurales.

Kom Dara

En este contexto puede ser significativo un monumento importante, aunque bastante enigmático. En el cementerio de Dara, situado a unos veintisiete kilómetros corriente abajo de Asyut, en el Egipto Medio, se alza una gigantesca mastaba de adobe conocida como Kom Dara que ocupa una posición prominente en el mismo. El edificio todavía no ha sido estudiado adecuadamente. En su estado actual se trata de una superficie de 138 X 144 metros (es decir, 19.872 metros cuadrados) delimitada por unos macizos muros exteriores que originalmente se alzaban hasta los 20 metros de altura. Todavía no se han encontrado los restos de la capilla mortuoria que, en tiempos, seguramente formó parte del complejo. El interior se alcanza mediante un corredor descendente que penetra en el edificio desde el punto medio de su cara norte y conduce hasta una única cámara subterránea, construida con grandes losas de caliza.



Planta y sección de la mastaba conocida como Kom Dara, la tumba de un dinasta local que gobernó en el Egipto Medio durante la primera mitad del Primer Período Intermedio. La estructura del edificio deriva de un tipo de mastaba cuadrada atestiguado en la zona a finales del Reino Antiguo, pero sus dimensiones superan ampliamente las de las tumbas de los administradores provinciales.

El enorme tamaño de la tumba, junto a su planta cuadrada y el emplazamiento de su cámara funeraria recuerdan de inmediato a una pirámide. Sin embargo, un análisis más detallado de la construcción revela que sin duda el edificio nunca fue pensado como tal. En realidad, el acceso a la cámara funeraria desde el norte es un rasgo muy habitual de la arquitectura funeraria privada de finales del Reino Antiguo, mientras que la planta cuadrada mantiene paralelismos con tumbas del propio cementerio de

Dará. Por lo tanto, Kom Dara puede considerarse como una tumba monumental derivada de un prototipo local; del mismo modo que las tumbas *saff* de Tebas derivan de tipos de tumbas *saff* más sencillos construidos para el culto funerario de la gente común.

Atendiendo a la cerámica, Kom Dara puede datarse en la primera mitad del Primer Período Intermedio. Su dueño es desconocido y todavía no se tienen pruebas concluyentes que permitan identificarlo, como se repite con frecuencia, con un supuesto rey Khuy, cuyo nombre aparece en un fragmento de relieve hallado reutilizado en otro edificio del yacimiento y que no aparece mencionado en ningún otro lugar. Con todo, la propia tumba atestigua sin lugar a dudas las aspiraciones de su dueño a representar un papel político que sobrepasa con creces el de mero nomarca, sin importar si se atrevió o no a asumir los títulos de la realeza.

No existen registros históricos que nos puedan decir qué ocurrió realmente en este lugar; pero el contexto deja claro que el dueño de la tumba de Kom Dara no consiguió establecerse como un centro de poder independiente, algo que sí lograron los tebanos no mucho después. Resulta tentador, no obstante, especular un poco más. En las anchas y fértiles llanuras del Egipto Medio, los dinastas locales con ambiciones se veían de inmediato rodeados por un grupo de poderosos competidores. Sin embargo, la propia realidad geográfica puede haber ayudado a mantener el equilibrio de poder entre varios gobernantes locales del Egipto Medio, que a su vez pueden haber sido importantes para mantener el dominio regio. Tampoco parece demasiado especulativo asumir que aquí, una de las zonas agrícolamente más productivas del país, la Corona viera amenazados importantes intereses y, por consiguiente, se sintiera menos inclinada a tolerar las veleidades políticas de los gobernantes locales que en las remotas franjas de tierra de la «cabeza del sur» (es decir, de la región tebana).

La guerra final

Los problemas seguramente se precipitaron cuando Wahankh Intef II atacó el nomo tinita y continuó hacia el norte, hasta que su avance se vio detenido por los nomarcas de Asyut. Hemos conservado la descripción de al menos un contraataque heracleopolitano en una inscripción muy fragmentaria de la tumba de Ity-yeb (el segundo en la serie de «supervisores de sacerdotes» de Asyut), que menciona unas exitosas operaciones militares contra los «nomos del sur». Además, el texto de las *Enseñanzas para Merykara* afirma que el padre del rey Merykara había reconquistado Abydos. Sigue siendo motivo de especulación si estos hechos están relacionados con la «rebelión de Thinis», mencionada en una estela del decimocuarto año de reinado de Mentuhotep II.

No obstante, sí está claro que el éxito militar heracleopolitano no tuvo un efecto duradero en el resultado final; puesto que la tumba del hijo de Ity-yeb, Khety II, de época del rey Merykara, contiene una descripción de nuevos conflictos con los agresores tebanos. No se conserva ningún dato sobre la secuencia de acontecimientos de la fase final de la guerra, pero resulta indudable que Asyut fue tomada por la fuerza. En cualquier caso, la familia gobernante de Asyut no sobrevivió a la victoria tebana.

Carecemos de información sobre los avances hacia el norte de Mentuhotep II, pero no parece probable que tuviera que luchar a cada paso. Más bien es posible que la red de control político heracleopolitano sobre el Egipto Medio se viniera abajo tras la derrota de Asyut, estando los gobernantes locales deseosos de pasarse del lado del vencedor antes de que fuera demasiado tarde, con la esperanza de salvarse a sí mismos y a su ciudad «del terror que era difundido por la casa del rey [de Tebas]».

No conocemos la suerte sufrida por el último rey heracleopolitano, ni los detalles de la conquista de su capital; pero las recientes excavaciones en el cementerio de Ihnasya el Medina muestran que sus monumentos funerarios fueron, literalmente, reducidos a pedazos en algún momento de comienzos del Reino Medio. Es tentador considerar esta información arqueológica como una prueba del saqueo final de la capital septentrional de Egipto.

El Primer Período Intermedio en retrospectiva

Gran parte de los egiptólogos actuales sigue presentando una imagen negativa del Primer Período Intermedio. Este aparece caracterizado como una época de caos, declive, miseria y desintegración social y política: una «época oscura» que separa dos de gloria y poder. No obstante, esta imagen se basa sólo parcialmente en el estudio de las fuentes contemporáneas del período. En gran parte reproduce —en ocasiones con una sorprendente ingenuidad— el tema literario desarrollado por un grupo de textos del Reino Medio. Las llamadas *Admoniciones de un sabio egipcio* y la *Profecía de Neferti* son el núcleo de este género; pero otro textos «pesimistas» como las *Quejas de Khakheperraseneb* y el *Diálogo entre un hombre cansado de la vida y su «ba»* también pueden ser incluidos en la lista. En este tipo de textos se lamenta el estado de desorden existente y se compara con el modo en que las cosas tienen que ser. El orden social se invierte; los ricos son pobres y los pobres ricos; el malestar y la inseguridad social prevalecen en todo el país; los documentos administrativos se rompen en pedazos; hay muchos gobernantes distintos al mismo tiempo; el país es invadido por extranjeros; la base moral de la vida social está destruida; la gente se despreocupa y odia al resto de la gente; y las escrituras sagradas son profanadas. Este estado de perturbación general no se limita al mundo social, alcanza dimensiones cósmicas, pues en ocasiones se dice que el río ya no fluía como solía e incluso el sol ya no brillaba con la misma intensidad que antes.

Conviene mencionar que en los textos no se dice que se estén refiriendo al Primer Período Intermedio, como tampoco se menciona ningún acontecimiento histórico concreto. En la *Profecía de Neferti* se predice que el advenimiento de Amenemhat I (1985-1956 a.C.) supondrá el final de un estado de caos que debe situarse, cronológicamente, a finales de la XI Dinastía y no durante el Primer Período Intermedio. Se necesita un cuidadoso estudio si se quiere determinar si estos textos poseen alguna relación con la historia del Primer Período Intermedio y, en caso de que la tengan, hay que analizar en concreto *cómo* se relacionan con los acontecimientos históricos concretos.

Los textos originarios del propio Primer Período Intermedio carecen por completo de esa nota de desesperación que es la característica de la literatura «pesimista» del Reino Medio. Hablan de crisis, pero se trata de una crisis que es derrotada con brillantez: el vigor, la confianza en uno mismo y el orgullo por los propios logros caracterizan el ambiente de la época. Es cierto que existe una sorprendente serie de similitudes temáticas entre las biografías del Primer Período Intermedio y los textos pesimistas del Reino Medio (como las crecidas insuficientes, el hambre, el malestar social, la guerra y la crisis que afecta a los cimientos del Estado), pero estas similitudes demuestran, sobre todo, las conexiones *literarias* entre ambos.

Otro aspecto de la documentación textual parece ser más importante todavía. En las inscripciones del Primer Período Intermedio, las descripciones de la crisis sirven para legitimar el poder de los gobernantes locales. Del mismo modo, la muy elaborada imagen de período de completo caos de la posterior literatura pesimista proporciona el negro telón de fondo ante el cual se puede justificar la estricta política de ley y orden llevada a cabo por los reyes del Reino Medio e, incluso, conseguir que éste parezca caritativa. Por lo tanto, las bases de la ideología de gobierno de la monarquía del Reino Medio descansan firmemente en lo que conocemos del pensamiento político del Primer Período Intermedio.

Las comparaciones entre la literatura «pesimista» del Reino Medio y los textos del Primer Período Intermedio revelan lo mucho que el impacto del Primer Período Intermedio afectó a la conciencia colectiva de los egipcios del Reino Medio y sus puntos de vista sobre las relaciones sociales y políticas. Por otra parte, sería un error intentar utilizar los textos literarios del Reino Medio como fuentes auténticas para la historia del Primer Período Intermedio. El punto de vista sobre el Primer Período Intermedio ofrecido en este capítulo se ha basado por completo en las fuentes contemporáneas; este intento de evaluar la documentación conservada en todos sus aspectos hace mucho más difícil suscribir la tradicional imagen negativa de la época. En cambio, uno no puede dejar de sorprenderse ante el dinamismo y la creatividad del período.

Cuando Senusret I donó una estatua del «conde» Intef, el antepasado de la XI Dinastía, al templo de Karnak, estaba reconociendo que los orígenes de la realeza del Reino Medio se encontraban en la lucha por el poder y la influencia en la que participaron los gobernantes locales del Primer Período Intermedio. Dejando a un lado su importancia política, es imposible negar el impacto del Primer Período Intermedio en la historia cultural de Egipto. En casi cada esfera de la cultura material se desarrolló un juego completo de nuevos tipos morfológicos, incluidas invenciones tan notablemente exitosas como el sello con forma de escarabajo.

Pero, por encima de todo, destaca que la cultura popular tuvo oportunidad de florecer en un momento en que la abrumadora influencia de la cultura cortesana se había desvanecido y el gobierno central era muy débil, cuando anteriormente (durante el Reino Antiguo) había impuesto pesadas exigencias a las comunidades provinciales. Durante el Primer Período Intermedio, las poblaciones locales de todo el país disfrutaron de una riqueza manifiesta, si bien modesta. También consiguieron varios medios nuevos de expresión y comunicación y fueron capaces de organizar sus vidas dentro del limitado horizonte de sus preocupaciones inmediatas.

Algunas de las tumbas de yacimientos del Período Nagada II contienen inhumaciones múltiples, como en este caso. Se trata de un enterramiento doble del cementerio de Adaima, cercano a Hieracómpolis.

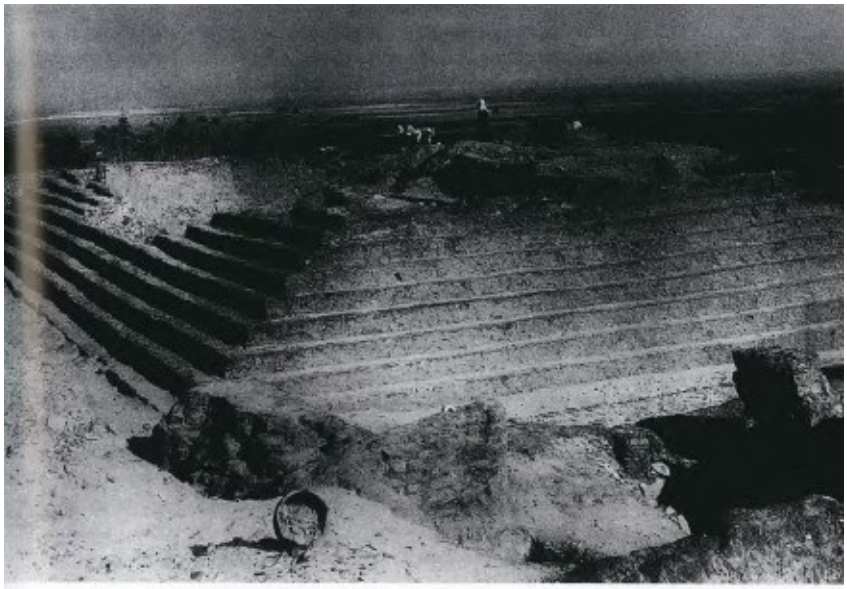
Una cabeza cerámica poco habitual, fechada en el quinto milenio a.C., descubierta en el gran asentamiento neolítico de Merimda Beni Salama, en el delta occidental. En la cara todavía son visibles restos de ocre, lo que sugiere que estuvo pintada, mientras que el profundo agujero bajo la barbilla hace pensar que originalmente estuvo colocada sobre un poste.

En ocasiones, las figuritas femeninas de cerámica pintada del Período Nagada II tienen una pequeña cara de pájaro y unos brazos curvos alzados por encima de la cabeza, similares a las imágenes presentes en recipientes cerámicos pintados correspondientes, aproximadamente, a la misma época.

A diferencia de las paletas para cosméticos de Nagada II —que tienden a estar talladas con formas geométricas sencillas—, los ejemplos de Nagada I, más antiguos, a menudo están decorados con figuras incisas de animales o tallados con formas zoomorfas, como es el caso de este ejemplo de 19 centímetros de longitud en forma de pez, procedente de la Tumba S218 de Adaima.

La Paleta de Narmer se considera la más moderna y elaborada de una serie de paletas ceremoniales decoradas con relieves, que se presentaban, probablemente, como ofrendas reales en los primeros templos egipcios.

Tablillas inscritas —los ejemplos más antiguos conocidos de escritura egipcia— encontradas durante la excavación del enterramiento con múltiples habitaciones de un poderoso personaje de finales del Predinástico, inhumado en la Tumba U-j de Abydos, *c.* 3200 a.C. Las tablillas han proporcionado información sobre el primer desarrollo de los jeroglíficos, cuya invención seguramente precedió a la unificación política.



En el extremo noreste de la necrópolis de Sakkara se encuentran situadas las tumbas de muchos altos funcionarios del Dinástico Temprano. Esta vista lateral de la Tumba 3507 muestra un inusual túmulo escalonado, que puede ser precursor de las pirámides escalonadas de la III Dinastía.

Inmenso barco funerario de madera perteneciente a Khufu —IV Dinastía— encontrado en una zanja junto a la cara sur de su pirámide, en Guiza; su estado de conservación era tan bueno que pudo ser reconstruido por los conservadores.

El recinto de la Pirámide Escalonada de Djoser en Sakkara —III Dinastía— incluye, junto a la cara este de la pirámide, un complejo destinado a la celebración de la fiesta *Sed* (jubileo real). En primer plano se pueden ver los restos reconstruidos del llamado Templo T.

Esta estatua de grauvaca del rey Menkaura y la reina Khamerernebty II es un magnífico ejemplo de los majestuosos grupos escultóricos regios hallados en el extremo occidental del templo de este rey en Guiza.

La mastaba de Nefermaat e Itet en Meidum, de finales de la III Dinastía o comienzos de la IV, es una de las tumbas particulares pintadas más antiguas del Reino Antiguo. Destaca el grupo de ocas, con los detalles de las plumas dibujados con claridad y precisión.

Estela de madera con una imagen de Hesira, un «jefe de dentistas y médicos» de principios del Reino Antiguo, procedente de su tumba en Sakkara, uno de los primeros enterramientos de particulares que incluyó pinturas y estelas con detalles de los títulos y logros de un funcionario. Ejemplos posteriores añaden descripciones de las carreras de los dueños de las tumbas, lo que permite reconstruir el cambiante sistema administrativo egipcio y, en ocasiones, proporciona información histórica relativa a los cambios sociales y políticos

Las estatuas funerarias de caliza de Rahotep y Nofret —de comienzos de la IV Dinastía— encontradas en su mastaba de Meidum, todavía conservan gran parte de la pintura decorativa original.

La decoración mural de la capilla
de la tumba de Iti, en Gebelein
—Primer Período Intermedio—,
incluye una escena de matanza de ganado.

Estela toscamente realizada de un mercenario nubio del Primer Período Intermedio. Procede de su tumba en Gebelein y muestra al difunto recibiendo ofrendas de su familia.

Estela decorada de caliza perteneciente al panel derecho de un pequeño nicho de ofrendas en la tumba de una sacerdotisa de Hathor llamada Zat-ini-Teti, en Sakkara. En el registro superior, la dueña de la tumba aparece sentada delante de una mesa de ofrendas, una escena convencional cuyo origen podemos remontar hasta la I Dinastía. La lista de ofrendas que aparece arriba, especifica los objetos individuales que fueron presentados en el transcurso del ritual. Las escenas de abajo —tres hombres derribando un toro que va a ser sacrificado y una fila de portadoras de ofrendas— también derivan del corpus de motivos estándar del Reino Antiguo.

Estatuilla de madera de una mujer asiática procedente de un enterramiento de la XII Dinastía en Beni Hassan.

7. EL RENACIMIENTO DEL REINO MEDIO

(c. 2055-1650 a.C.)

GAE CALLENDER

El Reino Medio (2055-1650 a.C.), al contrario que el Primer y el Segundo Períodos Intermedios, sí constituyó una unidad política, cuyo núcleo constó de dos fases: la XI Dinastía, gobernada desde la ciudad de Tebas en el Alto Egipto, y la XII Dinastía, centrada en la región de Lisht, en Fayum. Algún tiempo atrás, los historiadores consideraban que el Reino Medio estuvo formado únicamente por la XI y la XII Dinastías; pero estudios recientes han demostrado con claridad que al menos la primera mitad de la llamada XIII Dinastía (a primera vista por completo diferente de lo que entendemos por una dinastía al uso) forma parte inequívoca del período: la capital o residencia real no se trasladó, la actividad del gobierno apenas se redujo y la producción artística no sufrió ningún declive —de hecho, algunas de las obras más notables del arte y la literatura del Reino Medio datan de la XIII Dinastía—. Sí hubo, no obstante, una gran disminución en la construcción de monumentos a gran escala, un indicio significativo de que la XIII Dinastía no era tan fuerte ni estuvo tan inspirada por las ideas de grandeza que caracterizaron los reinados de los faraones de la XII Dinastía. Indudablemente, este fenómeno se debió a la brevedad de los reinados de la mayoría de los soberanos de la XIII Dinastía, si bien todavía se desconocen los motivos de semejante cambio en la escena política de la época.

El modo más sencillo de conseguir aprehender someramente el tono general de la historia del Reino Medio es estudiar uno por uno sus reyes y los acontecimientos de sus reinados, pues fueron ellos quienes sentaron las bases de las tendencias políticas y culturales del período. No obstante, al seguir esta vía nos vemos obligados a enfrentarnos a uno de los mayores problemas que ofrece la comprensión de la historia del Reino Medio: la cuestión de las «corregencias» de los reyes de la XII Dinastía. En pocas palabras el problema es el siguiente: ¿hubo alguno de estos soberanos que compartiera el trono con su sucesor? Los elementos cruciales del debate son las llamadas estelas de doble datación, es decir, textos que incluyen los nombres de dos reyes sucesivos y mencionan una fecha diferente para cada uno de ellos. Estas estelas han dividido a los especialistas en cuanto a qué representan en realidad: ¿se trata de una mención a dos faraones que comparten el poder? o, por el contrario, ¿son sólo las fechas durante las cuales el dueño de la estela ocupó su cargo en cada reinado?

La cronología estándar de la XII Dinastía se ha ido modificando con el paso de los años, siguiendo el ritmo de los intensos análisis realizados sobre las fechas mencionadas en los monumentos. Alguno de estos estudios ha revelado unos reinados mucho más cortos de lo sugerido por el fragmentario Canon de Turín y los epítomes de Manetón. Los reinados más controvertidos son los de Senusret II y Senusret III,

pues las cronologías propuestas por cada especialista presentan grandes discrepancias entre ellas. El descubrimiento de ciertas «marcas hieráticas de control» talladas en la manipostería de los monumentos de Senusret III ha añadido más confusión a estas cronologías, por lo que el problema de las fechas de la XII Dinastía sigue en pleno debate. Josef Wegner, por ejemplo, ha proporcionado argumentos muy sólidos para considerar que Senusret III reinó durante treinta y nueve años. Si a ello le sumamos que en Lisht se han descubierto referencias a un «año 30» de este faraón, así como pruebas de que llegó a celebrar su fiesta *Sed* (el jubileo real), el resultado es que este rey habría tenido un reinado mucho más largo de lo sugerido por las cronologías más modernas. También existen indicios para sospechar (como sugieren los papiros descubiertos en la ciudad de Lahun) que en realidad Senusret II se mantuvo en el trono egipcio durante diecinueve años, en vez de tener ese reinado más corto que mencionan las cronologías revisadas. Con todo, acomodar estas cronologías ampliadas dentro de las fechas absolutas propuestas por algunos historiadores ocasiona ciertos problemas. Las pruebas de que los reinados de la XII Dinastía fueron más largos de lo que se pensaba encajarían bien con la teoría de las corregencias, basada en los monumentos con doble datación; sin embargo, hay otros especialistas que también han propuesto argumentos convincentes con los cuales intentan refutar las corregencias individuales, como las de Amenemhat I/Senusret I, Senusret I/Amenemhat II y Senusret III/Amenemhat III.

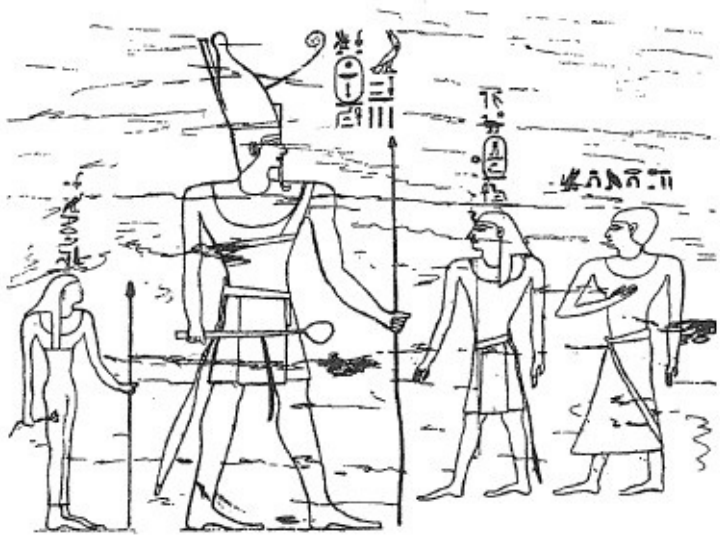
Teniendo en cuenta que hasta el Reino Nuevo (como muy pronto) no existen «fechas absolutas» reales para la historia de Egipto (excepto las cronologías basadas en el Carbono 14) y dado que continúa el debate sobre las dataciones alta, media y baja, aún se puede revisar la cronología de todos los períodos faraónicos. Es posible que los nuevos hallazgos arqueológicos de Tell el Daba (véase el capítulo 8) nos ayuden a resolver los problemas de la cronología del Reino Medio; pero mientras tanto, en este capítulo y a la espera de nuevas pruebas, obviaremos la cuestión de las corregencias.

La XI Dinastía

El primer soberano de la XI Dinastía en conseguir controlar todo Egipto fue Nebhepetra Mentuhotep II (2055-2004 a.C.), quien probablemente fuera el sucesor de Nakhtnebtepnefer Intef III (2063-2055 a.C.) en el trono tebano. La importancia de la hazaña de Mentuhotep, conseguir reunificar las Dos Tierras, fue reconocida por los mismos egipcios. De hecho, en fechas tan tardías como la XX Dinastía, muchas tumbas de particulares contienen inscripciones que celebran su papel como fundador del Reino Medio. El incremento en la documentación histórica disponible y en el número de edificios construidos, así como la evidente prosperidad del país durante la parte final de su reinado, unidos al resurgir y desarrollo de todas las formas artísticas, son claros indicios de su éxito a la hora de restaurar la paz en el país. No deja de ser irónico que, tras un comienzo tan prometedor, la XI Dinastía se hundiera tan sólo diecinueve años después de la muerte de su fundador.

Nebhepetra Mentuhotep II

Entre las muchas inscripciones rupestres de diversos períodos que se conservan en los acantilados de Wadi Shatt el Rigal, a ocho kilómetros al norte de Gebel el Silsila, hay un relieve con una imagen colosal de Nebhepetra Mentuhotep II, soberano de la XI Dinastía. Su tamaño empequeñece a las tres figuras que lo acompañan: la de su madre; la de su probable antecesor en el trono, Intef III; y la del canciller que sirvió a ambos reyes, Khety. Durante mucho tiempo se consideró el relieve como la prueba de que Mentuhotep II era hijo de Intef III. En esa misma dirección parece apuntar un sillar procedente de Tod, donde Mentuhotep II se alza destacado ante un grupo de tres reyes llamados Intef, que aparecen alineados tras él. Ello parece sugerir de nuevo la existencia de conexiones familiares con los Intef, así como un largo linaje regio. Sin embargo, esta insistencia en el «linaje» parece más bien un intento por obviar la cuestión del verdadero origen de Mentuhotep. De hecho, no sería nada sorprendente descubrir que Mentuhotep no fue hijo de rey, con lo cual estos monumentos no serían sino un intento deliberado por contrarrestar la afirmación de los soberanos de Heracleópolis de que ellos sí eran miembros de la «Casa de Khety» (véase el capítulo 6).



En la estela de Nakhtnebtepnefer Intef III y Nebhepetra Mentuhotep II situada en Wadi Shatt el Rigal (c. 2055 a.C.), el segundo de estos soberanos dobla en tamaño al resto de las figuras de la misma. Frente a Mentuhotep y mirándolo aparecen Intef III y el canciller Khety, mientras que su madre hace lo propio pero detrás de él. El reducido tamaño de Intef puede querer indicar que, como su sucesor en el trono, Mentuhotep fue superior a él. También merece la pena mencionar la figura de Khety, que tiene mayor tamaño que la del rey Intef y la de la reina Iah, una circunstancia de lo más inusual.

Parece como si durante los catorce años anteriores al estallido de la última fase de la guerra civil entre Heracleópolis y Tebas, Mentuhotep II hubiera gobernado su reino tebano sin problemas. No sabemos prácticamente nada de este conflicto, pero una gráfica imagen de su violencia puede haberse conservado en la llamada Tumba de los Guerreros de Deir el Bahari, cerca del complejo funerario de Mentuhotep II. Allí aparecieron los cuerpos sin momificar y envueltos en vendas de sesenta soldados, fallecidos sin ninguna duda en el campo de batalla y luego depositados juntos en una tumba excavada en la roca, donde la deshidratación los conservó. A pesar de la ausencia de embalsamamiento, estos cadáveres son los cuerpos mejor conservados del Reino Medio. Dado que fueron enterrados como un grupo y a la vista del cementerio real, se ha supuesto que murieron en un conflicto especialmente heroico, relacionado quizá con la guerra contra Heracleópolis.

Merykara, el soberano del norte, falleció antes de que Mentuhotep alcanzara su capital, Heracleópolis. Con él murió la resistencia de su reino, puesto que su sucesor sólo pudo gobernar el reino heracleopolitano durante unos pocos meses. La victoria de Mentuhotep sobre este último monarca del norte le proporcionó la oportunidad de reunificar Egipto, pero sólo poseemos un conocimiento indirecto de la dureza de la campaña y del tiempo que tardó en conseguirlo. El proceso bien pudo extenderse a lo largo de muchos años, puesto que poseemos referencias dispersas de otras luchas que tuvieron lugar en este momento del reinado de Mentuhotep. Una de las claves que nos hablan de la inseguridad existente en la época la tenemos en la presencia de armas en el ajuar funerario de hombres no relacionados con el ejército; otra es la

imagen del difunto en las estelas funerarias de algunos funcionarios, que portan armas en vez de los símbolos propios de su cargo. No obstante, según la paz y la prosperidad material se fueron asentando en el país, este hábito parece haber ido disminuyendo su frecuencia.

La reconquista de Mentuhotep incluyó también incursiones en Nubia, que durante los últimos momentos del Reino Antiguo había regresado a un gobierno nativo. En la época en que los ejércitos de Mentuhotep cayeron sobre ellos, existía al menos un linaje de soberanos nativos que controlaba diversas partes de Nubia. Una inscripción en un sillar de Deir el Bailas, que se piensa que pertenece a su reinado, menciona campañas en Wawat (Baja Nubia); también sabemos que Mentuhotep asentó una guarnición en la fortaleza de Elefantina, desde donde las tropas podían desplegarse con más rapidez hacia el sur.

Además del énfasis puesto en su linaje, parte de la estrategia de Mentuhotep para aumentar su reputación ante sus coetáneos y sus sucesores fue una política de autodeificación. En dos fragmentos procedentes de Gebelein se describe como «hijo de Hathor»; en Knosso, cerca de Filé, adoptó la forma itifálica del dios Min; mientras que en Dendera y Asuán usurpó el tocado de Amón y Min, apareciendo en el resto de monumentos con la corona roja con dos plumas. Esta iconografía y su segundo nombre de Horus, Netjeryhedjet («El divino de la corona blanca»), enfatizan su autodeificación. En su templo de Deir el Bahari se han encontrado indicios de que intentó ser adorado como un dios en su Casa de Millones de Años, anticipándose en varios siglos a las ideas que se convertirían en la principal preocupación religiosa del Reino Nuevo. Resulta evidente que estaba reafirmando el culto al soberano.

El autobombo de Mentuhotep vino acompañado por sus cambios de nombre y por el proceso de autodeificación. A lo largo de su reinado el soberano modificó varias veces su nombre de Horus, señalando con cada cambio un hito político del mismo. La fecha más tardía que conocemos del último nombre que adoptó, Sematawy («Aquél que une las Dos Tierras»), es el año 39 de su reinado; sin embargo, es probable que en realidad lo adoptara años antes, durante la celebración de su fiesta *Sed*.

El gobierno del reino

Mentuhotep gobernó desde Tebas, que hasta entonces no había sido una ciudad especialmente importante del Alto Egipto. Se encontraba bien situada para poder controlar a los restantes nomarcas (gobernadores regionales) y la mayoría de los funcionarios de Mentuhotep eran de la zona. El alcance de sus funciones era amplio: el visir Khety dirigió campañas en Nubia en nombre de su señor, mientras que el canciller Mera controlaba el Desierto Oriental y los oasis. Este último cargo poseía entonces mucha más relevancia de la que tuvo durante el Reino Antiguo. Para

acompañar al cargo ya existente de «gobernador del Alto Egipto», se creó el de «gobernador del Bajo Egipto», que disfrutaba del mismo poder que el primero. El fortalecimiento del poder central aumentó el control del rey sobre sus funcionarios, al mismo tiempo que restringía el poder de los nomarcas, quienes durante el Primer Período Intermedio habían gozado de completa independencia.

Es probable que Mentuhotep redujera el número de nomarcas. No cabe duda, por ejemplo, de que el gobernador de Asyut perdió el poder debido a su apoyo a la causa heracleopolitana. En cambio, los nomarcas de Beni Hasan y Hermópolis mantuvieron el mismo control que hasta entonces, quizá como recompensa por ayudar a los ejércitos de los nomarcas tebanos. Los gobernadores de Nag el Deir, Akhmin y Deir el Gebrawi también mantuvieron sus cargos. No obstante, la conducta de los nomarcas era vigilada por los funcionarios de la corte real, que recorrían el territorio con regularidad.

Otro indicio del regreso a un gobierno egipcio centralizado y fuerte lo encontramos en las expediciones realizadas fuera de las fronteras del país. Uno de los más famosos jefes de expedición de la época fue Khety (el funcionario representado en el relieve de Shatt el Rigal descrito párrafos atrás), que patrulló la zona del Sinaí y también llevó a cabo misiones en Asuán. Henenu, el «supervisor del cuerno, pezuña, cuero y peso», era el mayordomo del rey; entre sus numerosas obligaciones estuvo la de viajar tan lejos como el Líbano en busca de cedro para su señor. Estos viajes sugieren que Egipto estaba comenzando a restaurar su influencia en el mundo exterior.

La política constructiva de Mentuhotep II

Además de las numerosas campañas rnilitares organizadas durante los cincuenta y un años de reinado, este soberano también fue responsable de la construcción de numerosos edificios, si bien la mayor parte de ellos ya no existen. Muchos de los templos y capillas que erigió se encuentran en el Alto Egipto: Dendera, Gebelein, Abydos, Tod, Armant, Elkab, Karnak y Asuán. Cerca de Qantir, en el delta oriental, un equipo holandés-ruso ha descubierto un templo del Reino Medio. Su arquitectura es similar a la del complejo funerario de Mentuhotep en Deir el Bahari, pero todavía no se han publicado fechas definitivas para el mismo.

Durante el Reino Medio, los cementerios reales siguieron evolucionando, no sólo en cuanto a su arquitectura, sino también estructural y espacialmente. Este cambio constante parece reflejar la búsqueda de una solución espiritual a la cuestión sobre cuál es el tipo de tumba más efectivo, algo muy evidente en el monumento funerario de Mentuhotep en Deir el Bahari, en la orilla occidental de Tebas. Se trata, con mucho, del más impresionante de los edificios conservados de este soberano, si bien

no es gran cosa lo que queda de él. El diseño del templo es único, pues ninguno de sus sucesores de la XI Dinastía (Sankhara Mentuhotep III y Nebtawyra Mentuhotep IV) llegó a terminar sus tumbas y los reyes de la XII Dinastía se inspiraron para las suyas en modelos del Reino Antiguo. El tipo de tumba utilizado por los anteriores soberanos tebanos fue la tumba *saff* (véase el capítulo 6), que excavaron en la zona de El Tarif, en la orilla occidental de Tebas; sin embargo, el monumento de Mentuhotep terminó con esa tradición. Si bien da la impresión de que alguno de los arquitectos del soberano estuvo implicado en la construcción de tumbas *saff*, el complejo funerario de Mentuhotep revela una visión que anteriormente faltaba en los modelos de tumbas tebanas y heracleopolitanas. No es de extrañar que el edificio sea reconocido como el más importante del período que se extiende entre el final del Reino Antiguo y el comienzo de la XII Dinastía.

Este inspirador símbolo de la reunificación de Egipto fue el epítome de un nuevo comienzo. Se trata, por ejemplo, de la primera estructura regia que hizo hincapié en las creencias osiriacas, en lo que es un reflejo de la «equiparación» habida entre los cultos funerarios del rey y de la gente del común durante el Primer Período Intermedio. Significativas innovaciones de este templo fueron los deambulatorios en forma de galerías abiertas añadidos al edificio central y el uso de terrazas. El diseño incorporaba una arboleda de sicómoros y tamariscos situada frente al templo; cada árbol fue plantado dentro de un hoyo de diez metros de profundidad excavado en la roca y rellenado luego con tierra fértil. Una calzada larga y descubierta llevaba desde este patio con árboles hasta la terraza superior, sobre la cual se construyó el edificio central. Este pudo haber tenido la forma de una mastaba cuadrada (coronada quizá por una colina); detrás del mismo había una sala hipóstila y luego el centro de culto.

Las tumbas de las esposas del rey, las reinas Neferu y Tem, fueron incluidas en el complejo: la segunda fue enterrada en una tumba *dromos* en la parte posterior del templo y la primera en una tumba en la roca, excavada dentro del muro norte del *temenos* del patio anterior. Detrás del edificio central, a lo largo del corredor occidental, se encontraron capillas y tumbas para otras seis mujeres, cuatro de las cuales poseían el título de «esposa real». Los enterramientos pertenecen a la primera fase del templo de Mentuhotep. Cuando fueron excavadas, varias de estas tumbas contenían aún los enterramientos originales y con ellos las primeras pruebas del uso de maquetas funerarias, que representaban tanto el sarcófago como el cuerpo del difunto (los precursores de las figuras *shabti* que tan populares se volvieron en fechas posteriores). Las mujeres enterradas en el acceso occidental parecen haber sido de categoría inferior a Neferu y Tem, y todas eran jóvenes: la mayor, Ashaiyet, tenía veintidós años y la más joven, Mayt (cuya capilla, muy destruida, no contiene indicios del título de «esposa»), era una niña de sólo cinco años de edad. El significado de estas esposas de inferior categoría es incierto. Pueden haber sido hijas

de nobles a los cuales el rey deseaba tener controlados, pero la mayoría aparecen mencionadas como sacerdotisas de Hathor; por lo tanto, se ha sugerido que sus tumbas pueden haber formado parte de un culto hathórico del rey dentro de su complejo mortuorio. Otro enigma es que los enterramientos parecen ser contemporáneos entre sí. ¿Acaso estas mujeres murieron juntas en algún tipo de desastre?

Es evidente que las capillas de las tumbas de las seis mujeres pertenecen a la misma etapa constructiva que la tumba conocida como Bab el Hosan, que se encuentra bajo el antepatio del templo. Dieter Arnold considera que esta tumba real es un enterramiento anterior e incompleto destinado al rey. Fue aquí donde se encontró una estatua de piel negra con ropajes de fiesta. El inusual color de la piel es otra de las muchas referencias a Osiris, que simboliza la fertilidad y los poderes regeneradores de Mentuhotep II.

Si bien el templo estaba totalmente decorado, no se han conservado suficientes dibujos y relieves como para poder reconstruir de forma fiable el diseño y la decoración generales del mismo, aunque existen varios temas definidos: se enfatizan los aspectos sobrenaturales y osirianos del rey, pero también hay escenas de la vida cortesana. La naturaleza regional del trabajo artístico es evidente en muchos de los fragmentos de decoración pintada, donde elementos característicos muy visibles son los labios gruesos, los ojos grandes y unos cuerpos exageradamente delgados y poco elegantes. No obstante, también hay algunos relieves magistralmente tallados (sobre todo en las capillas de las esposas jóvenes), más típicos de la escuela menfita. La mezcla de técnicas refleja la situación política indicada por la biografía de alguno de los artesanos, las cuales muestran que también ellos procedían de diversas regiones de Egipto, de donde vinieron trayendo sus tradiciones locales. Con el tiempo, el estilo menfita prevaleció, pero pasaron varias generaciones antes de que reemplazara a los géneros artísticos regionales en todo Egipto.

Si bien no es posible señalar ningún monumento de Mentuhotep II en el templo de Amón en Karnak, sí hay una referencia al dios en el templo del soberano, cuya localización en la curva del acantilado en Deir el Bahari es en sí misma significativa, pues se encuentra alineado directamente frente a Karnak, situado en la otra orilla del río. Este emplazamiento puede haber sido elegido para permitir que el culto funerario del rey se beneficiara de la visita anual del dios Amón a Deir el Bahari, durante la celebración de un ritual conocido como la Bella Fiesta del Valle. A partir de este momento, el culto de Amón comenzó a crecer en Tebas.

Mentuhotep III y Mentuhotep IV

La madre de Senkhara Mentuhotep III (c. 2004-1992 a.C.), que fue un enérgico

constructor, fue la reina Tem. En 1997, un equipo húngaro dirigido por Gyóró Vórós no sólo descubrió un hasta el momento desconocido santuario copto bajo la cima de la colina de Thoth (Thoth Hill), en la orilla occidental de Tebas, sino también una tumba de comienzos del Reino Medio que seguramente perteneció a Mentuhotep III. Esta construcción pudo haber sido la inspiración para las tumbas *bab* de comienzos de la XVIII Dinastía.

El reinado de Mentuhotep III se caracterizó por un cierto número de innovaciones arquitectónicas, incluido un santuario triple en Medinet Habu, que fue el antecedente de los templos de la XVIII Dinastía para las tríadas «familiares». Además, los restos del templo de ladrillo que construyó en la colina de Thoth, la cima más alta del Valle de los Reyes, no sólo contenía otro santuario triple, sino que incorporaba los primeros ejemplos conservados de pilonos de un templo. Cerca del templo se encuentran los restos de otro edificio de Mentuhotep III.

El arte conservado de este breve reinado no es menos innovador, se puede decir que la escultura en relieve alcanzó en este momento su cénit en el Reino Medio. El tallado de la piedra es extremadamente delicado, con el altorrelieve transmitiendo una tremenda profundidad espacial utilizando unas diferencias de grosor no mayores que unos pocos milímetros. La sutileza de los retratos y los detalles de los ropajes de sus relieves en Tod son muy superiores a los de las esculturas de Mentuhotep II.

Mentuhotep III también fue el primer soberano del Reino Medio en enviar una expedición a la tierra de Punt (África oriental) para conseguir incienso, si bien las expediciones al mar Rojo y Punt se hicieron más frecuentes durante la XII Dinastía. La expedición de Mentuhotep, dirigida por un funcionario llamado Henenu, fue enviada por el Wadi Hammamat, por lo que aparentemente exigió la construcción de barcos a la orilla del mar Rojo, para lo cual utilizó los troncos que había llevado con ella. También intentó proteger la frontera noreste mediante la construcción de fortificaciones en el delta oriental.

Tras la muerte de Mentuhotep III, aproximadamente en el año 1992 a.C., parece haber habido «siete años vacíos», correspondientes al reinado de Nebtawyra Mentuhotep IV (quien quizá usurpara el trono, pues no aparece en las listas reales). Su madre era una plebeya sin más títulos regios que el de «madre del rey», de modo que posiblemente ni siquiera fuera miembro de la familia real.

Se conoce poco del reinado de Mentuhotep IV, excepto sus expediciones mineras. Las inscripciones de la mina de travertino de Hatnub sugieren que por estas fechas algunos nomarcas del Egipto Medio pueden haber comenzado a crear problemas. El acontecimiento más importante del reinado del que tenemos noticias es el envío de una expedición minera a Wadi Hammamat. Amenemhat, el visir que dirigió la expedición, ordenó tallar una inscripción en la cantera para recordar dos buenos presagios que se dice que fueron observados por los miembros de la misma. El

primero fue una gacela que parió a su cría encima de la piedra que había sido elegida para la tapa del sarcófago del rey y el segundo una furiosa lluvia que, cuando amainó, reveló un pozo cuadrado de diez codos de lado lleno de agua hasta el borde. En un terreno tan yermo, se trataba de un descubrimiento espectacular, milagroso incluso. Parece casi seguro que el hombre que se convertiría en el primer rey de la XII Dinastía es este mismo Amenemhat. Al igual que la mayoría de los altos funcionarios de la XI Dinastía, habría ocupado varios cargos relevantes; el trono pudo haber pasado al visir como consecuencia de la debilidad del rey o de la ausencia de un heredero varón adecuado.

La XII Dinastía

La mucha mayor sofisticación de la XII Dinastía comparada con la XI Dinastía quizá sea el factor que ha convencido a tantos especialistas de que el Reino Medio propiamente dicho sólo comienza con aquélla.

Amenemhat I

Sehetepibra Amenemhat I (el Ammenemes de Manetón, c. 1985-1956 a.C.) era hijo de un hombre llamado Senusret y de una mujer llamada Nefret, ajenos a la familia real; los nombres de Amenemhat, Senusret y Nefret fueron muy populares después entre los reyes de la XII Dinastía y sus esposas. Si realmente el visir Amenemhat es la misma persona que Amenemhat I, entonces su informe de los dos milagros estaría indicando que era alguien para quien se hacían portentos. Sus coetáneos habrían comprendido que se trataba de un hombre favorecido por los dioses.

La profecía de Neferti, un texto que pudo haberse compuesto a comienzos del reinado de Amenemhat I, comienza con una lista de los problemas que sufre la tierra, para luego «predecir» la aparición de un rey fuerte:

> *Y Entonces un rey vendrá del Sur,*
> *Ameny, el justificado, de nombre.*
> *Hijo de una mujer de Ta-Seti, hijo del Alto Egipto.*
> *Se pondrá la corona blanca,*
> *Llevará la corona roja;*
> *Unirá a Las Dos Poderosas [Las dos coronas]*
> *[…]*
> *Los asiáticos caerán ante su espada, Los libios caerán ante su llama,*
> *Los rebeldes ante su cólera, los traidores ante su poder,*
> *Como la serpiente de su frente somete a los rebeldes para él.*
> *Alguien construirá los «Muros del gobernante»,*
> *Para impedir que los asiáticos entren en Egipto*
> *[…]*

Como esta «profecía» de comienzos de la XII Dinastía (cuya fecha es muy cuestionable) se refiere claramente al rey Amenemhat, volvemos a encontrarnos con la descripción de una nueva intervención divina, que se encarga de subrayar la categoría sobrenatural del rey. Si bien hay otros textos que mencionan el caos anterior a la llegada de nuevos reyes, las referencias a los asiáticos en *La profecía de Neferti* son nuevas, así como la mención a los «Muros del gobernante», una estructura

construida por Amenemhat para interceptar la vía de acceso a Egipto desde Oriente. Fue durante su reinado cuando se realizaron las primeras campañas militares del Reino Medio en Oriente Próximo de las que tenemos pruebas.

Una de las decisiones más importantes de Amenemhat fue el traslado de la capital de Egipto desde Tebas hasta una ciudad nueva: Amenemhat-itj-tawy («Amenemhat el que toma las dos tierras»), conocida en ocasiones sólo como Itjtawy, que todavía está por localizar en la región de Fayum, probablemente cerca de la necrópolis de Lisht. El nombre de la ciudad implica un comienzo de reinado bastante violento; pero la fecha exacta del traslado a Itjtawy no se conoce. La mayor parte de los estudiosos afirman que tuvo lugar a comienzos del reinado de Amenemhat, si bien Dorotea Arnold defiende una fecha mucho más tardía (en torno al vigésimo año de reinado). Aunque es posible defender que Amenemhat pasó algunos años en Tebas, los entre tres y cinco años que posiblemente duraron los preparativos para la construcción de la plataforma cercana a Deir el Bahari identificada como una posible tumba de Amenemhat I, sugieren que quizá el traslado no tuvo lugar en una fecha tan tardía como el año vigésimo. En cambio, el mínimo número de monumentos tebanos construidos por Amenemhat I y la sospechosa ausencia de tumbas de funcionarios tras la época de Meketra (un alto funcionario enterrado en las cercanías de la susodicha plataforma) pueden sugerir que el cambio tuvo lugar en los primeros años del reinado. Sin embargo, las inscripciones en los bloques de los cimientos del templo mortuorio de Amemenhat en Lisht demuestran, primero, que Amenemhat ya había celebrado su jubileo real y, segundo, que ya había transcurrido el año uno de un rey anónimo (quien se piensa que es Senusret I, sucesor de Amenemhat), lo cual sugiere una fecha extremadamente tardía para el complejo piramidal de Lisht. Por todas estas razonas, la fecha del traslado hasta Fayum sigue siendo fuente de considerables debates.

Itjtawy pudo haber sido elegido porque estaba más cerca del origen de las incursiones asiáticas que Tebas, pero fundar una nueva capital también fue una inteligente decisión política por parte de Amenemhat, pues mediante la misma indicaba que se trataba de un nuevo comienzo. También significó que los funcionarios que le sirvieron en Itjtawy serían por completo dependientes del rey, dado que carecían de bases de poder propias. Este nuevo comienzo fue conmemorado en el segundo nombre de Horus elegido por el faraón: Wehemmesu («El renacimiento» o, más literalmente, «La repetición de nacimientos», quizá una alusión al primero de los «milagros»). No se trataba de una frase hueca: la XII Dinastía buscó sus modelos en el Reino Antiguo (por ejemplo, la forma piramidal para la tumba del rey y el uso de sus estilos de decoración artística), además de promover el culto al soberano. Se produjo un lento pero inexorable retorno hacia un gobierno más centralizado, acompañado de un incremento de la burocracia. Al mismo tiempo se

observa un crecimiento exponencial de la riqueza minera del rey, enfatizada por los escondrijos de joyas hallados en varias tumbas reales de la XII Dinastía. Estos cambios tuvieron como resultado el aumento del nivel de vida de los egipcios de clase media, cuyo nivel de riqueza era proporcional a sus cargos oficiales.

El primer uso que hizo Amenemhat de los ejércitos feudales fue contra los asiáticos en el delta; la escala de estas operaciones se desconoce. Seguidamente reforzó la región con la construcción de los llamados «Muros del soberano», que tienen un papel dramático en la *Historia de Sinuhé* y también se mencionan en *La profecía de Neferti*. Hasta el momento no se ha encontrado ninguna fortaleza en la frontera noreste de Egipto, pero los restos de un gran canal que hay en la zona pueden datar de esta época. Se sabe que durante el reinado de Amenemhat se construyeron fortalezas en otros lugres, entre ellas una en Mendes llamada Rawatay, además de los puestos avanzados de Semna y Quban en Nubia, cuyo propósito era sobre todo proteger y explotar las minas de oro de Wadi Allaqi.

Si bien el rey y su ejército de reclutas llegaron a Elefantina muy al principio del reinado, no parece que actuaran más al sur antes del año 29. Para entonces la política respecto a Nubia había dejado de ser la flexible red de operaciones comerciales y extracción de piedra que caracterizó al Reino Antiguo para convertirse en una nueva estrategia de conquista y colonización, con la intención sobre todo de conseguir materias primas, en especial oro. Una inscripción en Korosko, en la Baja Nubia, a medio camino entre la primera y la segunda cataratas, afirma que las gentes de Wawat (Baja Nubia) fueron derrotadas en el vigésimo noveno año del reinado de Amenemhat. Sólo se recoge una incursión militar contra los libios; se dice que tuvo lugar en el año 30, siendo dirigido el ejército por Senusret, hijo del rey. Para cuando terminó la campaña libia, Amenemhat estaba muerto.

Senusret I

Según el Fragmento 34 de la historia de Manetón, a finales del reinado de Amenemhat tuvo lugar una conjura. *Las enseñanzas de Amenemhat* también sugieren una disputa por la sucesión y fue mientras Senusret se encontraba guerreando en Libia cuando se le informó de la muerte de su padre. Casi con seguridad, Amenemhat fue asesinado, y un texto de época de Senusret I contiene una descripción del acontecimiento narrada por su propio padre, supuestamente desde la tumba:

> Era tras la cena, cuando la noche había caído y había pasado una hora de felicidad. Estaba dormido sobre mi cama, estando cansado y mi corazón comenzó a quedarse dormido. Cuando las armas de mi consejo fueron empuñadas me convertí en una serpiente de la necrópolis. Cuando lo hice, me

> desperté para luchar y me encontré con que era un ataque de mis guardaespaldas. ¡Si hubiera cogido las armas en mi mano con rapidez habría hecho retroceder a los desgraciados con una carga! Pero nadie es poderoso durante la noche, nadie puede luchar solo; ningún éxito se consigue sin ayuda. Mira, mi herida tuvo lugar cuando me encontraba sin ti, cuando mi séquito todavía no había escuchado que te lo entregaría, cuando todavía no estaba sentado contigo, que te daría consejos; porque yo no lo previ y mi corazón no pensó en la negligencia de los sirvientes.

Se piensa que el manuscrito del cual procede este breve extracto es una composición de principios de la XII Dinastía, posiblemente creada en pro de Senusret I para apoyar sus derechos al trono. La obra serviría como «justificación» de cualquier medida punitiva que pudiera haber tomado Senusret tras convertirse en soberano de Egipto.

Las listas reales conceden a Kheperkara Senusret I (c. 1956-1911 a.C.) un reinado de cuarenta y cinco años, dato confirmado por un texto de Amada (Nubia) que contiene una fecha del año 44 de este soberano. Durante algún tiempo se aceptó que el reinado de Senusret I estuvo formado por treinta y cinco años de gobierno en solitario y diez años de corregencia compartida con su padre; pero en 1995 Claude Obsomer puso en duda esta asunción. Si su afirmación es correcta, el final de *Las enseñanzas de Amenemhat I*, donde el rey pide que sea Senusret quien le suceda, cobra sentido. Esta petición poética sólo se explica si no hubo corregencia que asegurara una transmisión de poderes tranquila.

Senusret envió una expedición a Nubia en su décimo año de reinado. Ocho años después envió otra que llegó hasta la segunda catarata. Su general, Mentuhotep, se adentró incluso más al sur; pero fue Buhen la que se convirtió en la nueva frontera meridional egipcia. Senusret erigió aquí una estela de victoria y construyó un fuerte, transformando así la Baja Nubia en una provincia de Egipto. Si bien Kush (Alta Nubia) era explotada sobre todo por su oro, los egipcios también conseguían en ella amatista, turquesa, cobre y gneis para joyas y esculturas. En el norte, las caravanas iban de Egipto a Siria, intercambiando cedro y marfil por bienes egipcios. Estas expediciones a Nubia y a Asia, más abundantes que antes, demuestran todo lo que había cambiado la política exterior egipcia entre la XI y la XII Dinastías.

Los numerosos monumentos del rey se extienden desde la Baja Nubia, en el sur, hasta Heliópolis y Tanis, en el norte; precisamente para conseguir las materias primas necesarias para construir, decorar y equipar estas construcciones se enviaron funcionarios a explotar las minas de piedra de Wadi Hammamat, Sinaí, Hatnub y Wadi el Hudi. Una sola de estas expediciones extrajo suficiente piedra como para hacer 60 esfinges y 150 estatuas. El Museo Egipcio de El Cairo alberga una amplia

colección de estatuas de Senusret halladas en su templo mortuorio, pero muchos de sus otros monumentos y estatuas fueron remodelados, copiados y reemplazados por reyes posteriores, de modo que se han conservado pocos originales. Se piensa que en Tebas Senusret fundó el templo de *Ipet Sut* (Karnak) y que, para conmemorar la fiesta *Sed* de su trigésimo cuarto año de reinado, erigió un santuario en alabastro para la barca. El relieve de esta época es especialmente delicado, si hemos de juzgar por fragmentos como una dañada imagen del rey procedente de Koptos (en la actualidad en el Petrie Museum, University College de Londres); pero sus estatuas carecen de vivacidad y movimiento y los retratos son impersonales. No obstante, esta gran cantidad de obras de arte tuvo resultados importantes: debido al largo reinado de Senusret, el «estilo regio» llegó a las distintas regiones con la fuerza suficiente como para proyectar su sombra sobre todo Egipto y hacer retroceder a los estilos regionales.

Senusret fue el primero en contar con un programa constructivo, a partir del cual se edificaron monumentos en cada uno de los lugares de culto del país. Esta decisión, que era una extensión de la política de los faraones de finales del Reino Antiguo, tuvo el efecto de minar las bases de poder de los templos locales y sus sacerdotes. En la actualidad sólo se conservan algunos restos de las principales esculturas y trabajos temáticos realizados en estas regiones, lo que reduce nuestra impresión sobre el impacto del programa de Senusret. Entre sus principales medidas se encuentra la remodelación del templo de Khenti-amentiu-Osiris en Abydos. Siguiendo este impulso real, los funcionarios del rey también erigieron numerosas estelas conmemorativas (o cenotafios) en Abydos, inaugurando así una costumbre que se convertiría en estándar para los hombres devotos con posibles, tanto en el Reino Medio como en el Reino Nuevo. Dada la atención prestada por Senusret al culto de Osiris, se produjo en Egipto un florecimiento de las creencias y prácticas osirianas, además de igualarse de forma importante las creencias del rey en la otra vida y las de sus súbditos. John Wilson ha descrito este proceso como la «democratización de la otra vida».

Los «papeles de Hekanakhte»

Por una afortunada casualidad contamos con una colección de cartas del Reino Medio que nos proporciona muchos detalles sobre la vida agrícola de esta época. Las cartas se intercambiaron entre un anciano granjero llamado Hekanakhte y su familia, durante todo el tiempo en que el primero estuvo ausente por cuestiones de negocios. Si bien hasta hace poco se pensaba que este material databa del reinado de Mentuhotep III, el hecho de que los papiros fueran encontrados asociados a cerámica de comienzos de la XII Dinastía sugiere que, en realidad, se escribieron durante los

primeros años de Senusret I.

La personalidad de Hekanakhte impregna las cartas, repletas de secas órdenes a sus hijos para que cumplieran sus deseos, para que dejaran de quejarse sobre las magras raciones que les había concedido y para que fueran amables con su nueva esposa. Las misivas nos proporcionan una visión muy íntima de la dinámica familiar de la XII Dinastía, además de indicarnos algunos de los modos en que los granjeros más ricos se las arreglaban para cumplir con sus compromisos y cosechas. Sugieren que en los últimos años de Hekanakhte hubo una hambruna en Egipto, un fenómeno que también queda implícito en las inscripciones de la aproximadamente contemporánea tumba del nomarca Amenemhat en Beni Hassan (Tumba BH 2).

Los papeles de Hekanakhte incluyen una de las pocas cartas que se conservan de una hija a su madre; un hallazgo que plantea la cuestión de hasta qué punto las mujeres del Antiguo Egipto eran capaces de leer y escribir. Desgraciadamente, no es una prueba definitiva, puesto que la mujer en cuestión puede haber dictado la carta a un escriba masculino (como de hecho habrían hecho muchos corresponsales analfabetos) y el estilo de la caligrafía tampoco proporciona ninguna pista. El resto de referencias a escribas femeninas durante el Reino Medio sugieren, no obstante, que fueron pocas las mujeres que estaban alfabetizadas en esa época.

Los anales reales y el reinado de Amenemhat II

Una serie de registros oficiales (conocidos como *genut* o «libros de días») conservados de forma parcial en el templo de Tod nos proporcionan más información sobre los acontecimientos históricos de la XII Dinastía. Las dedicatorias del rey en los edificios también contienen elementos de estos anales; el Papiro Berlín 3029, por ejemplo, describe el proceso mediante el cual el rey fundaba un nuevo edificio. Se trata de algunos de los textos más útiles para comprender el mundo del día a día en el palacio egipcio. Además, en 1974 la Organización de Antigüedades Egipcias descubrió en Mit Rahina (la antigua Menfis) una de las inscripciones *genut* más importantes. Si bien la inscripción menciona a Senusret I, claramente pertenece al reinado de su hijo, Nubkaura Amenemhat II (c. 1911-1877 a.C.). Estos anales ofrecen información muy detallada sobre las donaciones realizadas a varios templos, listas de estatuas y edificios, informes sobre expediciones comerciales y militares y de actividades reales como la caza. Es indudable que se trata del texto más importante de Amenemhat II, aunque también menciona a otros monarcas de la XII Dinastía; pero más importante aún es que nos informa de que la superficial «paz» que se dice que existía entre Asia y Egipto en esta época era sólo selectiva, pues existían varios tratados entre Egipto y ciudades levantinas. Las referencias de Heródoto a guerras asiáticas y a la actitud contemporizadora mantenida por Senusret respecto a los

asiáticos (*Historias*, 2, 106) están, por lo tanto, más cercanas a la realidad política de lo que han tendido a creer los lectores modernos.

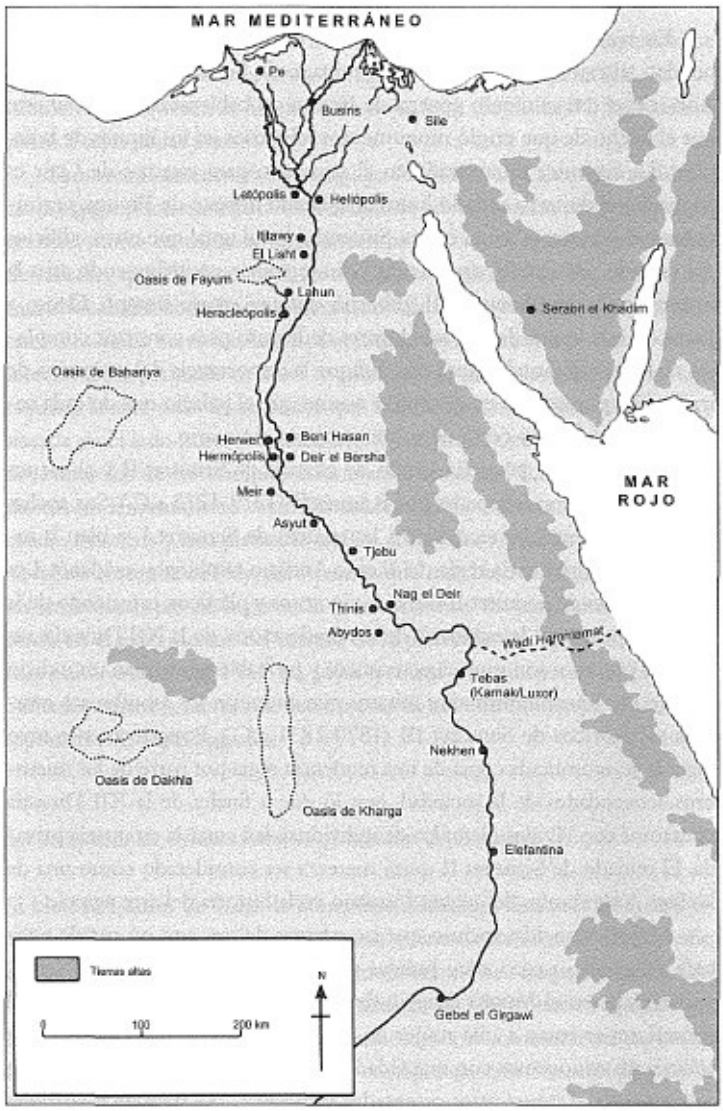
Las pinturas murales de la tumba del nomarca Khnumhotep en Beni Hassan (BH3) muestran la visita de un jefe beduino llamado Abisha, unos contactos asiáticos que confirman numerosas estatuillas y escarabeos egipcios encontrados en ciudades de Oriente Próximo. Desde hacía mucho se mantenía un comercio constante con el puerto sirio de Biblos, donde los gobernantes nativos escribían cortas inscripciones en jeroglíficos, ostentaban los títulos egipcios de conde y príncipe hereditario, mencionaban a los dioses egipcios y adquirían estatuaria regia y privada egipcia. Además, los ya mencionados anales de Amenemhat II en Mit Rahina identifican la ciudad siria meridional de Tunip como un socio comercial egipcio. Otros contactos sirios parecen haber sido más bien bélicos. Los anales mencionan un pequeño grupo de egipcios que penetró en territorio beduino (probablemente una región del Sinaí) para «despedazar la tierra» y hubo dos operaciones más contra ciudades amuralladas anónimas. Las víctimas son descritas como *aamu* (asiáticos) y se dice que 1.554 de ellos fueron capturados como prisioneros. Estas elevadas cifras de cautivos extranjeros pueden muy bien explicar las extensas listas de esclavos asiáticos que trabajaban en las casas de Tebas en épocas posteriores. En esta época también hubo campañas en el sur; así, la «autobiografía» de Amenemhat en Beni Hassan menciona que participó en una expedición a Kush (Alta Nubia) y que el reino africano de Punt fue visitado por Khentykhetaywer, funcionario del rey, en el vigésimo octavo año de Amenemhat II.

Al contrario que muchos soberanos de la XII Dinastía, Amenemhat II no parece haber sido un constructor prolífico, si bien esta impresión puede ser en parte resultado de los saqueos posteriores. Su complejo piramidal, la llamada Pirámide Blanca de Dashur (pobremente conservada y todavía sin excavar en profundidad), es único en el sentido de que está situado sobre una plataforma. Sus hijas fueron enterradas en el patio anterior y una reina llamada Keminebu también fue inhumada en el interior del complejo. Durante mucho tiempo se creyó que Kemunebu fue la esposa de Amenemhat, pero hoy se sabe, gracias a su nombre y al estilo de sus inscripciones, que en realidad se trata de una reina de la XIII Dinastía.

Senusret III y la inauguración del sistema de irrigación de Fayum

El reinado del sucesor de Amenemhat II, Khakheperra Senusret II (1877-1870 a.C.), fue una época de paz y prosperidad, durante la cual el comercio con Oriente Próximo fue especialmente prolífico. No hay registros de campañas militares durante este reinado; en cambio, su principal logro parece ser la inauguración del sistema de irrigación de Fayum. Se erigió un dique y se construyeron canales para conectar

Fayum con la corriente de agua que hoy se conoce como Bahr Yussef. Estos canales desviaron parte del agua que en circunstancias normales hubiera penetrado en el lago Moeris, lo que produjo la evaporación gradual de las aguas de las orillas del lago y supuso la aparición de tierras nuevas que luego fueron cultivadas. Se trató de un programa a largo plazo que podría ser considerado algo único para la época si no fuera porque por esas mismas fechas (Heládico Medio, c. 1900-1600 a.C.) en la cuenca copaica de Beocia (Grecia central) se consiguieron nuevas tierras creando un sistema similar de presas y canales de drenaje.



Mapa de Egipto con los principales yacimientos del Primer Período Intermedio y del Reino Medio.

En realidad no sabemos cuántos de estos trabajos de irrigación se pueden adscribir específicamente al reinado de Senusret II, pero su relación con el renacimiento general de Fayum probablemente se manifieste por el hecho de que erigió monumentos religiosos en los límites de la región. La cerámica encontrada en el santuario para estatuas de Qasr es Sagha, en el desierto situado junto al extremo noreste de Fayum, permite fecharlo en torno a esta época. Sin embargo, al igual que otros edificios del reinado, éste quedó sin decorar y sin terminar, contribuyendo así a la impresión de que Senusret II gobernó durante escaso tiempo. El uso a partir de esta época de diversos lugares de Fayum para construir complejos reales con pirámide quizá nos indique la importancia del programa de irrigación, puesto que en general se asume que el palacio real de cada soberano se construyó cerca de su monumento funerario.

Se conoce un pequeño grupo de estatuas de Senusret II y al menos dos de ellas fueron usurpadas por Ramsés II (1279-1213 a.C.). Sus anchas y musculadas espaldas recuerdan a las estatuas de Senusret I, si bien la influencia de la estatuaria regia del Reino Antiguo también es evidente. Los rasgos faciales de Senusret II son más vigorosos y plásticos, careciendo de la insipidez propia de la estatuaria de sus predecesores de la XII Dinastía: sus amplios pómulos son muy característicos y probablemente sean un indicio de que nos encontramos ante retratos que anuncian los asombrosos estudios escultóricos de Senusret III (1870-1831 a.C.). Posteriormente tuvo lugar la acostumbrada copia de una tendencia regia por parte de los miembros acomodados de la sociedad, con lo que a finales de la XII Dinastía contamos con vividos ejemplos de individualidad entre la estatuaria privada. El reinado de Senusret II quizá merezca ser considerado como una de las fases importantes del retrato humano en la historia del arte egipcio.

Mejor conocidas incluso que las estatuas del rey son un par de estatuas de granito negro muy pulidas pertenecientes a la reina (?) Nefret, conservadas en el Museo Egipcio de El Cairo. De tamaño mayor que el natural, representan a una mujer de la realeza cuya posición en la corte todavía no conocemos con seguridad. Si bien Nefret no posee el título de «esposa real», sí posee otros ostentados por reinas. ¿Se trata de la primera esposa de Senusret II, fallecida quizá antes del bastante tardío ascenso de su esposo al trono, o nos encontramos ante su hermana? Como sucede con muchas reinas egipcias, los datos relativos a Nefret son ambiguos e incompletos. Sin embargo, una nueva mujer de la realeza apareció hace poco. En 1995 se descubrieron los restos de su esposa principal, Khnumetneferhedjetweret, en la pirámide de su hijo (Senusret III) en Dashur, junto a unas pocas joyas.

Senusret II construyó su complejo funerario en Lahun. La pirámide es una gigantesca estructura de ladrillos de adobe con un núcleo de roca; grandes muros de caliza entrecruzados proporcionan apoyo a los sectores de ladrillo, que finalmente

fueron revestidos con caliza. En el extremo meridional del complejo se plantaron árboles; la entrada a la pirámide también estaba en el sur. La disposición de los corredores y cámaras en el interior de la pirámide es única y quizá refleje creencias relacionadas con Osiris y la otra vida. Se sospecha que otra tumba, muy bien construida y situada en el lado norte del complejo (Tumba 621), puede ser un cenotafio, como los de los complejos funerarios reales del Reino Antiguo. Los miembros femeninos de la familia del rey estarían representados por ocho sólidas mastabas y una pirámide satélite, todas ellas alineadas junto a la cara norte de la tumba del rey; pero parece que más bien se trata de estructuras simbólicas que de lugares de enterramiento. En una tumba pozo situada en el extremo sur del recinto de la pirámide del rey, Petrie y Brunton encontraron en 1914 las joyas y otras posesiones de la princesa Sathathoriunet; la factura de estas piezas figura entre lo mejor de todo el repertorio de joyas egipcias.

La conquista de Nubia durante el reinado de Senusret III

Si bien el Canon de Turín le concede a Khakaura Senusret III (c. 1870-1831 a.C.) un reinado de más de una treintena de años, el último año atestiguado por las fuentes es el decimonoveno. Por otra parte, varios descubrimientos realizados durante la década de 1990 pueden apoyar una duración mayor (véase la discusión cronológica al comienzo del capítulo). No existen pruebas reales para una corregencia con Senusret II, pero si ésta pudiera demostrarse, ayudaría a resolver varios problemas originados por la inusual duración del reinado.

Senusret III quizá sea el monarca más «visible» del Reino Medio. Sus hazañas le dieron renombre con el paso del tiempo y contribuyeron de manera sustancial al carácter de Senusret (una figura ficticia que conjuga la imagen ideal del soberano heroico del Reino Medio) descrito por Manetón y Heródoto. El rey guerreó en Nubia en sus años de reinado sexto, octavo, décimo y decimosexto y por lo que parece se trató de conflictos brutales: mataron a los varones nubios, esclavizaron a sus mujeres y niños, quemaron sus campos y envenenaron sus pozos. Poco después, los egipcios habían comenzado de nuevo a extraer piedras y a comerciar con los habitantes de la zona, pero las condiciones habían cambiado. En el octavo y decimosexto año de reinado se erigieron estelas en los fuertes de Semna y Uronarti, en lo que parece haber sido la frontera meridional; en estas inscripciones se recuerda a todos la conquista y castigos infligidos por Senusret. Esta región fronteriza quedó sellada al reforzarse el inmenso fuerte y mediante la presencia de guardias las veinticuatro horas del día atentos a cualquier circunstancia. La estela del año octavo de Semna afirma que no se permitía a ningún nubio llevar su ganado o sus barcos más al norte de la frontera fijada.

Estas fortalezas enfatizan la naturaleza inestable del control egipcio en Nubia. Los llamados «despachos de Semna» —un grupo de cartas e informes militares enviados desde Semna a Tebas en la XIII Dinastía— revelan el rigor con que vigilaban los egipcios a los nativos. También nos muestran el estrecho contacto que mantenían estas fortalezas entre sí. Si bien los fuertes principales eran de tamaño comparable, realizaban varias tareas distintas. Algunos, como Mirgissa, estaban más implicados en el comercio (se intercambiaba pan y cerveza a cambio de productos locales), mientras que otros (como Askut) parecen haber sido utilizados como almacén de suministros para las campañas en la Alta Nubia. Entre el visir y los fuertes se intercambiaban informes y de este modo el rey permanecía en contacto con los límites de sus dominios. La campaña final de Senusret en Nubia, en el año decimonoveno, fue larga y a la postre no especialmente exitosa: el rey tuvo que retirarse cuando el nivel del río comenzó a decrecer de forma alarmante, haciendo peligrosa la navegación.

Senusret III llevó a cabo al menos una campaña en Palestina, aparentemente similar a la expedición enviada por Amenemhat II contra los *aamu* (asiáticos). En estas fechas parece haber habido un importante número de asiáticos en Egipto; algunos eran prisioneros capturados con anterioridad, pero la narración bíblica de los hermanos de José vendiéndolo como esclavo a un amo egipcio (Gen. 37, 28-36) puede estar describiendo otro modo de llegada de emigrantes. La intolerancia egipcia hacia los «orientales» ya era visible durante el reinado de Senusret I, que se describe a sí mismo como el «cortacuellos de Asia»; una percepción general que se ve reforzada por los llamados «textos de execración». Se trata de listas de enemigos escritas en objetos o figurillas de cerámica, muchos de los cuales son personajes asiáticos concretos o de pueblos de Asia en general. La intención de este tipo de texto parece haber sido asegurar la destrucción mágica de los enemigos de Egipto, quemando o aplastando los recipientes o figuritas en cuestión.

Senusret también siguió una dirección diferente en cuanto a sus reformas políticas. Aunque a menudo se le ha atribuido el desmantelamiento del sistema de nomarcas, no existen pruebas reales que apoyen semejante afirmación (véase más adelante la sección sobre el cambio político). No obstante, sus intentos por conseguir que Egipto regresara a una forma de gobierno más centralizada supusieron un importante reajuste político y social (sobre todo para las clases medias) y su reinado se considera con toda razón un punto de inflexión crucial en la historia del Reino Medio.

La tumba de Senusret III, una pirámide de adobe de sesenta metros de altura revestida con bloques de caliza, se encuentra en Dashur, como la de Amenemhat II. Dentro del recinto delimitado por el muro del *temenos* se construyeron mastabas para su familia inmediata; pero los verdaderos enterramientos se encuentran en galerías

bajo tierra, un nivel para las reinas y otro para las princesas. Dieter Arnold ha demostrado que este complejo toma algunas de sus ideas del de la Pirámide Escalonada de Djoser en Sakkara (III Dinastía). La cámara funeraria posee un techo abovedado y está construida con granito enlucido con yeso blanco. Ni la cámara del rey ni su sarcófago parecen haber sido utilizados. Sin embargo, en el extremo sur de Abydos se construyó para Senusret un segundo complejo funerario, consistente en una tumba subterránea y un templo mortuorio, donde el culto al soberano continuó durante dos siglos. Algunos estudiosos sospechan que el complejo de Abydos puede haber sido el verdadero lugar de enterramiento, pero tampoco en él se han encontrado los restos del soberano.

Amenemhat III: el climax cultural del Reino Medio

El único hijo conocido de Senusret fue Nimaatra Amenemhat III (c. 1831-1786 a.C.). Podría decirse que fue durante este largo y pacífico reinado cuando el Reino Medio alcanzó su cima cultural. La marca del gobierno de Amenemhat parece haber sido la consolidación de lo que se había conseguido hasta entonces. Reforzó la frontera de Semna y amplió alguno de los fuertes. Entre otros trabajos constructivos figuran numerosos santuarios y templos y la inmensa estructura de Biahmu (en el noroeste de Fayum), que contaba con dos colosales estatuas sedentes del rey en cuarcita mirando hacia el lago y que posteriormente sería descrita por Heródoto (2, 149). También construyó un gran templo para Sobek en otro emplazamiento de Fayum, Kiman Faras (Cocodrilópolis),y amplió el templo de Ptah en Menfis. Las estatuas que se conservan de Amenemhat III son sorprendentes y se caracterizan tanto por su originalidad como por su factura, como ocurre con una pequeña cabeza del soberano que hoy día forma parte de la colección del Museo Fitzwilliam (Cambridge), uno de los más sutiles y elegantes de sus muchos retratos. Las llamadas esfinges *hyksas* y partes de sus santuarios se han encontrado reutilizados en los templos del Tercer Período Intermedio en Tanis, igual que dos estatuas gemelas de granito negro del rey con forma de dios del Nilo portando ofrendas de pescado, flores de loto y gansos, un diseño que posteriormente imitarían soberanos del Reino Nuevo como Amenhotep III (1390-1352 a.C.).

Muchas inscripciones recogen la actividad minera de Amenemhat III. Sólo en la región del Sinaí, donde los funcionarios del rey trabajaron de forma casi continua en las minas de turquesa y cobre, se han identificado cincuenta y nueve grafitos. También se explotaron las canteras de Wadi Hammamat, Tura, Asuán y varios lugares de Nubia.Todos estos edificios y la actividad industrial son un símbolo de la prosperidad que disfrutó Egipto durante este reinado, pero también pudieron haber agotado la economía; si a esto unimos una serie de malas crecidas del Nilo a finales

del reinado, el resultado fue el declive político y económico. Resulta irónico que la gran cantidad de asiáticos traídos al país, al parecer para trabajar en las numerosas construcciones del soberano, pudiera haber animado el asentamiento de los llamados hyksos en el delta, que terminará por originar el colapso final del gobierno nativo egipcio.

Antes de la construcción de las presas modernas en Asuán y de la creación del lago Nasser, la inundación anual de Nilo era crítica para el suministro de alimentos de Egipto. Los registros de Amenemhat de los niveles de la inundación en Kumma y Semna, en Nubia, son numerosos, y revelan unas crecidas extremadamente altas durante una parte de su reinado; la mayor tuvo lugar en el año 30, cuando alcanzó 5,1 metros. Sin embargo, esta tendencia se invirtió de forma extrema, de modo que en el año 40 el nivel era de sólo 0,5 metros. Semejantes fluctuaciones tendrían un efecto desestabilizador en la economía. Como Fayum es el único oasis de Egipto que depende del río, su sistema de irrigación necesitaría de las aguas de la crecida, lo que quizá explique el gran interés del rey en los niveles de la inundación. También es probable que las crecidas del Nilo fueran escrutadas de cerca para evitar posibles daños en el norte. Amenemhat III mantuvo el programa hidráulico de Fayum y posteriormente llegaría a ser adorado allí como Lamares, el dios de la zona; pero como sucede con Amenemhat II, no está claro qué parte de los trabajos hidráulicos se realizaron durante su reinado. Su deificación pudo haber tenido lugar en una fecha tan temprana como el comienzo del reinado de su sucesor, la reina Sobekneferu; pues ésta tenía mucho que ganar con la deificación de un hombre que posiblemente fuera su padre.

Amenemhat construyó su primera pirámide en Dashur, pero como sucediera con la Pirámide Romboidal de Esnefru (IV Dinastía), parece que durante la construcción aparecieron fracturas en el edificio. La pirámide terminada constaba de un núcleo de ladrillos de adobe revestido por una capa de caliza (en la actualidad desaparecida); su piramidión de piedra se encuentra en el Museo Egipcio de El Cairo. En la zona suroccidental de la pirámide, dentro de dos corredores recientemente descubiertos, se encontraron los restos de la reina Aat y de otro miembro femenino de la realeza. Sus criptas contaban con entradas independientes por fuera de la pirámide, un detalle que habría permitido acceder a ellas una vez que se hubiera sellado aquélla. El sarcófago de la reina Aat es idéntico al del rey.

Cada una de las cámaras funerarias de las reinas en Dashur cuenta con su propia «cámara ka», donde se colocaron los vasos canopos. Se trata de un tipo de habitación funeraria que antaño fue privilegio de los reyes, por lo que probablemente se trate de un aspecto bastante especializado de la llamada democratización de la otra vida (véase la sección sobre religión más adelante); es posible que estas capillas representen nuevas creencias respecto a la otra vida de las mujeres de la realeza. Sus

corredores estaban comunicados con el del rey y, de no haber sido por los fallos estructurales aparecidos, hubieran compartido la tumba con él.

El lugar definitivo de reposo del rey se encuentra en Hawara, en el sureste de Fayum. Su monumento más conocido es el templo mortuorio conectado a la pirámide, que puede haberse parecido al patio de la fiesta *Sed* del complejo piramidal de Djoser en Sakkara. Debido a sus numerosos pasillos y habitaciones, el templo de Hawara llegó a conocerse como «el Laberinto». A pesar de que seis escritores clásicos lo describen, incluidos Heródoto (2,148-149), Estrabón (17.1.3,37,42) y Plinio (Historia natural, 36, 13), ningún detalle de su planta resulta coherente, ni siquiera tras la prospección realizada por Petrie en 1888; por lo tanto, los esfuerzos para reconstruir su apariencia original han resultado infructuosos. La cámara funeraria de Amenemhat en Hawara fue pensada en un primer momento para ser compartida con la princesa Neferuptah, quien probablemente fuera su hermana; pero posteriormente ésta fue trasladada a una pequeña pirámide separada, situada a unos cuantos kilómetros de distancia (en la actualidad casi por completo destruida por los saqueadores de piedra y las aguas subterráneas). La importancia de Neferuptah, tanto durante su reinado como tras su muerte, unida a los privilegios que le fueron concedidos tanto a ella como a las dos reinas de Dashur, sugiere que durante la XIII Dinastía las mujeres de la realeza gozaron de una mayor categoría.

Amenemhat IV y Sobekneferu

Dado el largo reinado de Amenemhat III, cabe la posibilidad de que Maakherura Amenemhat IV (1786-1777 a.C.) fuera su nieto; pero también es posible que el último soberano varón de la XII Dinastía fuera un hijo de edad avanzada, cuya vida estaba a punto de terminarse cuando accedió al trono, pues sólo reinó durante nueve años. Es probable que se casara con la reina Sobekkara Sobekneferu (1777-1773 a.C.), de quien Manetón dice que era su hermana. Se han conservado pocos de sus monumentos y poco es lo que se conoce de los acontecimientos de su reinado, que puede haber transcurrido sobre todo completando varios templos comenzados por su predecesor, como el santuario de caliza de la diosa de la cosecha, Renenutet, en Medinet Maadi, en el suroeste de Fayum. También hubo continuas expediciones a las minas de turquesa del Sinaí y comercio con el Levante.

Sólo se conservan unos cuantos documentos del último soberano de la XII Dinastía, la reina Sobekneferu, pero algunos de ellos ofrecen pistas muy interesantes sobre su reinado: aparece en el Canon de Turín; en la fortaleza nubia de Kumna hay un grafito en el Nilo que informa de que la crecida alcanzó 1,83 metros de altura en el tercer año de su reinado; y también se conserva un cilindro-sello con su nombre y titulatura, en la actualidad en el Museo Británico. En general la reina utiliza títulos

femeninos, pero también algunos masculinos. En Fayum se encontraron tres estatuas descabezadas de la reina y algunos objetos más que conservan su nombre. Contribuyó al «Laberinto» de Amenemhat III y también construyó en Heracleópolis Magna.

Existe una interesante, aunque dañada, estatua de la reina de procedencia desconocida; la vestimenta que lleva es única, pues combina elementos del vestuario masculino y del femenino, algo que recuerda su ocasional uso de los títulos masculinos en sus registros. Esta ambigüedad pudo haber sido un intento deliberado de calmar las críticas contra un soberano femenino. Una intrigante estatuilla de Sobekneferu en el Museo Metropolitano de Nueva York muestra a la reina vestida con la capa de la fiesta *Sed* y tocada con una corona de lo más inusual, que puede ser el resultado de combinar los elementos iconográficos no familiares de los soberanos masculinos y los femeninos. La reina permaneció en el trono menos de cuatro años y su tumba —al igual que la de Amenemhat IV— sigue sin ser identificada.

La XIII Dinastía

Los soberanos de la XIII Dinastía continuaron la política de los soberanos de la dinastía anterior y utilizando Itjtawy como capital, pero la nueva dinastía estaba formada por linajes diferentes y todavía queda por resolver cómo fue elegido el nuevo rey. Stephen Quirke ha sugerido «una sucesión circulante» entre las principales familias, lo que ayudaría a resolver la cuestión de la brevedad de la mayor parte de los reinados. No obstante, la burocracia continuó funcionando del mismo modo que lo había hecho durante la XII Dinastía. Los egipcios seguían controlando la zona en torno a la segunda catarata, se medía la crecida del Nilo y continuaron construyéndose monumentos regios (si bien eran mucho menos impresionantes que los de los grandes soberanos de la XII Dinastía). Por otra parte, la delicadeza o estilo de las artes visuales no muestran síntomas de decadencia con respecto a las mejores obras de la XII Dinastía. Esta continuidad —interrumpida en ocasiones— duró hasta el reinado de Neferhotep I.

Si bien el Canon de Turín recoge muchos nombres de la XIII Dinastía, sabemos poco sobre los soberanos en sí. Wegaf Khutawyra fue el primero de ellos, seguido de Khutawy-Sekhemra Sobekhotep II. Tras el reinado del tercer rey, Sankhtawy-Sekhemra Iykhernefert-Neferhotep, se dejó de anotar la crecida del Nilo durante algún tiempo y puede que se trate de un momento de inquietud política: quizá sea significativo que durante este mismo período haya pocos registros en las minas de turquesa del Sinaí. No obstante, los contactos comerciales continuaron y el soberano de Biblos se sigue describiendo a sí mismo como «servidor de Egipto». Los sellos de los fuertes nubios muestran que los asuntos meridionales seguían como siempre. El rey Awibra Hor pertenece a esta época; su enterramiento —una sencilla tumba-pozo — fue descubierto por Jacques de Morgan en el complejo mortuorio de Amenemhat III en Dashur. A pesar de la continuidad cultural ya mencionada, nada expresa de forma tan clara las limitadas posibilidades de los soberanos de esta época como la pobreza de la tumba de Awibra Hor.

Tras este breve período de inestabilidad hubo varios reyes efímeros, incluido Sekhemra-Khutawy Sobekhotep II, de cuyo reinado data un papiro muy interesante que nos revela detalles de la vida cortesana en Tebas durante un período de doce días. El análisis realizado por Stephen Quirke de este documento (Papiro Bulaq 18) ha revelado muchos datos sobre la estructura jerárquica del palacio en la XIII Dinastía y su modus operandi. Unos cuatro reyes después, aproximadamente en 1744 a.C., Sekhemra-Sewadjtawy Sobekhotep III se convirtió en rey y durante algún tiempo pareció que la suerte de los soberanos egipcios iba a cambiar. Un relieve grabado en el acantilado situado sobre Nag Hammadi, en el Egipto Medio, proporciona información muy específica sobre los miembros de la familia del rey. La fecha más

alta es el año quinto de reinado, si bien el Canon de Turín le concede sólo tres años y dos meses de gobierno; a pesar de su brevedad, dejó inscripciones fechadas en monumentos repartidos desde Bubastis, en el delta, hasta Elefantina, en el sur.

Resulta evidente que el sucesor de Sobekhotep III, Khasekhemra Neferhotep I (c. 1740-1729 a.C.), tampoco pertenecía a la familia real; pero como también dejó muchas inscripciones en monumentos, es posible que su reinado fuera fuerte. Fue reconocido como señor por Inten, soberano de Biblos, y se han encontrado inscripciones suyas en lugares tan meridionales como Knosso, inmediatamente al sur de la segunda catarata en Nubia. A pesar de estas demostraciones de poder, no controlaba todo el reino egipcio, a juzgar por las pruebas que existen de la presencia de gobernantes independientes en Xois y Avaris, en el delta.

El trono pasó a los dos hermanos de Neferhotep I, Sahathor y Sobekhotep IV, seguidos por el breve reinado del hijo de Sobekhotep IV Esta minidinastía terminó con Sobekhotep V, en torno a 1723 a.C. No obstante, del reinado de Sobekhotep IV se ha conservado información suficiente como para pensar que tenía todas las hechuras de un rey fuerte y que continuó teniendo cierto control sobre Nubia, donde se encontraron dos estatuas suyas al sur de la tercera catarata (otras han sobrevivido reutilizadas en Tanis). No obstante, fue durante su reinado cuando aparecieron los primeros síntomas de rebelión en Nubia, que terminaría por escapar al control egipcio y pasar a ser gobernada por un linaje de reyes nubios asentados en Kerma (véase el capítulo 8). Para entonces, el Egipto del Reino Medio se había roto en las esferas de influencia que formaron la base de gobierno del Segundo Período Intermedio.

Los procesos de cambio político durante el Reino Medio

El gobierno del Reino Medio se basaba en términos generales en la estructura creada durante el Reino Antiguo, pero con cambios significativos. La burocracia de la Corona se mantenía gracias a los impuestos, si bien se ha conservado poca información directa sobre éstos en las fuentes del Reino Medio. El sistema fiscal se basaba esencialmente en cálculos sobre la producción de las tierras y los canales y se pagaba en especie. A menudo, los templos y otras fundaciones piadosas quedaban exentas en parte de impuestos, cuando no por completo (véase más abajo). Además había un sistema de trabajo obligatorio en el que hombres y mujeres de la clase media y baja eran enrolados para realizar tareas físicas concretas, incluido el servicio militar. Este sistema de azofra se organizaba mediante los funcionarios de la ciudad, pero existía un control centralizado en la oficina de «organización del trabajo». Si bien era posible librarse de forma legítima del trabajo pagando a otra persona para que lo realizara, los que lo evitaban huyendo eran castigados con severidad, al igual que sus familias y cualquier otro que les hubiera ayudado a conseguirlo. Documentos de la fortaleza de Askut, en la Baja Nubia, revelan que era uno de los lugares a donde podían ser enviados aquéllos que huían de la azofra; es indudable que otros eran enviados a las regiones mineras.

La práctica de la azofra continuó hasta la XVII Dinastía y sólo las gentes de Nubia parecen haber estado exentas, tanto de los impuestos como del trabajo obligatorio. Por su parte, el gobierno mantenía la paz y patrullaba las fronteras al norte de la segunda catarata y al oeste de las «Murallas del gobernante». Mediante una serie de incursiones en Palestina y campañas en Nubia, los soberanos del Reino Medio fueron capaces de ampliar la influencia y prosperidad de Egipto. El comercio era monopolio del rey, supervisado por los funcionarios del Estado, y en Nubia las recompensas eran extremadamente sustanciales.

Muchos de los títulos ostentados por los funcionarios del Reino Medio eran iguales a los del Reino Antiguo, pero también se crearon cargos nuevos. Una de las características más visibles del Reino Medio fue que los títulos oficiales mejoraron y pasaron a definir cargos y labores más específicos, lo cual se debe quizá a un crecimiento generalizado de la burocracia, si bien el rango de actividades de cada cargo se restringió. Una excepción a esta disminución de tareas fue la del «portador del sello real», al que se le concedieron amplias tareas de supervisión, sobre todo durante el reinado de Mentuhotep II. El visir, cuyas responsabilidades se enumeran en un texto funerario de la XVIII Dinastía de la tumba de Rekhmira (*Las obligaciones del visir*), seguía siendo el principal ministro tras el rey, si bien a partir de la XI Dinastía aparece de forma menos destacada en la documentación. La práctica de mantener dos visires no está confirmada en el Reino Medio, si bien durante el reinado

de Senusret I parece que sí hubo dos (Antefoker y Mentuhotep) sirviendo al mismo tiempo.

Las escasas fuentes de finales del Reino Medio sugieren que hubo otros cambios políticos entre el Reino Antiguo y el Reino Medio: el gobierno central del Reino Medio era mucho más visible en las diferentes regiones (de lo cual hubo escasas muestras durante el Reino Antiguo). También existió un mayor control sobre los individuos y de las obligaciones que se consideraba que cada uno de ellos tenía para con el gobierno. Esta mayor invasión de la vida privada se puede atribuir a la costumbre del Reino Medio de delegar gran parte del control local en los alcaldes de las ciudades. También se produjo un marcado cambio a la hora de llevar a las provincias los estilos y prácticas de la capital. El arte es el mejor indicador de este fenómeno.

No obstante, fue el cargo de nomarca el que experimentó las mayores fluctuaciones durante el Reino Medio. Gracias a la distancia que los separaba de Menfis, durante el Reino Antiguo los primeros nomarcas disfrutaron siempre de una cierta independencia. Esta se vio fortalecida por el colapso del Reino Antiguo y uno de los principales objetivos de los soberanos del Reino Medio fue minimizarla. Cada rey eligió una estrategia diferente para imponer su política.

Durante el reinado de Mentuhotep II, los nomarcas fueron mantenidos en sus cargos en muchas de las regiones de las cuales poseemos documentación (si bien la mayor parte de este tipo de pruebas no se ha conservado); pero parece que los nomarcas considerados poco serviciales perdieron sus puestos de forma automática. Durante la XI Dinastía, los nomarcas siguieron representando su papel tradicional, pero supervisados por los funcionarios del rey. Muchos de los que conservaron el poder seguían teniendo sueños de grandeza: por ejemplo, durante el reinado de Mentuhotep IV, el conde Nehry, del nomo de Hermópolis, data sus inscripciones en su propio año de «reinado» y sus textos en la cantera de Natnub sugieren sin duda desafíos al rey.

El plan básico adoptado por Amenemhat I fue hacer que cada ciudad se convirtiera en el centro de la administración. Cada población estaba controlada por un alcalde y sólo el funcionario principal de las ciudades más importantes heredó el cargo de nomarca. Al concentrarse en la ciudad como unidad básica de gobierno, el impacto político del nomo, una región más amplia, comenzó a declinar. Los nomarcas de Amenemhat I ostentaron los títulos de «gran señor, alcalde y supervisor de sacerdotes» y se concentraron sobre todo en las regiones centrales y fronterizas de Egipto. El factor clave del control regio sobre estos hombres parece haber sido el hecho de que, al menos durante los dos primeros reinados de la XII Dinastía, todos fueron nombrados personalmente por el rey (si bien en época de Amenemhat II el cargo se había vuelto de nuevo hereditario).

Estos nomarcas intentaron obtener el máximo beneficio de sus cargos, algunos de ellos adoptando para su propio personal títulos que imitaban los de la corte real: de vez en cuando encontramos en estos séquitos un «tesorero», un «canciller» e incluso un «capitán del ejército». A pesar de estas pretensiones, a los grandes señores no se les permitió olvidar a su benefactor, el rey, que los había organizado de un modo casi feudal: sólo le debían lealtad a él y, a cambio de los favores reales, estaban obligados a proteger las fronteras de Egipto, encabezar expediciones para el rey y probablemente actuar como representantes suyos en las recepciones oficiales de los extranjeros, como la llegada de mercaderes beduinos al nomo del Oryx que tuvo lugar durante el reinado de Amenemhat II y aparece representada en la tumba de Khnumhotep, en Beni Hassan (BH3).

El principal título del nomarca, «gran señor», desapareció en época de Senusret III y la explicación más generalizada es que fue una imposición del rey. Es más probable, sin embargo, que la razón real sea otra: en tiempos de Senusret III, sólo los nomarcas de El Bersha y Elefantina siguen siendo mencionados de forma inequívoca como poseedores del título de «gran señor» (otras zonas estaban controladas por alcaldes, pero la documentación de muchas ciudades falta, de modo que no podemos estar seguros al cien por cien). Detlef Franke ha demostrado que durante el reinado de Senusret II la práctica era que el rey educara a los hijos de los nomarcas en la capital y luego les otorgara cargos, ya fuera en la capital o en otras zonas. Con los vástagos de la familia dispersados de este modo, el puesto de nomarca habría terminado siendo eclipsado por el de alcalde, que inevitablemente no disfrutó del mismo nivel de riqueza y poder que había tenido el gobernador provincial. Esto explicaría por qué terminó la época de las grandes tumbas provinciales decoradas. Por lo tanto, no es probable que Senusret fuera el instrumento de la desaparición de los nomarcas, puesto que los datos indican que si bien fue durante su reinado cuando el cargo se extinguió, llevaba en declive al menos la época de Amenemhat II.

Pese a todo, Senusret III situó a otros funcionarios (con base en la corte real) como gobernadores de grandes secciones del país, lo que supuso una clara ruptura con las prácticas del pasado. Se crearon dos oficinas (*waret*), una para las zonas meridionales y otra para las zonas septentrionales del país, controladas por una jerarquía de funcionarios. También se inauguraron otros departamentos, como el «tesoro», la «oficina de las donaciones de la gente» y la de «organización del trabajo». El sector multar fue organizado al mando de un general en jefe y hubo una nueva «oficina del visir». Además de esos departamentos, había una administración separada para el palacio. Como resultado de esta nueva jerarquía, aparecieron títulos nuevos, además de producirse el correspondiente incremento en la burocracia de clase media, lo que se refleja en el mayor número de estelas funerarias de este período, una señal visible de la mayor prosperidad de la clase media.

Fuera de los límites gubernamentales se encontraban las heredades de los templos y sus dependencias. Como revelan los contratos del alcalde Djefahapy de Asyut, se trata de un mundo igual de burocrático. Los diez contratos de Djefahapy —que han sobrevivido porque fueron inscritos en un muro interior de su tumba— fueron firmados para asegurar que su culto mortuorio se mantendría tras su muerte. Aparte de las implicaciones legales, el contrato revela también algunas otras condiciones que se aplicaban al templo, como que cada persona del distrito tenía obligación de entregar al mismo cada año, con ocasión de la primera cosecha, un *heqat* (casi cinco litros) de grano por cada campo de su propiedad. Los contratos son muy específicos, lo cual nos indica que los templos eran autosuficientes y también tenían que pagar impuestos a la Corona, a menos que recibieran de manos del rey un decreto de exención. La política de Senusret I de construir templos provinciales por todo el país redujo de forma efectiva las bases de poder de los templos locales.

La corte real

Del Reino Antiguo se han conservado muy pocos datos sobre el papel del faraón, pero hay algunos textos del Reino Medio que han arrojado algo de luz sobre la naturaleza de la realeza, como *Las enseñanzas para Merykara*, *Las Enseñanzas de Amenemhat I* y los *Himnos para Senusret III*. Algunos documentos no procedentes de la corte también nos proporcionan información, como es el caso de un largo poema en la estela de Sehetepibra encontrada en Abydos (Museo Egipcio de El Cairo), que describe la importancia del rey para su pueblo.

Los episodios finales de *La historia de Sinuhé* (donde se describe su regreso a la corte desde el exilio) proporcionan detalles sobre la vida en la corte; pero es el Papiro Bulaq 18 (XIII Dinastía) el que nos proporciona los datos más elocuentes sobre la jerarquía social de la familia real y las cantidades de raciones diarias entregadas, indicando así la importancia relativa de estos y otros dependientes del palacio. El papiro también indica la fluidez de movimientos de las distintas personas, incluidas sus estancias fuera del palacio. Respecto al propio complejo palacial, el papiro indica que existían tres divisiones internas dentro de sus límites. En orden descendiente de importancia, son: el *kap* o guardería, que era dominio de la familia real, sus sirvientes personales y los hijos seleccionados para ser educados a expensas del rey; el *wahy* o zona de audiencias de la sala columnada, el lugar donde tenían lugar los banquetes; y el *khenty* o palacio exterior, donde tenían lugar los quehaceres de la corte. Estos tres grupos de edificios se encontraban dentro de una zona menos digna llamada *shena*, donde se entregaban provisiones a los dependientes del palacio. El visir y los funcionarios principales ocupaban el *khenty*, mientras que el equipo de servidores quedaba restringido al *shena*. El supervisor interior del *kap* parece haber sido el único funcionario que podía actuar tanto en la zona exterior como en el interior del palacio. Sin la información del Papiro Bulaq 18, nuestro conocimiento de la organización palaciega del Reino Medio apenas iría más allá de los planos arquitectónicos de un palacio de la XII Dinastía en Tell Basta y un palacio de comienzos de la XIII Dinastía en Tell el Daba, en el delta.

La vida urbana: la ciudad de la pirámide de Lahun

La vida de las gentes del común nos llega a través de la ciudad de Hetep-Senusret, junto al complejo piramidal de Senusret II, en Lahun. Llamada equivocadamente Kahun por Flinders Petrie, que la excavó en 1888-1889, estaba estrechamente asociada al culto de Senusret II. Construida siguiendo un único plano arquitectónico, como las mucho más pequeñas ciudades amuralladas del Reino Nuevo en Amarna y Deir el Medina (véanse los capítulos 9 y 10), Hetep-Senusret se fundó para acomodar a los trabajadores del rey y sus familias. No obstante, es posible que entre sus habitantes se contaran muchos que no estaban relacionados con el culto funerario. Basándose en la capacidad de los silos de grano de toda la ciudad, se ha calculado que ésta podía haber contado con una población de hasta cinco mil personas. No obstante, en la actualidad la ciudad apenas es distinguible del desierto que la rodea, puesto que sus ladrillos han desaparecido casi por completo, quedando sólo los cimientos y las hiladas inferiores de los edificios.

El material procedente de Lahun es especialmente precioso, porque deriva del mundo de los vivos más que de una necrópolis (más recientemente se han excavado en Abydos, Menfis y Elefantina asentamientos del Reino Medio, lo que permite comenzar a considerar el material de Lahun desde una perspectiva más amplia). Por desgracia, gran parte del material dejado en Lahun cuando fue abandonado durante la XIII Dinastía fue arrojado a inmensos basureros por los habitantes posteriores de la ciudad. De este modo, mucho antes de que fuera excavado se destruyó gran parte del precioso contexto del mismo. No obstante, algunas de las casas estaban comparativamente intactas, conservando su potencial para proporcionarnos unas imágenes de la vida de las personas que no suelen aparecer en el material textual y funerario. Gracias a las semillas recogidas por Percy Newberry durante la expedición de Petrie, ha sido posible reconstruir la vegetación de la zona (a pesar de cierta cantidad de contaminación de material botánico grecorromano). Había flores como amapolas, lupinos, miñoneras, jazmines y lirios (además de hierbajos) y verduras como guisantes, judías, rábanos y pepinos.

El material de Lahun también cuenta con hallazgos tan fascinantes como ramitas para encender el fuego (probablemente el único ejemplar conocido en Egipto), el molde para ladrillos más antiguo conocido (idéntico a los utilizados actualmente en Egipto), un juego de instrumental médico y otras muchas herramientas utilizadas por granjeros y artesanos profesionales. También había una rica variedad de cerámica y grandes cantidades de papiro (algunos todavía sin publicar), cuyo contenido ha arrojado luz sobre muchos aspectos de la religión y la vida diaria. Entre los textos más interesantes procedentes de Lahun se encuentra el llamado «Papiro ginecológico», que, como su nombre indica, ofrece la más antigua recopilación de

remedios para las enfermedades femeninas.

El comercio exterior

Unos cuantos fragmentos de cerámica minoica hallados en la fase de la XII Dinastía de Lahun nos indican la existencia de contactos comerciales entre el Egipto del Reino Medio y el Egeo, además de la tapa de una píxide y fragmentos de cerámica egipcia local que imitan tipos minoicos. No obstante, como estas cerámicas aparecieron en depósitos de desecho, es difícil estar seguros de su contexto estratigráfico original. Curiosamente, parecen haber sido recipientes comunes utilizados por los trabajadores (más que productos importados de lujo), lo que quizá sea un indicio de la presencia de trabajadores extranjeros procedentes de Creta entre la población de la ciudad. En la XII Dinastía hay algunos depósitos de fragmentos de «cerámica Kamares» en yacimientos como Lahun, El Haraga y Abydos y en una tumba de la misma época situada tan al sur como Elefantina. Numerosos hallazgos de este tipo revelan la existencia de una red mediterránea de intercambio artístico e iconográfico: hay objetos con motivos egipcios en lugares muy remotos, como los escarabeos dedicatorios de arcilla ofrecidos en los santuarios de las cimas de las montañas de varios lugares de Creta. Los vasos de piedra egipcios también llegaron a la isla, donde su estilo fue imitado por los artesanos minoicos. Si bien estas imitaciones locales de estilos e iconografía egipcia proceden a menudo de contextos sin datar, no por ello dejan de ser importantes, puesto que sugieren un contacto frecuente que llevó al intercambio de ideas tanto como de materiales y productos.

En Lahun y Lisht también existen pruebas tempranas de la característica cerámica de Tell el Yahudiya (véase el capítulo 8), formada por jarras que quizá contuvieran en tiempos aceite de Oriente Próximo. Los reyes egipcios promovieron activamente las importaciones de madera, aceite, vino, plata y quizá marfil desde Siria-Palestina. En el resto de Egipto también se han producido hallazgos ocasionales de cerámica, tanto chipriota como minoica. Bienes egipcios, como escarabeos, estatuas, joyas e incluso varias esfinges, se han encontrado en lugares tan lejanos como Biblos, Ras Shamra y Creta. A través de Siria se estableció contacto con Chipre y Babilonia, pero muy poco de este material procede de contextos fechados adecuadamente.

El aumento de los contactos con Oriente Próximo y Medio viene sugerido por el hecho de que en Lahun las pesas asiáticas sobrepasan en número a las egipcias. Además, uno de los hallazgos más ricos del Reino Medio es una colección de objetos de oro y plata asiáticos (quizá minoicos), descubierta en cuatro joyeros de bronce debajo del templo de Montu en Tod. Del mismo modo, Pierre Montet encontró un tesoro formado por mil objetos egipcios enterrado en una jarra en la ciudad siria de Biblos, con joyas muy semejantes a las de los «tesoros» de las tumbas de las princesas de la XII Dinastía en la necrópolis de Lahun. Neferhotep y otros soberanos egipcios fueron reconocidos como señores por los gobernantes de Biblos, quienes no

sólo copiaron las insignias y títulos egipcios, sino que también imitaron las inscripciones jeroglíficas faraónicas.

También hubo estrechos contactos con zonas al sur de Egipto. Aparte de sus actividades en Nubia, muchos de los soberanos del Reino Medio, sobre todo Mentuhotep III y Senusret I, mantuvieron lazos comerciales con la región africana del Punt (situada probablemente en algún lugar próximo a la moderna Eritrea). En el extremo oriental de Wadi Gawasis, en la costa del mar Rojo (a escasa distancia de la moderna Quseir), se ha descubierto el puerto de Sawaw, de la XII Dinastía; mientras que varias estelas inscritas encontradas a lo largo del *wadi* y en el propio puerto proporcionan documentación sobre los viajes al Punt durante la XII Dinastía.

La religión y las prácticas funerarias

Las novedades más importantes de la religión del Reino Medio tienen que ver con el culto a Osiris, que para entonces se había convertido en el gran dios de todas las necrópolis. Una de las razones del crecimiento de este culto fue el generoso patronazgo de los soberanos del Reino Medio, sobre todo en Abydos durante la XII Dinastía. El climax se alcanzó durante el reinado de Senusret III, cuyo «cenotafio» en Abydos fue el primer monumento real en ser erigido allí durante el Reino Medio. Un decreto de la época de Wegaf soberano de la XIII Dinastía, (usurpado después por Neferhotep I), prohíbe que se construyan tumbas en el camino procesional de Abydos. Sobekhotep III también erigió aquí estelas para varios miembros de su familia y Neferhotep I fue a Abydos para tomar parte en los misterios de Osiris en el segundo año de su reinado, erigiendo una estela para conmemorar el acontecimiento. Dado el poder de Osiris y Abydos en términos de legitimización del poder real, el interés de los soberanos de la XIII Dinastía por la ciudad puede haberse debido en especial a que sus orígenes eran sobre todo ajenos a la familia real, pero no se puede decir lo mismo de los monarcas de la XII Dinastía. La creciente influencia de Osiris parece derivar hasta cierto punto de la promoción activa de Abydos y de los llamados misterios de Osiris. En una estela de la XII Dinastía (actualmente en el Museo de Berlín) erigida en Abydos por Ikhernofret, organizador de la fiesta anual durante el reinado de Senusret III, se mencionan algunos detalles de estos ritos.

El crecimiento del culto osiriano vino acompañado de un fenómeno cultural que en ocasiones se describe como la «democratización de la otra vida»: el acceso de la gente del común a privilegios funerarios que antaño lo fueron reales. Las numerosas estelas de Abydos demuestran concretamente que se estaba volviendo algo habitual para los particulares tomar parte en los ritos de Osiris, recibiendo con ello bendiciones antes restringidas a los dioses. Como resultado de esta situación, las creencias y ritos funerarios de toda la población egipcia comenzaron a cambiar. Uno de estos primeros cambios fue la práctica de decorar los ataúdes no regios con *Textos de los sarcófagos*, una combinación de extractos de los *Textos de las pirámides* con nuevas composiciones funerarias aparecidas durante el Primer Período Intermedio (véase el capítulo 6). No obstante, durante la XII Dinastía el uso de estos textos se interrumpió de repente, sobre todo como resultado de nuevos cambios funerarios, como la introducción del ataúd momifornie, que debido a su forma más irregular no era tan adecuado para una larga inscripción con un texto religioso.

Otro cambio religioso del Reino Medio fue la idea de que todas las personas (no sólo el rey) poseían ba, o fuerza espiritual. La prueba más evocadora de esto es el texto literario titulado *Diálogo entre un hombre cansado de la vida y su «ba»*, que quizá sea el más antiguo debate sobre la cuestión del suicidio, un poderoso tratado

filosófico. También hubo un énfasis notable en la «piedad personal» (es decir, el acceso directo y personal a las deidades en vez de por intermediación del rey o los sacerdotes; un concepto religioso que se haría aún más popular durante el Reino Nuevo). Las estelas del Reino Medio hacen hincapié en la piedad del difunto y de ahí nació el concepto de la «confesión negativa» (una lista ritual de faltas que el difunto afirmaba no haber cometido). Las propias estelas se convirtieron en monumentos populares, sobre todo las decoradas con ojos *wedjat*, el símbolo máximo de protección; pero durante este período también aparecieron otros símbolos (como por ejemplo el anillo *shen* y el disco solar alado), iguales a los encontrados en las estelas reales.

Los complejos mortuorios reales de la XI y la XII Dinastías sufrieron cambios considerables en su diseño, resultado de la búsqueda de los reyes de la forma arquitectónica más adecuada para reflejar sus creencias religiosas. Ingenieros y arquitectos alcanzaron gran maestría y los canteros superaron la notable habilidad de sus homólogos del Reino Antiguo. Esta capacidad no sólo se puso al servicio de los complejos reales, sino también de la creación de templos más grandes y construidos con mayor maestría. En esta época nos encontramos con una compleja disposición interna en las pirámides reales y experimentos estructurales en arquitectura, como los caminos aterrazados de Mentuhotep II en Deir el Bahari, los pilonos y el santuario triple de Mentuhotep III en la colina de Thoth en Tebas y las galerías de Senusret II en su pirámide de Lahun. Los relieves, que en el Reino Antiguo sólo encontrábamos en los complejos mortuorios, ahora los podemos ver en los muros de los templos del Reino Medio, tanto los dedicados a los dioses como a los reyes. Fue también durante este período cuando se inauguró el vasto complejo de templos de Karnak y se construyeron los importantes templos y sistemas de irrigación de Fayum.

A partir de la XI Dinastía encontramos también innovaciones en las tumbas regionales de los nomarcas que muestran la visión del mundo que tenían estos funcionarios, con su interés en la caza, la pesca y los combates de lucha, así como su fascinación por el exótico mundo de los asiáticos. Los grandes y espléndidamente decorados hipogeos contaban por lo general con fachadas con pilares, estando las tumbas situadas por encima de las de los miembros de sus «cortes», repartidos más abajo por la ladera. Los ataúdes de los nomarcas —sobre todo los de Deir el Bersha — albergan las mejores imágenes de todos los que se han conservado. En varios casos están decorados con las copias más antiguas del *Libro de los dos caminos*, una serie de instrucciones para llegar sano y salvo al más allá. No obstante, al ir disminuyendo la importancia del cargo de nomarca, el carácter de las necrópolis provinciales cambió: el tamaño y número de las tumbas menores aumentó, existiendo una «graduación» menos evidente en la disposición espacial de las mismas. En cambio, en la capital las cosas eran muy diferentes: las tumbas de los «funcionarios»

se encuentran situadas en las necrópolis reales más que en los cementerios familiares locales, la mastaba se convirtió en el tipo preferido de tumba particular y se volvió imperativo para todo el mundo contar con un monumento en Abydos.

En el Reino Medio la momificación se había extendido mucho, pero no era efectiva. Si bien la evisceración se había vuelto más habitual, la momificación de los cuerpos era de baja calidad, por lo que la carne residual apenas se ha conservado, a pesar de que a menudo el vendado exterior era generoso. Se dotaba a las momias de máscaras de cartonaje, por lo general bellamente pintadas, y los cuerpos se colocaban de lado en ataúdes rectangulares orientados atendiendo tanto a los puntos cardinales como a los textos escritos en las paredes de las tumbas.

Otro cambio significativo en las prácticas funerarias fue la introducción del *shabti*, una palabra que en ocasiones se escribe *ushabti* o *shawabti* y que puede significar «bastón», «respondedor» o quizá ambas cosas a la vez. Los *shabtis* eran estatuillas de diversos materiales (cera, arcilla, cerámica, fayenza, madera o piedra) destinadas a actuar como sustitutos mágicos del dueño de la tumba cuando a éste se le pidiera realizar trabajos para Osiris. Los primeros ejemplares, fechados en la época de Mentuhotep II, tienen a menudo forma de figurillas desnudas sin fórmulas funerarias escritas sobre ellas, mientras que otros son momiformes. Esta figurillas eran recordatorios tridimensionales de la fórmula 472 de los *Textos de los sarcófagos*, que aparecen en el interior de unos pocos ataúdes del Reino Medio. No obstante, a finales de la XII Dinastía el texto había comenzado a escribirse en el propio *shabti*. Se piensa que el papel del *shabti* puede estar relacionado con el sistema de azofra, según el cual todas las personas estaban obligadas a realizar trabajos para el rey, o con el trabajo que las personas del común tenían que llevar a cabo para mantener los canales locales. Al igual que los trabajadores humanos, los *shabtis* posteriores llevan azadas y cestas para realizar sus tareas.

Los logros culturales del Reino Medio

El Reino Medio fue una época en la cual el arte, la arquitectura y la religión alcanzaron nuevas cotas; pero, sobre todo, fue un período de confianza en la escritura, sin duda animada por el crecimiento de la «clase media» y el sector escriba de la sociedad, que a su vez se debió en no poca medida a la ampliación de la burocracia durante el reinado de Senusret III. Florecieron muchas formas literarias diferentes y los propios egipcios parecen haber considerado ésta como la época «clásica» de su literatura. Narraciones como *La historia de Sinuhé* (cuya popularidad se refleja en el elevado número de copias que se han conservado), *El náufrago* y los fantásticos episodios del Papiro Westcar se escribieron durante el Reino Medio, siendo también muy populares obras religiosas y filosóficas como el *Himno a Hapy*, la *Sátira de los oficios* y el *Diálogo de un hombre cansado de la vida con su «ba»*. Además, se ha conservado una amplia variedad de documentos oficiales, como informes, cartas y estadillos de cuentas, que no sólo nos ayudan a conseguir una imagen más precisa de la época, sino que también nos indican que el alfabetismo estaba más extendido que durante el Reino Antiguo.

Dirigido por los soberanos del Reino Medio, Egipto abrió sus ojos al amplio mundo de Nubia, Asia y el Egeo, beneficiándose del intercambio de materias, productos e ideas. El Reino Medio fue una época de tremenda inventiva, gran visión y proyectos colosales, al mismo tiempo que se prestaba una cuidadosa y elegante atención al detalle cuando se trataba de crear los más pequeños objetos de uso cotidiano o de decoración. Esta escala más humana se aprecia en el sentimiento predominante de que los seres humanos se habían vuelto más significativos en términos cósmicos, ya fuera respecto a sus obligaciones para con el Estado (mediante los impuestos y la azofra), sus disposiciones para el enterramiento o su mayor presencia en la literatura de la época. Ni Sinuhé ni el náufrago podrían haber sido protagonistas literarios durante el Reino Antiguo, pero encajan perfectamente en la literatura del Reino Medio, una época de mayor humanidad.

8. EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

(c. 1650-1550 a.C.)

JANINE BOURRIAU

El Segundo Período Intermedio está definido por la división de Egipto: la fragmentación de las Dos Tierras. «¿Por qué he de contemplar mi poder mientras hay un Gran Hombre en Avaris y otro en Kush, sentados unidos con un asiático y un nubio mientras cada hombre posee su parte de Egipto?». Esta era la queja del rey egipcio Kamose (1555-1550 a.C.) a finales de la XVII Dinastía.

El comienzo del Segundo Período Intermedio se caracteriza por el abandono de la Residencia de Lisht, a 32 kilómetros al sur de Menfis, y el establecimiento de la corte real y sede del gobierno en Tebas, la ciudad meridional. El final del período llegó con la conquista de la capital de los reyes hyksos, Avaris, en el delta oriental, a manos de Ahmose, rey de Tebas. La reunificación de Egipto conseguida por Ahmose perduró durante cuatrocientos años. El tiempo transcurrido entre ambos acontecimientos fue de aproximadamente un siglo y medio. El último faraón de Lisht probablemente fuera Merneferra Ay (c. 1695-1685 a.C.), porque se trata del último soberano de la XIII Dinastía (siguiendo la secuencia proporcionada por la lista real del Canon de Turín) que aparece en inscripciones tanto en monumentos del Alto Egipto como del Bajo Egipto. La conquista de Avaris se puede fechar con mucha mayor precisión, entre los años 18 y 22 de Ahmose, 1532-1528 a.C. en la cronología que utilizamos aquí.

En el transcurso de sólo seis generaciones (cada una calculada en veinticinco años) tuvieron lugar profundos cambios culturales y políticos; pero la desunión imperante en Egipto significa que se produjeron de modos diferentes y a distintas velocidades en cada región. En vez de presentar la historia del período como una narración continua, parece más adecuado describirla desde el punto de vista de cada una de las regiones principales de Egipto, de norte a sur. Estas regiones sólo pueden definirse atendiendo a nuestras fuentes, pero dadas las lagunas existentes en las pruebas, es probable que el país estuviera todavía más fragmentado de lo que pensamos. Sólo tras el comienzo de la guerra entre los reyes hyksos y tebanos, que terminó implicando a todo Egipto, parece adecuado recurrir a una única narración histórica.

Las fuentes escritas presentan problemas peculiares, debido a su abundancia más que a su escasez; pero la dificultad de integrar lo que nos dicen con la documentación arqueológica sigue existiendo. Se pueden dividir en seis categorías: listas reales, de las cuales la más detallada es el papiro hierático conocido como el Canon de Turín (compilado durante el reinado de Ramsés II a partir de listas anteriores conservadas en Menfis); la *Aegyptíaca* de Manetón, una historia escrita en el siglo III a.C. de la que sólo se conservan fragmentos copiados por cronistas posteriores; inscripciones

regias contemporáneas y no contemporáneas escritas como «propaganda», pero que por esa misma razón nos ofrecen una *mise en scène* vivida y dramática; inscripciones particulares contemporáneas, en especial las «biografías funerarias»; los registros de la administración, tanto públicos como privados; y, por último, textos literarios y científicos como el Papiro Sallier I y el Papiro matemático Rhind. Estos textos siempre son valiosos, pero pueden aparecer ambigüedades, porque los más significativos, las inscripciones reales, a menudo han sido desplazados de sus contextos originales. La mayor parte de las estelas tebanas reales se encontraron rotas y reutilizadas en edificios posteriores, mientras que en Avaris ninguno de los elementos de piedra inscritos de los edificios monumentales de adobe de los reyes hyksos se ha encontrado en el estrato al que pertenecía originalmente.

Las fuentes arqueológicas poseen sus propios problemas; el principal es la abundancia de lagunas existentes en el registro, ya sea porque no se han conservado o como resultado de una excavación incompleta. No se han excavado yacimientos del período ni en la región occidental del delta ni en el Egipto Medio, entre Maiyana y Deir Rifa. Los fuertes de adobe de la región de la segunda catarata, en Nubia, nos cuentan la historia de las relaciones entre Egipto y Kush; pero tras su excavación parcial en la década de 1960 durante la campaña de salvamento de la Unesco se perdieron bajo las aguas de lago Nasser. Lo que nos queda es un montón de información, amplia, pero fragmentaria y esporádica. La adopción de un estudio regional de la documentación sirve para enfatizar una cuestión recurrente en la historia del valle del Nilo: la rivalidad entre el Alto y el Bajo Egipto, cuyo punto álgido fue la batalla entre Tebas y Avaris, ocurrida a finales del período.

El territorio de Avaris

La cuestión que subyace en el meollo del Segundo Período Intermedio es la naturaleza de los hyksos. La mayor parte de las historias dependen de las fuentes escritas y, con unas pocas excepciones (el Papiro Rhind es una), éstas proceden del lado egipcio. No existe contrapartida hyksa a los textos de Kamose. En cambio, lo que tenemos es la documentación proporcionada por la excavación sistemática de su capital, Avaris (Tell el Daba). Sabemos qué aspecto tenían sus palacios, templos, casas y tumbas y podemos observar cómo evolucionó su cultura con el tiempo; pero los hyksos no fueron un fenómeno único o sencillo.

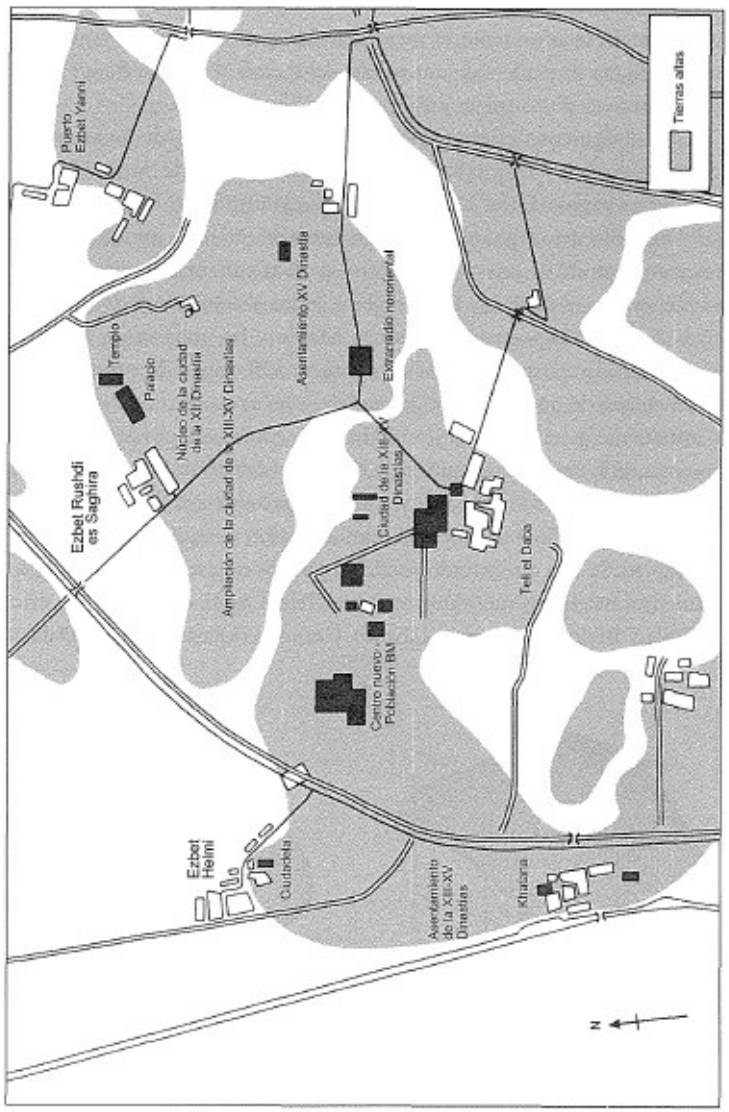
El término contemporáneo que se utilizaba para diferenciar a la gente de Avaris de los egipcios era *aamu*. Se llevaba empleando desde mucho antes del Segundo Período Intermedio y se siguió utilizando mucho tiempo después (por ejemplo, Ramsés II lo usa para mencionar a sus oponentes en Qadesh) para referirse, en sentido amplio, a los habitantes de Siria-Palestina. Los egiptólogos traducen de manera convencional *aamu* por «asiáticos» (es decir, habitantes de Asia occidental). Por otro lado, el término «hyksos» deriva, a través del griego, del epíteto egipcio *hekau khasut*, «soberanos de países extranjeros (literalmente "montañosos")», y se aplicó sólo a los gobernantes de los asiáticos. En sí mismo carece de significado peyorativo, excepto porque denota una categoría inferior a la del rey egipcio, siendo utilizado tanto por los egipcios como por los propios reyes hyksos.

Cuando su etimología puede ser determinada, todos los nombres de los asiáticos de este período, tanto de los reyes como de los de particulares, derivan de lenguas semitas occidentales. La antigua propuesta de que algunos eran hurritas, o incluso hititas, no se ha confirmado. Durante el Reino Medio, las referencias a los asiáticos son numerosas: trabajaban en varias ocupaciones, en ocasiones adoptando nombres egipcios al tiempo que mantenían la designación de «asiáticos» (*aamu*). Se pensaba que se trataba de emigrantes económicos, pero una inscripción del soberano de la

Dinastía Amenemhat II menciona, con un lenguaje inconfundible, una campaña por mar contra la costa libanesa que supuso un botín de 1.554 asiáticos. Este tipo de campañas encajan con las pruebas arqueológicas de Tell el Habua, las cuales demuestran que la frontera oriental de Egipto estaba tan fortificada como la meridional. Tell el Habua es un amplio yacimiento situado al este de Tell el Daba y fechado a partir del Reino Medio. Mohammed Maksoud, su excavador, ha encontrado restos de un edificio importante, probablemente una fortaleza a juzgar por el grosor de los muros, bajo estratos del Segundo Período Intermedio. Por analogía con los fuertes nubios de la segunda catarata, es indudable que las patrullas recorrerían el desierto de alrededor, recogiendo en despachos (que después eran enviados a la capital) los movimientos de las gentes que «querían entrar en Egipto».

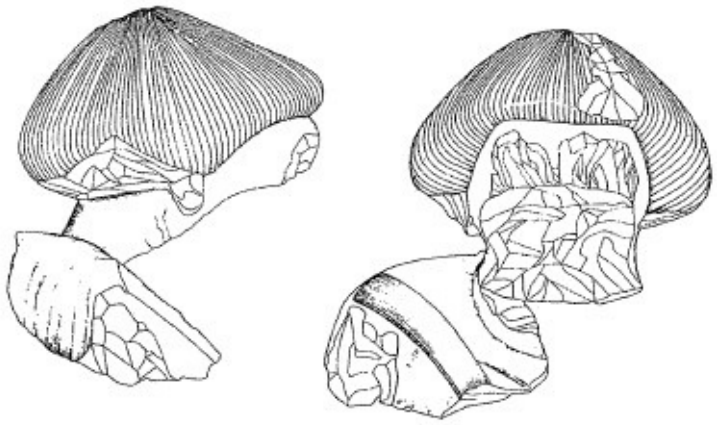
En Tell el Daba se han encontrado pruebas de que a comienzos de la XIII Dinastía ya existía allí una comunidad de asiáticos, si bien muy egiptizados. Hasta el momento, es la única prueba arqueológica convincente de la presencia durante el Reino Medio de una población asiática en el interior de Egipto (si bien viviendo de forma diferente a los egipcios). En los textos contemporáneos también hay referencias a «campamentos de trabajadores asiáticos».

Es posible que el asentamiento más antiguo de Tell el Daba, que data del Primer Período Intermedio, se construyera deliberadamente como una parte más del sistema defensivo erigido para proteger la frontera oriental. Durante el final de la XII Dinastía y el comienzo de la XIII Dinastía el lugar creció enormemente, llegando incluso a contar con un asentamiento poblado por asiáticos. El carácter no egipcio de la comunidad es evidente por la disposición de las casas (que sigue aparentemente un modelo sirio) y por el hecho de que las tumbas estaban integradas en la zona de los vivos más que en un cementerio fuera del asentamiento. No sólo existen diferencias en la cultura material, definida por los tipos de cerámica y armas, sino porque la naturaleza de los enterramientos indica una mezcla de rasgos egipcios y palestinos. En un agujero de ladrones en la capilla de una tumba se encontraron los fragmentos de una estatua de caliza de tamaño mayor que el natural que representa a un hombre sentado sujetando un bastón arrojadizo; el estilo artístico y las ropas no son egipcios, pero el tamaño indica que se trata de una persona de la mayor importancia. Irónicamente, el mejor paralelo para esta estatua es una diminuta figura de madera de una tumba del Reino Medio en Beni Hassan que representa a una mujer asiática con su hijo.



Plano del paisaje histórico de Tell el Daba (emplazamiento de la capital de los hyksos, Avaris).

En el siguiente estrato (d/1), la cultura del Bronce Medio se vuelve más pronunciada y las tumbas incluyen enterramientos de burros, en ocasiones por parejas. Otros hallazgos incluyen la impresión de un cilindro-sello de estilo sirio septentrional, fragmentos de cerámica minoica Kamares y un pectoral de oro con dos perros de caza enfrentados, que también se piensa que es minoico. Estos objetos, junto al testimonio de la «habitual» cerámica importada del Bronce Medio y las imitaciones egipcias, confirman el carácter mixto del asentamiento. El origen de estos asiáticos —en el caso de que sea un origen único— no es sencillo de determinar. Ciertamente, la cultura asiática estaba muy adulterada por la egipcia, la mayoría de la cerámica es egipcia (si bien en el estrato d/1 cae desde el 80 hasta el 60 por ciento del total) y, a juzgar por los títulos de los funcionarios presentes en los escarabeos, la administración se regía según el modelo egipcio. Se han encontrado paralelos para los rasgos extranjeros en yacimientos palestinos meridionales como Tell el Ajjul, el yacimiento sirio de Ebla y Biblos (en el actual Líbano). Como la riqueza de Tell el Daba a finales del Reino Medio se centraba en el comercio marítimo a lo largo de la costa levantina, la ruta caravanera que cruzaba el norte del Sinaí para alcanzar Palestina (y quizá también utilizada por expediciones a las minas de turquesa), la idiosincrásica cultura de sus habitantes no debería sorprendernos.



Fragmento de la estatua colosal de un asiático, procedente de un pozo de ladrones en la capilla de una tumba de Tell el Daba.

La cultura de los habitantes de Tell el Daba no era estática y no tardó en desarrollar características nuevas y deshacerse de las antiguas. Esto hace que la caracterización de cada estrato en términos de arquitectura, costumbres funerarias, cerámica y objetos de metal y otros sea relativamente clara; pero deja sin respuesta la cuestión de por qué y cómo tuvo lugar esta mezcla cultural y su rápido desarrollo. Una hipótesis es que la población básica de egipcios recibió de tiempo en tiempo un nuevo influjo de colonos, primero procedentes de la región del Líbano y Siria y subsiguientemente de Palestina y Chipre. La élite de entre ellos se casó con mujeres locales, una sugerencia apoyada por el estudio preliminar de los restos humanos, si

bien la conservación de los huesos es pobre.

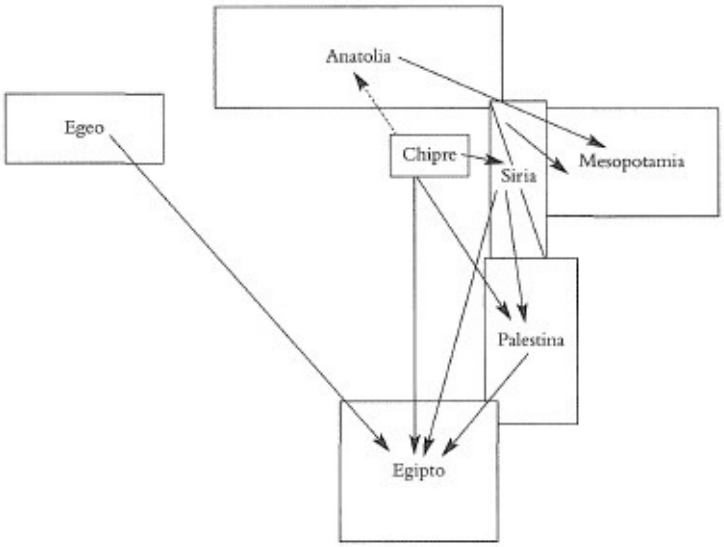


Diagrama de las relaciones internas existentes entre las cronologías regionales del Mediterráneo oriental en la Edad del Bronce Medio.

Tell el Daba ha proporcionado cientos de objetos que se pueden adscribir como pertenecientes al bien conocido Período del Bronce Medio II A-C de Siria-Palestina. Este material se encuentra en nueve estratos (H-D/2), cuyos extremos inferior y superior han sido relacionados por el arqueólogo austríaco Manfred Bietak con el reinado de dos soberanos egipcios, respectivamente Amenemhat IV (1786-1777 a.C.) y Ahmose (1550-1525 a.C.). El período resultante de 248-282 años lo divide entre nueve, lo que supone aproximadamente treinta años por estrato, consiguiendo así un marco de fechas absolutas para su secuencia relativa. No obstante, cuando estas fechas se llevan a yacimientos de Siria-Palestina donde se han encontrado objetos similares a los de Tell el Daba, en ocasiones se han producido conflictos con la cronología existente. Cuando se resuelvan, los enconados debates generados terminarán exigiendo una revisión radical no sólo de la datación de los estratos de Tell el Daba, sino de los métodos utilizados para fechar el Bronce Medio en toda la región del Mediterráneo oriental.

La expansión inicial de Tell el Daba se vio frenada temporalmente por una epidemia. En diversos lugares del yacimiento, Bietak ha encontrado grandes fosas comunes donde se enterraron muchos cuerpos sin ninguna ceremonia discernible. A partir de entonces, desde el estrato F en adelante, el patrón tanto de los asentamientos como de los cementerios sugiere una sociedad menos igualitaria que antes. Casas grandes con casas pequeñas rodeándolas, los edificios más elaborados en el centro en vez de en la periferia del asentamiento, sirvientes enterrados delante de las tumbas de sus señores, todo ello sugiere el predominio social de un grupo de élite acaudalado.

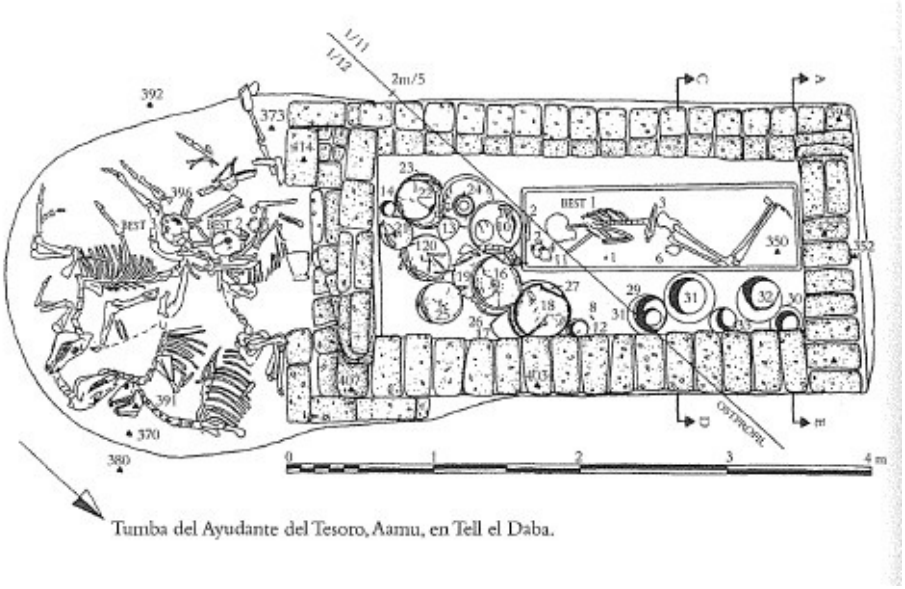
En este momento de la historia de la ciudad, su identificación con la textualmente

documentada Avaris, capital de los hyksos, se hace evidente. Se han encontrado dos jambas de caliza donde se menciona al «buen dios, señor de las Dos Tierras, hijo de Ra de su cuerpo, Nehesy». Fragmentos inscritos procedentes de Tell el Habua, Tanis y Tell el Muqdam proporcionan más títulos y epítetos de este personaje: «Amado de Seth, señor de Avaris, hijo primogénito del rey». El último epíteto es un título que implica un elevado rango militar, no que su poseedor fuera literalmente «hijo del rey». La referencia al dios Seth demuestra que su culto ya estaba establecido y que era el dios local de Avaris, del mismo modo que Amón era la deidad titular de Tebas. El culto de Seth puede haber evolucionado a partir del sincretismo de un culto preexistente en Heliópolis con el culto del dios del cielo Baal Zephon (del norte de Siria), introducido por los asiáticos.

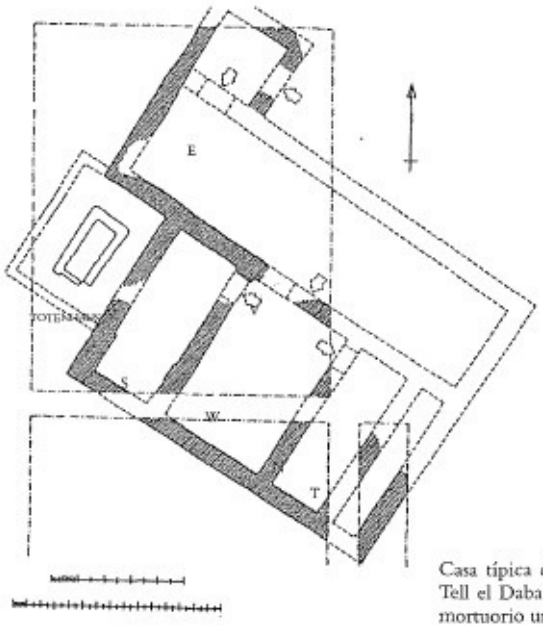
Nehesy aparece en el Canon de Turín en el grupo que generalmente se identifica como la XIV Dinastía, cuya capital —según Manetón— era Xois, en el delta occidental. Nehesy fue un alto funcionario que durante escaso tiempo (no se le conocen años de reinado) asumió categoría de rey en Avaris. Es probable que Nehesy fuera egipcio, o quizá nubio (que es lo que significa hteralmente Nehesy); nada en sus inscripciones sugiere lo contrario. El rey al que servía originalmente quizá siguiera reinando desde la ciudad de Itjtawy, cerca de Lisht, que no sería abandonada hasta después de 1685 a.C.; si bien Sobekhotep IV (c. 1725 a.C.) fue el último soberano realmente poderoso de la XIII Dinastía. Tras el reinado de Sobekhotep, es probable que la unidad del país comenzara a romperse y un evidente candidato a convertirse en un reino independiente era la rica y poderosa ciudad de Avaris.

¿Hasta dónde se extendió la autoridad del rey Nehesy? Si juzgamos por los lugares donde aparece su nombre, su territorio parece haber incluido el delta oriental desde Tell el Muqdam hasta Tell el Habua; pero la habitual práctica de la usurpación y explotación de monumentos anteriores complica la cuestión. Dado que los únicos documentos que nos consta que fueron hallados allí donde fueron situados originalmente son los de Tell el Habua y Tell el Daba, es probable que su reino fuera en realidad mucho más pequeño.

Uno de los enterramientos del Segundo Período Intermedio de Tell el Daba parece confirmar que en Avaris todavía se conservaba la estructura de la burocracia egipcia. Un escarabeo en el dedo del dueño de la tumba lo identifica como el «tesorero ayudante, Aamu» («el asiático»). Su enterramiento es extremadamente rico, pero se caracteriza por varios rasgos no egipcios: el cuerpo en posición fetal (no extendido, como es normal en los enterramientos egipcios), armas y cerámicas de tipo sirio-palestino y la presencia delante de la tumba de cinco o seis burros enterrados. Un funcionario de este rango normalmente estaría enterrado cerca de su rey, con la esperanza de pasar su vida cerca de la residencia real, la sede del gobierno, que para él era Avaris.



Tumba del Ayudante del Tesoro, Aamu, en Tell el Daba.



Casa típica del estrato F-E/3 de Tell el Daba (nótese el complejo mortuorio unido a la casa).

Si aceptamos la reconstrucción que hace el egiptólogo danés S. B. Ryholt del Canon de Turín, en la columna dedicada al grupo de reyes entre los cuales está Nehesy aparecen 32 nombres, 17 nombres más que se han perdido y dos lagunas, una que cubre a los cinco predecesores de Nehesi y otra de longitud indefinida que, como indica el escriba, ya existía en el manuscrito del cual está copiado el Canon de Turín.

Excepto para cinco de los reyes con nombre, la longitud de los reinados o bien falta o es menor de un año. Además de Nehesy, sólo tres de ellos se encuentran en otras partes." los reyes Nebsenra y Sekheperenra en una jarra y un escarabeo respectivamente, mientras que el rey Merdjedefra es conocido gracias a una estela contemporánea, en la que aparece acompañado del «portador del sello del rey, el tesorero, Renisoneb». El lugar del hallazgo se desconoce, pero se ha sugerido un lugar en el delta oriental, más concretamente Saft el Hinna, a unos treinta kilómetros

al norte de Tell el Yahudiya. El rey aparece realizando una ofrenda a Soped, Señor del Este, un dios cuya esfera de influencia eran las rutas del desierto hasta el mar Rojo y las minas de turquesa del Sinaí. Su centro de culto durante la XXII Dinastía era Saft el Hinna. La importancia de la estela de Merdjedefra va más allá de la mera confirmación de la existencia de un rey menor, pues ratifica que los nombres de los reyes de la XIV Dinastía no son ficticios, si bien es poco probable que se trate de un único linaje de reyes que gobernaron uno tras otro desde el mismo lugar.

La descripción de Nehesy es la primera prueba contemporánea de la fragmentación del reino egipcio. Según Bietak, Nehesy encaja en la cronología relativa de Tell el Daba en el estrato F (o b/3), correspondiente a finales de la XIII Dinastía. A partir de entonces ningún rey volvió a controlar todo Egipto hasta la conquista de Avaris. Del período se conservan más de 105 nombres, la mayoría de ellos en el Canon de Turín. Esto implica que en Menfis se llevaba un registro con los nombres de todos estos reyes, sin importar lo breves y localizados que fueran sus reinados. La meticulosa reconstrucción realizada por Ryholt del dañado papiro utiliza tanto concordancia de fibras como análisis textual y, como resultado de ella, poseemos un registro mucho más coherente. Ahora los nombres reales se dividen en cuatro grupos, que se corresponden con las Dinastías XIV a XVII de Manetón. La XIV y XV Dinastías tenían su base en el delta oriental y su capital era Avaris (si bien la XV Dinastía controló también parte de Egipto al sur de Menfis, véase más abajo), mientras que la XVI y la XVII Dinastías estuvieron centradas en Tebas, en el Alto Egipto. La naturaleza fragmentaria del papiro permite más de una interpretación, incluso si se acepta la reconstrucción física del mismo realizada por Ryholt. Una de sus ideas más debatidas y de mayor alcance es la de asignar el grupo más antiguo de reyes tebanos a la XVI Dinastía de Manetón. Africano, el más exacto de sus copistas, describe la XVI Dinastía como «reyes pastores (hyksos)», mientras que Eusebio los cataloga como tebanos. Aquí seguimos la interpretación de Ryholt.

Hay algunos reyes cuyos nombres encontramos en monumentos, mas no pueden ser identificados en el Canon de Turín (quizá porque aparecían en una de las partes desaparecidas). Uno de ellos es Sekerher, que posee una titulatura egipcia completa (se han conservado tres de sus cinco nombres), pero se describe a sí mismo como *heka khasut* («soberano de países extranjeros»); su inscripción se conserva en una jamba encontrada reutilizada en un edificio de comienzos de la XVIII Dinastía en Tell el Daba. Bietak lo identifica con Salitis, cuyo nombre se conserva en la versión de Josefo de la historia de Manetón, donde aparece como el conquistador de Menfis.

No obstante, también existe un amplio grupo de quince nombres de reyes que sólo aparecen en escarabeos. En unas ocasiones son nombres egipcios y en otras son semíticos occidentales; vienen precedidos por epítetos como «el buen dios», «el hijo de Ra» y «el soberano de países extranjeros». Los dos primeros epítetos los

ostentaron durante muchos siglos los reyes egipcios y se refieren a la categoría de rey en los términos más generales. Sin embargo, para describir a estos reyes nunca se utiliza el término nesu («rey»), que sí se emplea en las fuentes egipcias como el Canon de Turín. Estilísticamente, los escarabeos son de dos tipos distintos, utilizados tanto en Egipto como en Palestina. Sus contextos arqueológicos demuestran que pertenecen al período que siguió a la XIII Dinastía y su estilo los relaciona con los escarabeos que llevan los nombres de los reyes de la XIV y XV Dinastías. Es posible que en realidad se trate de nuevos casos de altos funcionarios con autoridad puramente local, pero que se conceden a sí mismos el derecho a los epítetos reales en sus sellos en un momento y un lugar en los que los normalmente rígidos protocolos ya no se podían hacer cumplir.

Sin otras fuentes que lo confirmen, no parece muy seguro utilizar la distribución de los escarabeos como indicador del alcance de la autoridad de estos «reyes» o utilizar los cambios en el diseño y la forma de los escarabeos para situarlos en una secuencia cronológica. Hasta el momento, los hallazgos de Tell el Daba no nos permiten situar ninguno de ellos, si no es de forma indirecta. Es probable, dado el modelo de la Palestina del Bronce Medio IIB y una interpretación literal de los nombres adoptados por Sekerher, que éste fuera un cacique al que los reyes menores pagaban tributo. Si es así, se explicaría el uso del título «soberano de países extranjeros», tanto en los escarabeos de hombres desconocidos por otras fuentes como en las inscripciones de los soberanos de Avaris.

Bietak asocia el final de la fase hyksa en Tell el Daba (estratos b/1-a/2;E/2-D/2;VI-V) a la XV Dinastía de Manetón y en un fragmento del Canon de Turín se lee: «Seis soberanos de países extranjeros que gobiernan durante 108 años». Sólo se puede leer el nombre del último, Khamudi. Sekerher, Apepi y Yanassi, hijo de Khyan, aparecen en Tell el Daba y el primero y el último pueden identificarse con los Salitis e Iannan de Manetón. Toda la documentación, escrita y arqueológica, sugiere que la autoridad de estos soberanos era mucho mayor que la de sus predecesores. La sucesión de padre a hijo de dos de ellos y el excepcionalmente largo reinado de Apepi (al menos cuarenta años) nos indica que en Avaris estaba gobernando una verdadera dinastía al estilo de, por ejemplo, la XII Dinastía egipcia.

En su momento de mayor extensión, la ciudad ocupaba un área de casi cuatro kilómetros cuadrados, con lo que sería el doble de grande que durante la XIII Dinastía y tres veces mayor que Hazor, la más grande de las ciudades palestinas del Bronce Medio II A-C. En el último estrato hykso, D/2, se construyó en el límite occidental de la ciudad, sobre terreno virgen una ciudadela que controlaba el río y, aproximadamente 200 metros hacia el sureste, una torre de vigilancia que controlaba los accesos por tierra. En torno a ellas se edificó un enorme muro de 6,2 metros de anchura, ampliado después a 8,5 metros, con contrafuertes a intervalos. La

fortificación se construyó sobre unos extensos jardines que originalmente habían formado parte del complejo palacial.

El cénit del Período Hykso fue el reinado de Aauserra Apepi (c. 1555 a.C.), a pesar de que dos reyes tebanos lanzaron campañas contra él. Se aprecian signos de un renacimiento consciente de las tradiciones egipcias relativas a los escribas, indispensables para crear y controlar la compleja burocracia necesaria para gobernar al modo egipcio. En la paleta de un escriba llamado Atu, Aauserra es descrito como «un escriba de Ra, enseñado por el propio Thoth […] con numerosas escrituras [de éxito] en el día en que lee fielmente todos los [pasajes] difíciles de las escrituras, igual que fluye el Nilo». Fue en el trigésimo tercer año de su reinado cuando se copió el Papiro matemático Rhind, una tarea que sólo pudo llevar a cabo un escriba que conociera a fondo su arte y con acceso a un archivo especializado en textos matemáticos, que difícilmente pudo haber existido fuera del templo de Ptah en Menfis. Una estela posterior al Reino Nuevo encontrada en esta ciudad recoge la genealogía de un linaje de sacerdotes que se remonta hasta la XI Dinastía. También conserva los nombres de los reyes que gobernaban y menciona a Apepi y Sharek para el período anterior a Ahmose. En Tell el Daba se encontraron los fragmentos de un santuario que conmemoraba a Apepi y su hermana Tany, dedicado por dos asiáticos cuyos escribas adaptaron sus nombres semítico-occidentales a la escritura jeroglífica egipcia. En la tumba del soberano egipcio de la XVIII Dinastía Amenhotep I (1525-1504 a.C.) se encontró también una placa inscrita con delicados jeroglíficos dedicada a la hija de Apepi, Herit.

Fases BM
a.C.
CRONOLOGÍA RELATIVA DE EGIPTO
NÚCLEO DE LA CIUDAD (Reino Medio)
CENTRO NUEVO Población BM
CIUDAD ORIENTAL
CIUDAD NORORIENTAL
CIUDADELA EZ. HELMI
EZ. RUSHDI
F I
A I-IV
A V
H I-IV
1410
1440
1470
1500
1530
1560
1590
1620
1650
1680
1710
1740
1770
1800
1830
1860
1890
1920
1950
1980
2000
2050
BF I
BM IIC
BM IIB
BM II A-B
BM II A
BM I
(ADAM 1959)
INTERRUPCIÓN
IV/1-3
C/1-3
XVIII
AHMOSE
HYKSOS
XV
REINO DE AVARIS
NEHESI
XIII
XI
X
SIN RESTOS
PERÍODO DE OCUPACIÓN HYKSA
OCUPACIÓN XIII DINASTÍA
RENOVACIÓN DEL TEMPLO
CIUDAD XII DINASTÍA
TEMPLO
OCUPACIÓN XI DINASTÍA
FUNDACIÓN HERACLEO-POLITANA
a/2
b/1
b/2
b/3
c
d/1
d/2
d/2a
d/2b
e/1
e/2-3
INTERRUPCIÓN
D/2
D/3
E/1
E/2
E/3
F
G/1-3
G/4
H
D/2
D/3
E/1
E/2
V
VI
VII
ESTRATIGRAFÍA GENERAL
DESOCUPADO
EXPANSIÓN DEL ASENTAMIENTO

Como fenómeno cultural, los hyksos han sido descritos como «peculiarmente egipcios». La mezcla de rasgos culturales faraónicos y sirio-palestinos —como dejan ver los objetos de los estratos D/3 y D/2 (reinado de Apepi) en Tell el Daba— se pueden reconocer en una amplia zona del delta, de oeste a este: Tell Fauziya y Tell Geziret al oeste de la rama tanítica del Nilo, además de en Farasha, Tell el Yahudiya, Tell el Maskhuta y Tell el Habua. Estos yacimientos son mucho más pequeños que Tell el Daba y su período principal de ocupación coincide en todos los casos con los últimos estratos hyksos, pero dos de ellos, Tell el Maskhuta y Tell el Yahudiya, desaparecieron antes del período representado por el último estrato hyksos de Tell el Daba (D/2).Tell el Maskhuta y sus poblados satélites están situados en Wadi Tumilat, que conduce a una de las rutas principales que cruzan el norte del Sinaí y llegan hasta Palestina. Se trataba de un asentamiento pequeño, quizá ocupado sólo de forma estacional. La riqueza de Avaris procedía del comercio, no sólo con Palestina y el Levante, sino, en su última fase, sobre todo con Chipre. La estela de Kamose menciona todos los bienes importados por los hyksos («carros y caballos, barcos, madera, oro, lapislázuli, plata, turquesa, bronce, innumerables hachas, aceite, grasa y miel»); pero sigue habiendo pocas pruebas materiales referidas a los bienes que los hyksos proporcionaban a cambio.

El soberano de Avaris afirmaba ser rey del Alto y el Bajo Egipto, si bien por la estela de Kamose sabemos que Hermópoks señalaba su teórico límite meridional y Cusae, algo más al sur, su frontera específica. Esta región incluye tanto a Menfis como a Itjtawy, la capital de los reyes de la XII y XIII Dinastías. ¿Cómo era la autoridad ejercida por el rey de Avaris en esta región? ¿Podemos reconocer en ella la característica cultura del delta oriental?

Menfis: la mansión de Ptah

Josefo afirma que cita directamente a Manetón en esta descripción de la conquista y ocupación de Egipto por parte de los hyksos:

> Por la fuerza se apoderaron fácilmente de ella sin tener que descargar un solo golpe y al haber dominado a los gobernantes de la tierra, entonces quemaron sus ciudades sin piedad, arrasaron hasta los cimientos los templos de los dioses […] finalmente, nombraron como rey a uno de los suyos cuyo nombre era Salitis. Tenía su sede en Menfis, recaudando tributos del Alto y del Bajo Egipto y siempre dejando tras él guarniciones en las posiciones más ventajosas.

Esta imagen del gobierno hyksos se ve confirmada por el hecho de que el soberano tebano Kamose rechazó ser considerado su vasallo. En los textos de Kamose se menciona el estricto control fronterizo en Cusae, los impuestos, sobre todo el tráfico del Nilo y la existencia de guarniciones de asiáticos dirigidas por comandantes egipcios. Los reyes hyksos parecen seguir el modelo creado por los reyes de la XII Dinastía para gobernar Nubia, para el cual probablemente siguieran en pie las instituciones burocráticas y militares. El papel clave de Menfis también está claro en la descripción de Kamose. Avaris era la ciudad natal del rey hykso, el centro de su poder; pero no había modo de gobernar Egipto, ni siquiera su parte septentrional, desde el delta oriental. Controlar Egipto significaba controlar el Nilo y todos los soberanos egipcios lo habían hecho desde el vértice del delta, es decir, la región de Menfis y la moderna El Cairo.

Las pruebas indiscutibles de la destrucción y el saqueo de los hyksos son escasas. En Tanis se encontraron cuatro esfinges colosales de Amenemhat III (soberano de la XII Dinastía) y dos estatuas de Esmekhera (soberano de la XIII Dinastía) inscritas con los nombres de Aqenenra Apepi (otro de los nombres de Aauserra Apepi). Sus dedicatorias a Ptah indican que originalmente estuvieron en Menfis. En general se suele asumir que fueron robadas por Apepi y llevadas a Avaris, de donde en Época Ramésida fueron trasladadas a Tanis; pero lo único de lo que podemos estar seguros es de que Apepi las reclamó escribiendo su nombre en ellas; quizá no abandonaran Menfis hasta Época Ramésída. No obstante, al menos un monumento real de un soberano de la XIII Dinastía fue violado: el piramidión de la pirámide del rey Merneferra Ay, que probablemente se construyera en Sakkara, se encontró en Faqus, cerca de Tell el Daba.

Hasta la fecha, nada indica que los reyes hyksos construyeran monumentos funerarios según la tradición menfita, es decir, en el Desierto Occidental que domina

la ciudad. No obstante, antes de aceptar el argumento *ex silentio* es necesario recordar la completa destrucción de Tell el Daba llevada a cabo por parte del victorioso Ahmose y las ansias de los reyes posteriores por construir con piedra. Por ejemplo, en el templo de Hathor en Gebelein se encontraron dos bloques, uno de caliza y otro de granito, con los nombres de Khyan (c. 1600 a.C.) y Aauserra Apepi. Como no existen pruebas de que los reyes hyksos llegaran nunca a controlar esta parte de Egipto y menos aún de que construyeran monumentos tan al sur, lo más probable es que los bloques procedan de Menfis y se llevaran a Gebelein durante el Reino Nuevo.

Durante la década de 1980, como parte de una prospección del vasto campo de ruinas de Menfis realizada por la Egypt Exploration Society, se excavó una pequeña parte de la ciudad, encontrándose estratos del Segundo Período Intermedio. La cultura de esta comunidad, revelada por la cerámica, la arquitectura doméstica, los tapones de barro con impresiones de escarabeos, objetos metálicos y cuentas, es por completo egipcia (sobre todo si la comparamos con la de Tell el Daba) y muestra una evolución cultural ininterrumpida desde la XIII Dinastía. Las similitudes de la cerámica egipcia permiten relacionar los estratos de Menfis con los de Tell el Daba, lo que ha puesto de manifiesto en ambos yacimientos una importante interrupción de los mismos tras el último estrato hykso, el D/2 de Tell el Daba. A esto le sigue en Menfis una secuencia de depósitos de arena en los que no se construyeron estructuras permanentes y donde los estratos contienen una cantidad cada vez mayor de tipos cerámicos del Alto Egipto, fechados muy al comienzo de la XVIII Dinastía. La fase siguiente muestra edificios alineados de formas muy diferentes y cerámicas de un pronunciado estilo de comienzos de la XVIII Dinastía. Se piensa que estos depósitos de arena coinciden con el período de las guerras hykso-tebanas.

Lo que falta en Menfis es la presencia de rasgos del Bronce Medio, como los que se aprecian en Tell el Daba a partir de finales de la XII Dinastía. En ambos yacimientos hay cerámica palestina importada y copiada por los egipcios; pero en Menfis supone menos del 2 por ciento del repertorio y en Tell el Daba entre el 20 y el 40 por ciento del mismo. En Menfis no se aprecia interrupción cultural desde los estratos excavados más antiguos, que son de mediados de la XIII Dinastía, hasta el final del Segundo Período Intermedio. ¿Es posible identificar este mismo patrón en algún otro de los centros importantes de la región?

En Sakkara, la necrópolis más cercana a Menfis, a finales del Reino Medio el centro de actividad era el templo mortuorio del rey Teti (2345-2323 a.C.). Hay tumbas privadas y pruebas de que el culto del rey se celebró de forma continuada hasta la primera mitad de la XIII Dinastía. Por lo que respecta al final de la XIII Dinastía y el Segundo Período Intermedio, hasta el momento sólo se ha encontrado una tumba intacta aislada, con un hombre dentro de un ataúd rectangular. Su nombre, Abdu, sugiere que era asiático y fue enterrado con una daga inscrita con el nombre de

Nahman, seguidor del rey Apepi. Como la daga es hasta el momento la única parte del hallazgo que se ha publicado, no sabemos si el enterramiento es comparable a los de fecha similar de Tell el Daba, pero el ataúd rectangular sugiere que no lo es. Tampoco sabemos si la daga es contemporánea al enterramiento o se trata de una reliquia familiar. Además de este ambiguo hallazgo, en la zona existen pruebas claras de la existencia de un extenso cementerio de ricas tumbas superficiales perteneciente a los reinados de los primeros soberanos de la XVIII Dinastía, Ahmose y Amenhotep I.

En Dashur, donde se encuentran los complejos mortuorios de dos grandes reyes de la XII Dinastía, Senusret III y Amenemhat III, la actividad ritual continuó al menos hasta comienzos de la XIII Dinastía, pues en esa época fue enterrado allí el rey Awibra Hor. En una fecha ligeramente posterior se construyeron grandes silos para grano dentro del complejo mortuorio de Amenemhat III. Cuando los silos fueron abandonados, se utilizaron como basureros para la cerámica desechada de un pequeño asentamiento cercano. Cerámica similar se encuentra en Menfis por debajo de los estratos de arena y en Tell el Daba a partir del estrato G/4. Su carácter es enfáticamente egipcio y del Reino Medio. Parece que en el espacio sagrado de Dashur se erigieron edificios poco tiempo después del comienzo de la XIII Dinastía; estas estructuras estaban asociadas a un asentamiento que continuó en uso, aunque no está claro durante cuánto tiempo, excepto en términos relativos. Después no hay pruebas de actividad hasta Época Ramésida. La cerámica del «silo» de Dashur también se encuentra en Lahun, en el asentamiento que creció cerca del complejo mortuorio de Senusret II. Después, en Lahun se aprecia una interrupción hasta que aparece cerámica de mediados de la XVIII Dinastía.

En Lisht, la necrópolis más cercana a Itjtawy (la residencia real de los reyes de la XII y la XIII Dinastías), las circunstancias son más complejas. En torno a la pirámide de Amenemhat I surgió un gran cementerio de particulares que finalmente terminó metiéndose dentro del propio complejo funerario. Entre estas últimas tumbas hay algunos enterramientos bastante ricos que albergan recipientes de cerámica de tipo Tell el Yahudiya, presentes tanto en este asentamiento como en Tell el Daba, en tumbas de los estratos D/3 y D/2 (es decir, los estratos fechados hacia el final del Período Hykso). Estos últimos enterramientos en Lisht son de carácter completamente egipcio. Durante la XIII Dinastía, en esta misma zona existió un asentamiento de trabajadores relacionado con la necrópolis y, tanto durante como después de su ocupación, dentro de las casas se excavaron algunos pozos funerarios. Este tipo de enterramiento no egipcio tiene paralelos en Tell el Daba; pero no hay más pruebas que sugieran que sus habitantes no fueran egipcios. En los escombros superficiales de la excavación de las casas y tumbas se encontraron dos escarabeos con el nombre de Swadjenra Nebererau I (c. 1615-1595 a.C.), soberano de la XVI

Dinastía. Sus fechas de gobierno, por más que sean aproximadas, caen dentro de las asignadas por Bietak al D/3. Hasta el reinado de Tutmosis III no existen en Lisht pruebas de la XVIII Dinastía.

No obstante, ni siquiera estas pruebas del uso de la necrópolis de Lisht y de la continuidad aquí de la cultura del Reino Medio hasta bien avanzado el Segundo Período Intermedio responden a la cuestión de cuándo el rey y su corte se trasladaron desde Ijtawy hasta Tebas. El último rey de la XIII Dinastía que sabemos que construyó monumentos en la zona es Merneferra Ay (c. 1695-1685 a.C.). Contamos también con el testimonio de un funcionario llamado Horemkhauef, un «inspector jefe de sacerdotes» que fue enviado a Lisht para recoger las estatuas de Horus de Nekhen (la deidad local de Elkab) y de la diosa Isis. Su estela funeraria, encontrada en el patio de su tumba en Elkab, describe una visita a Itjtawy en el transcurso de su misión:

> Horus, vengador de su padre, me encargó una misión en la Residencia, coger (de allí) a Horus de Nekhen junto a su madre Isis.[…] Me nombró comandante de un barco y de una tripulación, porque sabía que era un funcionario competente de su templo, vigilante respecto a sus encargos. Entonces marché río abajo con rapidez y traje a Horus de Nekhen en (mis) manos junto a su madre, esta diosa, del buen oficio de Itjtawy ante la presencia del propio rey.

Es de suponer que las imágenes divinas recogidas por Horemkhauef eran estatuillas recién esculpidas o restauradas que quizá habían sido utilizadas en una fiesta relacionada con la realeza. Por lo tanto, resulta significativo que en esta época la Residencia aparezca como el único lugar donde había artesanos, escribas y sacerdotes lectores capaces de realizar semejantes imágenes. Esto explica la necesidad de Horemkhauef de realizar un largo viaje y su orgullo por el éxito conseguido. Desgraciadamente para nosotros, nunca se menciona al rey que lo envió. La fabricación de estas estatuas era uno de los actos más significativos de un soberano egipcio, pues le permitía dar validez a su propia categoría divina. En todos los anales reales que se han conservado se encuentran referencias, desde el comienzo del Reino Antiguo, a la creación de estas imágenes por parte de los reyes. Evidentemente, esta tradición de artesanía sacra, de la cual el rey era el custodio, se rompió cuando la Residencia se abandonó y se cortaron los lazos con Menfis.

Una consecuencia de la pérdida de esta tradición artística es una interrupción en lo que se ha descrito como la «tradición jeroglífica». La escritura de las fórmulas utilizadas en las inscripciones funerarias cambió porque se estaban realizando bajo la influencia de escribas entrenados en la escritura cursiva hierática (utilizada en los

documentos administrativos), mientras que antes las inscripciones habían sido creadas por escribas específicamente entrenados en el grabado de inscripciones jeroglíficas en los monumentos de piedra. Este cambio en la escritura de la fórmula funeraria se puede utilizar para fechar inscripciones en el período anterior o posterior al Reino Medio. La escritura de la estela de Horemkhauef es del tipo posterior al Reino Medio, lo que quizá suponga que la fragmentación política puede haber tenido lugar durante su vida. A partir de la genealogía de los funcionarios de Elkab recogida en inscripciones se ha deducido una cronología y, basándose en ella, se ha sugerido que la tumba de Horemkhauef se preparó entre 1650 y 1630 a.C. Si su visita a la Residencia tuvo lugar al comienzo de sus veinte años en el cargo, puede fecharse entre 1670 y 1650 a.C., al menos quince años después del reinado de Merneferra Ay, en 1685 a.C.

Tres pequeños cementerios situados en la entrada al oasis de Fayum (Maiyana, Abusir el Melek y Gurob) datan del período de guerras entre hyksos y tebanos, que por lo demás sólo encontramos representado en Menfis. Estos enterramientos de Fayum son de carácter egipcio, con los cuerpos extendidos dentro de ataúdes rectangulares. En Gurob, dos enterramientos contienen cerámica de tipo Kerma, lo que indica que pueden pertenecer a nubios Kerma al servicio del ejército egipcio (véase más adelante). Un enterramiento intacto de Abusir contenía un escarabeo del soberano hykso Khyan, el cual nos proporciona un *terminus post quem* para el mismo.

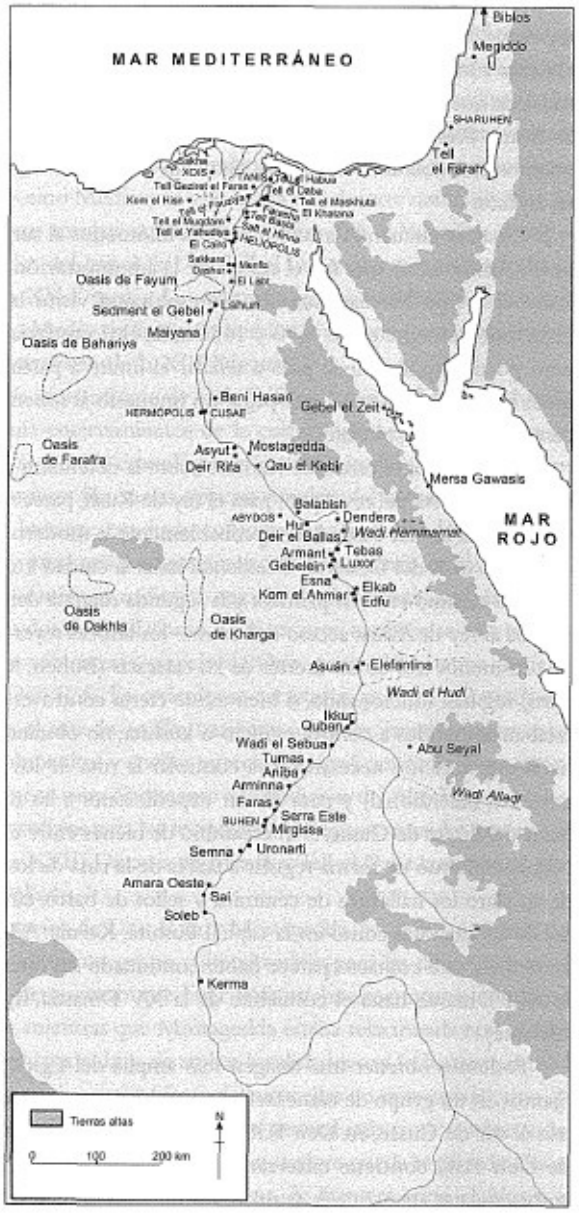
La cerámica de Maiyana (un pequeño cementerio de hombres, mujeres y niños situado cerca de Sedment el Gebel) incluye jarritas Tell el Yahudiya con decoración de peine, como la encontrada en el estrato D/2 de Tell el Daba, así como jarritas chipriotas I de base en anillo, como las que aparecen en los estratos de la XVIII Dinastía tanto en Tell el Daba como en Menfis. No hay armas excepto un bastón arrojadizo, pero el uso de pieles de oveja y el adorno del difunto con hojas y flores no son rasgos típicamente egipcios. Este pequeño cementerio parece recoger la existencia, de corta vida, de una comunidad extranjera diferente a la que florecía en Avaris.

Un pequeño grupo de tumbas en los grandes cementerios del Reino Nuevo de el Haraga y el Riqqa proporciona paralelos al corpus cerámico de Maiyana-Gurob-Abusir el Melek-Menfis y confirma la existencia de una fase arqueológica característica de escasa duración que marca en esta región la transición entre la fase final del Segundo Período Intermedio y el comienzo de la XVIII Dinastía. Aproximadamente unos 130 años antes de esta fase de transición, el rey trasladó la Residencia desde Itjtawy hasta Tebas. Antes incluso de que este acontecimiento decisivo tuviera lugar, al dejarse de celebrar el culto a los antepasados regios, los espacios sagrados de los complejos mortuorios de los reyes de la XII Dinastía

comenzaron a ser invadidos. No obstante, en Lisht el cementerio (y posiblemente también el asentamiento) continuó en uso hasta el final del Segundo Período Intermedio. Si la vida de la necrópolis discurrió en paralelo a la de la Residencia, también ésta continuó existiendo de algún modo.

Cusae: el límite entre el Nilo egipcio y el asiático

El soberano tebano Kamose recibió la siguiente información de sus consejeros: «El país medio está con nosotros hasta Cusae» y los textos del reinado de Kamose son nuestra mejor fuente escrita para estudiar la historia del Egipto Medio durante el Segundo Período Intermedio. Una inscripción de la reina Hatshepsut (1473-1458 a.C.) en el Speos Artemidos, cien kilómetros al norte de Cusae (El Qusiya), recoge una intensiva restauración y reconsagración de los templos de la zona: «He levantado lo que fue desmembrado por primera vez cuando los asiáticos estaban en Avaris en la Tierra del Norte (con) hordas errantes en medio de ellos deshaciendo lo que había sido hecho. […] El templo de la Señora de Cusae […] había caído en disolución, la tierra se había tragado su noble santuario y los niños bailaban sobre su tejado». Este fragmento de propaganda real estaba destinado a mostrar a Hatshepsut representando el papel tradicional del rey como restaurador del orden tras el caos. Su escriba lo redactó más de ochenta años después de las guerras hykso-tebanas y hay tantas probabilidades de que las «hordas errantes» fueran las de Tebas como que fueran las de Avaris. Resulta interesante que, tanto tiempo después de los acontecimientos, los soberanos de Egipto siguieran alardeando de la expulsión de los hyksos.



Mapa del valle del Nilo y Palestina durante el Segundo Periodo Intermedio.

Cusae se encuentra a unos cuarenta kilómetros al sur de Hermópolis (El Ashmunein), que fue el centro de la administración de la zona durante el Reino Medio. Cuando Horemkhauef visitó la residencia en Lisht, posiblemente entre 1670 y 1650 a.C., el río todavía estaba abierto, pero poco después Cusae pasó a señalar el límite a partir del cual cualquier viajero del sur tenía que pagar un impuesto al soberano de Avaris si deseaba continuar el viaje.

A juzgar por el relato de Kamose sobre la detención de un mensajero con una carta del rey Apepi para el rey de Kush, parece que los hyksos controlaban la ruta desde Sako (probablemente la moderna El Qes) a través de los oasis del Desierto Occidental hasta la ciudad kushita de Turnas, a medio camino entre la primera y la segunda catarata del Nilo. Esta ruta le daba al rey de Avaris acceso a aliados —los feroces reyes de Kush— y al oro, Al menos tres de los fuertes de las cataratas (Buhen, Mirgissa y Uronarti) seguían funcionando, si bien existe cierta controversia respecto a si estaban sometidos a control egipcio o kushita; no obstante, todavía existía la organización necesaria para controlar la ruta de los oasis (desde su extremo meridional) y para enviar expediciones a las minas de oro. A pesar del kniite de Cusae, el intercambio de bienes entre el Bajo Egipto y Nubia continuó de forma regular a través de la ruta de los oasis, algo que dejan claro los hallazgos de cerámica y sellos de barro, tanto en los fuertes de las cataratas como en la capital kushita, Kerma. Además, al menos en Buhen, este contacto parece haber continuado sin interrupción desde la XIII Dinastía hasta el comienzo de la XV Dinastía, hyksa (véase más adelante).

Podemos obtener una imagen más amplia del Egipto Medio si nos fijamos en un grupo de cementerios excavados a unos cincuenta kilómetros al sur de Cusae, en Deir Rifa, Mostaggeda y Qau. El Cementerio S de Deir Rifa contiene enterramientos de un grupo nubio conocido como cultura «pan-grave» («tumbas de sartén» debido a que son poco profundas y ovaladas), que eran ganaderos seminómadas que vivían en los límites del desierto. Sus cementerios y asentamientos aparecen en Egipto durante la XIII Dinastía y han sido identificados con los medjay de los textos de Kamose, que fueron enviados para explorar el terreno delante de la flota del rey. Su característica cerámica a mano es ubicua en los asentamientos del Reino Medio y se encuentra tan al norte como en Menfis. En Deir Rifa, sus tumbas contienen cerámica Tell el Yahudiya de tipos comparables a los del Nivel E/1 de Tell el Daba, que se pueden fechar a mediados de la XV Dinastía. La cerámica egipcia asociada pertenece al estilo del Reino Medio de la región menfita y sugiere que el cementerio se remonta al comienzo de la XIII Dinastía.

Mostagedda, casi enfrente de Deir Rifa en la orilla derecha del Nilo, también contenía enterramientos de la cultura «pan-grave», que pueden situarse en una secuencia cronológica dependiendo del grado con el que siguen las costumbres

funerarias egipcias o nubias (el cementerio de Deir Rifa no está lo bastante estudiado como para poder hacer lo mismo). En Mostagedda hay presentes dos fases anteriores al comienzo de la XVIII Dinastía y ambas contienen cerámica egipcia notablemente distinta a la de Deir Rifa. Estas dos fases, así como las anteriores, también se han encontrado en el gran cementerio egipcio de Qau, quince kilómetros al sur de Mostagedda y Deir Rifa. La cerámica se caracteriza por una elaborada decoración incisa, el uso de arcillas margosas arenosas, jarras de almacenamiento de hombros altos y cuellos estrechos y jarras carenadas. Este corpus cerámico pertenece muy claramente a la tradición del Alto Egipto y proporciona los prototipos para los recipientes que aparecen en los estratos de comienzos de la XVIII Dinastía de Menfis y Tell el Daba con formas plenamente desarrolladas.

Los cementerios de Deir Rifa y Mostagedda, en orillas opuestas del río, pertenecen al mismo grupo cultural nubio; pero las diferencias en el ajuar funerario demuestran que Deir Rifa estaba en contacto con la región de Menfis, mientras que Mostagedda estaba relacionada con el Alto Egipto. Los artefactos nubios de ambas localidades son lo bastante similares como para sugerir que la diferencia entre ellas no es temporal, sino de riqueza, categoría (Mostagedda es por lo general más rica) y, sobre todo, de asociaciones regionales. Su localización sugiere que la región de Cusae realmente actuó, como afirman los textos, de frontera entre el Alto y el

Bajo Egipto, y que ésta existió desde al menos el comienzo de la XIII Dinastía. Es posible especular que nos encontramos ante los cementerios de dos grupos de mercenarios medjay que patrullaban la región: el grupo con base en Deir Rifa quizá protegiera la orilla occidental para los hyksos, mientras que el otro hacía lo propio con la orilla oriental para los reyes tebanos.

Tebas, la ciudad meridional: la aparición de la XVI y la XVII Dinastías

Siguiendo la reconstrucción de Ryholt del Canon de Turín, podemos identificar los nombres de quince reyes (XVI Dinastía de Manetón) como predecesores de los reyes de la XVII Dinastía. Cinco de ellos aparecen en fuentes contemporáneas que nos indican que el centro de su poder se encontraba en el Alto Egipto. No podemos tener la certeza de si todos gobernaron desde Tebas y, de hecho, algunos pueden haber sido soberanos locales en ciudades importantes como Abydos, Elkab y Edfu. El rey Wepwawetemsaf, que no aparece en el Canon de Turín pero que nos dejó una modesta estela en Abydos, puede haber sido uno de estos reyes locales; la estela nos lo muestra haciendo una ofrenda a Wepwawet, la deidad local en honor de la cual recibió su nombre. El estilo de la escritura, el diseño y los símbolos reales la sitúan entre las estelas reales de la XIII a la XVII Dinastías.

El rey Iykhernefert Neferhotep, que sin duda gobernó desde Tebas, dejó una estela mucho más impresionante, en la cual se describe a sí mismo como un rey victorioso, amado por su ejército, uno que alimenta a su ciudad, derrota a los rebeldes y reconcilia a las tierras extranjeras rebeladas. Neferhotep aparece protegido por los dioses Amón y Montu y por una diosa que personifica a la propia ciudad de Tebas. Está armado con una cimitarra, arco y flechas. El lenguaje del panegírico formal es similar al de himnos reales más antiguos, pero también para los nomarcas, grandes caudillos que, durante el Primer Período Intermedio, gobernaron como reyes. La estela fue erigida, como las de Kamose, para celebrar un acontecimiento concreto, que puede haber sido el final de un asedio a Tebas. No sabemos si Neferhotep luchó contra los hyksos, contra sus vasallos egipcios o contra soberanos rivales locales; pero en parte de la ciudad situada bajo la zona este de Karnak, el egiptólogo canadiense Donald Redford ha detectado un estrato de destrucción tras el nivel de la XIII Dinastía. El nombre de Neferhotep aparece también en monumentos contemporáneos de Elkab y Gebelein. En una época tan incierta, el papel del rey como comandante del ejército se va volviendo cada vez más importante y así se consagra en las letanías reales. Tanto la ideología como parte de la fraseología se conservaron hasta la XVIII Dinastía.

Los reyes pueden perderse, pero los funcionarios que los servían tienen sus propios monumentos y, a partir de las genealogías que aparecen en ellos, se ha construido una cronología relativa. A menudo los hijos seguían los pasos del padre al servicio del rey y los soberanos se casaban con mujeres de las grandes familias, de modo que gradualmente una red de interdependencia terminó por unir al rey con las ciudades locales de sus funcionarios, tanto en Elkab y Edfu como en Tebas. Las pruebas genealógicas sugieren que sólo tres generaciones separan el abandono de

Itjy-tawy del reinado del rey Nebererau I, sexto soberano de la XVI Dinastía, y que la transición entre los reyes de la XIII a la XVI Dinastía pasó desapercibida para los funcionarios que los sirvieron.

Sabemos mucho más sobre los nueve reyes asignados (según Ryholt) a la XVII Dinastía; pero hasta el momento sólo se conocen dos que estuvieran relacionados: los hermanos Nubkheperra Intef VII y Sekhemra Intef VI. Es posible, pero no es seguro, que su padre fuera Sobekemsaf I. Sus nombres no aparecen en el Canon de Turín, pues la sección correspondiente fue cortada en la Antigüedad, pero sí aparecen en otras listas reales de Tebas; además de haberse encontrado estelas reales suyas reutilizadas en edificios posteriores y de que la arqueología ha hallado ricos objetos procedentes de sus tumbas. Los cuerpos de Seqenenra Taa (c. 1560 a.C.) y su esposa Ahhotep (y posiblemente también el de su madre, la reina Tetisheri) fueron encontrados en el *caché* de momias reales de Deir el Bahari y, lo que es más curioso de todo, contamos con la descripción de la tumba del rey Sobekemsaf II y de su esposa (todavía intacta más de seiscientos años después de su enterramiento, en la XX Dinastía) realizada por unos ladrones de tumbas. Los nombres de los reyes también aparecen en tumbas privadas y en diversos objetos. Se piensa que estos reyes tebanos reinaron al mismo tiempo que la XV Dinastía hyksa, pero no existe un momento concreto para fechar el comienzo de la XVII Dinastía sino sólo para su final, fijado por la muerte de Kamose en un momento indeterminado de su tercer año de reinado o al terminar éste. La suerte de los reyes parece haber fluctuado: Nubkheperra Intef aparece mencionado en más de veinte monumentos contemporáneos, mientras que Intef VI sólo se conoce gracias a su ataúd, en la actualidad en el Museo del Louvre.

Los valores militares de la época quedan ilustrados por la popularidad de títulos militares como «comandante de la tripulación del soberano» y «comandante del regimiento de la ciudad». Estos demuestran la reunión defensiva en torno al rey de una serie de recursos militares y confirman la importancia de las milicias locales de las ciudades. Durante el resto del Segundo Período Intermedio, la inestabilidad fue una característica del Alto Egipto.

Rahotep, el primer rey de la XVII Dinastía, alardea de haber restaurado los templos de Abydos y Koptos, mientras que una inscripción de Sobekemsaf II nos informa de que envió una expedición de 130 hombres a Wadi Hammamat. No obstante, estas canteras estaban dentro del territorio tebano y la cantidad de hombres que formaban la expedición no se puede comparar con los miles de expedicionarios enviados al *wadi* durante la XII Dinastía. Pese a todo, la confianza iba creciendo y tanto las actividades como el territorio del rey se iban ampliando. La expedición de Sobekemsaf posee un característico aire ad hoc: sólo un hombre posee el título adecuado de «supervisor de los trabajos», el resto tiene títulos honoríficos o cargos

relacionados con el aprovisionamiento. En la lista, el escriba no observa una jerarquía estricta y usa una mezcla de signos jeroglíficos y hieráticos; parece como si tras una interrupción importante hubiera habido que aprender de nuevo las habilidades y protocolos tradicionales. En las minas de galena de Gebel Zeit, que dominan el mar Rojo, se encontraron dos modestas estelas que recordaban expediciones realizadas durante los reinados de Nubkheperra Intef VII y Eswaserenra Bebiankh, de la XVI Dinastía, el segundo de los cuales apenas era conocido más alia de su mención en el Canon de Turín. En las minas se encontraron grandes cantidades de cerámica «pan-grave», lo cual sugiere otro propósito para el cual los reyes tebanos pudieron haber utilizado a los mercenarios nubios.

Tebas perdió contacto con el Bajo Egipto y se le negó el acceso a los centros de enseñanza de escribas de Menfis. Estos centros y sus archivos no fueron destruidos y, de hecho, puede incluso que florecieran durante el gobierno hykso; pero como los tebanos no podían consultarlos, quizá se vieron en la necesidad de crear una nueva compilación con los textos necesarios para los importantísimos rituales funerarios. Una de las primeras colecciones de fórmulas, que conocemos como el *Libro de los muertos*, data de la XVI Dinastía y procede del sarcófago de la reina Mentuhotep, esposa del rey Djehuty. Como respuesta al empobrecimiento de los recursos disponibles, la cultura funeraria de Tebas también evolucionó en otros aspectos. Los grandes sarcófagos rectangulares fabricados con madera de cedro fueron reemplazados por sarcófagos de forma aproximadamente antropoide, fabricados con madera de sicómoro pintada con un diseño de plumas, pero con un estilo tan burdo e idiosincrásico que ninguno es exactamente igual a otro. Este rasgo delata la falta de formación en las rígidas convenciones del arte funerario de antaño, las cuales quizá tuvieran también menos demanda. No obstante, existen unos cuantos ataúdes que demuestran que en algunos talleres tebanos se conservó la tradición de la fabricación de ataúdes del Reino Medio hasta bien entrada la XVIII Dinastía.

En el Papiro Abott, que contiene el resultado de una encuesta judicial sobre robos de tumbas realizada por el alcalde de Tebas durante la XX Dinastía, se describe la localización de cinco tumbas reales de la XVII Dinastía, las de Nubkheperra Intef VII, Sekhemra Intef, Sobekemsaf II, Seqenenra Taa y Kamose. En 1923, Herbert Winlock intentó localizar las tumbas utilizando el itinerario que según el papiro siguieron los inspectores. También lo hizo impulsado por el hecho de que muchos objetos de enterramientos reales de esa época habían aparecido a la venta en la década de 1820 y en 1859-1860, procedentes de excavaciones ilegales. Los ladrones de la XX Dinastía describen así cómo encontraron el enterramiento de Sobekemsaf II:

> Tenía una espada y tenía un […] grupo de amuletos y adornos de oro en la

> garganta; su corona y diademas de oro estaban en la cabeza y la […] momia del rey estaba cubierta de oro por todas partes. Sus ataúdes estaban labrados con oro y plata por dentro y por fuera e incrustados con todo tipo de piedras costosas […] robamos los objetos que encontramos allí, consistentes en vasos de oro, plata y bronce.

Los reyes de finales de la dinastía y sus funcionarios gastaron su creciente riqueza en los objetos con los que se enterraban, más que en las tumbas propiamente dichas. Las tumbas decoradas son raras y a menudo se prefería apropiar y reutilizar tumbas antiguas. Para comprender de dónde procedía la riqueza necesitamos dirigir nuestra mirada a Elefantina, a los fuertes que guardaban la segunda catarata del Nilo y finalmente a Kerma, la capital del reino de Kush, a más de ochocientos kilómetros al sur de Tebas.

Elefantina y los fuertes de las cataratas

Elefantina, una isla situada frente a la moderna ciudad de Asuán, es un interesante punto desde el cual estudiar el Segundo Período Intermedio. Como ciudad provincial que es, proporciona un contrapeso a las fuentes tebanas, además de contar con una serie ininterrumpida de dedicatorias privadas y regias que van desde la XII hasta la XVI Dinastía. Los estratificados yacimientos de la ciudad y los cementerios del mismo período están siendo excavados por el Instituto Arqueológico Alemán.

La suerte de Elefantina está inextricablemente ligada a la de Nubia. Durante la mayor parte del Reino Medio no fue la frontera meridional de Egipto, que quedó fijada por Senusret III en Semna, unos cuatrocientos kilómetros más al sur. No obstante, es posible que durante el punto más bajo del poder de los reyes tebanos Elefantina fuera gobernada de forma independiente e incluso que los nubios hicieran incursiones contra la ciudad de vez en cuando. La explicación preferida para el hecho de que una tumba real de Kerma del Segundo Período Intermedio albergara estatuas de un nomarca de Asyut y su esposa, que vivieron durante el reinado de Senusret I (1956-1911 a.C.), es una incursión contra Elefantina o los fuertes de las cataratas.

El valor de la Baja Nubia se encuentra en sus canteras, abundantes en diorita, granito y amatista, su acceso a las minas de oro y cobre y su estratégica localización en términos de control del Nilo y las rutas del desierto. Heqaib, un funcionario local de Elefantina de la VI Dinastía, fue deificado tras su muerte y en su santuario se encontraron una serie de estelas y estatuas votivas. Las XIII-XVI Dinastías están especialmente bien representadas y, al igual que en Menfis, la continuidad sólo se rompe con la llegada de la XVIII Dinastía. Las genealogías recogidas en las inscripciones muestran que las mismas familias estuvieron sirviendo a los reyes de finales de la XIII Dinastía y a los de la XVI Dinastía. Evidentemente, la categoría del alcalde de Elefantina pasó de ser de gran importancia local a tener importancia militar en el séquito del rey de Tebas. Uno de estos alcaldes fue Neferhotep, responsable de toda la región de Tebas y Elefantina ante el rey. Tras su época (la XVI Dinastía, a juzgar por la ortografía de su estela) cesaron las dedicatorias en el santuario de Heqaib y no es coincidencia que riera en ese momento cuando mayor poder tuvo el príncipe de Kush, pues incluso los fuertes de las cataratas cayeron bajo su control.

La suerte de uno de estos fuertes, Buhen, se puede reconstruir a partir de pruebas todavía sin publicar al completo. Tras la XII Dinastía, los soldados se enterraron junto a sus familias en el Cementerio K de Buhen; estos enterramientos se caracterizan por su cerámica de la región menfita, lo que confirma que el fuerte seguía recibiendo suministros procedentes de los talleres de la Residencia. El Cementerio K presenta una ocupación continuada hasta bien entrado el Segundo Período Intermedio y existen al menos dos grupos de enterramientos múltiples

intactos que contienen jarritas de cerámica de Tell el Yahudiya, incluido un tipo que no aparece en Tell el Daba hasta el estrato E/1 (probablemente comienzos de la XV Dinastía). Uno de los cuerpos lleva una gran pepita de oro en torno al cuello, lo que sugiere que los habitantes de Buhen lo ocupaban sobre todo por su cercanía a la región de las minas de oro. En esta época ya existía la frontera entre el Alto y el Bajo Egipto, de modo que los suministros procedentes del Bajo Egipto sólo pudieron haber llegado mediante la ruta de los oasis, que sabemos que se utilizó durante el reinado de Apepi. ¿Quién se ocupaba de organizar este comercio en el extremo septentrional? Podemos especular con que en Itjtawy todavía había funcionarios que trabajaban a las órdenes de los soberanos hyksos y sabemos que el cementerio de Lisht seguía en uso. La propia Avaris era un centro de manufactura y distribución de jarritas Tell el Yahudiya, cuyo muy preciado contenido no ha sido identificado todavía.

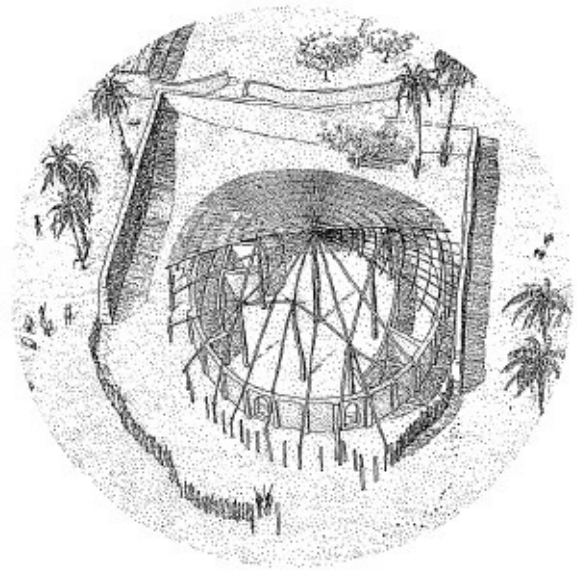
A pesar de sus lazos con el Bajo Egipto, los habitantes de los fuertes se debieron de sentir cada vez más aislados y vulnerables, de modo que tuvieron que acomodarse al poder militar de la zona, que no era ni hykso ni tebano, sino del rey de Kush. Cinco generaciones de una misma familia dejaron inscripciones en Buhen y en ellas se observa que las dos últimas sirvieron al rey de Kush e incluso dirigieron campañas locales en su nombre. Este período está marcado arqueológicamente por la presencia de cerámica importada desde el Alto Egipto, de la zona tebana, en vez de por la cerámica del Bajo Egipto. Entre Tebas y los fuertes el río estaba abierto, pero como queda implícito en los textos de Kamose, sólo si se pagaban impuestos al señor del Nilo meridional, el rey de Kush. Buhen terminó por ser saqueada (hay rastros de un gran fuego), perr es más probable que los responsables fueran los ejércitos de Kamose / no los del rey nubio. Los otros fuertes, Mirgissa y Askut, poseen una historia similar de ocupación continuada por egipcios, pero acompañados por nubios hasta finales del Segundo Período Intermedio. Finalmente, los soberanos tebanos terminaron por considerar intolerable que la región de las cataratas estuviera controlada por el rey de Kerma, lo cual convirtió la reconquista de los fuertes en algo esencial antes de poder dedicarse con seguridad a los hyksos. Las primeras pruebas de que la región estaba de nuevo controlada por los tebanos las encontramos en el tercer año del reinado de Kamose. En Buhen se recoge la construcción de un muro, probablemente como parte de la renovación de las fortificaciones tras la exitosa campaña mencionada en la carta del soberano hykso Apepi al rey de Kush.

El reino de Kush

Rey de Kush es el nombre dado por las fuentes egipcias al soberano cuya capital se encontraba en Kerma. Los arqueólogos utilizan la palabra «kerma» como adjetivo para describir la cultura de los kushitas y diferenciarla de otras culturas nubias contemporáneas, como el Grupo C y la «pan-grave». Kerma se encuentra situada al sur de la tercera catarata, en el extremo final de la ruta de los oasis y está siendo excavada por Charles Bonnet, de la Universidad de Ginebra.

La gente de Kerma no produjo documentación escrita, pero sabemos que su cultura, que encontramos en toda Nubia, se remonta al Reino Antiguo. El momento de mayor poder del rey se sitúa durante el Período Kerma Clásico, que se corresponde aproximadamente con el Segundo Período Intermedio. Es posible que Kamose lograra reconquistar Buhen; pero sólo mucho después, durante la XVIII Dinastía y tras al menos tres campañas más largas, la propia Kerma fue conquistada. La destrucción subsiguiente fue tan completa que hoy día resulta difícil reconstruir la ciudad tal cual fue durante los reinados de sus últimos soberanos independientes. Sabemos que los grandes túmulos en los que se enterraba a los reyes albergaban servidores sacrificados y grandes cantidades de provisiones, muchas de ellas importadas del Alto Egipto, quizá los impuestos pagados por aquéllos que deseaban dejar atrás Elefantina y continuar más al sur. Al menos hasta mediados de la XIII Dinastía, el rey estuvo comerciando tanto con el Alto como con el Bajo Egipto, un comercio administrado probablemente mediante los fuertes de las cataratas.

Los nubios de Kerma eran criadores de ganado y unos guerreros particularmente reconocidos como arqueros. Los arcos y flechas de sus tumbas y las masivas fortificaciones de Buhen, diseñadas para defenderse de los arqueros, confirman esta reputación. El palacio del rey de Kerma era una enorme choza redonda situada dentro de una empalizada. También había grandes lugares sagrados y edificios administrativos. Un extenso programa de construcción y reconstrucción durante la fase Kerma Clásico da fe de los inmensos recursos materiales y de mano de obra de los cuales disponía el rey.



Reconstrucción de la Gran Choza de Kerma. Esta inmensa cabaña redonda, situada dentro de una empalizada, parece haber funcionado como una especie de edificio ceremonial en el centro de la ciudad de Kerma.

La presencia de nubios de Kerma en el ejército de Kamose y Ahmose es innegable, pero no está claro si estaban allí de forma voluntaria o si fueron reclutados por la fuerza durante la campaña de Kamose. Es posible que los nubios de Kerma fueran una federación de tribus, de las cuales no todas aceptaban necesariamente la autoridad del rey de Kerma y, con ella, la política de enemistad hacia los reyes tebanos. A pesar de todo, cualquiera que fuera la política del rey, durante el Segundo Período Intermedio el comercio floreció entre Kerma y Tebas. Las personas y los bienes viajaban: quizá artesanos egipcios hacia Kerma y ciertamente nubios de Kerma hacia Egipto. Se han encontrado enterramientos de varias personas dispersos entre Tebas y Abydos. En Tebas se halló un rico enterramiento intacto de época de Kamose perteneciente a una mujer y a su hijo. Es completamente egipcio en su estilo y la mujer lleva un regalo regio, «el oro del honor», un collar formado por muchos pequeños anillos de oro. Junto a su sarcófago había una percha de la que colgaban dentro de redes seis vasos de cerámica, de un estilo tan específico de la cultura Kerma que se conoce como «cerámica Kerma». El oro unió a tebanos y nubios, primero como aliados, pero finalmente y de forma inevitable como enemigos.

Avaris y Tebas en guerra

Todo estaba dispuesto para la guerra: los reyes tebanos se habían hecho con el dominio de su región; Kamose había recuperado Buhen, de modo que la ruta hacia las minas de oro quedaba expedita para él; los nubios de Kerma habían sido rechazados hacia el sur; y la flota de combate estaba preparada. Como dice Kamose: «Me enfrentaré a él, de modo que pueda rajarle el vientre; pues mi deseo es rescatar Egipto y expulsar a los asiáticos».

La mayor parte de nuestras fuentes escritas sobre la guerra proceden del lado tebano y, como resulta predecible, muestran a los tebanos como los protagonistas más fuertes y beligerantes. La guerra duró como mínimo treinta años, pues sabemos que Seqenenra Taa, padre de Ahmose, luchó contra los hyksos, pero también que Avaris no fue conquistada hasta los años entre 18 y 20 del reinado de Ahmose. Tras el saqueo de la ciudad, ya fuera de forma inmediata o no, Ahmose llevó su ejército a Palestina, en una campaña que culminó con un asedio de tres años a Sharuhen, cerca de Gaza. Se suele considerar que esta ciudad fue la última fortaleza del rey hykso, pero las fuentes se muestran mudas al respecto. La guerra no fue continua: las campañas eran cortas y los ejércitos pequeños, según estándares modernos. Ahmose, hijo de Ibana, un importante funcionario militar enterrado en un hipogeo en Elkab, describe cómo mató a dos hombres y capturó a otro en batallas ocurridas alrededor de Avaris, hazañas lo bastante importantes como para recibir por ellas recompensas en forma de «oro del rey».

El primer enfrentamiento conocido tuvo lugar durante el reinado de Seqenenra Taa (quien en la actualidad se considera que es el mismo rey que Senakhtenra Taa). Un papiro escrito 350 años después, durante la XIX Dinastía, en el reinado de Merenptah (1213-1203 a.C.), conserva fragmentos de una disputa entre Seqenenra y Apepi. Comienza con una queja de Apepi, a quien los bramidos de los hipopótamos de Tebas no le dejaban dormir. Seqenenra es descrito como el «Príncipe de la Ciudad Meridional», mientras que Apepi es rey (*nesu*), al cual paga tributo todo Egipto. La historia se interrumpe cuando Seqenenra reúne a sus consejeros, pero la estructura narrativa, tan cercana a los textos de Kamose, sugiere que estamos ante el prólogo de una batalla.

Tenemos más pruebas de actividad militar durante el reinado de Seqenenra en Deir el Bailas, el emplazamiento de un asentamiento construido sobre terreno virgen en el extremo del desierto, cuarenta kilómetros al norte de Tebas. La interpretación de los restos, excavados por primera vez por Reisner en 1900 y examinados más recientemente por Peter Lacovara en 1980-1986, no es sencilla; pero la fecha de la primera fase del yacimiento, los reinados de Seqenenra Taa, Kamose y Ahmose, es indudable. Durante el reinado del propio Seqenenra se construyó un palacio, con un

inmenso muro de recinto. Al igual que todos los edificios que se conservan en Deir el Bailas, era de adobe, con los marcos de las puertas y las columnas de piedra. Consistía en una serie de patios y un largo corredor de entrada en torno a una zona central elevada donde, suponemos, se encontraban las estancias regias privadas. Los muros estaban pintados con escenas de hombres y armas en un estilo poco delicado, además de decorados con azulejos de fayenza. En un recinto situado al oeste había grandes corrales para animales. Fuera del muro del recinto había grupos de grandes casas privadas muy dispersas, otro grupo de casas más para trabajadores dispuestas según un patrón artificial, una zona abierta para la preparación de comida y un taller textil. En el extremo más meridional, sobre una colina que domina el río y el desierto circundante, había una plataforma con un edificio, actualmente destruido, al que se accedía mediante una escalera monumental. Lo más probable es que se tratara de un puesto militar de observación.

Entre la cerámica encontrada en Deir el Bailas había grandes cantidades de cerámica Kerma, sobre todo de los tipos utilizados para cocinar y almacenar comida. Es indudable que junto a los egipcios allí vivieron muchos nubios de Kerma. Resulta difícil obviar la conclusión de que el propósito de este asentamiento, construido de forma deliberada en un lugar remoto, era militar, quizá la reunión de un ejército con un amplio contingente de nubios de Kerma.

El estudio de la momia de Seqenenra demuestra que murió violentamente. La frente presenta un hachazo horizontal, un pómulo está destrozado y la parte posterior del cuello lleva la marca de la estocada de una daga. Se ha dicho que la forma de la herida de la frente sólo puede corresponder a un hacha del Bronce Medio, similar a las encontradas en Tell el Daba. Las hachas egipcias, como las representadas en los muros del palacio de Bailas, poseen una forma diferente. Hasta el momento, es la prueba más reveladora de que durante el reinado de Seqenenra tuvo lugar una batalla importante contra los hyksos, en la que el propio rey fue brutalmente masacrado. El ángulo del golpe de la daga sugiere que el rey ya estaba tendido boca abajo cuando se acometió.

Kamose sucedió a Seqenenra Taa. A menudo se afirma que era hijo del rey y hermano mayor de Ahmose; pero no sabemos quiénes eran sus padres y su ataúd no albergaba ningún uraeus, emblema de la realeza. Sólo se tiene constancia del tercer año del reinado de Kamose, en una estela de

Karnak y en la inscripción de Buhen. Ambas expediciones, contra Buhen y contra Avaris, tuvieron lugar antes o durante este tercer año de reinado (la expedición nubia antes que la egipcia). Kamose era un guerrero, «Kamose el Bravo» es uno de sus epítetos más frecuentes, pero probablemente murió poco después de su tercer año de reinado. No obstante, su culto funerario, asociado al de Seqenenra Taa, sobrevivió hasta la época ramésida y al menos una de sus estelas de Karnak seguía en pie más de

doscientos años después de su muerte.

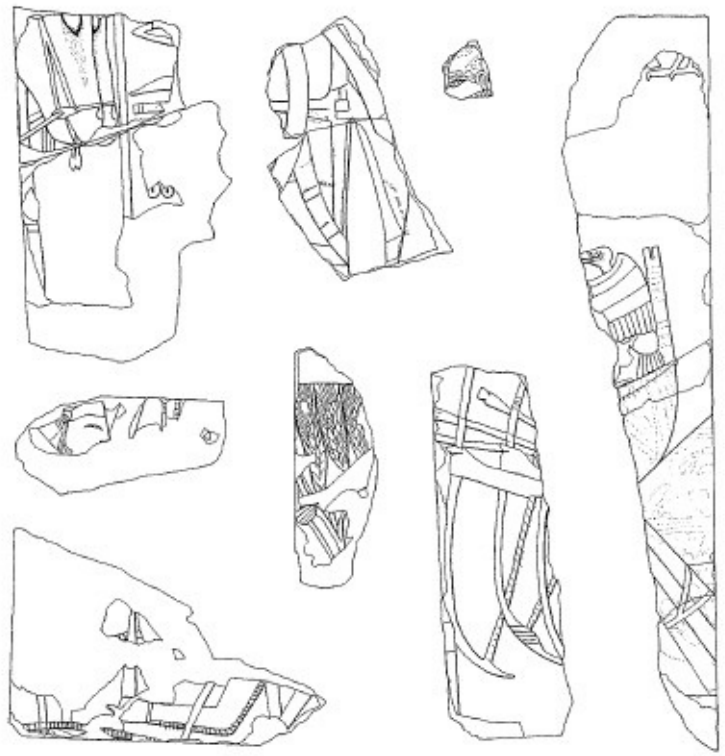
Podemos utilizar los textos de las dos «Estelas de Kamose» y la copia casi contemporánea encontrada en una tablilla de escriba en una tumba tebana para reconstruir su expedición a Avaris. Dejando de lado las hipérboles, su campaña estuvo lejos de resultar definitiva; quizá no fue más que una incursión, pues la destrucción de Avaris no tuvo lugar hasta veinte años después y el contrincante de Kamose era Aauserra Apepi, el más poderoso y longevo de los reyes hyksos.

Kamose se dirigió hacia el norte con su ejército y su flota de guerra, enviando exploradores nubios en avanzadilla para reconocer las guarniciones del enemigo. El saqueo de Nefrusi, al norte de Cusae, es descrito gráficamente como «igual que el león hace con su presa, así hizo mi ejército con sus sirvientes, su ganado, su leche, grasa y miel, al dividirse sus posesiones con el corazón feliz». Al avanzar hacia el norte, en Sako (El Qes) interceptó un mensajero enviado por Apepi al rey de Kush, lo que le hizo mandar soldados al oasis de Bahariya para interrumpir las comunicaciones entre ellos e «impedir que haya ningún enemigo a mi espalda». A continuación se produce una laguna en la narración, hasta que Kamose alcanza Avaris, donde despliega su flota en los canales en torno a la ciudad para bloquearla, mientras patrulla las orillas para impedir un contraataque. Describe a las mujeres de palacio mirando a los egipcios desde la ciudadela como «jóvenes lagartos desde su agujero». Entonces se produce el jactancioso discurso que le lanza a Apepi: «Mira, estoy bebiendo el vino de tus viñedos. […] Estoy despedazando tu lugar de residencia, cortando tus árboles», acompañado de una lista de los saqueos que estaba llevando a cabo. A pesar de la grandilocuencia, está claro que Avaris no fue atacada y que Apepi se negó a entablar combate con él. Los textos de Kamose terminan con el feliz regreso del rey: «Todos los rostros estaban brillantes, la tierra era próspera, la orilla del río estaba emocionada y Tebas estaba en fiesta».

Desde nuestro punto de vista es difícil juzgar el daño infligido a los hyksos durante la campaña de Kamose; pero lo cierto es que todos sus logros fueron repetidos por su sucesor, y el almirante Ahmose, hijo de Ibana, no menciona a Kamose, aunque tanto él como su padre sirvieron sucesivamente en las flotas de combate de Seqenenra Taa y Ahmose. Los tebanos no continuaron de inmediato con la campaña y al menos transcurrieron once años antes de que otro ejército, esta vez dirigido por Ahmose, comenzara a abrirse camino de nuevo hacia el norte. La razón del paréntesis es que tanto Kamose como su contrincante, Aauserra Apepi, habían fallecido. Les sucedieron respectivamente Ahmose y Khamudi. En el momento de su ascenso al trono Ahmose era un chiquillo, por lo que la reina madre, Ahhotep, gobernó el reino. A ésta se le dedican epítetos únicos: «Una que se preocupa de Egipto; se ha preocupado de sus soldados […] ha traído a los fugitivos y recogido a los desertores; ha pacificado el Alto Egipto y expulsado a los rebeldes».

La fase final de la guerra tuvo lugar en el año undécimo de un rey desconocido, en ocasiones identificado con Ahmose y en otras con Khamudi. Las pruebas consisten en unas notas fragmentarias en el verso del Papiro matemático Rhind. El recto se copió en el año 33 de Aauserra Apepi, es decir, en una región donde los acontecimientos se databan según los años de reinado de los reyes hyksos. El tema especializado del texto y la elevada calidad del papiro sugieren que su origen se encuentra en Menfis. En el verso se leen algunas notas: «Año de reinado 11, segundo mes de *shemu*: se penetró en Heliópolis; primer mes de *akhet*, día 23: este príncipe meridional penetró en Tjaru. Día 25: se dice queTjaru había sido penetrada». Es probable que se pueda identificar Tjaru con la fortaleza de Tell el Habua y —al menos en mi opinión— el «príncipe meridional» ha de ser identificado con Ahmose, mientras que el año 11 sería el de Khamudi, cuyo nombre, sin años de reinado, aparece en el Canon de Turín.

La estrategia de Ahmose parece haber sido dejar atrás Menfis para apoderarse de Heliópolis y luego, pasados tres meses, a mediados de octubre (cuando el nivel de la inundación había comenzado a disminuir y los hombres y carros podían moverse de nuevo por el valle), atacar Tell el Habua, lo que supuso cortar la vía de retirada de los hyksos por el norte del Sinaí hasta Palestina. El siguiente movimiento fue el ataque a Avaris.



En un templo de Abydos perteneciente a Ahmose I, soberano de principios de la XVIII Dinastía, se han encontrado muchos fragmentos de relieves pintados. Incluyen escenas de batalla que se refieren sin duda a las guerras contra los hyksos. Aquí vemos fragmentos de caballos, carros, enemigos caídos y cautivos, arqueros, una incursión contra un campo de trigo y el navío de combate del rey.

Poseemos tres fuentes contemporáneas para la campaña: la biografía de Ahmose,

hijo de Ibana, las pruebas físicas procedentes de Tell el Daba y fragmentos de un relieve narrativo del templo de Ahmose en Abydos. Como es natural, Ahmose, hijo de Ibana, se centra en su propio papel, de modo que su perspectiva es más bien limitada, pero carece por completo de la pose grandilocuente de los textos de Kamose. Los relieves de Ahmose en Abydos (descubiertos en 1993) se estudian aquí como anticipo de su publicación definitiva y por cortesía de su excavador, Stephen Harvey. Nos ofrecen imágenes fascinantes de los protagonistas: los caballos y carros de los egipcios; la flota de combate del rey; los soldados cortando cosechas; un cautivo hykso, con la cabeza afeitada, una mínima barba y una cuerda en torno al cuello; un guerrero hykso con los brazos levantados y vestido con una prenda plisada de manga larga; y el caos de los cuerpos que caen y luchan. El relieve puede incluir episodios de la campaña posterior del rey en Siria y Palestina, pero la narración central implica a la flota de combate y sólo puede referirse al asedio de Avaris.

Ahmose, hijo de Ibana, describe una serie de combates en Avaris, pero, como no sabemos cuánto duró la campaña desde el asedio hasta el ataque, su descripción puede narrar acontecimientos repartidos a lo largo de varios años. El sencillo estilo narrativo sugiere sin duda que los acontecimientos se describen en orden cronológico. Si así lo consideramos, podemos reconstruir la campaña como sigue: Ahmose, hijo de Ibana, es miembro de los soldados del barco *Septentrional* (quizá el navío del rey), que encabeza la flota de combate. Llegan a Avaris y, tras una batalla, el rey comienza el asedio. Mientras éste continúa, el ejército lucha para pacificar la región circundante. Ahmose, hijo de Ibana, es trasladado a un nuevo barco, apropiadamente llamado *Amanecer en Menfis*, y lucha en las aguas de Avaris matando a un enemigo. Participó en otros dos combates, uno «de nuevo en este lugar» —presumiblemente Avaris— y otro al sur de la ciudad. Sólo tras estas escaramuzas informa lacónicamente: «Avaris fue saqueada y traje botín de allí: un hombre, tres mujeres […] su majestad me los dio como esclavos».

Como Josefo considera que los hyksos fueron los fundadores de Jerusalén, su versión de Manetón incluye un detallado relato de los acontecimientos que siguieron tras su expulsión de Egipto a manos de Ahmose. Del asedio de Avaris dice: «[Los hyksos] rodearon [Avaris] con una alta y fuerte muralla para salvaguardar todas sus posesiones y botines. El rey egipcio intentó obligarlo a rendirse mediante un asedio, bloqueando la fortaleza con un ejército de 480.000 hombres. Finalmente, abandonando desesperado el asedio, firmó un tratado mediante el cual todos ellos debían salir de Egipto».

Las pruebas procedentes de la propia Avaris tienden a confirmar la imagen de que tras la victoria de Ahmose se produjo un éxodo masivo más que una matanza. Entre el último estrato hykso y el primero de la XVIII Dinastía se aprecia una clara interrupción cultural en todo el yacimiento, sobre todo por la aparición de un nuevo

repertorio cerámico. El mismo fenómeno ocurre en Menfis (véase más arriba). Tras la interrupción no existen pruebas de ninguna ocupación continuada por parte de gente con una cultura mixta egipcia/Bronce Medio y en algunos puntos del yacimiento la ocupación cesó por completo. Por otra parte, el culto a Seth, que guardaba las características de un dios sirio de las tormentas, continuó e incluso aumentó durante el Reino Nuevo. El último estrato hykso, como ya hemos visto, se corresponde con la mayor expansión de la ciudad y la construcción de inmensas fortificaciones defensivas. Esta pudo haber tenido lugar a comienzos del reinado de Khamudi, pero no fue suficiente. Parte de la explicación de la derrota hyksa podemos encontrarla en una prueba que sugiere que, en la época del asalto final tebano, el ideal de una élite guerrera entre los hyksos ya no se correspondía con la realidad. Las hachas de batalla y las dagas del estrato D/3 eran de cobre sin alear, mientras que las armas de los estratos más antiguos eran de bronce, que produce un filo mucho más cortante. Se ha sugerido que ha de descartarse la posibilidad de una interrupción en el suministro de estaño y que la explicación reside más bien en el cambio de función de las armas, que dejaron de ser objetos prácticos para convertirse en objetos de lucimiento y categoría social. En cambio, durante este mismo período las armas del Alto Egipto estaban hechas de bronce, lo que habría dado a los tebanos una clara ventaja en la lucha cuerpo a cuerpo.

Es una creencia generalizada que los hyksos introdujeron el caballo y el carro en Egipto, puesto que no existen pruebas firmes de la presencia de ninguno de ellos durante el Reino Medio y, sin embargo, sí están presentes a comienzos de la XVIII Dinastía. Hasta el momento, en Tell el Daba no hay restos de carros y las pruebas respecto a la presencia de huesos de caballos no son concluyentes. No obstante, un esqueleto completo encontrado en un contexto de finales del Segundo Período Intermedio en Tell el Habua ha sido identificado positivamente como de caballo. Los textos de Kamose mencionan los caballos del enemigo y los equipos de carros de Avaris como parte del botín de Kamose y quizá ésta sea la explicación de su introducción en el Alto Egipto. En los relieves de Ahmose en Abydos aparecen caballos sueltos y caballos unidos a carros; además, los carros no son simples prototipos, sino perfectamente comparables a los presentes en el templo mortuorio de Tutmosis II.

A pesar de la derrota de los hyksos, el alarde de Hatshepsut, que afirma: «He desterrado la abominación de los dioses y la tierra ha borrado sus huellas» ha quedado desmentida gracias al meticuloso trabajo de Bietak y su equipo en Tell el Daba.

La reunificación de las Dos Tierras durante el reinado de Ahmose

El saqueo de Avaris fue sólo el primer paso de una serie de campañas necesarias para asegurar la unificación de Egipto. La secuencia de acontecimientos no está umversalmente aceptada, pero según el relato de Ahmose, hijo de Ibana, a la campaña de Avaris le sucedió una campaña en el sur de Palestina, durante la cual se conquistó Sharuhen. Desconocemos si el objetivo era destruir lo que quedaba de los hyksos o explotar el vacío de poder dejado por éstos para penetrar en Palestina e incluso tan al norte como el Líbano. Hay referencias posteriores a la importación de cedro libanes y bueyes de «Fenekhu» (un término que se cree que hace referencia a Fenicia). Ahmose, hijo de Ibana, continúa: «Ahora, cuando su majestad había masacrado a los nómadas de Asia, navegó hacia el sur hasta Khent-hen-nefer (pasada la segunda catarata) para destruir a los arqueros nubios». Tenemos confirmación de que el rey Ahmose restauró (si es que ello era necesario) el control egipcio sobre Buhen, porque una jamba le muestra realizando junto a su madre ofrendas a Min y Horus (de Buhen) y menciona a un comandante de Buhen llamado Turo.

Después de regresar de Nubia, Ahmose tuvo que hacer frente a dos alzamientos. El primero fue un motín menor, en el que un personaje no egipcio llamado Aata (posiblemente un nubio) llevó al Alto Egipto desde el norte una pequeña fuerza. Es posible que no se tratara más que de una incursión en busca de botín, puesto que Aata no buscó enfrentarse al ejército del rey. Fue encontrado y derrotado, y tanto él como sus hombres fueron capturados vivos, acción por la que Ahmose, hijo de Ibana, recibió como recompensa dos guerreros jóvenes. Si asumimos que Aata era nubio y dado que había nubios de Kerma sirviendo en el ejército en Avaris y

Menfis y que disponían de riqueza suficiente como para tener enterramientos importantes, no resulta inverosímil que un grupo de ellos hubiera intentado aprovechar la presencia del rey en Nubia para realizar una incursión de saqueo en el Alto Egipto.

El segundo alzamiento tuvo un carácter diferente. Estuvo encabezado por un egipcio, Teti-an, quien «reunió en torno a sí a los descontentos; su majestad lo mató; sus tropas fueron exterminadas». La seriedad de esta rebelión queda demostrada por la severidad del castigo. Que los descontentos fueran aquéllos que hasta entonces habían servido al rival de Ahmose, el rey de Avaris, es sólo una posibilidad. Los últimos cinco años del reinado de Ahmose estuvieron dedicados a un enorme programa constructivo en los grandes centros de culto (Menfis, Karnak, Heliópolis y, sobre todo, Abydos), además de en las fronteras septentrional y meridional de Egipto, Avaris y Buhen.

El primer estrato de la XVIII Dinastía en Tell el Daba ha producido hallazgos

extraordinarios, incluso para este yacimiento único. En el período inmediatamente posterior al saqueo, las fortificaciones y el palacio del rey hykso se destruyeron de forma sistemática. Ahmose los reemplazó con fortificaciones y edificios palaciegos similares y de vida igual de corta, que en la actualidad sólo se pueden reconstruir estudiando sus cimientos y los fragmentos de las pinturas murales encontrados en los vertederos creados cuando los edificios se nivelaron. Las pinturas murales son minoicas en su estilo, técnica y motivos, pero los especialistas en el mundo egeo todavía no se han puesto de acuerdo en si fueron artistas minoicos quienes las realizaron o egipcios que los imitaban. Se han encontrado cientos de fragmentos, pero en muy malas condiciones, por lo que serán necesarios años de restauración y estudio antes de que puedan evaluarse por completo. No obstante, su presencia en un contexto anterior en cien años a las primeras representaciones de cretenses en las tumbas tebanas y más antiguo que los frescos conservados de Knossos, cuya temática comparten, ha revolucionado las ideas preexistentes respecto a las relaciones entre Egipto y Creta.

Uno de los edificios de donde proceden es un palacio real y la única construcción comparable de la época es el palacio norte de Deir el Bailas. Las escasas pinturas murales conservadas en el mismo son por completo diferentes, están pintadas en un estilo sencillo, similar al de las pinturas de las tumbas contemporáneas. Los frescos de Tell el Daba parecen deberle poco a la tradición de las pinturas murales egipcias, que se remonta al Reino Antiguo. Por analogía con los frescos de Knossos, puede que se realizaran con un propósito ritual y están llenos de referencias simbólicas al culto del soberano cretense. Saltadores de toros y acróbatas, asociados a motivos como cabezas de toro y laberintos, pertenecen por completo al mundo egeo. Las diferentes escalas de los frescos, su temática y el color del fondo indican que se trataba de un esquema decorativo extremadamente complejo, que se extendía a lo largo de varios edificios. En Tell Kabri, Palestina, han aparecido otros frescos, menos complejos y más claramente imitaciones del estilo minoico. Uno de los rasgos más desconcertantes de los de Tell el Daba es que aparecen en un vacío. Hay una pequeña cantidad de cerámica Kamares cretense, pero aparece en estratos de comienzos de la XIII Dinastía y no hay continuidad entre los edificios o los objetos que contienen y el estrato de los frescos. Lo más extraño de todo es que no hay objetos cretenses asociados a los propios frescos o al estrato del que proceden.

El descubrimiento de los frescos ha vuelto a sacar a la palestra las viejas ideas, desechadas hasta ahora, de que Ahmose era aliado de los reyes de Creta y pudo haber tomado como esposa a una princesa cretense. Las pruebas esgrimidas son un grifo de estilo minoico presente en un hacha de Ahmose y el hecho de que Ahhotep, la madre del rey, tuviera el título de «señora de Haunebut», que en principio se pensó que se refería a las islas de Grecia, si bien hace poco se ha sugerido que se trata de una

interpretación inverosímil. No obstante, los frescos demuestran que los minoicos estuvieron presentes en Tell el Daba, ya fuera como artistas o como supervisores de los artistas egipcios.

La cuestiones planteadas por los frescos conducen de manera irremediable a otro problema, la fecha de la erupción del volcán de Thera, puesto que los mejores frescos encontrados hasta la fecha son los que proceden de esta isla de las Cicladas, donde se conservaron sellados bajo las capas de lava. La erupción es un acontecimiento clave para relacionar entre sí y con una cronología absoluta las secuencias cronológicas del Egeo y del Mediterráneo oriental. Se ha invertido mucho esfuerzo en intentar identificar este acontecimiento en las fuentes egipcias para datarlo en años de reinado. Las referencias a tormentas que aparecen en el Papiro Rhind y una estela de Ahmose donde se describe un destructivo acontecimiento se han incorporado a la argumentación, pero la prueba más reveladora hasta ahora procede de Tell el Daba. En estratos del asentamiento fechables en el período que va desde el reinado de Amenhotep I hasta el comienzo del de Tutmosis III se ha encontrado piedra pómez que los análisis identifican como originada por el volcán de Thera. No obstante, la piedra pómez procede de un taller, donde era utilizada como materia prima y su contexto sólo proporciona un *terminus ante quem*, pues la piedra pómez puede haber sido recogida en un momento anterior en algún lugar como la orilla del mar, donde puede que llevara mucho tiempo. No toda la piedra pómez procede de Thera: la fuente de al menos una de las muestras ha sido identificada como una erupción en Turquía que tuvo lugar hace más de cien mil años. Es interesante que hasta el momento no se haya encontrado piedra pómez en los primeros estratos de Tell el Daba y que no se haya encontrado ningún resto de ceniza (producida por la erupción). Utilizando varias fuentes diferentes, incluyendo datos procedentes de núcleos de hielo y anillos de árboles, donde en ocasiones condiciones atmosféricas excepcionales pueden ponerse en relación con acontecimientos históricos, se ha sugerido que la erupción de Thera tuvo lugar en 1628 a.C. Se puede considerar que las pruebas procedentes de Tell el Daba apoyan la fecha tradicional de c. 1530 a.C. (durante el reinado de Ahmose); pero se necesitan muchos más estudios para poder clarificar los datos científicos y, por el momento, la cuestión ha de quedar en suspenso.

El reinado de Ahmose terminó no mucho después de su reconquista de Egipto. Muchos proyectos constructivos quedaron sin terminar, pero los beneficios de la unificación eran evidentes. Los delicados objetos presentes en los enterramientos reales y las listas de donaciones a los dioses de Tebas atestiguan una riqueza y habilidad artística crecientes. Los pocos fragmentos de relieves procedentes de Abydos, llegados hasta nosotros tras sobrevivir a la depredación de los canteros ramésidas, demuestran que el estilo que fácilmente reconocemos como XVIII

Dinastía ya había aparecido a finales de su reinado.

9. LA XVIII DINASTÍA ANTES DEL PERÍODO AMÁRNICO

(c. 1550-1352 a.C.)

BETSY M. BRYAN

Los descubrimientos arqueológicos de las décadas de 1980 y 1990, combinados con nuevos estudios de la antigua documentación textual, sugieren que la reunificación de Egipto sólo tuvo lugar en la última década de los veinticinco años de reinado de Ahmose (1550-1525 a.C.), el primer rey de la XVIII Dinastía. Por lo tanto, se puede decir que la reunificación comenzó oficialmente en torno a 1530 a.C., pero que estuvo gestándose mucho tiempo durante el reinado de Ahmose. De hecho, la naturaleza del Estado egipcio a comienzos de la dinastía seguramente fue una continuación de formas y tradiciones que nunca llegaron a quedar interrumpidas del todo durante los enfrentamientos internos del Segundo Período Intermedio. Es posible que esta considerable fe en las tradiciones fuera en parte responsable de que los predecesores de Ahmose en la XVII Dinastía pudieran consolidar una base de poder entre las otras poderosas familias del Alto Egipto. Cuando, posteriormente, Ahmose y sus sucesores intentaron asegurar la línea dinástica de la familia, crearon o modificaron aspectos de la realeza que, junto a las presiones externas procedentes del noreste y del sur, terminaron por afectar profundamente al resto de la XVIII Dinastía.

Ahmose y el comienzo del Reino Nuevo

Las inscripciones de la tumba de Ahmose, hijo de Ibana, en Elkab describen la derrota de los hyksos a manos de su tocayo, el rey Ahmose, así como el asedio que éste puso a la fortaleza de Sharuhen, en la Palestina meridional, y sus campañas en Kush, cuya capital era la ciudad de Kerma, cercana a la tercera catarata. La conclusión de esta campaña nubia se dejó en manos de Amenhotep I (1525-1504 a.C.) y una serie de monumentos en la isla de Sai conmemoran las victorias de ambos soberanos; es posible que todos ellos fueran erigidos por Amenhotep I, pero es innegable que Ahmose se mostró activo en la región.

En los estratos de comienzos de la XVIII Dinastía en Avaris (Tell el Daba) encontramos el nombre de Ahmose y de varios reyes que lo sucedieron. Durante esta época, en el yacimiento se utilizaron varios edificios monumentales decorados con frescos minoicos (véase el capítulo 8). Ciertamente, esto sugiere la existencia de un contacto creciente con el Egeo, aunque sólo sea mediante artistas itinerantes encargados de realizar o supervisar los trabajos. Como las armas encontradas en el pequeño ataúd de la reina Ahhotep I (madre de Ahmose), dentro de su tumba en la orilla occidental de Tebas, lucen elementos y técnicas artesanales egeas o al menos mediterráneas orientales aplicadas a objetos egipcios, los elementos exóticos extranjeros apreciados en el delta parecen haberlo sido también en Tebas, cuando menos adaptados. En Egipto es difícil encontrar objetos egeos contemporáneos a la XVIII Dinastía, si bien en Creta y en menor grado en la Grecia continental se encuentran en gran número pequeños objetos comerciales faraónicos. No obstante, sigue sin estar claro (de hecho es incluso dudoso) si a comienzos de la XVIII Dinastía hubo intercambios diplomáticos directos entre Egipto y Creta. Es posible que Ahmose y sus sucesores se limitaran a continuar participando en el sistema de intercambio del Mediterráneo oriental, exactamente igual que habían hecho los hyksos. Comoquiera que sea, el impulso creativo que dio forma al estilo de influencia «egea» visible en los objetos de la época de Ahmose, así como en las pinturas de estilo minoico de Tell el Daba, no sobrevivió al comienzo de la XVIII Dinastía. Al final, como sucede casi siempre durante los períodos de monarquía fuerte, terminó imponiéndose la iconografía egipcia tradicional. Los pocos elementos que persistieron (como el dibujo del «galope», por ejemplo) se adaptaron rápidamente a contextos iconográficos más familiares.

Parece que el proyecto constructivo más inmediato de Ahmose tuvo lugar en la capital de Avaris, que había arrebatado a los hyksos. Las excavaciones de Manfred Bietak han identificado una plataforma de palacio de comienzos de la XVIII Dinastía undante con la muralla hyksa. En estratos posteriores han aparecido sellos con los nombres de los soberanos de la XVIII Dinastía, desde Ahmose hasta Amenhotep II;

aunque Bietak considera que el constructor del complejo palacial decorado con frescos minoicos fue Ahmose. Es posible que este soberano tuviera otros proyectos constructivos en la región del delta, pero ciertamente se quiso convertir Avaris en un centro importante —con bastante probabilidad comercial— para uso del nuevo gobierno. Gracias a las excavaciones de las décadas de 1980 y 1990 se sabe que también Menfis fue reurbanizada a comienzos de la XVIII Dinastía: al desplazarse el río hacia el este, se utilizó la tierra liberada para crear un nuevo asentamiento. Las secuencias cerámicas y los escarabeos reales indican que, ya en el reinado de Ahmose, Menfis estaba volviendo a recibir población tras un paréntesis que puede corresponder a las guerras entre Tebas y Avaris, descritas en el capítulo 8.

Los templos de los últimos años del reinado de Ahmose constituyen los cimientos de un programa constructivo faraónico tradicional, mediante el cual se honraba a los dioses cuyos templos habían florecido durante el Reino Medio: Ptah, Amón, Montu y Osiris. Ahmose veneró a las deidades tradicionales de los centros de culto egipcios. Donde mejor queda recogida la relación de Ahmose con el dios luna Iah (representado en el elemento «Ah» de su nombre) es en las inscripciones de las joyas de Ahhotep I y Kamose (1555-1550 a.C.), que describen a Ahmose como «hijo del dios luna Iah». Se desconoce cuál era el principal centro de culto de este dios, a pesar de la ubicua presencia del elemento «Ah» en los nombres de la familia real. Es posible que Ahmose comenzara a hacer escribir su nombre, con el creciente lunar «Iah» con las puntas hacia abajo, en el momento mismo en que realizó la reunificación. Por lo tanto, todos los monumentos que presentan esta forma del nombre de Ahmose son posteriores a los años 17 o 18 de su reinado. Al ser el primer rey en más de cien años que era capaz de erigir monumentos para los dioses tanto del Egipto septentrional como del meridional, Ahmose abrió canteras de caliza en Maasara con la intención de construir tanto en Menfis, el antiguo y venerado centro del norte, como en Tebas, la casa de Amón y Montu. Si bien sus construcciones de Menfis no se han hallado todavía, aún siguen en pie algunas de Tebas y otros lugares.

Es indudable que Ahmose realizó contribuciones significativas al culto de Amón en Karnak. De haber vivido más, quizá hubiera comenzado a reconstruir con piedra más edificios del complejo; los monumeneos suyos que se conservan incluyen una entrada y varias estelas, así como quizá un santuario para la barca, situado probablemente cerca del camino de entrada al templo. De este modo, su deseo de ser reconocido como un piadoso dedicado a Amón habría sido aparente, no sólo para aquellos a quienes su cargo o pertenencia a la élite les permitía el acceso a la casa de Amón, sino también para los habitantes menos importantes de Tebas, que sólo durante las fiestas podían visitar el patio anterior.

Del reinado de Ahmose se conocen varias estelas de caliza que recogen episodios importantes relacionados con el templo de Amón, todas datadas probablemente en los

últimos siete años de su reinado. En dos de las recuperadas de los cimientos del Tercer Pilono de Karnak, el rey se representa a sí mismo como propiciador y benefactor del templo. En la llamada Estela de la Tormenta, el rey afirma haber reconstruido las tumbas y pirámides de la región tebana destruidas por una tormenta infligida al Alto Egipto por el poder de Amón, cuya estatua parece haber quedado en extrema necesidad. Ahmose describe que la tierra quedó cubierta de agua y que hizo traer valiosos bienes para sufragar la restauración de la región. La otra estela del Tercer Pilono (conocida como la Estela de la Donación) recoge la compra por parte del rey Ahmose del cargo de «segundo sacerdote de Amón» para su mujer, la «esposa del dios Amón» Ahmose-Nefertari. El coste del cargo fue pagado al templo por el rey, que de este modo se convirtió de nuevo en su benefactor, además de asegurar la relación entre el dios y la familia real.

Una tercera estela de Ahmose, encontrada esta vez en el interior del Octavo Pilono de Karnak, data del año 18 de su reinado. En ella se ensalza el poder universal de la familia real y se detalla el equipo cultual que Ahmose mandó fabricar para luego dedicar al templo de Karnak: vasos de libaciones de oro y plata, copas de oro y plata para la estatua del dios, mesas de ofrendas de oro, collares y cintas para las estatuas divinas, instrumentos musicales y una nueva barca de madera para las procesiones de la estatua. Los objetos donados por el rey a Karnak son los más esenciales del culto y su dedicación puede indicar que en este momento el templo carecía de este tipo de objetos en metales preciosos. Resulta imposible saber si esta circunstancia era resultado de la acción de la gran tormenta, como afirma el rey en la Estela de la Tormenta; pero durante los difíciles años de la XVII Dinastía tanto los objetos de culto del templo como los objetos de los ajuares funerarios pueden haber sido importantes recursos financieros para los tebanos.

Es importante mencionar la gran escasez que hubo en el Alto Egipto de objetos fabricados con metales preciosos durante el Segundo Período Intermedio. Sólo con la momia de Kamose y el ajuar funerario de Ahhotep, madre de Ahmose, encontramos de nuevo extravagantes objetos funerarios de oro, como los que se conocen del Reino Medio. A pesar de que varios centenares de años después del Segundo Período Intermedio los ladrones afirmaron que habían robado el cuerpo forrado de oro del rey Sobekensaf II, de la XVII Dinastía, de la época anterior a Ahmose sólo se han encontrado ataúdes y ajuares funerarios relativamente modestos. ¿Es posible que las inscripciones del rey en Karnak sean una explicación oficial del empobrecimiento de la región tebana y, lo que es más importante, del papel de Ahmose como restaurador de las riquezas del templo de Karnak y su dios? No estamos sugiriendo que no se produjera la tormenta y que no se comprara el «segundo sacerdocio» para Ahmose-Nefertari, sino más bien que estos acontecimientos concretos pueden haber sido narrados en las estela por motivos puramente histórico-religiosos.

Tumbas reales y de la élite a finales de la XVII Dinastía y comienzos de la XVIII Dinastía

Ahmose también construyó monumentos en otros parajes tradicionalmente favorecidos por los reyes, entre ellos Abydos, el principal lugar de culto de Osiris. Se sabe que estos restos, excavados y analizados por Stephen Harvey en la década de 1990, incluyeron pirámides además de templos. Abydos llevaba mucho tiempo siendo un lugar donde se honraba a Osiris y a los antepasados regios, fundidos con el dios tras su muerte. Para señalar las tumbas tebanas de los reyes de la XVII Dinastía se utilizaron pirámides, cuyos restos de adobe posiblemente fueran visibles en la región tebana de Dra Abu el Naga hasta el siglo XIX. Si bien el cuerpo de Ahmose se encontró en el *caché* de Deir el Bahari (véase más adelante), todavía se desconoce el emplazamiento de su tumba.

Se sabe casi con certeza que Ahhotep, madre de Ahmose, fue enterrada en el cementerio tebano, igual que los reyes y reinas de la dinastía anterior. Las excavaciones en la zona realizadas durante la década de 1990 se centraron en lo que podía ser una de esas tumbas reales y, a pesar de que todavía no existen pruebas concluyentes, el trabajo de Daniel Polz en Dra Abu el Naga ha demostrado la continuidad de este cementerio tebano septentrional desde la XVII hasta la XVIII Dinastía[12]. También ha demostrado la existencia de grupos de tumbas de élite (cada una de ellas con tumbas más pequeñas rodeando una tumba mayor), donde una única estructura cultual puede haber sido compartida por varías de las tumbas adyacentes. Estos grupos de tumbas se encuentran situados en el desierto al pie de las colinas de Dra Abu el Naga, justo al sur de la entrada al Valle de los Reyes. Las tumbas reales, algunas de las cuales quizá fueran capillas del Reino Medio reutilizadas, están excavadas en la propia ladera de las colinas, dominando a las tumbas menos importantes.

Hasta ahora, las pruebas arqueológicas sugieren que durante la XVII Dinastía la riqueza funeraria se restringió y de esta época no se conoce en Tebas casi ninguna tumba decorada. Además, la costumbre de reunir las tumbas de la élite y de los ligeramente menos acomodados por debajo de los lugares de enterramiento regios, a pesar de recordar la antigua práctica de enterrar a sus seguidores cerca del rey, también puede ser reflejo de un nuevo patrón de organización (si bien es imposible llevar la conclusión más allá hasta que no se investigue más). No obstante, es interesante mencionar al respecto que en la región de Sakkara un cementerio no regio de la época de Ahmose y Amenhotep I consiste en tumbas superficiales, descritas como ricas. Como desconocemos en gran parte los lugares de enterramiento de los más altos funcionarios de estos dos reinados (visires, grandes sacerdotes y tesoreros), identificar los patrones de desarrollo de los cementerios podría terminar ayudando a

localizar las tumbas que faltan. Este trabajo ya ha sido realizado por Geofirey Martin y Martin Raven en el centro de Sakkara, al sur de la calzada de Unas, y por Alain Zivie en Sakkara Norte.

Durante la Antigüedad (y quizá también en época más moderna), los cuerpos de algunos soberanos y los ataúdes y ajuares de otros fueron sacados de sus emplazamientos originales. Los sacerdotes de finales del Reino Nuevo y comienzos del Tercer Período Intermedio inhumaron de nuevo algunas momias reales en una tumba cercana a Deir el Bahari, en la cual se encontraron las momias de Ahmose y Seqenenra Taa (c. 1560 a.C.), ambas en ataúdes no regios de época ligeramente posterior. El gran ataúd exterior de Ahhotep, la madre de Ahmose, probablemente fabricado en el momento de su muerte (quizá en una fecha tan tardía como el reinado de Amenhotep I), también fue encontrado en el *caché,* si bien su ataúd interior (presumiblemente ambos pertenecieron a una única reina llamada Ahhotep) se halló con anterioridad en la que puede haber sido su tumba. Contenía objetos con los nombres tanto de Ahmose como de Kamose. La zona de Dra Abu el Naga continuó durante siglos asociándose a la familia real de Ahmose, sobre todo Ahhotep y Ahmose-Nefertari; de hecho, las tumbas, capillas y estelas ramésidas de la región veneraban su memoria.

No obstante, tras el comienzo de XVIII Dinastía, la región del cementerio cambió de forma dramática. Una vez que las tumbas reales dejaron de excavarse en Dra Abu el Naga, la zona sólo conservó su categoría como la parte más elitista de la necrópolis tebana durante otros treinta años aproximadamente, hasta el reinado de Hatshepsut (1473-1458 a.C.). Con la creación del Valle de los Reyes como lugar para las inhumaciones reales, se comenzaron a excavar unos cuantos enterramientos de élite en Sheikh Abd el Qurna, la línea de colinas situada al sur de Deir el Bahari. Los grupos de tumbas pozo, en gran parte sin estructuras para capillas, siguieron el traslado del cementerio hacia el sur y, durante el reinado de Hatshepsut y hasta el de Tutmosis III (1479-1425 a.C.), se excavaron pozos en Deir el Bahari y Asassif para crear tumbas familiares con una o más cámaras, similares a las de Dra Abu el Naga. Con el repentino incremento de riqueza experimentado por la élite más avanzado el reinado de Tutmosis III, esta práctica parece haber desaparecido en gran parte. Los constructores de tumbas estuvieron ocupados construyendo y decorando hipogeos en Sheikh Abd el Qurna para la creciente administración real.

Amenhotep I y la naturaleza de la XVIII Dinastía

Al igual que su padre, Amenhotep I tal vez no fuera adulto en el momento de su ascenso al trono, sobre todo porque sólo unos cinco años antes había sido designado como sucesor un hermano mayor suyo. Es posible que hubiera una corta corregencia con Ahmose para asegurar la continuidad y que se produjera una transición tranquila en la recién creada dinastía; en cualquier caso, resulta indudable que su madre, Ahmose-Nefertari, fue una figura destacada de su reinado. En general, el reinado de Amenhotep I fue una continuación del de su padre: se construyeron edificios concebidos quizá por Ahmose y se realizaron expediciones militares al sur para completar campañas anteriores. A pesar de esta falta de *imprimatur* personal, Amenhotep I fue un soberano de éxito por derecho propio. Quizá nada lo demuestra mejor que el hecho de que, poco después de su muerte, tanto él como su madre fueron deificados y adorados en Tebas, sobre todo en Deir el Medina, el poblado de los trabajadores de la necrópolis real.

Deir el Medina, situada en la orilla occidental de Tebas, al sur de la colina de Sheikh Abd el Qurna, se construyó a comienzos de la XVIII Dinastía para albergar a los artesanos que iban a excavar y decorar las tumbas reales. Tutmosis I es el primer nombre real atestiguado en los monumentos contemporáneos, pero Amenhotep I y su madre, Ahmose-Nefertari, fueron los dioses patrones del poblado durante todo el Reino Nuevo y, muy probablemente, desde el momento mismo de la creación del asentamiento. En el poblado no sólo había centros para el culto de ambos, sino que la mayor parte de las casas de Época Ramésida contenían en sus habitaciones anteriores una escena honrando al rey y a la reina. La relación del Amenhotep I y su madre con la región de la necrópolis, con los soberanos deificados y con el rejuvenecimiento en general, se transmitió visualmente mediante representaciones de la pareja con la piel negra o azul, colores ambos de la resurrección. El tercer mes de *peret* se le dedicó a Amenhotep (recibió su nombre) y, durante esta época, dentro de Deir el Medina se llevaron a cabo varios rituales que dramatizaban su muerte, enterramiento y retorno. No obstante, Amenhotep I fue un dios importante de la región y como tal se celebraban fiestas en su honor durante todo el año. Es probable que el rey y su madre se convirtieran en importantes soberanos deificados debido a su relación con el comienzo del Reino Nuevo y a su actividad como constructores en la orilla occidental del río.

Los éxitos militares de Amenhotep I y las subsiguientes ganancias territoriales en Nubia comenzaron a mejorar la economía general de Egipto, mientras que sus monumentos de templos tuvieron un significativo impacto como símbolos del poder real. La actividad militar contra los nubios al sur de la segunda catarata tuvo lugar en torno al año 8, a juzgar por las inscripciones fechadas en los años 8 y 9. Si bien no es

posible asegurarlo con certeza, puede que ésta sea la campaña descrita en las tumbas de Ahmose, hijo de Ibana, y de Ahmose Pennekhbet en Elkab. No obstante, conviene destacar que las biografías de estos dos hombres proceden de tumbas excavadas con mucha posterioridad a los acontecimientos que describen en sus paredes, cerca de sesenta o setenta años después.

Según Ahmose, hijo de Ibana, él mismo fue el encargado de llevar al rey hasta Kush, donde «su majestad mató al arquero nubio en medio de su ejército» y luego persiguió a la gente y al ganado (probablemente tierra adentro). Ahmose sería recompensado después con oro al hacer regresar al rey en sólo dos días desde una zona llamada Pozo Superior hasta el valle del Nilo. Una estela extremadamente erosionada dejada en Aniba y con fecha del año 8 menciona que los arqueros (*iuntyu*) y los moradores del Desierto Occidental (*mentyu*) entregaban oro y grandes cantidades de productos al rey. Es posible que la estela conmemore en realidad que a la exitosa expedición a Kush siguió una visita oficial de la familia real a una parte segura de la Baja Nubia.

Escenas agrícolas en el hipogeo de Pahery, funcionario de la XVIII Dinastía, en Elkab (Tumba EK3).

A finales del reinado de Amenhotep I, las principales características de la XVIII Dinastía ya existían: su clara devoción al culto de Amón en Karnak; sus exitosas conquistas militares en Nubia, destinadas a extender Egipto hacia el sur en busca de recompensas materiales; su cerrada familia real nuclear (la cual evitaba reclamar derechos políticos o económicos sobre la realeza); y el desarrollo de una organización administrativa formada presumiblemente a partir de familias poderosas y parientes colaterales, que en este momento estaban asociados sobre todo a las regiones de Elkab, Edfu y Tebas. No obstante, hasta el momento sólo se ha encontrado un pequeño número de tumbas de altos funcionarios de los dos primeros reinados.

Los monumentos de Amenhotep I

Se ha dicho que Amenhotep I disfrutó de al menos una docena de años de reinado pacífico, durante los cuales pudo revivir las actividades tradicionales asociadas a la construcción de monumentos. La apertura de las minas del Sinaí (y la subsiguiente ampliación del templo del Reino Medio dedicado a Hathor en las minas de Serabit el Khadim), la extracción de alabastro egipcio en Bosra (en nombre de Ahmose-Nefertari) y en Hatnub, así como el comienzo de los trabajos de extracción en las canteras de arenisca de Gebel el Silsila, proporcionaron la mayor parte de la piedra necesaria para reconstruir el templo de Karnak.

Amenhotep I construyó en varios lugares donde su padre había estado activo: en Abydos, por ejemplo, erigió una capilla que conmemoraba al propio Ahmose. Tras sus éxitos en la Alta Nubia, Amenhotep dedicó monumentos en la isla de Sai, incluida una estatua similar a la de su padre y quizá algún tipo de edificio, a juzgar por los bloques que se conservan inscritos con su nombre y el de su madre, Ahmose-Nefertari.

El interés de Amenhotep I en los asentamientos del delta y Menfis está por confirmar, pero Karnak ocupó un lugar destacado en sus planes. Una amplia portalada de caliza, en la actualidad reconstruida, estaba decorada con las típicas escenas del jubileo. Según su inscripción, se trataba de una «gran puerta de 20 codos» y una «doble fachada del templo». Es posible que en su momento fuera la principal puerta de acceso meridional, reemplazada posteriormente por el Séptimo Pilono. Al este, el rey construyó un recinto de piedra en torno al patio del Reino Medio, con capillas en el interior del muro. Estas mostraban escenas que representaban al rey, la «esposa del dios» Ahmose-Nefertari y otro personal del templo realizando el ritual para Amón y dedicando ofrendas a los soberanos de la XI Dinastía. Unos cuarenta o cincuenta años después, Tutmosis III desmanteló todas estas capillas y las reconstruyó de arenisca; pero en varios puntos del interior de Karnak se han encontrado bloques y dinteles con textos de ofrendas. Es probable que junto a la avenida meridional hubiera una capilla períptera del jubileo de Amenhotep I, de un tipo similar a la de Senusret I (1956-1911 a.C.), de la XII Dinastía. De hecho, el estilo de los relieves de Amenhotep I en los monumentos de caliza de Karnak imita de forma tan decidida al de los artesanos de Senusret I que ha sido difícil asignar un dueño concreto a algunos bloques.

Resulta evidente que la función de Karnak como lugar para venerar la realeza fue básica en los planes constructivos de Amenhotep I. Es difícil saber si esta imitación implicó la celebración de un jubileo real antes de cumplir sus treinta años de reinado (el tiempo ideal que un rey esperaba antes de su primera fiesta *Sed*) o si erigió los monumentos anticipando tres décadas de gobierno. No obstante, son varios los

edificios de Amenhotep I en los que se menciona el jubileo, de modo que resulta evidente que el rey pretendía reclamar ese honor, del mismo modo que lo hicieron los grandes soberanos del Reino Medio.

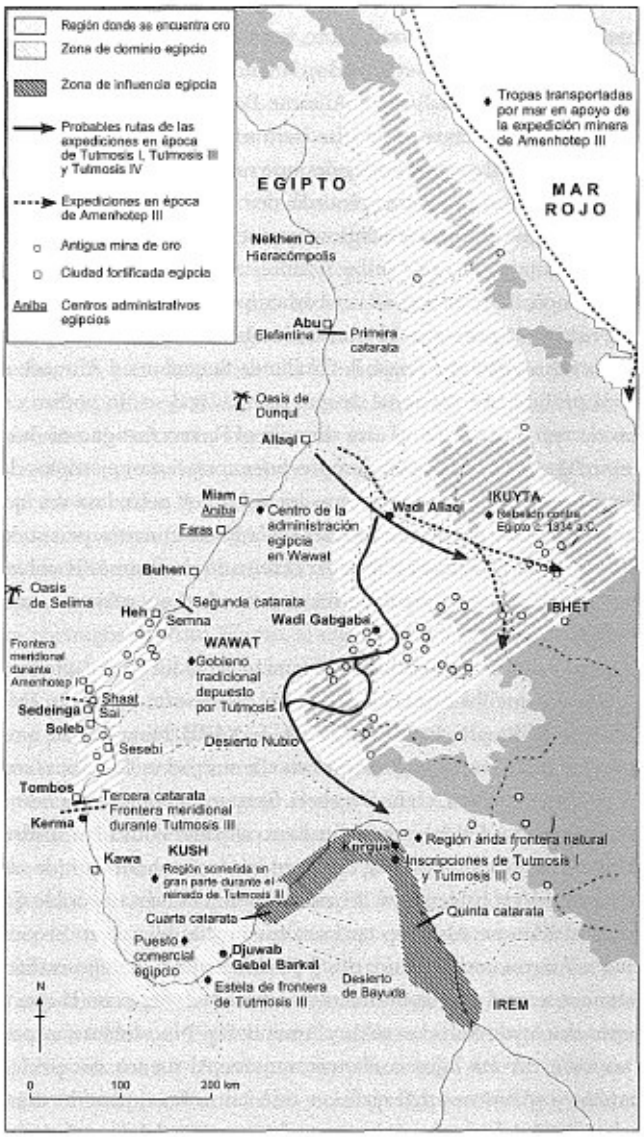
Las jambas de caliza encontradas en los cimientos del Tercer Pilono de Karnak nos proporcionan una lista de las fiestas religiosas y sus fechas de celebración. El estudio realizado por Anthony Spalinger de esos bloques ha permitido saber que, por lo que respecta a su calendario de fiestas, como en la mayor parte de las cosas de Karnak, a Amenhotep I le influyeron los calendarios de la XII Dinastía. Este soberano también construyó un santuario para la barca del dios Amón (muy probablemente) en el patio frontal occidental del templo.

En el otro lado del río, frente a Karnak, Amenhotep I construyó monumentos funerarios en la zona de Deir el Bahari y, hacia el norte y el este, a lo largo del Mmite de los cultivos. Edificado con adobe, el monumento de Deir el Bahari se ha reconstruido de forma teórica con una pirámide; pero in situ sólo se han encontrado unos cuantos ladrillos con los nombres de Amenhotep I y Ahmose-Nefertari. Hasta el momento no se ha identificado con certeza ninguna tumba para ninguno de ellos.

Los lugares donde Amenhotep I y su sucesor construyeron edificios pueden estar relacionados con la cuestión de dónde y cómo se llevaban a cabo las observaciones astronómicas con propósitos calendáricos (véase el capítulo 1). En algunas ocasiones se ha alegado que Elefantina debió de contar con un observatorio para estudiar los ortos helíacos de Sothis y, recientemente, un grafito procedente de Hieracómpolis ha sugerido que algunas observaciones acaecían en lugares desérticos. El renovado interés de la XVIII Dinastía por los lugares de culto situados entre Asuán y Tebas indica un interés similar por los fenómenos naturales asociados a estos cultos, como la aparición de la estrella-perro Sirio (Sopdet/Sothis), el comienzo de la crecida del Nilo y los correspondientes ciclos lunares. La existencia de un calendario de fiestas, recogido en papiro para el reinado de Amenhotep I (verso del Papiro Ebers), plantea la posibilidad de que el rey deseara rehacer los calendarios más antiguos.

La trascendencia de las mujeres de la realeza de principios de la XVIII Dinastía

En el *caché* de Deir el Bahari se encontraron varias princesas, algunas de las cuales también fueron «esposas reales». Eran vástagos de soberanos de finales de la XVII Dinastía o comienzos de la XVIII Dinastía y sus nombres a menudo también se conocen gracias a las capillas de las tumbas privadas de finales del Reino Nuevo donde se veneraba a la familia real de comienzos de la XVIII Dinastía. Los títulos ostentados por estas mujeres y la ausencia de otros maridos que no sean los reyes demuestran las limitaciones experimentadas por las mujeres nacidas de los soberanos egipcios. Ciertamente, el éxito de la línea dinástica de comienzos de la XVIII Dinastía es atribuible, en parte, a la decisión de limitar el acceso a la familia real. En términos económicos, esto significaba que las ganancias conseguidas en las guerras no eran compartidas con las familias cuyos hijos se casaban con una princesa. Por lo tanto, los reyes eran libres de enriquecer a sus seguidores militares a voluntad y, de este modo, consiguieron nuevos apoyos. Ahmose, hijo de Ibana, y Ahmose Pennekhbet son dos ejemplos de estos nuevos miembros de la élite; pero más avanzado el Reino Nuevo contamos con documentos legales que nos informan de la existencia de otros hombres cuya fortuna procedía de concesiones de Ahmose.



Mapa de Egipto y Nubia durante los reinados de Ahmose y Amenhotep I (*c.* 1550-1352 a.C.).

En términos políticos y religiosos, aparentemente la cerrada familia real se remonta al Reino Medio (y antes al Reino Antiguo), cuando con frecuencia las princesas se casaban con reyes o quedaban asociadas de por vida a sus padres en el trono. No obstante, parece que para asegurar la exclusividad del linaje, la familia de Seqenenra y Ahmose estableció la prohibición adicional de que las hijas reales sólo podían casarse con un rey. Éste no fue el caso durante el Reino Antiguo ni durante el Reino Medio, al menos no siempre, pues conocemos ejemplos de altos funcionarios que se casaron con hijas del rey; pero, una vez que la costumbre quedó establecida a finales de la XVII Dinastía, persistió durante toda la XVIII Dinastía. Sólo en el reinado de Ramsés II volvemos a tener pruebas definitivas de princesas casadas con personas que no eran reyes.

Esta práctica no supuso un debilitamiento del linaje real, puesto que no significaba que los reyes sólo pudieran casarse con princesas. De hecho, lo más habitual a lo largo de toda la XVIII Dinastía fue que los faraones hubieran nacido del matrimonio de sus padres con reinas secundarias de origen no real, como Tetisheri. Si estamos comprendiendo bien la documentación, Tetisheri dio a luz tanto al padre como a la madre del rey Ahmose. Su madre, Ahhotep, lo engendró con su hermano (de sangre o hermanastro), probablemente Seqenenra; pero también es posible que lo tuviera con Kamose. Ahhotep también tuvo varias hijas, pero Seqenenra las tuvo asimismo, con al menos dos y posiblemente tres mujeres diferentes. Ahmose se casó con su hermana, Ahmose-Nefertari, con la que tuvo al menos dos hijos, Ahmose-ankh y Amenhotep. No obstante, es posible que también tuviera hijos con otras mujeres. Al menos dos princesas, Satkamose y (Ahmose-) Merytamon ostentaron los títulos de «hija del rey», «hermana del rey», «gran esposa real» y «esposa del dios». La primera aparece mencionada en una estela posterior como hermana de Amenhotep I, mientras que la segunda es identificada a menudo con una hija de Ahmose-Nefertari, que también se casó con su hermano, Amenhotep I, si bien no existe ningún documento que lo afirme de forma explícita.

A pesar de las restricciones matrimoniales para las hijas del rey, hubo varias princesas convertidas en reinas importantes (Ahhotep, Ahmose-Nefertari, Hatshepsut) que se mostraron extremadamente activas durante los reinados de sus esposos y herederos. Atendiendo a los títulos que aparecen en su gran ataúd exterior, encontrado en el *caché* de Deir el Bahari, la madre de Ahmose, la reina Ahhotep, fue «hija del rey», «hermana del rey», «gran esposa real» y «madre del rey». En la estela del año 18 de Karnak, Ahmose honra a Ahhotep con unos títulos que implican que gobernó de facto. Si bien desconocemos la edad que tenía Ahmose cuando se sentó en el trono, es posible que durante una parte de su reinado fuera sólo un niño. Resulta muy significativo que la reina madre fuera honrada posteriormente por su hijo por haber pacificado el Alto Egipto y haber expulsado a los rebeldes. Por lo que parece,

Ahhotep llevó a cabo el combate sin oposición interna en la región; si bien esto implica que durante este período la famiha que ocupaba el trono fue puesta a prueba. Claude Vandersleyen ha sugerido que las batallas de Ahmose contra Aata y Tetian fueron contra enemigos del Alto Egipto, el segundo de los cuales quizá fuera el representante de un linaje familiar contra el que también tuvieron que luchar los soberanos tebanos de la XVII Dinastía Nubkheperra Intef VI y Kamose (lo cual casaría bien con la imagen encontradaen Edfu de Ahhotep honrando a Sobekemsaf, la viuda de Nubkheperra Intef VI). En cualquier caso, parece que Ahhotep se ganó el respeto de las tropas y gerifaltes locales, pudiendo así conservar el joven linaje dinástico; de hecho, continuó actuando como reina madre hasta bien entrado el reinado de Amenhotep I.

Quizá no mucho después del año 18 del reinado de Ahmose, Ahhotep le cedió su privilegiada posición a la princesa Ahmose-Nefertari, que tal vez fuera su hija. La Estela de la Donación de Ahmose en Karnak (ya mencionada) es el primer monumento conocido en el que encontramos mencionada a Ahmose-Nefertari; en la estela se la describe como «hija del rey», «hermana del rey», «gran esposa real», «esposa del dios Amón» y, al igual que Ahhotep, «señora del Alto y el Bajo Egipto». Ahmose y Ahmose-Nefertari aparecen representados junto a su hijo, el príncipe Ahmose-ankh. Pocos años después de que se grabara esta inscripción, en el año 22, Ahmose-Nefertari reivindicó el título de «madre del rey», si bien no sabemos si se refiere a Ahmose-ankh o Amenhotep I. En cualquier caso, la reina sobrevivió a su esposo Ahmose e incluso a su hijo Amenhotep I, manteniendo el cargo de «esposa del dios Amón» durante el reinado de Tutmosis I (1504-1492 a.C.)

Ahmose-Nefertari utilizó el título de «esposa del dios» con más frecuencia que el de «gran esposa real». También actuó con independencia de su marido y su hijo por lo que respecta a la construcción de monumentos y a sus cargos cultuales. Cuando murió, una estela de un coetáneo ajeno a la familia real dejó constancia de que «la esposa del dios […] había volado al cielo». El énfasis que ponía en su cargo de sacerdotisa quizá se debiera a la independencia económica y el poder religioso concedido a la «esposa del dios» por Ahmose. La Estela de la Donación recoge la creación por parte de Ahhotep de una fundación relacionada con el cargo de «segundo sacerdote de Amón», cuyos beneficios fueron concedidos a perpetuidad a la «esposa del dios», para que los transmitiera, sin intromisiones, a quien ella decidiera. La institución de la «divina adoratriz», un cargo diferente al de «esposa del dios», pero asimismo ostentado por Ahmose-Nefertari, también aparece mencionada en la Estela de la Donación. Aparentemente, las propiedades de la institución de la sacerdotisa continuaron creciendo, de tal modo que cien años después de la muerte de Ahmose y tras una reorganización en la transmisión de los cargos, el producto de la «casa de la adoratriz» era un asiento importante en los papiros contables.

Ahmose-Nefertari actuó como «gran esposa real» y sobre todo «esposa del dios Amón» durante todo el reinado de su hijo. No se conoce con seguridad para Amenhotep I esposa alguna de su misma generación, si bien a menudo se supone que la «hija del rey, esposa del dios, gran esposa real, unida a la corona blanca, señora de las Dos Tierras» (Ahmose) Merytamon, cuyo ataúd se encontró en una tumba de Deir el Bahari, fue su hermana y consorte. No obstante, conviene mencionar que la única conexión existente entre ambos es el hecho de que su ataúd data estilísticamente (como los de Ahhotep y Ahmose-Nefertari) del reinado de Amenhotep I. No hay documentos de esta época que mencionen a (Ahmose-)Merytamon, aparte de una posible referencia a ella en un monumento de Nubia. En su estela del año 8, la figura de Amenhotep I aparece seguida de la «madre del rey» Ahmose-Nefertari y de una «segunda esposa del dios, hija del dios, hermana y esposa del rey» (no «gran esposa») cuyo nombre fue restaurado posteriormente como Ahmose-Nefertari, delante del Horus de Miam (Aniba). Es posible que en principio se tratara de Merytamon, elevada al cargo de reina, pero fallecida antes que Ahmose-Nefertari. De la XVIII Dinastía se conocen varios monumentos que muestran la presencia de miembros femeninos de la familia real en las regiones fronterizas, quizá como resultado de una tradición anterior, iay representaciones de este tipo en el Sinaí, en los afloramientos roe sos de Asuán y en Nubia, desde la primera hasta la cuarta catarata, tanco del Reino Medio como del Nuevo. Quizá su intención fuera la de relacionar a las reinas y princesas con Hathor, diosa de las tierras extranjeras, cuyo papel como hija del dios sol era proteger a su padre.

Otro miembro femenino de la familia real de comienzos de la XVIII Dinastía es la hija de Amenhotep I, «hermana del rey» y «esposa del dios», Satamon, conocida gracias a su ataúd en el *caché* real y a dos estatuas en la zona central y meridional de Karnak. Atestiguada a partir del reinado de Ahmose, nunca se convirtió en reina, si bien parece haber sido honrada por Amenhotep I, junto a Ahmose-Nefertari, por su papel sacerdotal como esposa de Amón. Todavía en el Período Ramésida, tanto Satamon como Merytamon fueron veneradas como miembros de la farnilia de Ahmose-Nefertari e incluidas en escenas que representan a la familia real deificada. La cronología precisa del comienzo de la XVIII Dinastía y la genealogía específica de la familia real parece haber sido tan oscura para los tebanos de finales de la XVIII Dinastía como lo es actualmente para nosotros, de modo que no podemos confiar en estas referencias votivas para conseguir un parentesco seguro.

Es interesante mencionar que, a pesar de la aparente capacidad del rey para casarse con tantas mujeres como deseara, todavía no se ha identificado con certeza a ningún vástago de Amenhotep I, no obstante su reinado de veinte años. Un «hijo del rey» llamado Ramose, y conocido por una estatua actualmente en Liverpool, puede haber pertenecido a la familia ahmósida, pero no se menciona su parentesco concreto.

Pese a todo, quizá gracias a la estabilidad proporcionada por el reinado de Amenhotep, la sucesión pasó sin problemas a Tutmosis I, del que no se sabe si perteneció a la familia ahmósida.

Tutmosis I y su familia

La primera sucesión en el trono de la XVIII Dinastía que no tuvo lugar de padre a hijo no resultó en un reinado largo. En 1987, Luc Gabolde publicó un estudio sobre la cronología de los reinados de Tutmosis I y Tutmosis II en el cual calcula que el primero había reinado once años y el segundo tres. La corta duración del reinado de Tutmosis I es inversamente proporcional a su impacto en la realeza de la XVIII Dinastía Puede que el interés de Tutmosis I por explotar Nubia militar y económícamente se debiera a los esfuerzos anteriores de Amenhotep I; pero su expedición a Siria abrió nuevos horizontes que terminarían llevando al relevante papel desempeñado por Egipto en el comercio y la diplomacia de Oriente Próximo del Bronce Final. En general, hoy día el efecto de los esfuerzos de Tutmosis en cuestiones culturales es más visible en Tebas y Nubia; pero la importancia de Menfis y las regiones más al norte también es evidente.

Se desconoce quién fue el padre de Tutmosis I, pero su madre se llamaba Seniseneb, un nombre bastante habitual durante el Segundo Período Intermedio y el comienzo de la XVIII Dinastía. Las familias, tanto de Ineni como de Hapuseneheb («gran sacerdote de Amón» durante el reinado de Hatshepsut»), cuentan con miembros femeninos con este nombre. En la copia de Wadi Halfa de la estela de coronación del primer año del reinado de Tutmosis I, Seniseneb aparece detrás del rey y delante de Ahmose-Nefertari. Los padres de Seniseneb también son desconocidos, pero durante el reinado de su hijo no tuvo otro título que el de «madre del rey». La esposa principal de Tutmosis fue Ahmose, que poseía los títulos de «hermana del rey, gran esposa real». ClaudeVanderselyen considera que se trata de la propia hermana de Tutmosis, sobre todo porque carece del título «hija del rey». De este modo, el rey habría intentado recrear la situación de los dos reinos anteriores, con un hermano y una hermana ejerciendo de soberanos. No obstante, su nombre puede sugerir que Ahmose era miembro de la familia de Amenhotep I, quizá por parte del príncipe Ahmose-ankh y, si es así, se trataba de una importante conexión con la familia ahmósida que facilitó el ascenso de Tutmosis al trono. En la actualidad no podemos explicar mejor ni los orígenes de Ahmose ni el ascenso al trono de Tutmosis.

Fue con Ahmose con quien Tutmosis I tuvo a la futura reina Hatshepsut y probablemente también a una princesa llamada Nefrubity, a juzgar por su aparición junto a ellos en escenas del templo de Hatshepsut en Deir el Bahari. La «esposa del dios Amón» Ahmose-Nefertari murió durante el reinado de Tutmosis I y fue reemplazada por Hatshepsut. Con una esposa de sangre no real, Mutnefret, el rey tuvo al futuro soberano Tutmosis II (1492-1479 a.C.); el parentesco femenino de sus otros dos hijos, Amenmose y Wadjmose, es incierto; pero el segundo de ellos fue

honrado junto a Tutmosis I en una estatua de Mutnefret dedicada por Tutmosis II en la capilla en el lado sur del Rameseo. De hecho, se ha sugerido que esta capilla era el templo funerario de la familia; más concretamente, se habría tratado de un templo familiar para los herederos que Tutmosis I tuvo con Mutnefret.

Los monumentos de Tutmosis I

Tutmosis I y su virrey Turi dejaron monumentos e inscripciones en varios lugares de la Alta y la Baja Nubia. En la región de Kenisa (en la cuarta catarata) y en Napata hay varias instalaciones militares de ladrillo que pueden datar de este reinado. En la isla de Sai, ocupada desde al menos el reinado de Ahmose, se conservan bloques (o fragmentos de bloques) procedentes de edificios y en Semna, Buhen, Aniba, Quban y Qasr Ibrim hay también restos. Es probable que, dejando aparte las estelas, los monumentos fueran a pequeña escala, con elementos de piedra dentro de estructuras de adobe. Tutmosis III y Hatshepsut pudieron haber reconstruido perfectamente con arenisca edificios de ladrillo de este tipo, sobre todo en Semna y Buhen. Dentro de las fronteras tradicionales de Egipto, Tutmosis I ha dejado indicios de edificios en Elefantina, Edfu (probablemente), Armant, Tebas, Ombos (cerca del centro palacial de la XVII o comienzos de la XVIII Dinastía en Deir el Bailas), Abydos, El Hiba, Menfis y Guiza. Se han encontrado objetos votivos dedicados a su nombre en el templo de Serabit el Khadim, en el Sinaí.

Los materiales de Tebas, Abydos y Guiza son de particular interés. Gracias a la presencia de las tumbas de Khufu y Khafra y a que era el lugar de culto del dios identificado con la Gran Esfinge, Horemakhet («Horus del horizonte»), durante el Reino Nuevo Guiza se convirtió en un importante centro de peregrinación. No es coincidencia que los monumentos de

Guiza, al igual que los de Abydos y Karnak, enfatizaran la veneración a los soberanos. Del mismo modo que habían hecho Ahmose y Amenhotep I antes que él, y como harían los siguientes cuatro monarcas, Tutmosis I decidió embellecer los lugares de culto que potenciaban la relación entre el rey y los dioses y entre rey y rey. No obstante, parece haberse asociado con sus antecesores regios más lejanos en vez de con los más inmediatos.

En Abydos, Tutmosis I dejó una estela recordando sus contribuciones al templo de Osiris. En vez de honrar a sus predecesores directamente, donó objetos de culto y estatuas. Según la estela, los sacerdotes lo proclamaron vástago de Osiris, cuyo supuesto papel era el de utilizar la vasta riqueza a él entregada por los dioses de la tierra Geb y Tatjenen para restaurar los santuarios divinos.Tutmosis I decidió no honrar a los dos reyes anteriores, quizá porque sus monumentos subrayaban el linaje familiar ahmósida, del cual él no formaba parte; en vez de ello deseó afirmar su realeza a partir de los propios dioses. Como ideología real, la ascendencia divina fue común durante la XVIII Dinastía, pero muy bien pudo haber recibido su primer impulso durante el reinado de Tutmosis I. Subsiguientemente, fue explotada con consistencia en las inscripciones reales a partir del reinado de Hatshepsut (1473-1458 a.C.) y hasta el de Amenhotep III (1390-1352 a.C.).

En Karnak, Tutmosis I dejó una marca indeleble. Amplió y completó un corredor deambulatorio comenzado por Amenhotep I en torno al patio del Reino Medio y amplió sus muros hacia el oeste para unir los dos nuevos pilonos (el Cuarto y el Quinto) que había construido en la entrada al templo. Seguidamente completó en forma de patio el espacio que quedaba entre ambos pilonos. También terminó la decoración de la capilla de alabastro de Amenhotep I, que parece haber sido su única reivindicación de una conexión directa con su predecesor. En Karnak norte reemplazó un monumento de Ahmose con su «tesoro», pero parece que conservó un bloque de la estructura anterior y lo incorporó a la suya propia.

La política de Tutmosis I en Nubia y Siria-Palestina

Es muy probable que la campaña de Tutmosis I en Nubia fuera el golpe de gracia para Kush y su capital, Kerma. Las tumbas de tres de sus funcionarios —Turi («virrey del sur del rey»), Ahmose Pennekhbet y Ahmose, hijo de Ibana— muestran descripciones de esta campaña, que probablemente tuviera lugar durante el segundo y tercer año de su reinado. No obstante, la descripción más larga de la principal batalla se grabó en un afloramiento rocoso en Tombos, en la tercera catarata, a tiro de piedra de la entrada a Kerma. La inscripción del rey describe los éxitos de la campaña en la región de la tercera y la cuarta catarata con unos términos vívidamente violentos: «Los arqueros nubios caen ante la espada y son tirados a los lados en sus tierras; su fetidez llena sus valles […] Los pedazos cortados de ellos son demasiados como para que los pájaros se lleven la pieza a otro lugar».

Mapa de Egipto y el Levante con los límites de las incursiones egipcias en Oriente Próximo realizadas durante los reinados que van desde Ahmose hasta Amenhotep III (*c.* 1550–1352 a.C.).

Los ejércitos de Tutmosis (al igual que los de Ahmose antes que él) se dirigieron entonces hacia el este, alejándose del valle del Nilo y penetrando en el desierto a espaldas de Kerma, terminando por llegar a la región de la cuarta catarata en torno a Kurgus y Kenisa. Como el río hace una gran curva entre la tercera y la cuarta catarata, ambas estaban conectadas por una ruta terrestre oeste-este. Fue entonces cuando Tutmosis dejó una inscripción en Kenisa. Según Amenhotep, hijo de Ibana, durante su regreso desde Kerma hasta Tebas: «Su majestad navegó hacia el norte, con todos los países en su puño, con el arquero nubio derrotado [probablemente el soberano de Kush] colgado boca abajo en la [proa] del [barco] de su majestad y desembarcó en Karnak».

Tras este éxito, Tutmosis dirigió su ejército hacia Siria para una primera campaña en la región. Consciente de la presencia en las cercanías de los señores de Mitanni, el rey evitó un enfrentamiento directo con ellos y, tras varios éxitos locales, se encaminó hacia Niy en el sur, donde pudo haber cazado elefantes. Las descripciones de esta expedición las encontramos sólo en las tumbas de Ahmose Pennekhbet y Ahmose, hijo de Ibana, ambas construidas y decoradas durante el reinado de Tutmosis III (e incluso después). Caracterizan a Siria como el agresor mitannio, acompañado de epítetos que no volverán a verse hasta finales de la cuarta década del reinado de Tutmosis III. Ningún documento contemporáneo del reinado de Tutmosis I describe la campaña.

A comienzos de la XVIII Dinastía, el contacto egipcio con Mitanni fue extremadamente limitado. Las primeras escaramuzas con vasallos de Mitanni tuvieron lugar durante el reinado de Tutmosis I; pero la conquista de las regiones septentrionales no tuvo lugar al menos hasta treinta y seis años después, cuando Tutmosis III comenzó su expedición siria. Es posible que, en su breve incursión por la zona, Tutmosis I se encontrara con unos enemigos y una capacidad militar superior a la de los ejércitos egipcios, que en esa época casi con seguridad contaba con menos carros que Mitanni. No obstante, fragmentos de unos relieves de época de Ahmose descubiertos recientemente en Abydos demuestran que ya a principios de la XVIII Dinastía se representaban carros. Parece evidente que, de haber conseguido Tutmosis I sustanciales ganancias territoriales o materiales, Mitanni se habría mencionado con mayor frecuencia en los monumentos que conservamos de este soberano, o en los de Tutmosis II o en los de Hatshepsut. Es bastante más probable, por lo tanto, que Tutmosis I se encontrara con que los vasallos de Mitanni eran potencias mihtares superiores a Egipto y que abandonara la región tras dejar una inscripción y, quizá, participar en una cacería de elefantes en la región de Niy, situada al sur de las ciudades dominadas por Mitanni.

En una inscripción fragmentaria de Deir el Bahari se ha conservado una breve mención a la expedición sirio-palestina de Tutmosis I, asociada a la descripción de la

expedición de Hatshepsut al Punt. El texto, que en esencia celebra la fama de Tutmosis I, menciona elefantes, caballos y la región de Niy, lo cual sugiere que, en época de Hatshepsut, Tutmosis I era recordado sobre todo por haber traído productos exóticos de esta región, más que por haber conquistado Mitanni.

La tumba de Tutmosis I y el «culto a los antepasados» de la realeza

El lugar del enterramiento original de Tutmosis I sigue siendo objeto de debate. Su nombre aparece en los sarcófagos de dos tumbas del Valle de los Reyes (KV 20 y KV 38)[13]; pero no existe acuerdo respecto a cuál de ellas es anterior o fue excavada originalmente para este faraón. El cuerpo del rey puede encontrarse entre los hallados en el *caché* real, pero tampoco esto es seguro. Dos ataúdes de Tutmosis I, usurpados para Pinudjem I (uno de los «grandes sacerdotes de Amón» en Tebas durante la XXI Dinastía), contenían una momia sin identificar que posiblemente sea la del propio rey. Uno de sus grandes funcionarios, Ineni, describe cómo supervisó el trabajo en la tumba de Tutmosis I: «Supervisé la excavación de la tumba del acantilado para su majestad, en privacidad; nadie vio, nadie escuchó». Esta vaga descripción de la tumba como un *heret*, que en general significa tumba «de acantilado», puede indicar que está situada en el Valle de los Reyes, pero el debate sigue abierto.

No se conoce el templo funerario de Tutmosis I. En varios puntos cercanos al «templo del valle» de Deir el Bahari se han encontrado ladrillos con su nombre —y algunos otros con éste y con el nombre de Hatshepsut—. Hatshepsut incluyó una capilla en honor de Tutmosis I en su templo, pero esto no tiene por qué significar necesariamente que antes de este reinado el soberano no tuviera un culto funerario. Es más probable que la reina estuviera venerando su linaje ancestral en su templo funerario, porque éstos son a la vez santuarios «faniihares» y templos que honran la unión entre el dios Amón y el rey. El «culto a los antepasados» ya es evidente en los monumentos de Ahmose y Amenhotep I en Abydos, mientras que las capillas de las tumbas no regias, tanto contemporáneas como de mediados de la XVIII Dinastía, incluyen con frecuencia nichos o escenas donde se venera a los miembros difuntos de la familia.

El breve reinado de Tutmosis II

La fecha más elevada que conservamos del reinado de Tutmosis II es la de su primer año en el trono, aunque los estudios realizados en las décadas de 1980 y 1990 sugieren que aquél no duró más de tres años. Hatshepsut, hermanastra de Tutmosis, actuó como su «gran esposa real» y también como «esposa del dios Amón». Al igual que Ahmose-Nefertari, de la cual heredó el cargo religioso, Hatshepsut aparece representada con frecuencia en los relieves que decoran los monumentos tebanos de su esposo, habitualmente como «esposa del dios». El breve reinado de Tutmosis II ha dejado escasa documentación sobre sus actividades en el extranjero, pero el ejército egipcio continuó sofocando alzamientos en Nubia y fue el responsable de la desaparición final del reino de Kush, en Kerma.

La casi efímera naturaleza del reinado de Tutmosis II queda subrayada por la general pobreza de sus monumentos y la ausencia de éstos en el norte de Egipto.Tutmosis II no dejó ni una tumba identificable (algo habitual a comienzos de la XVIII Dinastía) ni un templo funerario terminado. Existen indicios de que el templo de Hatshepsut en Deir el Bahari comenzó durante el reinado de Tutmosis II, pero quizá incluso entonces bajo la dirección de la propia reina. No obstante, pudo haber estado destinado como lugar de culto del rey (y la reina). Tutmosis III erigió para él un pequeño templo cercano a Medinet Habu, es posible que poniendo en práctica un plan diseñado durante el reinado de Tutmosis II.

Los únicos monumentos importantes de Tutmosis II se encuentran en Karnak: una entrada de caliza en forma de pilono erigida delante del patio del Cuarto Pilono. Esta puerta y otra estructura de caliza de un tipo que desconocemos se desmantelaron posteriormente y sus bloques se colocaron en los cimientos del Tercer Pilono. La puerta se ha reconstruido en el Museo al Aire Libre de Karnak. Los altorrelieves de la estructura muestran sobre todo escenas del rey, algunas en compañía de Hatshepsut, mientras que otras presentan a la reina en solitario. Este edificio se terminó durante los primeros años de Tutmosis III, es decir, durante la regencia de Hatshepsut; tras su ascenso al trono, los agentes de la reina reemplazaron en algunos puntos el nombre del rey-niño por los nuevos cartuchos de la soberana. En una de las caras de un fragmento de un pilar cuadrado, Tutmosis II aparece recibiendo coronas, mientras que en otras dos caras vemos a Nefrura (su hija) y a Hatshepsut recibiendo vida de los dioses. Es posible que este monumento se creara tras la muerte de Tutmosis II; pero resulta innegable que Hatshepsut era una figura importante de la monarquía ya antes de que su hermano falleciera.

En Napata, donde Tutmosis I ya había dejado algunos restos, hay otras construcciones con el nombre de Tutmosis II. En Semna y Kumma, así como en Elefantina, se conservan algunos bloques de edificios de Tutmosis II. Además de ello,

recientes excavaciones en Elefantina han sacado a la luz una estatua dedicada por otro soberano (posiblemente Hatshepsut) en nombre de su «hermano»;Vandersleyen menciona que existe un torso real idéntico y sin inscripción en el Museo de Elefantina.

La única expedición militar conocida del reinado de Tutmosis II aparece recogida en una estela grabada en la roca en la isla de Sehel, al sur de Asuán. Está fechada en el primer año de su reinado y describe un alzamiento local en Kush que fue castigado con la muerte de todos los implicados, excepto de uno de los hijos del soberano de Kush, que fue llevado a Egipto como rehén; la paz fue restaurada. Evidentemente, se trata de una rebelión menor, pero como la familia del soberano local de Kush seguía dando muestras de actividad, la reacción egipcia fue brutal y rápida. Así terminaron los principales problemas de Egipto con Kush. Los habitantes de la región fueron perseguidos por el desierto desde una fortaleza egipcia cercana al río.

Ahmose Pennekhbet menciona en su inscripción funeraria que, durante una campaña que sólo conocemos por esta referencia, se trajeron numerosos «shasu» como prisioneros para Tutmosis II. Como el término étnico «shasu» se puede referir a gentes tanto de Palestina como de Nubia, esta breve mención probablemente se refiera a la expedición nubia del año 1. No obstante, es importante volver a mencionar que estas autobiografías fueron escritas en las paredes de la tumba varias décadas después de los acontecimientos que describen. Es posible que el efecto de crear una narración única haya hecho que ninguna de las entradas esté completa.

A juzgar por la estatua dedicada en la capilla de Wadjmose en Tebas, mencionada más arriba, Mutnefret, la madre de Tutmosis II, estuvo viva durante el reinado de su hijo. Si bien desconocemos la edad del rey en el momento de su ascenso al trono (y de su muerte), es bastante posible que fuera más joven que su hermana y esposa Hatshepsut. Esta era hija de Tutmosis I y Ahmose, la reina reconocida oficialmente durante el reinado anterior. Una estela del reinado de Tutmosis II muestra al rey seguido de Ahmose y Hatshepsut. Aparentemente, la segunda ya era «esposa del dios Amón» durante el reinado de Tutmosis I, al haber accedido al trono tras la muerte de Ahmose-Nefertari. No obstante, Tutmosis II no era tan joven como para no poder tener una hija, puesto que Nefrura aparece representada en Karnak junto a él y Hatshepsut.

La regencia de Hatshepsut

El reinado de cincuenta y cuatro años de Tutmosis III comenzó en su infancia, con Hatshepsut, su tía y madrastra, actuando como regente. Según Ineni, cuya «autobiografía» funeraria termina justo antes de que Hatshepsut se convierta en soberana: «Su hijo [de Tutmosis II] fue situado en su lugar como rey de las Dos Tierras, en el trono de quien lo había engendrado. Su hermana, la "esposa del dios" Hatshepsut, realizó los asuntos de las Dos Tierras según sus consejos. Egipto trabajaba para ella, con la cabeza agachada, la excelente semilla del dios, que vino a nosotros de él […]». La inscripción de Ahmose Pennekhbet también se refiere a la regencia de Hatshepsut en términos similares, describiéndola no sólo como «esposa del dios», sino también llamándola Maatkara, que fue el nombre de coronación elegido por ella (el prenomen).

Se ha sugerido que Hatshepsut ya se consideraba heredera de Tutmosis I antes incluso de que su padre muriera, lo que implicaría que la fecha del reinado de Tutmosis III se aplicaría tanto a su propio reinado como al del hijo del rey. También es posible que Hatshepsut capitalizara el papel de «esposa del dios Amón», sus recursos económicos y su relación con la familia de Ahmose-Nefertari (con la cual es posible que Hatshepsut estuviera relacionada genealógicamente por medio de su madre, Ahmose), para apoyar su regencia de un modo similar al utilizado por sus predecesoras femeninas, Ahhotep y Ahmose-Nefertari. También parece haber preparado a Nefrura para desempeñar el mismo papel.

No obstante, una vez que Hatshepsut se dio a sí misma un nombre de coronación y comenzó a transformarse públicamente en reina, sólo contó con un modelo anterior que pudiera seguir, el de Sobekkara Sobekneferu (1777-1773 a.C.), la mujer que gobernó a finales de la XII Dinastía (véase el capítulo 7). Hatshepsut no intentó legitimar su reinado afirmando que había reinado con o para su esposo Tutmosis II. En vez de ello hizo hincapié en su linaje y, en el período anterior a que adoptara un nombre de coronación, el mayordomo real Senenmut dejó una inscripción en Asuán (donde se conmemora la extracción de sus primeros obeliscos) donde la llama: «Hija del rey, hermana del rey, esposa del dios, gran esposa real Hatshepsut». En Deir el Bahari, las escenas y los textos afirman que Tutmosis I la había nombrado su heredera antes de morir y que Ahmose había sido elegida por Amón para engendrar al nuevo soberano divino. Hatshepsut poseía la misma genealogía pura que Ahmose-Nefertari, Ahhotep y Sobekneferu. Esta última nunca fue reina: era una hija de rey a quien aparentemente le bastó ser la encarnación del linaje puro de la familia para mantener su gobierno como faraón. Hatshepsut debe haberse considerado una encarnación de estos mismos aspectos y, durante casi veinte años, tuvo razón.

Su único vástago conocido (engendrado en ella por Tutmosis II) es Nefrura, que

aparece descrita con frecuencia como «hija del rey», «esposa del dios» y también, en más de una ocasión, como «señora de las Dos Tierras» y «señora del Alto y el Bajo Egipto». Todavía se discute si fue esposa de Tutmosis III durante el período de la corregencia, pero lo cierto es que aparece junto a él como «esposa del dios» en una fecha tan tardía como su vigésimo segundo o vigésimo tercer año de reinado. En un momento dado, Tutmosis reemplazó su nombre por el de Sitiah, con la que se casó después de que comenzara su gobierno en solitario. En el caso de que Nefrura hubiera sido alguna vez «gran esposa del rey» Tutmosis III, el soberano debió terminar la relación formal poco después de la desaparición de Hatshepsut, en el vigésimo o vigésimo primer año de su reinado. No se identifica de forma explícita a ningún vástago nacido de Nefrura, aunque basándose en pruebas puramente circunstanciales se ha sugerido que el príncipe Amenemhat fue su hijo.

Los ambiciosos proyectos constructivos de Hatshepsut

Como soberana, Hatshepsut inauguró proyectos constructivos que sobrepasaban con mucho a los de sus predecesores. La lista de lugares donde habían actuado Tutmosis I y II se amplió en el Alto Egipto para incluir lugares favorecidos por los soberanos ahmósidas: sobre todo Kom Ombo, Nekhen (Hieracómpolis) y Elkab, pero también Armant y Elefantina. Tanto Hatshepsut como Tutmosis III dejaron numerosos restos en Nubia: Qasr Ibrim, Sai (una estatua sedente de la reina que recuerda a las de Ahmose y Amenhotep I), Semna, Faras, Quban y sobre todo Buhen, donde la reina construyó para el Horus de Buhen un templo períptero de un tipo habitual a mediados de la XVIII Dinastía. Las escenas originales de los muros del templo incluían imágenes tanto de Hatshepsut como de Tutmosis III, pero éste reemplazaría luego el nombre de ella por el suyo propio y los de su padre y abuelo. El templo de Buhen (en la actualidad trasladado al completo al Museo de Jartún) presenta escenas de la coronación de Hatshepsut y de la reina venerando a su padre.

Menfis también puede haber recibido la atención de Hatshepsut como soberana. Se ha identificado un fragmento de jarra de alabastro procedente de la zona del templo de Ptah; pero lo que resulta más significativo es que la esfinge colosal de alabastro egipcio situada dentro del muro sur del recinto del templo ramésida posiblemente formara parte de un acceso anterior al templo y es más que probable que contara con una compañera. Las canteras de Hatnub, fuente probable de la piedra de la esfinge, están situadas en el Egipto Medio, cerca de otro de sus monumentos: el santuario excavado en la roca de Beni Hasan que en la actualidad se conoce como Speos Artemidos. Aparte de las pruebas de extracción de piedra en las canteras de Hatnub, antes de Hatshepsut no hay rastros de que los reyes de la XVIII Dinastía construyeran en el Egipto Medio; la larga inscripción del Speos Artemidos documenta que la reina fue la primera en restaurar los templos de la zona desde los destructivos días de la guerra contra los hyksos. En esa época el Egipto Medio era una región estratégica, debido a la rutas que atravesaban el Desierto Occidental hasta los oasis y desde ahí hasta Nubia, en el sur.

Hatshepsut afirma en su inscripción haber reconstruido los templos de Hermópolis, Cusae y Hebenu (la capital del nomo del Oryx), además de haber actuado en favor de la diosa leona Pakhet, sagrada para la región en torno al propio Speos. Este trabajo se habría realizado bajo la supervisión de Djehuty, «supervisor del tesoro», nomarca de Herwer (en el Egipto Medio) y «supervisor de los sacerdotes de Thoth en Hermópolis». Las inscripciones de su tumba en Dra Abu el Naga mencionan los numerosos trabajos que supervisó en nombre de Hatshepsut e invocan a varias divinidades regionales, incluida Hathor de Cusae[14]. Los dioses de estos centros de culto (Thoth, Hathor y Horus, respectivamente) recibieron por lo tanto —

como otras divinidades de Nubia y Egipto— un nuevo porcentaje de los recursos económicos de Egipto.

No obstante, ningún lugar recibió más atención por parte de Hatshepsut que Tebas. Bajo su supervisión, el templo de Karnak volvió a crecer con trabajos de construcción supervisados por varios funcionarios, incluidos Hapuseneb (su «gran sacerdote de Amón»), Djehuty («supervisor del tesoro», ya mencionado), Puyemra («segundo sacerdote de Amón») y, por supuesto, Senenmut («el mayordomo real», ya citado también). Como es evidente que el país estuvo en paz durante la mayor parte de su reinado de veinte años, Hatshepsut pudo explotar la riqueza de los recursos naturales de Egipto y también los de Nubia. El oro fluía desde los desiertos orientales y el sur, las valiosas canteras de piedra estaban activas, Gebel el Silsila comenzó a ser explotada en serio por su arenisca, se importaba cedro del Levante y el ébano llegaba desde África (quizá a través del Punt). En las inscripciones de la reina y sus funcionarios se describen con cierto detalle los monumentos y los materiales empleados en su construcción. Es evidente que Hatshepsut estaba complacida por la cantidad y variedad de bienes de lujo que podía conseguir y donar en honor de Amón; tanto, que hizo grabar una escena en Deir el Bahari para mostrar la cantidad de bienes exóticos traídos desde el Punt. Del mismo modo, Djehuty detalla los bienes del Punt donados por la reina a Amón y el electro de las minas del Desierto Oriental, con el cual se le encargó que embelleciera Karnak. Djehuty, Hapuseneb y Puyemra se describen como participantes en la construcción del santuario de ébano donado al templo de Mut de Isheru en Karnak. El trabajo en este templo fue dirigido por Senenmut, cuyo nombre aparece en una puerta, pero Hapuseneb dejó una estatua en el recinto.

En términos de su *imprimatur* personal, lo más significativo que Hatshepsut dejó en Karnak es el Octavo Pilono, un nuevo acceso meridional al recinto del templo. Situado en el eje procesional norte-sur que conecta Karnak central con el recinto de Mut, el nuevo pilono de arenisca fue el primero construido de piedra en esta ruta. Irónicamente, en la actualidad los esfuerzos constructivos de Hatshepsut son invisibles, puesto que la fachada del pilono fue borrada y redecorada durante los primeros años de Amenhotep II (1427-1400 a.C.), hijo de Tutmosis III. No obstante, el deseo de Hatshepsut de crear una nueva entrada principal formaba parte de un plan más ambicioso, diseñado para asegurar que su relación con el templo no sería fácil de olvidar. Al conectar Karnak con el templo de Mut, la reina estaba desviando la atención, quizá de forma intencionada, del acceso de Tutmosis II delante del Cuarto Pilono. Del mismo modo, en la avenida norte-sur construyó un templo dedicado a Amón-Ra-Kamutef, una forma creadora del dios. Tomadas en conjunto, sus construcciones en el templo de Luxor (al sur, que albergaba la fiesta anual de renovación regia), el templo de Mut (donde residía la consorte de Amón) y el

santuario de Kamutef forman un grupo de edificios en los que Hatshepsut podía describir y celebrar su nacimiento como hija de Amón, ganarse el favor de los dioses para su reinado y desarrollar la reivindicación de divinidad para la propia realeza.

En algún lugar de Karnak central, Hatshepsut mandó construir un palacio para sus actividades rituales, además de edificar una serie de habitaciones en torno al santuario central de la barca, donde aparecía representada siendo purificada y aceptada por los dioses. El lugar concreto donde se alzaba su gran santuario de cuarcita para la barca sigue siendo objeto de debate, pero actualmente está reconstruido en el Museo al Aire Libre de Karnak. Este santuario cuenta con escenas de las procesiones asociadas a la fiesta Opet (durante la cual Amón de Karnak visitaba el templo de Luxor) y la Bella Fiesta del Valle. Durante esta última, Amón salía de Karnak para viajar hacia el oeste, hasta Deir el Medina y los templos de los demás soberanos. Durante el Reino Nuevo esta fiesta fue la más valorada en la orilla oeste de Tebas.

Hatshepsut hizo excavar una tumba en el Valle de los Reyes para ella como soberana. La Tumba KV 20 parece ser la más antigua del valle y la reina la amplió para dar cabida tanto a su propio sarcófago como a un segundo que en principio había sido tallado para la reina y luego regrabado para su padre, Tutmosis I. Tanto él como Hatshepsut pueden haber sido enterrados allí, pero posteriormente Tutmosis III se llevó el cuerpo de Tutmosis I a la KV 38, que había construido con un propósito similar. La confusión respecto a las múltiples tumbas y sarcófagos de Hatshepsut no ha terminado todavía, pero los trabajos de Luc Gabolde y otros han contribuido a comprender mejor los primeros momentos del Valle de los Reyes. La reina también construyó un templo para Amón en Medinet Habu, en el extremo meridional de Tebas. Completado por Tutmosis III, su capilla albergaba un culto importante del dios en el oeste y se convirtió en parte del ciclo procesional habitual, que incluía Deir el Bahari, Karnak y posteriormente también implicó a Osiris.

El templo de Deir el Bahari: un compendio del reinado de Hatshepsut

El templo de Deir el Bahari es el monumento más duradero de Hatshepsut. Construido con caliza y diseñado con una serie de terrazas dispuestas contra el acantilado de una bahía natural excavada por el río y el viento, el templo de Hatshepsut, llamado «Sagrado de sagrados» (*djeser djeseru*), es el compendio más completo de su reinado en forma material. El diseño del edificio sigue una forma conocida desde el Primer Período Intermedio, inspirada sobre todo por el templo de Montuhotep II (2055-2004 a.C.) de la XI Dinastía, situado inmediatamente al sur. Durante el Segundo Período Intermedio se continuaron construyendo templos con terrazas y posteriormente también, sobre todo a comienzos de la XVIII Dinastía Ahmose en Abydos. Hatshepsut tomó prestadas formas desarrolladas por muchos de sus predecesores regios; por ejemplo, las colosales estatuas osirianas dispuestas delante de los pilares cuadrados de sus columnatas se parecen mucho a las estatuas de Senusret I. No obstante, la inspiración de Hatshepsut pudo haber sido su padre, Tutmosis I, pues sus colosos osirianos de Karnak, aunque en arenisca, son similares a los de Deir el Bahari.

En el momento de su conclusión, el templo contenía escenas e inscripciones que caracterizaban cuidadosamente varios aspectos de la vida y el gobierno de Hatshepsut. Las zonas más accesibles, las columnatas baja e intermedia, mostraban por ejemplo una campaña nubia, el transporte de los obeliscos para el templo de Karnak, una expedición al Punt de donde se trajeron árboles de incienso y productos africanos, y el nacimiento divino de la soberana. Los funcionarios asociados a los trabajos aparecen mencionados por su nombre, incluidos Senenmut y el tesorero Nehesy. Las inscripciones funerarias de Djehuty y Senenmut sugieren que participaron activamente en la construcción y la decoración del templo «sagrado de sagrados» en Deir el Bahari.

En el extremo sur de la terraza media se construyó una capilla para Hathor, diosa del cementerio occidental, delante de la cual había un patio columnado con los capiteles en forma de emblemas de la diosa con cara de vaca. Flanquean la entrada a la propia capilla escenas del rey alimentando a la vaca sagrada. En la terraza superior hay una entrada central a un patio con peristilo, tras el cual se encuentra el principal santuario del templo. El lado norte del patio está decorado con escenas de la Bella Fiesta del Valle, mientras que en el lado sur hay escenas de la fiesta Opet. Al norte, otro patio cerrado contenía santuarios-nicho para los dioses, incluido Amón, y un gran altar de alabastro egipcio al aire libre para el dios Ra-Horakhty. Este templo solar fue un significativo añadido al complejo, y recuerda una forma arcaica vista en la Pirámide Escalonada de Sakkara, de la III Dinastía. Su significado para el culto

real queda subrayado en las habitaciones situadas al sur del patio central, donde las imágenes y los textos expresan el deseo del soberano de acompañar al dios sol en su diario camino por los cielos y el otro mundo. Los himnos que describen las deidades que gobernaban cada hora del día y de la noche daban a Hatshepsut poder sobre el propio tiempo, de modo que podía fundirse con el sol para la eternidad. En esta terraza también hay capillas para la propia Hatshepsut y para su padre, Tutmosis I. Una inscripción acompaña una escena donde el rey proclama el futuro reinado de su hija.

Una serie de frases destinadas a comunicarse con aquellos pocos que sabían leer y llegaran a ver las zonas privadas del templo aluden de forma tangencial a la inusual naturaleza del reinado de Hatshepsut. Se previene por dos veces a sus funcionarios: «Aquél que la honre vivirá, aquél que diga maldades y blasfeme contra su majestad morirá». Es posible que esta fuera la posición oficial de la corte de la época y que la inscripción se limite a monumentalizar una circunstancia bien conocida en los círculos de la élite de entonces. A juzgar por el súbito incremento de grandes tumbas decoradas en Tebas y Sakkara, ademas de por el creciente número de estatuas privadas dedicadas en templos como Karnak, Hatshepsut fue muy generosa con aquéllos que la apoyaron. La soberana parece haber formado una relación simbiótica con sus nobles, de modo que ella era tan importante para ellos como ellos para ella. Durante esta época, por primera vez en las tumbas privadas tebanas el soberano aparece presentado como el propio dios sol, actuando como intermediario eterno para el dueño de la tumba. Así es como muestran a Hatshepsut las tumbas tebanas del mayordomo real Amenhotep (TT 73)[15] y el copero real Djehuty (TT 110), una costumbre continuada durante el gobierno en solitario de Tutmosis III. Estas representaciones recuerdan las estelas de la élite del Reino Medio, donde se describe cómo actuaron los reyes de la XII Dinastía por el bien de Egipto.

Las relaciones exteriores durante el remado de Hatshepsut

La corregencia de Hatshepsut con Tutmosis III no fue un período de continuas guerras. Hubo varias expediciones militares a Nubia, que parecen haberse ocupado de alzamientos locales; pero nada indica que se interrumpiera la administración del sur encargada al «virrey y supervisor de los países meridionales». Durante el reinado de Hatshepsut el virrey Seni fue sucedido por Amennakht y, durante el reinado en solitario de Tutmosis III, éste cedió su puesto a Nehy. Al menos hubo otro virrey en ejercicio, a finales del reinado de Hatshepsut, mas su nombre es incierto. Estos hombres no sólo gobernaban Nubia, sino que también supervisaban los proyectos de construcción y la entrega al soberano de productos nubios como «tributo», aunque es indudable que vieron poca acción rnilitar directa.

El viaje comercial de Hatshepsut al Punt fue promocionado en Egipto como un importante acontecimiento diplomático. Los productos africanos que se trajeron, junto al oro y el incienso (incluidos los propios árboles de incienso), estimularon el interés por los bienes de lujo exóticos. Los portadores de tributo nubios no tardaron en aparecer representados en las tumbas privadas trayendo estos mismos productos: colmillos de marfil, pieles de leopardo, elefantes vivos y, por supuesto, oro. No está del todo claro cómo pudo la expedición al Punt inaugurar un comercio más extensivo con las zonas de África situadas al sur del territorio controlado por Egipto; pero lo cierto es que sólo después de ella hay informes consistentes de tributo nubio procedente de las regiones conquistadas, incluidas listas de los productos exóticos conseguidos.

Cabe la posibilidad de que las relaciones de Egipto con el Egeo, atestiguadas por las pinturas minoicas de Tell el Daba (Avaris), sufrieran un cambio durante el reinado de Hatshepsut. Si bien Avaris continuó ocupada hasta el reinado de Amenhotep II, no hay pruebas claras de que Egipto siguiera en contacto con Creta tras la primera parte de la XVIII Dinastía. Quizá el comercio se mantuviera a través de Chipre y el Levante, porque la cerámica importada es relativamente abundante. Es posible que durante el reinado de Hatshepsut, cuando en la decoración mural de las capillas de las tumbas privadas aparecen delegaciones de keftiu (minoicos a juzgar por las representaciones egipcias) junto a otros emisarios extranjeros, Egipto hubiera creado sus propias relaciones comerciales con la Creta minoica o la Grecia micénica. No obstante, la consistencia del contacto es dudosa. Pinturas semejantes de los reinados siguientes a Hatshepsut muestran una menor familiaridad con los vestidos y objetos cretenses y los especialistas han llegado a la conclusión de que el comercio puede haber tenido lugar por intermedio de Siria-Palestina más que de forma directa.

El gobierno en solitario de Tutmosis III

En algún momento del vigésimo o vigésimo primer año de reinado de Hatshepsut, el trono revertió a Tutmosis III, quien no tardó demasiado tiempo en labrarse una reputación, tanto para él como para Egipto, que todavía se recordaba un milenio después, si bien de forma un tanto imprecisa. Al ser un soberano maduro, pero sin experiencia, Tutmosis III sopesó cuidadosamente la situación y, sin duda con el consejo de sus colegas militares, identificó el potencial de gloria y riqueza que se extendía hacia el noreste. La gloria de la conquista de Nubia no podía pertenecer a Tutmosis III y Hatshepsut se había hecho con lo que de ella quedaba al establecer contacto con el Punt. El único sitio donde conseguir ganancias rápidas era el Levante, donde Egipto podía hacerse con el control de la rutas comerciales que hasta el momento habían estado dominadas por soberanos y mercaderes sirios, chipriotas, palestinos y egeos. Tras diecisiete años de campañas mihtares, Tutmosis III había dejado firmemente establecido el control egipcio sobre Palestina y había realizado importantes avances en el sur de Siria. Su reputación estaba asegurada y las ganancias conseguidas se gastaban a lo grande en beneficio de los templos de Amón y otros dioses, así como en aquellos hombres que habían seguido al rey en su búsqueda.

El rey no profanó el nombre y los monumentos de Hatshepsut hasta los últimos años de su reinado; lo que sí hizo fue intentar llenar el paisaje del Nilo con recordatorios de su propio mandato. Es interesante observar que el estilo artístico de los retratos de Tutmosis III es extremadamente difícil de diferenciar del de los últimos monumentos de Hatshepsut. Sólo en el tipo de cuerpo decidió Tutmosis III ser presentado de forma ligeramente distinta, pues sus imágenes le muestran con los hombros más anchos y el torso superior más pesado que los de Hatshepsut, tanto en los relieves como en la estatuaria; este cuerpo más viril sería utilizado después por Amenhotep II. El rostro de Tutmosis III continúa el perfil «tutmósida» ya visto en Tutmosis I, que incluye una nariz larga ligeramente aguileña, de punta curvada y base ancha. La boca es grande, con el labio superior protuberante debido al prognatismo de la familia.

Tutmosis III utilizó sus treinta y dos años de reinado para hacer que su nombre estuviera presente por todo Egipto y Nubia. Se mantuvo activo en Gebel Barkal (el punto más meridional de Nubia), Say, Pnubs (en la tercera catarata), Semna, Kumma, Uronarti, Buhen, Quban, Amada, Faras y Ellesiya, así como en varias localidades más en las que se han encontrado bloques con su nombre. Más al norte, sus monumentos están bien atestiguados en Elefantina (donde construyó un templo para la diosa Satet de la primera catarata), en Kom Ombo, Edfu, Elkab,Tod, Armant,Tebas, Akhmin, Hermópolis y Heliópolis. En una estatua del «supervisor de

los trabajos» Minmose, en el cargo durante la parte final del reinado de Tutmosis III, se puede leer una lista de los lugares de culto en los que trabajó. Además de los ya mencionados, cita Medamud, Asyut, Atfih y varias localidades del delta, entre ellas Buto, Busiris y Chemnis. Si bien todavía no se ha identificado en el delta ningún edificio de Tutmosis III, la inscripción de Minmose sugiere que tanto este soberano como otros de principios de la XVIII Dinastía estuvieron activos en la zona.

Karnak continuó siendo un lugar especialmente querido. Tutmosis III reestructuró de forma un tanto inmisericorde las zonas centrales del templo, desmontando las capillas de caliza de Amenhotep I y reemplazándolas por otras de arenisca. Poco después de haber empezado su período de gobierno en solitario, comenzó la construcción de su principal edificio en Karnak: «[Tutmosis III] efectivo de monumentos» (*akh menu*). El tema general de las escenas en relieve del edificio está relacionado con la renovación del reinado de Tutmosis III, principalmente mediante la fiesta *Sed*, que celebró por primera vez a los treinta años de reinado. En general, la veneración a la realeza encaja bien con el propósito del edificio y lo relaciona con las capillas situadas en torno al patio central. Avanzado su reinado, Tutmosis III hizo redecorar toda la zona central con escenas, y sobre todo con inscripciones, donde se detallaban sus campañas en Asia. Estos anales, escritos en el cuadragésimo segundo año de su reinado, se han convertido en la principal fuente histórica sobre las conquistas del rey, pues presentan tanto episodios concretos de la guerra como listas del botín capturado. Según se describe en los *Anales*, el enriquecimiento del templo de Amón fue enorme: sólo los edificios nuevos son ya numerosos. El rey añadió el Sexto y el Séptimo Pilónos, este último cubierto de escenas e inscripciones donde se mencionan los lugares que afirmaba controlar. En el lado norte del recinto se construyó un templo para el dios Ptah y en el centro del templo un santuario de granito para la barca, así como otro de alabastro egipcio que más tarde se uniría a un santuario de Tutmosis IV (1400-1390 a.C.) y fue situado junto al Cuarto Pilono. Durante el reinado de Tutmosis III también se modificaron los trabajos realizados por Hatshepsut, una tarea que terminaría el hijo de aquél, Amenhotep II, pero incluso sin ella la actividad era incesante. Entre los «grandes sacerdotes de Amón» figuran el enérgico Menkheperraseneb, dueño de la TT 86, su sobrino del mismo nombre (TT 112) y Amenemhat (TT 97). Es probable que Amenemhat fuera el último «gran sacerdote de Amón» de Tutmosis III y continuó en el cargo durante gran parte del reinado de Amenhotep II, después de que Menkheperraseneb cediera el puesto a su sobrino durante un breve período.

Los «grandes sacerdotes» eran responsables no sólo de Karnak, sino también de los trabajos en nombre del dios realizados en la orilla occidental de Tebas. Tutmosis III estuvo extremadamente activo en Medinet Habu, donde completó el pequeño templo de Amón y también construyó un templo conmemorativo para su padre, justo

al norte del anterior. Más avanzado el reinado convirtió un santuario construido en Deir el Bahari en su propia capilla, llamada «Horizonte sagrado» (*djeser akhet*). La tumba de Tutmosis III en el Valle de los Reyes (KV 34) fue tallada en un acantilado, en el que penetró profundamente. Los muros de la cámara funeraria están cubiertos con textos hieráticos blancos y rojos de varios libros del más allá: la *Letanía de Ra*, que menciona todos los nombres del dios sol para que ayuden al rey en su viaje por el otro mundo, y el *Libro de lo que está en el otro mundo (Amduat)*, que proporciona al rey un mapa del más allá y fórmulas para conseguir la justificación eterna.

Tutmosis III en el Levante

Casi inmediatamente después de comenzar su reinado en solitario, Tutmosis III encabezó una expedición al Levante con la cual intentó hacerse con el control de varias ciudades que reconocían el dominio de Mitanni desde el noreste de Siria. Aparentemente utilizó el rey como excusa la necesidad de solucionar las rencillas locales en Sharuhen y sus cercanías para dirigirse a Gaza desde la fortaleza fronteriza egipcia de Tjaru. Gaza había estado bajo control egipcio al menos desde época de Ahmose y hemos de suponer que la lealtad de la ciudad se presuponía desde este reinado. Los *Anales* recogen que en esta primera campaña en el vigésimo tercer año de reinado, Tutmosis III dejó Gaza y planeó su ataque contra Meggido comenzando por la ciudad deYahem, una importante ciudad-estado ocupada entonces por el soberano de Qadesh. También estaba protegida por un grupo de jefes que representaban regiones de Levante tan alejadas como Nahrin (Mitanni y la Siria dominada por ella). La inscripción de Tutmosis indica que estos jefes se mantenían leales a Egipto, lo que se consideraría como una verdadera amenaza. El acceso al cedro del Líbano, a las fuentes de cobre y estaño y a otros productos valiosos pudo haber quedado en peligro debido al control de Mitanni sobre el norte de Palestina y la franja costera.

Una vez en campaña, Tutmosis III descubrió las verdaderas recompensas de la guerra. El botín fue tan grande que continuó guerreando de forma intermitente hasta el cuadragésimo segundo año de reinado en las regiones del norte de Palestina, el Líbano y partes de Siria. El botín conseguido en la batalla de Meggido, junto a las ofertas de paz recibidas tras los siete meses de asedio de la ciudad, fue considerable e incluía S94 carros (entre ellos dos forrados de oro), 200 armaduras (dos de ellas de bronce pertenecientes a los jefes de Meggido y Qadesh), así como 2.000 caballos y 25.000 animales. Tras el asedio de Meggido, Tutmosis reemplazó a los derrotados jefes locales y continuó hacia el norte, en dirección al río Litani. Los objetos de lujo tomados de varias ciudades a las que derrotó se describen meticulosamente en los *Anales*, igual que las diferentes clases de cautivos, que aparecen enumeradas. Las campañas de los años 24-32 destacan la atención que le prestaba el rey al litoral levantino, con sus bosques y puertos, además de a las zonas al oeste de Siria. Los textos egipcios incluyen una amplia gama de materiales, desde metales preciosos (oro, plata, cobre y plomo) hasta madera, aceite, e incluso alimentos y cosechas de cereales. El rey envió a Egipto a los hijos de los gobernantes de las ciudades para que fueran egiptizados. Según los *Anales* del año 30, «quienquiera que muriera entre estos jefes, su majestad hacía que su hijo ocupara su puesto».

Si tenemos razón al asumir que el topónimo Nahrin no aparece en las inscripciones egipcias antes de la octava campaña de Tutmosis III (en el año 33 de su

reinado), sencillamente porque era demasiado poderoso como para mencionarlo en los monumentos reales egipcios, entonces la conquista de los vasallos sirios por parte del rey fue un logro realmente significativo. El hasta entonces pobremente documentado Estado de Nahrin, aparece de repente en los últimos años del reinado de Tutmosis III en todo tipo de inscripciones jeroglíficas: además de en los *Anales*, el aparente cruce del Eufrates por parte del rey aparece en la Estela de Gebel Barkal (erigida en la cuarta catarata en Nubia), en un obelisco de Karnak, en la Estela Poética de Karnak y en la Estela de Armant. Aparecen también referencias a Nahrin en las numerosas listas de topónimos del reinado. La cantidad de botín conseguido durante las campañas sirias es impresionante, tanto para el soberano como para sus soldados. Con la excepción del período subsiguiente a la octava campaña, ocurrida en el año 33, en los *Anales* los ingresos procedentes de Nahrin aparecen mencionados como botín, ya sea originado por los saqueos del ejército o capturado por el rey. Parece que por entonces Nahrin no realizaba entregas anuales (*inu*), como señalan claramente los *Anales* al comparar esta entrega única tras la campaña del año 33 con la de otras zonas designadas como «de este año». Esto puede interpretarse como que la fuente de los ingresos de Egipto eran sólo los derrotados vasallos de Mitanni y no el rey de Mitanni en su capital, Washshukanni. Si bien los objetos y personas conseguidos en Nahrin son considerables, los ingresos anuales procedentes de Retjenu y Djahy incluyen muchos más objetos y materiales preciosos. Es evidente que Tutmosis III todavía seguía en guerra con Mitanni.

La participación en la conquista de Siria, Nahrin incluida, de una recién formada élite militar egipcia se conmemora en al menos siete tumbas tebanas del reinado de Tutmosis III y de comienzos del de Amenhotep II, además de en numerosas estatuas y estelas de particulares (TT 42, 74, 84, 85, 86, 88, 92, 100, 131, 155 y 200). En las capillas de estas tumbas el énfasis se pone tanto en los cautivos de las expediciones militares, las guerras o los propios soldados, como en los objetos de lujo conseguidos de las entregas extranjeras. No obstante, el aspecto militar de los encuentros egipcio-mitannios tendría una vida corta, porque sería sustituido por el cada vez mayor prestigio concedido a los productos sirios. Las tumbas decoradas a partir de la primera década del reinado de Amenhotep II celebran los ingresos como si fueran tributos extranjeros, sobre todo los de naturaleza exótica, formalizándose los elementos de conquista dentro de procesiones de celebración. Por ejemplo, en la tumba de Kenamon (TT 93), decorada avanzado el reinado de Amenhotep II, no hay ningún texto que describa las guerras sirias, ni un listado del botín, como sí sucede en la capilla de Suemniwet (TT 85), o la presentación de los hijos de los jefes extranjeros, como sí vemos en la capilla de Amenemheb (TT 85). En vez de ello, sus paredes muestran los regalos de Año Nuevo para el rey, entre los cuales hay numerosas armas y armaduras, así como dos carros. La filacteria del carro que

aparece en el registro superior alardea de que la madera se trajo desde el país extranjero de Nahrin, mientras que el carro de debajo está diseñado para ser utilizado en la guerra contra los meridionales y los septentrionales. Debajo del carro superior hay una pila de cascos de estilo sirio, mientras que debajo del otro carro vemos un montón de marfil; es evidente que se trata de una alusión a la antigua guerra en ambas regiones, Asia y Nubia respectivamente.

Entre los regalos de Año Nuevo de la tumba de Kenamon también hay un grupo de recipientes de cristal que imitan mármol. Este tipo de cristal es particularmente característico del norte de Siria y del norte de Irak. De hecho, la introducción a gran escala de cristal formado a partir de un núcleo puede muy bien haber sido resultado de las guerras contra Mitanni. Muy posiblemente, los recipientes de cristal, aparecidos primero en centros mitannios como Tell Brak y Tell Rimah, se convirtieron con rapidez en objetos copiados (y muy mejorados) en Egipto. Los recipientes de plata y oro (descritos a menudo en las listas de botines como «de fondo plano») asociados al litoral mediterráneo (aparecen mencionados como «trabajo de Djahy») también llegan como ingresos procedentes de Nahrin (en el año 33) y, al igual que con el cristal, las copias de estilo egipcio de estos recipientes sirios no tardaron en ponerse de moda. El famoso recipiente de plata de fondo plano inscrito para el soldado Djehuty durante el reinado de Tutmosis III es uno de estos cuencos; un recipiente de oro de Djehuty, también en el Museo del Louvre, puede que sea una copia moderna de uno de plata; hay muchas imágenes de ellos en las paredes de los templos y tumbas de Tebas.

Junto con los productos de lujo de estilo sirio hicieron su aparición los dioses de la región y durante el reinado de Amenhotep II los cultos de las deidades asiáticas Reshef y Astarté se fomentaron ampliamente en Egipto. Resulta significativo que el gusto por los productos de estilo mitannio durara mucho más que la moda de las condecoraciones militares. Un tipo especial de león de oro, que se entregaba a los soldados en las campañas sirias, deja de encontrarse tras los primeros momentos del reinado de Amenhotep II; pero los recipientes metálicos y de cristal de estilo sirio siguieron siendo símbolos de categoría a lo largo de toda la XVIII Dinastía, y se copiaron de formas diversas en Egipto. Del mismo modo, las escenas donde se presentan cautivos y botín sirios desaparecieron tras los primeros momentos del reinado de Amenhotep II, en favor de escenas de representantes extranjeros ofreciendo sus preciados objetos de lujo como muestra de homenaje al faraón.

En la transformación iconográfica de Mitanni, desde archienemigo a dócil fuente de productos de prestigio, podemos ver el camino recorrido por Egipto hacia una alianza con Nahrin. No se sabe con certeza si las tres esposas de Tutmosis III enterradas en Wadi Qubbanet el Qirud (en la orilla occidental de Tebas) eran sirias, pero sus nombres ciertamente sí son asiáticos y su riqueza en oro era grande. Quizá

se trate de un reflejo del cambio del punto de vista egipcio respecto al este: el mismo rey que durante veinte años estuvo organizando campañas para conquistar Retjenu y Nahrin se casa después con mujeres de la región y las cubre de riquezas. A pesar de las futuras batallas de Amenhotep II en Siria, al terminarse el reinado de Tutmosis III el interés egipcio por la paz era inminente.

Entre las esposas de Tutmosis III figura una mujer llamada Sitiah, hija de una «niñera real». Posee los títulos de «gran esposa real» y —en un único texto— «esposa del dios». Si realmente reemplazó a Nefrura en el puesto de sacerdotisa, sólo fue hasta que la hija del soberano, Merytamon, fue lo suficientemente mayor como para hacerse cargo del mismo. No se sabe con total certeza si Sitiah tuvo o no hijos, mientras que la madre de Amenhotep II, Merytra, parece haber tenido varios. Aparentemente, Merytra (hija de Huy, «divina adoratriz de Amón y Atum» y «jefa de las cantantes del coro de Ra») dio a luz a Amenhotep, a la princesa Merytamon, al príncipe Menkheperra, a la princesa Isis, a otra princesa llamada Mery(t)amon y a una pequeña princesa llamada Nebetiunet. Merytra aparece como reina en el templo de Medinet Habu y en la tumba de Tutmosis III, donde también podemos ver a una tercera esposa, Nebetta, y a la princesa Nefertiry.

Amenhotep II

No sabemos si a finales del reinado de Tutmosis III todavía seguía vivo algún miembro de la rama familiar de Hatshepsut (descendiente de la reina Ahmose). No obstante, en el quincuagésimo primer año de su reinado, el anciano soberano nombró corregente a su hijo Amenhotep y compartió con él la monarquía durante poco más de dos años. La *damnatio memoriae* de Hatshepsut, comenzada en torno al año 46 o 47, había abierto el camino para este reinado conjunto; pues el propio Amenhotep II completó la profanación de los monumentos de la soberana. Para terminar con las posibles reclamaciones de Hatshepsut y su linaje, sus monumentos se modificaron sistemáticamente: algunos quedaron oscurecidos por nuevos trabajos, otros se mutilaron para borrar cualquier resto de su nombre y muchos se alteraron de tal modo que los nombres de Tutmosis III o Amenhotep II reemplazaron a los de Hatshepsut. Dado que Tutmosis intentó acabar con el recuerdo de la reina veinticinco años después de su desaparición, no parece que se tratara de un acto de pura venganza contra su madrastra, sobre todo porque el rey había conservado a varios de los funcionarios de Hatshepsut, que completaron su carrera y construyeron sus tumbas destacando en ellas el nombre de Tutmosis. Quizá la muerte de hombres que sirvieron a ambos soberanos, como Puyemra, «segundo sacerdote de Amón», e Intef, alcalde de Thinis (la región de Abydos) y gobernador de los oasis, debilitó las objeciones a la execración de Hatshepsut.

El reinado de Amenhotep II fue un punto de inflexión en el comienzo del Reino Nuevo; si bien en la actualidad a menudo queda oscurecido por la sombra tanto de sus dos predecesores como de sus sucesores de finales de la XVIII Dinastía. Durante su reinado de casi treinta años (la fecha más alta conocida del mismo es el año vigésimo sexto) el rey tuvo éxitos militares en Levante, llevó la paz y sus recompensas económicas a Egipto y amplió fielmente los monumentos a los dioses. En su época, Amenhotep II se ganó el reconocimiento de los suyos, sobre todo por sus virtudes atléticas (de hecho, sus monumentos a menudo aluden a ellas). Cuando era joven, el rey vivía en la región de Menfis y entrenaba caballos en los establos de su padre (si hemos de creer la inscripción que dejó en una estela en el templo de la Esfinge en Guiza). Su mayor hazaña tuvo lugar cuando atravesó con sus flechas blancos de cobre mientras conducía un carro con las riendas atadas a la cintura. La fama de este logro se plasmó en monumentos, no sólo en la inscripción de la estela de Guiza, sino en relieves de Tebas. También apareció miniaturizada en escarabeos encontrados en Levante. Sara Morris, una historiadora de arte clásico, sugiere que el éxito de Amenhotep con los blancos es la base sobre la que, cientos de años después, se construyó el episodio de la *Ilíada* en el que se dice que Aquiles atravesó con sus flechas una serie de blancos dispuestos en una trinchera.

La mayor parte del reinado de Amenhotep II fue pacífica, siendo un largo período de estabilidad. Algunos papiros administrativos de su reinado documentan florecientes organizaciones agrícolas e industriales en varias zonas de Egipto. Funcionaba una eficaz burocracia y Amenhotep II parece haber hecho buen uso de sus administradores. Animó a los hombres que habían servido a su padre a que continuaran con él y situó a amigos íntimos en puestos clave. En esta época también se copiaron algunas composiciones literarias del Reino Medio, lo cual sugiere un creciente interés en el refinamiento cultural más que en el valor militar. Si bien el arte real continuó igual de idealizado y formal que durante el reinado de Tutmosis III, el estilo de la pintura en contextos no regios comenzó a traicionar un individualismo artístico que posteriormente se acentuaría.

El programa constructivo de Amenhotep II

Amenhotep II construyó edificios o añadió anejos a monumentos ya existentes en casi todos los centros importantes donde su padre había dejado su impronta. Durante los tres primeros años de su reinado se erigieron construcciones con el nombre de ambos monarcas, sobre todo en Amada (Baja Nubia), donde se edificó un templo en honor de Amón y Ra-Horakhty que los conmemoraba a los dos por igual, y en Karnak, donde ambos reyes participaron en la eliminación de los vestigios de los monumentos de Hatshepsut enmascarándolos con los suyos. En el patio situado entre el Cuarto y el Quinto Pilono, las columnas añadidas y la manipostería situada en torno a los obeliscos de la reina en ocasiones llevan el nombre de un soberano y en otras el del otro. Es imposible saber si estas modificaciones se efectuaron de forma simultánea (durante la corregencia) o consecutiva.

Nuestro faraón también dejó monumentos en Pnubs (en la isla de Argo), Sai, Uronarti, Kumma, Buhen, Qasr Ibrim, Amada, Sehel, Elefantina, Gebel Tingar (una capilla cerca de la cantera de cuarcita en la orilla occidental de Asuán), Gebel el Silsila, Elkab,Tod (una capilla de la barca de la corregencia), Armant, Karnak, Tebas (incluida su tumba, la KV 35 del Valle de los Reyes, y un templo funerario hoy destruido), Medamud, Dendera, Guiza y Heliópolis. En el año 4 de su reinado se reabrieron las canteras de Tura para construir un templo de caliza, pero su localización es incierta y no se trata del templo funerario del rey en Tebas, puesto que su estructura es de arenisca y adobe.

Los sitios donde los esfuerzos constructivos de Amenhotep II dejaron una impresión mayor fueron Guiza y Karnak, a pesar de que los trabajos del soberano en Guiza no fueran especialmente ambiciosos. Con todo y con ello, construyó un templo para el dios Horemakhet, el dios sol identificado con la Gran Esfinge. Se ha podido observar que, desde el reinado de Tutmosis I, la zona en torno a la Esfinge era visitada por príncipes y peregrinos que recorrían los grandes complejos piramidales de Khufu y Khafra. La Esfinge y su anfiteatro se convirtieron en la sede de un culto a los antepasados regios, incluidos el propio Amenhotep II y su hijo, Tutmosis IV, que erigió la Estela de la Esfinge entre las patas anteriores de esta gran estatua leonina. El culto a Horemakhet y la veneración regia continuaron hasta la época romana, cuando los peregrinos dejaban ofrendas votivas en el muro del recinto del anfiteatro o, si era posible, en las capillas. Por lo tanto, la dedicación por parte de Amenhotep II de un pequeño templo a Horemakhet (también descrito como Hauron en el depósito de fundación del rey en este lugar) es un momento importante de la historia de la Esfinge como centro de adoración. Sus propios hijos dejaron estelas en el templo, algunas con imágenes que muestran que en su momento una estatua de Amenhotep II se alzó junto al pecho de la Esfinge. Mark Lehner ha reconstruido el aspecto de la

Esfinge con esta estatua de la XVIII Dinastía en su lugar.

Cuando Amenhotep II hubo terminado su programa de borrado en los monumentos de Hatshepsut en Karnak, pudo concentrarse en los preparativos de su jubileo real en su templo. Al igual que Tutmosis III había construido en el recinto de Amón en Karnak el templo de la fiesta conocido como «Efectivo de monumentos», Amenhotep II creó un edificio para su fiesta *Sed*. Su pabellón, tal cual lo ha reconstruido Charles van Siclen, consistía en un patio con pilares cuadrados y muros decorados con relieves en los laterales. Fechado en la parte final de su reinado, a juzgar tanto por su estilo artístico como por sus inscripciones, se encontraba delante de la entrada sur del templo, en el Octavo Pilono, creando así un nuevo acceso principal al templo, del mismo modo que Hatshepsut había hecho antes que él. Delante de su patio de la fiesta *Sed* había terrenos de Amón, jardines con vegetales y plantas agradables. Los pilares llevaban la inusual dedicatoria: «La primera vez de repetir [o "y repetición de"] la fiesta *Sed*», la cual puede implicar que antes de la construcción de este patio ya había celebrado un jubileo. No obstante, son fórmulas difíciles de interpretar y pueden tratarse sencillamente de deseos para la futura fiesta *Sed* del rey. Siguiendo una antigua tradición, la decoración en relieve del pabellón de la fiesta contenía elaborados símbolos para el soberano, que enfatizaban sobre todo las conexiones solares; por ejemplo, múltiples discos solares sobre las coronas y sobre ellos diminutos halcones, identificándolo así con Ra-Horakhty con cabeza de halcón.

En el pequeño templo de Tutmosis III en Deir el Bahari se utilizó un extravagante simbolismo solar similar y se trata de un monumento que también data del período que siguió a los preparativos para la celebración del jubileo del rey. El edificio de la fiesta *Sed* de Amenhotep II incluía escenas con su madre, Merytra, que hacía las veces de su reina y, lo que es más importante, de «esposa del dios Anión». El edificio fue desmantelado a finales de la XVIII Dinastía para dejar sitio a las modificaciones del sector realizadas por Horemheb (1323 a.C.), siendo reconstruido después con una forma arquitectónica diferente por Seti I (1294-1279 a.C.) a comienzos de la XIX Dinastía.

Amenhotep II también construyó un templo para Amón en Karnak norte, un recinto dedicado posteriormente a Montu de Tebas. No obstante, los bloques de este edificio forman parte en la actualidad de los cimientos de un templo construido durante el reinado de Amenhotep III y adaptado posteriormente durante la época ptolemaica. Su función original sigue siendo una incógnita. No obstante, la existencia de otras entradas y bloques procedentes de Karnak norte indican que el rey estaba interesado en desarrollar este sector, quizá debido a su interés por extender el eje norte-sur de la parte central de Karnak. Al norte del templo propiamente dicho se han encontrado elementos en piedra de puertas procedentes de un palacio; quizá señalen

el emplazamiento de una residencia ceremonial de Amenhotep II. Es posible que el interés del rey por el templo de Montu en Medamut, unos ocho kilómetros al norte, también tenga algo de notable, puesto que con posterioridad existió una vía procesional entre Karnak norte y Medamud.

Amenhotep II en el Levante

Amenhotep II llevó a cabo dos campañas en Siria, la primera probablemente en el año 7 y la segunda en el año 9. Aparecen descritas en estelas dejadas en Amada, Menfis y Karnak. La primera campaña se concentró en la derrota de los jefes no alineados y en sofocar las rebeliones surgidas entre vasallos recientemente adquiridos. Entre estos últimos, la región de Takhsy mencionada en la tumba tebana de Amenemheb (TT 85), fue un objetivo primario conseguido. Los siete jefes derrotados de la región fueron llevados hasta Tebas cabeza abajo en el barco del soberano, para ser colgados seis de ellos de los muros del templo. El otro fue llevado hasta Napata, en Sudán, donde su cuerpo fue colgado, indudablemente como ejemplo para la población local. Según las estelas, el botín que Amenhotep afirmaba haber conseguido durante la primera campaña incluía unos increíbles 6.800 *deben* de oro y 500.000 *deben* de cobre (746 y 54.924 kilos de peso respectivamente), además de 550 cautivos *mariannu*, 210 caballos y 300 carros. La segunda campaña, en el año 9, tuvo lugar en su mayor parte en Palestina.

Aparte de los topónimos estándar en «anillos de nombre», ninguno de los textos monumentales de Amenhotep II contiene referencias hostiles a Mitanni o Nahrin (a pesar de que las inscripciones narran sus campañas sirias), lo cual probablemente sea intencionado. En vez del apelativo de Tutmosis III «esos enemigos de Nahrin», Amenhotep II utiliza varias veces el arcaico término genérico egipcio *setjetyu* («asiáticos»). El lenguaje de las estelas, compuestas tras el final de los conflictos, en el año 9 o más tarde, refleja el hecho de que la paz con Mitanni estaba cercana. De hecho, la estela de Menfis muestra un añadido al final donde se informa de que los jefes de Nahrin, Hatti y Sangar (Babilonia) llegaron ante el rey con regalos y pidiendo a cambio regalos-ofrenda (*hetepu*), además de solicitando el aliento de vida. Es sin duda el primer anuncio oficial de la paz con Mitanni, si bien en tiempos de Tutmosis III ya existían buenas relaciones con Babilonia y otros.

La importancia de la nueva alianza de Amenhotep II con Nahrin queda subrayada al haber sido expuesta en una inscripción vertical en la *wadjyt*, o sala columnada, situada entre el Cuarto y el Quinto Pilono de Karnak. El emplazamiento es significativo, porque la sala era venerada como el lugar donde Tutmosis III recibió un oráculo divino proclamando su futuro ascenso al trono. Además, la relación de la sala con un hnaje que se remontaba a Tutmosis I, el primer rey en aventurarse en Siria, la convertía en el lugar perfecto para vanagloriarse de la relación con Mitanni. La inscripción destaca a Siria, diciendo: «Los jefes (*weru*) de Mitanni (*My-tn*) vinieron a él, sus entregas sobre la espalda, para solicitar regalos-ofrenda (*hetepu*) de su majestad en busca del aliento de vida». Al final del reinado de Amenhotep II, el retrato de Mitanni, hasta hacía poco el vil enemigo del rey, se había equiparado al de

otros aliados cercanos de Egipto. En los monumentos del valle del Nilo, los reyes hermanos de Babilonia, Hatti y Nahrin siempre aparecen representados suplicando vida del rey egipcio. No obstante, el entusiasmo de Amenhotep II delata que se trató de una paz ganada con esfuerzo. Es evidente que el faraón consideraba que la afianza era muy buena, tanto dentro como fuera de las fronteras egipcias.

Las esposas reales de mediados de la XVIII Dinastía

La documentación nos permite conocer a varios príncipes del reinado de Amenhotep II: Amenhotep, Tutmosis, Khaemwaset (?), Amenemopet, Ahmose, Webensenu y Nedjem, así como los anónimos príncipes A y B conocidos por las estelas erigidas en Guiza. Es posible que otro príncipe, llamado Aakheperura, naciera a finales del reinado de Amenhotep II o en el de Tutmosis IV. Al contrario que en reinados anteriores, las princesas resultan difíciles de documentar. La abundancia de varones jóvenes en la familia real contrasta con la primera parte de la dinastía, cuando los príncipes adultos parecen haber sido escasos, quizá debido a que morían en las campañas militares o de enfermedades en la niñez. La escasez de príncipes, quizá debida en parte a la preferencia dinástica por las hermanas princesas como reinas, parece haber inspirado la norma de tomar esposas secundarias además de a las «grandes esposas reales». Estas «esposas reales», como Nebetta y las tres reinas levantinas de Tutmosis III, de las que ya hemos hablado, probablemente fueran distintas de las mujeres de la corte de rango desconocido con las cuales los reyes mantenían relaciones sexuales. Estas mujeres, como Mutnofret, Isis, Tiaa y Mutemwiya, tenían hijos que se convertían en reyes y ascendían a sus madres a la categoría de reinas. No obstante, no sabemos qué mujeres (aparte de Tiaa, madre de Tutmosis IV) fueron las madres de los numerosos vástagos de Amenhotep II.

No sólo su elevada capacidad procreadora distingue a Amenhotep II de sus predecesores. Al contrario que ellos, no reconoció públicamente a ninguna esposa que no fuera su madre, Merytra, que sirvió como «gran esposa real» durante gran parte de su reinado. La ausencia de esposas puede considerarse como un rechazo consciente del papel dinástico que tuvieron las princesas como reinas y «esposas del dios Amón» desde el momento de la creación de la dinastía hasta el reinado de Hatshepsut. Quizá Tutmosis III y Amenhotep II se dieron cuenta de que reinas como Hatshepsut, que representaban a la familia dinástica, podían ser peligrosas si se volvían demasiado ricas y poderosas. Además, la usurpación del trono por parte de reinas convertidas en soberanas puede haber dado a Tutmosis III y a Amenhotep II un incentivo especial para procrear hijos varones. Esta conclusión animó a los reyes a escoger como «gran esposa real» a mujeres ajenas al linaje real principal, como hizo Tutmosis III con Sitiah y Merytra.

La legitimación de Tutmosis IV

La sucesión de Tutmosis IV parece no haber tenido reconocimiento alguno por parte de Amenhotep II, ya sea mediante una corregencia o mediante una declaración de intenciones. En una estatua dedicada durante el reinado de Amenhotep I por el príncipe Tutmosis (más tarde Tutmosis IV) en el templo de Mut en Karnak, el tutor que acompaña al príncipe, llamado Hekareshu, aparece designado sencillamente como «niñera de los hijos reales»; no obstante, tras el ascenso de Tutmosis al trono, Hekareshu fue retrospectivamente llamado «padre del dios» y «niñera del hijo mayor del rey». Si bien Merytra puede haber aparecido en los últimos monumentos de Tutmosis III, la madre de Tutmosis IV, Tiaa, no puede ser reconocida con certeza en ningún monumento de Amenhotep II que no se trate de un añadido posterior realizado por el propio Tutmosis. Antes del reinado de su hijo no existen pruebas de que la posición de Tiaa influyera en la sucesión.

Durante la XVIII Dinastía, los hijos reales eran criados por las niñeras reales (hombres y mujeres),junto con tutores sacados de las filas de los cortesanos retirados. Por lo tanto, el aumento de documentación sobre los príncipes de esta época no es en absoluto casualidad. No es difícil imaginar la competencia existente entre las crecientes filas de jóvenes y capaces príncipes, sobre todo al cesar las campañas militares regulares en Asia tras la primera década del reinado de Amenhotep II. Entre jóvenes ambiciosos esta competencia podía tornarse en enfrentamiento. La historia del acceso de Tutmosis IV a la realeza, que aparece narrada en la Estela de la Esfinge de Guiza, se ha interpretado como una sugerencia de que no era el heredero legítimo; pero es posible que sólo nos esté indicando que durante el Reino Nuevo la ideología real recurría a la legitimación divina. La mera belleza de la Estela de la Esfinge es una buena razón para citar parte de ella:

> La estatua del mismísimo gran Khepri [la Gran Esfinge] descansaba en su sitio, grande de fama, sagrado de respeto, la sombra de Ra descansando sobre él. Menfis y todas las ciudades de sus dos lados vinieron a él, con los brazos en adoración frente a su rostro, llevando grandes ofrendas para su *ka*. Uno de esos días sucedió que el príncipe Tutmosis llegó viajando en el momento del mediodía. Descansó en la sombra de este gran dios. [Se durmió y] el sueño [tomó posesión de él] en el momento en que el sol estaba en su cénit. Entonces se encontró a la majestad de este noble dios hablando por su propia voz como un padre le habla a su hijo y diciéndole: «Mírame, obsérvame, mi hijo Tutmosis. Soy tu padre Horemakhet-Khepri-Ra-Atum. Te daré la realeza [sobre la tierra delante de los vivos. […] [Mira, mi condición es como la de uno que está enfermo], todos [mis miembros están en mal estado]. La arena

del desierto, sobre la cual yo solía estar, (ahora) se enfrenta a mí, y para poder hacer eso tienes que hacer lo que está en mi corazón que he esperado».

La petición realizada a Tutmosis de librar a la Esfinge de las arenas fue escuchada y, tanto el muro de contención que rodea el anfiteatro como las estelas erigidas en torno a ella, documentan los trabajos del rey en la zona. Es posible que sus esfuerzos de construcción estuvieran destinados a desviar la atención de los problemas de la sucesión. En varios monumentos dedicados por los hermanos de Tutmosis en el templo de su padre Amenhotep II en la Esfinge de Guiza podemos apreciar un atisbo de lucha por el trono. Las estelas se encontraron rotas y mutiladas y su borrado sugiere algún tipo de *damnatio memoriae*, pero no contamos con ninguna prueba que demuestre qué pudo provocarla. El candidato más probable de entre los hijos de Amenhotep II a ser el dueño de las borradas Estelas de Guiza A y B es el príncipe Webensu. Sus vasos canopos y sus *shabtis* se hallaron en la tumba de Amenhotep II (KV 35 en el Valle de los Reyes), pero es difícil saber cuándo fueron depositados allí. Podemos suponer que el príncipe tenía cierta importancia, aunque no es posible ir más allá en la suposición. Por lo tanto, las estelas borradas de Guiza no deben ignorarse como pruebas de una lucha por el trono, si bien no podemos negar ni confirmar que Tutmosis IV fuera el usurpador.

Los monumentos de Tutmosis IV

El reinado de Tutmosis IV, de al menos ocho años de duración, fue breve pero activo. Es un lugar común decir que los soberanos egipcios construyeron monumentos en proporción directa a la paz y prosperidad de las que gozaron. Como rey, Tutmosis IV tuvo paz y riqueza, pero el tiempo del que dispuso fue aparentemente escaso. Comenzó a construir en la mayoría de los templos principales de Egipto y en cuatro lugares de Nubia. El tamaño original de los monumentos y de sus restos varía enormemente, pero en general realizó añadidos a templos ya existentes. La distribución de los monumentos de Tutmosis IV, en el contexto de mediados de la XVIII Dinastía, no presenta ningún rasgo destacable. Honró los centros de culto ya establecido y apenas fue iconoclasta. Por otra parte, en varios lugares dejó presagios de lo que vendría. De hecho, podemos sugerir que siguió deliberadamente los pasos de su padre y de su abuelo, construyendo añadidos a sus templos y, del mismo modo, sugirió nuevos lugares y monumentos para su hijo.

Se han encontrado monumentos del reinado en los siguientes lugares: en el delta, en Alejandría, Seriakus y Heliópolis (?); en la región menfita, en Guiza, Abusir, Sakkara y la propia ciudad de Menfis; en Fayum, en Cocodrilópolis; en el Egipto Medio, en Hermópolis y Amarna; y en el Alto Egipto, en Abydos (donde dejó una capilla de ladrillo con revestimiento de caliza), Dendera, Medamud, Karnak, Luxor, la orilla occidental de Tebas (donde construyó un templo mortuorio y una tumba, la KV 43, en el Valle de los Reyes), Armant,Tod, Elkab, Edfu, Elefantina y Knosso. En Nubia dejó bloques en Faras (?) y Buhen, decoró el patio con peristilo de Amada y comenzó a construir en Tabo (terminado posteriormente por Amenhotep III), además de dejar un depósito de fundación en Gebel Barkal. También llevó a cabo algunos trabajos de decoración en el templo de Hathor en Serabit el Khadim, en las minas de turquesa del Sinaí.

El interés del rey por los dioses solares se puede documentar en todas sus campañas constructivas y también en sus inscripciones. En Guiza se dedicó no a un alarde de capacidad ecuestre y de arquería, sino al dios Horemakhet y el culto helipolitano. En la Estela de la Esfinge no hace referencia a Amón-Ra, permitiendo que la deidad septentrional (Horemakhet-Khepri-Ra-Atum) dominara tanto en su función de dios sol como de legitimador regio. Dado que Amón, incluso en la Estela de la Esfinge de Amenhotep II, era el primigenio dios creador y el dios que determinaba la realeza, su omisión por parte de Tutmosis seguramente fue deliberada, quizá se trató tanto de un reflejo de la creciente importancia de los dioses helipolitanos como de la influencia política del propio norte como centro administrativo de Egipto.

En Karnak el rey hizo que el eje principal regresara de nuevo a la orientación

este-oeste, reduciendo así la importancia de la vía de entrada norte-sur de Amenhotep II. Como situó un porche y una puerta delante del Cuarto Pilono, es probable que al principio Tutmosis IV dejara sin tocar el patio original, cambiando sólo la propia puerta monumental. El porche tenía columnas de madera (según una inscripción eran de ébano y mera), probablemente doradas con electro. El porche habría sido un espacio protegido utilizado durante los rituales de la corte, y se han conservado de él dos representaciones contemporáneas.

Algunos años después le dio un nuevo aspecto al patio de caliza del Cuarto Pilono, erigido por Tutmosis II. Sobre los antiguos muros de caliza, Tutmosis IV construyó un patio con peristilo de arenisca, profusamente decorado con relieves de los tesoros donados por el rey al dios Amón. La intención era conmemorar la celebración de un primer jubileo, planeado sin esperar a que transcurrieran treinta años, como sin duda sucedió también en el caso de Amenhotep II. El estilo de las esculturas de Tutmosis en Karnak cambió en su último año de reinado, volviéndose más elaborado y expresivo.

El rey también erigió un obelisco sin pareja en el extremo oriental del recinto de Karnak. Se talló por orden de Tutmosis III, pero permaneció olvidado en el taller hasta que Tutmosis IV ordenó erigirlo. Se convirtió en el centro de un lugar de culto solar diseñado por Tutmosis III, y fue situado justo en el eje del templo.

Tutmosis IV en Siria-Palestina y Nubia

En relación a la política exterior en el este, donde mejor se entienden los contactos de Tutmosis IV con Mitanni es en el contexto de la paz ya existente con esa potencia. Ello habría limitado la actividad militar a campañas contra vasallos egipcios rebelados o reyezuelos mitannios que estuvieran presionando a las ciudades-estado egipcias. Para sellar una relación diplomática en el rey,Tutmosis IV se casó con una hija del soberano mitannio Artatama.

La inscripción más conocida donde aparece mencionada la actividad militar por parte de Tutmosis IV es el lacónico texto dedicatorio de una estatua de Karnak, formado por una única línea: «Procedente del saqueo de su Majestad ---na, derrotado, procedente de su primera campaña de victoria». El topónimo mencionado en esta dedicatoria de Karnak (y en una base de estatua en el templo de Luxor) es probable que se encuentre en Siria, dadas las diversas referencias que aparecen en las Cartas de Amarna al rey de esta región. Las dos ciudades más probables para reconstruir el texto de la dedicatoria son Sidón (*Zi-du-na*), donde se sabe que Tutmosis IV viajó y donde Egipto claramente carecía de apoyos durante la época de Amarna, o Qatna, cerca de Tunip en Nukhashshe (una zona indeterminada al este del Orantes).Ya sea el topónimo Qatna, Sidón o cualquier otra ciudad, la zona más probable para la campaña principal es el Levante septentrional. Sobre todo porque el rey de Mitanni, Artatama, se habría quedado muy impresionado por una demostración de poder a las puertas de su zona de influencia, especialmente si ya estaban en marcha las negociaciones para una renovación diplomática del tratado.

Una escena en la tumba del portaestandarte Nebamon (TT 90) recoge su ascenso en el año 6 y muestra a los jefes de Naharin delante del rey en su quiosco. En la escena también aparecen cautivos y su presencia tras el reinado de Amenhotep II es lo suficientemente escasa como para tenerla muy en cuenta. No obstante, como prisioneros capturados en una campaña tanto contra vasallos mitannios como contra ciudades-estado egipcias rebeldes, estos extranjeros proclaman la evidente superioridad de Egipto sobre Mitanni. Semejante afirmación de dominio habría sido adecuada en el momento de la renovación del tratado con Washshukanni. Siendo así, es posible que en vez de ayudarnos a documentar una guerra contra el soberano mitannio, la escena nos informe de la fecha del matrimonio diplomático de Tutmosis IV con la princesa siria.

En la regiones meridionales de Palestina, Tutmosis sólo realizó un ataque punitivo contra Gezer; no se puede demostrar que hubiera una guerra, pero parte de la población de la ciudad se trasladó a Tebas. En la actualidad es imposible demostrar que las posesiones levantinas egipcias a finales del reinado de Tutmosis no eran similares a las de Amenhotep II. Del mismo modo, es imposible determinar si

Artatama I estaba actuando desde una posición de poder cuando decidió formar una hermandad con Tutmosis IV Este nunca luchó directamente contra el soberano mitannio, pero su poder en las lejanas provincias septentrionales permaneció intacto. Por lo tanto, Artatama podía estar renovando una relación diplomática establecida durante el reinado de Amenhotep II o quizá llegando a un acuerdo para conseguir estabilidad en la zona (sobre todo si la amenaza de Asiría y Babilonia unidas estaba comenzando a dejarse sentir). Los egipcios no tenían nada de lo que avergonzarse con la paz, pues parece que no tuvieron que hacer ninguna concesión.

En cuanto a las zonas al sur de Egipto, no existen pruebas claras de actividad militar de Tutmosis IV en la propia Nubia. La Estela de Knosso, tallada en una roca al sur de Asuán, detalla un viaje de Tutmosis IV por la ruta de las minas de oro al este de Edfu; es muy probable que los nubios estuvieran interfiriendo los transportes del metal precioso, atacándolos desde escondites en lo profundo del desierto, donde se encontraban las mismas minas. Como la expedición terminó en Knosso, es posible que el rey utilizara Wadi el Hudi para regresar, habiendo seguido una ruta elíptica hacia el oeste siguiendo Wadi Mia, luego hacia el sur y después hacia el oeste de regreso al valle del Nilo. No obstante, en el texto no hay mucho que sugiera una guerra importante contra los nubios; más bien se trata de una acción policial en el desierto, causada por la amenaza que suponía para el transporte por esa zona.

La realeza y las mujeres reales durante el reinado de Tutmosis IV

Es posible que Tutmosis IV comenzara algo que Amenhotep III se encargó de terminar, sobre todo en lo que respecta a identificarse a sí mismo de forma deliberada con el dios sol. En Guiza aparece en una estela tocado con el collar *shebiu* de oro y brazaletes, muy asociados con el favor de la deidad solar. Estas joyas aparecen a menudo en representaciones del rey en contextos funerarios; pero en esta estela (además de en un brazalete de marfil procedente de Amarna y en el carro del rey) Tutmosis IV aparece llevándolos como soberano viviente. Tutmosis IV dejó en Karnak (en la actualidad en el Museo de El Cairo) una estatua de sí mismo como dios halcón y, en un relieve de su patio de arenisca de este mismo templo, aparece la imagen de una estatua del rey como halcón junto a otras estatuas reales. En estas imágenes, los aspectos divino y solar de la realeza son supremos.

La tendencia a incrementar la asociación regia con los principales dioses egipcios (como ya vimos en la veneración realizada por Tutmosis III, tanto de sí mismo como de los reyes anteriores, en su templo del jubileo, situado dentro del recinto de Amón) se volvió aún más destacada durante el reinado de Tutmosis IV Sin abandonar nunca la noción de que el mejor modo de reforzar el linaje dinástico era mediante el matrimonio del rey con una hija suya (tanto por razones políticas como económicas), Tutmosis IV, al igual que Amenhotep II, enfatizó cada vez más las asociaciones divinas de las mujeres de la realeza. Colocó a su madre en el papel de «esposa del dios Amón», como si fuera la propia diosa Mut. Éste era su papel principal, si bien Tiaa también ostentó los títulos de «madre del rey» y «gran esposa real» durante la mayor parte del reinado de Tutmosis IV Se conocen monumentos con su nombre en Guiza, Fayum, Luxor, Karnak y el Valle de los Reyes. Esta intencionada asociación con la diosa madre Mut vino complementada con relaciones iconográficas y textuales de la reina con las diosas Isis y Hathor. El rey parece haber distribuido los papeles ceremoniales de sacerdotisa y reina entre Tiaa y otras dos «grandes esposas reales». Tiaa aparece en el patio del jubileo de su hijo en Karnak, donde sujeta una maza mientras observa la ceremonia de fundación del monumento. En el pabellón del jubileo de Amenhotep II, Merytra (cuyo nombre se cambió después por el de Tiaa) también aparece sujetando una maza en una mano y con un sistro en la otra. Esta imaginería seguramente represente la categoría de estas reinas como «esposas del dios Amón». Más tarde, la maza se convertirá en un elemento iconográfico de las «esposas del dios».

En los primeros años de reinado hubo una esposa no perteneciente a la realeza, Nefertiry (atestiguada en Guiza y en el templo de Luxor), que fue «gran esposa real» junto a Tiaa. Tutmosis capitalizó esta tríada madre-hijo-esposa (al igual que haría más

tarde Amenhotep III) para representar papeles —por ejemplo en el templo de Luxor — donde él, como dios y rey, acompañaba a sus diosas, su madre y su esposa representando el papel de diosas madre, esposa y hermana. Posteriormente, después de que Nefertiry hubiera desaparecido al morir o fuera dejada de lado, siguió la tendencia de su familia y se casó con una hermana, cuyo nombre puede leerse como Iaret. Es posible que hubiera tenido que esperar a que Iaret tuviera edad suficiente como para casarse. Mutemwiya, la madre de Amenhotep III, nunca fue reconocida como reina, ni mayor ni menor, por Tutmosis IV; pero una estatua del tesorero Sobekhotep (enterrado en laTT 63), consejero de Amenhotep, muestra al príncipe Amenhotep en una posición favorable antes de la muerte de su padre. La tumba de la niñera real Hekarnehhe (TT 64) también muestra al joven heredero; pero como la tumba se completó durante el reinado de Tutmosis IV, Mutemwiya no aparece. Varios príncipes más aparecen mencionados en los textos de la tumba de Hekarnehhe, así como en un grafito en una roca de Knosso; aunque no está claro si se trata de hijos de Amenhotep II o de Tutmosis IV.

Amenhotep III

El reinado de treinta y ocho años de Amenhotep III fue sobre todo un período de paz y prosperidad. La construcción de monumentos reales durante el mismo se produjo a una escala que tuvo pocos paralelos y el séquito del soberano dejó tumbas, estatuas y santuarios que pueden rivalizar con los de muchos reyes anteriores. Desgraciadamente, como sucede con la mayoría de períodos, es imposible comparar la fortuna de los ricos con la de los pobres. No sabemos si la vida de los campesinos mejoró económicamente gracias a la generalizada riqueza egipcia. La documentación oficial sugiere que toda la población disfrutó hasta cierto punto de la prosperidad, puesto que Amenhotep III y su funcionario de los graneros, Khaeirrkhet, alardean de la «extraordinaria» cosecha de grano conseguida en el crucial año trigésimo, el del jubileo real. Mil años después, el rey seguía siendo recordado como un dios de la fertilidad, asociado a la feracidad agrícola. No obstante, este tipo de pruebas difícilmente es objetiva, de modo que debemos admitir nuestra ignorancia al respecto.

Es probable que en el momento de su acceso al trono Amenhotep III fuera un niño. Una estatua del tesorero Sobekhotep con un príncipe Amenhotep-mer-khepesh en el regazo probablemente represente al rey poco antes de la muerte de su padre, mientras que una pintura mural de la tumba de Hekarnehhe (TT 64) describe al dueño de la tumba como la niñera real del príncipe Amenhotep, representando al príncipe como un joven más que como un niño desnudo. La edad del rey en el momento de su ascenso al trono puede haber estado en cualquier punto entre los dos y los doce años, si bien quizá sea preferible una fecha tardía, dado que la madre de Amenhotep, Mutemwiya, apenas es más visible que Tiaa y Merytra, las madres de los dos reyes anteriores. No parece muy probable una regencia con Mutemwiya y, si realmente el rey era un niño pequeño en el momento de su ascenso al trono, el país fue gobernado en su nombre de forma discreta. Una posibilidad alternativa es que los miembros de la familia de la reina Tiye ayudaran al rey en estos primeros momentos de reinado. Un escarabeo fechado en el año 2 del reinado de Amenhotep establece la temprana fecha de su matrimonio con Tiye, y la identificación en otro escarabeo de los padres de la reina, Tuya y Yuya, subraya la importancia de éstos. Hasta el momento no se posee ningún documento que demuestre que la familia de Tiye actuara como un poder en la sombra. No obstante, esta presunción se ha vuelto tan fuerte que se ha llegado a pensar que otros «hacedores de reyes» no pertenecientes a la realeza, como Ay (cuyo nombre en jeroglífico se parece al de Yuya), formaban parte de esta misma familia originaria de Aldiniin. El descubrimiento en esta ciudad de varias estatuas colosales de finales de la XVIII Dinastía, incluidas algunas de Amenhotep III, parece apoyar esta idea, en tanto en cuanto que esta región fue favorecida durante los reinados de Amenhotep III yTutankhamon/Ay.

La divinidad de Amenhotep III

Recientes debates sobre el reinado de Amenhotep III han sugerido que fue deificado durante su vida, no sólo en Nubia, donde construyó un templo de culto para sí mismo, sino también en el mismo Egipto. Raymond Johnson sostiene que la insistente identificación de Amenhotep III con el dios sol, tanto en su iconografía monumental como en sus inscripciones, debe entenderse como una prueba de su deificación; argumenta también que Amenhotep IV/Akhenaton (1352-1336 a.C.) transformó a su padre deificado en el incorpóreo disco solar Atón para, de este modo, poder adorar al vivo Amenhotep III como el único dios del mundo. El punto de vista que considera que Amenhotep IV adoró a su padre como Atón (aunque tras su muerte) fue adoptado tempranamente por Donald Redford. Conviene mencionar que, al mismo tiempo, esa transformación habría privado al padre tanto de su existencia física como de su nombre y habría obligado a Amenhotep III a participar en la destrucción del dios cuyo nombre celebra, Amón. Aunque la interpretación de Amenhotep considerado como dios de su hijo lleva en sí la inconfundible influencia de la moderna psicología freudiana, la noción egipcia de la relación del rey con los dioses puede apoyar la base de la idea.

Si bien hasta el momento no se conoce ningún texto o iconografía dentro del propio Egipto que identifique a Amenhotep III como una deidad de culto estando vivo, todos los reyes (a los cuales Jaromir Malek describe en el capítulo 5 como *netjeru neferu*, «dioses menores») eran considerados dioses importantes a su muerte, siendo invocados frecuentemente como intercesores, tanto por sus sucesores como por particulares. Además, podría decirse que Amenhotep III intentó ser identificado con el dios sol a partir de su primer jubileo, en los años 30-31, puesto que las escenas que representan esta fiesta *Sed* le muestran adoptando el papel concreto de Ra navegando en su barca solar. El elevado grado en el que Amenhotep III aparece asociado con el dios sol en los monumentos bien puede haber alentado el punto de vista de que, al haberse fundido en uno con el sol, como se esperaba que el rey hiciera tras su muerte, estaba presente en la deidad de Akhenaton: el disco solar Atón. La afirmación de que ésta fue la intención de Akhenaton no deja de ser una conjetura psicológica con cierto fundamento.

También resulta interesante que Amenhotep III llamara a su propio complejo palacial «El brillante Atón» y utilizara sellos donde se puede leer «Nembaatra [su prenomen] es el brillante Atón». Evidentemente, los sellos son documentos económicos y, como tales, pueden referirse al propio complejo palacial; por lo tanto, podían estar pensados para leerse como «El brillante Atón de Nebmaatra». Lo que sí es cierto es que, con anterioridad al reinado de Amenhotep IV/Akhenaton, la asociación de Atón con Amenhotep III está bien establecida en los documentos de su

época.

Por ahora resulta imposible probar o rechazar el argumento de Johnson. No hay estelas o estatuas dedicadas con certeza a Amenhotep III como una deidad principal de Egipto estando vivo y mucho menos de él como Atón. La deificación de Ramsés II, unos cien años después, vino acompañada por un significativo número de edificios, tanto reales como privados, que identificaban al dios Ramsés en varios lugares de culto dentro del mismo Egipto. Estos monumentos datan del reinado del propio Ramsés y no se refieren al rey como «amado de la deidad X» (como se hace en muchos monumentos de Amenhotep III). Nombran a Ramsés como el dios y le muestran recibiendo ofrendas, por lo general como una estatua. No existe nada semejante de Amenhotep III en Egipto, y los ejemplos que más se parecen a los monumentos ofrecidos a los dioses no pueden ser asignados con seguridad al período de vida del rey. Una estela de Amarna muestra a Amenhotep y a Tiye recibiendo ofrendas de comida bañados por los rayos de Atón. Si bien esto puede ser considerado como un punto en contra de la tesis de Johnson de que Amenhotep III era Atón, quizá resulte significativo que proceda de los últimos años del reinado de Akhenaton. Lo cierto es que plantea la cuestión de si el rey y la reina seguían vivos o de si la estela, perteneciente al santuario de una casa particular, veneraba a la difunta pareja real buscando su intercesión. Este tipo de estelas votivas ofrecidas a los reyes difuntos fueron habituales en las casas de Deir el Medina, tanto antes como después del Período Amárnico.

Nuestra incapacidad para determinar si Amenhotep III y su hijo Amenhotep IV/Akhenaton gobernaron como corregentes durante un período de tiempo apreciable supone un gran problema. Si esta propuesta (apoyada por la tesis de Johnson) pudiera ser demostrada, entonces los objetos fabricados durante el reinado de Akhenaton en los que se venera a Amenhotep III se puede considerar que lo hacen como una deidad viva, pero no necesariamente como Atón. Las corregencias son lo bastante raras en el Antiguo Egipto como para que los especialistas no estén seguros de que posean rasgos característicos (véanse los capítulos 1,7 y 10). Tras años de debate seguimos sin estar cerca de haber solucionado la cuestión de la corregencia o de la deificación de Amenhotep III como Atón. En cualquier caso, no estaría fuera de lugar sugerir que Amenhotep estaría complacido al saber que, 3.350 años después de su muerte, sigue siendo difícil afirmar si reinó como un dios viviente o sencillamente se esforzó por dar esa impresión.

El programa constructivo de Amenhotep III

Sería adecuado describir las numerosas construcciones de Amenhotep III como un programa constructivo, puesto que desarrolló y amplió los cultos de varias localidades, entre ellas Amada (para Amón y Ra-Horakhty), Karnak (el Templo Oriental para el dios sol y su propio edificio de la fiesta) y Hermópolis. No obstante, tuvo más importancia que su impacto en Karnak fuera temático, dejándonos la espectacular imagen de un faraón guerrero cuyas victorias honraron a la vez al propio rey y al dios Amón. Las regiones geográficas que conquistó aparecen como cautivas del dios para la eternidad, y el rey reclama orgulloso el favor de Amón cuando construye su templo de la fiesta, conocido como «Efectivo de monumentos»; un lugar de culto que eclipsó a los de sus predecesores en Karnak. La divinidad de Amenhotep III tal cual la diseñó para la eternidad le describe como el «mejor entre iguales», refiriéndose a los anteriores reyes de Egipto. Esta divinidad le brindó acceso al consejo de divinidades supremas y, como tal, compartía el barco solar con Ra y fue conducido delante de Amón.

El programa constructivo de Amenhotep III le concedió los medios para diseñarse una divinidad eterna que llegó mucho más allá de la visión de Tutmosis III. En él se identifica de forma sistemática con las deidades nacionales, no con sus predecesores regios, y, en algunas ocasiones, se representa a sí mismo como sustituto de los dioses principales. Por otra parte, sus edificios ofrecen un énfasis desconocido hasta entonces en la teología solar, de tal modo que durante el reinado de Amenhotep III los cultos de Nekhbet, Amón, Thoth y Horus-khenty-khety, por ejemplo, fueron muy solarizados. Tendencias visibles en la literatura funeraria de la XVIII Dinastía revelan que los ciclos del sol y su potencial para la fertilidad o la hambruna se manifestaban tanto en el mundo como en el soberano; pero los monumentos y objetos del remado de Amenhotep III pueden haber difundido la noción más ampliamente. Es imposible determinar si los intelectuales de la época influyeron en la iconografía real o si se les pidió que la formularan.

Amenhotep construyó varios templos o santuarios en Nubia: Quban, Wadi el Sebua, Sedeinga, Soleb y la isla de Tabo. Encontramos elementos constructivos o estelas con su nombre en Amada, Aniba, Buhen, Mirgissa y Gebel Barkal (en este último caso quizá reutihzados). En diversos lugares hay estatuas o escarabeos con su nombre, entre ellos Gebel Barkal y Kawa, mientras que la mayoría de las estatuas proceden de otros lugares, sobre todo de Soleb. En Egipto propiamente dicho, el rey construyó un santuario en Elefantina (en la actualidad destruido) y completó una capilla en Elkab, probablemente erigida en parte por su padre. Unos veinte kilómetros al sur de Tebas, Amenhotep III construyó un templo en Sumenu, sede de un culto al dios cocodrilo Sobek. Si bien el templo propiamente hablando se muestra esquivo a

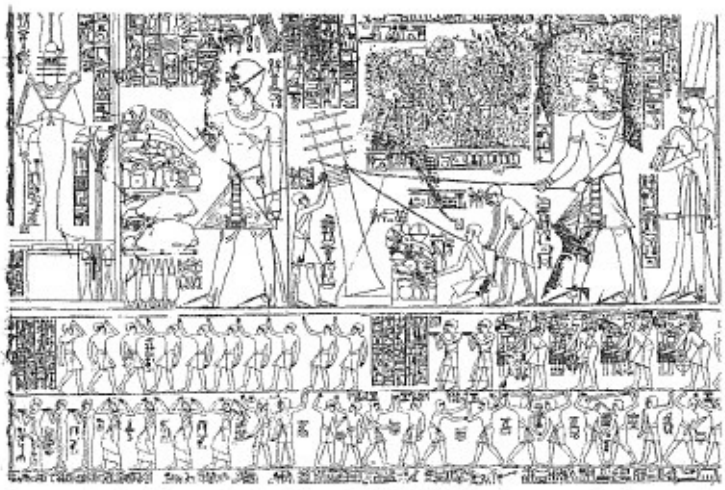
los arqueólogos, desde la década de 1960 se han encontrado numerosos objetos pertenecientes al mismo, además del cementerio asociado a su ciudad.

Actualmente, donde mejor se ve la tendencia hacia el colosalismo de Amenhotep III es en Tebas. Los Colosos de Memnón son las inmensas imágenes de cuarcita de Amenhotep que protegían el primer pilono de su templo funerario (el más grande de los de este tipo que se conoce del Antiguo Egipto). Dentro del mismo se han encontrado más fragmentos de estatuas colosales que en ningún otro recinto sagrado egipcio. Sus edificios en la orilla oriental de Tebas incluyen una serie de construcciones en los templos de Karnak y Tebas, que fue completamente reconstruido.

La tumba de Amenhotep III, la KV 22, se excavó en un *wadi* occidental del Valle de los Reyes, alejada de las tumbas anteriores. Las excavaciones llevadas a cabo por un equipo japonés durante la década de 1990 han permitido trazar cuidadosamente el plano de esta notable tumba, bellamente terminada. El cuerpo de Amenhotep III (o una momia con esa etiqueta) fue encontrado en la tumba de Amenhotep II (KV 35).

En la orilla occidental de Tebas, al sur del inmenso templo funerario del rey, se encontraba su gigantesco palacio «El brillante Atón», conocido en la actualidad como Malkata, según el nombre egipcio del cercano Valle de las Reinas. Todavía más al sur, en Kom el Samak, el rey construyó un pabellón del jubileo a base de ladrillos de adobe pintados. Un expedición japonesa excavó y documentó cuidadosamente este edificio, destruido en la actualidad. Cerca del complejo de Malkata se encuentra el gran puerto que Amenhotep III creó para utilizar durante la construcción y la habitación del palacio. A comienzos de la década de 1970, David O'Connor y Barry Kemp, que también estudió el palacio de Malkata, investigaron el puerto de Birket Habu. En la década de 1980 un equipo japonés trabajó en el palacio.

Amenhotep se mostró particularmente activo en el Egipto Medio, si bien es poco lo que queda de sus templos en Hebenu y Hermópolis. Al norte, lo único que se conserva del gran templo del rey «Nebmaatra Unido con Ptah» son algunos bloques de cuarcita marrón con decoración en relieve. En el vestíbulo del Museo de El Cairo podemos ver unas colosales estatuas de cuarcita del dios Ptah, de las cuales se apropió después Ramsés II, que probablemente procedan del templo menfita de Amenhotep III. En la década de 1990, la Egypt Exploration Society y W. Raymond Johnson investigaron los bloques de caliza de un pequeño templo de Amenhotep III reutilizado por Ramsés II. El interés del rey en Menfis queda demostrado también por su asociación con el primer enterramiento conocido de un toro Apis en el Serapeo, por intermediación de su hijo Tutmosis, el gran sacerdote de Ptah. Elementos constructivos en Bubastis, Athribis, Letópolis y Heliópolis atestiguan el interés del rey en el delta oriental. En Athribis el confidente del rey, Amenhotep, hijo de Hapu, supervisó la construcción de un templo.



Escena pintada de la tumba de Kheruef (TT 192), donde vemos al soberano de la XVIII Dinastía Amenhotep III y a su esposa Tiye celebrando la tercera fiesta *Sed* del rey.

El trabajo de Amenhotep III en Karnak, Luxor y su templo funerario revela su interés por subrayar la identificación regia con el dios sol. Tras completar los monumentos de su padre, Tutmosis IV, cambió el aspecto del templo de Karnak. En un momento indeterminado de su reinado, los obreros de Amenhotep III desmantelaron el patio con peristilo de delante del Cuarto Pilono y los santuarios a él asociados, los cuales utilizó como relleno de un nuevo pilono, el Tercero, en el eje este-oeste. Se creó así una nueva entrada al templo, erigiéndose dos filas de columnas papiriformes en el centro del nuevo patio así formado. También comenzó la construcción del Décimo Pilono en el extremo sur de Karnak, cambiando ligeramente su orientación respecto a la del Séptimo y Octavo, para que condujera a la nueva entrada del recinto de la diosa Mut, para la cual también pudo haber comenzado o construido un templo. Equilibrando el complejo del templo sur había un nuevo edificio, situado al norte de Karnak central; se trataba de un santuario para la diosa Maat. Tanto Mut como Maat pueden representar el ojo solar de Ra, su agente en el mundo. David O'Connor ha observado que la oposición norte-sur se corresponde con posiciones celestes y terrestres, un hecho que concuerda bien con los papeles divinos interpretados por Maat y Mut respectivamente. Los rituales y ofrendas brindados por Amenhotep III pudieron haberse diseñado para demostrar, gracias a sus templos e inscripciones, su capacidad para crear estabilidad en el mundo, al igual que hace el dios sol. Relieves tallados con mucha profundidad, procedentes de un granero de Karnak, muestran al rey con toda una elaborada parafernalia, coronado por múltiples discos solares y con el faldellín y el cuerpo adornados con imaginería solar. Además, el rostro del rey es infantil y su cuerpo más grueso y con el pecho más corto que en la mayoría de los relieves del templo. Se trata de un rejuvenecido Amenhotep III, que también exhibe la iconografía del jubileo con elaborados elementos divinos y, sobre todo, solares.

La construcción del templo de Luxor realizada por Amenhotep III pudo llevarse a cabo en varias etapas. Reemplazó el anterior edificio tutmósida con un templo de arenisca que celebraba la renovación de la realeza divina durante la fiesta de Opet y añadió una habitación de nacimiento, donde se cuenta que el faraón nació de la unión de Amón-Ra con su «madre real», Mutemwiya. Por último, completó el templo con un nuevo lugar de culto para Amón de *Ipet resy*, o Luxor.

La inclinación de Amenhotep III por los dramas rituales se vio todavía más monumentalizada en su templo funerario, que albergaba grandes cantidades de estatuas colosales y de tamaño natural, tanto de deidades conocidas como de otras desconocidas, dotadas frecuentemente de cuerpos humanos con cabezas de animal. Estas estatuas eran de los dioses del jubileo y también una representación tridimensional de un calendario astronómico para garantizar que el año de la fiesta fuera propicio. Los rituales comenzaban en Tebas con una letanía para satisfacer a Sekhmet, el ojo solar de Ra, a la que seguía en el templo del rey en Sudán, en Soleb, la propiciación ritual del deificado Nebmaatra, el ojo lunar de Ra. Tras esta secuencia ceremonial, el jubileo comenzaba de verdad.

La reina Tiye

Tiye fue la mujer más influyente del reinado de Amenhotep III y sobrevivió a su esposo durante al menos algunos años. Era tan importante para él que no sólo aparece junto al soberano en los muros del templo de Soleb y el de Tebas occidental, acompañándolo en las festividades del jubileo, sino que fue deificada en su propio templo en Sedeinga, en la Alta Nubia, convirtiéndose en parte del programa solar real. Como ojo solar de Ra en Sudán, se habría reunido con la deidad Nebmaatra para regresar a Egipto y restaurar el orden («maat») del mundo. Un papel que no representó fue el de «esposa del dios Amón», lo cual explica la escasez de monumentos suyos en Karnak y Luxor. Sólo aparece en un pequeño santuario en Karnak, usurpado posteriormente por Tutankhamon, y en ninguno en Luxor.

Tras la muerte de Amenhotep III, el rey de Mitanni,Tushratta, escribió a Tiye pidiéndole que le recordara a su hijo Amenhotep IV/Akhenaton la estrecha relación que existía entre él y Amenhotep III. Es posible que tras su fallecimiento la reina fuera primero enterrada en Amarna y luego trasladada a la KV 22 o la KV 55, o a ambas.Tiye dio a luz a Satamon, Henuttaneb, Nebetiah e Isis, los cuales aparecen en estatuas y objetos de pequeño tamaño asociados a la pareja real. Satamon fue la más encumbrada de las hijas de Tiye y, en la tumba de Yuya y Tuya (KV 46), se encontraron sillas con su nombre. Ostentó el título de «gran esposa real» a la vez que Tiye, mientras que las otras hijas eran llamadas «esposa del rey» o «consorte del rey». El papel económico y rehgioso del matrimonio del rey (este último especialmente importante durante el reinado de Amenhotep III) con sus propias hijas se ha tratado en diversas ocasiones a lo largo del capítulo y se remonta al comienzo de la dinastía. Al hacer que su esposa e hija(s) lo acompañaran en sus monumentos, Amenhotep fomentaba la imagen del dios sol acompañado de la diosa madre (Nekhbet, Nut, Isis) y las hijas de Ra (Hathor, Maat.Tefnut). En cuanto a las cuestiones prácticas, el rey aumentó sus propiedades al no consentir el matrimonio de sus hijas con hombres no pertenecientes a la realeza y casándose él mismo con ricas herederas. Pidió y recibió como esposa a una princesa babilonia y también se desposó con dos princesas mitannias (una de las cuales, Taduhepa, llegada a Egipto con el tiempo justo para convertirse en viuda, se casó después con Amenhotep IV).

Entre los hijos varones de Amenhotep III y Tiye figura sin duda Amenhotep IV Se desconoce quién fue la madre de un «hijo del rey» y sacerdote *sem* llamado Tutmosis, que puede haber sido mayor que Amenhotep. No sabemos si el rey tuvo hijos con sus esposas extranjeras, pero hay varios príncipes, princesas y mujeres de la corte conocidos sólo por su nombre en objetos funerarios excavados cerca de Malkata. Algunos pueden haber sido miembros de la faniiha real y otras esposas menores.

En el *caché* de momias de la tumba de Amenhotep II (KV 35) se encontró el cuerpo de una mujer de la realeza. Se ha identificado como la reina Tiye, basándose en que muestras de su cabello coincidían con el pelo de la reina cuidadosamente guardado en una caja en la tumba de Tutankhamon. Esta identificación es cuestionable y la confusión persiste, puesto que se encontraron objetos con el nombre de Tiye tanto en la KV 22 como en la enigmática KV 55. La expedición japonesa que trabaja en la KV 22 encontró restos de un sarcófago que podía haber pertenecido a una reina, mas se desconoce si se trata de Tiye o de Satamon, la hija a la que Amenhotep III tomó como «gran esposa real».

Las relaciones internacionales durante el reinado de Amenhotep III

En el año 5 del reinado de Amenhotep III hubo una campaña nubia, conmemorada en la isla de Sai, en Knosso, y a lo largo de la ruta meridional de Asuán. Es posible que el virrey de Kush supervisara la acción militar, pero se desconoce si se trató de Merymose o del anterior en el cargo, Amenhotep. Merymose dejó su propia inscripción en Semna, donde describe una acción contra Ibhet (probablemente la Baja Nubia). La campaña del año 5 tuvo lugar en Kush, quizá incluso al sur de la quinta catarata. La construcción de la fortaleza de Khaemmaat en Soleb, donde el rey también edificó un templo, tal vez estuviera destinada a prevenir nuevas incursiones desde la Alta Nubia. La antigua capital de esta región, Kerma, se encuentra directamente delante de Soleb, al otro lado del río, de modo que el emplazamiento quizá se escogiera deliberadamente para subrayar la sumisión kushita a Egipto.

Las relaciones internacionales con el resto del mundo antiguo se organizaron mediante misiones diplomáticas. Durante el reinado de Amenhotep III, la cantidad de material egipcio en la Grecia continental se incrementa drásticamente y los nombres de ciudades egeas, incluidas Micenas, Faistos y Knossos, aparecen escritos por primera vez en jeroglíficos en las bases de estatuas del templo funerario del rey. Cartas intercambiadas entre Amenhotep III y varios de sus pares en Babilonia, Mitanni y Arzawa se conservan escritas en tablillas de arcilla con escritura cuneiforme. Estas cartas, muchas de ellas encontradas en el archivo de la capital de Akhenaton, Amarna, demuestran la poderosa posición de la que disfrutó Amenhotep III cuando negociaba su matrimonio con las hijas de otros soberanos. En las cartas es evidente la existencia de una estrecha relación entre Amenhotep III y el rey de Mitanni,Tushratta; mientras que el rey de Babilonia, Burnaburiash, que llegó al poder a finales del reinado de Amenhotep, parece mostrarse más receloso del poder egipcio. Es indudable que a mediados del siglo XIV la influencia de Egipto en el mundo antiguo alcanza una de sus mayores cotas, la culminación de las actividades de casi todos los reyes de la XVIII Dinastía.

La administración durante la XVIII Dinastía

Las estructuras administrativas generales en uso durante la XVIII Dinastía se caracterizan tanto por tendencias claras como por algunas situaciones no concluyentes. No existen suficientes funcionarios de Ahmose y Amenhotep I identificados con seguridad como para poder mencionar las familias y regiones presentes en el séquito real a principios de la XVIII Dinastía. No obstante, a mediados de la dinastía los más próximos colaboradores del rey eran enterrados en Tebas o Sakkara, proporcionándonos más documentación la ciudad meridional. A partir del remado de Hatshepsut, entre los funcionarios de élite de los cuales podemos esperar encontrar una capilla de tumba decorada y un pozo funerario en Tebas o Sakkara figuran el visir, el tesorero (hteralmente el «supervisor del sello»), «supervisores de las casas del oro y la plata», «mayordomos reales», «supervisores del granero» (de Egipto o de Amón), «hijo del rey y supervisor de los países meridionales», «heraldos reales» o «coperas reales» (a menudo implicados en la diplomacia), «niñeras reales «(hombres y mujeres), alcaldes regionales (en ocasiones enterrados en sus distritos de origen), el «gran sacerdote de Amón» (Tebas), el «gran sacerdote de Ptah» (Sakkara), el segundo, tercero y cuarto «sacerdotes de Amón», «supervisores del ejército» y varios niveles de escribas reales.

Las escenas del soberano entronizado presentes en las tumbas particulares de los reinados de Hatshepsut y Tutmosis III, durante los cuales poderosas familias ocuparon el cargo de visir y gran sacerdote de Amón, se han explicado como resultado de la necesidad de los faraones de la XVIII Dinastía de conseguir el apoyo de las poderosas familias de la élite. Importantes miembros del séquito de Tutmosis III, incluido el visir User (TT 61 y TT 131), su mayordomo y «contador del grano de Amón», Amenemhat (TT 82), y el «supervisor del granero de Amón», Minnakhat (TT 87), poseen cámaras funerarias con versiones similares de la *Letanía de Ra* y del *Amduat*. El reciente estudio de Erik Hornung sobre los textos de User ha subrayado las prerrogativas reales asumidas por individuos de la élite en tiempos de Hatshepsut y Tutmosis III. Una de las dos tumbas de Senenmut (TT 71 y TT 373) se diseñó para emular un enterramiento real, incluido un cielo astronómico como los utilizados posteriormente en elValle de los Reyes. Un acceso privilegiado al rey también queda manifestado de otros modos, como por ejemplo mediante la concesión de un enterramiento en el Valle de los Reyes, algo que sucedió durante los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II.

Al contrario que con las bien conocidas familias de la élite de época de su tía y padre, muchos de los colaboradores cercanos de Amenhotep II habían servido con anterioridad en el ejército, tanto durante el reinado de Tutmosis III como durante el del propio Amenhotep. La estrechas relaciones que pueden surgir del servicio militar

quizá se vieran fortalecidas por sus orígenes juveniles, cuando el rey y sus colaboradores de la corte aprendieron juntos a cazar y a conducir carros. Usersatet, «virrey de los países meridionales», pudo muy bien haber sido uno de esos amigos de la infancia que luego sirvió como «heraldo real» en el extranjero durante el reinado de Tutmosis III. La inscripción de una estela erigida por él en la fortaleza de Semna, en la región de la segunda catarata, muestra el texto de una notable carta enviada por Amenhotep II a su antiguo amigo, de servicio en el extranjero: «Siéntate […] un soldado-carrero que lucha por su majestad […] [poseedor de una mujer de Babilonia y un sirviente de Biblos, de una joven doncella de Alalakh y de una mujer vieja de Arapkha». Otro hombre que había servido durante el reinado de Tutmosis III,Amenemheb (TT 85), murió bastante al principio del reinado de Amenhotep II. En una inscripción de su tumba, Amenemheb describe el nombramiento de Amenhotep como rey y luego narra cómo el rey le habló: «Conocí tu carácter cuando (todavía) estaba en el nido, cuando estabas en el séquito de mi padre. Que puedas velar por las tropas de élite del rey».

El cortesano que quizá mejor ejemplifique todo el reinado de Amenhotep II es un amigo de las campañas militares y un antiguo compañero de juegos. El «gran mayordomo» Kenamon luchó junto a Amenhotep en Retjenu. En reconocimiento por sus servicios, fue nombrado «mayordomo» de Peru-nefer, la sede de un gran muelle y centro de construcción naval. Allí también estuvo activa una residencia real a mediados de la XVIII Dinastía. Más avanzada su carrera, la sinecura de Kenamon incluyó el lucrativo puesto de mayordomo de la propia casa del rey. Kenamon parece haber permanecido en activo durante casi todo el reinado de Amenhotep. Su tumba (TT 93) cuenta con elegantes elementos estilísticos, conocidos sólo en tumbas pintadas tardías de este período de tres décadas; pero no existe nada que haga sospechar que Kenamon sobreviviera hasta el reinado de Tutmosis IV. El carácter decididamente no militar de los temas escogidos por Kenamon para su tumba, junto a las imágenes del próspero estilo de vida de la élite, están en armonía con el tono general de las pinturas de las tumbas contemporáneas, tanto de Tutmosis IV como de Amenhotep III.

Existen otros dos personajes que fueron muy favorecidos durante la época de Amenhotep II, probablemente porque eran conocidos de la corte. El visir Amenemopet y su hermano Sennefer, alcalde de Tebas, se volvieron extremadamente ricos gracias a las atenciones del rey. Eran tan influyentes en la región tebana que a ambos se les concedió una tumba en el Valle de los Reyes, donde también fue enterrada Sentmay, la esposa de Senenmut, que era «niñera real». Ambos hermanos cuentan también con grandes capillas funerarias en Sheikh Abd el Qurna, en la orilla occidental de Tebas (la TT 29 en el caso de Amenemopet); de hecho, Sennefer necesitó dos tumbas (la TT 96 inferior y superior) para poder acomodar a varias

mujeres diferentes, incluidas probablemente tanto sus esposas como sus hermanas. La hija mayor de Sennefer, Muttuy, que podemos ver en estatuas y en la TT 96 inferior, parece haberse casado con un tal Kenamon, que sucedió a Sennefer como alcalde de Tebas. Esta pareja, Muttuy y Kenamon, fue contemporánea de Amenhotep III y enterrada en la tumba TT 162.

El punto de vista de Tutmosis IV respecto a la administración fue el de permitir que los cargos militares disminuyeran, sustituyéndolos por burócratas, a menudo seleccionados de entre las familias que ya llevaban tiempo en la élite social. No obstante, cada rey tenía sus favoritos y el de Tutmosis IV era el «mayordomo» Tjenuna (TT 76). La fragmentaria biografía de la tumba de Tjenuna sugiere que mantenía una relación personal con Tutmosis IV parecida a la de un hijo con su padre: se llama a sí mismo «verdadero hijo adoptivo del rey, amado suyo». Si bien no existe suficiente documentación como para apoyar la idea de que Tjenuna fuera tan poderoso como Senenmut o Kenamon, Tutmosis IV muy bien pudo haber confiado en su «mayordomo jefe» (el cual también era «mayordomo de Amón») tanto como en cualquier otra persona. Un funcionario llamado Horemheb también pudo haber sido un aliado poderoso y cercano si lo juzgamos tanto por el tamaño de su tumba (TT 78) como por el hecho de que contenía una representación que lo relacionaba con una de las hijas de Tutmosis IV, Amenemopet.

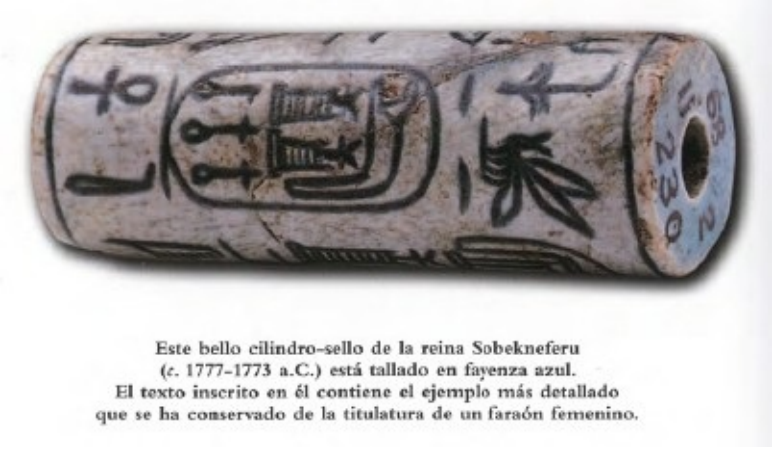
Los funcionarios civiles a menudo eran representantes de familias influyentes con solera. Hepu fue visir del sur durante el reinado de Tutmosis IV y un tal Ptahhotep fue administrador del norte. Que ambos visires existían simultáneamente queda confirmado por el Papiro de Munich, fechado en el reinado de Tutmosis, en el que ambos personajes son llamados «visir» y aparecen como jueces. La tumba de Hepu (TT 66) se encuentra situada en el prestigioso cementerio de Sheikh Abd el Qurna, un emplazamiento que coincide con el de los visires de los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II. A pesar de ser la tumba más profunda del reinado, es bastante pequeña y comparativamente insignificante cuando la comparamos con otras del período (por ejemplo laTT 76 y laTT 63).

Es evidente que la administración real prosperó durante el gobierno de Tutmosis IV, reemplazando casi por completo las conexiones burocráticas y en la corte a las militares. Los rangos de «general» u «oficial militar» son casi desconocidos durante esta época, mientras que abunda el de «escriba real», de modo que incluso el virrey de Nubia, Amenhotep, procedía de un entorno de «chupatintas». El cargo de «escriba de reclutas» nunca estuvo mejor atestiguado; pero el hecho de que sus titulares a menudo estén claramente asociados a la corte sugiere que el puesto no necesitaba a un endurecido militar, sino a un leal funcionario civil. Con excepción de la acción policial de Knosso (véase más arriba, en la sección Tutmosis IV en Siria-Palestina y Nubia), las labores que les eran encargadas a los «reclutas» de esta época y después

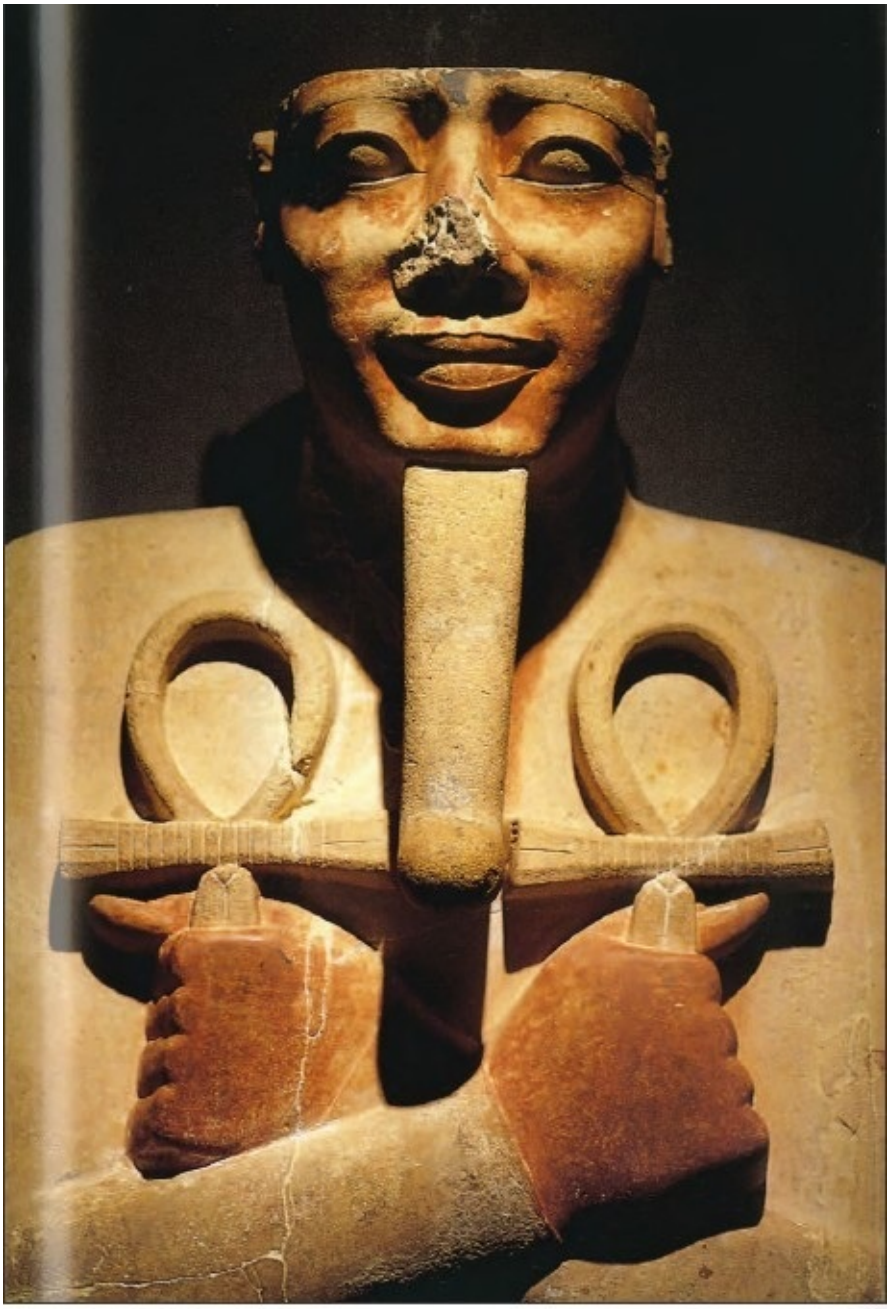
siguen siendo un misterio. No sería nada sorprendente averiguar que estaban presentes tanto en las expediciones a las canteras como en la construcción de edificios y en las maniobras militares.

La corte de Amenhotep III es inusual, porque la conocemos casi tanto gracias a los monumentos de fuera de Tebas como a los de la propia ciudad. Los «tesoreros del rey», Sobekmose y su hijo Sobekhotep (Panhe-sy), no tienen tumbas tebanas y el primero fue enterrado en Rizeikat. En Sakkara Norte, Alain Zivie ha descubierto varias tumbas del reinado, incluida la de un visir, Aper-el; se trata de una zona donde en el siglo XIX se encontraron numerosas estelas de personas contemporáneas a Amenhotep III. Los colaboradores más conocidos del rey, no obstante, residieron o dejaron tumbas en Tebas. Los visires Ramose (TT 55) y Amenhotep construyeron en Tebas extravagantes capillas de caliza tallada, aunque la del segundo está destruida. Esta familia, si bien sus títulos la relacionan estrechamente con la región menfita, puede de hecho, como menciona William Murnane, haber sido tebana. El «jefe del granero del rey», Khaemkhet también dejó en Tebas una tumba decorada con relieves (TT 47), igual que el mayordomo de la reina Tiye, Kheruef (TT 192). El más querido de todos los cortesanos fue Amenhotep, hijo de Hapu, a quien el rey concedió el privilegio de tener su propio templo funerario, junto al propio templo funerario de Amenhotep III. Amenhotep, hijo de Hapu, «escriba ínilitar» originario de una famiha del delta, supervisó la construcción de muchos de los más dificultosos monumentos de Amenhotep III; el reconocimiento del rey por sus leales servicios terminó llevando a su deificación durante el primer milenio a.C.

Detalle de la pintura mural de la tumba del gobernador del nomo del Oryx, Khnumhotep II, en Beni Hassan. La visita de un jefe beduino llamado Abisha, llegado a la casa del gobernador, es una de las pinturas murales funerarias más celebradas del Reino Medio, pues proporciona información única sobre los intercambios recíprocos existentes entre Egipto y Oriente Próximo, así como detalles de las vestimentas beduinas de la época.



Este bello cilindro-sello de la reina Sobekneferu
(*c.* 1777–1773 a.C.) está tallado en fayenza azul.
El texto inscrito en él contiene el ejemplo más detallado
que se ha conservado de la titulatura de un faraón femenino.



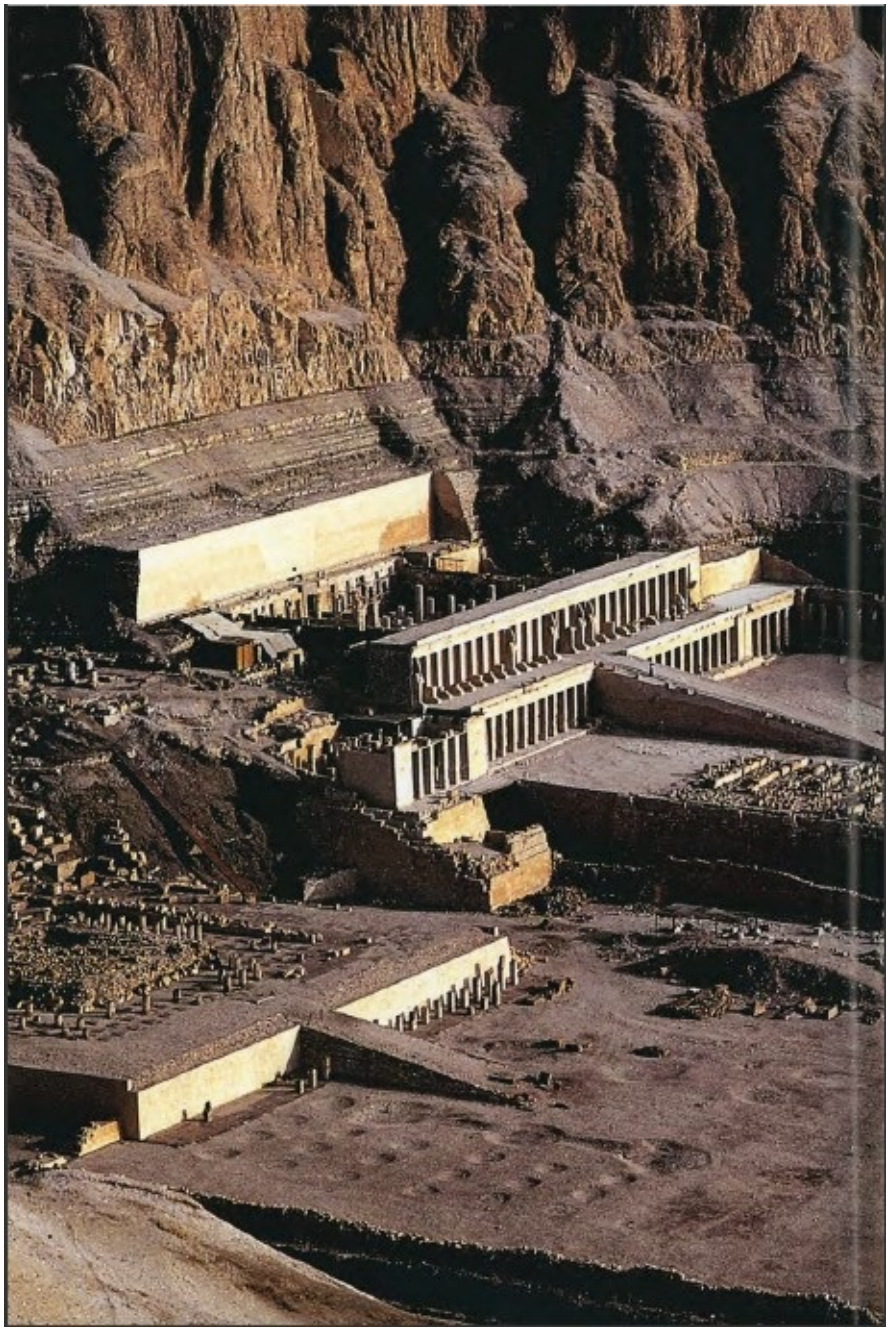
Este pilar osiriaco del rey Senusret I —XII Dinastía, *c.* 1956-1911 a.C.— procede del Primer Pilono del templo de Karnak. Representa al rey como un político astuto y un exitoso general; de hecho, Senusret I disfrutó de un largo reinado, durante el cual sus artistas siguieron un estilo que pretendía destacar la majestad del cargo más que la individualidad del rey. Por lo tanto, sus estatuas tienen un aire de retrato remoto e idealizado, si bien los ejemplares de Karnak poseen una apariencia menos rígida.

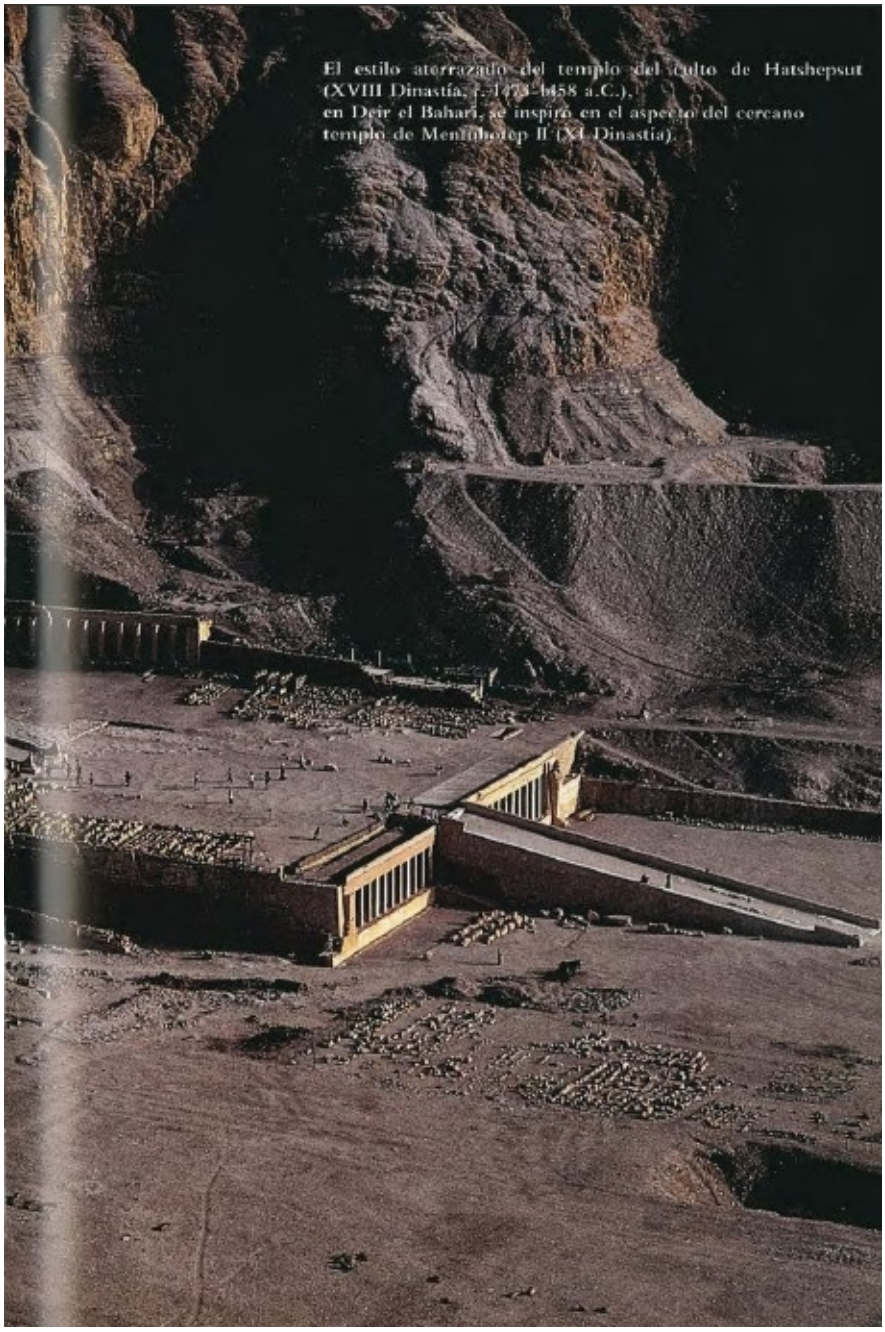
El enterramiento intacto de una mujer y su hijo de finales de la XVII Dinastía en Tebas incluye seis vasos de tipo Kerma, situados junto al ataúd.

Ahmose, soberano de comienzos de la XVIII Dinastía, entregó a su madre, la reina Ahhotep, una daga ceremonial de oro que fue incluida en el ajuar funerario de la tumba de ésta en Tebas.

La tumba de la reina Ahhotep en Dra Abu el Naga, de comienzos de la XVIII Dinastía, contenía esta hacha de cobre, oro, electro, piedras semipreciosas y madera, que perteneció a su hijo Ahmose. Esta arma sugiere que el arte de comienzos de la XVIII Dinastía ya estaba siendo influido por motivos y estilos del Mediterráneo oriental.

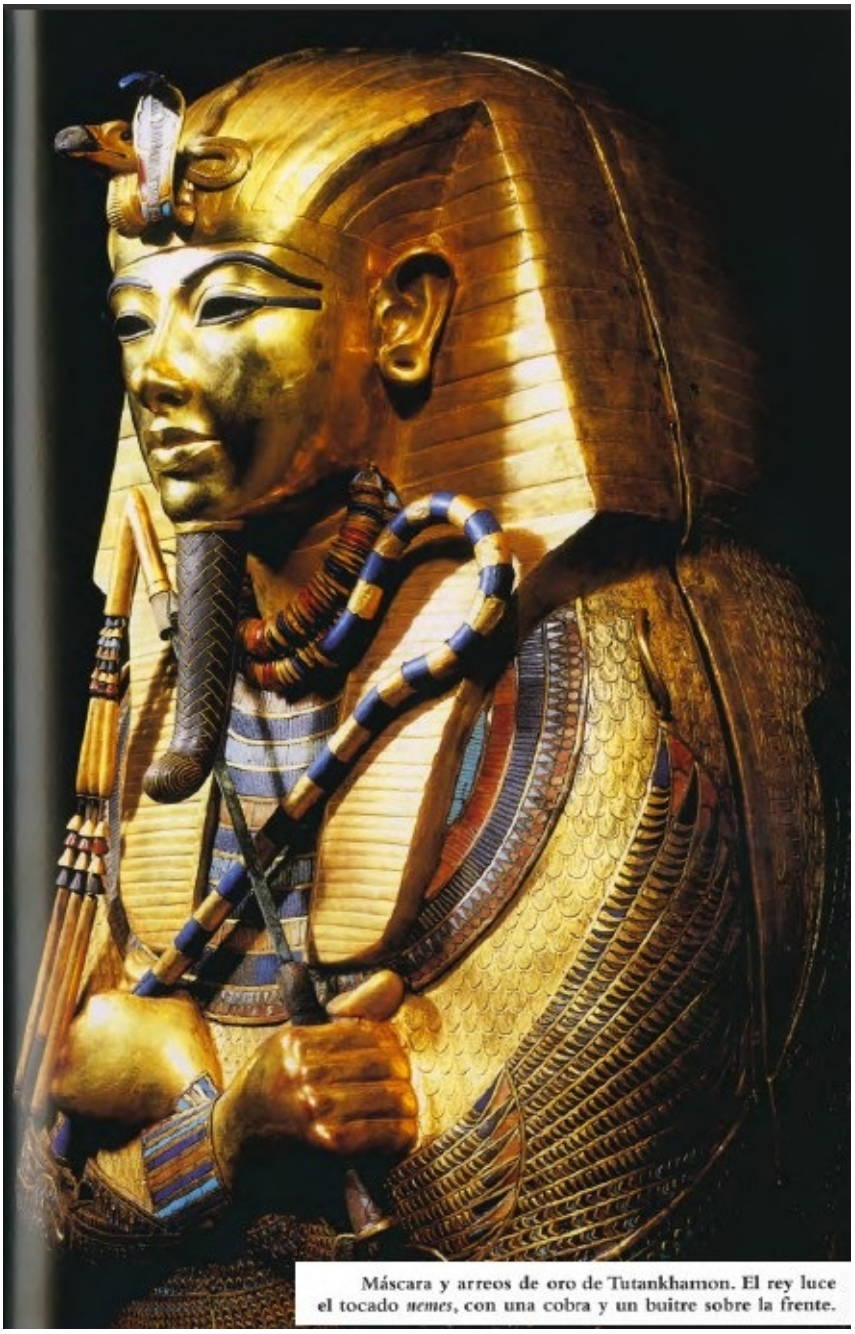
Detalle de la decoración de la Capilla Roja de Hatshepsut (*c.* 1473-1458 a.C.), con una escena de la fiesta *Sed* de la reina.





El estilo aterrazado del templo del culto de Hatshepsut (XVIII Dinastía, c. 1473-1458 a.C.), en Deir el Bahari, se inspiró en el aspecto del cercano templo de Mentuhotep II (XI Dinastía).

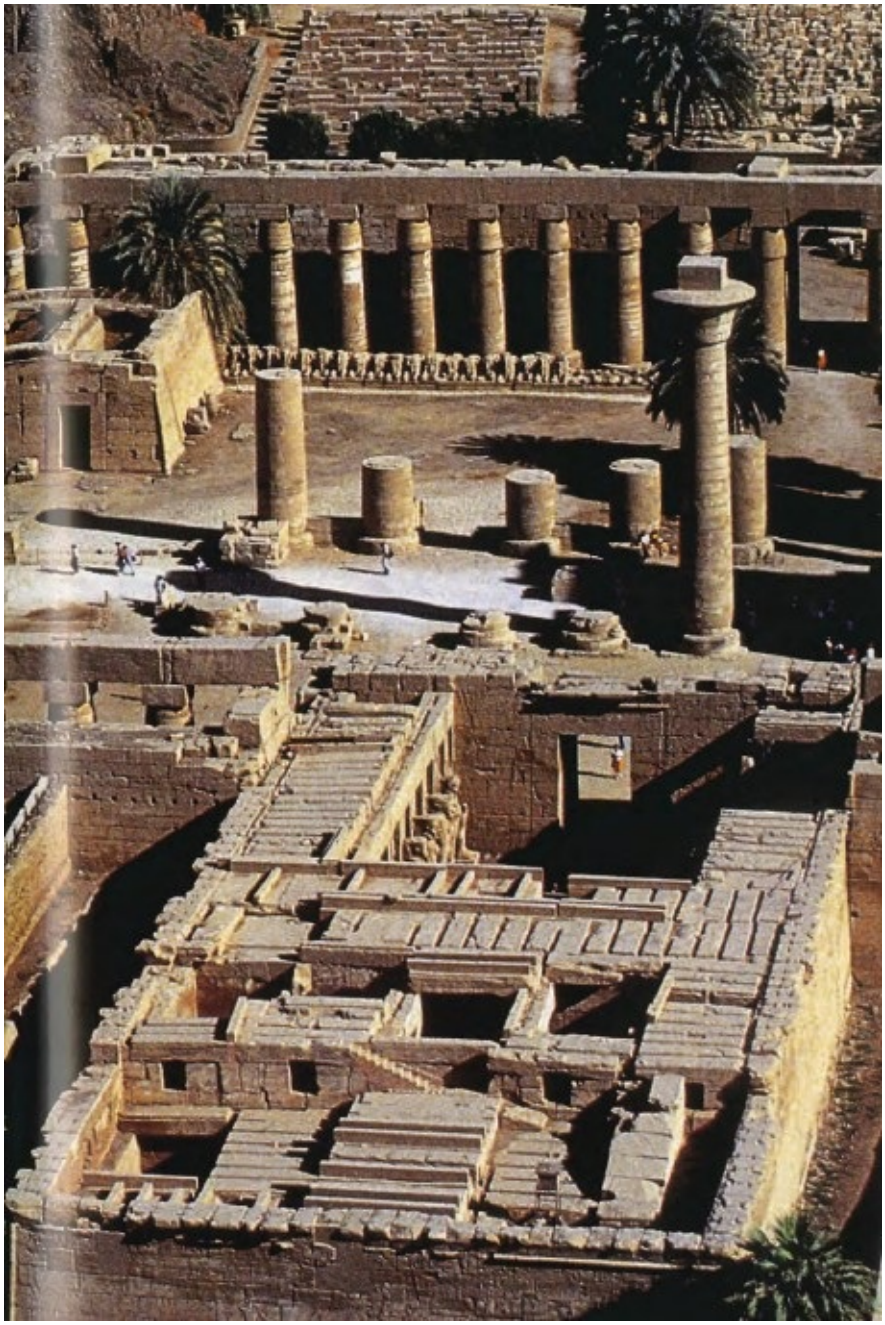
Los Colosos de Memnón son dos gigantescas estatuas sedentes de Amenhotep III que originalmente se encontraban delante de la entrada del templo mortuorio del faraón, en la orilla occidental de Tebas. No obstante, en la XIX Dinastía la mayor parte del templo ya había sido desmantelado para reutilizar sus sillares en los templos de algunos de sus sucesores ramésidas —sobre todo en el de Merenptah.



Máscara y arreos de oro de Tutankhamon. El rey luce el tocado *nemes*, con una cobra y un buitre sobre la frente.

Acuarela de Henry Salt de un relieve pintado de la tumba de Seti I, de principios de la XIX Dinastía.

Vista aérea del complejo templario de Karnak.



En la tumba de Tutankhamon (*c.* 1336–1327 a.C.)
se encontró este bastón ceremonial de madera con el mango tallado
y pintado con las efigies de un asiático y un nubio.

10. EL PERÍODO AMÁRNICO Y EL FINAL DEL REINO NUEVO

(c. 1352-1069 a.C.)

JACOBUS VAN DIJK

Cuando Amenhotep III murió, dejó tras de sí un país que era más rico y poderoso de lo que había sido nunca. El tratado con Mitanni firmado por su padre había traído paz y estabilidad, lo cual tuvo como resultado una cultura de un lujo extraordinario. Un gran porcentaje de los ingresos generados por los propios recursos egipcios y el comercio exterior se dedicó a proyectos constructivos en una escala sin precedentes; las estelas enumeran las enormes cantidades de oro, plata, bronce y piedras valiosas utilizadas en la construcción y decoración de los templos. La riqueza de Egipto quedaba simbolizada por el tamaño mismo de los monumentos; todo tenía que ser más grande que lo anterior, desde los templos hasta los palacios, pasando por los escarabeos, las estatuas colosales del rey y los *shabtis* de los miembros de la élite.

La paz también cambió la actitud de los egipcios respecto a sus vecinos del extranjero, que dejaron de ser considerados como fuerzas hostiles del caos que rodeaba Egipto, el mundo ordenado creado al principio del tiempo. La corte de Amenhotep se convirtió en un centro diplomático de importancia internacional y los contactos amistosos con los vecinos de Egipto trajeron consigo una atmósfera de apertura hacia las culturas extranjeras. Durante la primera parte de la dinastía, los inmigrantes habían introducido sus dioses nativos en Egipto y algunas de estas deidades se habían asociado al rey egipcio, sobre todo en su aspecto guerrero; pero ahora los pueblos extranjeros comenzaron a verse como parte de la creación de dios, protegidos y mantenidos por el benevolente gobierno del dios sol Ra y su representante terrenal, el faraón.

La religión del Reino Nuevo

Tal cual se habían ido desarrollando en los siglos anteriores, el dios sol y el rey se encontraban en el corazón del pensamiento teológico y de la práctica cultual egipcios. El recorrido diario del sol, que también era el dios creador primigenio, garantizaba la existencia continuada de su creación. En el templo, el devenir diario del sol por el firmamento se representaba simbólicamente mediante rituales e himnos, cuyo objetivo principal era mantener el orden creado del universo. En este ritual diario el rey representaba un papel crucial; era el principal oficiante, el sacerdote del sol, y poseía un conocimiento íntimo de todo el recorrido diario del dios sol. Cada amanecer era una repetición del «primer momento», es decir, la creación del mundo en el comienzo. El propio Ra sufría un ciclo diario de muerte y resurrección; al atardecer penetraba en el otro mundo, donde era regenerado y del cual renacía cada mañana como Ra-Horakhty. La luz no podía existir sin la oscuridad; sin la muerte no podía haber regeneración ni vida. Los muertos eran regenerados junto al dios sol; se unían a Ra en su viaje diario y pasaban por el mismo ciclo eterno de muerte y renacimiento. Osiris, el dios de los muertos y del más allá, con el que los difuntos se identificaban tradicionalmente, se veía cada vez más como un aspecto de Ra y lo mismo sucede para los demás dioses; si el dios sol era el creador primigenio, entonces todos los dioses procedían de él y, por lo tanto, eran aspectos de él. En este sentido, en la religión del Reino Nuevo hay una tendencia inherente hacia el monoteísmo.

Hacia finales del reinado de Amenhotep III, el culto de muchos dioses, así como el suyo propio como rey deificado, se fue solarizando cada vez más; pero parece que al mismo tiempo el soberano intentó equilibrar este desarrollo encargando un inmenso número de estatuas de multitud de deidades y desarrollando el culto de sus manifestaciones terrenales como animales sagrados. No obstante, en los himnos de final del reinado, el dios sol es separado con claridad del resto de los dioses; él es el dios supremo que se encuentra solo lejos en el cielo, mientras que las demás deidades son parte de su creación, junto a hombres y animales. El sucesor de Amenhotep III no tardó en encontrar una solución radicalmente distinta al problema de la unidad y la pluralidad.

Si bien la sede del gobierno durante el Reino Nuevo fue la capital septentrional, Menfis, los reyes de la XVIII Dinastía eran originarios de Tebas, y la ciudad continuó siendo el centro religioso más importante del país. Su dios local, Anión («El oculto»), se había asociado al dios sol Ra como Amón-Ra, rey de los dioses, que era adorado en todos los grandes templos de Egipto, incluido el de Menfis. El rey era el hijo carnal de Anión, nacido de la unión del dios con la reina madre, en un matrimonio sagrado que se recreaba ritualmente cada año durante la fiesta Opet en el templo de

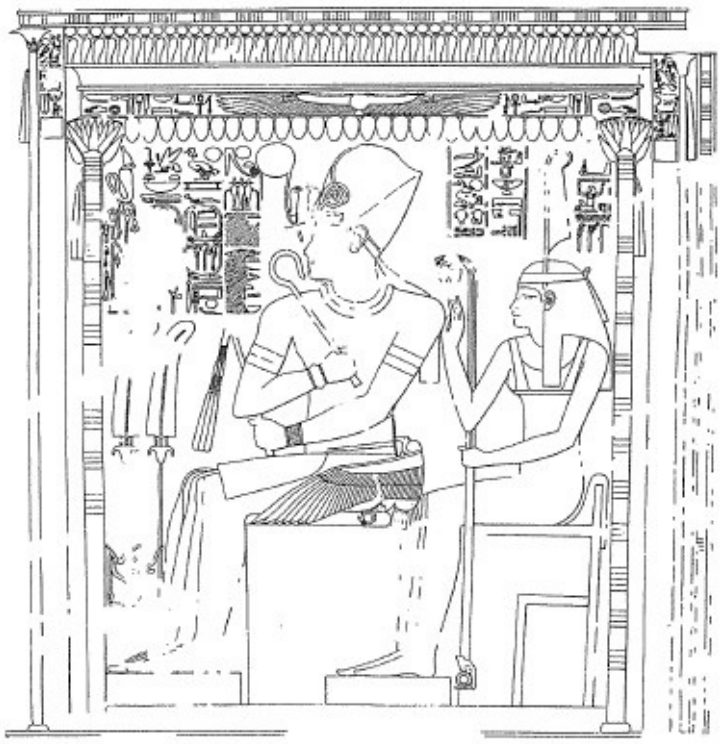
Anión en Luxor. Durante las grandes procesiones que formaban parte de esta importante fiesta, el rey era públicamente aclamado como la encarnación terrenal de Amón; de este modo, el rey y el dios quedaban íntimamente relacionados mediante una poderosa amalgama de lazos religiosos y políticos. Todo esto había convertido a Amón-Ra en el dios más importante del país, cuyo templo recibía una parte sustancial de la riqueza de Egipto y cuyos sacerdotes habían adquirido un considerable poder político y económico. También esto cambiaría rápidamente durante el reinado del sucesor de Amenhotep.

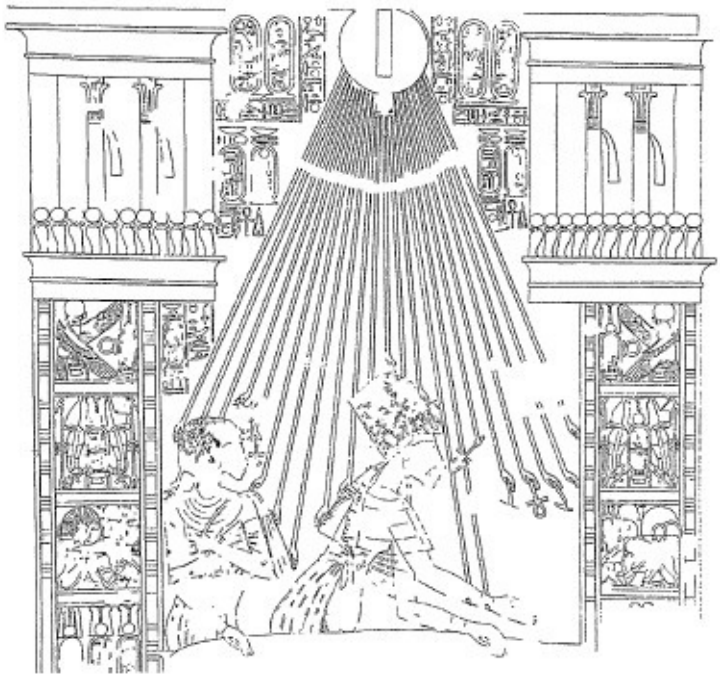
Amenhotep IV y Karnak

No hay duda de que Amenhotep IV fue oficialmente coronado por Anión de Tebas, puesto que es descrito como «aquél a quien Amón ha escogido (para aparecer en gloria durante millones de años)» en algunos escarabeos de principios de su reinado; pero esta simbólica referencia a Anión no puede ocultar el hecho de que el nuevo rey estaba claramente decidido, desde el momento mismo de su acceso al trono, a seguir su propio camino. Cuándo tuvo lugar exactamente su llegada al trono sigue siendo objeto de controversia. Resulta evidente que en un principio no estaba pensado que Amenhotep sucediera a su padre, pues de la primera parte del reinado de Amenhotep III se conoce un príncipe heredero llamado Tutmosis. Amenhotep aparece mencionado como «verdadero hijo del rey» en uno de los múltiples tapones de barro para jarras encontrados en el palacio de su padre en Malkata, la mayoría de los cuales están asociados a las tres fiestas *Sed* (jubileos) celebradas por Amenhotep III durante los últimos siete años de su reinado. Las opiniones están divididas respecto a la posibilidad de una corregencia entre Amenhotep III y Amenhotep IV; algunos especialistas consideran que este período de gobierno conjunto duró unos doce años, otros admiten como mucho la posibilidad de un corto solapamiento de uno o dos años, mientras que la mayoría lo rechaza por completo.

Amenhotep IV comenzó su reinado con un importante programa constructivo en Karnak, el centro mismo del culto a Amón. El emplazamiento exacto de sus templos se desconoce, pero algunos, quizá todos, estaban situados al este del recinto de Amón y orientados en esa misma dirección, es decir, hacia el lugar de salida del sol. Sin embargo, los templos que comenzó a construir aquí y en otros lugares no estaban dedicados a Amón, sino a una nueva forma del dios sol cuyo nombre oficial era «El viviente, Ra-Horus del horizonte, que se regocija en el horizonte en su identidad de luz, la cual se encuentra en el disco solar»; una larga fórmula que no tardó en quedar rodeada por dos cartuchos, igual que los nombres del rey, y que en las inscripciones reales a menudo venía precedida por las palabras «mi padre vive». El nombre del dios podía ser abreviado a «El disco solar viviente» o de forma más sencilla «El disco solar» (o, utilizando la palabra egipcia, Atón). La palabra en sí misma no era nueva, pues había sido utilizada con anterioridad para referirse al cuerpo celeste del sol. Durante el reinado de Amenhotep III este aspecto del dios sol se había vuelto cada vez más importante, sobre todo en los últimos años de su gobierno. En las fiestas *Sed* del rey, su yo deificado había sido identificado con el disco solar y en varias inscripciones, la más clara de ellas en el pilar dorsal de una estatua recientemente descubierta, el rey se llama a sí mismo «El brillante Atón». Originalmente, esta «nueva» forma del dios sol era representada de la forma tradicional, como un hombre con cabeza de halcón coronado por un disco solar, pero a comienzos del reinado de

Amenhotep IV esta iconografía se abandonó en favor de un modo radicalmente nuevo de representar al dios: un disco con rayos que terminaban en manos que tocaban al rey y a su familia, tendiéndoles símbolos de vida y poder y recibiendo sus ofrendas. Si bien Atón claramente adquiere preferencia sobre los otros dioses, todavía no parece reemplazarlos por completo.





Dos escenas de la tumba de Ramose (TT 55) en Tebas. En la primera se ve a Amenhotep IV sentado bajo el baldaquino real acompañado por la diosa Maat (la cual le ofrece un cetro que simboliza el gobierno eterno). En la segunda vemos al rey (ahora identificado con su nombre posterior de Akhenaton) de pie junto a la reina Nefertiti en el balcón del templo Gempaaton en Karnak, entregando regalos y honores al funcionario Ramose. La escena de la izquierda está representada según el estilo tradicional, mientras que la de la derecha lo está con el nuevo estilo «amárnico».

Uno de los templos de Karnak está dedicado a la fiesta *Sed*, un hecho notable, porque por lo general los reyes no celebraban su primer jubileo hasta su trigésimo año de reinado. Desgraciadamente, no hay indicios de la fecha exacta de esta fiesta de Amenhotep IV, pero tuvo lugar durante los primeros cinco años de reinado, posiblemente en torno al año 2 o 3; si es así, es posible que se repitiera a intervalos regulares de tres años tras la última fiesta *Sed* de Amenhotep III, que se celebró poco antes de su muerte. Esto proporcionaría un argumento más en contra de la corregencia entre Amenhotep III y Amenhotep IV. Ahora Atón, que aparece en cada uno de los episodios de los rituales del jubileo representados en los muros del nuevo templo, es idéntico al solarizado y difunto Amenhotep III, y la fiesta *Sed* celebrada por su hijo es tanto una fiesta para Atón como para el nuevo rey, aunque obligatoriamente este último sea el protagonista de los rituales. Atón es el «padre divino», que gobierna Egipto como corregente celeste de su encarnación terrenal: su hijo. El jubileo de Karnak no se consideró la primera fiesta *Sed* oficial de Amenhotep IV, como lo demuestra una inscripción posterior, en la cual un cortesano de Amarna expresa en sus oraciones funerarias su deseo de ver al rey en «su primer jubileo», lo cual indica claramente que esa fiesta todavía no había tenido lugar.

Otro rasgo extraordinario de los edificios de Karnak construidos por Amenhotep IV es la importancia sin precedentes de la esposa del rey, Nefertiti, en la decoración y, por lo tanto, en los rituales que tienen lugar en ellos. Una estructura está dedicada por completo a ella, estando ausente de los relieves su esposo real. Nefertiti recibe un

nuevo nombre, Neferneferuaton y es ella, a menudo acompañada por su hija mayor, Meritaton, la que realiza muchos rituales que hasta entonces habían estado reservados para el rey, incluido el de «presentar Maat» (mantener el orden en el universo) y «golpear a los enemigos» (someter a los poderes del caos). En esta temprana etapa del reinado no es tanto que esté actuando como corregente oficial de su esposo, sino que la pareja real junta representa a los míticos mellizos llamados en la religión tradicional Shu y Tefnut, la primera pareja de divinidades surgidas del andrógino dios creador Atum. La tríada original estaba formada por Atum, el padre primigenio, su hijo Shu y su hija Tefhut, y ahora se sustituye por Atón como padre y el rey y la reina como sus hijos. La iconografía única de ambos reyes presente en la estatuaria y los relieves refleja esta nueva interpretación de su categoría divina.

Akhenaton y Amarna

A comienzos de su quinto año de reinado, Amenhotep IV decidió cortar todos los lazos, tanto con la tradicional capital religiosa de Egipto como con su dios, Amón, para construir una ciudad completamente nueva en terreno virgen que estaría dedicada exclusivamente al culto de Atón y sus hijos. Al mismo tiempo cambió su nombre por el de Akhenaton, que significa «Aquél que actúa efectivamente en bien de Atón» o quizá «Manifestación creativa de Atón». La nueva ciudad, hoy día conocida como Amarna, se llamó Akhetaton, «Horizonte de Atón»; es decir, el lugar donde Atón se manifiesta y donde actúa por intermediación de su hijo, el rey, que es «el hijo perfecto de Atón vivo». No sabemos si detrás de esta drástica decisión hubo motivos políticos además de religiosos, aunque el rey parece insinuar la existencia de una oposición a sus reformas religiosas en un decreto inscrito en un grupo de «estelas de frontera» que definen el territorio de Akhetaton. Por lo tanto, oposición sí existió, sobre todo entre la clase dirigente de los desposeídos sacerdotes del templo de Amón en Tebas, y probablemente también en otros lugares. Antes incluso del traslado a Akhetaton, algunos de los ingresos de los cultos establecidos se transfirieron al culto de Atón y la situación se deterioró aún más cuando el rey abandonó la ciudad de Amón en favor de su nueva capital.

Antes de estudiar esta ciudad, sus habitantes y la nueva religión atoniana tal cual era practicada allí, debemos resumir brevemente los principales acontecimientos políticos del reinado de Akhenaton. No conocemos con exactitud cuándo fijó su residencia en Akhetaton; pero posiblemente fue al cabo de un año o dos de su fundación; los juramentos realizados entonces por el rey respecto a los límites del territorio de la ciudad fueron renovados en el año 8 de reinado. Tan pronto como se realizó el anuncio de su decisión de trasladarse, cesaron todas las actividades constructivas en Tebas, aunque el nombre original del rey fue borrado de las inscripciones y reemplazado por el nuevo.

Una vez Akhenaton estuvo firmemente asentado en su nueva residencia, se produjo una nueva radicalización de sus reformas religiosas. En el año 9, la fórmula oficial de Atón se cambió a «El viviente, Ra, soberano que ha regresado como el disco solar». Como resulta evidente, al mismo tiempo que se deshacía del nombre de Horus, demasiado apegado a los conceptos tradicionales, la nueva fórmula ponía aún más énfasis en la relación padre-hijo entre Atón y el rey. Es probable que al mismo tiempo que este cambio tenía lugar, los dioses tradicionales fueran prohibidos por completo y comenzara una campaña para borrar de los monumentos sus nombres y efigies (sobre todo los de Amón); una tarea hercúlea que sólo pudo llevarse a cabo con el apoyo del ejército. Los templos estatales tradicionales se cerraron y los cultos de sus dioses se suspendieron. Pero lo que quizá sea más importante es que sus

fiestas, con las procesiones y las vacaciones públicas, dejaron también de celebrarse.

Durante mucho tiempo se ha subestimado el papel del ejército durante el Período Amárnico, en parte porque se pensaba que Akhenaton era pacifista. No obstante, recientemente se ha reconocido que el programa regio de reformas políticas y religiosas nunca podría haber tenido éxito sin un activo apoyo militar, pero también que en el año 12 Akhenaton envió a su ejército al extranjero para aplastar una rebelión en Nubia. Se ha sugerido que pudo haber estado implicado en un enfrentamiento con los hititas, quienes durante el reinado de Akhenaton derrotaron al Imperio hurrita de Mitanni, el aliado de Egipto, destruyendo así el cuidadosamente mantenido equilibrio de poder que había existido durante varias décadas. No obstante, el archivo diplomático de Akhetaton (las «Cartas de Amarna») muestra que, por lo general, la actividad militar egipcia en el norte de Siria tuvo forma de limitadas acciones de control, cuyo objetivo principal era prevenir que los volátiles estados vasallos cambiaran de bando. En el año 12 también tuvo lugar una gran ceremonia, durante la cual el rey recibió tributo de «todos los países extranjeros reunidos juntos como si fueran uno solo»; un acontecimiento que muy bien pudo estar relacionado con la campaña nubia de ese mismo año.

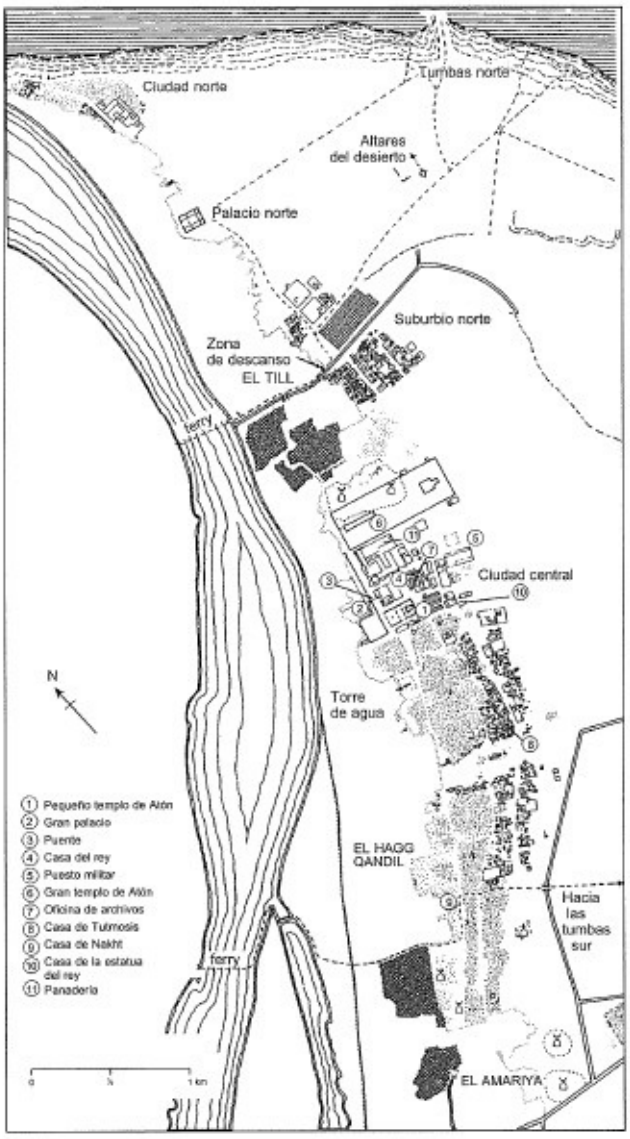
Las mujeres de la realeza durante el Período Amárnico

Aproximadamente al mismo tiempo que tenían lugar estos acontecimientos políticos, se produjo un cambio importante en el seno de la familia real. Hasta el momento Nefertiti había dado a luz seis hijas y ningún hijo y, a pesar de que nunca perdió su posición principal como «gran esposa real», por entonces apareció en escena en Akhetaton una segunda esposa de Akhenaton. A menudo se ha especulado que se trataba de una princesa mitannia, pero el nombre Kiya es perfectamente egipcio y no hay nada que sugiera un origen extranjero. Se le concedió el recién creado título de «esposa muy amada del rey», que la distinguía tanto de las demás mujeres del harén real como claramente de Nefertiti. En el año 12 de reinado o poco antes desaparece de forma repentina de los monumentos, su nombre fue borrado de las inscripciones y reemplazado por los de las hijas de Akhenaton, con mayor frecuencia el de Meritaton; lo mismo sucedió con sus imágenes. Dado que hasta el magnífico ajuar funerario preparado para ella, incluido un espléndido ataúd antropomorfo, fue adaptado para otra persona de la familia real, lo más probable es que en un momento dado Kiya cayera en desgracia, quizá por haberse convertido en una rival importante de Nefertiti después de haberle dado a Akhenaton no sólo una hija más, sino también quizá un heredero. No hay pruebas tangibles que apoyen esta teoría, a excepción de una única inscripción de aproximadamente esta época que menciona «el hijo carnal del rey, amado de él, Tutankhaton» (el futuro rey Tutankhamon [1336-1327 a.C.]), que casi con total seguridad era hijo de Akhenaton, pero no de Nefertiti.

La influencia de Nefertiti se incrementó todavía más durante la última parte del reinado, cuando se convirtió en corregente oficial de su esposo con el nombre de Neferneferuaton y el nombre de coronación de Ankh(et)kheperura; su papel como reina consorte fue adoptado por su hija mayor, Meritaton. Desconocemos los motivos que llevaron a Akhenaton a nombrar una corregente, un paso dado sólo en circunstancias excepcionales. Quizá la oposición a su régimen en algún lugar del reino (es decir, en Tebas) amenazaba con des controlarse, lo cual hizo necesario contar con alguien que pudiera actuar como rey e incluso fijar su residencia fuera de Amarna; en cualquier caso, un grafito tebano del año 3 del reinado de la soberana revela que Neferneferuaton poseía una «Casa de Ankhkheperura en Tebas» y empleaba a un «escriba de las ofrendas divinas de Amón», un claro indicio de que se había realizado un intento de reconciliación con los antiguos cultos. La mayor parte de este texto consiste en la oración del escriba a Amón, con conmovedor llamamiento al dios para que regresara y despejara la oscuridad que se había cernido sobre sus seguidores.

No está claro si Nefertiti sobrevivió o no a Akhenaton, que murió a comienzo de

su año 17. En algunas inscripciones de finales del Período Amárnico encontramos a un efímero soberano llamado Esmenkhara, con prácticamente el mismo nombre de coronación que Nefertiti/Neferneferuaton; en una o dos raras representaciones aparece acompañado por su reina, Meritaton. La identidad de Esmenkhara es incierta. Muchos especialistas siguen considerándolo el sucesor masculino de Nefertiti, quizá un hermano pequeño o incluso otro hijo de Akhenaton; pero hay muchas probabilidades de que en realidad no fuera otro que la propia Nefertiti, que, al igual que Hatshepsut antes que ella, asumió una personalidad masculina y gobernó en solitario durante un breve período de tiempo tras la muerte de Akhenaton, actuando Meritaton en el papel ceremonial de «gran esposa real». Es probable que el sucesor de Akhenaton no le sobreviviera durante mucho tiempo y, al morir, él o ella fuera sucedido en el trono por el muy joven Tutankhaton, el único miembro varón que quedaba de la familia real. A comienzos de su reinado, tanto él como su reina, su hermanastra Ankhesenpaaton, abandonaron Amarna y restauraron los cultos tradicionales. Con él llegó a su fin uno de los períodos más importantes de la historia egipcia.



Plano del yacimiento de Amarna, con la ciudad, los templos, altares y asentamientos que la perfilan.

El arte y la arquitectura del Período Amárnico

Las primeras imágenes de Amenhotep IV lo muestran con el estilo tradicional, muy similar al utilizado para representar tanto a Tutmosis IV como a Amenhotep III; pero poco después de su ascenso al trono el soberano pasó a ser representado con un rostro delgado y largo, de mejillas protuberantes y labios gruesos, con el cuello alargado, pechos casi femeninos, vientre redondo y protuberante, caderas anchas, muslos gruesos y piernas largas y flacas. Al principio el nuevo estilo estaba muy restringido, pero en la mayor parte de los monumentos tebanos, y durante los primeros años en Amarna, los rasgos del rey fueron representados de un modo tan exagerado que le hacían parecer casi una caricatura; avanzado el reinado se desarrolló un estilo mucho más equilibrado. No se trataba sólo de Akhenaton, también Nefertiti y sus hijas fueron representadas con el nuevo estilo, al igual que el resto de personas, pero en este caso de forma menos exagerada. No resulta nada sorprendente, porque las representaciones de los particulares siempre han seguido los modelos artísticos de los reyes de su época, y Akhenaton en concreto puso mucho énfasis en el hecho de que él era «la madre que da a luz todo», que había «creado a sus súbditos con su *ka*». Era un dios creador sobre la tierra, que daba forma a la humanidad a su propia imagen y semejanza.

Pocas dudas caben sobre el hecho de que el particular modo en que Akhenaton se representaba a sí mismo, a su familia y en menor grado al resto de los seres humanos en los monumentos refleja hasta cierto punto su aspecto físico real, si bien en un estilo exagerado que ha sido definido como «expresionismo» o incluso «surrealista». Las inscripciones nos informan de que fue el mismo soberano quien instruyó a sus artistas en el nuevo estilo. No sólo la figura humana se vio afectada por él, sino también el modo en que interactuaban entre sí. Las escenas de la familia real muestran una intimidad nunca vista antes en el arte egipcio, ni entre particulares ni mucho menos en la familia real. Se besan y abrazan bajo los benéficos rayos de Atón, cuyo amor domina toda su creación. Otro rasgo característico del estilo amárnico es su extraordinario sentido del movimiento y la velocidad, una «relajación» y libertad de expresión cuya influencia se dejaría sentir en el arte egipcio durante siglos.

De un modo distinto, la velocidad también fue el factor determinante de una nueva técnica constructiva. Las primeras estructuras de Amenhotep IV 11.emplearon los grandes sillares de arenisca tradicionales en las paredes de los templos; pero éstos no tardaron en ser reemplazados, tanto en Tebas como en Amarna, por bloques mucho más pequeños, los llamados *talatat*, con unas dimensiones típicas de 60 X 25 centímetros, es decir, lo bastante pequeños como para ser transportados por un solo hombre. Se consiguió así hacer mucho más fácil la construcción de grandes edificios en un espacio de tiempo relativamente corto. El nuevo sistema fue abandonado tras el

Período Amárnico, quizá porque se había descubierto que los relieves tallados en muros construidos con estos bloques pequeños, al necesitar grandes cantidades de enlucido para cubrir los huecos entre los sillares, no soportaban el paso del tiempo tan bien como los muros de construcción tradicional. Además, los sucesores de Akhenaton no tardaron en darse cuenta de que se necesitaba aún menos tiempo y esfuerzo para desmantelar los edificios construidos con *talatat*.

La «relajación» del estilo artístico amárnico quizá encuentre paralelismos en el plano de la ciudad de Akhetaton, al menos en cuanto a los barrios residenciales se refiere. A pesar de que se trata de una ciudad de nueva planta, no fue construida siguiendo una rígida cuadrícula ortogonal, como la ciudad de Kahun en el Reino Medio, que refleja la muy estructurada y burocrática sociedad de la época. La disposición de Amarna se parece mucho más a un grupo de pequeños poblados reunidos en torno a casas, grandes y pequeñas, agrupadas de forma flexible y cada una con sus propios edificios subsidiarios, como silos de grano, cuadras, cobertizos y talleres. El tamaño de cada vivienda va parejo a la riqueza y categoría de sus dueños. Muchas de ellas poseen su propio pozo, un rasgo único de esta ciudad, lo que hacía que sus habitantes fueran independientes del Nilo para su suministro diario de agua. En general, Amarna da la impresión de ser una ciudad que hubiera crecido con el paso del tiempo y no como resultado de una cuidadosa planificación.

Ni que decir tiene que los templos y palacios son algo completamente distinto. Ambos están estrechamente relacionados con las ideas religiosas de Akhenaton y por este motivo los diseñaba y planificaba el propio rey en estrecha colaboración con los arquitectos y artistas que trabajaban bajo su «instrucción» personal, como las inscripciones nunca se cansan de repetirnos. Aquí no podemos describir estos edificios en detalle, pero sí debemos mencionar algunos rasgos importantes. El primero de todos es que Akhenaton y su familia vivían a cierta distancia de la ciudad principal, en lo que hoy se conoce como el Palacio Ribereño Norte. Una larga y espaciosa avenida, el «camino real», recorría 3,5 kilómetros en línea recta, pasando por el Palacio Norte (la residencia de la reina), hasta la Ciudad Central, con sus dos palacios (uno de ellos utilizado entre otras cosas para las ceremonias estatales, como la recepción de enviados extranjeros, y el otro como palacio de trabajo con una «ventana de apariciones», a través de la cual el faraón recompensaba a sus funcionarios leales) y sus dos grandes templos de Atón. De ellos, el Gran Templo de Atón era el equivalente amárnico del gran recinto de Amón-Ra en Tebas; constaba de varios edificios distintos, incluida una estructura con una piedra *benben*, el símbolo sagrado del sol, cuyo arquetipo se encontraba en el templo de Ra en Heliópolis. Este es uno de los indicios que nos indica la influencia de la teología heliopolitana en el pensamiento de Akhenaton; el otro es que el rey había planeado en Amarna un cementerio para los toros sagrados Mnevis de Ra-Atum de Heliópolis. El otro templo

de Atón era mucho más pequeño y se encontraba inmediatamente al sur del palacio de trabajo del rey. Parece que estaba dedicado tanto al rey como a Atón y puede que sea el equivalente a los tradicionales templos de millones de años y, al igual que este tipo de templos en la orilla occidental de Tebas, sirviera de capilla funeraria para Akhenaton, pues estaba orientado hacia la entrada del *wadi* en el que está situada la tumba real.

La diferencia más evidente entre, por un lado, el templo de Atón, tanto el de Amarna como el de Tebas, edificado algún tiempo antes, y por el otro, los templos tradicionales, es que los primeros eran a cielo abierto. Un templo tradicional típico comienza con un pilono y un patio abierto con peristilo, seguido por una sucesión de patios y habitaciones que se van haciendo más pequeñas y oscuras de forma gradual, según va penetrando el fiel dentro del edificio. En la habitación más profunda, la imagen del dios se guardaba en un santuario que la mayor parte del tiempo permanecia en la más completa oscuridad. En cambio, el dios de Akhenaton estaba allí para que todo el mundo lo viera y por tanto no necesitaba una imagen de culto. Las únicas estatuas que se encuentran en los templos atonianos eran representaciones de Akhenaton y de los demás miembros de la familia real. En la arquitectura de estos templos se realizó un esfuerzo deliberado por crear las menos sombras posibles; incluso los dinteles de las puertas se dejaban abiertos en el medio. Estos dinteles «rotos» eran una innovación arquitectónica que continuó utilizándose hasta la época grecorromana en ciertas puertas de acceso a templos. El rey adoraba a su dios en patios abiertos repletos de una gran cantidad de pequeños altares, sobre los cuales se realizaban ofrendas a Atón. El motivo de tantos altares es un misterio, pero quizá la explicación más verosímil es que se trata de altares para los muertos, que eran alimentados en los templos como parte del culto diario.

La luz era el aspecto más esencial de Atón, que era un dios de la luz que emergía del disco del sol y mantenía vivos a todos los seres mediante una creación continua. Era el dios creador que gobernaba el mundo como rey celestial. Del mismo modo que Atón era el rey del mundo, Akhenaton era el rey de sus súbditos. Su «procesión» diaria, cuando conducía su carro a lo largo del camino real desde el Palacio Ribereño Norte hasta la Ciudad Central, reemplazó a las tradicionales procesiones divinas, durante las cuales los habitantes de una ciudad podían entrar en contacto con las divinidades, cuyas estatuas por lo general quedaban ocultas a su vista en el templo. Akhenaton era, como su nombre indica, la «creativa manifestación de Atón», a través del cual Atón realizaba su benéfico trabajo. Fue el rey quien «hizo» a la humanidad y sobre todo a su élite, a la cual eligió él mismo. En sus inscripciones, estos funcionarios niegan sus orígenes verdaderos, a pesar de que algunos de ellos seguramente procedían de familias influyentes; todos ellos se presentan como pobres y desdichados huérfanos que le deben toda su existencia al rey, que los «ha creado

con su ka». El trabajo del faraón se equiparaba a la inundación anual del Nilo, que mantenía a la humanidad y al resto de seres vivos. La piedad personal se asimiló por completo a una lealtad total hacia el propio Akhenaton. En sus casas particulares, la élite de Amarna tenía pequeños santuarios con altares y estelas de la familia real, que reemplazaban a los antiguos santuarios domésticos para las deidades locales.

Tumbas y creencias funerarias en Amarna

El rey dominaba por completo la decoración mural, incluso en las tumbas de la élite en Akhetaton. Las representaciones de Akhenaton y su esposa e hijas (así como las imágenes de los diferentes templos de Akhetaton) son ubicuas, y los himnos y fórmulas de ofrendas estaban dedicados al rey y a Atón en la misma proporción. Es interesante comprobar que en las fórmulas de ofrendas es el propio rey, y no el dueño de la tumba, quien con frecuencia —si bien no exclusivamente— se dirige al dios. Las únicas copias que se conservan del famoso *Gran himno a Atón*, el texto más completo referido a los dogmas principales de la nueva religión (escrito probablemente por el propio Akhenaton), se encuentran en estas tumbas. Tanto este himno como el resto de textos de Amarna se escribieron en un lenguaje oficial recientemente creado que se acercaba mucho más a la lengua hablada que el egipcio clásico, el utilizado hasta entonces en los textos religiosos y oficiales. La separación entre la lengua vernácula y la oficial no desapareció por completo; pero esta decisión estimuló enormemente el uso de la primera para las composiciones literarias, lo cual dio lugar a toda una nueva literatura en los siglos que siguieron al Período Amárnico.

Osiris, el dios de los muertos más importante, se proscribió desde el comienzo mismo del reinado de Akhenaton. Incluso Akhenaton, rechazó la doctrina que consideraba a Osiris como la manifestación nocturna del dios sol, bien asentada en la religión funeraria desde mucho antes de Amarna. Atón era un dios de luz dadora de vida; durante la noche estaba ausente, pero no está claro dónde se pensaba que iba. Se ignoraron por completo la oscuridad y la muerte, en vez de considerarse como un estado de regeneración positivo y necesario. Durante la noche los muertos sencillamente dormían, como cualquier otro ser vivo y también el propio Atón. No se encontraban en el «Bello occidente», el más allá, y sus tumbas ni siquiera estaban situadas físicamente en el oeste, sino en el este, por donde amanece. La «resurrección» de los muertos tenía lugar durante la mañana, cuando aparecía Atón. El propio dios representaba «el momento en el cual uno vive», tal y como dice el *Gran himno*. Los muertos existían, por lo tanto, mediante su continua presencia junto a Atón y el rey en el templo, donde se alimentaban (ellos o sus almas *ba*) con las ofrendas diarias. Por esta razón, las tumbas privadas de Amarna están llenas de representaciones de los templos de Atón y del rey conduciendo por el camino real hacia los templos y realizando ofrendas en ellos. Los templos y palacios de Akhenaton eran el nuevo más allá; los muertos ya no vivían en sus tumbas, sino en la tierra, entre los vivos. Por lo tanto, las tumbas sólo servían como lugares de reposo nocturnos. La momificación continuó practicándose, porque por la noche el *ba* regresaba al cuerpo hasta el siguiente amanecer. Por este motivo, los rituales funerarios, incluidos las ofrendas y el ajuar funerario, parecen continuar; si bien la

mayoría de los *shabtis* ya no llevan el capítulo del *Libro de muertos* que tradicionalmente se escribía sobre ellos. Es difícil saber cómo eran los ataúdes y sarcófagos particulares, puesto que en Amarna no se ha encontrado ninguno. En el gran sarcófago de piedra de Akhenaton, las cuatro diosas que tradicionalmente aparecían en las esquinas se reemplazaron por figuras de Nefertiti, y algunos hallazgos de otros yacimientos sugieren que los sarcófagos privados también estuvieron decorados con imágenes de miembros de la familia del difunto, más que con deidades funerarias. Tampoco había «juicio de los muertos» delante del trono de Osiris, que hasta entonces el difunto tenía que pasar para poder conseguir la categoría de *maaty* («justificado»); en vez de ello, los funcionarios del rey conseguían la vida tras la muerte siguiendo las enseñanzas de Akhenaton y siéndole totalmente leales durante su vida. Akhenaton era el dios que garantizaba la vida y una tumba, tras una larga vida disfrutando de su favor; era la encarnación de *maat* y sus súbditos sólo podían convertirse en *maatyu* mediante su lealtad hacia él; sin ésta no habría vida tras la muerte. La existencia sobre la tierra dependía del rey, quien por lo tanto monopolizaba todos los aspectos de la religión amárnica, incluidas las creencias religiosas.

La vida fuera de Amarna durante el Período Amárnico

La mayor parte de nuestros conocimientos sobre la nueva religión de Akhenaton proceden de sus primeros monumentos en Tebas y de la propia ciudad de Amarna. Lo que sucedió en el resto del país, sobre todo después de que el rey se trasladara a su nueva capital, está mucho menos claro. Casi con total seguridad, Akhenaton viajó fuera de Akhetaton; incluso estipuló (en las «estelas de frontera») que, en caso de que muriera en cualquier otro lugar, su cuerpo tenía que llevarse a Amarna y enterrarse allí. Aparte de sus tempranas actividades constructivas en Nubia, sabemos de la existencia de templos de Atón en Menfis y Heliópolis, y quizá hubiera más. Algunos bloques menfitas muestran la forma más tardía del nombre de Atón (posterior al año 9 aproximadamente), al igual que un bloque aislado encontrado en Tebas; por lo tanto, es evidente que incluso después de la radicalización de la reforma de Akhenaton continuaron los trabajos constructivos fuera de Amarna. Lo que no sabemos es hasta qué punto se abolieron realmente los cultos tradicionales; nuestro punto de vista está muy influenciado por la descripción posterior de la situación que ofrece la Decreto de Restauración de Tutankhamon, cuyo tono es evidentemente propagandístico.

En la práctica diaria, la nueva religión probablemente sólo reemplazó a la religión oficial del Estado y a la de la élite; la mayor parte del pueblo continuó adorando a sus dioses tradicionales, a menudo locales. Incluso en la propia Amarna se han conservado bastantes objetos votivos, estelas y pinturas murales que representan o mencionan a dioses como Bes y Taweret (ambos relacionados con los partos), la diosa de la cosecha Renenutet, las deidades protectoras Isis y Shed («el salvador», una nueva forma de Horus desconocida antes de Amarna),Thoth (el dios de los escribas), Khnum, Satet y Anuket (la tríada de Elefantina), Ptah de Menfis e incluso Amón de Tebas.

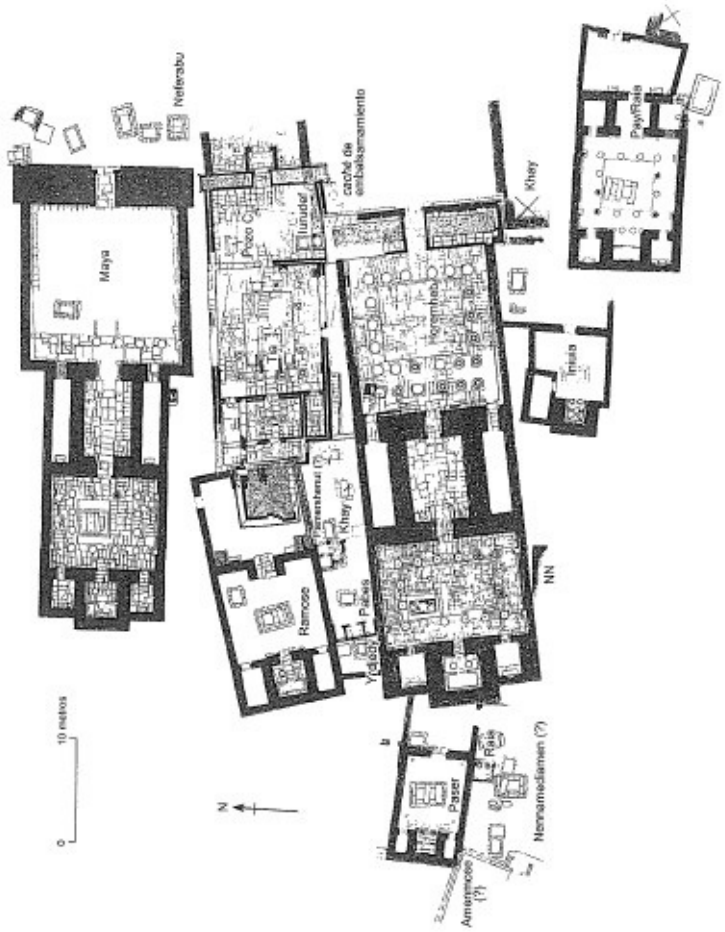
No siempre resulta sencillo decidir si los relieves de las tumbas, las estelas y los objetos del ajuar funerario que mencionan a Atón junto a dioses tradicionales como Osiris, Thoth o Ptah datan del comienzo del reinado, de mediados o incluso del período inmediatamente posterior a la época amárnica. Tampoco sabemos si el difunto enterrado en una necrópolis distinta a la de Akhetaton se suponía que compartía las ofrendas del templo de Atón en Amarna o las que se hacían en el de su ciudad natal o cómo volvían a la vida los difuntos en los lugares donde no había un templo atoniano. Es necesario investigar mucho más, sobre todo en la necrópolis de Menfis, donde todavía quedan por descubrir muchas tumbas del período.

Tampoco está claro qué sucedió con la administración civil durante la época amárnica. Es evidente que Akhetaton reemplazó a Tebas como capital religiosa y centro de culto estatal; mas ¿hizo lo propio con Mentís como capital administrativa?

Uno de los dos visires residía en Amarna, pero su colega septentrional continuó en Menfis. Seguramente esta ciudad conservó su posición como centro administrativo del país durante el Período Amárnico. Es probable que la situación durante el período saíta sea un paralelo: los reyes de la XXVI Dinastía favorecieron mucho a su ciudad natal, Sais (si bien eran de origen libio), que funcionaba como su capital, y muchos de los ingresos del Estado iban a parar al templo de su diosa, Neith. Sin embargo, durante esta época Menfis continuó siendo el centro administrativo de Egipto; una situación que continuó hasta que el sucesor de Alejandro Magno trasladó los restos mortales de éste hasta Alejandría y convirtió la ciudad en el centro del Egipto ptolemaico y romano.

El período subsiguiente a Amarna

Si bien el episodio amárnico apenas duró veinte años, su impacto fue enorme. Quizá se trate del acontecimiento más importante de la historia religiosa y cultural de Egipto y dejó su marca en la conciencia colectiva de sus habitantes. Aparentemente, el país regresó a la religión tradicional anterior a Akhenaton, pero la realidad es que nada volvió a ser igual. Algunos de los cambios se pueden detectar en las disposiciones funerarias de la élite, siempre un buen barómetro de las cambiantes actitudes religiosas. Más evidentes son los cambios en la arquitectura de las tumbas. En Menfis, sobre todo, aparecieron tumbas que se parecían a templos en todos sus aspectos esenciales. En Tebas continuaron utilizándose tumbas excavadas en la roca, pero su arquitectura y decoración se adaptaron al mismo nuevo concepto: la tumba entendida como un templo mortuorio privado para su dueño, cuyo culto funerario se integra con el culto a Osiris. Este dios, prohibido por Akhenaton, se consideraba universalmente como la manifestación nocturna de Ra y su papel en las cuestiones funerarias aumentó de forma drástica comparado con la época anterior a Amarna. En estas tumbas, el símbolo solar *par excellence*, la pirámide, hasta entonces una prerrogativa real, aparece sobre el tejado de la capilla central, por lo general con un pináculo (el piramidón o piramidión) decorado con escenas de adoración delante de Ra y Osiris. En la propia capilla central, la estela principal, el centro focal del culto, a menudo muestra una escena doble simétrica con ambos dioses sentados espalda contra espalda. Las estatuas que con anterioridad se solían depositar en los templos ahora comienzan a aparecer en las tumbas privadas, incluidas imágenes de diferentes dioses y estatuas naóforas, que muestran al difunto sujetando un santuario con la imagen de un dios.



Plano de un grupo de tumbas de la necrópolis del Reino Nuevo en Sakkara, donde están enterrados muchos funcionarios importantes de finales de la XVIII Dinastía y de las XIX y XX Dinastías.

Los relieves y pinturas de los muros de las tumbas dejaron de estar centrados en imágenes de la carrera y la ocupación profesional del difunto y, aunque éstas no desparecieron por completo, pasaron a representarlo con un largo vestido de lino plisado (a menudo llamado de forma errónea el «vestido de la vida diaria») y una elaborada peluca mientras adoraba a Ra, a Osiris y a toda una amplia variedad de dioses. El mismo tipo de vestido de fiesta aparece también en los sarcófagos antropomorfos y los *shabtis*, que hasta entonces mostraban al difunto exclusivamente como momia. Aparte de uno o dos ejemplos muy de comienzos del reinado de Tutankhamon, las escenas en las que el difunto aparece presentando ofrendas al rey desaparecen por completo; su lugar fue ocupado por imágenes de Osiris entronizado. En general, la decoración de las tumbas postamárnicas está dominada por escenas y textos religiosos, a menudo sacados del *Libro de los muertos*. Al mismo tiempo, en los muros de las tumbas privadas comienzan a aparecer imágenes y fragmentos de textos de varias composiciones religiosas exclusivamente regias, como la *Letanía de Ra* y los llamados *Libros del otro mundo*, primero en Deir el Medina, pero pronto también en otros lugares. Todas estas características pueden explicarse como reacción al completo monopolio por parte de Akhenaton del culto funerario de sus súbditos y al papel que los templos de Atón habían tenido en la religión amárnica como el nuevo «más allá». Ahora los dueños de las tumbas contaban con sus propios templos, donde adoraban a los dioses sin la intervención del rey, cuyo papel quedaba así minimizado.

Los cambios en la cultura funeraria que acabamos de bosquejar son totalmente sintomáticos de un tipo de relación por completo diferente entre los dioses y sus adoradores, al igual que papel del rey en ella. Doscientos años después, esta nueva visión del mundo quedará plasmada en la aparición de la llamada teocracia tebana, en la cual se consideraba que era el propio Amón quien actuaba como rey de Egipto, el cual gobernaba a sus súbditos interviniendo directamente en el mundo de los vivos mediante los oráculos. No obstante, antes de poder tratar este cambio debemos regresar a la historia dinástica y política de Egipto tras el final del Período Amárnico.

Tutankhamon

El joven Tutankhaton había ascendido al trono en Amarna siendo todavía un niño; al poco tiempo, quizá en su primer año de reinado o no mucho después, abandonó la ciudad fundada por su padre. Durante algún tiempo la gente continuó viviendo en Akhetaton, pero la corte se trasladó a Menfis, la sede tradicional del gobierno. Se restauraron los viejos cultos y Tebas se convirtió de nuevo en el centro religioso del país. Se cambió el nombre del rey por el de Tutankhamon y se le añadió el epíteto «soberano de la Heliópolis del sur», una referencia deliberada a Karnak como centro de culto del dios sol Amón-Ra. También se cambió el nombre de su gran esposa real y hermanastra, Ankhesenpaaton, por el de Ankhesenpaamon. Tutankhamon no fue en absoluto el primer soberano de la historia de la dinastía en ascender al trono siendo un niño. Tanto Tutmosis III como Amenhotep III eran muy jóvenes cuando se convirtieron en soberanos de Egipto, pero en ambos casos hubo un importante miembro femenino de la familia real (Hatshepsut y Mutenwiya respectivamente) que aceptó actuar como regente durante sus primeros años. Ahora esta posibilidad no existía; por lo tanto, el papel de regente lo representó un importante oficial del ejército sin lazos sanguíneos con la familia real, el comandante en jefe del ejército, Horemheb. Sus títulos como regente indican que se ganó el derecho a suceder a Tutankhamon si éste moría sin descendencia. De hecho, Horemheb llegaría a convertirse en rey, y en su «Texto de Coronación» (una inscripción única que nos ofrece una descripción de su ascenso al poder, tallada en la espalda de una estatua conservada en el Museo Egipcio de Turín) parece sugerir que fue él quien aconsejó al rey abandonar Amarna «cuando el caos estalló en el palacio» (es decir tras las muertes de Akhenaton y su efímero sucesor). Obviamente, el ejército había llegado a la conclusión de que el experimento de Akhenaton había terminado en desastre, retirando por tanto su apoyo a las reformas religiosas que en un principio había ayudado a llevar a cabo, otro revelador signo de la importancia del papel representado por el ejército en toda esta cuestión.

El documento más importante de todo el reinado de Tutankhamon es la llamada Estela de la Restauración, que ofrece una descripción extremadamente negativa del estado en el que las reformas de Akhenaton habían dejado al país: como los templos de los dioses se habían convertido en ruinas y sus cultos abolidos, los dioses habían abandonado Egipto; si se les rezaba, no respondían, y cuando el ejército fue enviado a Siria para ampliar los límites de Egipto, no tuvo éxito. La importancia de esta última frase quizá explique por qué el ejército dejó de apoyar la política amárnica. Durante el reinado de Akhenaton, los hititas, que se habían convertido en la principal potencia del norte, derrotaron a Mitanni, el aliado egipcio. Esto provocó que algunos vasallos egipcios, sobre todo Aziru de Amurru, intentaran crear un nuevo Estado tapón

independiente entre ambas superpotencias rivales. Egipto había comenzado a perder algunos de sus territorios más septentrionales y el ejército, limitado a acciones de policía en Siria, era incapaz de hacer nada al respecto. Evidentemente, con el ascenso al trono de Tutankhamon estas limitaciones desaparecieron, pues los relieves del patio interior de la magnífica tumba menfita de Horemheb afirman que su nombre «adquirió fama en la tierra de los hititas», lo cual sugiere que al comienzo del reinado del joven faraón, Horemheb estuvo implicado en confrontaciones militares con los hititas. Estas escaramuzas, así como otras posteriores, no consiguieron establecer un nuevo equilibrio de poder. Por otra parte, los simultáneos intentos de reafirmar la autoridad egipcia en Nubia, documentados en estos mismos relieves, probablemente tuvieron más éxito.

En el propio Egipto se puso en marcha una campaña para restaurar los templos tradicionales y reorganizar la administración del país. La empresa estuvo encabezada por el tesorero jefe de Tutankhamon, Maya, enviado a una importante misión: recorrer los templos desde el delta hasta Elefantina para cobrar impuestos sobre sus ingresos, que se habían desviado hacia los templos de Atón. Algunas de las medidas descritas posteriormente en el Texto de Coronación de Horemheb y en su gran edicto de Karnak se aplicaron en realidad durante el reinado de Tutankhamon. Maya también fue responsable de la gradual demolición de los templos y palacios de Akhenaton, primero en Tebas y después también en Amarna. La mayor parte de los *talatat* terminaron sus días en los cimientos y pilonos de los nuevos trabajos constructivos de Luxor y Karnak. Como supervisor de los trabajos en el Valle de los Reyes, Maya de encargaría de organizar el traslado de los restos mortales de Akhenaton a un pequeña tumba sin decorar del valle (asumiendo que el cuerpo encontrado en la KV 55 sea de hecho el de Akhenaton, como parece probable); posteriormente sería el responsable de los enterramientos de Tutankhamon y su sucesor, Ay (1327-1323 a.C.), así como de la reorganización del poblado de los trabajadores de Deir el Medina en el momento de comenzar los trabajos en la tumba de Horemheb.

Los reinados de Ay y Horemheb

Los acontecimientos que rodean la muerte de Tutankhamon todavía no están muy claros. El rey murió de forma inesperada en su décimo año de reinado, en un momento en que Egipto estaba envuelto en un enfrentamiento importante con los hititas que terminó con una derrota egipcia en Amqa, cerca de Qadesh. Las noticias del desastre llegaron a Egipto aproximadamente cuando se produjo la muerte de Tutankhamon. No sabemos si el propio Horemheb encabezó las tropas egipcias en la batalla; pero el hecho de que no parezca haber tomado parte en los funerales de Tutankhamon, a pesar de su papel de regente y presunto heredero, da que pensar. En vez de él fue Ay, un importante consejero de la corte y uno de los funcionarios en los que más confiaba, puede incluso que fuera familiar de la esposa de Amenhotep III, la reina Tiye, quien se encargó de las exequias y poco después ascendió al trono. Aparentemente lo hizo como una especie de rey interino, pues la viuda de Tutankhamon, Ankhesenemon, estaba intentando negociar una paz con los hititas. De hecho, escribió a su rey, Supiluliuma, pidiéndole un hijo para casarse con él y convertirlo en rey de Egipto, de modo que Egipto y Hatti se unificaran en «un solo país»; un paso extraordinario que posiblemente fuera instigado por Ay. Esta petición levantó muchas sospechas en la corte hitita, y cuando finalmente Supiluliuma se convenció de que las intenciones de la reina egipcia eran honorabies y envió a su hijo Zannanza a Egipto, el desgraciado príncipe fue asesinado *en route*, quizá por fuerzas leales a Horemheb acantonadas en Siria. El resultado fue una prolongada guerra con los hititas.

El rey Ay, que debía de ser bastante mayor cuando ascendió al trono, gobernó durante al menos tres años completos. Una fragmentaria carta cuneiforme parece sugerir que intentó arreglar la situación con los hititas, negando cualquier responsabilidad en la muerte del príncipe, pero sin éxito. También realizó un esfuerzo consciente para impedir que Horemheb ejerciera sus derechos tras su muerte y nombró a un comandante del ejército llamado Nakhtmin (posiblemente su nieto) como su heredero. A pesar de ello Horemheb consiguió sentarse en el trono tras el fallecimiento de Ay y no tardó en desfigurar los monumentos de su predecesor y destruir los de su rival, Nakhtmin.

Si el camino de Horemheb hacia el trono estuvo plagado de dificultades, su reinado (1323-1295 a.C.) parece que fue bastante tranquilo. No obstante, no conviene olvidar que se conservan pocas inscripciones de la última parte del mismo. Incluso su duración sigue siendo incierta. Su fecha más alta es el año 13; pero basándose en la cronología mesopotámica y dos textos póstumos, son muchos los que afirman que reinó durante cerca del doble de años. Sin embargo, es difícil reconciliar un reinado tan largo con su tumba sin terminar en el Valle de los Reyes (KV 57); aunque ésta no

se empezara antes de su año 7. Continuaron los problemas con los hititas respecto a los territorios del norte de Siria y, en torno al año 10, los egipcios realizaron un infructuoso intento por reconquistar Qadesh y Amurru; aunque, como es típico del reinado, nuestras fuentes sean hititas y no textos egipcios. Es posible incluso que Horemheb terminara llegando a un acuerdo con su enemigo, puesto que un texto hitita posterior menciona un tratado que había estado vigente con anterioridad y que se rompió durante los reinados de Muwatalli y Seti I (1294-1279 a.C.).

En Egipto, Horemheb se embarcó en varios proyectos constructivos importantes, entre ellos la Gran Sala Hipóstila de Karnak. Es posible que también comenzara la demolición sistemática de la ciudad de Amarna, todavía habitada por estas fechas, pues allí se encontraron dos fragmentos de piedra (incluida una base de estatua) con sus cartuchos. Se puso en marcha con gran entusiasmo la reorganización del país. El Gran Edicto, que publicó en una estela en el templo de Karnak, enumera una larga lista de medidas legales dictadas para terminar con abusos como la requisa ilegal de barcos y esclavos; el robo de pieles de ganado; los impuestos ilegales sobre granjas privadas; el fraude en los impuestos legítimos; y la extorsión que sufrían los alcaldes por parte de los funcionarios encargados de organizar la visita anual del rey a la fiesta Opet durante el viaje de ida y vuelta de Menfis a Tebas y viceversa. Otros párrafos tratan de la regulación de los tribunales locales de justicia, del personal del harén real y otros empleados del Estado, así como del protocolo de la corte.

Es posible que el rasgo más sobresaliente del reinado de Horemheb sea el modo en que lo legitimó; después de todo no tenía sangre real y, por lo tanto, no podía hacer valer una relación «genealógica» con el dios dinástico, Amón. A menudo se ha afirmado que su reina, una cantante de Amón llamada Mutnedjmet, se puede identificar con una hermana de Nefertiti del mismo nombre, pero esto no es muy probable, porque parece ser que se convirtió en su esposa bastante antes de su ascenso al trono, sin contar con que la capacidad legitimadora de un matrimonio real semejante se hubiera podido cuestionar dadas las circunstancias. En su Texto de Coronación, Horemheb no esconde que su origen no es regio; en vez de ello pone mucho énfasis en el hecho de que, siendo joven, lo eligió el dios Horus de Hutnesu, presumiblemente su ciudad natal, para ser rey de Egipto. A continuación describe cómo fue cuidadosamente preparado para su futura tarea, convirtiéndose en el representante del rey (es decir, de Tutankhamon) y príncipe regente, una afirmación en gran parte sostenida por las inscripciones de su tumba en la necrópolis de Menfis, anterior a su ascenso al trono. Finalmente, es Horus de Hutnesu quien lo presenta a Amón durante la procesión de la fiesta Opet y quien luego procede a coronarlo como rey. De modo que Horemheb accede al cargo de faraón por deseo de su dios personal y mediante elección divina durante una aparición pública de Amón (es decir, mediante un/oráculo). En este aspecto, la coronación de Horemheb se parece a la de

Hatshepsut (1473-1458 a.C.), que también fue elegida mediante un oráculo después de haber sido regente. No obstante, la reina podía alardear al menos de su sangre real y, de hecho, subrayó que había sido Anión quien la engendró en la reina madre, una cuestión que Horemheb evita cuidadosamente en su Texto de Coronación.

Ramsés I

Para designar sucesor, tanto Horemheb como los primeros soberanos ramésidas decidieron escoger un heredero de sangre no real. Horemheb, mientras todavía seguía en el trono, nombró príncipe regente al primero de los ramésidas, quien ostentó la mayor parte de los títulos que él mismo había tenido durante el reinado de Tutankhamon. Este hombre, Paramessu, actuó como visir de Horemheb al mismo tiempo que ostentaba varios títulos militares, incluido el de comandante militar de la fortaleza de Sile, un importante fuerte en el camino terrestre que conectaba el delta egipcio con Siria-Palestina. El papel asignado a Paramessu revela de nuevo la preocupación de Horemheb por la situación de los territorios septentrionales de Egipto. La familia de Paramessu procedía de Avaris, la antigua capital de los hyksos, y el papel desempeñado en su carrera por Seth, el dios local de la ciudad (quien había mantenido una estrecha relación con el dios cananeo Baal), parece haber sido comparable al de Horus en la de Horemheb. Siendo así, resulta interesante observar que Horemheb construyó un templo para Seth en Avaris. La familia real ramésida consideraba al dios Seth como su antepasado regio y el fragmento de un obelisco, originario de Heliópolis, pero recientemente descubierto en el lecho marino de la costa de Alejandría, muestra a Seti I como una esfinge con cabeza de animal sethiano realizando ofrendas a Ra-Atum.

Cuando Horemheb murió, aparentemente sin hijos, Paramessu le sucedió como Ramsés I (1295-1294 a.C.). Con él comenzó una nueva dinastía, la XIX, si bien existen algunas pruebas que sugieren que los faraones ramésidas consideraban a Horemheb como el verdadero fundador de la misma. Ramsés I ya era mayor cuando ascendió al trono, puesto que su hijo y probablemente su nieto ya habían nacido. Durante su corto reinado (apenas un año) y puede que incluso antes, su hijo Seti fue visir y comandante de Sile, pero también ostentó varios títulos sacerdotales que lo relacionan con diversos dioses adorados en el delta, incluido el de «gran sacerdote de Seth». En su Texto de Coronación, Horemheb había mencionado que había equipado el recientemente inaugurado templo con sacerdotes «escogidos del ejército», proporcionándoles terrenos y ganado. A partir de otros documentos sabemos que los soldados retirados a menudo recibían cargos sacerdotales y algunas tierras en sus ciudades natales, de modo que Seti puede que no fuera demasiado joven cuando su padre ascendió al trono.

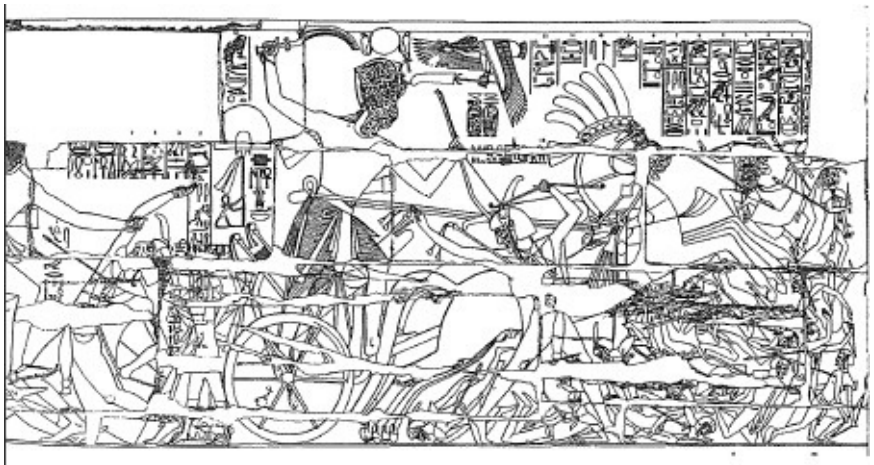
Seti I y la «Restauración»

Ha de concederse a Seti I, que continuó y sobrepasó los esfuerzos de sus predecesores, el crédito de haber realizado el grueso de la restauración de los templos tradicionales. Por todas partes se restauraron inscripciones de los faraones preamárnicos y los nombres y representaciones de Amón borradas por Akhenaton se tallaron de nuevo. También comenzó su propio y ambicioso programa de construcción. En prácticamente todo el país, en especial en los grandes centros religiosos de Tebas, Abydos, Menfis y Heliópolis, se erigieron nuevos templos o se ampliaron los ya existentes. Entre estos últimos se encuentra el templo de Seth en Avaris, una ciudad que no tardaría en convertirse en la nueva residencia en el delta de los soberanos ramésidas. En Karnak, Seti continuó la construcción de la Gran Sala Hipóstila comenzada por Horemheb, conectada con su propio templo mortuorio en Abd el Qurna, situado directamente frente a Karnak, pero al otro lado del río. Junto al templo de Hatshepsut en Deir el Bahari, que restauró, estos edificios proporcionaban un espléndido nuevo telón de fondo para la celebración de la importante y anual Bella Fiesta del Valle, durante la cual Amón de Karnak visitaba a los dioses de la orilla oeste y la gente iba a las tumbas de sus familiares difuntos para comer, beber y disfrutar con su compañía. En Abydos, Seti I construyó un magnífico templo cenotafio para el dios Osiris, siguiendo ejemplos del Reino Medio y comienzos de la XVIII Dinastía. La famosa lista real del templo, donde aparecen mencionados los antepasados reales que participan en el culto de ofrendas para Osiris, proporciona las primeras pruebas de que el episodio amárnico se había borrado completamente de los registros oficiales. En la lista, a Amenhotep III le sigue directamente Horemheb, y otras fuentes nos indican que los años de reinado de los soberanos desde Akhenaton hasta Ay se añadieron a Horemheb.

El programa constructivo de Seti I fue posible porque reabrió varias de las antiguas minas y canteras, incluidas las del Sinaí, y también porque, al igual que sus predecesores, hizo incursiones en Nubia en busca de cautivos que emplear como fuerza de trabajo barata. La seguridad fue otra de las razones de estas campañas nubias, puesto que la financiación de sus proyectos constructivos procedía de la explotación de las minas de oro, tanto aquí como en el Desierto Oriental. Las minas de este último en particular fueron explotadas para el gran templo de Osiris construido por Seti en Abydos; en el año 9 de reinado, la carretera que conducía hasta ellas fue dotada de un lugar de descanso y un pozo nuevo, todo ello para hacer más accesibles las minas más rentables de las regiones más remotas.

Con anterioridad se había contado con los recursos procedentes de los territorios egipcios en Palestina y Siria, por lo que ahora era esencial reafirmar la autoridad egipcia sobre estas zonas. Seti comenzó su año 1 de reinado con una campaña a

escala relativamente pequeña contra Shasu, en el sur de Palestina, a la que pronto siguieron expediciones militares más al norte. En una guerra posterior penetró en territorio por entonces controlado por los hititas y logró reconquistar Qadesh, lo que a su vez hizo que Amurru se pasara al lado egipcio. El resultado fue una guerra con los hititas durante la cual se perdieron ambos Estados vasallos, seguida por un período de paz armada. Seti I también fue el primer rey en enfrentarse a las incursiones de las tribus libias a lo largo de la frontera occidental del delta. Estas tribus, cuya principal motivación parece haber sido el hambre, continuaron creando problemas durante el resto del Reino Nuevo, pero poco es lo que se conoce de su primer intento por asentarse en Egipto, además del hecho de que la campaña de Seti contra ellos probablemente tuvo lugar antes de su confrontación con los hititas.



Las campañas militares de Seti I, representadas en varios relieves de los muros del templo de Karnak, muestran al rey conduciendo su carro a la batalla.

Los relieves del muro exterior septentrional de la Gran Sala Hipóstila de Karnak, donde se documentan las campañas libias y sirias, son de un estilo nuevo, mucho más realista, que a pesar de algunos precursores durante la época de Tutmosis IV y Amenhotep III, están claramente influidos por el realismo del estilo amárnico. Más que las tradicionales escenas de matanza del enemigo, con su habitual contenido simbólico, estos relieves de batalla transmiten el sentimiento de que estamos contemplando un acontecimiento real, histórico. En los mismos tiene un papel destacado un «mariscal de grupo y flabelífero» llamado Mehy (abreviatura de Amenemheb, Horemheb u otro nombre similar), que acompaña a Seti en varias escenas. Es poco probable que se tratara de algo más que de un oficial de confianza del propio rey, encargado quizá de dirigir algunas de las campañas en nombre del propio soberano; pero el sucesor de Seti I, Ramsés II (1279-1213 a.C.), deseoso de enfatizar su propio papel en la batalla, hizo que se borraran los nombres e imágenes de Mehy, en ocasiones reemplazándolas por otras de él mismo como príncipe heredero.

Ramsés II

Desgraciadamente, no sabemos durante cuánto tiempo ocupó el trono Seti I. El año de reinado más alto que conocemos de él es el undécimo, pero es posible que gobernara durante algunos años más. Hacia el final de su reinado —no sabemos exactamente cuándo— nombró corregente a su hijo y heredero, mientras éste todavía era «un niño en su abrazo». No obstante, todas las fuentes para esta corregencia datan del reinado de Ramsés II como rey único, de modo que puede estar exagerando su duración e importancia. Sin embargo, resulta significativo que Ramsés recibiera la realeza de este modo. Si bien no hay duda de que es hijo de Seti I, casi con seguridad nació durante el reinado de Horemheb, antes de que su abuelo ascendiera al trono y en un momento en que tanto Ramsés I como Seti I no eran más que oficiales de alto rango; un hecho que posteriormente el propio Ramsés enfatizó en vez de ocultar, del mismo modo que Horemheb había hecho en su Texto de la Coronación. A pesar de que su padre era rey cuando Ramsés II fue coronado corregente, su elección se asemeja a la de Horemheb. Parece evidente que la sucesión del príncipe heredero no estaba asegurada y tuvo que hacerse mientras su padre seguía vivo. Sólo después, cuando Ramsés II gobernaba en solitario, recurrió al viejo «mito del nacimiento del rey divino», que había legitimado a los soberanos de la XVIII Dinastía.

Muy al comienzo de este reinado, probablemente mientras todavía era corregente de su padre, Ramsés II participó en su primera campaña militar, un asunto menor destinado a sofocar una «rebelión» en Nubia. Los relieves de un pequeño templo excavado en la roca en Beit el Wali, que conmemoran el acontecimiento muestran al joven rey en compañía de dos de sus hijos: el príncipe heredero, Amunherwenemef, y el cuarto vástago de Ramsés, Khaemwaset, quienes pese a mostrarse orgullosos encima de sus carros, por esas fechas no debían de ser más que unos mocosos. Durante todo el Período Ramésida, los príncipes, herederos, que durante la XVIII Dinastía sólo ocasionalmente aparecen representados en las tumbas de sus profesores y niñeras, que no pertenecen a la familia real, aparecen de forma destacada en los monumentos reales de sus progenitores, quizá con la intención de enfatizar que la realeza de la nueva dinastía era completamente hereditaria de nuevo. Casi sin excepciones, cada príncipe heredero ramésida ostentó el título, honorífico o real, de «comandante en jefe del ejército», que vemos por primera vez en Horemheb, el fundador de la dinastía.

En su cuarto año de reinado, Ramsés organizó su primera gran campaña en Siria, como resultado de la cual Amurru regresó de nuevo al redil egipcio; pero no fue durante mucho tiempo, pues el rey hitita Muwatalli decidió de inmediato reconquistar Amurru e intentar impedir nuevas pérdidas territoriales ante los egipcios. El resultado fue que el año siguiente Ramsés volvió a dejar atrás la fortaleza fronteriza de Sile,

esta vez para enfrentarse directamente a su rival. La subsiguiente batalla de Qadesh es uno de los conflictos armados más famosos de la Antigüedad, quizá no tanto porque fuera distinta de otras batallas anteriores, sino porque Ramsés, a pesar del hecho de que fue incapaz de conseguir sus objetivos, la presentó en Egipto como una inmensa victoria descrita con detalle en largos textos, los cuales, en una campaña de propaganda de dimensiones inauditas, se grabaron en los muros de los principales templos.

En realidad, a Ramsés le habían hecho creer que el rey hitita estaba lejos, en el norte, en Tunip, demasiado asustado como para enfrentarse a los egipcios, cuando en realidad se encontraba mucho más cerca, al otro lado de Qadesh. Por lo tanto, Ramsés realizó un rápido avance hacia la ciudad con una sola de sus cuatro divisiones, viéndose obligado de repente a enfrentarse al inmenso ejército que el rey hitita había reunido contra él. Muwatalli destruyó primero la segunda división egipcia, que estaba a punto de reunirse con la primera, y luego se volvió para aplastar a Ramsés y sus tropas. En sus posteriores descripciones de la batalla, Ramsés narra que éste fue su momento de verdadera gloria, puesto que cuando su séquito inmediato estaba a punto de abandonarlo, llamó a su padre Amón para que lo salvara; entonces, casi sin ayuda, se las arregló para hacer retroceder a los atacantes hititas. Amón escuchó las plegarias del rey e hizo que, justo a tiempo, llegara una fuerza egipcia de apoyo desde la costa de Amurru. Los egipcios atacaron a los hititas por la retaguardia y, junto a la división de Ramsés, redujeron severamente el número de carros enemigos e hicieron que los restantes huyeran, terminando muchos de ellos en el río Orantes. Con la llegada de la tercera división, cuando el combate casi terminaba, seguida de la cuarta división a la puesta de sol, los egipcios pudieron reagrupar sus fuerzas y quedaron listos para enfrentarse al enemigo a la mañana siguiente. Sin embargo, a pesar de que los carros egipcios sobrepasaban en número a los hititas, el formidable ejército de Muwatalli fue capaz de no ceder terreno y la batalla terminó en tablas. Ramsés declinó una oferta de paz hitita, aunque se declaró una tregua. Los egipcios regresaron a casa con muchos prisioneros de guerra y botín, pero sin haber conseguido su objetivo. Durante los años siguientes los egipcios tuvieron otras confrontaciones bastante exitosas en Siria-Palestina, pero en todas las ocasiones, una vez retirados los ejércitos egipcios, los vasallos conquistados no tardaron en regresar al redil hitita y Egipto no volvió nunca a reconquistar Qadesh o Amurru.

En el año 16 del reinado de Ramsés, el hijo menor de Muwatalli, Urhi-teshub, que había sucedido a su padre como Mursili III, fue depuesto por su tío Hattusili III y, dos años después, tras varios intentos fallidos de recuperar el trono con ayuda primero de los babilonios y luego de los asirios terminó huyendo a Egipto. Hattusili de inmediato exigió su extradición, que le fue negada, de modo que el rey hitita estuvo dispuesto a organizar una nueva guerra contra Egipto. No obstante, mientras esto sucedía, los

asirios habían conquistado Hanigalbat, un antiguo Estado vasallo que recientemente había abandonado a los hititas, y ahora amenazaban Carquemish y el propio Imperio hitita. Enfrentado a esta amenazante situación, Hattusili no tuvo más elección que abrir negociaciones de paz con los egipcios, lo que finalmente llevó a la firma de un tratado formal en el año de reinado 21. Aunque los egipcios sufrieron la pérdida de Qadesh y Amurru, la paz trajo una nueva estabilidad en el frente norte y, con las fronteras abiertas al Eufrates, el mar Negro y el Egeo oriental, el comercio internacional no tardó en florecer como no lo había hecho desde los tiempos de Amenhotep III. También significó que Ramsés III podía concentrarse ahora en la frontera occidental, que se encontraba bajo la constante presión de los invasores libios, sobre todo en los límites del delta, donde Ramsés construyó una serie de fortificaciones. En el año 34, la relación con los hititas se vio reforzada mediante el matrimonio de Ramsés y una hija de Hattusili, que fue recibida con mucha pompa y circunstancia y a la cual se le dio el nombre de Neferura-quien-contempla-a-Horus (es decir, al rey).

La princesa hitita sólo fue una de las siete que consiguieron la categoría de «gran esposa real» durante el muy largo reinado de sesenta y siete años de Ramsés II. Cuando se convirtió en corregente de su padre, éste le obsequió con un harén lleno de bellas mujeres, y además tenía dos esposas principales: Nefertari e Isetnefret, quienes le dieron varios hijos de ambos sexos. Nefertari fue «gran esposa real» hasta su muerte, aproximadamente en el año 25, cuando el título pasó a Isetnefret, que parece haber muerto no mucho después de la llegada de la princesa hitita. Cuatro hijas de Ramsés también ostentaron el título: Bintanat, Merytamon, Nebettaway y Henutmira, que durante mucho tiempo se creyó que era su hermana. Estas son las más encumbradas de las hijas del rey, de las cuales al menos hubo cuarenta, además de unos cuarenta y cinco hijos. Muchos de ellos aparecen en largas procesiones en los muros de los templos construidos por su padre, que sobreviviría a varios de ellos. Fueron enterrados uno tras otro en una gigantesca tumba en el Valle de los Reyes (KV 45) que se ha descubierto recientemente. Se asemeja a las cámaras subterráneas que Ramsés comenzó a construir en Sakkara para el enterramiento de los toros sagrados Apis del dios Ptah, que hasta entonces eran colocados en tumbas separadas.

Durante sus largos años en el trono, Ramsés II llevó a cabo un vasto programa constructivo. Comenzó añadiéndole un gran patio con peristilo y un pilono al templo de Amón en Luxor, construido por Amenhotep III y completado por los últimos reyes de la XVIII Dinastía. El patio se planeó con un curioso ángulo respecto al resto del templo, presumiblemente para crear una línea recta cruzando el río hasta el templo mortuorio del rey, el Rameseo, del mismo modo que su padre había hecho con la Gran Sala Hipóstila de Karnak y su templo de Abd el Qurna, en la orilla occidental de Tebas. Ramsés también construyó un templo para Osiris en Abydos, más pequeño

que el de su padre, pero igual de bonito. Durante el resto de su reinado, poco a poco llenó el país con sus templos y estatuas, muchos de los cuales usurpó a soberanos anteriores; apenas hay un lugar de Egipto donde sus cartuchos no aparezcan en los monumentos. Especial impresión causan sus ocho templos excavados en los acantilados de la Baja Nubia (incluidos los dos de Abu Simbel), la mayor parte de los cuales los construyeron trabajadores reunidos de entre los poblados de las inmediaciones, como se sabe que es el caso del de Wadi el Sebua, construido para el rey por Setau, el virrey de Nubia, tras una incursión en el año 44.

De entre los cientos de estatuas de divinidades y reyes que usurpó Ramsés, las erigidas por Amenhotep III, el último rey antes del Período Amárnico, le gustaron especialmente; así como las de los reyes de la XII Dinastía, los grandes soberanos del período clásico de la historia de Egipto que tras la radical ruptura con la tradición que supuso el Período de Amarna sirvió como modelo para el Reino Nuevo en plena creación. Su preocupación por el gran pasado egipcio es también evidente en un renovado interés por los escritores clásicos de los Reinos Antiguo y Medio, sobre todo las «enseñanzas» o «instrucciones» de antiguos sabios como Ptahhotep o Kagemni, y descripciones del caos como las de Neferti e Ipuwer. Quizá porque los escribas ramésidas sintieron que estos antiguos trabajos no podían ser igualados y menos aún sobrepasados, la literatura contemporánea, como la poesía amorosa, los cuentos populares y las historias míticas que procedían de la tradición oral, se escribió no en egipcio clásico, sino en la lengua moderna, que Akhenaton fue el primero en utilizar en las inscripciones monumentales.

Ramsés II también fue el rey que amplió la ciudad de Avaris y la convirtió en su gran Residencia del delta, llamada Piramsés («casa de Ramsés»), la Ramsés de la tradición bíblica. Su emplazamiento exacto se ha debatido durante mucho tiempo, pero finalmente ha quedado establecido sin ninguna duda que ha de identificarse con los extensos restos de Tell el Daba y Qantir, en el delta oriental. La ciudad estaba estratégicamente situada cerca del camino que conducía a la fortaleza fronteriza de Sile y las provincias de Palestina y Siria, además de a la rama pelusiaca del Nilo; no tardó en convertirse en el centro comercial y base militar más importante del país. La influencia asiática siempre había sido fuerte en la zona, pero ahora muchas divinidades como Baal, Reshep, Hauron,Anat y Astarté, por mencionar sólo unas pocas, eran adoradas en Piramsés. En la ciudad vivían muchos extranjeros, algunos de los cuales terminaron por convertirse en funcionarios de alto rango. Un cargo que era ocupado más a menudo por extranjeros que por egipcios era el de «copero real», una importante posición ejecutiva fuera de la jerarquía burocrática normal, cuyo titular recibía a menudo encargos especiales por parte del soberano. Como resultado del tratado de paz con los hititas, artesanos especializados enviados por el antiguo enemigo trabajaron en los talleres de armas de Piramsés para enseñar a los egipcios lo

último de su tecnología armamentística, incluida la manufactura de los muy solicitados escudos hititas. De hecho, por estas fechas el ejército egipcio contaba en sus filas con grandes cantidades de extranjeros que habían llegado a Egipto como prisioneros de guerra y subsiguientemente habían sido incorporados a las fuerzas de combate del país.

Muchos de los altos funcionarios de Ramsés vivían y trabajaban en Piramsés, pero a la mayoría se les enterró en otros lugares, sobre todo en la necrópolis de Menfis. Hasta el momento se han descubierto en esta necrópolis treinta y cinco tumbas del Período Ramésida, algunas muy grandes. Estas tumbas siguen teniendo forma de templo egipcio, pero, comparadas con las tumbas de finales de la XVIII Dinastía, su calidad ha disminuido. Las tumbas de la dinastía anterior tienen los muros construidos con sólida manpostería de ladrillos de adobe, revestida de caliza en las caras interiores; pero ahora los muros son una doble fila de ortostatos de caliza con el espacio entre ellos relleno de cascotes, la misma técnica utilizada para sus pirámides y pilónos. Además, la calidad de la propia caliza no siempre era muy buena y, en vez de ajustar con cuidado los bloques unos con otros, para rellenar los huecos que quedaban entre ellos se utilizaba una generosa cantidad de enlucido. Tampoco los relieves tallados se pueden comparar con los de las tumbas más antiguas del cementerio. Este declive generalizado en la calidad del trabajo se puede observar en todo el país, incluso en los propios templos del rey; de las dos técnicas principales de escultura de relieve, el altorrelieve, que es superior, pero más cara y consume más tiempo, prácticamente desapareció tras los primeros años del reinado en favor del común hueco relieve. En líneas generales, los monumentos de Ramsés impresionan más por su tamaño y cantidad que por su calidad y perfección.

Ramsés II fue el primer rey desde Amenhotep III en celebrar más de una fiesta *Sed*. La primera tuvo lugar en el año 30 y a ésta le siguieron otras trece, al principio a intervalos más o menos regulares de unos tres años y, posteriormente, hacia el final de su larga vida, de forma anual. Amenhotep III fue deificado durante sus tres jubileos; pero en este aspecto Ramsés tuvo menos paciencia que su gran predecesor, pues ya en su octavo año de reinado sabemos de la escultura de una estatua colosal llamada «Ramsés-el-dios». Se erigieron estatuas colosales del rey con nombres similares delante de los pilonos y puertas de entrada de todos los grandes templos y recibían culto regular, además de ser objeto de adoración pública por parte de los habitantes de las ciudades en las que se encontraban. Dentro de los templos, Ramsés-el-dios tenía su propia imagen de culto y su barca procesional, junto a las demás deidades a los que estaban dedicados; en los relieves, Ramsés II aparece a menudo presentando ofrendas a su propio yo deificado.

De entre los muchos hijos del rey que ocuparon puestos importantes hay que destacar al segundo hijo de la reina Isetnefret, Khaemwaset. Era «gran sacerdote de

Ptah» en Menfis y consiguió una reputación de sabio y mago que sobreviviría hasta la época romana. Ningún otro hijo de Ramsés II dejó tantos monumentos, muchos de ellos inscritos con textos eruditos y en ocasiones arcaicos. Si bien, como hemos visto, el reinado de Ramsés II vio un marcado renacer de las tradiciones clásicas, Khaemwaset mantuvo un claro interés en el glorioso pasado egipcio, pues también restauró varias pirámides de faraones del Reino Antiguo en la necrópolis de Sakkara y en algunos de sus propios monumentos intentó copiar el estilo de los relieves de las tumbas de ese mismo período. Como «gran sacerdote de Ptah», una de las tareas de Khaemwaset era supervisar el enterramiento del sagrado toro Apis y la primera galería (en vez de las tumbas individuales) del Serapeo se la debemos a él. También viajó a lo largo del país para anunciar las cinco primeras fiestas *Sed* de su padre, que tradicionalmente se proclamaban desde Menfis. En el año 52 del reinado de su padre, Khaemwaset era el más mayor de sus hijos vivos y, por lo tanto, se convirtió en el príncipe heredero; pero por esas fechas debía de tener unos sesenta años y murió unos pocos años después, en torno al año 55 de reinado. Casi con seguridad fue enterrado en la necrópolis menfita y no en la principesca tumba galería del Valle de los Reyes (KV 5), pero nadie sabe si realmente fue enterrado en el Serapeo, como muchos piensan.

Tras la muerte de Khaemwaset, Ramsés II vivió otros doce años, hasta que finalmente murió en su sexagésimo séptimo año de reinado, el más largo desde Pepi II (2321-2287 a.C.), en la VI Dinastía. Durante los últimos años de su reinado se había convertido en una leyenda viva y resulta evidente que fue muy admirado (y envidiado) por sus sucesores. Su memoria continuaría viva en tradiciones posteriores, tanto con su propio nombre como con el de Senusret, en realidad el nombre de varios reyes del Reino Medio cuyos monumentos había usurpado con avidez. Sus doce hijos mayores murieron antes que él y fue Merenptah (1213-1203 a.C.), el cuarto hijo de Isisnefret y príncipe heredero desde la muerte de Khaemwaset, quien finalmente le sucedió.

Los sucesores de Ramsés II

Durante los primeros años de su reinado, Merenptah, que debía de tener una edad bastante avanzada por entonces, envió varias expediciones militares al extranjero, no sólo a Nubia, sino también a Palestina, donde sofocó a los vasallos rebeldes de Ascalón, Gezer y Yenoam. La Estela de la Victoria, que recoge estos triunfos, también muestra la primera referencia en las fuentes egipcias a Israel, si bien no como país o ciudad, sino como una tribu. El principal acontecimiento del reinado de Merenptah tuvo lugar en su año 5 y es del que se ocupa la estela: una campaña contra los libios. Estos habían sido un problema ya durante el reinado de su padre y su abuelo, pero las fortalezas que Ramsés II había construido en las fronteras occidentales del delta no pudieron evitar la invasión de una gigantesca coalición de libios y otras tribus dirigidas por su rey, Mereye.

En las décadas previas se había producido una gran migración en el mundo egeo y jónico, originada probablemente por una hambruna generalizada debida a un fracaso global de las cosechas. De hecho, según una larga inscripción en Karnak (entre el Séptimo Pilono y la parte central del templo), Merenptah había enviado grano a los hambrientos hititas, todavía aliados de Egipto en el este. Muchos centros importantes de la Grecia micénica habían sido violentamente destruidos y los extremos orientales del Imperio hitita habían comenzado a hundirse. Estos «pueblos del mar», como no tardarían en ser conocidos en Egipto, también llegaron a las costas del norte de África, entre la Cirenaica y Mersa Matruth, que a finales del Bronce Medio era ocupada de forma estacional por navegantes extranjeros llegados al delta egipcio desde Chipre vía Creta. En esta zona, los «pueblos del mar» se unieron a las tribus libias y, con una fuerza de unos 16.000 hombres, marcharon sobre Egipto; como llevaron consigo a sus mujeres y niños, así como su ganado y sus otras posesiones, es evidente que estaban planeando asentarse en Egipto. De hecho, ya habían penetrado en el delta occidental y estaban marchando hacia el sur, amenazando Menfis y Heliópolis, cuando Merenptah se enfrentó a ellos y, en una batalla que duró seis horas, consiguió derrotarlos. Los libios estaban destinados a fallar en esta ocasión porque, como dice Merenptah en su Estela de la Victoria, su rey Mereye había sido encontrado «culpable de sus crímenes» por el divino tribunal de Heliópolis, y el dios Amón, que lo presidía, le había entregado personalmente la espada de la victoria a su hijo Merenptah, convirtiendo la batalla nada menos que en una «guerra santa». Miles de enemigos murieron, pero un gran número de ellos fueron capturados y asentados en colonias militares, sobre todo en el delta, donde sus descendientes se convertirían en un factor político cada vez más importante (véase el capítulo 12).

El resto del reinado de Merenptah seguramente fue pacífico y el rey lo aprovechó

para construir al menos dos templos y un palacio en Menfis. No obstante, se debió de dar cuenta de que no tenía muchos años por delante, pues su templo mortuorio en la orilla occidental de Tebas está construido casi exclusivamente con bloques tomados de estructuras anteriores, sobre todo los cercanos templos de Amenhotep III. Murió en su noveno año de reinado. Tras su fallecimiento hubo problemas sucesorios, puesto que si bien el siguiente rey, Seti II (1200-1194 a.C.), era casi con seguridad el hijo mayor de Merenptah, durante varios años reinó en Egipto un soberano rival, Amenmessu, al menos en el sur del país. Cuándo sucedió esto exactamente sigue siendo objeto de mucha controversia; se ha sugerido que Amenmessu fue capaz de deponer a Seti II durante algún tiempo entre los años 3 y 5 del reinado de éste, pero otros sitúan los problemas al comienzo del reinado. Cualquiera que sea la verdad, Seti II borró y usurpó sin piedad todos los cartuchos de Amenmessu y los textos posteriores se refieren al soberano rival como «el enemigo».

Cuando Seti II murió, tras un reinado de casi seis años completos, le sucedió su único hijo, Saptah (1914-1188 a.C.). No obstante, Saptah no era hijo de la esposa principal de Seti. Tausret (1188-1186 a.C.), sino que había nacido de una concubina siria llamada Sutailja. Pero lo que es más importante, no era más que un niño con una pierna atrofiada por la poliomielitis; por lo tanto, su madrastra Tausret siguió siendo la «gran esposa real» y actuó como regente. No obstante, no era el único poder en la sombra, pues un poderoso funcionario llamado Bay, sirio y descrito como el «canciller de toda la tierra», parece que fue el verdadero gobernante del país por estas fechas. Aparece representado varias veces junto a Saptah y Tausret, y en diversas inscripciones incluso afirma que fue él quien «sentó al rey en el trono de su padre», una frase extraordinaria normalmente reservada a los dioses. Cuando Saptah murió en su sexto año de reinado, Tausret pasó a gobernar en solitario durante otros dos años, sin duda con el apoyo de Bay. Tras Hatshepsut y Nefertiti, era la tercera reina del Reino Nuevo en gobernar como faraón. Con ella terminó la XIX Dinastía.

Ramsés III y la XX Dinastía

No está muy claro cómo consiguió el poder la siguiente dinastía. Los únicos indicios sobre los acontecimientos políticos de esta época proceden de una estela erigida en la isla de Elefantina por su primer soberano, Sethnakht (1186-1184 a.C.), y de una narración escrita en el Gran Papiro Harris, de comienzos del reinado de Ramsés IV (1153-1147 a.C.), unos treinta años después. En la estela, Sethnakht relata cómo expulsó a los rebeldes, que en su huida dejaron atrás el oro, la plata y el cobre que habían robado en Egipto y con el que habían pretendido reunir refuerzos entre los asiáticos. El papiro describe cómo por causa de unas fuerzas «del exterior» había estallado en Egipto un estado de desorden y caos; tras varios años durante los cuales no hubo soberano, un sirio llamado Irsu (un nombre ad hoc que significa «aquél que se hizo a sí mismo», es decir, un arribista) consiguió el poder y sus confederados saquearon el país; trataron a los dioses como a personas ordinarias y dejaron de hacer sacrificios en los templos, una descripción que se parece a la que se da del Período Amárnico en los años de la Restauración. Entonces los dioses escogieron a Sethnakht para ser el siguiente soberano, del mismo modo que habían hecho con Horemheb al final de la XVIII Dinastía, y él restableció el orden.

A partir de estos textos quizá es posible reconstruir los acontecimientos como sigue: tras la muerte de Tausret, Bay intentó hacerse con el poder, consiguiéndolo durante un corto período de tiempo, hasta que finalmente fue expulsado del trono por Sethnakht. La estela de Elefantina no está fechada en el año primero de su reinado, como uno podría esperar de una estela de la victoria, sino en el año 2; además, la fecha no aparece al principio de la estela, como es tradicional, sino hacia el final. Se ha sugerido, por lo tanto, que se refiere a la fecha de la victoria de Sethnakht, siendo al mismo tiempo la verdadera fecha de su ascenso al trono, tras haber contado hacia atrás el tiempo que tardó en derrotar a sus adversarios y considerándolo su primer año. Pudiendo esto ser cierto, no disfrutó de su recién ganada realeza durante mucho tiempo, pues murió poco después, siendo sucedido por Ramsés III (1184-1153 a.C.).

Si bien el nuevo rey heredó la paz y estabilidad de su padre, no tardó en tener sus propios problemas. En el año 5 tuvo que derrotar con las armas nuevos avances de las tribus libias, que se habían aprovechado de la época de crisis interna para penetrar en el delta occidental hasta alcanzar la rama principal del Nilo. Por entonces los egipcios parecen haber aceptado como inevitable esta inmigración pacífica, pero cuando estalló una revuelta contra el faraón como resultado de la interferencia de éste en la sucesión de su «rey», Ramsés respondió con rapidez y los devolvió al redil egipcio. Una nueva campaña libia tuvo lugar en el año 11. Un desafío mucho mayor supuso la gran batalla contra los «pueblos del mar», en el año 8.

Desde los días de Merenptah, cuando por primera vez algunos de los «pueblos del

mar» intentaron penetrar en Egipto desde el este, sus movimientos habían trastocado por completo el Mediterráneo oriental. Habían destruido la capital hitita, Hattusas, y barrido su imperio; habían conquistado Tarso y muchos de ellos se habían asentado en las llanuras de Cilicia y Siria del norte, arrasando hasta sus cimientos Alalakh y Ugarit. Chipre también había sido aplastada y su capital, Enkomi, saqueada. No obstante, era evidente que su objetivo final era Egipto y en el año 8 de Ramsés III lanzaron un ataque combinado por tierra y por mar; pero los egipcios eran conscientes del inminente peligro y habían trasladado una gran fuerza defensiva hasta Djahy (sur de Palestina, quizá las guarniciones egipcias en la franja de Gaza) y las desembocaduras fortificadas de las ramas del Nilo en el delta. Cuando finalmente se produjo el asalto, las tropas de Ramsés III estaban bien preparadas y fueron capaces de hacer retroceder a los invasores. Si bien los «pueblos del mar» cambiaron el mundo del Mediterráneo oriental, nunca consiguieron conquistar Egipto y, a primera vista, su presencia en Siria-Palestina no parece haber afectado el dominio egipcio sobre sus territorios septentrionales.

Ramsés III gastó mucho tiempo y energía en sus proyectos constructivos. El más importante es su gran templo mortuorio en Medinet Habu, comenzado poco después de su ascenso al trono y terminado en el año 12 de su reinado; todavía hoy se alza como uno de los templos mejor conservados del Reino Nuevo (la decoración de sus muros exteriores incluye escenas de la batalla contra los «pueblos del mar»). Seguía de cerca el modelo de su gran predecesor, Ramsés II, al cual Ramsés III intentó emular de otros muchos modos; sus propia titulatura real era casi idéntica a la de Ramsés II e incluso le puso a sus hijos los nombres de los numerosos vástagos de aquél. La construcción de Medinet Habu y otros proyectos, incluida la ampliación de Piramsés, no parecen haberse visto dificultados por las distintas amenazas existentes sobre las fronteras egipcias. También tenemos noticias de una gran expedición al Punt, quizá la primera desde la famosa empresa hacia esas lejanas tierras organizada en época de Hatshepsut, y de otra a Atika, quizá a las minas de cobre de Timna.

No obstante, no todo marchaba bien en Egipto. El turbulento período que precedió al ascenso de Ramsés III al trono había generado corrupción y diversos abusos, por lo que se vio obligado a inspeccionar y reorganizar los diferentes templos repartidos por el país. El Gran Papiro Harris enumera inmensas donaciones de tierra realizadas a los templos más importantes de Tebas, Menfis y Heliópolis y, en menor grado, a otras muchas instituciones de menor tamaño. A finales de este reinado, un tercio de la tierra cultivable era poseída por los templos y, de ésta, tres cuartos pertenecían al templo de Amón de Tebas. Esto modificó el equilibrio entre el templo y el Estado y entre el rey y el más poderoso que nunca sacerdocio de Amón. El resultado fue una pérdida generalizada de control sobre las finanzas del Estado y el estallido de una crisis económica; los precios del grano se dispararon y las raciones

mensuales de los trabajadores de Deir el Medina, que eran pagadas por el Tesoro del Estado, no tardaron en sufrir retrasos, lo que originó en el año 29 la primera huelga de la historia. Las cosas empeoraron debido a las repetidas incursiones de grupos de nómadas libios en la zona de Tebas, que crearon un sentido generalizado de inseguridad.

Esta ruptura gradual del Estado centralizado puede muy bien haber sido una de las razones que se esconden tras el intento de acabar con la vida de Ramsés III o, en caso de no serlo, el malestar y la inseguridad generalizadas pueden como mínimo haber dado a los conspiradores la idea de que podían contar con un gran apoyo si tenían éxito. La conjura se organizó en el harén del rey, probablemente en Piramsés, donde uno de los funcionarios implicados, el escriba del harén, Pairy, tenía una casa. Era uno de los varios funcionarios de la institución que formaban parte de la conjura; los líderes del complot eran una de las esposas de Ramsés llamada Tiy y algunas otras mujeres del harén, así como varios coperas reales y un mayordomo. Todos ellos estaban «agitando a la gente e incitando al enemigo para que se rebelara contra su señor». El objetivo final era sentar en el trono al hijo de Tiy, Pentaweret, en vez de al heredero legítimo del rey. Aparentemente, el plan era asesinar a Ramsés durante la fiesta anual de Opet en Tebas, pero en los preparativos también se utilizaron conjuros mágicos y figurillas de cera, que fueron introducidas a escondidas dentro del harén. No obstante, la conjura debió de fracasar, porque la momia del rey no muestra signos de muerte violenta y fue su príncipe heredero, Ramsés IV, y no Pentaweret, quien le sucedió. Desconocemos por completo las fechas del acontecimiento, pero los documentos del juicio y las sentencias dictadas contra «los grandes criminales» (la mayoría de ellos fueron obligados a suicidarse) se pusieron por escrito a comienzos del reinado de Ramsés IV, que también compiló el Gran Papiro Harris, que presenta el «testamento» de su padre, lo cual sugiere que el intento de asesinato tuvo lugar hacia el final del trigésimo primer año de reinado de Ramsés.

Ramsés IV

El resto de reyes de la XX Dinastía se llamaron Ramsés, un nombre que adoptaron en el momento de su ascenso al trono, añadiéndolo a su nombre de nacimiento. Probablemente todos estuvieran emparentados con Ramsés III, si bien en algunos casos no sabemos exactamente cómo. Durante sus reinados Egipto perdió el control sobre sus territorios de Siria-Palestina, además de declinar con rapidez el interés por Nubia. Aparte del templo de Khonsu en Karnak, ninguno de los ramésidas construyó un templo importante, ni siquiera los que reinaron lo suficiente como para haberlo hecho. Ramsés IV era el quinto hijo de su padre y se había convertido en el príncipe heredero en torno al año 22 del reinado de su progenitor, después de que murieran sus cuatro hijos mayores. Los hijos de Ramsés III no fueron enterrados en una tumba galería en el Valle de los Reyes, como los de Ramsés II, sino en tumbas individuales en el Valle de las Reinas. A juzgar por el nombre de su madre, la gran consorte real de Ramsés III Isis-ta-Habadjilat, el nuevo rey tenía al menos parte de sangre extranjera corriendo por sus venas. Al comienzo de su reinado se embarcó en varios proyectos constructivos, sobre todo en su tumba real y en su templo mortuorio en Tebas, para los cuales duplicó la fuerza de trabajo en Deir el Medina, que alcanzó los 120 hombres. Probablemente en relación con estos proyectos organizó varias expediciones a las canteras de Wadi Hammamat, donde había tenido lugar poca actividad desde los días de Seti I, así como a las minas de turquesa y cobre del Sinaí y Timna. Ninguno de sus planes de construcción dio frutos, pues murió tras un reinado de cinco (quizá siete) años, antes de poder completarlos, a pesar de sus oraciones en una gran estela en Abydos donde le pide a Osiris que le garantice un reinado el doble de largo que los sesenta y siete años de Ramsés II.

Durante el reinado de Ramsés IV tuvieron lugar nuevos atrasos en la entrega de bienes básicos a Deir el Medina, al mismo tiempo que iba creciendo la influencia del «gran sacerdote de Amón». Ramsesnakht, titular del cargo, no tardó en acompañar a los funcionarios del Estado cuando fueron a pagar a los hombres sus raciones mensuales, lo cual nos indica que ahora el templo de Amón, no el Estado, era al menos parcialmente responsable de sus salarios. Los más altos cargos del Estado y del templo estaban de hecho en manos de los miembros de dos importantes familias. Usermaatranakht, hijo de Ramsesnakht, era «mayordomo de la heredad de Amón» y como tal administraba la tierra que poseía el templo; pero también la inmensa mayoría de la tierra poseída por el Estado en el Egipto Medio. Todos los titulares de los cargos de «segundo y tercer sacerdote» y «padre del dios Amón» estaban emparentados por matrimonio con Ramsesnakht. Es un buen ejemplo de la marcada tendencia de estos elevados cargos, incluido el de «gran sacerdote», a convertirse en hereditarios; de hecho, Ramsesnakht fue sucedido por dos de sus hijos. El cargo se

fue volviendo más y más independiente, hasta que al final el rey sólo tuvo un control nominal sobre quién era nombrado gran sacerdote.

Los últimos reinados de la XX Dinastía

A Ramsés IV le sucedió su hijo, quien se convirtió en Ramsés V (1147-1143 a.C.) al ascender al trono. El principal acontecimiento que conocemos de su reinado fue un importante crimen y un escándalo de corrupción acontecido entre los sacerdotes de Elefantina, que en realidad tuvo lugar en tiempos de su padre; aunque también continuó con las actividades mineras de este último en Timna y el Sinaí. Después de cuatro años de reinado, Ramsés V murió joven a causa de la viruela.

El siguiente rey, Ramsés VI (1143-1136 a.C.), era un hijo joven de Ramsés III. Usurpó la tumba real y el templo mortuorio comenzados por su sobrino, cuyo enterramiento se vio retrasado hasta que se encontró una tumba alternativa para él, en el año 2 de reinado de Ramsés VI. Algunos especialistas han llegado a la conclusión de que la sucesión vino acompañada de un cierto desorden civil, sobre todo porque existen ciertas entradas en el diario de la necrópolis donde se dice que los trabajadores de Deir el Medina, cuyo número quedó reducido poco después a sesenta obreros, permanecieron en casa «por miedo al enemigo». No obstante, esto no parece muy probable, si bien el mero hecho de que la gran mayoría de los funcionarios conservaran sus cargos de un reinado al siguiente apenas es prueba de lo contrario, pues lo mismo había sucedido al final de la XVIII y XIX Dinastías, cuando ciertamente sí hubo problemas. Es probable que el «enemigo» mencionado en el diario sea un grupo de libios que continuaban siendo un problema en la zona. Ramsés VI reinó durante siete años y es el último faraón cuyo nombre encontramos en el Sinaí. Durante el remado de siete años de Ramsés VII (1136-1129 a.C.) los precios del grano alcanzaron su nivel más alto, tras lo cual volvieron a descender de forma gradual. Es probable que su sucesor, Ramsés VIII, fuera otro de los hijos de Ramsés III, lo que podría explicar la brevedad de su reinado.

Se desconoce cuál era el origen familiar de los tres últimos soberanos ramésidas. Los aproximadamente dieciocho años de Ramsés IX (1126-1108 a.C.) estuvieron marcados por una creciente inestabilidad. En los años de reinado 8-15 escuchamos con regularidad que nómadas libios perturbaron la paz en Tebas, donde también volvió a haber huelgas. No resulta sorprendente, por lo tanto, que durante este reinado se produjera la primera oleada de robos de tumbas, conocida por una serie de papiros que recogen los juicios de los ladrones detenidos. No obstante, las tumbas del Valle de los Reyes no se vieron implicadas; de hecho, sólo se robó en uno de los enterramientos reales de la XVII Dinastía en Dra Abu el Naga y en varias tumbas privadas; aunque también se investigaron varios robos en los templos. Al comienzo del reinado, Ramsesnakht (el gran sacerdote de Amón mencionado anteriormente) había muerto; fue sucedido en el cargo primero por su hijo Nesamón y luego por el hermano de éste, Amenhotep. En dos relieves de Karnak, Amenhotep se hizo

representar a la misma escala que Ramsés IX, un claro indicio de la virtual igualdad que parece haber existido entonces entre el rey y el «gran sacerdote de

Amón». Una de las escenas conmemora un acontecimiento del año 10, cuando Ramsés recompensó a Amenhotep por sus servicios al rey y al país con el tradicional «oro del honor». Los abundantes regalos que le fueron entregados entonces debieron de ser impresionantes, pero sus cantidades son un claro indicio del estado de la economía o, al menos, de la riqueza del rey. Entre los regalos había dos *hin* de un costoso ungüento, cuando doscientos años antes, durante el reinado de Horemheb, uno de los subordinados de Maya, un simple «escriba del tesoro», había contribuido al ajuar funerario de su señor con cuatro *hin* del mismo ungüento.

Casi nada se conoce del reinado de Ramsés X, que parece haber durado nueve años. En cambio, Ramsés XI (1099-1069 a.C.) gobernó durante treinta años; si bien durante los últimos diez años su poder quedó virtualmente reducido al Bajo Egipto (es decir, el delta). Durante su mandato se agravó la crisis que en las décadas previas había sufrido Tebas: problemas constantes con grupos de libios que impedían a los obreros de la orilla oeste ir a trabajar, hambrunas (el año «de las hienas»), más saqueos de tumbas, robos en templos y palacios, e incluso una guerra civil. En un momento dado, antes o durante el año 12, el «virrey de Nubia» Panhesy apareció en Tebas con tropas nubias para restaurar la ley y el orden, quizá a petición del propio Ramsés XI. Para poder alimentar a sus hombres en una ciudad que estaba sufriendo problemas económicos, se le otorgó, o quizá usurpó, el cargo de «supervisor de los graneros». Esto seguramente lo enfrentó con Amenhotep, gran sacerdote de Amón, cuyo templo poseía la mayor parte de las tierras y su producción. El conflicto no tardó en enconarse y, de hecho, durante un período de ocho o nueve meses (en algún momento entre los años 17 y 19) Panhesy y sus tropas estuvieron asediando al gran sacerdote en Medinet Habu. Entonces Amenhotep recurrió a Ramsés XI en busca de ayuda y el resultado fue una guerra civil. Panhesy marchó hacia el norte, llegando al menos hasta Hardai, en el Egipto Medio, ciudad que saqueó, pero seguramente continuó mucho más allá, hasta que, finalmente, las tropas del rey, que casi con seguridad estaban dirigidas por un general llamado Piankh, hicieron que retrocediera. Finalmente, Panhesy tuvo que retirarse a Nubia, donde los problemas continuaron durante muchos años y donde terminó siendo enterrado.

En Tebas, el general Piankh se apoderó de los títulos de Panhesy, además de llamarse a sí mismo visir, y, tras la muerte de Amenhotep, que quizá no sobreviviera al asalto de Panhesy, se convirtió también en «gran sacerdote de Amón», reuniendo así los tres principales cargos del Estado en su persona. Con el golpe de Estado militar de Piankh comienza el período del *wehem mesut*, el «renacimiento», una expresión que también fue utilizada por los primeros reyes de la XII y la XIX Dinastías para indicar que el país había «renacido» tras un período de caos. En la

zona de Tebas los documentos se fechan en años del «renacimiento», en vez de en el cómputo normal del rey. Los años 1 a 10 del «renacimiento», son idénticos a los años 19 a 28 de Ramsés XI. Tras la muerte de Piankh, quien tras el fallecimiento de Ramsés XI había asumido títulos reales, su yerno Herihor se apoderó de todas sus funciones. En el norte del país, Esmendes (1069-1043 a.C.) accedió al trono y con estos dos personajes comienza la XXI Dinastía.

Tras Ramsés III, los egipcios perdieron al fin sus provincias en Palestina y Siria, que tras la invasión de los «pueblos del mar» y la desaparición del Imperio hitita se habían dividido en varios Estados pequeños. Los problemas en el norte empeoraron con la gradual colmatación del puerto de Piramsés, debida a la lenta pero inexorable desviación hacia el este de la rama pelusiaca del Nilo. Los reyes de la XX Dinastía tampoco tuvieron ni el poder ni los recursos para organizar grandes expediciones a las minas de oro de Nubia. Hacia el final de la dinastía, el tesoro del templo de Amón envió algunas expediciones a pequeña escala al Desierto Oriental en busca de oro y minerales, pero las cantidades con las que regresaron fueron reducidas. Durante los años del «renacimiento», Piankh y sus sucesores, ayudados por los descendientes de los trabajadores de Deir el Medina, que ahora vivían en Medinet Habu, comenzaron a explotar una fuente de oro y piedras preciosas completamente diferente: las tumbas del Valle de los Reyes, excavadas y decoradas por sus padres y abuelos, así como otras muchas tumbas, tanto reales como de particulares, de la necrópolis tebana. Durante todo el siglo siguiente y más, las tumbas fueron desprovistas poco a poco de su oro y otros productos valiosos; al final terminaron despojadas de todo e incluso las momias de los grandes faraones del Reino Nuevo fueron desvendadas y desposeídas de sus preciosos amuletos y demás objetos, volviéndose a enterrar todas juntas en una tumba anónima del acantilado tebano. Por una extraña ironía del destino, sólo dos momias reales escaparon a esta suerte: la de Tutankhamon (KV 62) y la de su padre, Akhenaton, el «enemigo de Akhetaton» (KV 55).

Las repercusiones históricas y sociales de los Períodos Amárnico y Ramésida

Es indudable que los grandes reyes del Período Ramésida fueron unos soberanos inmensamente poderosos. Incluso el mismo Ramsés XI fue capaz de movilizar un ejército lo bastante fuerte como para derrotar a las tropas de su enemigo y hacerlas retroceder hasta Nubia.Y, sin embargo, también es innegable que en el transcurso de la XIX y la XX Dinastías el prestigio de la realeza se fue erosionando de forma gradual. Como ya hemos visto, los acontecimientos políticos y económicos, que condujeron a la ruptura del gobierno central y a la concentración de un poder cada vez mayor en manos de los grandes sacerdotes de Amón, contribuyeron mucho a este desgaste. Por otra parte, la propia evolución de la economía puede ser considerada el resultado, o como mínimo el síntoma, de un cambio mucho más fundamental. El origen de este cambio se encuentra de nuevo en el Período Amárnico.

Akhenaton había intentado rehacer la sociedad egipcia y fracasó en su empeño a pesar de que al principio contó con el apoyo del ejército. Lo peor de todo fue que, a ojos de todos excepto de la pequeña élite amárnica, en realidad había destrozado la sociedad egipcia.Ya hemos visto que, como reacción al modo en que Akhenaton había intentado monopolizar las creencias funerarias de sus súbditos, las costumbres funerarias postamárnicas reflejan una actitud completamente diferente hacia el rey. El monopolio de Akhenaton no se limitó a la vida en el más allá, también afectó profundamente a la vida sobre la tierra. Tradicionalmente, el acceso a la imagen de culto del dios en el templo estaba restringido al rey y al sacerdocio profesional que lo representaba. Para la gran mayoría de la población, el único medio de entrar en contacto con el dios de su ciudad natal, sin la intervención del Estado o de los funcionarios encargados del culto del templo, era durante las procesiones, que tenían lugar con regularidad con ocasión de las fiestas religiosas, cuando las imágenes de los dioses eran llevadas desde un templo hasta otro. Estas celebraciones, bastante frecuentes, eran días de fiesta y representaban un papel enormemente importante en la vida religiosa y social de la gente. La mayor parte de los egipcios tenía un fuerte vínculo emocional con su ciudad natal y su dios, el «dios de la ciudad», al cual eran leales de por vida. El dios de la ciudad también lo era de la necrópolis local, el «señor del enterramiento», que garantizaba «un enterramiento importante tras la vejez» a sus leales servidores.

Akhenaton no sólo había prohibido todos los dioses, excepto Atón, y abolido el culto diario en sus templos, sino que también había terminado con las fiestas y sus procesiones; al hacerlo había socavado la identidad social de sus súbditos. Había reclamado toda la devoción y lealtad para él mismo, de quien ahora dependía por completo la prosperidad del país y la felicidad de sus habitantes. Era el «dios de la

ciudad», no sólo de Akhetaton, sino de todo el país, y su recorrido diario en carro a lo largo del camino real en Amarna reemplazaba a las procesiones. Con anterioridad al Período Amárnico, durante la XVIII Dinastía se había producido una clara evolución tendente a una relación más personal entre las deidades y sus adoradores. Esto terminó abruptamente cuando Akhenaton proclamó un dios que sólo podía ser adorado por su hijo, el rey, al tiempo que toda la devoción individual y personal tenía que ser dirigida hacia el propio soberano. Esta usurpación real de la piedad personal comprometió seriamente la credibilidad del dogma de la realeza divina.

En el período posterior a Amarna, el equilibrio de poder entre el dios y el rey sufrió un cambio dramático: el rey perdió la posición central que había ocupado en la vida de sus súbditos, mientras que el dios adquirió muchos de los aspectos tradicionales de la realeza. En la teocracia representativa tradicional, los dioses encarnaban el orden cósmico tal cual había sido creado al comienzo del tiempo, mientras que el rey, como su intermediario, representaba a los dioses sobre la tierra, manteniendo el orden cósmico mediante los rituales del templo y poniendo en práctica su voluntad mediante el hecho de reinar. Sólo en raras ocasiones se revelaban los dioses directamente y, cuando lo hacían, lo hacían ante el rey.

Tras el Período Amárnico, el problema de la unidad y la pluralidad de los dioses, que Akhenaton había intentado resolver negando la existencia de todas las divinidades excepto una, fue resuelto de un modo distinto: Amón-Ra se convirtió en un dios universal y trascendente, que existía lejano, independiente de su creación; los otros dioses eran aspectos suyos, sus manifestaciones inmanentes. Esta situación queda expresada con elegancia en una colección de himnos a Amón (preservada en un papiro actualmente en Leiden), según la cual Amón «comenzó a manifestarse cuando nada existía; sin embargo, el mundo no estaba vacío de él al principio». Este dios universal era ahora el verdadero rey y, si bien los títulos tradicionales del faraón no cambiaron —estaban enraizados en la mitología y expresaban su divinidad—, en realidad se había vuelto más humano que nunca antes en la historia de Egipto. El hecho de que Ay, Horemheb, Ramsés I e incluso Seti I fueran todos plebeyos antes de sentarse en el trono puede haber tenido algo que ver en la velocidad con la que tuvo lugar el cambio. La teocracia representativa se había convertido en una teocracia directa: el rey había dejado de ser el representante de los dioses sobre la tierra que llevaba a cabo su voluntad; ahora el dios se revelaba de forma directa a cada ser humano e intervenía directamente, tanto en los acontecimientos de la vida diaria como en el curso de la historia.

El nuevo dios trascendente se convirtió en un dios personal, cuya voluntad determinaba el destino del país y de las personas. En los textos esto se expresa salvando la distancia que separa estar lejos y, al mismo tiempo, cerca: «Lejos, es como uno que ve, cerca es como uno que escucha». Amón-Ra miraba a sus

adoradores desde lejos, pero al mismo tiempo estaba cerca, porque escuchaba sus oraciones y se revelaba a ellos mediante manifestaciones de su voluntad, por medio de su intervención divina.

Esta forma nueva de experiencia religiosa, llamada generalmente «piedad personal», es muy característica del Período Ramésida, si bien sus comienzos, suprimidos por Akhenaton, se remontan a mediados de la XVIII Dinastía. Los salmos penitenciales, inscritos sobre ostraca y estelas votivas por miembros alfabetizados de la población ordinaria, eran una forma en la que se expresaba esta piedad. Cuando un individuo había cometido un pecado, la intervención divina podía suponer un castigo divino, sobre todo si el pecado no había sido detectado ni castigado por los tribunales humanos. Estos himnos penitentes atribuían la enfermedad (a menudo la ceguera, si bien probablemente la palabra se utilizaba en sentido metafórico) a un pecado oculto, que una vez revelado por el texto de la estela votiva dejaba de ser secreto, lo cual permitía que el dios «regresara» a su adorador y le devolviera la «vista». No sólo los individuos podían pecar, sino también el país. En un texto de este tipo, inscrito a finales del Período Amárnico en la pared de una tumba tebana (TT 139), se ruega a Amón que regrese y en la Estela de la Restauración de Tutankhamon se dice que los dioses habían abandonado Egipto.

Otro tipo de estela votiva demuestra que también se pensaba que Dios era capaz de intervenir positivamente en la vida de su adorador; por ejemplo, salvándolo de un cocodrilo o haciendo que sobreviviera a la picadura de un escorpión o una serpiente. Muchos dioses recibían estelas u objetos especialmente fabricados como acción de gracias por haber salvado a sus adoradores. Incluso había un dios especial, llamado Shed, cuyo nombre significa «salvador» y que, probablemente no por casualidad, aparece por primera vez en Amarna, es posible que a pesar de la prohibición oficial. Algunas personas fueron incluso más allá y pusieron sus vidas en manos de su dios personal, hasta el punto de entregar todas sus posesiones a su templo.

Incluso el rey podía recurrir a este dios en sus horas de necesidad. Cuando todo parecía perdido y Ramsés II estaba a punto de ser capturado e incluso muerto en la batalla de Qadesh a manos de sus enemigos hititas, hizo un llamamiento al dios Amón, y la llegada de los refuerzos del rey en el momento crítico fue interpretada como una prueba de la intervención personal de la divinidad. Esto demuestra claramente que el rey ya no representaba al dios sobre la tierra, sino que estaba subordinado a él; al igual que el resto de los seres humanos estaba sometido a la voluntad del dios, incluso si en términos mitológicos tradicionales seguía siendo considerado como el faraón divino y en sus monumentos se siguiera enfatizando este aspecto. Como resulta evidente, la distancia entre el dogma teológico y la realidad diaria se había ensanchado de forma considerable.

Una vez que se hubo reconocido la voluntad del dios como el factor gobernante

de todo lo que sucedía, se hizo necesario conocer con antelación cuál era esa voluntad. Los oráculos, cuya consulta quizá comenzara durante el Reino Antiguo y estaba limitada al rey (durante la XVIII Dinastía fueron utilizados para buscar la aprobación del dios respecto a una ascensión al trono, un intercambio comercial importante o una expedición militar), comenzaron a ser utilizados durante la Epoca Ramésida para consultar al dios sobre todo tipo de cuestiones de la vida de los seres humanos. Los sacerdotes sacaban en procesión fuera del templo la imagen del dios sobre su barca portátil y se colocaba delante de él un trozo de papiro o un ostraca con una pregunta; entonces, el dios indicaba su aprobación o negación haciendo que los sacerdotes se movieran ligeramente hacia delante o hacia atrás o mediante algún otro movimiento de la barca.

Nombramientos, disputas sobre propiedades, acusaciones de crímenes y más tarde incluso personas que buscaban la tranquilidad de saber por boca de la deidad que alguien viviría en el más allá fueron sometidas a la voluntad del dios.

Todos estos cambios minimizaron aún más el papel del rey como representante del dios en la tierra; el soberano dejó de ser una divinidad y el propio dios se convirtió en soberano. Una vez que Amón fue reconocido como verdadero rey, el poder político de los soberanos terrenales pudo ser reducido al mínimo y transferido al sacerdocio de Amón. Las momias de los antepasados regios dejaron de ser consideradas antiguas encarnaciones del dios sobre la tierra, por lo que, con pocos escrúpulos, sus tumbas pudieron ser robadas y sus cuerpos desvendados.

11. EGIPTO Y EL MUNDO EXTERIOR

IAN SHAW

Desde el primer momento, las expediciones relacionadas con el comercio, la explotación de minas y la guerra pusieron a Egipto en repetido contacto con los extranjeros. Las regiones con las que Egipto gradualmente fue estableciendo lazos comerciales y políticos pueden ser agrupadas en tres zonas básicas: África (sobre todo Nubia, Libia y Punt), Asia (Siria-Palestina, Mesopotamia, Arabia y Anatolia) y el norte y este del Mediterráneo (Chipre, Creta, los «pueblos del mar» y los griegos).

Con el paso del tiempo, los vecinos africanos al sur de los egipcios incluyeron varios grupos étnicos diferentes en Nubia (sobre todo el Grupo A, el Grupo C, la civilización de Kerma, la cultura «pan-grave», el reino de Kush, la cultura Ballana y los blemmios) y Etiopía (las culturas preuxmitas y la civilización de Axum); mientras que al noreste, más allá de la península del Sinaí, encontraron muchas ciudades y poblados en las colinas y la llanura costera del Levante (y, más hacia el norte y el este, un cambiante mosaico de reinos e imperios en Anatolia y Mesopotamia). Hacia el oeste, en el Sahara, entraron en contacto con varios pueblos diferentes a los que ahora conocemos con el nombre genérico de «libios». Respecto a estos últimos, pocos son los documentos arqueológicos que han sobrevivido, si bien basándose en referencias textuales se suele considerar que eran nómadas o al menos dependían de formas de pastoreo para su supervivencia, y que sólo cuando se convirtieron en parte de la sociedad egipcia a finales del Reino Nuevo y el Tercer Período Intermedio pueden apreciarse o reconstruirse aspectos de su cultura.

La identidad racial y étnica de los egipcios

Existen varios modos de definir a los egipcios como un grupo racial y étnico característico; pero la cuestión de sus raíces y el sentido de su propia identidad ha provocado un considerable debate. Lingüísticamente pertenecen a la familia afroasiática (hamito-semita), pero esto no es sino otro modo de decir que, como implica su posición geográfica, su lengua posee algunas similitudes con lenguas contemporáneas tanto de África como de Oriente Próximo.

Los estudios antropológicos sugieren que la población predinástica incluía una mezcla de tipos raciales (negroide, mediterráneo y europeo), pero es precisamente la cuestión de los restos humanos de comienzos del Período Faraónico la que ha demostrado con los años ser la más controvertida. Si bien los restos antropológicos de esta época fueron interpretados antaño por Bryan Emery y otros como pruebas de una rápida conquista de gentes venidas del este, cuyos restos eran racialmente distintos de los de los egipcios, hoy día algunos especialistas sostienen que puede haber existido un período de cambio demográfico mucho más lento, en el que probablemente estuviera implicada una infiltración gradual a través del delta oriental de un tipo físico diferente procedente de Siria-Palestina.

La iconografía de las representaciones egipcias de los extranjeros sugiere que durante gran parte de su historia se vieron a sí mismos a medio camino entre los africanos negros y los asiáticos, más pálidos. No obstante, también está claro que un origen sirio-palestino o nubio no eran factores negativos en términos de categoría individual o perspectivas de ascenso profesional, sobre todo en el cosmopolita ambiente del Reino Nuevo, cuando los cultos religiosos y los avances técnicos asiáticos fueron ampliamente aceptados. De este modo, los rasgos evidentemente negroides del alto funcionario Maiherpri no le impidieron conseguir el privilegio especial de una tumba en el Valle de los Reyes en época de Tutmosis III (1479-1425 a.C.). Igualmente, un hombre llamado Aperel, cuyo nombre indica sus raíces próximo orientales, alcanzó el rango de visir (el cargo civil más importante, sólo por debajo del faraón) a finales de la XVIII Dinastía.

La iconografía de la guerra y la conquista: pruebas textuales y visuales

El término «nueve arcos» se utilizaba con frecuencia para referirse a los enemigos de Egipto, cuya identidad específica varió dependiendo del momento, si bien por lo general incluía a asiáticos y nubios. Eran representados como una fila de arcos o un número variable de cautivos atados, y el motivo aparecía a menudo decorando sandalias, escabeles y estrados, de modo que el faraón pudiera caminar simbólicamente sobre sus enemigos. Como es obvio, la representación en el sello de la necrópolis del Valle de los Reyes de nueve enemigos atados coronados por un chacal estaba destinada a proteger la tumba de las depredaciones de los extranjeros y otras fuentes del mal.

En el arte egipcio abundan las representaciones de extranjeros cautivos atados. Varios objetos de prestigio de finales del Predinástico y del Dinástico Temprano (como la Paleta de Narmer) incluyen escenas en las que el rey mata o humilla a extranjeros atados. La escena del faraón golpeando a los enemigos no sólo es uno de los aspectos más duraderos del arte faraónico (todavía aparece en los pilonos de los templos de la época romana), sino que es uno de los primeros iconos reconocibles de la realeza; el primer ejemplo conocido es una representación esquemática en el muro de la Tumba 100 de Hieracómpolis, de finales del Predinástico, en el cuarto milenio a.C.

La excavación de los complejos funerarios de Raneferef, Nyuserra, Djekara, Unas (todos de la V Dinastía), Teti, Pepi I y Pepi II (todos de la VI Dinastía) en Sakkara y Abusir ha proporcionado un amplio número de estatuas de cautivos extranjeros, que quizá estuvieran alineadas en los laterales de las calzadas que comunicaban el templo del valle con el templo mortuorio. En fechas ligeramente posteriores, las representaciones de enemigos cautivos se utilizaron en rituales de maldición, como es el caso de las cinco figuras de alabastro de comienzos de la XII Dinastía (actualmente en el Museo de El Cairo), inscritas con textos de execración hieráticos que cuentan con listas de nombres de príncipes nubios acompañados de insultos.

A lo largo de toda la época faraónica y grecorromana, la imagen de un prisionero atado fue un tema popular en la decoración de templos y palacios. La inclusión de cautivos atados en la decoración de los accesorios y muebles de los palacios reales servía para reforzar la idea de que el faraón había terminado con todos los enemigos y, probablemente, también simbolizaba los elementos «incontrolados» que los dioses requerían al rey que dominara. Por este motivo, en algunos templos grecorromanos aparecen filas de dioses cazando con redes pájaros, animales salvajes y enemigos.

El pájaro *rekhyt* (un tipo de avefría o chorlito con una cresta característica) se utilizaba a menudo como símbolo de los cautivos enemigos o de los pueblos

sometidos; probablemente, porque sus alas hacia atrás se parecen al jeroglífico de un enemigo cautivo. La primera representación de este pájaro aparece en el registro superior de un relieve de la Cabeza de Maza de Escorpión, de finales del Predinástico (c. 3100 a.C.), que contiene una fila de avefrías colgadas del cuello mediante cuerdas atadas a los estandartes que representan las antiguas provincias del Bajo Egipto. En este contexto, el *rekhyt* parece representar a los pueblos conquistados del norte de Egipto durante el crucial período en el cual el país se transformó en un Estado unificado. No obstante, en la III Dinastía (2686-2613 a.C.) una fila de avefrías aparece representada en su forma tradicional junto a los Nueve Arcos, todos ellos aplastados bajo los pies de una estatua de piedra de Djoser procedente de su Pirámide Escalonada de Sakkara. A partir de este momento, el significado simbólico del pájaro no dejó de ser ambiguo (al menos para los ojos del observador moderno), pues según el contexto puede considerarse que se refiere a los enemigos de Egipto o a los leales súbditos del faraón.

¿Dónde comienza el mundo exterior?

Las tradicionales fronteras físicas de Egipto —los Desiertos Oriental y Occidental, el Sinaí, la costa mediterránea y las cataratas del Nilo al sur de Asuán— fueron suficientes para proteger la independencia del país durante miles de años. Sin embargo, el aspecto quizá más intrigante de la geografía del Antiguo Egipto —sobre todo en cuanto a su actitud hacia África y Asia— es la cuestión de la lenta transformación que sufrió el concepto de dónde comenzaba el mundo exterior. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, las zonas situadas fuera del valle del Nilo, pero dentro de las fronteras del Egipto moderno, sobre todo el Desierto Oiental y la península del Sinaí, eran consideradas territorio «no egipcio»?

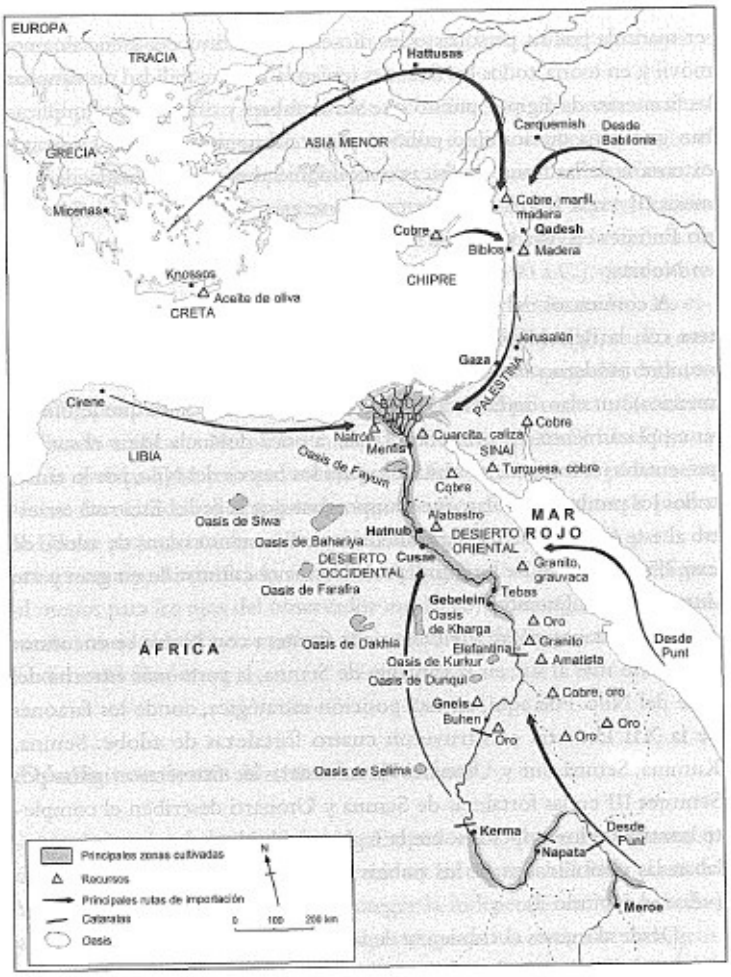
Los egipcios utilizaban dos palabras para referirse a frontera: *djer* (un límite eterno y universal) y *tash* (una frontera geográfica real, que puede ser marcada por las personas o los dioses). Esta última era esencialmente móvil y, en teoría, todos los faraones tenían la responsabilidad de «ampliar las fronteras» de Egipto, puesto que sus nombres y títulos regios implicaban una zona de dominio político potencialmente ilimitada. La mayor extensión de las fronteras físicas se consiguió durante el reinado de Tutmosis III, en la XVIII Dinastía, cuando se erigió una estela triunfal en el río Eufrates en Asia y otra en Kurgus (entre la quinta y la sexta catarata) en Nubia.

A comienzos del Dinástico Temprano y del Reino Antiguo, la frontera con la Baja Nubia se encontraba tradicionalmente en Asuán, cuyo nombre moderno deriva de la palabra del antiguo egipcio *swenet* («comercio»), un claro indicio de las posibilidades comerciales que le ofrecía su emplazamiento. La primera catarata, a poca distancia hacia el sur, representaba un importante obstáculo para los barcos del Nilo, por lo tanto, todos los productos tenían que transportarse por la orilla. Esta ruta terrestre al este del Nilo se protegió mediante un inmenso muro de adobe de casi 7,5 kilómetros de longitud, probablemente construido en gran parte durante la XII Dinastía.

No obstante, en la XII Dinastía la frontera con Nubia se encontraba mucho más al sur, en la garganta de Semna, la parte más estrecha del valle del Nilo. Fue aquí, en esta posición estratégica, donde los faraones de la XII Dinastía construyeron cuatro fortalezas de adobe: Semna, Kumma, Semna Sur y Uronarti. Varias «estelas de frontera» erigidas por Senusret III en las fortalezas de Semna y Uronarti describen el completo control de los egipcios sobre la región, incluidas la normas que regulaban las posibilidades de los nubios de comerciar en el valle del Nilo (véase el capítulo 5).

Desde al menos el comienzo de la XII Dinastía, la frontera con Palestina en el delta oriental también estuvo defendida por una serie de fortalezas, conocidas como los «muros del gobernante» (*inebu hekd*). Parece que fue aproximadamente por estas mismas fechas cuando se construyó una fortaleza en Wadi Natrun para proteger el delta occidental de los «libios». Esta política se mantuvo durante todo el Reino

Medio, construyéndose más fortalezas durante el Reino Nuevo, entre ellas las de Tell Abu Safa.Tell el Farama, Tell el Heir y Tell el Maskhuta (en la zona oriental) y El Alamein y Zawiyet Umm el Rakham (en la zona occidental).



Rutas comerciales entre Egipto y Oriente Próximo Antiguo.

Pruebas materiales de los primeros contactos con Asia y Nubia

Las pruebas sobre las relaciones comerciales y diplomáticas entre el emergente Estado egipcio, las culturas adyacentes y los Estados vecinos sobreviven a menudo en forma de productos y materias primas exóticas, así como de los recipientes en los que se transportaron. Si bien Egipto era claramente autosuficiente en una amplia diversidad de rocas, plantas y animales, seguía habiendo muchos materiales valiosos que no se podían obtener en el valle del Nilo. La turquesa sólo se podía conseguir en el Sinaí; la plata probablemente en Anatolia o el norte del Mediterráneo, vía Levante; el cobre en Nubia, el Sinaí y el Desierto Oriental; y el oro en el Desierto Oriental y Nubia; mientras que maderas preciosas como el cedro, el junípero y el ébano, así como productos como el incienso y la mirra, se importaban desde el oeste de Asia y el África tropical.

Uno de los productos más apreciados y que más viajaba era el lapislázuli, una piedra azul oscuro veteada con pirita y calcita, conocida por los egipcios como *khesbed*. Se utilizaba para joyas, amuletos y figuritas desde al menos Nagada II (c. 3500-3200 a.C.), pero la principal fuente antigua parece haber estado localizada en Badakhshan, en el noreste de Afganistán (a unos 4.000 kilómetros de Egipto), donde hasta el momento se han identificado cuatro minas antiguas: Sar-i-Sang, Chilmak, Shaga-Darra-i-Robat-i-Paskaran y Stromby. Badakhshan se encuentra en el centro de una amplia red comercial, a través de la cual el lapislázuli se exportaba a lo largo de grandes distancias hasta las primeras civilizaciones del oeste de Asia y el norte de África, sin duda pasando de camino por las manos de muchos intermediarios.

Algunos de los datos arqueológicos más importantes respecto a los más antiguos contactos egipcios con el mundo exterior proceden de los recipientes de cerámica, en los cuales se transportaban muchos bienes (por lo general comida, bebida o cosméticos) desde y hacia el valle del Nilo. El grupo de unos cuatrocientos recipientes cerámicos de estilo palestino encontrados en una de las cámaras de la Tumba U-j, en el Cementerio U (Nagada III) de Abydos (véase el capítulo 4), demuestra que el dueño de esta tumba, miembro de la élite —quizá incluso uno de los primeros soberanos egipcios—, era capaz de ejercer una considerable influencia comercial para conseguir estos bienes funerarios (probablemente jarras de vino). Muy pocos de estos recipientes tienen paralelos en la cerámica procedente de yacimientos contemporáneos de Palestina, de modo que debe de tratarse de tipos fabricados exclusivamente para la exportación. Esta misma tumba albergaba recipientes egipcios de asas onduladas, cuya forma deriva de recipientes palestinos, así como un fragmento de un asa de marfil tallado que parece presentar filas de cautivos asiáticos y de mujeres llevando recipientes de cerámica.

La cerámica encontrada en los asentamientos urbanos de la propia Palestina sugiere que en esta región puede haber existido una floreciente red comercial egipcia desde una fecha tan temprana como la primera fase del Bronce Medio. Se ha sugerido que la expansión de la cultura Nagada hacia la región del delta a finales del Predinástico puede haber sido resultado del deseo de los soberanos del Alto Egipto de conseguir contactos comerciales directos con Palestina, para no tener que adquirir los bienes a través de los intermediarios de Maadi y otros asentamientos del Bajo Egipto. Al menos desde la I Dinastía, el recién unificado Estado egipcio se había expandido más allá del delta, hasta alcanzar el sur de Palestina, con una floreciente ruta comercial que pasaba junto a varios cientos de campamentos y estaciones de paso a lo largo del extremo septentrional de la península del Sinaí (véase el capítulo 4).Varias de las tumbas reales del Dinástico Temprano en Abydos contaban con fragmentos de recipientes palestinos, lo que demuestra que los soberanos de Egipto incluían bienes importados asiáticos en su ajuar funerario.

Aproximadamente en la misma época que los egipcios establecieron los primeros lazos comerciales con los habitantes de la Palestina del Bronce Medio, hacían lo propio con la gente de Nubia (sobre todo para conseguir acceso a los productos exóticos del África tropical, así como a los recursos minerales de la propia Nubia). Los restos arqueológicos de este pueblo, al cual George Reisner llamó «Grupo A», se han conservado en toda Nubia, desde en torno a 3500 a.C. hasta 2800 a.C. Los ajuares funerarios incluyen a menudo recipientes de piedra, amuletos y artefactos de cobre importados de Egipto, lo cual no sólo ayuda a fechar las tumbas, sino que también demuestra que el Grupo A mantenía contactos comerciales regulares con los egipcios del Predinástico y del Dinástico Temprano. Bruce Williams ha expresado la controvertida sugerencia de que fueron en realidad las primeras jefaturas del Grupo A las responsables de la aparición del Estado egipcio, lo cual ha refutado la mayor parte de los especialistas (véase el capítulo 4).

La riqueza y cantidad de objetos importados parece incrementarse en las tumbas más tardías del Grupo A, lo que sugiere un crecimiento sostenido de los contactos entre ambas culturas. Resulta evidente que yacimientos como Klior Daoud (donde no hay restos de asentamiento, aunque sí cientos de silos con recipientes cerámicos de la cultura Nagada que contuvieron en su momento cerveza, vino, aceite y quizá queso) eran puestos comerciales en los cuales tenía lugar el intercambio de bienes entre los egipcios de finales del Predinástico, el Grupo A y los nómadas del Desierto Oriental. A juzgar por algunas de las ricas tumbas de los cementerios de Sayaia y Qustul, que atesoran bienes de prestigio importados de Egipto, la élite del Grupo A obtenía grandes beneficios de su papel como intermediaria en la ruta comercial africana. No obstante, un grabado rupestre en la Baja Nubia, en Gebel Sheikh Suleiman (en la actualidad expuesto en el Museo de Jartún), parece recoger una campaña de la I

Dinastía en un punto tan meridional como la segunda catarata, lo que sugiere que en esta época los contactos con el Grupo A se volvieron algo más militares.

Durante la I Dinastía parece haberse producido en la Baja Nubia un severo proceso de empobrecimiento, probablemente como resultado de la depredación producida por la explotación económica egipcia de la zona. Se ha sugerido que pudo existir una regresión forzada hacia el pastoreo (quizá debida en parte a los cambios medioambientales) o incluso que la población nubia local abandonó temporalmente la región, quizá trasladándose hacia el sur para regresar después como el llamado Grupo C (antaño considerado como bastante alejado del Grupo A, pero que ahora parecen tener varios rasgos culturales en común).

Las gentes del Grupo C son aproximadamente sincrónicas con el período de la historia egipcia que va desde mediados de la VI Dinastía hasta comienzos de la XVIII Dinastía (c. 2300-1500 a.C.). Entre sus principales características arqueológicas figuran la cerámica de borde negro realizada a mano, con decoración incisa rellena de pigmento blanco, así como objetos importados de Egipto. Su modo de vida parece haber estado dominado por la cría de ganado, mientras que su sistema social es probable que fuera esencialmente tribal (hasta que comenzaron a integrarse en la sociedad egipcia). A principios de la XII Dinastía los egipcios se apoderaron de su territorio de la Baja Nubia, quizá en parte para impedirles que establecieran contacto con la más sofisticada cultura Kerma, que había aparecido en la Alta Nubia (véase el capítulo 8).

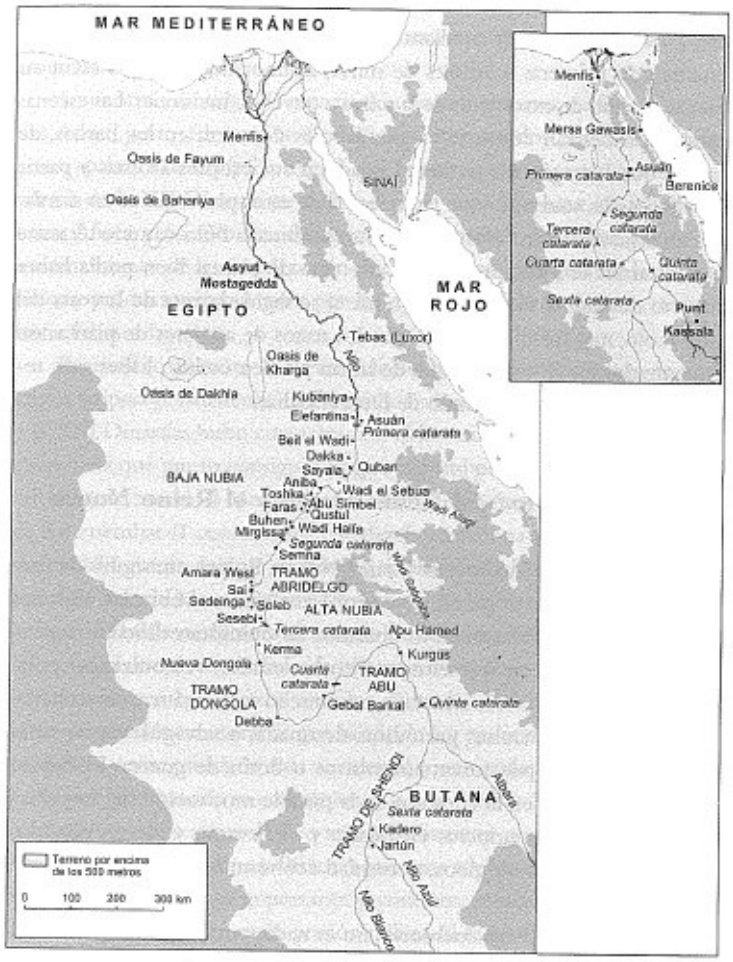
El reino de Punt

Los contactos egipcios con África se ampliaron de forma gradual hasta llegar más allá de la Baja y la Alta Nubia, alcanzando la región del este de África que describen como Punt. Allí se enviaron expediciones comerciales desde al menos la V Dinastía (2494 a.C.) para conseguir productos como oro, resinas aromáticas, maderas oscuras, ébano, marfil, esclavos y animales salvajes (por ejemplo monos y babuinos cinocéfalos). En el Reino Nuevo este tipo de expediciones se representaban en templos y tumbas, donde se muestra a los habitantes del Punt como gentes de tez rojiza oscura y rasgos delicados; en las pinturas más antiguas aparecen representados con el cabello largo, pero a partir de finales de la XVIII Dinastía adoptaron un peinado más corto. La última información segura de una expedición al Punt data de Ramsés III, soberano de la XX Dinastía.

Todavía existe cierto debate respecto a la localización concreta del Punt, que llegó a identificarse con la región de la moderna Somalia. Actualmente se han ofrecido sólidos argumentos para situarla o bien en el sur de Sudán o bien en la región de Eritrea (Etiopía), donde las plantas y animales de la zona se corresponden con los representados en los relieves y pinturas egipcios.

Se solía dar por supuesto (sobre todo basándose en las escenas de Deir el Bahari que representan la expedición de Hatshepsut al Punt), que este tipo de expediciones comerciales siempre viajaban por mar, desde los puertos de Quseir o Mersa Gawasis; pero actualmente parece posible que al menos algunos mercaderes egipcios viajaran al sur siguiendo el Nilo y luego tomando una ruta terrestre hacia el Punt, encontrándose quizá con los puntitas en las cercanías de Kurgus, en la quinta catarata.

Las escenas de Deir el Bahari muestran representaciones de los poco habituales asentamientos puntitas, con chozas cónicas de cañas sobre pilotes, a las que se accede mediante escaleras. La vegetación circundante cuenta con palmeras y árboles de mirra, algunos de los cuales están en pleno proceso de extracción de la mirra a través de incisiones. Las escenas también muestran cómo se cargan árboles de mirra en los barcos, de modo que los egipcios pudieran producir sus propios aromas a partir de ellos (se ha sostenido que la presencia de estos plantones es en sí misma un argumento en favor de una ruta combinada Nilo-camino terrestre para alcanzar el Punt, puesto que este tipo de plantas bien podía haber muerto durante el viaje hacia el norte si se seguía la ruta de la costa del mar Rojo, más difícil). A juzgar por los restos de agujeros de plantación encontrados en él, estos árboles de mirra pueden incluso haber sido replantados en el mismo templo de Deir el Bahari.



Mapa del noreste de África durante la época faraónica, con los yacimientos nubios y, en el recuadro, la probable localización del Punt.

El «imperialismo» del Reino Medio y el Reino Nuevo

Durante el Reino Medio y el Reino Nuevo, Egipto consiguió de forma gradual un cierto grado de control económico sobre las regiones de Nubia y Siria-Palestina. No obstante, las opiniones difieren respecto a si se puede decir que estos territorios estaban «colonizados» política o socialmente o si la situación era mucho más errática, caracterizada quizá por incursiones periódicas destinadas a salvaguardar las rutas comerciales y proporcionar suministros o botín de guerra. El debate también se centra en la cuestión de la posible motivación del imperialismo: ¿los avances egipcios en Nubia y el Levante vinieron dictados por imperativos ideológicos, necesidad económica o algún otro factor sociopolítico?

La respuesta a estas cuestiones no es nada sencilla y, como cabía esperar, varía según el lugar y la época. Por ejemplo, durante el Reino Medio, en algunos aspectos la situación es más clara: en lo que respecta a Nubia, sabemos que los faraones de la XII Dinastía utilizaron la fuerza militar para controlar la región hasta al menos la tercera catarata, construyendo una cadena de fortalezas que les habría dado el control sobre el comercio del Nilo. Las fortalezas albergaban guarniciones y amplios almacenes que no sólo habrían asegurado una continuada presencia militar en la Baja Nubia, sino que también habrían proporcionado la capacidad para enviar campañas más al sur cuando fuera necesario responder ante cualquier amenaza, real o supuesta.

La enorme cantidad de espacio destinado a graneros en fortalezas como Askut, junto a los restos de edificios interpretados por Barry Kemp como «palacios de campaña» regios en Uronarti y Kor, sugieren que las fortalezas de la XII Dinastía en la Baja Nubia eran más bien un trampolín hacia África y no sólo una frontera bien defendida. La capacidad de almacenamiento de las fortalezas sin duda se utilizó para guardar los materiales y productos importados por los egipcios mientras iban de camino hacia Tebas o Itjtawy.

En cambio, durante el Reino Medio hay muy pocos restos de presencia egipcia permanente en Palestina. Es indudable que durante la XII y la XIII Dinastías hubo contactos con el Levante y el Egeo; pero no está claro hasta qué punto consiguió Egipto control político o económico sobre ninguna zona del Mediterráneo oriental. Un fragmento de los anales de Amenemhat II conservados en Menfis menciona al menos dos invasiones del Levante durante su reinado, mientras que la estela de Khusobek (en el Museo de Manchester) recoge una expedición contra la ciudad palestina de Shechem durante el reinado de Senusret III. Aparte de estas referencias, el otro único indicio de intenciones militaristas en el Levante lo encontramos en los epítetos y títulos de la élite (los cuales pueden muy bien ser grandilocuentes más que históricos) y en las descripciones de los productos conseguidos de Asia occidental (que tienden a no especificar si los bienes o el ganado se consiguieron por la fuerza).

No obstante, desde un punto de vista arqueológico se puede sostener que durante el Reino Medio hubo en Palestina y Biblos (véase más adelante) una presencia *económica* egipcia bastante importante y continua, reforzada probablemente de forma periódica con cierta presión militar. El cada vez mayor número de asiáticos que sabemos que vivían en Egipto durante el Reino Medio (véase el capítulo 7) sugiere que, al menos, algunos de ellos llegaron allí como prisioneros de guerra.

Las actividades egipcias en el Levante durante el Reino Nuevo están atestiguadas con cierto detalle, tanto en las fuentes arqueológicas como textuales. Entre estas últimas no sólo contamos con las «estelas de victoria» y los relieves de los templos, que ofrecen una elogiosa narración de los bienes conseguidos por el rey para los dioses, sino también con tablillas cuneiformes de varios lugares (por ejemplo Taanach, Kamid el Loz y Hat-tusas) que documentan los lazos diplomáticos, administrativos y económicos existentes entre los diversos Estados de Oriente Próximo. Desde el punto de vista egipcio, el más importante de estos «archivos» es un grupo de 382 tabulas encontradas en Amarna (Egipto Medio), compuestas principalmente por cartas intercambiadas entre líderes extranjeros y el rey egipcio a mediados del siglo XIV a.C. (finales de la XVIII Dinastía). Las «Cartas de Amarna» nos proporcionan información, primero, sobre las relaciones existentes entre Egipto y las otras grandes potencias (por ejemplo, Mitanni y Babilonia), y, segundo, sobre la laberíntica política de pequeñas ciudades-estado de Siria-Palestina, que se peleaban y aliaban entre sí al tiempo que se pasaban de un lado a otro de las esferas de influencia de Mitanni, Egipto y el reino hitita.

El principal debate respecto a la participación egipcia en Siria-Palestina durante el Reino Nuevo se centra en la cuestión de hasta qué punto mantuvo Egipto una presencia militar y/o civil *permanente* en las diferentes ciudades que había conquistado. Algunos especialistas consideran que hay suficientes pruebas arqueológicas y textuales como para sugerir que Egipto colonizó al menos algunas ciudades de Palestina (quizá habiendo heredado al principio el control de la región como resultado de su persecución de los hyksos hasta su tierra natal, a finales del Segundo Período Intermedio [véanse los capítulos 8 y 9]). Según esta teoría —basada sobre todo en las Cartas de Amarna y en la presencia de objetos egipcios en muchos yacimientos levantinos— toda la zona de Siria-Palestina estaba dividida en tres zonas (de norte a sur: Amurru, Upe y Canaán), cada una de ellas dirigida por un gobernador egipcio con la ayuda de un reducido número de guarniciones, repartidas entre los asentamientos locales. Sin embargo, otros especialistas sostienen que la cultura material de los yacimientos egipcios del delta oriental es tan claramente diferente de la cultura de las más cercanas ciudades de Palestina, justo al otro lado del Sinaí, que parece muy improbable que llegara a haber demasiados egipcios viviendo entre la población local (en comparación con la amplias pruebas arquitectónicas y

artefactuales de la colonización egipcia en Nubia durante el Reino Nuevo).

El motivo de la importante presencia egipcia en la Baja Nubia durante el Reino Nuevo puede muy bien haber sido sobre todo económico; pero varios especialistas han puesto de relieve en la actualidad que las pruebas, tanto arqueológicas como textuales, forman una compleja red de información referida a las actitudes de los egipcios respecto a Nubia. Para empezar tenemos la continuación, durante el Reino Medio y el Nuevo, de la ya descrita ideología esencialmente xenófoba, según la cual los estereotípicamente bárbaros nubios aparecen representados en el arte y la literatura oficiales como despreciables representantes del caos. Algo que ha de compararse, no obstante, con dos factores importantes: primero, que muchos extranjeros (nubios y asiáticos incluidos) vivían felices entre los nativos egipcios en muchas de las ciudades del propio Egipto; y, segundo, que existen pruebas de una deliberada política egipcia de aculturación tanto en Nubia como en el Levante, de modo que se animaba a la élite local a adoptar las costumbres y nombres egipcios, al tiempo que a veces sus hijos se llevaban a la fuerza a Egipto para ser «educados», terminando por regresar a sus países completamente adoctrinados en el modo de vida egipcio.

Por lo tanto, la imagen general del imperialismo egipcio posee muchas facetas, quedando el pragmatismo económico y político de los faraones oculto por la hipérbole de la retórica y la piedad regias. El debate entre ideología o economía es difícil de resolver, porque nuestra reconstrucción del comportamiento egipcio en el mundo exterior se basa sobre todo en una combinación de textos religiosos y funerarios regios, cuando la historia real probablemente se encuentre en el más prosaico material de archivo que tan raras veces ha llegado hasta nosotros.

Biblos

La ciudad de Biblos (o Jubeil) está situada en la costa de Canaán (a unos cuarenta kilómetros al norte de la moderna Beirut). Su yacimiento principal, conocido en lengua acadia como Gubia, posee una larga historia que se extiende desde el Neolítico hasta el Bronce Final, cuando parece que su población se trasladó a un emplazamiento cercano, en la actualidad enterrado bajo un poblado moderno. La importancia de Biblos reside en su función como puerto y en que desde aproximadamente el momento de la unificación los egipcios la utilizaron como fuente de madera. El famoso cedro del Líbano y otros bienes pasaban por ella y en la ciudad se han encontrado objetos egipcios de fechas tan tempranas como la II Dinastía (2890-2686 a.C.). El yacimiento cuenta con varios edificios religiosos, como el llamado Templo del Obelisco, dedicado a Baalat Gebal, la «Señora de Biblos» (una forma local de Astarté, que también se identificó con la diosa egipcia Hathor), uno de cuyos obeliscos estaba inscrito con jeroglíficos.

La cultura egipcia del Reino Medio tuvo una influencia especialmente fuerte en la corte de los soberanos de la Biblos del Bronce Medio y entre los objetos encontrados en las tumbas reales de esta época hay varios con los nombres de Amenemhat III y IV, soberanos de finales de la XII Dinastía. Entre los objetos egipcios figuran materiales como marfil, ébano y oro, mientras que las imitaciones locales utilizaban otros materiales y están realizadas con un estilo menos logrado.

Durante el Reino Nuevo, la ciudad aparece destacada en las Cartas de Amarna, puesto que su soberano, Ribbadi, pidió ayuda militar al soberano egipcio. En esta ocasión Biblos cayó en manos enemigas, pero fue reconquistada después. Un sarcófago de influencia egipcia, encontrado junto a objetos de Ramsés II (1279-1213 a.C.), es importante por la inscripción posterior (siglo X a.C.) en beneficio de Ahiran, soberano local, realizada en caracteres alfabéticos primitivos. Entre los diferentes objetos egipcios encontrados en la propia Biblos que atestiguan los fuertes contactos diplomáticos existentes entre los faraones y los soberanos de la ciudad figuran un recipiente con el nombre de Ramsés II encontrado en la tumba del ya mencionado Ahiran, unas jambas de puerta de Ramsés II procedentes de un templo y los fragmentos de estatua de Osorkon I y Osorkon II (la de Osorkon I lleva una inscripción fenicia y data del reinado de Abibaal).

Por lo tanto, las pruebas arqueológicas sugieren que el cénit de los contactos Egipto-Biblos se produjo durante la XIX Dinastía, seguido por un declive durante la XX y la XXI Dinastías (documentado por *La historia de Wenamon*, una descripción casi histórica de una expedición de la XX Dinastía a Biblos), con un resurgimiento de los lazos durante la XXII y la XXIII Dinastías. Tras el Tercer Período Intermedio, la importancia de Biblos parece haber declinado gradualmente en favor de los puertos

vecinos de Tiro y Sidón.

Los «pueblos del mar»

En los siglos XIII y XII a.C., una serie de grandes cosechas fallidas en el norte y el este del Mediterráneo parece que desencadenaron migraciones a gran escala por toda Anatolia y el Levante. Estos problemas agrícolas hicieron que el soberano de la XIX Dinastía Merenptah enviara grano a los hititas, afectados por la hambruna y por entonces en pleno declive; por otra parte, se cree que muchos centros urbanos micénicos se destruyeron en estas fechas. Entre los emigrantes mediterráneos de la época había una laxa confederación de grupos étnicos procedente del Egeo y Asia Menor que los egipcios conocieron como «pueblos del mar». Algunos de estos grupos, como los denen, lukka y sherden, ya habían aparecido durante el reinado de Akhenaton (1352-1336 a.C.) y miembros de los lukka, sherden y peleset aparecen representados como mercenarios luchando del lado de Ramsés II (1279-1213 a.C.) en la batalla de Qadesh.

Avanzado el Período Ramésida, los «pueblos del mar» aparecen descritos y representados en los relieves de Medinet Habu y Karnak, además de en el Gran Papiro Harris, una lista de donaciones a los templos del reinado de Ramsés III (1184-1153 a.C.). Estas fuentes indican que los «pueblos del mar» no se limitaban sólo a actos aleatorios de saqueo, sino que formaban parte de un significativo movimiento de pueblos desplazados que migraron a Siria-Palestina y Egipto. Está claro que su intención era asentarse en las zonas que atacaban, porque no aparecen representados como meros ejércitos de guerreros, sino también como familias enteras que llevaban consigo sus posesiones en carros tirados por bueyes. El estudio de los nombres «tribales» recogidos por los egipcios y los hititas ha demostrado que se puede relacionar a varios grupos de los «pueblos del mar» con puntos de origen concretos o, cuando menos, con los lugares donde terminaron asentándose. De este modo, los ekwesh y los denen posiblemente puedan relacionarse con los griegos aqueos y dáñeos de la Ilíada, mientras que los lukka pueden proceder de la región licia de Anatolia, los sherden tener su origen en Cerdeña y los peleset identificarse casi con seguridad con los filisteos bíblicos (quienes dieron su nombre a Palestina).

El primer ataque de los «pueblos del mar» contra el delta egipcio, aliados a los libios, data del quinto año de reinado de Merenptah (1213-1203 a.C.). Los grupos individuales que forman los «pueblos del mar» (además de los meshwesh libios) se mencionan como erwesh, lukka, shekelesh, sherden y teresh. Según los relieves de Merenptah en uno de los muros del templo de Amón en Karnak y en el texto de una estela procedente de su templo mortuorio (la llamada Estela de Israel), el soberano consiguió repelerlos con éxito, matando al menos a seis mil de ellos y poniendo en fuga al resto. Las excavaciones de Moshe Dothan en la ciudad filistea de Ashdod, en 1962-1969, descubrieron un estrato de incendio fechado en el siglo XIII a.C. que

quizá corresponda a la campaña levantina del faraón Merenptah o a la propia llegada de los peleset.

Desde el punto de vista egipcio, la confrontación final con los «pueblos del mar» tuvo lugar en el año octavo del reinado de Ramsés III, en un momento en el que probablemente ya habían capturado las ciudades sirias de Ugarit y Alalakh. Atacaron Egipto por mar y tierra, siendo la batalla naval representada en los celebrados relieves de los muros externos del templo mortuorio de Ramsés III, en Medinet Habu. Esta victoria protegió a Egipto de una invasión abierta desde el norte, pero fue finalmente la más insidiosa infiltración de gentes libias procedentes del oeste la que tuvo éxito como medio de conseguir el control de Egipto (véase el capítulo 12).

Conclusión

Las relaciones de Egipto con el mundo exterior se basan principalmente en el poder y el prestigio. El motivo fundamental de los primeros contactos comerciales entre los egipcios y sus vecinos de África y Oriente Próximo parece que fue conseguir materias escasas o exóticas y productos que pudieran servir para reforzar la base de poder de los individuos o grupos afectados. El comercio, ya sea regional o internacional, fue una parte integral de la formación y expansión de los primeros Estados de Oriente Próximo.

Cuando ya estaba en marcha un aparato administrativo nacional completamente desarrollado, durante los Reinos Medio y Nuevo, había grandes sectores de la burocracia regia y del poder militar dedicados exclusivamente al proceso de obtener impuestos y azofra de las provincias de Egipto. Este eficiente sistema económico nacional era la base ideal para el proceso de conseguir tributo (*inu*) y botín de las tierras situadas fuera de las fronteras egipcias. Tanto ideológica como económicamente, los actos de conquista y gobierno eran inseparables de la idea de inyectar nuevas riquezas a las heredades del rey y a los principales cultos religiosos.

No obstante, no era sólo cuestión de importar materias y bienes a Egipto. También parece haber existido un constante flujo de gentes y de influencias lingüísticas y culturales que condujeron a la creación de una sociedad característicamente cosmopolita y multicultural desde al menos el Reino Nuevo. Pese a todo, la aparente tolerancia respecto a los extranjeros en el seno de la sociedad egipcia se acompañaba de una tremenda continuidad en cuanto a los valores y creencias centrales de la población indígena (al menos eso parece, dada la parcialidad de las fuentes respecto a la élite de la sociedad). Aparentemente, la cultura egipcia era lo bastante fuerte y flexible como para sobrevivir a largos períodos de dominio libio, kushita, persa y ptolemaico sin que se viera afectada la identidad de los egipcios como nación.

12. EL TERCER PERÍODO INTERMEDIO

(1069-664 a.C.)

JOHN TAYLOR

Este período de 400 años, que se extiende desde la XXI a la XXV Dinastías (1069-664 a.C.), puede considerarse como el comienzo de una nueva fase de la historia de Egipto. Esta etapa se caracteriza por unos significativos cambios en la organización política, la sociedad y la cultura. El gobierno centralizado fue sustituido por la fragmentación política y la reaparición de centros locales de poder; un flujo permanente de no egipcios (libios y nubios) modificó de forma permanente el perfil de la población, mientras Egipto en su conjunto se volvió más introspectivo y sus contactos con el mundo exterior (sobre todo su impacto en el mundo levantino) se redujeron de escala. Estos y otros factores tuvieron importantes consecuencias en el funcionamiento de la economía, la estructura de la sociedad, las actitudes religiosas y las prácticas funerarias de sus habitantes. Es cierto que el período estuvo marcado por las tensiones generadas por los intentos de control del territorio y los recursos, que condujeron a enfrentamientos ocasionales, pero la violencia no fue una constante; el período en su conjunto fue estable y es mucho más que un ínterin en el tradicional gobierno faraónico (una desgraciada implicación de la tradicional designación «Intermedio»). Muchos de los acontecimientos y tendencias de estos años tuvieron efectos permanentes y representaron un papel crucial a la hora de modelar el Egipto del primer milenio.

Conseguir un marco histórico sólido para estos siglos ha sido más difícil que para ninguno de los otros grandes períodos de la historia egipcia. Ninguna lista real incluye de la XXI a la XXV Dinastías, por lo que el egiptólogo se ve forzado a basarse más de lo estrictamente deseable en los a menudo confusos extractos de la historia de Manetón (en sí misma derivada sobre todo de fuentes situadas en el delta, con lo cual ofrece, como mucho, una imagen incompleta). Una cuidadosa comparación de las listas manetonianas con las dispersas inscripciones de reyes y dignatarios locales del período, además de las referencias cruzadas con las fuentes de Oriente Próximo, ha proporcionado una cronología que en sus puntos principales la aceptan la mayoría de los estudiosos, si bien algunas zonas siguen siendo objeto de debate (sobre todo las relaciones y esferas de influencia de algunos de los gobernantes provinciales que adoptaron categoría real durante el final del siglo IX y el siglo VIII a.C.). Con excepción de yacimientos como Tanis, la conservación de documentos de este período en el delta es, como siempre, relativamente pobre, y, si bien Tebas ha proporcionado una gran cantidad de objetos, tienden a predominar la estatuaria privada y los ajuares funerarios, mientras que las fuentes económicas como los papiros administrativos son escasas. Dado que fue en el norte donde tuvieron

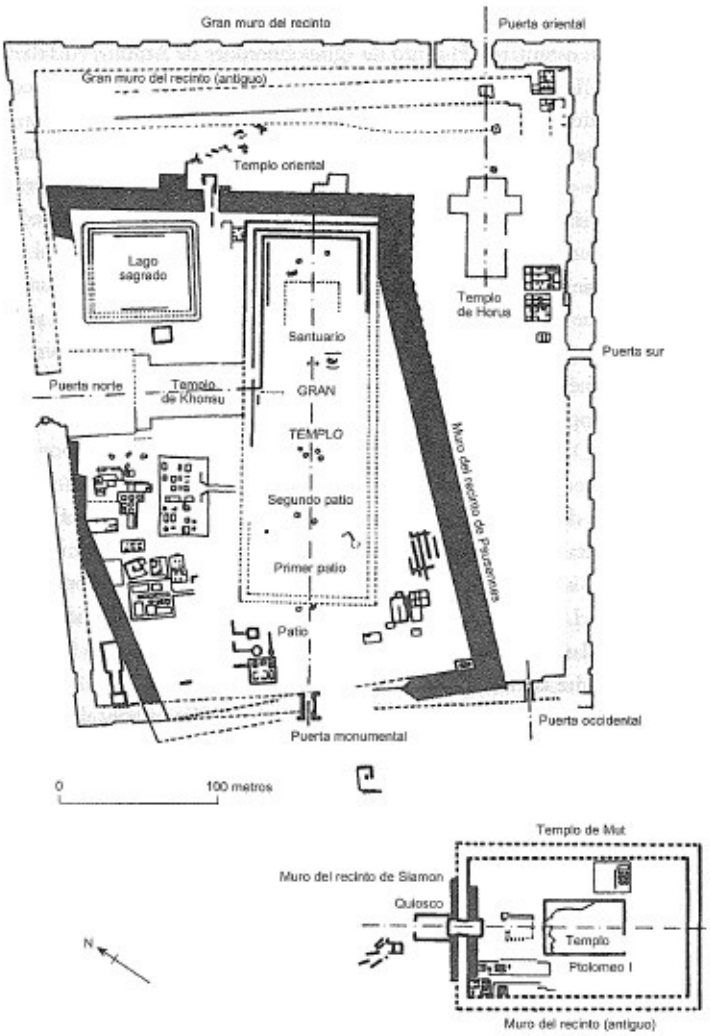
lugar los cambios más significativos de esta época, es difícil conseguir una imagen equilibrada del país en conjunto.

Esbozo histórico

El Tercer Período Intermedio comenzó con una gran turbulencia política y el despertar de la economía. La guerra civil fomentada por Panhesy, el virrey de Kush, golpeó al país y su subsiguiente derrota y expulsión fuera de la frontera meridional sólo fue una victoria parcial para el gobierno. La acción militar contra Panhesy, dirigida por el general Piankh, no pudo restablecer la autoridad egipcia en Nubia y se perdió el control sobre los recursos de los territorios meridionales —las minas de oro y el lucrativo comercio de los productos del África subsahariana—. De ahí que, justo al comienzo del período, Egipto sufriera una seria reducción de los ingresos procedentes de sus antiguos dominios. Como vemos en el *Cuento de Wenamon* (una narración que describe una expedición supuestamente enviada por Herihor a Biblos), los nuevos soberanos egipcios también pudieron perder en el Levante el prestigio del que habían gozado sus predecesores.

Con la muerte de Ramsés XI, c. 1069 a.C., terminó la XX Dinastía y con ella la era del «renacimiento»; pero los cimientos de una nueva estructura de poder ya existían y la transición hacia un nuevo régimen tuvo lugar sin problemas. Al menos de puertas afuera, la XXI Dinastía estuvo políticamente unida, pero en realidad el control se encontraba dividido entre un linaje de reyes en el norte y una serie de comandantes militares, que también ostentaron el cargo de «gran sacerdote de Amón», en Tebas. Esmendes (1069-1043 a.C.), un influyente personaje de origen desconocido, fundó la dinastía del norte, con su base de poder en Tanis, en el delta. Se trataba de una ciudad de nueva creación cuyos principales monumentos se construyeron en gran parte con materiales reutilizados traídos desde Piramsés y otras ciudades del norte. Se piensa que Tentamón, probablemente la mujer de Esmendes, era miembro de la familia real ramésida. Si bien esta conexión puede haber sido un factor en la toma de poder del nuevo soberano, la creciente influencia del culto de Amón y sus funcionarios también fue significativa. Durante este período el gobierno de Egipto fue una teocracia, en la cual la suprema autoridad política la ejercía el propio dios Amón. En un himno a este dios en un papiro procedente de Deir el Bahari, apodado el «credo de la teocracia», el nombre del dios aparece escrito en un cartucho y se dirigen a él como el superior de todos los dioses, la fuente de la creación y el verdadero rey de Egipto. Ahora los faraones no eran sino meros soberanos temporales nombrados por Amón y a los que se comunicaban las decisiones del dios por medio de oráculos. Las decisiones del gobierno teocrático están explícitamente documentadas en Tebas, donde las consultas oraculares quedaron formalizadas mediante la creación de una fiesta de la Audiencia Divina, celebrada de forma regular en Karnak. Los mismos principios se aplicaban en el norte: Esmendes y Tentamón aparecen descritos en *Wenamon* como «los pilares que

Amón ha levantado para el norte de su tierra», mientras que la ciudad de Tanis se desarrollaba como la contrapartida septentrional a Tebas, el principal centro de culto de Amón. Se erigieron templos a la tríada tebana y el papel de Tanis como ciudad sagrada se incrementó al situar las tumbas de los reyes de la XXI Dinastía en el interior del recinto del templo. No obstante, se puede cuestionar hasta qué punto Tanis fue realmente un centro de poder *político* durante esta época, puesto que las excavaciones hasta ahora no han revelado en la zona ni residencias, ni monumentos de particulares (a excepción de unos pocos bloques reutilizados procedentes de las tumbas de cortesanos), ni estelas de donación (es decir, registros de la concesión de tierra cultivable a los dioses de los templos locales). Sin embargo, sí hay pruebas de que Menfis funcionó como residencia de los reyes del norte —un decreto de Esmendes se proclamó aquí—, por lo cual la antigua ciudad pudo haber sido de nuevo la principal base administrativa.



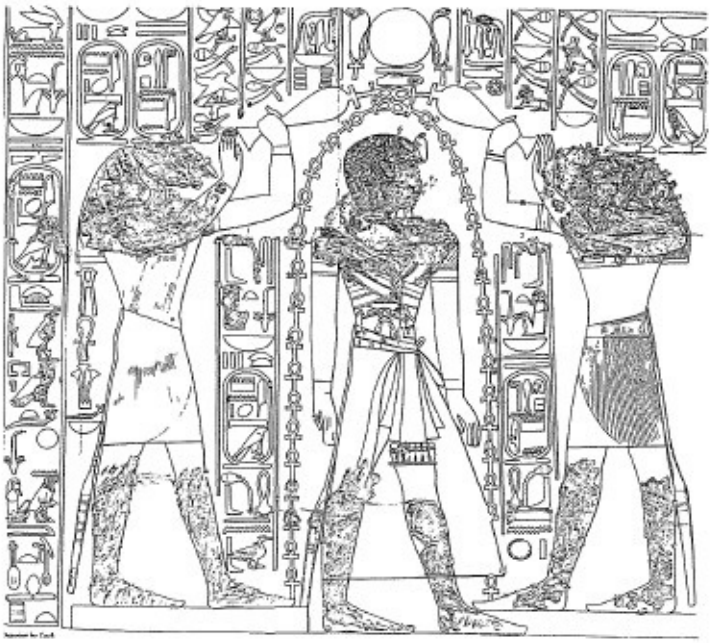
Plano de los restos de los templos y tumbas del yacimiento de Tanis, en el delta oriental.

Las actividades de los soberanos septentrionales durante la XXI Dinastía están escasamente documentadas. Dentro del propio Egipto, los restos principales son los trabajos de construcción de Psusennes I (1039-991 a.C.) en Menfis y Tanis; mientras que las relaciones con el Levante parecen haber sido esporádicas y poco arriesgadas. El matrimonio de una princesa real (quizá hija de Siamon) con Salomón de Israel es un sorprendente testimonio del reducido prestigio de los soberanos egipcios en la esfera internacional. En el cénit del Reino Nuevo, los faraones se casaban de forma habitual con las hijas de los príncipes de Oriente Próximo, pero se negaron siempre a permitir que sus propias hijas se casaran con soberanos extranjeros.

A comienzos del Tercer Período Intermedio, el más destacado de los comandantes meridionales fue el general Herihor. Al tomar posesión del cargo de «gran sacerdote de Amón» —y en ocasiones también de los títulos y parafernalia de un faraón—, quedó combinada en sus manos la autoridad civil, militar y religiosa. No obstante, fue a la familia de su colega, el general Piankh, a la que pasaría después el control a largo plazo del Alto Egipto. Todos estos personajes ostentaron los cargos de general y «gran sacerdote de Amón». Bajo los auspicios de la teocracia obtenían sus poderes ejecutivos de los oráculos de Amón, Mut y Khonsu, mediante los cuales se sancionaban los nombramientos del clero y las principales decisiones políticas de los soberanos. Si bien la autoridad temporal de los reyes tanitas se reconocía formalmente en todo Egipto y los comandantes tebanos sólo tuvieron limitadas pretensiones de alcanzar la categoría de reyes, no por ello dejaron de ser quienes poseían el control efectivo del Alto y el Medio Egipto. Entre ambas regiones se fijó una frontera formal enTeudjoi (El Hiba), al sur de la entrada al Fayum. Aquí y en otros lugares a lo largo del Nilo, los gobernantes meridionales construyeron una serie de fortalezas. Aparte de esto, la principal actividad documentada en el sur durante la XXI Dinastía fue el desmantelainiento sistemático de las tumbas reales del Reino Nuevo en la necrópolis tebana. El Valle de los Reyes dejó de ser el lugar de enterramiento real, se disolvió la comunidad de constructores de tumbas de Deir el Medina, se apropiaron del contenido de las tumbas y las momias se ocultaron en *cachés*.

Tras los reinados de Esmendes y su sucesor, Amenemnisu (1043-1039 a.C.), el trono del norte pasó a Psusennes I, hijo del comandante tebano Pinudjem I, y el control del Alto Egipto a su hermano Menkheperra. De modo que por un tiempo el mismo linaje tebano gobernó en todo Egipto y las relaciones amistosas entre el norte y el sur se mantuvieron mediante el matrimonio de varios miembros de las extensas familias de los gobernantes. Sin embargo, la división del reino continuó; un indicio de que estos gobernantes toleraban la descentralización. En torno al 984 a.C. una nueva familia se hizo con el poder en el delta, al ascender al trono Osorkon el Viejo (984-978 a.C.), hijo de Sheshonq,jefe de los meshwesh, un soberano cuyo nombre y

linaje proclaman sus orígenes libios. Los comandantes tebanos renunciaron a cualquier intento de reivindicar categoría real y en los documentos hicieron uso de los nombres y fechas de reinado de los monarcas septentrionales. No obstante, el gran sacerdote tebano Psusennes terminó convirtiéndose en rey del norte como Psusennes II (959-945 a.C.), el último soberano de la XXI Dinastía.



Un relieve del templo de Khonsu en Karnak, donde se ve al general y «gran sacerdote de Amón» Herihor representado como rey y siendo purificado por los dioses Horus y Thoth.

Por entonces, los libios constituían una presencia sustancial e influyente en Egipto. Si bien Merenptah y Ramsés III habían rechazado grandes incursiones de meshwesh y libu, el asentamiento de inmigrantes, prisioneros de guerra y tropas continuó, sobre todo en el delta y en la zona situada entre Menfis y Heracleópolis. Se ha sugerido que hacia el final del Reino Nuevo el ejército egipcio estaba compuesto casi al completo por mercenarios libios. La incipiente descentralización del gobierno durante la XXI Dinastía facilitó el crecimiento de las bases de poder provinciales, y las dinastías locales de jefaturas libias, descendientes de los colonos de finales del Reino Nuevo, pudieron incrementar su autonomía. Durante la XXI Dinastía, las familias gobernantes, tanto del norte como del sur, contaron con miembros con nombres patentemente libios y, como es indudable que se practicó alguna forma de aculturación (véase más adelante), es probable que muchos más estén camuflados en los documentos con nombres egipcios. Por lo tanto, cuando a comienzos de la XXII Dinastía el trono de Tanis pasó al jefe de los meshwesh, Sheshonq (Sheshonq I [945-924 a.C.]), se trató de la culminación de una tendencia que venía de antiguo. Sheshonq pertenecía a una familia asentada en Bubastis, cuyos miembros, mediante unos juiciosos matrimonios con la familia real y relaciones con los grandes sacerdotes de Menfis, consiguieron mucha influencia en el delta. El traspaso de

poderes desde Psusennes II parece haber tenido lugar con un mínimo de oposición. Es indudable que se vio favorecido por el hecho de que Sheshonq era sobrino de Osorkon el Viejo, mientras que su propio hijo, el futuro Osorkon I (924-889 a.C.), estaba casado con la hija de Psusennes II, Maatkara.

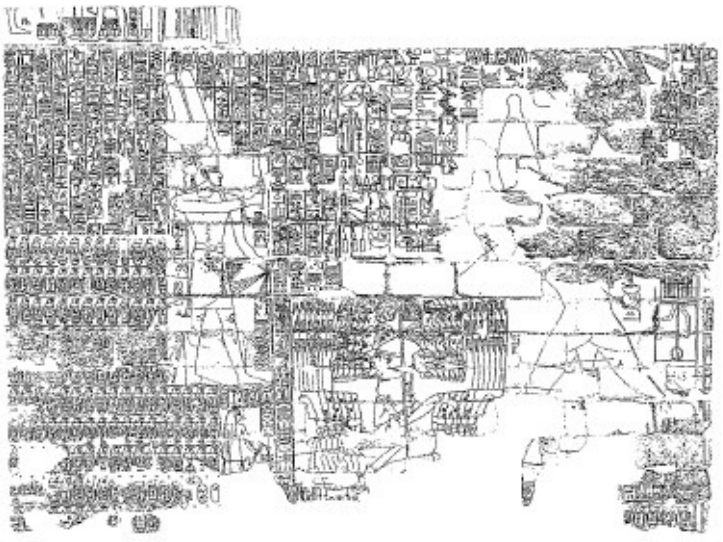
El reinado de Sheshonq (945-924 a.C.) destaca como uno de los puntos culminantes del Tercer Período Intermedio. Rechazando las divisiones internas de la XXI Dinastía en favor de los modelos de gobierno faraónico del Reino Nuevo, Sheshonq intentó restablecer la autoridad política del rey. La teocracia continuó existiendo, pero de forma unificada —las consultas oraculares todavía tenían lugar, pero dejaron de ser un instrumento regular de la política—. El nuevo reinado estuvo marcado por un cambio en la actitud del trono respecto a la integridad del país, la adopción de una política exterior expansionista y un ambicioso programa constructivo.

Los intentos de la monarquía por ejercer un control directo sobre todo Egipto implicaron restringir la categoría virtualmente independiente de Tebas. Para conseguirlo, se entregó el cargo de «gran sacerdote de Amón» a uno de los hijos de Sheshonq, el príncipe Iuput, que también era comandante del ejército, una política seguida por los faraones subsiguientes. Otros miembros de la familia real y partidarios de la dinastía fueron nombrados también para cargos importantes y la lealtad por parte de los poderes locales se animó mediante matrimonios con las hijas de la casa real.

Tras más de un siglo de pasividad por parte de los soberanos egipcios, Sheshonq I intervino de forma agresiva en la política levantina para reafirmar el prestigio egipcio en la zona. Sus inscripciones de Karnak recogen una importante expedición militar en c. 925 a.C. contra Israel y Judá, además de las principales ciudades de la Palestina meridional, incluidas Gaza y Megiddo. El Antiguo Testamento recoge el mismo acontecimiento diciendo (IRe 14:25-26) que en el quinto año de Rehoboam «Shishak, rey de Egipto» se apoderó de los tesoros de Jerusalén, añadiendo (2Cr 12:2-9) que vino con 1.200 carros y un ejército que incluía libios y nubios. Estas fuentes indican que la campaña se organizó en apoyo de Jeroboam, un exiliado en Egipto que reclamaba el trono de Judá. No obstante, si se pretendió que fuera el primer paso de un programa para restablecer la autoridad egipcia en Palestina, en realidad no fue sino gloria de un día. Sheshonq murió al poco de regresar a Egipto y durante los reinados de sus sucesores las relaciones con el Levante parecen haber vuelto a los contactos puramente comerciales; sobre todo se volvieron a establecer relaciones con Biblos. El programa constructivo de Sheshonq I incluía planes para un gran patio en el templo de Amón en Karnak; pero éste quedó sin terminar a la muerte del rey. La entrada, conocida como «Portal Bubastita» —la única parte que se completó— se decoró con una narración de las victorias de Sheshonq en Palestina, una de las fuentes

históricas más valiosas para todo el período.

Durante los reinados de los sucesores de Sheshonq continuaron los esfuerzos por consolidar la unidad del reino; pero el creciente poder de los gobernadores provinciales condujo a un debilitamiento del control regio y a la consiguiente fragmentación del país. Se permitió que el cargo de «gran sacerdote de Amón» y otros puestos clave volvieran a ser hereditarios y esto facilitó el desarrollo de unas bases de poder independientes. El nombramiento de familiares cercanos al rey para puestos importantes en centros principales como Menfis y Tebas no pudo detener la creciente independencia de las provincias y, de hecho, probablemente acelerara el proceso. En una interesante inscripción de una estatua procedente de Tanis, Osorkon II (874-850 a.C.) le pide a Anión que confirme el nombramiento de sus hijos para varios cargos civiles y religiosos relevantes, con la importante condición de que «el hermano no debe estar celoso del hermano». El proceso de descentralización continuó desde el siglo IX al X a.C., mientras iba disminuyendo el poder de la XXII Dinastía, al tiempo que las provincias gobernadas por príncipes reales y jefes libios se volvían cada vez más autónomas. En Tebas, el «gran sacerdote» Harsiese se proclamó rey y fue enterrado en Medinet Habu en un sarcófago con cabeza de halcón, una clara imitación de las tradiciones funerarias de los soberanos tanitas. Finalmente, los intentos septentrionales por imponer su autoridad sobre Tebas condujeron a la violencia. Una larga inscripción del príncipe Osorkon, hijo de Takelot II (850-825 a.C.), grabada en el *Portal Bubastita* (la llamada *Crónica del príncipe Osorkon*), describe una serie de conflictos que se produjeron cuando intentaba hacer valer su autoridad como «gran sacerdote de Amón» en Tebas frente a un grupo rival.



El relieve triunfal del soberano de la XXII Dinastía Sheshonq I (*c.* 945-924 a.C.) —en el llamado «Portal Bubastita»— conmemora sus campañas contra las ciudades de Palestina, que también aparecen mencionadas en el Antiguo Testamento. No obstante, tras este reinado la presencia egipcia en el Levante parece que disminuyó, hasta el punto de que los únicos contactos diplomáticos consistentes se mantuvieron con Biblos.

Durante el reinado de Sheshonq III (825-773 a.C.), y en los años siguientes, numerosos gobernantes locales —sobre todo en el delta— se volvieron virtualmente autónomos y varios se proclamaron reyes. El primero de ellos fue Pedubastis I (818-793 a.C.), quizás relacionado con la familia real de la XXII Dinastía. La localización de su base de poder es incierta; pero fue su autoridad y la de sus sucesores la que se reconoció en Tebas, en vez del gobierno de Tanis. Si bien algunos estudiosos asignan estos reyes locales a la XXIII Dinastía, no está claro cuál de ellos, si es que se puede hacer con alguno, debe identificarse con la XXIII Dinastía tal y como la recoge Manetón, que quizá estuviera compuesta por los sucesores de la XXII Dinastía en Tanis. En c. 730 había dos reyes en el delta (en Bubastis y Leontópolis) y dos en el Alto Egipto (en Hermópolis y Heracleópolis); junto a éstos, y virtualmente independientes, existían un «príncipe regente», cuatro «grandes jefes de Ma» y en Sais un «príncipe del Oeste». Este último, Tefnakht (rey 727-720 a.C.) se había apoderado de todo el territorio de Menfis y el delta occidental y se estaba expandiendo hacia la parte norte del Alto Egipto.

Esta reveladora instantánea de la geografía política de Egipto procede de una estela erigida en Gebel Barkal, cerca de la cuarta catarata, por el soberano nubio Piy (747-716 a.C.). Durante la segunda parte del siglo VIII a.C., los soberanos de Kush se habían convertido en importantes aspirantes al poder en Egipto. Tras las primeras manifestaciones de autoridad realizadas por Kashta, su hijo Piy lanzó una expedición militar contra Egipto; posiblemente para detener la política expansionista de Tefnakht de Sais. Las tropas de Piy parece que llegaron hasta Tebas sin oposición, quizá gracias a una acuerdo previo con los representantes locales de la XXIII Dinastía, y las ciudades del Alto Egipto septentrional capitularon con rapidez o fueron asediadas y capturadas. Menfis opuso resistencia y fue tomada al asalto, tras el cual los gobernantes locales se sometieron a Piy, reconociéndolo como su señor.

Tras esta demostración de fuerza, Piy regresó a Nubia, dejando prácticamente intacta la situación política de Egipto. Durante la siguiente década, Tefnakht asumió la categoría de rey; junto a su sucesor Bakenrenef (Bocoris) forma la XXIV Dinastía. Aunque asentado en Sais, la autoridad de Bakenrenef no tardó en ser reconocida en el delta hasta tan al sur como Heracleópolis. No obstante, tras haber probado las mieles del poder, los nubios no estaban dispuestos a tolerar su pérdida. En c. 716, Shabaqo (716-702 a.C.), sucesor de Piy, organizó una invasión. En esta ocasión Egipto fue formalmente anexionado a Kush y tanto Shabaqo como sus sucesores —Shabitqo, Taharqo y Tanutamani— han sido reconocidos por los historiadores posteriores como la XXV Dinastía. Según Manetón, Bakenrenef fue ejecutado, pero no se instauró un gobierno completamente centralizado. En vez de ello, los monarcas kushitas gobernaron como señores del país y permitieron que los dinastas continuaran controlando sus feudos. Para ser reconocidos como auténticos faraones egipcios

mostraron un especial respeto por las tradiciones religiosas y culturales egipcias, buscando de forma intencionada una relación ideológica con las grandes épocas del pasado egipcio, sobre todo el Reino Antiguo. Con este objetivo, Menfis se convirtió en la residencia preferida de los kushitas en Egipto y se estimularon los gustos arcaizantes, lo cual condujo a un renacimiento de las tendencias artísticas, literarias y religiosas que buscaban inspiración en épocas anteriores. En el sur, Tebas mantuvo su papel preponderante, pero el poder del gran sacerdote de Amón quedó eclipsado. En su lugar aumentó la importancia de la «esposa del dios Amón»; por lo general, esta sacerdotisa célibe era una princesa real, y cada «esposa del dios» adoptaba a su sucesora de entre los miembros más jóvenes de la familia real, eliminando así la posible aparición de una subdinastía con base en Tebas que pudiera amenazar la autoridad política del rey.

Los soberanos nubios también llevaron a cabo una agresiva política respecto a las antiguas dependencias y socios económicos egipcios en Palestina. Desgraciadamente, su intervención en la política de la región durante el comienzo del siglo VII a.C. llevó a un enfrentamiento directo con el poder de Asiría, que se encontraba en el proceso de imponer su control sobre esta zona del Levante. Como consecuencia de ello, gran parte del reinado de Taharqo (690-664 a.C.) estuvo dedicado a luchas cada vez más desesperadas por defender Egipto de las agresiones asirias. Finalmente, tras el saqueo de Tebas por parte de las tropas de Ashurbanipal (663 a.C.), el último soberano kushita fue expulsado de Egipto de forma permanente, quedando en manos de Psamtek de Sais (instalado en el trono por los asirios como soberano vasallo) la tarea de recuperar la independencia de Egipto.

Las Dinastías XXI a XXIV: el Período Libio

Los libios que se asentaron en Egipto antes y durante el Tercer Período Intermedio procedían fundamentalmente de los meshwesh (o ma) y de los libu, los principales grupos que amenazaron la seguridad de Egipto durante el Reino Nuevo. Su territorio original parece haber sido la Cirenaica, donde mantenían una economía basada sobre todo en el nomadismo pastoral, aunque también existen restos de algunos asentamientos. Es probable que la infiltración de baja intensidad de estas gentes a lo largo de la frontera occidental de Egipto fuera algo endémico, que culminó con las migraciones a gran escala de época de Merenptah y Ramsés III, producidas por los movimientos de población en la Cirenaica y debidas quizá a carestías locales de alimentos y a las incursiones de los «pueblos del mar» a lo largo de la costa del norte de África. Un factor adicional pudo ser la aparición entre los libios de finales del Reino Nuevo de una cooperación política y organización militar más concretas, lo que quizá provocó un impulso más constructivo respecto al asentamiento en Egipto. Durante el reinado de los sucesores de Ramsés III se produjo una afluencia constante de libios hacia Egipto. La existencia de diferentes grupos de población entre los libios y que su modo de vida fuera seminómada significa sin duda que fueron muchos los grupos, grandes y pequeños, que se trasladaron a Egipto de forma independiente. Algunos de estos libios eran prisioneros y otros mercenarios que se habían asentado en comunidades militares como parte de una política promovida por los reyes de la XX Dinastía, pero probablemente hubo muchos grupos pequeños que se asentaron sin quedar bajo control oficial.

El elemento libio en la sociedad egipcia

Muchos libios se asentaron en la zona comprendida entre Menfis y Heracleópolis, así como en los oasis del Desierto Occidental; pero con mucho la mayor concentración de ellos se daba en el delta occidental. Aquí el asentamiento se veía facilitado por la natural cercanía a la región de origen de los libios y por la poca relevancia que esta parte de Egipto tenía para los faraones: era una zona escasamente poblada y con una baja productividad agrícola, y se utilizaba sobre todo para pastorear ganado.

Gracias a la creciente eficiencia militar y política de los libios hacia finales del Reino Nuevo, sus jefes pudieron conseguir posiciones de influencia local. Ya existía en Egipto una clase de ex militares que habían sido recompensados por sus servicios con tierras y que podían alcanzar cargos elevados en la burocracia. Es probable que los jefes de los grupos de mercenarios libios fueran tan capaces de aprovecharse de esta situación como el que más y fue así como aparecieron varios principados, cada

uno con base en una ciudad importante y controlado por un jefe libio; una situación que no sólo se dio en el delta, sino en puntos estratégicos a lo largo de todo el valle del Nilo, sobre todo en Menfis y en la zona en torno a Heracleópolis. Desgraciadamente, la escasez de documentación de la XXI Dinastía oculta los estadios concretos mediante los cuales estos jefes alcanzaron el poder; pero encontramos libios con elevados cargos militares en la zona de Heracleópolis ya desde el comienzo del Tercer Período Intermedio. Por otra parte, la aparición de un soberano llamado Osorkon en el trono de Tanis en la segunda mitad de la XXI Dinastía es el más claro indicio de que habían alcanzado los principales puestos de la sociedad egipcia.

La consolidación del poder libio probablemente se consiguiera de modos diversos. El desarrollo de una forma de gobierno teocrática en la XXI Dinastía sin duda ayudó a que su gobierno resultara aceptable durante la crucial fase de transición, al concederle autoridad divina a su política. La integración en la sociedad egipcia pudo haber aumentado gracias a la aculturación. Si bien los crecientes contactos con tierras y costumbres extranjeras durante el Reino Nuevo habían convertido Egipto en una sociedad cosmopolita con una población mixta, los asentamientos de extranjeros seguían sufriendo un proceso de egiptización, cuya principal manifestación era la adopción de nombres, vestidos y costumbres funerarias egipcias. Si bien se puede aducir la existencia de aculturación en los libios, las pruebas en absoluto son definitivas. Los libios en Egipto carecen de una cultura material característica, aunque debido a la escasa documentación arqueológica que se posee tanto del delta del Nilo como de la Cirenacia, su tierra de origen, futuras investigaciones pueden cambiar este estado de cosas. Más significativo resulta que los libios de la XXI a la XXIV Dinastía no aparezcan como «extranjeros» en los registros gráficos o textuales egipcios. Los característicos rasgos étnicos asociados a los libios en el arte del Reino Nuevo (piel amarilla, trenzas laterales, tatuajes, tocados con plumas, fundas de pene y vestidos decorados) dejan de aparecer, lo cual no es del todo sorprendente, puesto que en estas representaciones los libios aparecían diferenciados de los egipcios por motivos ideológicos más que por un intento de reflejar de forma precisa su aspecto. Del mismo modo, es probable que las representaciones de los reyes y funcionarios de origen libio con los vestidos, atributos y características físicas tradicionales de los egipcios fuera una medida conciliadora destinada a fomentar la aceptación de su autoridad entre la población egipcia, lo cual no significa que se hubiera conseguido una integración completa. De hecho, existen varios indicios de que los libios conservaron en gran medida su identidad étnica. Sus característicos y muy poco egipcios nombres —Osorkon, Sheshonq, Takelot y otros— sobrevivieron durante siglos tras la llegada de los libios a Egipto, mientras que en períodos anteriores los extranjeros solían adoptar o se les daban nombres egipcios al cabo de una o dos

generaciones. Del mismo modo, los títulos de las jefaturas libias se mantuvieron durante mucho tiempo tras el asentamiento en Egipto, y llevar una pluma en el pelo se conservó como marca de los jefes de los meshwesh y los libu. Uno de los rasgos más característicos de los textos del Período Libio son las largas genealogías en estatuas y objetos funerarios, que no son habituales en las inscripciones egipcias con anterioridad a la XXI Dinastía. Aparentemente, el incremento de este tipo de registros refleja la nueva importancia concedida al parentesco y a la conservación de extensos linajes. Se trata de un tipo de prueba basada especialmente en la tradición oral y tiende a ser un rasgo importante de las sociedades no alfabetizadas, como la de los libios.

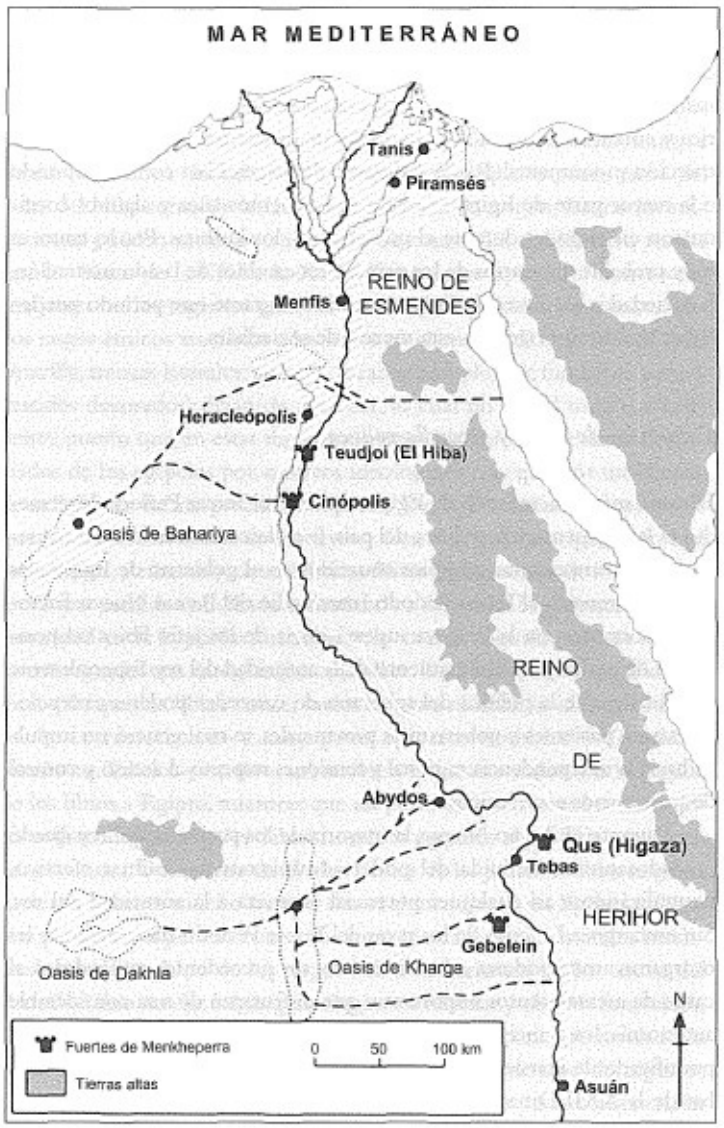
Libios y egipcios poseían orígenes culturales muy distintos: los libios eran seminómadas no alfabetizados, sin tradición de construcciones permanentes; mientras que los egipcios estaban alfabetizados, eran sedentarios y contaban con una larga tradición de instituciones formales y construcción monumental. Reyes y dinastas de origen libio controlaron todo o la mayor parte de Egipto durante cuatrocientos años y algunos continuaron en el poder durante el gobierno de los kushitas. Por lo tanto, es muy probable que varios de los principales cambios de la administración, la sociedad y la cultura de Egipto acaecidos durante este período puedan haber tenido su origen en esta mezcla de sociedades.

Estructuras de poder y geografía política

El rasgo más característico de Egipto durante el Tercer Período Intermedio es la fragmentación política del país. Esta descentralización fue consecuencia de importantes cambios ocurridos en el gobierno de Egipto, los cuales diferencian el Tercer Período Intermedio del Reino Nuevo. Factores importantes son la longeva supervivencia de los jefes libios en posiciones de poder y el debilitamiento de la autoridad del rey. Especialmente significativa fue la política del soberano de conceder poderes excepcionales a sus parientes y gobernantes provinciales, lo cual generó un impulso hacia la independencia regional y tensiones respecto al acceso y control de los recursos económicos.

Durante el Reino Nuevo, la mayoría de los parientes del rey quedó cuidadosamente excluida del poder administrativo y militar efectivo, neutralizándose así cualquier potencial amenaza a la autoridad del rey. Sin embargo, a los hijos de los reyes del Tercer Período Intermedio se les otorgaron unos poderes administrativos sin precedentes, situándolos al cargo de asentamientos importantes que disfrutaron de una considerable autonomía; los principales fueron Menfis, Heracleópolis y Tebas. Hasta el pontificado de Harsiese (c. 860 a.C.), todos los grandes sacerdotes de Tebas de la XXII Dinastía fueron hijos del rey en ejercicio y, como muchos de estos

príncipes locales también disponían de poder militar, esto tuvo importantes implicaciones en el desarrollo de los acontecimientos políticos.



Mapa de las principales ciudades y centros dinásticos del final del Tercer Período Intermedio (*c.* 730 a.C.).

Igual de reveladora es la política real de permitir que los cargos de la burocracia, el clero y el ejército se convirtieran en sinecuras hereditarias para las familias provinciales. Durante el Reino Nuevo, en ocasiones los cargos pasaron de padre a hijo, pero el proceso en modo alguno era automático. En el Tercer Período Intermedio la práctica se volvió endémica; ya durante la XXI Dinastía el cargo de «gran sacerdote de Amón» y el de general en jefe estaban controlados por una única familia. Un intento realizado por los primeros soberanos de la XXII Dinastía de sortear los debilitantes efectos de este monopolio mediante el nombramiento de los hijos del rey como grandes sacerdotes de Tebas y de otros parientes del rey en cargos importantes no detuvo la tendencia; en realidad, lo primero fomentó la descentralización y, en cuanto a lo segundo, el principio hereditario no tardó en reafirmarse a sí mismo. Los efectos de esta práctica son evidentes en Tebas, donde las inscripciones genealógicas en los objetos funerarios y las estatuas de los templos muestran el linaje de los cargos importantes de la administración y del sacerdocio a lo largo de muchas generaciones de familias locales. La aparición en las genealogías de esta época de la frase mi *nen* («el igualmente titulado») delante de los nombres de los antepasados es un indicio de que la transferencia de los cargos de una generación a otra se había convertido en una práctica común. Estas familias reforzaban su posición casándose con otros clanes con cargos importantes, creando así poderosas élites locales que controlaban los centros provinciales. Los funcionarios del gobierno centralizado tradicional, como el visir o los «supervisores del tesoro y los graneros» —quienes durante el Reino Nuevo habían sido un freno a la independencia de las provincias— ahora sólo tenían influencia local o, en el caso de los visires del sur, eran ellos mismos miembros de la aristocracia provincial dominante.

En estas condiciones, la independencia de los centros regionales y la aparición de dinastías colaterales era prácticamente inevitable. El proceso de descentralización fue más marcado en el delta. Aquí varios centros provinciales cayeron bajo control de los jefes libios y algunos de ellos —sobre todo Sais y Leontópolis— terminaron por eclipsar la preeminencia de la XXII Dinastía, cuya esfera de influencia quedó reducida a una pequeña zona centrada en torno a Tanis y Bubastis. La situación en el Alto Egipto era análoga, si bien esta parte del país mantuvo una mayor cohesión territorial que el norte. Tebas fue predominante durante todo el período, basando su importancia en su categoría como principal centro de Amón y en que era el centro de la élite local más poderosa.

Principales poblaciones y divisiones políticas a comienzos del Tercer Período Intermedio.

La actitud del rey respecto a esta progresiva fragmentación tuvo una importancia vital. Durante el Primer y el Segundo Período Intermedio, la división del poder en Egipto entre dos o más soberanos fue considerada como inaceptable; sin embargo, durante el Tercer Período Intermedio la descentralización no se consideró consistentemente negativa. Los nombramientos a largo plazo de los familiares del rey para ocupar puestos con poder y el casamiento de las hijas del rey con importantes gobernadores provinciales se consideraban medidas que reforzaban la autoridad del rey; no obstante, ambas produjeron el efecto contrario, promoviendo la descentralización al fortalecer la base de poder de los gobernantes locales. Se ha sugerido que el rey Sheshonq III (825-773 a.C.), preocupado por la cada vez menor autoridad de la XXII Dinastía, creó de forma voluntaria un linaje real colateral, la XXIII Dinastía, como medio de conservar un cierto control sobre las élites provinciales. Esto resulta muy dudoso, sobre todo en vista de la cuestionable categoría de la XXIII Dinastía. Conseguimos una visión más clara si asumimos que la descentralización no sólo se aceptaba, sino que estaba institucionalizada como forma de gobierno. La imagen política que emerge según avanza el Tercer Período Intermedio es la de una federación de gobernantes semiautónomos, súbditos nominales (y a menudo parientes) de un rey-señor. Quizá se trate de un ejemplo del impacto de la presencia libia en la administración, puesto que este tipo de sistema puede ser compatible con los patrones de gobierno de una sociedad seminómada como la suya. En favor de esta interpretación debemos mencionar que —a pesar de la importancia durante el período de los cargos militares y de los asentamientos fortificados— las referencias explícitas a conflictos internos son limitadas y no deben ser consideradas como signos de una deriva hacia la anarquía.

La geografía política de Egipto durante el Tercer Período Intermedio revela indicios de una división norte-sur. El control del norte estaba casi por completo en manos de los libios. De hecho, su influencia fue crucial para la colonización y explotación del delta. Los meshwesh ocuparon las principales ciudades de la zona oriental y central (Mendes, Bubastis y Tanis). La influencia principal de los libu quizá se dejó sentir más tarde que la de los anteriores y, por lo tanto, se asentaron en la menos lucrativa zona occidental, en torno a Imau. Terminaron creando la dinastía de Sais. Otro grupo, los mahasun, lo encontramos hacia el sur. La distribución cronológica y espacial de las «estelas de donación» quizá refleje la progresiva labranza de la tierra cultivable, desde los extremos oriental y occidental del delta hacia el centro, según se iban ocupando zonas vírgenes o incultas hasta el momento. La categoría semiindependiente de centros como Bubastis, Mendes, Sebenitos y Dióspolis probablemente quedó establecida durante la primera fase del asentamiento libio y se mantuvo durante las centurias subsiguientes.

El Alto Egipto estaba menos fragmentado que el delta. Aunque centros como

Hermópolis, Heracleópolis, El Hiba y Abydos seguían siendo importantes, Tebas mantuvo su papel predominante durante todo el Tercer Período Intermedio. La resistencia meridional al control impuesto por el norte fue un rasgo recurrente de los siglos X al VIII a.C., teniendo Tebas y sus funcionarios el papel principal.Ya a comienzos de la XXII Dinastía tenemos signos de ello; en inscripciones grabadas a comienzos de su reinado, Sheshonq I ostenta el título de «jefe de Ma» más que el de «rey». Subsiguientemente, el nombramiento del cargo de «gran sacerdote» fue una importante fuente de desavenencias. La reclamación del principado por parte del príncipe Osorkon, hijo de Takelot II, provocó una feroz resistencia, prefiriendo los tebanos reconocer la autoridad de Pedubastis I y Iuput I (reyes de la XXIII Dinastía) y subsiguientemente la de Osorkon III y sus sucesores, antes que la de los faraones tanitas. Con posterioridad, los gobernantes meridionales se aliaron con el rey de Kush y continuaron fechando las inscripciones según el reinado de los monarcas kushitas, incluso después que éstos hubieran sido expulsados de Egipto; en realidad lo siguieron haciendo hasta los primeros años de Psamtek I (664-610 a.C.) de Sais.

Bajo la división política norte-sur subyacía una división étnica. Los nombres, títulos y genealogías revelan que la población del norte era predominantemente libia y la del sur egipcia. Algo que también puede apreciarse en la cultura material. Tras el Reino Nuevo, la evolución de la escritura hierática utilizada en los documentos mercantiles produjo dos formas divergentes: el demótico en el norte y el hierático «anormal» en Tebas; una prueba de que la administración del norte no tuvo impacto apreciable en esta última ciudad. Otros cambios lingüísticos confirman los indicios de una ruptura de las tradiciones del Reino Nuevo: los escribas del Período Libio empleaban construcciones gramaticales y deletreos fonéticos que reflejan el uso de la lengua hablada, en vez del recurso a las construcciones tradicionales, y en las inscripciones monumentales comenzó a hacerse un mayor uso del hierático en detrimento de los jeroglíficos. Estos cambios, sobre todo el último de ellos, son típicos en el norte y reflejan falta de interés por la tradición por parte de los libios, que estaban lidiando por dominar una lengua que les resultaba poco familiar.

La ideología de la realeza

La subordinación del soberano terrenal a Amón, que era el aspecto clave de la teocracia, les pudo parecer a los reyes libios de la XXI Dinastía un medio político de asegurarse la sanción divina para el nuevo régimen. Como ya se mencionó en el capítulo 10, la relación entre Amón y el rey cambió durante el Reino Nuevo. Con la creación de la teocracia en la XXI Dinastía, la independencia política del soberano alcanzó su punto más bajo y su capacidad ejecutiva apenas superaba a la de los grandes sacerdotes. De hecho, al mismo tiempo que tres de los pontífices tebanos

adoptaban títulos regios, el faraón Psusennes también aparece como «gran sacerdote de Amón», lo que indica que ambos títulos estaban más cerca de equipararse que nunca. La asunción por parte de los tebanos de los títulos reales fue limitada, pues si bien Herihor y Pinudjem I aparecen representados con prerrogativas regias (del mismo tamaño que los dioses, con vestidos reales y con sus nombres dentro de cartuchos), Herihor sólo aparece así en los relieves de los templos y en el papiro funerario de su esposa Nodjmet, mientras que su prenomen regio es sencillamente el título «gran sacerdote de Amón». El comandante Menkheperra, hijo de Pinudjem I, sólo utilizó los cartuchos de forma ocasional y únicamente una vez aparece con vestidos regios. El único que mostró interés por la categoría de faraón fue Pinudjem I, que fue enterrado con honores reales. Esta realeza esporádica se asumió fundamentalmente por motivos cultuales: como el rey era el punto de contacto entre el mundo de los hombres y el de los dioses, un Estado prácticamente independiente como el del Alto Egipto necesitaba a alguien que representara su papel. A comienzos de la XXII Dinastía, los libios estaban firmemente establecidos en el poder y, por lo tanto, el carácter teocrático del gobierno disminuyó. Sheshonq I y sus sucesores volvieron a enfatizar la autoridad política del rey; pero cuando ésta se debilitó con posterioridad al c. 850 a.C., fueron primero el «gran sacerdote» de Tebas y subsiguientemente las «esposas del dios Amón» y sus funcionarios, más que el propio Amón, los que ejercieron el poder.

Durante los siglos XI-VIII a.C., los soberanos libios hicieron uso de muchas de las manifestaciones externas del gobierno faraónico tradicional para reafirmar su categoría como verdaderos reyes de Egipto. Aparecen representados con vestidos faraónicos, con la titulatura completa de cinco nombres y también en actitud de golpear a los enemigos delante de Amón (atestiguada para Siamon y Sheshonq I), en lo que era un símbolo de su papel tradicional como preservadores de la *maat* (el orden del universo) mediante la derrota de los enemigos de Egipto; al mismo tiempo, la celebración de una fiesta *Sed* los relacionaba con las pasadas generaciones de soberanos. La fiesta *Sed* que tuvo lugar en Bubastis en el año 22 de Osorkon II (874-850 a.C.) fue conmemorada en los relieves de una puerta de granito rojo especialmente construida para ello que sigue muy de cerca la tradición en las formas de las ceremonias representadas. Para otorgarle más legitimidad al gobierno de los extranjeros, la ideología real se desarrolló según unas líneas cuidadosamente escogidas. Uno de esos cambios es la asimilación más frecuente del rey con el niño Horus, hijo de Osiris e Isis, al cual se alude en la titulatura de varios reyes libios a partir de Sheshonq y que encuentra un paralelo en las representaciones del faraón siendo amamantado por una diosa. Estos fenómenos estaban sin duda destinados a reconciliar a la población indígena con el gobierno de un extranjero; hyksos, persas y ptolomeos encontraron políticamente útil esta asimilación. No obstante, como ya se

ha mencionado, los libios nunca se egiptizaron del todo y, a pesar de su aspecto faraónico, sus reyes prefirieron patrones de gobierno distintos a los de sus precursores del Reino Nuevo.

Un claro ejemplo de ello es la aparente tolerancia de los libios a la presencia simultánea de dos o más «reyes», cada uno de ellos titulado «rey del Alto y del Bajo Egipto», sin importar cuáles fueran sus esferas respectivas de influencia. No es el único signo de que los soberanos libios habían adoptado las formas de la realeza egipcia, pero sin comprenderla del todo; durante el Reino Nuevo se concedió gran importancia a la composición de la titulatura, que era distinta para cada rey y reflejaba cuidadosamente el programa pensado para el reinado. Sin embargo, la titulatura de los soberanos libios se caracteriza por una monótona repetición de prenomina y epítetos reales que con frecuencia dificulta la correcta atribución de los monumentos reales de este período.

No sólo resulta más difícil distinguir a los reyes entre sí, sino que se desdibuja la separación entre éstos y sus súbditos. La estructura del poder en Egipto en torno a 730 a.C., tal cual nos la revela la «estela de la victoria» de Piy, muestra a jefes meshwesh en pie de igualdad con reyes, si bien sin títulos reales. Unas pocas décadas después, al final del gobierno kushita, la documentación asiría (el Cilindro de Rassam) revela una situación comparable, con todos los gobernantes locales agrupados juntos sin importar sus títulos. Entre ellos se incluye a un «rey» (Nekau I [672-664 a.C.]), un «gran jefe», un gobernador y un visir. La pérdida de la categoría única del rey se manifiesta de numerosas maneras. En el arte, las personas no pertenecientes a la realeza se representan realizando actos anteriormente reservados a los reyes: en una estatuilla un jefe libio aparece arrodillado y realizando una ofrenda a un dios; un relieve muestra a otro jefe consagrando «piezas selectas» de carne en el altar de los dioses de Mendes; un «gran sacerdote de Amón» y un sacerdote de menor rango ofrecen en estelas una imagen de *maat*. El mismo fenómeno se refleja en las fuentes económicas, sobre todo en las «estelas de donación». En el Reino Nuevo sólo el rey realizaba estas donaciones; en el Tercer Período Intermedio son numerosas las estelas que recogen donaciones a los templos y, si bien en ocasiones el donante es el rey, en la mayoría de las ocasiones se trata de un jefe libio o de un particular. Incluso los nombres personales pueden ser reveladores: Ankh-Pediese, mencionado en una estela del Serapeo como nieto del «gran jefe de los meshwesh Pediese», tiene un nombre que significa «Que Pediese pueda vivir» y con el cual conmemora a un jefe libio en un contexto donde tradicionalmente sólo se mencionaba a personas de la familia real (el rey o la «esposa del dios Amón»). Quizá lo más notable de todo sea la intrusión de miembros del séquito del rey en el lugar de enterramiento de su señor: el entierro del general Wendjebauendjed en una cámara de la tumba de Psusennes I en Tanis habría sido algo impensable durante el Reino Nuevo, pero ahora el rey tenía

más bien el carácter de un señor feudal, apoyado por una red de parientes cercanos y criados cuyos lazos con él eran importantes incluso en la tumba.

El ejército durante el Período Libio

Tras el Reino Nuevo, la principal base del poder en Egipto fue el ejército y no el control burocrático. El nuevo orden fue fundado por comandantes de ejército y durante toda la XXI Dinastía los gobernantes del principado meridional fueron en su mayoría generales. Los nombramientos de los soberanos de la XXII Dinastía se aseguraron de que la mayoría de los gobiernos provinciales estuvieran ocupados por comandantes del ejército y las referencias a las fortalezas y guarniciones bajo su mando demuestran que sus títulos no eran meramente honoríficos.

La construcción de fortalezas es una de las actividades mejor documentadas de este período. Pocas están atestiguadas arqueológicamente por algo más que unos pocos restos, pero el emplazamiento de muchas de ellas se conoce gracias al hallazgo de ladrillos estampillados con los nombres de sus fabricantes. Estas pruebas demuestran que durante la XXI Dinastía se construyó en el Alto Egipto toda una serie de fortalezas (probablemente durante los reinados de Pinudjem I y Menkheperra). Existe una especial concentración de estas instalaciones en la orilla este del Nilo en el Egipto Medio septentrional, en El Hiba, Sheihk Mubarek yTehna (Akoris). Desde estas fortalezas se podía mantener un cuidadoso control del tráfico del Nilo y aplastar con rapidez muchas insurrecciones locales.

El Hiba no era un mero punto de control y guarnición. Se trataba de un fuerte fronterizo y fue el cuartel general septentrional de los gobernantes del Alto Egipto durante la XXI Dinastía. Aquí se han encontrado cartas de la época, escritas sobre papiro, donde se menciona a los generales Piankh y Masaharta y de esta misma zona probablemente procedan los papiros con las composiciones literarias *La historia de Wenamon*, *Las tribulaciones de Wermai* y el *Onomastícon de Amenemope*. El emplazamiento siguió funcionando como importante cuartel general militar durante la XXII Dinastía; Sheshonq I construyó aquí un templo al que realizó añadidos Osorkon I. Posteriormente, el príncipe Osorkon utilizó el lugar como base de operaciones durante su conflicto con sus oponentes tebanos.

Durante el Tercer Período Intermedio, los asentamientos civiles también parecen haber adquirido el carácter de fortalezas militares. En los turbulentos momentos de finales del Reino Nuevo, la administración de la orilla occidental de Tebas se refugió en el fortificado templo de Medinet Habu, que aparentemente se convirtió en la residencia de los grandes sacerdotes durante la XXI Dinastía. No es el único caso. La descripción de la campaña de Piy en c. 730 a.C. muestra que las ciudades como Hermópolis y Menfis estaban fortificadas y eran lo bastante fuertes como para

soportar un asedio. Resulta evidente que el estilo de vida de los egipcios había adquirido un aspecto defensivo.

Las grandes concentraciones de tropas a lo largo del Nilo pueden tener su origen en la determinación de los jefes libios por imponer su gobierno sobre todo Egipto. Esto, junto a la bien documentada resistencia de Tebas al control externo, probablemente explique la presencia de fortalezas de la XXI Dinastía en emplazamientos tan meridionales como Qus y Gebelein, donde apenas podían haber servido como protección en caso de un ataque procedente del exterior del valle del Nilo. Durante el reinado de Pinudjem I tuvo lugar una rebelión en la zona tebana, pero su naturaleza es oscura. De hecho, sólo se conoce por la estela erigida por el «gran sacerdote» Menkheperra para conmemorar el perdón de algunos de los implicados y su regreso del oasis al cual habían sido exiliados como castigo. Más de un siglo después, los enfrentamientos del príncipe Osorkon contra los rebeldes tebanos demostraron la necesidad del ejército para conservar la autoridad de esta zona.

La relativamente tranquila política exterior de los soberanos egipcios durante el Tercer Período Intermedio puede considerarse como la lógica contrapartida a su situación interna. Con un régimen cada vez más descentralizado y con una parte sustancial de la fuerza militar utilizada para mantener el orden dentro de Egipto, es probable que no se pudieran conseguir ni la concentración de fuerzas ni los recursos económicos necesarios para llevar a cabo una política expansionista consistente.

Economía y control de los recursos durante las Dinastías XXI-XXIV

El período que va desde la XXI hasta la XXIV Dinastía destaca por la escasez de monumentos de piedra a gran escala del tipo erigido durante el Reino Nuevo. Excepto por los realizados en Tanis, los trabajos de construcción de los reyes se redujeron principalmente a añadidos menores y a la reparación de estructuras ya existentes. Este reducido nivel de actividad coincide con un amplio reciclado de monumentos y materiales, un fenómeno particularmente evidente en Tanis, donde gran parte de los objetos de piedra —bloques, columnas, obeliscos y estatuas— se trajeron desde Piramsés y otros lugares para reinscribirse o, sencillamente, reconstruirlos sin modificaciones. Si los comparamos con la producción de otros períodos, estos factores pueden considerarse como signos de una economía débil. De hecho, es indudable que con el Tercer Período Intermedio comenzó una época de tensión económica y, por lo que podemos percibir, los ingresos procedentes del Levante y el interior de África fueron muy reducidos si se equiparan con los que estuvieron disponibles durante el Reino Nuevo.

No obstante, existen varios indicios de que la economía egipcia no se debilitó

seriamente durante todo el período. La naturaleza escasamente ambiciosa de los proyectos constructivos del Tercer Período Intermedio y su elevada dependencia respecto a los materiales reutilizados puede explicarse de forma convincente por el estado de fragmentación política del país. Sin una administración centralizada gobernada por un único soberano no era posible controlar los recursos de Egipto con eficacia o movilizar las inmensas fuerzas de trabajo que construyeron las pirámides menfitas o los templos de Karnak. Resulta significativo que la relativamente breve fase de gobierno fuerte y centralizado (los reinados de Sheshonq I y Osorkon II) coincida con la construcción de varios de los monumentos más importantes de la época: el Portal Bubastita en Karnak y la «Sala de la fiesta» de Osorkon II en Bubastis.

La información respecto al estado de la economía agrícola de este período es muy limitada. Nuestras únicas fuentes son unos pocos papiros (entre ellos el Papiro Reinhardt) y las estelas de donación. No obstante, estas últimas son muy interesantes; la mayoría datan de la XXII y XXIII Dinastías y recogen la asignación de tierras a los templos para crear heredades para los cultos funerarios. Las grandes cantidades de estelas encontradas en el norte indican que la productividad de la tierra agrícola seguía siendo lo bastante buena como para que hubiera un excedente disponible para estos propósitos. Como ya se ha comentado anteriormente, la distribución de estas estelas también indica que zonas importantes del delta central y oriental estaban cultivándose.

También hay pruebas de que no faltaban otras formas de riqueza. Los ajuares funerarios de los reyes de la XXII y XXIII Dinastías encontrados en las tumbas reales de Tanis albergaban sustanciales cantidades de oro y plata, mientras que una inscripción procedente de Bubastis que recoge la dedicación por parte de Osorkon I de estatuas y utensilios de culto a los templos de Egipto menciona el equivalente a más de 391 toneladas de objetos de oro y plata (aparentemente, todos ellos presentados durante los primeros cuatro años de reinado). Se ha sugerido que una parte puede ser el botín de la campaña palestina de Sheshonq I, realizada unos años antes, mientras que quizá otra parte fuera material reciclado extraído de las tumbas del Reino Nuevo. No obstante, una economía que se podía permitir la anulación económica de una cantidad tal de metales preciosos mediante su consagración a los dioses indica que estaba saneada.

El reciclado de recursos indudablemente tuvo su papel a la hora de mantener repletas las arcas del Estado. Es probable que éste fuera el principal motivo (más que una piadosa preocupación por los muertos) del desmantelamiento de las tumbas reales del Reino Nuevo, llevado a cabo en Tebas durante la XXI Dinastía. Las momias de los reyes y sus esposas y familiares se sacaron de sus tumbas, fueron desprovistas de casi todos sus bienes y reinhumadas en grupos en *cachés* discretos y

fáciles de proteger. Las anotaciones hieráticas sobre los ataúdes y sudarios donde se describen los acontecimientos muestran que éstos tuvieron lugar bajo la autoridad de los generales que gobernaban. Por otra parte, los cientos de grafitos dejados en las rocas por el escriba Butehamon y sus colegas dan fe de la sistemática búsqueda y saqueo de las viejas tumbas. Es indudable que se fundió mucho metal precioso para su reutilización, pero algunos objetos parecen haberse destinado al enterramiento de los reyes tanitas: los pectorales encontrados sobre la momia de Psusennes I se parecen mucho a ejemplares del Reino Nuevo, como los de la tumba de Tutankhamon, y en algunos de los cartuchos se observan restos de nombres modificados. También se reciclaron objetos de gran tamaño. Se sacó un sarcófago de granito de la tumba de Merenptah y se transportó hasta Tanis, donde se reinscribió en el enterramiento de Psusennes I. Los ataúdes de madera de Tutmosis I fueron restaurados y utilizados para albergar la momia de Pinudjem I. En esta ocasión el ahorro puede haber tenido menos importancia para Pinudjem que la oportunidad de verse asociado directamente a uno de los grandes reyes del pasado de Egipto, consiguiendo así un cierto apoyo ideológico a su poco ortodoxa reivindicación de la categoría faraónica. Curiosamente, lo que pudo haber comenzado como una prerrogativa de los gobernantes tebanos no tardó en extenderse; en la XXI Dinastía, una gran parte de los ataúdes utilizados en Tebas fueron reinscritos y reutilizados al poco tiempo del enterramiento original, probablemente de forma ilícita: una etiqueta escrita sobre un ataúd del Museo Británico recoge cómo se le devolvió a su dueño original después de que los trabajadores de la necrópolis fueran sorprendidos mientras lo usurpaban.

El gobierno kushita (XXV Dinastía, 747-664 a.C.)

La documentación es extremadamente escasa para los acontecimientos ocurridos en Nubia desde el final del Reino Nuevo hasta el comienzo del siglo VIII a.C. Aunque la sugerencia de que la Baja Nubia estuvo despoblada durante este período probablemente sea una exageración, su población sí pudo haber sido menos próspera que en épocas anteriores y quizá incluso haber regresado a una economía seminómada o emigrado al sur, más próspero. Las esporádicas referencias a virreyes de Kush durante la XXI-XXIII Dinastías indican que los egipcios mantuvieron una cierta pretensión de autoridad sobre la región; por otra parte, se ha sugerido que los elementos de la titulatura real y los epítetos formales de las inscripciones de los templos de Egipto atestiguan la existencia de una política agresiva para reconquistar la Alta Nubia; pero, de haber sido éste el caso, no tuvo un efecto duradero.

El ascenso de Kush

En esta época no hay pruebas en la propia Nubia de la existencia de un gobierno o campaña provincial. De hecho, las inscripciones nubias sugieren que, tras la retirada de la autoridad egipcia a finales del Reino Nuevo, surgieron varios poderes locales, que quizá mantuvieron un cierto grado de continuidad en lo que respecta a las instalaciones administrativas y religiosas egipcias. Probablemente fueron estos grupos los responsables de la pequeña cantidad de inscripciones jeroglíficas y relieves de tradición iconográfica egipcia que parecen datar de esta época; los relieves de la reina Karimala en el templo del Reino Nuevo de Semna son un ejemplo.

El más importante de esos grupos indígenas surgió río abajo de la cuarta catarata. Los primeros de sus soberanos se enterraron en El Kurru. Si bien la secuencia exacta de las tumbas es incierta, sí resulta evidente una clara evolución en los aspectos formales de las mismas. Las primeras poseen un carácter nubio muy marcado, con una estructura en forma de túmulo circular o de mastaba sobre el pozo funerario que contenía el cadáver, dispuesto sobre un lecho. Las tumbas posteriores se caracterizan por rasgos de inspiración más egipcia (mastabas acompañadas de una capilla para ofrendas, todo dentro de un recinto delimitado por un muro). Es probable que El Kurru fuera la base original del poder de estos soberanos, puesto que aquí se ha identificado un asentamiento con muros defensivos; pero a finales del siglo VIII a.C. su centro político y religioso se había trasladado a Napata, cerca del gran afloramiento rocoso de Djebel Barkal. Durante el Reino Nuevo, éste había sido el centro del culto de Amón en Nubia y la adoración al dios estatal egipcio se convirtió en un rasgo característico de la élite gobernante kushita. A mediados del siglo VIII

a.C., los jefes de Napata se habían convertido en señores de Nubia y ya mantenían ciertas pretensiones de gobernar también Egipto.

La conquista kushita de Egipto

El contacto directo con Egipto se reanudó en torno al año 750 a.C. Kashta, el primer soberano de Kush del que conservamos documentación contemporánea, parece haber sido reconocido como rey en toda Nubia hasta tan al norte como Asuán, donde se erigió una estela donde aparece como «rey del Alto y el Bajo Egipto». La introvertida naturaleza del gobierno egipcio probablemente facilitara estos avances. Durante el reinado de Piy, hijo de Kashta, quizá se alcanzara algún tipo de acuerdo con los soberanos de la XXIII Dinastía, aceptados en la zona tebana. La autoridad de Piy fue reconocida y su hermana, Amenirdis I, adoptada por Shepenwepet I para ser su sucesora como «esposa del dios Amón». Estos pasos preliminares fueron seguidos en torno a 730 a.C. de una demostración de poder más evidente, en forma de expedición militar kushita. Según la vivida descripción proporcionada por la estela triunfal de Piy en Gebel Barkal, la campaña fue provocada por la rápida expansión territorial de Tefnakht de Sais. Tras haberse hecho con el control de todo el delta occidental y de la zona menfita, este poderoso príncipe estaba extendiendo su influencia a las ciudades del Alto Egipto septentrional. Nimlot, un reyezuelo de Hermópolis, unió fuerzas con Tefnakht; pero otro «rey», Peftjauawybast, tras haber declarado su lealtad a Piy, fue asediado en su ciudad, Heracleópolis. Las fuerzas de Piy avanzaron Nilo abajo, deteniéndose en Tebas para rendir homenaje a Amón antes de socorrer a Peftjauawybast y capturar Hermópolis. La mayoría de las ciudades a lo largo del río capitularon, pero Menfis opuso una testaruda resistencia y fue tomada al asalto. No obstante, Piy, con una notable reverencia por las tradiciones religiosas de Egipto, se preocupó de que los templos de la ciudad quedaran a salvo del saqueo y la profanación. Tras haber adorado a los dioses de Menfis y Heliópolis, Piy recibió el homenaje de los soberanos provinciales, que reconocieron su autoridad sobre Egipto y sobre Kush.

Piy pasó el resto de su reinado en Nubia y a su muerte fue enterrado en El Kurru, en una tumba de fuerte carácter egipcio, con una superestructura piramidal y un ajuar que incluía *shabtis*. No obstante, el cercano enterramiento de un tiro de caballos, un rasgo asociado también a los enterramientos de los sucesores de Piy y una práctica evidentemente kushita, no era nada egipcio. Es probable que en los años siguientes la situación en Tebas permaneciera estable. El nombramiento de Amenirdis I como «esposa del dios Amón» —sin duda con el apoyo de un séquito kushita— dio peso a la influencia en la zona de los soberanos nubios. Sin embargo, en el norte se permitió que los dinastas locales conservaran el control de sus provincias y, durante el reinado

de Tefnakht de Sais y su sucesor, Bakenrenef, la XXIV Dinastía reanudó su expansión territorial. Ante esta provocación, el nuevo soberano kushita, Shabaqo, reconquistó Egipto en torno a 716 a.C., imponiendo su autoridad sobre los gobernadores provinciales.

El gobierno de los monarcas kushitas

La base fundamental del gobierno kushita era militar. Las relaciones entre el rey y su ejército fueron evidentes durante toda la XXV Dinastía. La devoción de las tropas de Piy a su señor se subraya de continuo en el texto de su estela triunfal y las hazañas físicas y el entrenamiento militar fueron importantes, tanto para los propios soberanos como para sus soldados. De ahí que el joven Taharqo estuviera presente en persona en la batalla de Eltekeh (701 a.C.), mientras que una estela de Dashur nos cuenta los detalles de un agotador ejercicio militar organizado por este mismo rey en el desierto entre Menfis y Fayum. No obstante, a pesar del poderío de sus fuerzas armadas, los reyes kushitas quizá se sintieran incapaces de controlar tanto su tierra nativa como un Egipto unificado. Esto quizá influyera en su tolerancia hacia una administración descentralizada en Egipto, puesto que los principados que habían gozado de una casi autonomía durante la época de los faraones libios conservaron su individualidad durante el reinado de los kushitas. De ahí que a principios del siglo VII a.C. Tanis siguiera gobernada por príncipes locales, algunos de los cuales presumían de títulos reales; una situación que se refleja en el ciclo demótico de historias centradas en el rey Pedubast de Tanis —se desconoce qué relación, en caso de que hubiera alguna, existió entre estos gobernantes tanitas y el linaje real de la XXII Dinastía—. También sobrevivió el principado saíta, que terminaría reunificando Egipto durante el reinado de Psamtek I. En Tebas, el cargo de «esposa del dios Amón» fue creciendo en importancia, convirtiéndose en un valioso apoyo para la autoridad del rey; siguieron existiendo otros cargos tradicionalmente poderosos, como el de visir, pero desprovistos de poder efectivo. El cargo de «gran sacerdote de Amón», tan a menudo fuente de tensión en años anteriores, aparentemente había permanecido vacante durante la parte final del siglo VIII a.C., pero fue reinstaurado de nuevo y vuelto a entregar a un hijo del rey. No obstante, resulta significativo que su poseedor tuviera poco o ningún poder, ni militar ni civil. La influencia local en el Alto Egipto cada vez recayó más en aquéllos que ostentaban el cargo de gobernador de Tebas o pertenecían al séquito de la «esposa del dios». Durante la primera fase del gobierno kushita, los servidores de la casa real fueron nombrados para ocupar estos puestos importantes de la administración civil y religiosa de Tebas, siendo reemplazados al cabo de unos años por vástagos de las familias locales.

Durante el reinado de los kushitas se modificó la ideología de la realeza. Se

hicieron cambios pequeños pero significativos en la iconografía real: en la diadema del rey se representó con regularidad un doble uraeus; dejó de verse la corona azul y se volvió habitual la corona-gorro, tanto en su forma básica como con bandas adicionales: un tocado característicamente kushita. Las innovaciones también son aparentes en el modo de transmitir la realeza; mientras que en Egipto la sucesión real había sido patrilineal, en Kush un rey no era necesariamente sucedido por su hijo, sino en ocasiones por su hermano. Ciertamente, éste fue el sistema que se utilizó durante la XXV Dinastía, pues tanto a Piy como a Shabitqo (702-690 a.C.) les sucedieron sus hermanos. A pesar de estas divergencias con respecto a las normas egipcias, los soberanos kushitas buscaron fortalecer su legitimidad haciéndose pasar por los defensores de la antigua tradición. De ahí que Menfis se convirtiera en la principal residencia real; una estela de Kawa recoge que Taharqo fue coronado en Menfis y sabemos que Shabaqo, Shabitqo y Taharqo realizaron aquí trabajos de construcción. Desde el punto de vista político era una excelente maniobra (Tanis estaba demasiado lejos como para servir de centro neurálgico de un Egipto unificado); pero también había poderosas razonas ideológicas para potenciar la relevancia de la zona menfita: al hacerlo los faraones kushitas podían asociarse de forma directa a los grandes soberanos del Reino Antiguo. Las tumbas reales de Kush se construyeron con forma de pirámide. Las escenas del templo T de Kawa fueron copiadas por artistas menfitas de los templos mortuorios reales de Sakkara y Abusir (la inclusión en Kawa de una escena de Taharqo representado como una esfinge que derrota a los enemigos libios —si bien basada en modelos del Reino Antiguo— puede muy bien haber pretendido enfatizar el triunfo de los kushitas sobre los antiguos soberanos de Egipto).

Las ampulosas y monótonas titulaturas reales del Período Libio se reemplazaron por otras más sencillas que recuerdan el estilo del Reino Antiguo —el prenomen de Taharqo (Khunefertemra) asimilaba al rey con el dios menfita Nefertem—. La elevada categoría del dios Ptah también se vio reafirmada mediante la conservación del texto conocido como la *Teología menfita de la Creación*. Esta inscripción, supuestamente copiada de un papiro en mal estado por orden de Shabaqo, se talló en una estela de basalto que en la actualidad se encuentra en el Museo Británico; el texto da la primacía a Ptah como creador del universo. Al mismo tiempo, la devoción a Amón, que era un rasgo tan importante de la monarquía kushita, continuó siendo enfatizada con amplias renovaciones y añadidos a los templos de Tebas y con la promoción del papel de Amón como dios creador, tal y como se destaca en la forma y decoración de la notable estructura erigida por Taharqo cerca del lago sagrado de Karnak.

Los lazos interculturales: Egipto y Kush

Los soberanos kushitas ya habían absorbido parte de la cultura egipcia antes de Piy, como demuestra el diseño de las últimas tumbas de El Kurru. Se desconocen las fuentes de esta influencia en los primeros momentos del reinado, pero los contactos comerciales, junto a la supervivencia de algunas prácticas cultuales egipcias en Gebel Barkal, pueden haber sido importantes. Estas tendencias se desarrollaron aún más tras la intensificación de los contactos durante el siglo VIII a.C. y, ya en la época de Kashta, es aparente en la iconografía una fuerte egiptización del soberano. A lo largo de la XXV Dinastía, los soberanos y la élite aparecen representados con vestimentas egipcias, adoptaron las prácticas funerarias egipcias y profesaron devoción a los dioses egipcios. Esta aculturación siguió siendo un componente clave de la cultura kushita siglos después de que los nubios renunciaran al control de Egipto.

La absorción kushita de la cultura material egipcia es visible sobre todo en los monumentos reales. Tanto en Egipto como en Nubia, los templos se construyeron según las tradiciones culturales egipcias, con cuidadosa observancia de los cánones artísticos apropiados y el uso de la lengua egipcia y la escritura jeroglífica en las inscripciones. Si bien fueron enterrados en su tierra natal, los soberanos construyeron tumbas de estilo egipcio, con superestructura en forma de pirámide, una capilla para ofrendas al este y una cámara funeraria abovedada decorada con escenas y textos del repertorio de libros del otro mundo del Reino Nuevo. Sus cuerpos fueron momificados y provistos de ataúdes antropomorfos, vasos canopos y *shabtis*.

Como en el caso de los libios, los efectos de la aculturación probablemente ocultan el origen de muchos kushitas que por estas fechas vivían en Egipto, si bien también ellos conservaron rasgos de su identidad étnica. Los soberanos mantuvieron sus nombres de nacimiento kushitas, a pesar de adoptar nombres egipcios para el resto de la titulatura. Nombres característicamente no egipcios (Irigadiganen, Kelbasken) señalan como kushitas a algunos funcionarios del período, mientras otros adoptaron nombres egipcios al tiempo que conservaban sus nombres nubios. Los rasgos étnicos kushitas, incluida una fisionomía típicamente meridional, piel de color oscuro y los característicos peinados cortos femeninos, aparecen representados en las estatuas, las pinturas y los relieves. No obstante, el intercambio cultural fue casi siempre un proceso en sentido único, pues la cultura material egipcia adoptó muy pocas tradiciones de origen kushita y, cuando se dio el caso, éste no tuvo carácter permanente. Los característicos símbolos de la realeza kushita desaparecieron tras la XXV Dinastía junto a otras innovaciones, como la ocasional representación en los monumentos funerarios de las diosas Isis y Neftis con peinado corto de estilo «nubio».

La XXV Dinastía como período de renovación

Como parte de sus intentos por conseguir legitimidad como faraones, los soberanos kushitas mostraron un gran respeto por las tradiciones religiosas egipcias. Remodelaron la ideología del rey —inspirándose para ello en el lejano pasado, como se ve en sus titulaturas reales, su estilo de enterramiento y la promoción de la ciudad de Menfis— e hicieron referencias deliberadas al Reino Antiguo. Estas asociaciones formaban parte de un renacimiento de raíz más honda que afectó a muchos aspectos de la cultura cortesana, la religión, la escritura, la literatura, el arte, la arquitectura y las prácticas funerarias egipcias durante el primer milenio a.C. Este «arcaísmo» —un regreso a las edades clásicas del pasado como fuente de energía creativa— no era nuevo; se trata de un rasgo recurrente de la cultura egipcia. En este caso tenía su origen en el final del Período Libio y comenzó durante la primera parte del siglo VIII a.C. Ya a finales de la XXII Dinastía y en la XXIII Dinastía, las titulaturas reales muestran una progresiva simplificación, y en la iconografía y las prácticas funerarias reales comienza a ser aparente la imitación de los modelos del Reino Antiguo y Medio. Los kushitas (quizá careciendo de una tradición autóctona adecuada en su tierra natal) siguieron con decisión esta tendencia. De este modo, el arcaísmo se aceleró durante el final del siglo VIII a.C. y el comienzo del siglo VII a.C., quedando completamente sintetizado durante la XXVI Dinastía, período con el que esta tendencia suele asociarse.

En la XXV Dinastía revivió el canon de proporciones del Reino Antiguo para representar figuras bidimensionales, aunque con una reducción del tamaño de los cuadrados en el sistema de rejilla utilizado por los artesanos. Las estatuas, tanto reales como privadas, también imitaron modelos antiguos; de ahí que entre las muchas esculturas encargadas por el gobernador tebano Mentuemhat haya ejemplos que copian tanto la pose en marcha de las estatuas masculinas del Reino Antiguo, como las estatuillas sedentes con manto típicas del Reino Medio. En cuanto a las costumbres funerarias, el ajuar, que se había simplificado durante la XXI y la XXII Dinastías (véase más adelante), en la segunda mitad del siglo VIII a.C. se enriqueció, reviviéndose características antiguas, sobre todo el regreso —en forma revisada— del *Libro de los muertos*, además de introducir nuevos rasgos iconográficos (a menudo con elementos arcaicos incorporados) para ataúdes y tumbas.

Como ya se ha mencionado anteriormente, es probable que el incremento del arcaísmo de los siglos VIII-VII a.C. le deba algo al interés de los soberanos extranjeros por ser aceptados como egipcios. No obstante, un factor adicional era el deseo de preservar el pasado copiando monumentos anteriores. La referencia más explícita a este interés la encontramos en la introducción de la *Teología menfita de la Creación*, en la «Piedra de Shabaqo», donde se relata que el rey había encontrado el texto en un papiro comido por los gusanos y ordenó que fuera transcrito para la posteridad. Sea o no cierta esta afirmación, la intención de conservar la antigüedad de

un texto antiguo se refleja en la imitación consciente en la inscripción del formato, las expresiones y la ortografía.

El uso generalizado durante la XXI y XXII Dinastías de materiales antiguos había permitido a los artesanos estudiar y copiar modelos anteriores; por otra parte, la mayor productividad en la construcción de templos y tumbas, fomentada en todo Egipto por los soberanos de la XXV Dinastía, proporcionó una oportunidad de expresar esta nueva tendencia de una forma más detallada. Es sin duda uno de los sistemas mediante los cuales los antiguos modelos se transmitían, si bien existe la posibilidad de que los «libros de referencia», copiados repetidas veces a lo largo de los siglos, tuvieran algo que decir al respecto. No obstante, la copia directa e impersonal era rara. Incluso cuando un relieve de la XXV Dinastía se compara con su modelo del Reino Antiguo, como en la escena de la esfinge de Taharqo (mencionada más arriba), hay en ella algunos elementos innovadores por lo que no se puede desechar por completo el hipotético papel de copias intermediarias, perdidas en la transmisión de semejantes escenas a lo largo de un amplio espacio de tiempo. Como demuestra el ejemplo de las estatuas de Mentuemhat, el renacimiento de la XXV Dinastía y posteriores se caracterizó por un acercamiento ecléctico a las fuentes. Muchas obras de arte mezclan elementos tomados de modelos de períodos diferentes, que en el caso de la XXV Dinastía fueron del Reino Antiguo y Medio más que del Reino Nuevo. Esta mezcla de influencias diversas es aparente incluso en las obras individuales: las estatuas de Taharqo y Tanutamani (664-656 a.C.) procedentes de Gebel Barkal poseen cuerpos con un modelado fuerte y vestidos sencillos, típicos del Reino Antiguo, mientras que sus torsos presentan la línea media característica de las esculturas creadas durante el Reino Medio.

Kush y Asiria

Si bien los monarcas kushitas no habían restaurado un gobierno centralizado en Egipto, su autoridad como señores de todo el país les permitió adoptar una política más activa respecto al Levante de la que había tenido ningún rey libio desde Sheshonq I. Esto llevó al conflicto con Asiría, cuyas fuerzas se habían apoderado durante el siglo VIII a.C. de Babilonia y de partes de la costa mediterránea. Si bien la participación kushita en Palestina terminó provocando la conquista de Egipto por parte de Asiría, ciertamente existía una amenaza para la independencia del país. La lucha comenzó cuando un ejército compuesto de egipcios y nubios avanzó hacia el sur de Palestina en apoyo de Ezequías de Judá, chocando con las tropas de Senaquerib en Eltekeh en 701 a.C. El ejército egipcio fue derrotado, pero esto no impidió que los gobernadores provinciales egipcios siguieran apoyando a otros príncipes extranjeros en su resistencia a Asiría. Así provocado, el rey asirio

Esarhaddon decidió conquistar Egipto. Un primer intento de invasión en 674 a.C. fue rechazado; el segundo, dirigido por el propio Esarhaddon, tuvo éxito. Menfis fue tomada y Taharqo huyó a Nubia, dejando a su esposa e hijo como prisioneros en manos de los conquistadores. En vez de intentar gobernar Egipto ellos mismos, los asirios se retiraron, haciendo primero que los principados del delta juraran apoyar la autoridad asiría e impedir cualquier intento de los kushitas por conseguir de nuevo el control de Egipto. Entre estos vasallos se encontraba Nekau (Ñeco) de Sais, cuyo hijo, Psamtek (el futuro Psamtek I), fue conducido a Nínive para ser instruido en las costumbres asirías, antes de ser devuelto y actuar como gobernante de Athribis. No obstante, Taharqo no tardó en recuperar el control de Egipto. El resurgimiento del poder egipcio-kushita (con la posibilidad de una futura interferencia en Palestina) no podía ser tolerado por los asirios y, en 667 a.C., Ashurbanipal, hijo y sucesor de Esarhaddon, invadió Egipto.Taharqo volvió a huir a Nubia y los dinastas egipcios se sometieron a los asirios. Una conjura posterior para reinstalar en el trono a Taharqo fracasó y los vasallos egipcios que habían participado en ella fueron ejecutados. Nekau de Sais se había abstenido de apoyar a los kushitas y su posición se vio fortalecida al ser nombrado gobernador de Menfis.

Taharqo murió en Nubia en 664 a.C. y fue enterrado bajo una pirámide en Nuri, una nueva necrópolis real situada frente a Gebel Barkal. Su sucesor, Tanutamani, no tardó en invadir Egipto y derrotar a los vasallos del delta que apoyaban a Asiría. Esta acción originó una fuerte represalia desde Nínive. Se envió un gran ejército hacia Egipto; toda la parte norte del país fue sometida con rapidez y los asirios llegaron incluso hasta Tebas, que saquearon y desvalijaron. Tanutamani fue expulsado y regresó a Nubia. Los soberanos kushitas, si bien durante varias generaciones siguieron reclamando de forma nominal su autoridad sobre Egipto, nunca fueron capaces de volver a recuperarla. No obstante, el derramamiento de sangre y la destrucción que siguieron a la oposición kushita a Asiría demostraron ser un aviso para navegantes: enfatizaron la necesidad que tenían los gobernantes de los principados de cooperar en lo militar y en lo civil si querían conseguir de nuevo la independencia, además de llevar al poder a un personaje excepcional, que poseía los recursos y la capacidad para liberar Egipto y conducirlo a una nueva fase.

Psamtek de Sais, hijo de Neco, se encontraba entre los gobernantes vasallos dejados por los asirios para controlar las provincias. Durante su largo reinado se liberó del yugo asirio y consiguió triunfar allí donde los kushitas habían fracasado, consiguiendo reunificar todo Egipto bajo su poder. Sólo en este momento se puede decir que terminó el Tercer Período Intermedio, con Egipto dispuesto de nuevo a aceptar los beneficios de un gobierno centralizado controlado por un rey fuerte.

Religión y cultura material en el Tercer Período Intermedio

Aunque parece que existió una cierta continuidad en la práctica del culto en los templos durante todo el Período Faraónico, hay dos factores que caracterizan el Tercer Período Intermedio: la cada vez menor importancia del rey y la cada vez mayor prominencia de las mujeres en las actividades culturales. Un aspecto de la pérdida de la categoría única del rey (véase más arriba) fue que la realización del ritual del templo —esencial para la conservación del universo ordenado— dejó de ser prerrogativa exclusiva suya; desde finales del Reino Nuevo fue el clero el que se encargó cada vez más de llevar a cabo la tarea. Esto, unido al carácter hereditario del cargo de sacerdote durante el período, contribuyó en gran parte a la solidaridad de esta sección de la sociedad. Ahora los sacerdotes a tiempo completo eran algo habitual y el pluralismo les permitió acumular los cargos lucrativos. La culminación de esta tendencia fue la inaudita importancia que tuvo el «gran sacerdote de Amón» de la XXI a la XXIII Dinastías, período durante el cual su poder aumentó con la autoridad civil y militar. No obstante, como ya hemos mencionado anteriormente, la excesiva influencia de este personaje tuvo un efecto desestabilizador en el país y la primacía del puesto quedó eclipsada en el siglo VIII a.C.; la autoridad religiosa en Tebas fue centrándose cada vez más en la «esposa del dios Amón», mientras que el poder civil y el militar se repartió entre varios personajes.

El culto y el personal del templo

La importancia de las mujeres en el culto del templo ya estaba bien establecida en la XXI Dinastía, cuando varios cargos religiosos relevantes los ostentaban las esposas e hijas del gran sacerdote de Tebas. El cargo más destacado era el de «primera granjera del grupo de música de Amón». Si bien su significado religioso concreto todavía no está claro, no es una coincidencia que estas mujeres de alto rango también ostentaran títulos asociados a diosas tan importantes como Mut y Hathor, cada una de las cuales tenía funciones instrumentales en la perpetuación del proceso creativo de Amón y, por lo tanto, en la continuación del cosmos.

El cargo de «jefe del grupo de música» desapareció durante la XXII Dinastía y en su lugar se produjo un importante cambio en el cargo de «esposa del dios Amón» (o «divina adoratriz»). Su principal función religiosa era estimular las necesidades procreadoras del dios y, por lo tanto, asegurar la fertilidad de la tierra y la repetición cíclica de la creación. En el Tercer Período Intermedio el cargo solió ser ostentado por la hija de un rey o gran sacerdote instalada en Tebas. Al contrario que durante el Reino Nuevo, cuando el cargo lo podía ostentar la esposa del rey, de las «esposas del

dios Amón» durante el Tercer Período Intermedio se esperaba que permanecieran célibes, una innovación asociada quizá a la creación del Estado teocrático. Como ya se ha comentado, esto tuvo una indudable dimensión política. El ascenso de la «esposa del dios» coincidió con el declive del poder del «gran sacerdote de Amón» y pudo tener lugar como medio de resolver el «problema» del secesionismo tebano; pues si bien la «esposa del dios» permitía a la distante familia real estar representada en la ciudad, su celibato significaba que no podía aparecer una subdinastía (las sucesoras en el cargo eran adoptadas). Por consiguiente, la importancia de la «esposa del dios» continuó aumentando y el sistema de la adopción siguió hasta el final de la XXVI Dinastía.

El incremento de la importancia de la «esposa del dios» durante el Tercer Período Intermedio es evidente: desde la XXIII Dinastía su categoría comenzó a aproximarse a la del rey y en la XXV Dinastía aparece más destacada que él en los monumentos. La iconografía va más allá de la tradicional representación de la «esposa del dios» como tañedora de sistros. En los relieves de las capillas de Osiris de Karnak y en las capillas de las propias «esposas del dios» en Medinet Habu aparecen en papeles antes reservados al rey: realizando ofrendas a los dioses (incluyendo la presentación de *maat*), siendo abrazadas por los dioses, haciendo libaciones para la imagen del dios, realizando ceremonias de fundación y recibiendo los atributos de la realeza de los dioses. Así, Amenirdis I recibe símbolos del jubileo de manos de Thoth, mientras que Amón ajusta el tocado de Shepenwepet I, que es amamantada por una diosa e incluso aparece con dos coronas dobles simultáneamente, una imagen única. Como nos muestra un relieve fragmentario de Karnak norte, la «esposa del dios» podía incluso celebrar la fiesta *Sed*, que hasta entonces sólo estaba atestiguada para el rey.

La «esposa del dios» era la dueña de la «heredad de la divina adoratriz». Esta empleaba a un personal numeroso, incluidas las «cantoras de las [cámaras] interiores de Amón» (sacerdotisas célibes que en ocasiones eran de rango elevado); las inscripciones mencionan a una mujer que era hija de Takelot II y a otra cuyo padre era un jefe libio del delta. La heredad también incluía sacerdotes y escribas y estaba encabezada por un «mayordomo jefe». Al ir aumentando la importancia de la «esposa del dios» y su séquito, estos mayordomos se convirtieron en figuras poderosas e influyentes en Tebas hacia finales de la XXV Dinastía (como atestiguan sus elaboradas tumbas en Asasif) y terminarían teniendo un papel clave en la reintegración del sur al Egipto unificado durante la XXVI Dinastía.

No es una coincidencia que el destacado papel representado por las mujeres de alto rango en los cultos religiosos de la XXI Dinastía estuviera relacionado a menudo con dioses niño, como Horpakhered o Khonsu. Entre sus muchos títulos figuraban el de «niñeras» o «madres divinas» de los dioses, y el Tercer Período Intermedio señala el comienzo de las primeras etapas del incremento en el énfasis de la relación madre-

hijo en la religión egipcia, que se convertiría en uno de los aspectos predominantes de la vida en Egipto durante lo que faltaba de primer milenio a.C. Una manifestación importante de esta religión «mammisiaca» es la cada vez mayor importancia concedida a las tríadas divinas, con el dios niño (identificable con el rey) como vástago de otras dos deidades. Dos de las más destacadas de esas tríadas eran las compuestas por Isis, Osiris y Horus y Amón, Mut y Khonsu, que ya eran importantes durante el Tercer Período Intermedio. El aumento de la importancia de Osiris en esta época es evidente en el desarrollo de los lugares de culto dedicados a él en Tebas. Entre las imágenes más familiares del Antiguo Egipto que alcanzaron importancia durante el Tercer Período Intermedio se encuentran la de Isis amamantando a Horus y la del niño Horus de pie sobre dos cocodrilos, triunfando sobre las fuerzas dañinas (que encontramos sobre todo en las estelas mágicas conocidas como «cipos»). El aumento de la importancia de estas deidades —en especial los mitos sobre la infancia de Horus en las marismas del delta— pueden deberse en parte a la predominante influencia de los soberanos de la época, asentados en el delta. De hecho, los estrechos lazos entre la religión mammisiaca y la realeza son evidentes; desde Sheshonq hasta Taharqo varios son los soberanos que aparecen representados en los relieves de los templos y en objetos menudos como niños desnudos amamantados por una diosa (como Hathor o Bastet); una escena que simboliza la transferencia de la realeza a un nuevo soberano, al considerarse el renacimiento una metáfora apropiada para este rito de paso.

El culto del toro Apis de Menfis se mantuvo durante todo el Tercer Período Intermedio, al margen de los repetidos cambios de autoridad en la ciudad, como atestiguan sus enterramientos en el Serapeo de Sakkara con sus abundantes estelas votivas. Es también en esta época cuando por primera vez cobra importancia la asociación de ciertos animales con otras deidades; una tendencia que culminaría con los cultos de animales de la Baja Época, con su legado de inmensas cantidades de estatuillas votivas de bronce y catacumbas repletas con millones de momias de pájaros y animales.

Prácticas funerarias

Los cambios políticos y culturales ocurridos en Egipto durante este período se reflejan ampliamente en el tratamiento dado a los muertos. Particularmente notables son los cambios en la localización de las inhumaciones y en los tipos de tumba. El antiguo aislamiento físico de la necrópolis para la élite se reemplazó por un enterramiento dentro del recinto de un templo de culto. Como las tumbas reales de Tanis son sus ejemplos más antiguos (y mejor documentados), esta tendencia puede haber sido una innovación de los reyes de la XXI Dinastía, motivada en parte quizá

por su intención de convertir a Tanis en la contrapartida septentrional de Tebas. Si bien la práctica es más evidente en el caso de los reyes, se extendió también a las personas de alto rango: el gran sacerdote de Menfis, cuya tumba se construyó en el límite del recinto del templo de Ptah; la reina Kama, enterrada en LeontópoHs, cerca de Bubastis; un funcionario enterrado junto al muro del recinto del templo de Tell Balamun.Ya tenga o no esta tendencia su origen en el delta, no tardó en manifestarse en Tebas, donde se comenzaron a enterrar a los altos funcionarios dentro de los recintos de Medinet Habu y el Ramesseum. Estos emplazamientos, además de ofrecer mayor seguridad contra los robos, eran un medio de conseguir una mayor cercanía a los dioses. La localización de los enterramientos del «rey» Harsiese y de las posteriores «esposas del dios» en Medinet Habu también pueden haber estado influidos por las actividades culturales locales: durante el Tercer Período Intermedio, el Templo Pequeño quedó estrechamente asociado al «Monte de Djeme», donde tenían lugar rituales relacionados con los poderes creadores de Amón.

Las propias tumbas eran estructuras mucho más sencillas que las del Reino Nuevo. El período vio cómo se interrumpía la tradición de gastar grandes recursos en elaboradas superestructuras y sepulcros laberínticos excavados en la roca. Las tumbas, tanto las de la realeza como las de la élite, quedaron reducidas a pequeñas cámaras sepulcrales subterráneas, con una modesta capilla justo encima. Las capillas de particulares no están bien documentadas arqueológicamente y parece que fueron escasas. Es indudable que algunas han desaparecido debido a una mala conservación, pero fuera de los centros principales como Tanis, Menfis y Tebas existen pocas pruebas de que hayan existido. La escasez de capillas individuales coincide con un aumento en la cantidad y tamaño de los enterramientos múltiples, por lo general situados en tumbas más antiguas o estructuras religiosas en desuso. La reunión de las momias de los faraones del Reino Nuevo y de los sacerdotes de la XXI Dinastía, realizada durante los siglos XI y x a.C. por los sacerdotes de Amón en los escondites que ofrecían las tumbas antiguas, parece señalar el comienzo de este patrón. A lo largo de todo el período, personas de todas las categorías fueron enterradas en grupo por todo Egipto (se conocen ejemplos en Sakkara, Heracleópolis, Akhrnin, Tebas y Asuán) y, donde existen datos prosopográficos, como es el caso de Tebas, los grupos muestran incluso relaciones familiares.

También hubo una significativa reducción de la cantidad y alcance de la parafernalia funeraria. Los objetos de la capilla de la tumba (como estatuas y mesas de ofrendas) prácticamente desaparecen, al igual que los muebles domésticos, los vestidos, las herramientas, armas y equipos profesionales, los instrumentos musicales, los juegos de mesa y los recipientes de piedra y cerámica. A excepción de unas pequeñas estelas, por lo general de madera pintada, el ajuar funerario se limitaba a un reducido grupo de objetos funerarios: ataúdes, cajas para canopos (en su mayor parte

ficticias), amuletos, shabíts y papiros funerarios (por lo general uno de ellos escondido dentro de una estatua de Osiris). El período también se caracteriza por un continuado declive que termina con la interrupción de la tradición de proporcionar a los difuntos textos funerarios. Mientras que en las tumbas de la élite de Tebas durante la XXI Dinastía se continuó usando el *Libro de los muertos* e incluso se añadió el *Amduat* y la *Letanía de Ra* al repertorio no real, en la XXII Dinastía esta tradición terminó por abandonarse. Se dejaron de elaborar papiros funerarios y los textos de los ataúdes quedaron reducidos a poco más que a repetitivas fórmulas funerarias y palabras de los dioses, con la consiguiente simplificación del repertorio iconográfico.

Estos factores parecen reflejar cambios importantes en la actitud hacia la muerte y el enterramiento durante el Período Libio. La falta de imponentes superestructuras funerarias (incluso las más elaboradas parecen haberse construido de forma apresurada) indican que los entierros ya no se preparaban con tanta antelación y cuidado. La naturaleza ad hoc de la construcción de la tumba (edificada de forma basta, a menudo con bloques reutilizados) apoya esta opinión y, lo que es más significativo, esta descripción se aplica sobre todo a las tumbas del Egipto Medio y del ñorte del país, dominado por los libios: Tanis, Menfis, Leontópolis y Heracleópolis. Objetos importantes del ajuar funerario, como los sarcófagos de piedra, quedaron limitados casi exclusivamente a la realeza e incluso en estos escasos ejemplos se trata en su mayoría de objetos reutilizados de épocas anteriores. El reciclado de los objetos funerarios alcanzó también a los menos costosos, sobre todo durante la XXI Dinastía, cuando tuvo lugar en Tebas una amplia reutilización de ataúdes. Sin embargo, Egipto no carecía de riqueza material y la descentralización de la tierra en modo alguno supuso un declive en la habilidad de escultores, pintores y metalúrgicos (véase más adelante). El cambio de actitud respecto a los muertos sugerido por estos cambios quizá esté más directamente relacionado con la presencia de los libios en la sociedad. La construcción de un elaborado entorno físico para los muertos y la atención prestada a los fallecidos no era un rasgo característico de las sociedades seminómadas como la suya. Resulta significativo que sólo al imponerse la autoridad de los soberanos kushitas —cuya devoción por las antiguas tradiciones egipcias era de un tipo más bien purista— se produjera una revitalización de las prácticas funerarias de acuerdo con las líneas tradicionales.

El cambio de énfasis respecto a la protección física del difunto trajo consigo una mayor concentración en el propio cuerpo y en sus objetos más inmediatos. La momificación alcanzó su cénit durante la XXI Dinastía y sus elevados niveles de preparación se mantuvieron en épocas subsiguientes. Entre las innovaciones del período figuran la introducción de paquetes subcutáneos para restaurar los rasgos hundidos y darles un aspecto más vivo; tratamientos cosméticos más elaborados, con el cabello cuidadosamente peinado y las uñas de las manos meticulosamente

preservadas; además de una conservación más minuciosa de las vísceras, que se envolvían de forma individual y después se volvían a introducir en el cuerpo (seguían incluyéndose vasos canopos en los ajuares, pero a menudo eran ficticios). Estas técnicas ponen de manifiesto el deseo de conseguir que el cuerpo fuera tan perfecto y estuviera tan completo como fuera posible. Su categoría como imagen idealizada del difunto transfigurado se desarrolló y su seguridad se incrementó, aumentando el número de ataúdes por enterramiento: como mínimo dos y en ocasiones hasta cuatro.

El declive en la producción para las tumbas de capillas individuales decoradas con elaboradas escenas parietales hizo que las imágenes y textos funerarios pasaran a la superficie de los ataúdes y los papiros. Por este motivo, los ataúdes de la XXI Dinastía están cubiertos por dentro y por fuera con una densa profusión de imágenes. Los sacerdotes de Tebas crearon un nuevo y rico repertorio de iconografía funeraria que promocionaba el concepto de renacimiento mediante las mitologías combinadas de Osiris y el dios sol, disponiéndose las imágenes con la intención de concentrar múltiples niveles de significado en una única escena compleja. En consonancia con el saqueo de enterramientos y la generalizada transitoriedad del lugar de descanso eterno típica de esta época, el ataúd acabó teniendo la función religiosa de la tumba, como sucedió en circunstancias similares durante el Primer Período Intermedio. A finales del Tercer Período Intermedio, la evolución de la imaginería de las superficies había terminado por conceder mayor importancia todavía al concepto de ataúd como universo en miniatura, con el difunto situado en el centro e identificado (mediante los textos y las imágenes del ataúd) como dios creador y, por lo tanto, como fuente de su propia resurrección.

Las prácticas funerarias también sugieren la existencia durante este período de una división norte-sur en la población y la cultura material de Egipto. Si bien los yacimientos del delta (a excepción de Tanis) han proporcionado pocos enterramientos fechables en estos siglos, los restos encontrados en las zonas de Menfis y Fayum se pueden comparar con el material meridional, más abundante. De la limitada panoplia de objetos funerarios que proporcionan las tumbas del Tercer Período Intermedio, sólo los sarcófagos se utilizaban de forma consistente en todo Egipto. Su estudio parece sugerir una interacción entre el norte y el sur, sobre todo a comienzos de la XXII Dinastía, cuando en Tebas se aprecia un importante cambio en el estilo de los ataúdes. Resulta evidente en el abandono del estilo de moda de la XXII Dinastía, con su *horror vacui* e imágenes en muchos niveles, y su rápida sustitución por una nueva serie de tipos: cajas de cartonaje policromadas dentro de ataúdes de madera de diseño mucho más sencillo. Esto demuestra un empobrecimiento del repertorio iconográfico, con una mayor concentración en la disposición simétrica de los dioses, pero con un uso más atrevido de los colores. Hay ciertos indicios que apuntan a que estos rasgos procedían del norte, como atestiguan los enterramientos de la necrópolis menfita y los

cementerios situados a la entrada de Fayum. La evidente importación de prácticas funerarias septentrionales al Alto Egipto parece coincidir con la imposición de una autoridad regia más fuerte sobre el sur, durante los reinados de Sheshonq I y sus sucesores. No obstante, durante el período subsiguiente parecen surgir estilos característicamente septentrionales y meridionales, quizá como reflejo de la progresiva descentralización de Egipto y también de la división social sugerida por otros documentos.

Hacia el final del Tercer Período Intermedio hubo un marcado retorno a las tradiciones antiguas, acompañado de innovaciones. Se comenzaron a construir de nuevo elaboradas tumbas para la élite. La necrópolis tebana muestra una evolución desde las tumbas con modestas superestructuras de finales del siglo VIII a.C. hasta los gigantescos complejos construidos por Mentuemhat y sus coetáneos a finales de la XXV Dinastía. Se trata de superestructuras independientes con elaboradas habitaciones subterráneas, cuya escala y calidad del trabajo en el monumento indican que los preparativos para la muerte comenzaron a tomarse en serio de nuevo. Aumentó la panoplia del ajuar funerario; el desarrollo de los estilos de ataúd produjo nuevos tipos, donde se combinan el renacimiento de rasgos antiguos con las innovaciones: cajas exteriores rectangulares que representan un santuario o la tumba de Osiris, mientras los ataúdes interiores proyectan una nueva imagen del difunto transfigurado que se asemeja mucho a una estatua, con pilar dorsal y pedestal. Los *shabtis* siguieron un desarrollo paralelo, incorporando estatuillas de la deidad compuesta por Ptah-Sokar-Osiris (también con esta forma) en el ajuar funerario, que terminarían por convertirse en uno de los rasgos más comunes de los enterramientos de la Baja Época. También regresaron los vasos canopos funcionales y, lo que es más importante, la literatura funeraria también gozó de un renacimiento. Una versión revisada del *Libro de los muertos*, la llamada revisión saíta (si bien se trata de un logro de la XXV Dinastía) se escribió en papiros y ataúdes, mientras que el fervor arcaizante de la época llevó a copiar pasajes de los *Textos de las pirámides* y añadirlos al repertorio del momento. Con excepción de este último rasgo, Tebas parece haber sido un importante punto de origen para estas innovaciones, que se difundieron hacia el norte durante el siglo VII a.C. Esto no supone negar que en otras zonas estuvieran teniendo lugar cambios, pero la cronología local en lugares como Menfis es mucho menos clara.

Evolución artística y tecnología

A pesar de la descentralización de Egipto, los productos artesanales no muestran una reducción apreciable en la habilidad de los artesanos. Es cierto que en todo el período raras veces se encuentra una escultura de piedra de gran tamaño, pero a

escala más modesta se fabricaron obras de calidad sin par, en los antiguos, pero sin desarrollar, medios del metal y la fayenza. En todos los materiales se aprecian las progresivas tendencias arcaizantes de las que ya hemos hablado, lo que supuso que con el paso del tiempo la consiguiente influencia del Reino Antiguo, Medio y Nuevo se fue haciendo mayor y más aparente.

Hubo una reducción en la cantidad de tipos de estatuas. Las estatuas regias de piedra son particularmente escasas; las de los reyes de la XXI Dinastía son usurpaciones de soberanos anteriores y, si bien durante la XXII y la XXIII Dinastías se elaboraron trabajos originales, la mayor parte de las obras que han llegado hasta nosotros son de tamaño modesto. Sólo durante el gobierno kushita regresó la escultura regia importante y poderosa: la cabeza de granito de Taharqo en El Cairo y la esfinge de Kawa conservada en el Museo Británico figuran entre los ejemplos más llamativos. No obstante, durante la XXII y la XXIII Dinastías se dedicaron en los templos grandes cantidades de estatuas de funcionarios, algunas de las cuales son de una calidad extraordinaria. Las estatuas-cubo fueron muy populares, así como aquéllas en las que el personaje aparece representado sujetando un santuario, estela o imagen de un dios (estatuas naóforas o estelóforas). Los delicados relieves de Sheshonq I en El Hiba y de Osorkon II en Bubastis muestran que seguía produciéndose trabajo bidimensional de gran calidad, si bien la mayoría de los temas de las escenas carecían de originalidad. También floreció la pintura y, en Tebas, la rica tradición decorativa de las tumbas del Reino Nuevo se reemplazó por trabajos de gran calidad en ataúdes, estelas y papiros funerarios.

Quizá la más duradera contribución del Tercer Período Intermedio a la artesanía se encuentre en el arte de la metalurgia. Los sarcófagos de plata de los reyes Psusennes I y Sheshonq II y la amplia gama de recipientes de oro y plata, así como joyas procedentes de las tumbas reales tanitas, atestiguan la continuada habilidad de los metalúrgicos egipcios, si bien en ocasiones es evidente la influencia extranjera en la forma y decoración de los recipientes. Mayor importancia tiene la inmensa expansión del alcance y excelencia técnica de la escultura en metal que se produjo en esta época, en algunos casos en oro y plata, pero la mayor parte en bronce. A menudo las piezas están exquisitamente terminadas y gracias a la incrustación de tiras de metal precioso martilleado dentro de canales en el bronce se muestran brillantes efectos en la superficie. Las estatuillas de fundición maciza eran frecuentes y es ahora cuando comienza la tradición de las pequeñas figuritas de deidades en bronce, que produjo millares de ellas durante los siglos siguientes. Más importantes son las grandes estatuas de bronce hueca fundidas mediante el sistema de la cera perdida, que se dedicaban como ofrendas votivas o se montaban en las barcas portátiles de los dioses. La figura de la «esposa del dios» Karomama en el Museo del Louvre es un ejemplo supremo de este tipo de estatuilla; si bien una serie de estatuas de bronce de

Osiris, de las cuales en la actualidad sólo quedan ejemplares descompuestos e incompletos, pueden haber sido igual de imponentes. Estas estatuas, esculpidas entre los siglos IX y vil a.C., son los primeros intentos conocidos de crear grandes estatuas de bronce a la cera perdida y fueron una importante influencia en los primeros trabajos de bronce de los griegos. Los autores clásicos afirman que los artesanos samios utilizaron técnicas egipcias para crear las primeras grandes estatuas huecas de bronce del mundo heleno, una opinión corroborada por el hallazgo en la propia Samos de bronces egipcios de esta época.

Casi igual de vigorosa fue la producción de fayenza. Si bien la fabricación de cristal decayó tras el Reino Nuevo, la de fayenza experimentó un gran auge. La mayoría de los *shabtis* de la época son de este material; pero muchos de ellos están burdamente modelados. Mucho más delicados son los cálices lotiformes, con escenas en relieve de la vida en el campo o del rey en batalla. La forma de los cálices evoca la noción del renacimiento y las escenas que muestran, tanto en éstos como en una serie de cuentas separadoras de fayenza calada, reflejan aspectos de la mitología de la creación. Típicas también del período son unas figurillas mágicas destinadas a proporcionar protección durante el nacimiento y la alimentación del niño; se trata de una fayenza azul verdosa, a menudo con puntos y detalles añadidos en marrón y que suele mostrar al dios Bes, a un mono o a una mujer desnuda sujetando un recipiente o un instrumento musical, o en ocasiones amamantando. Aunque se han encontrado ejemplos en un lugar tan al sur como El Kurru, en Nubia, la mayor concentración se halla en los yacimientos del delta, lo cual indica que ésta fue su principal zona de producción.

Conclusión

Como ya se mencionó al principio del capítulo, las implicaciones peyorativas del término «intermedio» hacen escasa justicia a los cambios que tuvieron lugar en Egipto entre 1069 y 664 a.C. Si bien la estructura de poder dentro del país era muy diferente a la del Reino Nuevo, las ciudades y poblados de Egipto florecieron y la economía del país se mantuvo por lo general saneada. Aunque la descentralización del gobierno condujo a ocasionales luchas por el poder, el sistema adoptado por los faraones libios y modificado por los kushitas fue por lo general efectivo. Es posible que la construcción regia a gran escala fuera limitada, pero la continuidad artística se mantuvo por otros medios (pequeñas esculturas, metalurgia, fayenza) .

En gran medida, el Tercer Período Intermedio constituye un ciclo con personalidad propia dentro de la historia de Egipto, definido por el paso desde la pérdida de unidad al final del Reino Nuevo hasta la restauración de la autoridad centralizada durante el reinado de Psamtek I. La fragmentada política de la época permitió aprender valiosas lecciones (sobre todo de las invasiones asirías) que proporcionaron el ímpetu necesario para restaurar la autoridad centralizada y demostraron el valor ideológico del arcaísmo y el valor político de instituciones como la «esposa del dios Amón» a la hora de promover un Estado más estable y menos turbulento. Los cambios relacionados producidos en la categoría del rey y la importancia concedida a las nuevas tendencias religiosas fueron un presagio del futuro. Por lo tanto, este período sentó los cimientos para la última gran fase de prosperidad del Antiguo Egipto.

13. LA BAJA ÉPOCA

(664-332 a.C.)

ALAN B.LLOYD

Por lo general, los egiptólogos se suelen mostrar desdeñosos con la Baja Época, considerándola demasiado a menudo como el último estertor de una gran cultura. Este tipo de opiniones devalúa los logros históricos de estos siglos, así como la notable vitalidad que continuó mostrando la civilización faraónica. El estudioso de esta época posee además una ventaja única: para las épocas anteriores nos hemos de basar de forma exclusiva o en gran medida en las fuentes egipcias, con sus inherentes distorsiones; mientras que los historiadores de la Baja Época disponen de una gama mucho más amplia de documentación escrita, que ofrece un potencial sin parangón para las referencias cruzadas y, por lo tanto, proporciona puntos de vista sobre la actuación de las instituciones políticas y militares egipcias desprovistos de la pátina propagandística que, invariablemente, aplicaban a sus narraciones históricas los escribas nativos egipcios.

Los siglos que tratamos se dividen en cuatro fases claramente definidas: la Dinastía Saíta (664-525 a.C.); la Primera Ocupación Persa (525-404 a.C.); un período de independencia (404-343 a.C.); y la Segunda Ocupación Persa (343-332 a.C.).

La Dinastía Saíta: el resurgir del poder de Egipto

La reunificación saíta de Egipto a mediados de 650 a.C. invirtió una larga tendencia en la historia del país, cuyos precedentes recientes apuntaban imperiosamente hacia una fragmentación continua, salpicada por momentos de ocupación extranjera. Los años que siguieron al final de la XX Dinastía supusieron la desintegración del reinado, sometido a distintas presiones: la debilidad de los últimos soberanos ramésidas provocó el colapso del gobierno centralizado; el crecimiento del poder del sacerdocio de Amón en Tebas creó un rival formidable para la autoridad real; y la infiltración en el país de grupos libios hizo que éstos no tardaran en influir en la jerarquía social y política. No resulta sorprendente que los vigorosos príncipes libios tuvieran pocas dificultades para apoderarse del cargo de rey, creando así una serie de dinastías de eficacia variable. Más adelante, la enmarañada red de la XXV Dinastía —caracterizada por un dominio nubio intermitente— ocupó casi un centenar de años. Aunque la XXV Dinastía comenzó bien, terminó con el país sufriendo mucho debido a la invasión asiría del 671 a.C. y del 663 a.C.

El fundador de la XXVI Dinastía, heredero de este legado, se enfrentó a varios problemas: el antiguo ideal de Egipto como un reino unificado había quedado muy tocado por la rivalidad entre los distintos bloques de poder formados por los dinastas libios y el sacerdocio de Tebas; este reparto del poder generó una debilidad económica que, a su vez, agravó la situación anterior; finalmente, las ambiciones de los enemigos asiáticos y de los reyes nubios por recuperar el control de Egipto suponían una amenaza externa. Cualquier intento de conseguir un Estado egipcio poderoso y unificado dependía de la erradicación, o al menos la neutralización, de estos factores. La XXVI Dinastía tuvo un éxito espectacular en ello, y consiguió el resurgimiento de Egipto como una de las principales potencias internacionales.

El mérito de la reunificación de Egipto hay que concedérselo a Psamtek I (664-610 a.C.), cuyo padre, Nekau I (672-664 a.C.), había gobernado Sais bajo la protección asiría, siendo asesinado por ello por el rey nubio Tanutamani (664-656 a.C.) en 664 a.C. Psamtek sucedió a su padre con apoyo asirio, controlando al principio aproximadamente la mitad del delta y sus principales centros de poder en Sais, Menfis y Atribis, así como manteniendo estrechos lazos religiosos con Buto. Para los asirios se trataba de una continuación del antiguo sistema de gobierno mediante príncipes locales, pero las tornas se estaban cambiando para el tipo de poder que Nínive ejercía sobre Egipto. Dados los importantes compromisos que tenían en otros puntos del imperio, los asirios sencillamente carecían de la capacidad militar necesaria para mantener su posición de modo indefinido en un punto tan alejado hacia el oeste. Con la típica perspicacia saíta, Psamtek I no tardó mucho en aprovecharse de la situación, de modo que su relación con Asiria no tardó en tomar

un cariz completamente distinto. En torno a 658 a.C. lo encontramos recibiendo el apoyo de Gyges de Lidia y emancipándose del control asirio; un episodio que muy bien puede haber originado la tradición recogida por Heródoto de que Psamtek utilizó mercenarios carios y jonios en su esfuerzo por fortalecer y extender su autoridad. Además del poder militar, nuestras fuentes destacan otra dimensión de su estrategia: reforzar su base económica desarrollando lazos comerciales con griegos y fenicios. Es evidente que este formidable soberano sabía muy bien que todo poder debe basarse en unas cuentas saneadas.

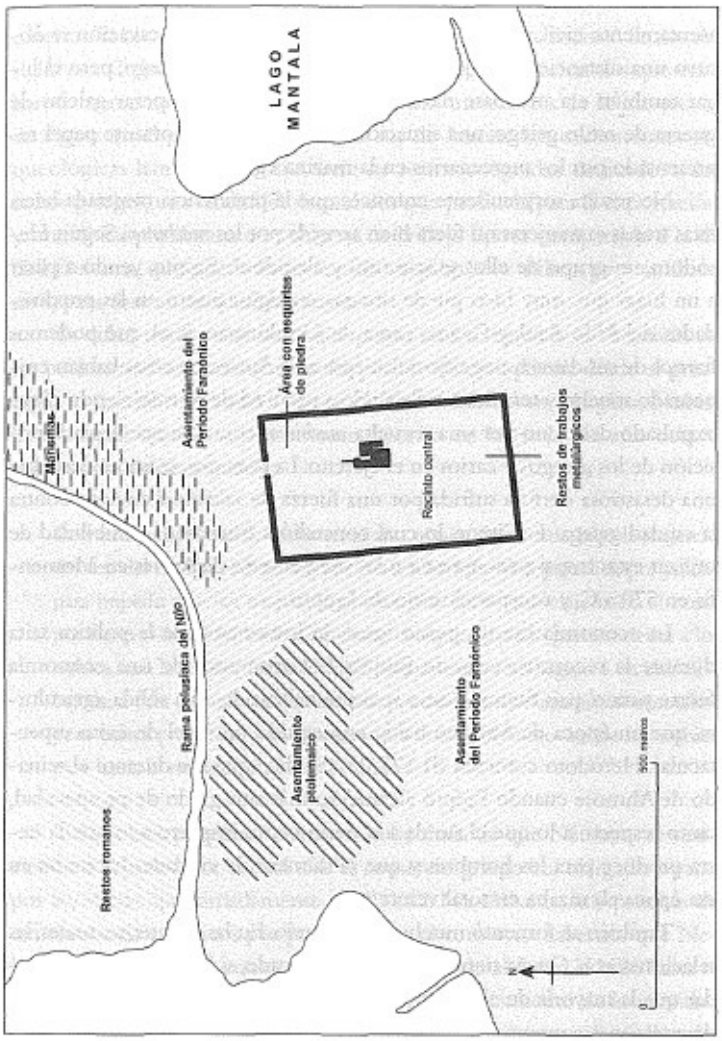
En 660 a.C. Psamtek controlaba todo el delta y desde esta potente base militar fue capaz de apoderarse del resto del país, lo que finalmente consiguió en 656 a.C., por lo que parece haciendo uso sobre todo de la diplomacia, cuyos mecanismos estaban bien engrasados gracias a la evidente disponibilidad de una sustancial y bien equipada fuerza militar, integrada por unos nunca muy escrupulosos mercenarios extranjeros. También se benefició sustancialmente de la gran maleabilidad de algunos príncipes locales, como los capitanes de Heracleópolis Magna y Mentuemhat en Tebas, quienes comprendieron rápidamente las ventajas de llegar a un acuerdo. Igual de urgente era controlar el poderoso sacerdocio de Amón-Ra en Tebas, que desde el Reino Nuevo había sido un factor significativo en el debilitamiento de la autoridad regia. Psamtek dio un paso importante para lograrlo cuando consiguió que su hija Nitiqret fuera nombrada heredera de la «esposa del dios Amón», iniciando así un proceso que pretendía colocar a la principal fuente de poder eclesiástico meridional firmemente en manos de la dinastía.

Conseguir el poder es una cosa y mantenerlo es otra, pero el proceso de consolidación tuvo lugar con un éxito considerable. Con su importante papel en la conquista del territorio, los mercenarios realizaron una importante contribución. La documentación pone mucho énfasis en los de extracción griega y caria, mas también se nos habla de judíos, fenicios y posiblemente beduinos shasu. Estas tropas tenían dos funciones. En primer lugar, estaban destinadas a garantizar la seguridad de Egipto contra los ataques externos de una serie de enemigos, al principio asirios y luego caldeos (babilonios) y persas. No obstante, es indudable que también fueron el contrapeso dentro del país al poder de los *machimoi*, la clase guerrera egipcia, que en origen habían sido libios y suponían un significativo peligro potencial para la autoridad real.

Heródoto nos informa de que en la rama pelusiaca del Nilo entre Bubastis y el mar se crearon *stratopeda* («campamentos»). Afirma que estuvieron ocupados sin interrupción durante más de un siglo, hasta que los mercenarios fueron trasladados a Menfis al comienzo del reinado de Ahmose II (570-526 a.C.); pero las pruebas arqueológicas ofrecen una imagen bastante más compleja. En Tell Defenna (la Dafne griega), el primer rey que encontramos es ciertamente Psamtek I, pero la gran

mayoría del material data de la época de Ahmose II, lo cual contradice la tradición herodotea. También conocemos otro campamento, situado a veinte kilómetros de Dafne, algo al sur de Pelusia, donde se ha encontrado gran cantidad de cerámica griega del siglo VI. La explicación más verosímil para esta contradicción entre las fuentes literarias y las arqueológicas es que las tropas se retiraron de los campamentos a comienzos del reinado de Ahmose como resultado del estallido antigriego (véase más adelante), pero que volvieron en un momento posterior para enfrentarse a la creciente amenaza de Persia. En cuanto a su integración en el ejército egipcio, la famosa inscripción griega en una de las piernas de los Colosos de Memnón, además de otras posteriores, indica que los mercenarios bajo mando egipcio formaban uno de los dos cuerpos del ejército egipcio, cuyo comandante también era egipcio. Hay que mencionar que estas tropas no siempre eran fiables, y poseemos pruebas de una revuelta de mercenarios en Elefantina durante el reinado de Apries (589-570 a.C.).

El trabajo de Petrie en Tell Defenna ha proporcionado una vivida y probablemente típica imagen del carácter de las bases permanentes de este tipo de tropas en la época saíta. El yacimiento se encuentra situado en una amplia llanura, cubierta de cerámica y dominada por los restos de una plataforma de ladrillo, construida según el principio de las celdas de colmena, consistente en casamatas, muchas de ellas rellenas de arena. Su altura original se calcula en unos diez metros y se cree que estaba coronada por un fuerte. Esta estructura, ciertamente construida por Psamtek I, parece haber funcionado como una torre de homenaje dentro de un recinto señalado por un masivo muro oblongo, que en época de Petrie ya estaba degradado hasta el suelo. Fuera del campamento se encontraba el asentamiento civil, sobre todo hacia el este. Gracias a la excavación se obtuvo una sustanciosa cantidad de equipo de infantería griego; pero el lugar también era una base naval, desde donde podían operar galeras de guerra de estilo griego; una situación que refleja el importante papel representado por los mercenarios en la marina egipcia.



Plano de Tell Defenna. La plataforma casamata, conocida hoy día como El Kasr el Bint el Yahudi, data, gracias a los depósitos de fundación, del reinado de Psamtek I. Los restos del asentamiento, fuera de la fortaleza, están claramente señalados por los fragmentos de cerámica tardía.

No resulta sorprendente entonces que la preferencia mostrada hacia estas tropas extranjeras no fuera bien acogida por los *machimoi*. Según Heródoto, un grupo de ellos se amotinó y abandonó Egipto, yendo a parar a un lugar que muy bien puede situarse en algún punto en las proximidades del Nilo Azul y Gezira, cerca de Omdurman, si es que podemos fiarnos de sus datos topográficos. En época de Apries, las cosas habían empeorado mucho y terminaron llegando a un nivel desastroso, siendo el rey expulsado del trono por una revuelta *machimoi* contra la privilegiada posición de los griegos y carios en el ejército. La gota que colmó el vaso fue una desastrosa derrota sufrida por una fuerza de *machimoi* enviada contra la ciudad griega de Cirene, lo cual concedió a Ahmose la posibilidad de utilizar estas tropas para derrotar a los mercenarios de Apries en Momenfis en 570 a.C. y usurpar el trono de Egipto.

La economía fue un punto igual de importante de la política saíta durante la reconstrucción de Egipto. Los cimientos de una economía fuerte para el país fueron, como siempre había sido, una sólida agricultura, que en época de Ahmose había conseguido un nivel de éxito espectacular. Heródoto comenta (II 177,1): «Se dice que fue durante el reinado de Ahmose cuando Egipto alcanzó su más alto grado de prosperidad, tanto respecto a lo que el río da a la tierra como respecto a lo que la tierra produce para los hombres y que el número de ciudades habitadas en esa época alcanzaba en total veinte mil».

También se fomentó mucho el comercio. En las fuentes textuales, las relaciones con Grecia tienen un papel destacado, si bien conviene recordar que la mayoría de ellas son griegas. En el propio Egipto oímos hablar de estaciones comerciales como «El muro de los milesios» y de «Islas» con nombres como Éfeso, Quíos, Lesbos, Chipre y Samos, pero su relación concreta con la Corona y otros centros griegos del país no está nada clara para el período más antiguo. No obstante, el centro mejor documentado es Náucratis, fundado en la rama canópica del Nilo, cerca de la capital, Sais, con unas comunicaciones excelentes para el comercio interior y exterior. Si bien la ciudad fue fundada por milesios a mediados o finales del siglo VII a.C., había miembros de otras ciudades griegas orientales que estaban firmemente asentados en ella así como mercaderes de la isla-estado de Egina en el golfo de Sarónica, al sur de Atenas. Las excavaciones arqueológicas han revelado una serie de recintos sagrados dedicados a los cultos griegos, una fábrica de escarabeos que producía para la exportación y una típica plataforma en colmena de la Baja Época comparable a la de Tell Defenna, que puede haber tenido un propósito militar, pero también civil, para funciones administrativas.

Es difícil determinar hasta qué punto estaba regulado el comercio en los primeros años de fundación. Es posible que se aplicara desde el principio el modelo utilizado durante el Reino Medio en Mirgissa, Nubia. Este sistema aparece sumariamente

descrito en la estela del año octavo del reinado de Senusret III:

> La frontera meridional, hecha en el año octavo de reinado bajo la majestad del rey del Alto y el Bajo Egipto Khakaure (que viva para siempre jamás) para impedir que sea traspasada por ningún nubio que viaje hacia el norte por tierra o en un barco-*kai*, así como cualquier ganado perteneciente a los nubios, con la excepción de los nubios que vengan a Mirgissa o en una embajada, u otra cuestión cualquiera que puede ser hecha legalmente con ellos; pero estará prohibido para siempre que cualquier barco-*kai* de los nubios pase hacia el norte más alia de Semna.

Si bien esto puede ser cierto, no cabe duda de que Náucratis se convirtió en el punto por el cual *todo* el comercio griego era obligado a pasar por ley desde aproximadamente c. 570 a.C. No obstante, hay pruebas de esfuerzos más enérgicos por promocionar el comercio. Sabemos que Nekau II (610-595 a.C.) comenzó a construir un canal desde el Nilo hasta el mar Rojo, una actividad que debe indicar un renacimiento de la actividad en esa zona, que había sido un importante centro comercial en dinastías anteriores. También es razonable considerar la poco verosímil historia de Heródoto de la circunnavegación de África instigada por Nekau II como otro reflejo más de su interés en este campo.

Por impresionantes e incluso espectaculares que estas medidas hayan podido ser, nunca hemos de perder de vista el hecho de que grandes batallones y unas cuentas saneadas nunca pueden ser base suficiente para un poder duradero. Debe existir siempre un soporte ideológico que sea aceptable para el pueblo sometido. En Egipto esta base siempre ha sido el concepto de realeza divina, que otorgaba al faraón un papel claramente definido y universalmente aceptado, no sólo en el gobierno del país, sino en el mantenimiento del propio cosmos. Estas condiciones tuvieron que ser aceptadas y rigurosamente observadas; para ser un faraón legítimo era esencial *actuar* como tal. En otro lugar resumí el ideal faraónico como sigue:

> Los elementos básicos son: el faraón asciende al trono como Horus, campeón del orden cósmico (maat), y derrota a las fuerzas de la oscuridad; como continuación de este papel, entonces asegura el bienestar de Egipto en términos económicos organizando el sistema de irrigación y en términos militares manteniendo un ejército y derrotando a sus enemigos exteriores; la pax deorum se ve asegurada al dotar a los templos de todo lo que necesitan y construyendo monumentos tanto para los dioses como para sí mismo (estatuas y complejos funerarios); se enviarán expediciones a Punt, el Sinaí y otras fuentes canónicas de materias primas y, en el transcurso de estas operaciones,

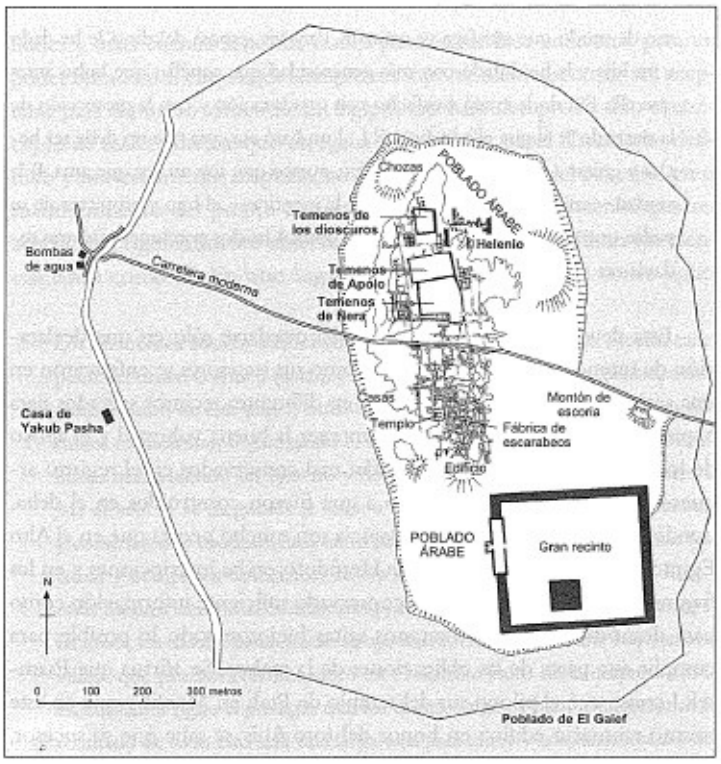
> los dioses manifestarán su aprobación al rey mediante biayt, «maravillas», que pueden consistir tanto en el notable éxito de la empresa como en cualquier signo o presagio que los dioses tengan a bien proporcionar. El resultado de todo esto será una larga vida para el rey y la realización del deseo de los dioses del orden cósmico sobre la tierra.
>
> (Heródoto, Libro II, Comentario 2, 16-17)

Psamtek I estaba bien asentado, pero al mismo tiempo se enfrentaba a una pesada responsabilidad. Estaba llevando a cabo una de las tareas más críticas de la realeza, tras los pasos de Menes y Mentuhotep II: estaba unificando el país y restaurando el orden correcto de las cosas, el estado que los egipcios llamaban *maat*. Esto aparece con cristalina claridad al comienzo de la sección conservada de la Estela de Adopción de Nitiqret, la inscripción real más larga de su reinado:

> Yo [Psamtek I] he actuado para él como debe ser hecho para mi padre. 2) Soy su hijo primogénito, uno hecho próspero por el padre de los dioses, uno que realiza los rituales de los dioses; uno que lo engendra para sí mismo de modo que satisfaga su corazón. Para ser «esposa del dios» le he dado a mi hija y la he dotado con más generosidad que aquéllas que hubo antes que ella. Sin duda estará satisfecho con su adoración y con la protección de la tierra de 3) él que ella le dio a él […] no haré esa cosa que no debe ser hecha y quitar a una heredera de su sitio, puesto que soy un rey que ama 4) la verdad —mi especial abominación es la mentira—, el hijo y protector de su padre, que tomó la herencia de Geb y unificó las dos porciones mientras todavía era un joven. (11. 1-4)

Esta devoción a los dioses no podía quedarse sólo en una declaración de intenciones. Tanto Psamtek como sus sucesores se enfrascaron en una serie de trabajos arquitectónicos en diferentes recintos sagrados para expresar con ellos su devoción y mantener la buena voluntad y el apoyo de los dioses. Los edificios saítas están mal conservados en el registro arqueológico, en gran parte debido a que fueron construidos en el delta, donde las condiciones de supervivencia son mucho peores que en el Alto Egipto. No obstante, en la obra de Heródoto, en las inscripciones y en los fragmentos de los edificios se ha conservado suficiente información como para demostrar que los soberanos saítas hicieron todo lo posible para cumplir esta parte de las obligaciones de la realeza. Se afirma que Psamtek I construyó el pilono sur del templo de Ptah en Menfis y que en este mismo santuario edificó en honor del toro Apis; se sabe que su sucesor, Nekau II, es el responsable de la construcción de

monumentos a Apis en esta misma ciudad y existen pruebas escritas de sus esfuerzos en las canteras de caliza de las colinas de Mokkattam, donde Psamtek II (595-589 a.C.) también dejó pruebas de haber extraído piedra. Ahmose II también se mantuvo muy activo en Sais, hogar de la dinastía, donde construyó un pilono en el templo de Neith, erigió estatuas colosales y creó esfinges con cabeza humana para la vía procesional. De hecho, las pruebas nos dejan la fuerte impresión de que los esplendores eclesiásticos de esta ciudad en la Baja Época le debían mucho al trabajo de los reyes saítas. Su objetivo principal era el recinto sagrado de Neith, que contenía el centro de culto principal (la «Mansión de Neith»), y aprovisionar a un grupo de dioses asociados (Osiris, Horus, Sobek, Atum, Bastet, Isis, Nekhbet, Wadjet y Hathor). Destacan sobre todo un lugar de enterramiento de Osiris y un lago sagrado, en el cual se celebraban los rituales de la fiesta de la Resurrección de Osiris; la zona estaba ricamente decorada con otros elementos, como por ejemplo obeliscos, de los cuales las tristes ruinas de Sais apenas nos dan hoy día un pálido reflejo.



Plano de Náucratis. Los edificios principales son, en el lado oeste, los recintos sagrados de los dioscuros (Período Arcaico), Apolo (*c.* 600 a.C.), Hera (comienzos del siglo VI a.C.) y Afrodita (comienzos del siglo VI a.C.). Al este se encuentran el Helenio (un recinto sagrado del siglo VI a.C.), un gran recinto con una plataforma de casamata de al menos quince metros de altura y una fábrica de escarabeos, cuya producción se destinaba al mercado griego.

No obstante, la ciudad de Sais no fue sino una más de las que recibieron muestras de la generosidad de la XXVI Dinastía. Sabemos también, por ejemplo, que Ahmose II erigió colosos en Menfis (dos de granito), construyó un templo a Isis en la misma ciudad y trabajó en Filé, Elefantina, Nebesha, Abydos y los oasis; además de contribuir a las estructuras ya existentes en otros muchos lugares, como Karnak, Mendes, la zona de Tanta, Tell el Maskhuta, Benha, Sohag, El Mansha y Edfu. Esta inmensa actividad constructora se refleja a su vez en las inscripciones de las canteras de Tura y Elefantina.

La ideología de la realeza no sólo afecta al mundo de los vivos, sino que también concede al rey una función importantísima más allá de la tumba: el rey vivo es la encarnación de Horus y gobierna a los vivos; el rey difunto es Osiris, rey de los muertos, pero al mismo tiempo, como en este contexto Osiris es asimilado a Ra, el rey espera participar en el ciclo cósmico de la creación. Para poder llevar al rey hasta su vida más allá de la tumba y mantenerlo allí se creó un elaborado programa ritual, cuyas imágenes más espectaculares son las pirámides del Reino Antiguo y Medio y las tumbas del Valle de los Reyes del Reino Nuevo, junto a sus templos de culto. Los soberanos de la XXVI Dinastía no construyeron monumentos funerarios tan espectaculares como éstos, pero sí se mantuvieron firmemente apegados a la tradición de la Baja Época. Desde finales del Reino Nuevo, los reyes se enterraban en tumbas con capilla en los patios de los templos, sin duda en parte por motivos de seguridad, pero también como reflejo de un sentido de dependencia y devoción hacia la divinidad en cuestión. Siguiendo esta práctica, los reyes de la XXVI Dinastía fueron enterrados en tumbas con capilla en el patio del templo de Neith en Sais. Ninguna de estas superestructuras se ha conservado, mas no es difícil reconstruirlas a partir de las descripciones de Heródoto y por sus evidentes paralelos anteriores con Medinet Habu y Tanis. Consisten en dos elementos. A nivel del suelo había una capilla mortuoria a la que se accedía mediante una puerta doble desde un pórtico con columnas. Es probable que los muros de esta estructura estuvieran decorados con relieves pintados donde se relataba el culto mortuorio del rey que se celebraba en la capilla. Debajo estaba la cripta con el sarcófago real, probablemente también decorada. El ajuar funerario, a juzgar por los precedentes tanitas, sería relativamente limitado; pero seguramente incluiría los tradicionales *shabtis* reales y los vasos canopos.

Hasta el momento nos hemos concentrado sobre todo en la política saíta y sus actividades dentro de Egipto, pero, dada la sombría historia de continuas invasiones de la XXV Dinastía, no podemos estar muy equivocados si asumimos que la principal tarea de los soberanos de este período fue mantener las fronteras de Egipto libres de invasores extranjeros. Las zona más crítica era Asia, donde al principio el problema fue la defensa de la frontera egipcia contra un posible nuevo intento asirio por hacerse con el control de Egipto; pero problemas mucho más cercanos a su región de

origen hicieron que esto fuera imposible para los asirios. Si bien las pruebas de la actividad militar egipcia en Asia están lejos de ser abundantes, es evidente que las operaciones de Psamtek tuvieron gran éxito, a pesar del varapalo que supuso la invasión de una horda de bárbaros cimerios en c. 630, que contrarrestó utilizando el eficaz sistema de comprarlos. Sabemos también de un exitoso aunque prolongado asedio a Ashdod (probablemente c. 655-630 a.C.) y más avanzado el reinado nos encontramos con fuerzas egipcias operando en Asia, más lejos aún que en los días de gloria de los soberanos de la XVIII Dinastía Tutmosis I y Tutmosis III. Este sorprendente fenómeno fue consecuencia de la doble amenaza contra la existencia misma de Asiría, que suponía por un lado el ascenso de los caldeos en el sur de Irak y, por el otro, el creciente peligro meda en el este de Irán. Esto supuso un rápido cambio de la política asiría respecto a Egipto, en forma de una alianza entre las dos naciones, como resultado de la cual encontramos fuerzas egipcias operando contra los caldeos en la propia Irak en 616 a.C. De ahí que hasta las últimas décadas de la XXVI Dinastía fueran los caldeos el principal enemigo de Egipto.

El sucesor de Psamtek, Nekau II, continuó con la política de su padre en el norte. Inicialmente las cosas fueron bien y, durante un corto período, de nuevo nos encontramos con el espectáculo de las fuerzas egipcias de campaña al este del Eufrates contra los caldeos, derrotando *en passant* a Josías de Judá en 609 a.C. El resultado fue que los egipcios pudieron asentarse en el Eufrates durante algún tiempo, pero esta posición no tardó en perderse en 605 a.C., como resultado de su desastrosa derrota en Carquemish, a la que siguió una brusca retirada hasta la frontera oriental de Egipto. Los egipcios mantuvieron a los caldeos a raya y en esta ocasión la frontera no resultó traspasada. Parece que hubo una cierta recuperación durante el reinado de Psamtek II, que ciertamente fue capaz de organizar algún tipo de expedición a Palestina durante el cuarto año de su reinado. Además, su diplomacia fomentó un alzamiento general en el Levante contra los babilonios, que implicó entre otros a Zedequías de Judá. Heródoto deja muy claro que las operaciones en Oriente Próximo de estos soberanos en modo alguno fueron sólo terrestres, señalando que Nekau construyó una flota de galeras de guerra a remo que pueden haber sido una primera versión de una trirreme y algunas de las cuales fueron utilizadas en el Mediterráneo y otras en el mar Rojo; de hecho, es posible que el frustrado canal se construyera en parte para facilitar el traslado de las fuerzas navales desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo cuando las circunstancias así lo requirieran.

Apries se dedicó con vigor al problema caldeo. Inicialmente comenzó una operación a gran escala contra ellos, en colaboración con las ciudades fenicias y Zedequías de Judá. Estas actividades terminaron en desastre y en una posible invasión de Egipto a finales de la década de 850 a.C. Después, una serie de campañas estratégicamente bien concebidas fueron dirigidas contra Chipre y Fenicia (c. 574-

570 a.C.), en las cuales se hizo buen uso de la flota. Ahmose II, que sucedió a Apries, se mostró cuando menos afortunado. Fue capaz de derrotar una invasión caldea de Egipto en el cuarto año de su reinado y, posteriormente, los caldeos tuvieron bastantes problemas en el imperio, lo cual los mantuvo ocupados durante la primera parte de su reinado. No obstante, terminó enfrentado a un enemigo mucho más peligroso, creado por el auge de Persia durante el reinado de Ciro el Grande, que ascendió al trono en 559 a.C. Para lidiar con esta amenaza se creó una gran afianza de naciones en peligro, formada por Egipto, Creso de Lidia, Esparta y los caldeos. Con una consumada habilidad estratégica, al destruir Lidia en 546 a.C. Ciro cortó las comunicaciones entre los alejados aliados. Entonces se dirigió contra los caldeos y se apoderó de su capital (Babilonia) en 538 a.C., dejando a Ahmose sin grandes aliados en Oriente Próximo. El faraón reaccionó comenzando a cultivar unas estrechas relaciones con los Estados griegos, con la intención de fortalecerse contra el inminente ataque y de nuevo tuvo suerte: murió en 526 a.C., antes de que se desencadenara la tormenta, dejando a su hijo Psamtek III (526-525 a.C.) la tarea de enfrentarse al asalto aqueménida.

El sur no era una amenaza tan intensa como el norte, sin embargo, los nubios no podían dejarse de lado, entre otras cosas porque no habían abandonado su ambición de gobernar de nuevo Egipto. No hay pruebas firmes de acciones militares contra ellos en el reinado de Psamtek I; de hecho, la introducción de la Estela de Adopción de Nitiqret sugiere que estaba listo para olvidar sus diferencias con los nubios, entre las cuales se contaba la muerte de su padre en campaña contra ellos, y que adoptó una política conciliadora. Es posible que esta postura continuara hasta el final de su reinado, pero debemos tener cuidado y no asumir demasiadas cosas, dada la defectuosa calidad de nuestra documentación. Ciertamente, la situación fue distinta durante el reinado de Nekau, quien en una fecha sin determinar se vio obligado a prestarle atención a lo que un texto fragmentario nos dice que fue una rebelión en Nubia; pero, sin duda, el compromiso militar saíta más importante fue el de Psamtek II, que envió a la zona una gran expedición militar en su tercer año de reinado. Esta operación, diseñada para prevenir una invasión nubia contra Egipto, condujo al ejército egipcio al menos hasta la cuarta catarata. Da la impresión de haber tenido éxito, pues durante el resto de la dinastía no volvemos a saber nada de grandes operaciones en el sur; aunque un papiro demótico del reinado de Ahmose II, cuyo carácter no está claro, describe al rey enviando una pequeña expedición a Nubia y existen pruebas arqueológicas de la existencia de una guarnición egipcia en Dorginarti (Baja Nubia) durante los Períodos Persa y Saíta.

Durante la Dinastía Saíta las relaciones con los libios no siempre fueron buenas. La Estela de Sakkara, del undécimo año del reinado de Psamtek I, nos proporciona, a pesar de su mal estado, pruebas de la existencia de problemas con las tribus libias al

oeste. Da la impresión de que los egipcios las derrotaron y no parecen haber seguido siendo un problema, ¡antes al contrario! En torno a 571 a.C. encontramos a los libios pidiendo ayuda a los egipcios para enfrentarse a la política expansionista de Cirene, una colonia griega fundada en su territorio en torno a 630 a.C. Al final del reinado de Apries, esta ciudad se embarcó en un programa de expansión que hizo que chocara con los intereses egipcios y, en la guerra subsiguiente, Egipto fue catastróficamente derrotado. Ahmose II adoptó un punto de vista completamente diferente respecto al problema de Cirene.Ya en 567 a.C. lo encontramos firmando una alianza con ellos contra los caldeos; lazo diplomático que se vio reforzado por su matrimonio con una mujer de Cirene que, según algunas de las fuentes de Heródoto, de forma muy verosímil, era una princesa. Esta alianza soportó el paso del tiempo sorprendentemente bien y todavía existía cuando tuvo lugar la invasión persa en el 525 a.C.

El Primer Período Persa

El enfrentamiento de Egipto con Persia estalló con la invasión de Egipto en 525 a.C., que supuso la derrota y captura de Psamtek III por Cambises (525-522 a.C.) en la batalla de Pelusia. Las actividades de Cambises en Egipto tienen una imagen totalmente contradictoria en nuestras fuentes: los comentarios de los autores grecolatinos son extremadamente negativos, mientras que las pruebas egipcias muestran a un soberano ansioso por evitar herir la sensibilidad egipcia y que se presenta a sí mismo como un rey egipcio en todos los sentidos. Este aspecto se ve con fuerza en las inscripciones de la estatua de Udjahorresnet, donde se observan al menos tres aspectos principales: en primer lugar, Cambises había asumido al menos las formas de la realeza egipcia; segundo, estaba perfectamente preparado para trabajar y ascender a egipcios en la administración del país; y tercero, mostró un profundo respeto por la religión nativa egipcia. Este último punto también podemos verlo en su enterramiento de un toro Apis con todo el ritual egipcio.

Nada de ello impidió que a la muerte de Cambises en 522 a.C. estallara una revuelta en Egipto; pero la independencia conseguida entonces tuvo escasa vida, puesto que Darío (522-486 a.C.) fue capaz de conseguir de nuevo el control total del país en 519/518 a.C. Durante su reinado Egipto se asentó en una pauta cuyos comienzos son claramente visibles en el reinado de Cambises. La cabeza del gobierno era el gran rey, cuya posición estaba legitimada por lo que respecta a Egipto mediante el único medio posible, es decir, definiéndose como faraón en los mismos términos que un gobernante nativo. La política de Cambises de aplacar las susceptibilidades ideológicas egipcias también continuó bajo Darío, tanto en cuestiones religiosas como en la administración; la construcción o restauración de templos también fue un rasgo destacado: se restauró la escuela médica de Sais, se comenzó la construcción (o reconstrucción) del templo de Amón de Hibis en el oasis de Kharga y se trabajó en el Busiris, el Serapeo de Sakkara y posiblemente también en Elkab. A Darío también se le atribuye un programa de reforma de la ley

No obstante, no todos los reyes persas mostraron esta delicadeza y Jerjes (486-465 a.C.) recibió una especial mala prensa por su impío desprecio de los privilegios de los templos. En cuanto a la administración, los persas, y tras ellos los ptolomeos, tuvieron el buen sentido de darse cuenta de que el sistema egipcio era el mejor para la tarea; de modo que lo mantuvieron con la mínima presencia persa posible, necesaria para integrar la provincia en la organización imperial aqueménida. Esto consistió principalmente en la inclusión de un sátrapa en la cima del organigrama. El sátrapa, que era un virrey, pertenecía a la crema de la aristocracia persa; pero no por ello dejaban sus actividades de ser vigiladas cuidadosamente por una red de inspectores persas o de informadores con títulos como «ojo del rey» u «oidores». Dirigía la

administración central mediante una cancillería controlada por un canciller ayudado por un «escriba». El lenguaje utilizado en la cancillería era el arameo, algo que implicó el empleo de un grupo de traductores egipcios. Por debajo de este nivel, los persas mostraron una marcada tendencia a no innovar. El sistema legal siguió siendo egipcio y podemos identificar a una serie de nativos del valle del Nilo que ocuparon posiciones importantes, cuando no de poder, a lo largo de todo el período.

Al mismo tiempo, podemos ver una inflexible determinación por mantener la provincia firmemente controlada; una política que no se mostró parca a la hora de incluir a no egipcios en Egipto y en las instituciones egipcias donde y cuando los persas consideraron que era necesario. También aseguraron una sustancial presencia militar para el mantenimiento de la paz interior y exterior; además de esperar que Egipto actuara por completo como una satrapía del Imperio Persa. Entre c. 510 a.C. y 497 a.C., Darío terminó la construcción de un canal comenzado durante el reinado de Nakau II, que iba desde la rama pelusiaca del Nilo atravesando Wadi Tumilac hasta los lagos Amargos y el mar Rojo; un proyecto que es innegable que formaba parte de su intento por situar Egipto dentro de la red de comunicación imperial. No sólo se utilizaron artesanos egipcios en construcciones tan lejanas como en Persia, sino que también se explotaron los recursos militares del país para continuar con el impulso expansionista imperial aqueménida: los egipcios estuvieron implicados en el asalto naval a Mileto que acabó con la revuelta jonia en 494 a.C., y los recursos navales y terrestres egipcios tuvieron un papel destacado en los grandes asaltos de Darío y Jerjes contra Grecia en 490 y 480 a.C. Los egipcios proporcionaron cuerdas para el puente de barcos de Jerjes en el Helesponto y ayudaron a su construcción, mientras que la flota del gran rey utilizada contra los estados terrestres en 480/479 a.C. contaba con doscientos trirremes egipcios al mando de Aquemenes, el hermano del propio Jerjes; si las comparamos con los trescientos trirremes proporcionados por los fenicios, tenemos un claro indicio de que Egipto era entonces una potencia naval respetable. Este contingente se comportó especialmente bien en Artemiso, donde capturó cinco navíos griegos junto a sus tripulaciones, aunque este buen comportamiento no parece haberse mantenido en Salamina. Finalmente, debemos mencionar que las obligaciones fiscales de la satrapía también recayeron sobre Egipto, pero que no fueron especialmente opresivas.

En general, la impresión creada por nuestras fuentes es que el régimen persa en Egipto estuvo lejos de ser opresivo y que bastantes egipcios consiguieron aceptarlo. De hecho, hay pruebas innegables de una lenta egiptización por parte de los propios conquistadores. No obstante, existen zonas donde es evidente que podían surgir tensiones. Aunque el gran rey podía presentarse por motivos ideológicos como faraón, se trataba de un señor absentista asentado en Irán que no podía dejar de ser visto por muchos como un faraón simbólico. En segundo lugar, la conquista de los

persas no disipó las ambiciones que tenían muchos dinastas nativos de gobernar el país, los cuales estarían acechando cualquier oportunidad para conseguir la independencia egipcia y, con ella, sus propias ambiciones. Además, la xenofobia egipcia, destacada por Heródoto en el siglo V a.C., difícilmente habría fomentado la integración entre egipcios y persas, lo cual podía agravarse por causas religiosas, como atestigua un episodio sucedido durante el reinado de Darío II (424-405 a.C.) que implicó a mercenarios asentados en Elefantina y a la población local. Un sacerdote del dios Khnum, con cabeza de carnero, se enfrentó a los mercenarios judíos, disputa que terminó con la destrucción del templo de Iao (Yahvé). Con este ambiente, no es de extrañar que el Primer Período Persa se viera salpicado por diferentes revueltas. No obstante, todos estos esfuerzos quedaron en nada hasta c. 404 a.C., cuando el joven Amirtaio alzó con éxito la bandera de la insurrección para inaugurar el último período extenso de independencia con soberanos nativos del que disfrutaría la civilización egipcia.

La independencia egipcia (404-343 a.C.)

La mayor parte de la detallada documentación de la historia política y económica de este período procede de fuentes griegas, lo cual significa inevitablemente que refleja el interés de los observadores y lectores grecolatinos. Presentan una convincente imagen de la época como dominada por dos aspectos recurrentes: inestabilidad en el interior y en el exterior el sempiterno espectro del agresivo poder persa. Este oscuro panorama de lucha intra e interfamiliar entre los aspirantes al trono emerge con gran claridad en el caso de la XXIX y la XXX Dinastías. En la turbia historia de estas dos familias nos encontramos con una situación que sólo podemos sospechar para períodos anteriores de la historia egipcia, pero que estamos seguros que no fue infrecuente bajo el milagro ideológico que dejan ver las inscripciones. Los comentaristas grecolatinos, que escribían desde un punto de vista completamente distinto, revelan sin reparos la compleja interacción de unas ambiciones personales libres de factores ideológicos o de lealtad, mediante las cuales las figuras políticas con ambición aprovecharon la mínima oportunidad de medrar proporcionada por los intereses sectarios de la clase guerrera egipcia, los capitanes mercenarios griegos y, de forma menos evidente, el sacerdocio egipcio. Para la XXIX Dinastía la documentación está lejos de ser completa, pero demuestra de forma inequívoca que casi todos los soberanos tuvieron un reinado corto que, con la única excepción de Hakor (393-380 a.C.), terminó con todos ellos depuestos y en ocasiones peor parados. Las fuentes clásicas son especialmente reveladoras respecto a la dinastía siguiente. Casi con seguridad, su fundador, Nectanebo I (390-362 a.C.), un general aparentemente miembro de una familia de militares, llegó al trono como resultado de un golpe de Estado y difícilmente nos equivocaremos si sospechamos que esta experiencia hizo que nombrara corregente a su sucesor Teo (362-360 a.C.) antes de fallecer, para así aumentar las posibilidades de una sucesión familiar tranquila. Al final todo quedó en nada, porque Teo fue depuesto en unas circunstancias de las que se nos informa muy gráficamente. De hecho, nada puede darnos una imagen más informativa del tono político de la época que la versión de Plutarco sobre los acontecimientos:

> Entonces, habiéndose unido a Tacos [Teo], que estaba realizando los preparativos para su campaña [contra Persia], él [Agesilao] no fue nombrado comandante de toda la fuerza, como esperaba, sino sólo puesto al mando de los mercenarios, mientras que Cabria el ateniense fue puesto al cargo de la flota. El propio Tacos era el comandante en jefe. Esto fue lo primero que vejó a Agesilao; entonces, como encontraba la arrogancia y vanas pretensiones del príncipe difíciles de soportar, se vio obligado a aguantarse. Incluso navegó

con él contra los fenicios y, dejando a un lado su sentido de la dignidad y sus instintos naturales, mostró deferencia y sumisión, hasta que encontró su oportunidad. Nectanabis [el futuro Nectanebo II], que era primo de Tacos y mandaba parte de las tropas, se rebeló y habiendo sido proclamado rey por los egipcios y habiendo enviado una súplica de ayuda a Agesilao, hizo la misma llamada a Cabrias, ofreciendo a ambos hombres grandes recompensas. Tacos supo de ello y les rogó que se quedaran junto a él, con lo cual Cabrias intentó mediante la persuasión y la exhortación que Agesilao se mantuviera en buenos términos con Tacos. […] Entonces los espartanos enviaron un mensaje secreto a Agesilao, ordenándole que hiciera lo que fuera mejor para los intereses de Esparta, de modo que Agesilao cogió a sus mercenarios y se fue al lado de Nectanabis. […] Tacos, abandonado por sus mercenarios, tuvo que huir, pero mientras tanto otro pretendiente se levantó contra Nectanabis en la provincia de Mendes y fue declarado rey.

(Plutarco, Vida de Agesilao, 36-39)

La documentación egipcia, aunque no es copiosa, nos proporciona imágenes fascinantes de cómo se consideraban a sí mismos estos gobernantes nativos. Si nos detenemos en las titulaturas de los soberanos de la XXIX Dinastía, nos encontramos con que Neferites I tiene un nombre de Horus tomado del de Psamtek I y un nombre de Horus de Oro tomado del de Ahmose II, mientras que Hakor utiliza el nombre de Horus y nebty de Psamtek I y el nombre de Horus de Oro de Ahmose II. Todo ello demuestra de forma inequívoca que ambos faraones estaban decididos a asociarse con los grandes soberanos de la XXVI Dinastía, la más reciente «edad de oro» de la historia de Egipto.

El servicio a los dioses también es un rasgo recurrente: Neferites I ha dejado rastros de su trabajo en Mendes, Sakkara, Sohag, Akhmin y Karnak (donde su hijo Psammuthis también estuvo activo), mientras que se han identificado operaciones constructivas de Hakor en todo el país. Durante la XXX Dinastía, los esfuerzos fueron especialmente espectaculares: Nectanebo I construyó en Damanhur, Sais, Filé, Karnak, Hermópolis (donde resulta significativo que erigiera una estela delante de un pilono de Ramsés II) y Edfu, y poseemos pruebas de que Nectanebo II participó personalmente en el entierro de un Apis en Sakkara, así como de su papel en el ascenso de categoría del toro Buquis de Armant al mismo nivel que el toro Apis de Menfis; también hay inscripciones de actos piadosos para Isis de Behbeit el Hagar, para la cual comenzó a construir un templo enorme. El cinismo de los estudiosos modernos les ha llevado a afirmar que estas actividades son en gran parte resultado de su decisión de conservar el apoyo de los sacerdotes, en lo cual seguramente hay algo de verdad, pero sería un error negar también la presencia de un genuino fervor

religioso. En la estela de Hermópolis de Nectanebo I se reafirma la tradicional relación recíproca entre los dioses y el rey: el dios hace ofrendas a Thoth y Nehmetawy como contraprestación por el apoyo que cree que éstos le dieron cuando se hizo con el control de país; el rey también realiza la afirmación tradicional de que sus trabajos en el templo restauraron lo que había encontrado en ruinas; en otras palabras, está reafirmando la doctrina del papel «cosmizador» del faraón. En la estela de Náucratis de este mismo soberano lo encontramos atribuyendo su éxito a Neith, la gran diosa de Sais (de nuevo una afinidad con la XXVI Dinastía), insistiendo en que la riqueza es un don de la diosa y haciendo hincapié en que está preservando lo que sus antepasados habían hecho. No hay razón para sostener que estos antiguos conceptos habían perdido nada de su fuerza a la hora de motivar a un soberano o para negar la sinceridad de la gratitud expresada correspondiendo a la munificencia de los dioses.

En cuanto a la política exterior, la preocupación mayor era Persia, para la cual la pérdida de Egipto nunca fue —no podía serlo— un hecho consumado. Por fortuna para estos últimos faraones nativos, importantes cuestiones en las cercanías de la propia Persia hicieron que el gran rey no pudiera dedicarle toda su atención a una provincia tan lejana como Egipto hasta 374/373, cuando Artajerjes II (405-359 a.C.) se embarcó en el primer gran intento de recuperar del país. El modo de afrontar la amenaza aqueménida por parte de los egipcios osciló entre el uso de los medios diplomáticos para mantener alejada Persia y el recurso a las operaciones militares a gran escala. Como el papel favorito de Egipto era el de pagador, la intervención militar directa por parte de unidades del ejército o la marina fue infrecuente, y sólo tuvo lugar provocada por la necesidad o una ambición insuperable. La facilidad con la que esta política podía ser llevada a cabo se explica por el hecho de que formaba parte de un escenario mucho más grande; puesto que toda esta actividad egipcia tuvo lugar ante el telón de fondo de la lucha por la independencia de otras provincias occidentales del Imperio aqueménida y de la duradera rivalidad entre Esparta y Persia por definir sus respectivas áreas de influencia en el Egeo, Asia Menor y el Mediterráneo oriental. Esto creó una letal interacción de golpes y contragolpes, en la que Egipto nunca tuvo problemas a la hora de encontrar apoyo entusiasta. De hecho, su importancia en estas operaciones fue tal que incluso si los persas hubieran estado preparados para dejar que la aguas se calmaran, esto no habría sido posible, porque un Egipto independiente siempre habría sido una amenaza para el equilibrio estratégico de la parte occidental del imperio. Por lo tanto, no resulta nada sorprendente que Artajerjes III (343-338 a.C.) organizara no menos de tres grandes asaltos para recuperar esta provincia, tan lejana como peligrosa.

Tenemos la suerte de conocer mucho la organización y el carácter de las operaciones militares de estos sesenta años de enfrentamientos. En esta época, los

recursos mihtares egipcios estaban formados por tres elementos principales. En primer lugar nos encontramos frecuentemente con mercenarios griegos, pues los soberanos egipcios poseían, en general, una buena percepción de la realidad, marcada, entre otras cosas, por la firme convicción de que los intereses egipcios se defendían mejor pagando a otros para que lucharan por ellos. Por lo tanto, nos encontramos a Hakor reuniendo una gran fuerza de este tipo de tropas en la década de 380 a.C. y aTeo utilizando diez mil mercenarios con picas en 361/360 a.C., mientras se dice que Nectanebo contó con veinte mil de ellos cuando Artajerjes III invadió el país en 343/342 a.C. Estas tropas mostraron una clara superioridad sobre la *machimoi* (milicia) egipcia en la guerra civil entre Nectanebo III y Teo, pero demostraron ser poco fiables durante la exitosa invasión persa de 343/342 a.C. Además de estas tropas, Egipto contó en muchas ocasiones con grandes fuerzas de *machimoi*. Plutarco los describe en un momento dado en unos términos un tanto desdeñosos: «Una chusma de artesanos cuya inexperiencia no los hacía dignos de nada excepto del desprecio», pero ciertamente eran capaces de realizar acciones militares efectivas: Diodoro comenta la eficacia de sus tácticas de escaramuza contra las fuerzas de Artajerjes en 374/373 a.C.; mientras que al principio de la guerra civil de 360 a.C. tuvieron una buena actuación contra Agesilao y Nectanebo II, si bien al final se vieron superados tácticamente y terminaron derrotados por sus oponentes griegos. En su parte negativa, este conflicto demuestra claramente que los mercenarios eran de una lealtad impredecible; pues no se mostraban reacios a modificar su fidelidad, sobre todo si las recompensas eran adecuadas.

El tercer elemento de los recursos militares egipcios era las tropas aliadas: los activos del almirante rebelde persa Glo (en realidad un egipcio) supusieron un significativo incremento de las fuerzas de Hakor en 380 a.C.; en 361/360 a.C. los espartanos eran aliados de Teo y enviaron a Egipto un millar de infantes al mando de Agesilao, aunque después se pasarían al lado de Nectanebo; los fenicios aparecen como aliados de Nectanebo II en su lucha contra Artajerjes III y Nectanebo se hizo con los servicios de cerca de veinte mil libios en este mismo contexto. Por lo general, las tropas que aparecen en las fuentes griegas son de infantería; pero en una ocasión también se menciona explícitamente la caballería. Como era de esperar, poseemos documentación de la notable habilidad egipcia en ingeniería militar y a la hora de explotar las posibilidades defensivas del terreno. En 374/373 a.C. se describe a Nectanebo I fortificando la costa y el noreste del delta de forma muy elaborada. Se bloquearon todas las entradas por mar y tierra: en cada una de las siete desembocaduras del río había una ciudad con grandes torres y un puente de madera que dominaban el acceso; Pelusia tenía un foso alrededor con puntos de acceso fortificados en el agua que se bloquearon con diques, y se inundaron todos los accesos por tierra, mientras que la ciudad de la desembocadura mendelesia tenía un

muro defensivo y un fuerte en el interior. La habilidad egipcia en esta cuestión también se observa en sus operaciones contra Agesilao y Nectanebo en 360 a.C., además de en las medidas tomadas por Nectanebo II para contrarrestar el ataque de Artajerjes III en 343/342 a.C. No obstante, con demasiada frecuencia el talón de Aquiles del ejército egipcio fue su alto mando, siendo habituales los estallidos de celos entre los generales egipcios y los generales extranjeros. En c. 385 a.C. Hakor alquiló los servicios del ateniense Cabrias como general sin resultados adversos; en cambio, las poco diplomáticas disposiciones de Teo en 360 a.C. no fueron tan felices, pues sólo concedió a Agesilao el mando de los griegos, quedándose el propio Teo con el mando de los egipcios, así como el control general sobre el ejército. Los fallos militares de los faraones también podían ser críticos y al final le costaron a Egipto su libertad; las fuentes dejan claro que un factor importante de ello fue la ineptitud y cobardía del propio Nectanebo II.

Los enfrentamientos militares no se limitaron a las operaciones terrestres. Las actividades navales fueron importantes, como por otra parte era lógico; pues una de las clásicas estrategias utilizadas por los persas era, donde ello resultaba posible, acompañar los movimientos de sus ejércitos con movimientos de la flota en sus flancos. El ejemplo mejor conocido es la invasión de Grecia por Jerjes en 480 a.C.; pero cualquier ataque a gran escala contra Egipto permitiría realizar este tipo de estrategia en pinza. Por lo tanto, los egipcios necesitaban ser capaces de frenar los movimientos de la flota persa, así como los de las tropas que llegaran por tierra desde el sur. No obstante, conviene recordar que incluso fuera de este contexto específico la posesión de unidades navales efectivas fortalecía en gran medida la movilidad estratégica y táctica de las fuerzas egipcias en el teatro mediterráneo. Por lo tanto, las flotas son un elemento importante en los comentarios de nuestras fuentes; por ejemplo, en 400 a.C. nos encontramos con que un almirante rebelde persa llamado Tamos (¡ciertamente no era egipcio!) se refugió en Egipto con su flota, donde no tardó en ser asesinado por un misterioso soberano egipcio (probablemente Amyrtaios) con el único fin de apoderarse de sus barcos, y en 361/360 se preparó una flota importante para participar junto al ejército en la revuelta general de las provincias occidentales del Imperio Persa. Es evidente que la sofisticación técnica de estas fuerzas era elevada. En cualquier lugar donde se mencionan, las naves egipcias se llaman «trirremes»: galeras de guerra impulsadas por tres filas de remeros que se contaban entre lo mejor de los barcos de guerra del mundo mediterráneo de esta época. En 396 a.C. nos encontramos con Neferites enviándole a Agesilao de Esparta el equipo para dotar cien trirremes (resulta evidente que tenía de sobra en su arsenal). Se nos dice que el rebelde chipriota Evágoras le compró cincuenta trirremes a Hakor en 381 a.C. y que en 361/360 a.C. Teo preparó una flota de doscientos de esos barcos, que estaban muy bien equipados. A pesar de ser descritos siempre como trirremes,

hemos de mencionar que la flota persa reunida para atacar a Egipto en 374 a.C. estaba formada por trescientos trirremes y doscientas triacóntoras (galeras de un solo banco con treinta remeros), y que la flota egipcia también contaría con este tipo de unidades ligeras. Que los comandantes egipcios pudieran llegar a alcanzar el rango de almirante en la flota persa basta para atestiguar su calidad; pero la armada egipcia de la época sabía reconocer la habilidad allí donde estuviera y en 361 a.C. Teo no dudó en nombrar comandante de sus unidades navales al soberbio almirante ateniense Cabrias.

La reanudación del control persa en Egipto, que se completó no más tarde de 341 a.C., vino seguida del saqueo de los templos y de una política de consolidación del mismo consistente en la demolición de las defensas de las principales ciudades y el nombramiento de una administración provincial persa, de la cual formaban parte algunos funcionarios egipcios como Somtutefhakht. Evidentemente, la intención era recuperar las condiciones de la ocupación anterior; pero el resultado fue un régimen de recurrente brutalidad e incompetencia que no tardó en elevar el nivel de desafección lo bastante como para que estallara una rebelión armada. Seguramente sea aquí, en torno a 339/338 a.C., donde haya que situar el alzamiento del muy discutido Khababash, una rebelión tan exitosa que le dio al menos un control parcial del país y le permitió reclamar el puesto de faraón. En 333 a.C. otro signo de desafección fue el entusiasmo con el que fue recibido en el país el rebelde macedonio Amynthas. Por lo tanto, en modo alguno resulta sorprendente que cuando Alejandro Magno invadió el país en 332 a.C. no tuviera ninguna dificultad en terminar rápidamente con el odiado gobierno persa.

La cultura en *continuum*

Hasta el momento, nuestra narración ha estado dominada por las vicisitudes políticas, militares y económicas de Egipto desde el comienzo del Período Saíta hasta la conquista macedonia. Si bien es imposible negar el vigor y habilidad con los cuales los egipcios se enfrentaron a estos desafíos, es fácil que nuestro relato dé la impresión de una nación sometida durante generaciones a una generalizada discontinuidad. Sin embargo, cuando regresamos a los fenómenos culturales, la imagen que obtenemos es muy diferente. Las artes visuales son paradigmáticas. Aunque es cierto que cuando se inspiran decididas en las tradiciones de los Reinos Antiguo, Medio, Nuevo y en las del Período Kushita sólo producen el árido arcaísmo del que se les acusa demasiado a menudo, también lo es que cuando sus deseos de continuidad con la vieja tradición se combinan con el ejercicio de una considerable invención y originalidad, tanto en los materiales como en la iconografía, producen las esculturas más notables de todo el corpus faraónico. Respecto a las otras esferas de la actividad cultural, en ocasiones existe una desconcertante laguna documental (por ejemplo, no existen textos literarios fechados con seguridad en esta época). Con todo, un análisis detallado de la documentación que poseemos confirma que la sociedad y la civilización egipcias se caracterizan por los mismos rasgos visibles en las artes visuales. Nos encontramos de forma habitual con rasgos que el estudioso de los períodos anteriores considerará completamente familiares.

El contexto mortuorio continúa revelando la intensa importancia de los lazos familiares, en ocasiones de forma espectacular: la tumba del visir Bakenrenef en Sakkara, del reinado de Psamtek I, parece haberse utilizado para el enterramiento de los miembros de su familia durante casi trescientos años; mientras que la tumba de Petosiris en Tuna el Gebel alberga los enterramientos de cinco generaciones de su familia, que van desde la XXX Dinastía hasta la época ptolemaica. La epigrafía no mortuoria apunta en la misma dirección: la inscripción de Khnumibra en Wadi Hammamat muestra que en la XXVII Dinastía existía una conciencia comparable respecto al linaje, pues pretende recoger en ella su genealogía a lo largo de veinte generaciones, remontándose hasta la XIX Dinastía, si bien debemos mostrarnos cautelosos con la exactitud histórica del documento. Este tipo de material también demuestra la gran importancia que tenía la continuidad de los cargos en el seno de la familia: la de Petosiris ocupó el de «gran sacerdote de Thot» en Hermópolis durante cinco generaciones, mientras que se dice que los antepasados de Khnumibra tuvieron durante siglos algo que se aproximaba al control de los cargos de visir y «supervisor de los trabajos».

Las lealtades locales son, cuando menos, más fuertes que las antiguas: Udjahorresnet insistía a comienzos de la XXVII Dinastía en los incalculables

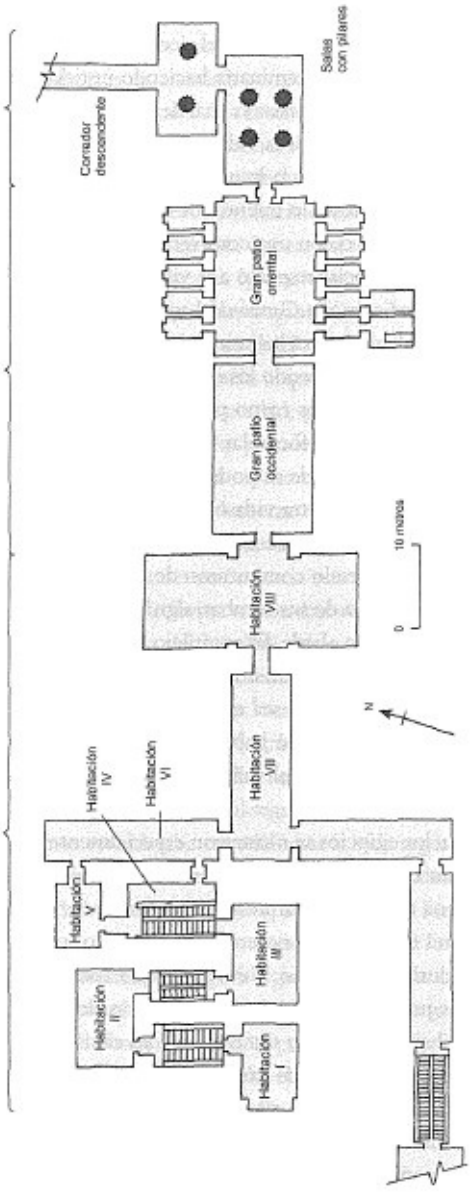
servicios que había realizado para su ciudad natal; mientras que en el siglo IV a.C. las inscripciones de Somtutefhakht en el templo de Harsaphes en su ciudad natal, Heracleópolis Magna, nos indican que este servicio se transformó en devoción hacia el dios local, una fórmula sencilla y natural que era habitual en esta época. Esta devoción a los dioses locales encuentra fáciles paralelos en épocas anteriores, pero su importancia en la Baja Época es muy marcada, originada, sin duda, por la fragmentación política endémica tras el colapso del Reino Nuevo. Un corolario de esta situación es la destacada tendencia a que el objeto de la devoción personal sea la principal deidad de la ciudad, que de este modo adquiere la omnipotencia y la omnisciencia de los grandes dioses tradicionales del panteón. A su vez, este fenómeno generó un intenso sentido de la inminencia de la presencia divina, lo cual probablemente fuera un factor importante en el desarrollo de los cultos animales, uno de los rasgos religiosos más característicos de la Baja Época. La devoción hacia esta divinidad de presencia inmediata vino acompañada, de forma totalmente natural, por una poderosa convicción de la dependencia del hombre respecto del favor divino, expresada con frecuencia en la escultura mediante estatuas de personas que sujetan y ofrendan imágenes de su dios local.

Las inscripciones biográficas revelan, además, que los factores conducentes al éxito en la vida eran percibidos en unos términos esencialmente tradicionales: el favor real seguía considerándose un requisito del éxito; también se consideraba esencial vivir la vida según *maat*, el orden del universo, tanto físico como moral, que comenzó a existir con la creación del mundo y es definitivo, es decir, incapaz de mejorar. En la tumba de Petosiris se describe vivir según *maat* como «El camino de la vida» y un estímulo mencionado con frecuencia para seguir esta vía es la influencia divina que opera en el corazón del individuo, es decir, allí donde se encuentra el origen de su ser moral. Se trata de un concepto al que no resulta difícil encontrarle paralelos anteriores (por ejemplo, el antiguo concepto de *netjer imy.k*, «el dios que está en ti»), pero que en los textos de la Baja Época se desarrolla de un modo mucho más sistemático. Seguir «El camino de la vida» bajo la guía de dios trae el éxito, tanto en este mundo como más allá de la tumba, donde todavía espera otra prueba más. El día del juicio en la Sala de las Dos Verdades era para todos y no se hacían distinciones entre el rico y el pobre. No obstante, esta fuerte convicción en que se terminaría haciendo justicia no impide la expresión de una filosofía del *carpe diem*, la cual demuestra que los egipcios habían perdido poco de su amor por la vida. De hecho, no es extraño encontrar de vez en cuando quejas por la injusticia de una temprana muerte que ha impedido disfrutar de todo lo bueno que la vida tiene por ofrecer. Aquí nos encontramos de nuevo con una completa novedad, puesto que la fragilidad de las certezas egipcias respecto a la vida tras la muerte es elocuente en textos tan antiguos como la *Canción del arpista ciego* y el capítulo 175 del *Libro de*

los muertos. En cuanto a los principios del culto mortuorio, durante la Baja Época continuaron siendo los mismos, si bien menos elaborados en la práctica. Creencias antiguas como puedan ser los beneficios conseguidos mediante la recitación de fórmulas y la realización de los rituales funerarios mantuvieron gran parte de su poder.

El concepto de los requisitos para la otra vida ofrece una imagen un tanto contradictoria, pero de nuevo se trató de trabajar y desarrollar viejas ideas. Aquéllos que podían permitírselo comenzaron de nuevo a dedicar muchos esfuerzos a la construcción de sus tumbas, algunas de las cuales son espectaculares ejemplos de puro alarde. El complejo mortuorio de Mentuemhat en Tebas es el más impresionante de todos aquellos que no pertenecen a miembros de la familia real, ya sea en esta zona o en cualquier otra, y muchos visires del Reino Nuevo habrían envidiado la tumba construida por Bakenrenef, que domina el valle desde la escarpadura este de Sakkara.

Durante el Período Saíta, los egipcios se mostraron especialmente ingeniosos a la hora de construir tumbas que no se pudieran robar: se rellenaban por completo con arena tras el enterramiento para que tuvieran el efecto deseado; pero los ajuares funerarios ya no eran ni tan amplios ni tan ricos como lo habían sido durante el Reino Nuevo, aunque todavía se puedan encontrar enterradas junto al difunto joyas y máscaras de oro o plata dorada. Esta pobreza del ajuar funerario significa que las cámaras sepulcrales son pequeñas, a menudo apenas más grandes que el propio sarcófago. En cuanto a los enterramientos de la clase baja, para este período contamos con más información que para los anteriores, sobre todo en Sakkara, donde las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz cuerpos poco o nada momificados enterrados en ataúdes muy pobres, con frecuencia sin más elaboración que unas meras esteras de hojas de palma, y depositados en un agujero en la arena, sin nada que lo indique en la superficie, a no ser una sencilla señal para guiar las pobres atenciones de un familiar ansioso por realizar cualquier mínimo servicio que pudiera permitirse el difunto. Esto concuerda con la documentación de otros períodos anteriores y demuestra que también a este nivel la Baja Época continuó la tradición.



Plano de la tumba de Mentuemhat. Muestra la disposición de las estructuras por debajo del nivel del suelo, a las que se accede mediante un corredor descendente situado al este. Desde aquí, tras atravesar dos salas columnadas, se llega a un gran patio solar excavado en la roca, pero a cielo abierto y flanqueado por capillas al norte y al sur. Tras él se alcanza otro patio abierto, que da a la zona subterránea de la tumba y termina con la cámara del sarcófago, en el extremo occidental del conjunto. Los muros están ricamente decorados con relieves, que muestran una mezcla de rasgos contemporáneos y elementos tradicionales, tomados de lugares como las tumbas de Menna y Rekhmire y el complejo de Deir el Bahari.

Las inscripciones biográficas revelan otro cambio de énfasis, puesto que la separación existente entre el faraón y sus súbditos disminuye claramente, lo cual queda reflejado en la facilidad con la que las personas no pertenecientes a la familia real tuvieron acceso a la antigua literatura funeraria: en varias tumbas saítas de Sakkara (entre ellas las del visir Bakenrenef, el «comandante de la flota real» Tjanenhebu y el médico Psamtek), se utilizaron los Textos de las pirámides; los ataúdes del siglo IV a.C. también reflejan este cambio. La tumba de Petosiris muestra un fenómeno paralelo, pues, en un punto de su inscripción biográfica, el propio Petosiris afirma haber realizado el antiguo ritual de fundación de estirar la cuerda. No obstante, nada de esto es una total novedad, puesto que en la XII Dinastía ya contamos con ejemplos del deseo de admitir la humanidad del supuesto rey-dios. También resulta demasiado fácil ignorar el hecho de que en todos los períodos de la historia de Egipto la relación entre la ideología de la realeza y los aspectos prácticos de la vida diaria terminaban siendo definidos por la experiencia histórica; el acercamiento entre el rey y sus súbditos visible en las fuentes tardías refleja la realidad de la distribución del poder en el Egipto de la Baja Época.

En conclusión: los trescientos años que precedieron a la invasión de Egipto dirigida por Alejandro Magno (332-323 a.C.) no fueron siglos escasos de logros. A pesar de que el país estuvo dos veces sometido al dominio persa, consiguió mantener su independencia durante largos períodos de tiempo contra poderosos enemigos y tuvo un gran impacto en el transcurso de la interminable lucha por el poder en Oriente Próximo, además de reiterar su interés por el Alto Nilo. Durante la época saíta hubo varios factores que interactuaron entre sí para crear la base de este éxito. En primer lugar la aparición de una familia de gobernantes ideológicamente aceptables, políticamente astutos y militarmente muy taimados.

No obstante, los saítas también tuvieron suerte, puesto que durante la mayor parte de la dinastía, la dinámica imperialista en Oriente Próximo actuó en su favor. Los imperios se expanden tanto como sus estructuras institucionales y el deseo de sus líderes lo permiten. Cuando los asirios y los caldeos intentaron incorporar Egipto a sus imperios, se encontraron operando al límite de su capacidad. El más mínimo problema en el seno de sus propios territorios implicaba una irremediable disminución de los recursos que podían ser movilizados contra Egipto; hasta el punto de volver imposible tanto las respuestas como el control del país. Por lo tanto, no resulta nada sorprendente que el dominio asirio fuera intermitente y de bajo nivel y que todo lo que los caldeos pudieron conseguir fuera amenazar, invadir y retirarse.

El peligro que suponían los persas era de un orden diferente, puesto que poseían una capacidad mucho mayor en cuanto a riqueza y recursos humanos, acompañada al principio por unos deseos de conquista mucho más importantes, derivados en última instancia del propio Ciro. Por muy capaz que fuera el faraón, si los persas actuaban al

máximo de su capacidad, la tierra de Egipto debía caer. No obstante, las leyes de la gran estrategia valían tanto para los persas como para sus predecesores; por ello, la marginal posición geográfica de Egipto en relación al Imperio aqueménida significó que mantener un control permanente sobre la tierra del Nilo terminó resultándole complicado y que siempre existió el potencial para una revuelta con éxito.

Visto en segundo plano este telón de fondo, el panorama de rebeliones, independencias y conquistas de los siglos V y IV a.C. se vuelve inteligible de inmediato. Sin embargo, ninguno de estos furiosos esfuerzos disminuyó la vitalidad de la vida cultural egipcia. Es innegable que hemos sufrido una gran pérdida en cuanto a las obras de arte, arquitectónicas y literarias de la época, pero lo que se conserva es más que suficiente para dejarnos ver una sociedad poderosamente consciente de su pasado y que no por ello dejaba de explorar nuevos caminos o que, como mínimo, insistía en encontrar sus propios puntos de énfasis cultural. Miremos donde miremos, siempre nos encontramos con una poderosa corriente de continuidad unida a una dinámica evolucionista vital que, además de proporcionar el apoyo evidente a los mismos, explica los muy considerables logros de la época de los ptolomeos, que vino a continuación.

14. EL PERÍODO PTOLEMAICO

(332-30 a.C.)

ALAN B.LLOYD

El Egipto ptolemaico es la historia de dos culturas. Con *ethos*, intereses y aspiraciones diferentes, al principio ambas mantuvieron una coexistencia precavida, donde la conveniencia y el equilibrio de poder generaron un grado viable de cooperación, por lo general lo bastante efectivo como para ocultar su desagrado mutuo. Desde finales del siglo III a.C., esta colaboración se vio cada vez más desgastada por la firme presión ejercida por el cisma dinástico, la mala administración, la crisis económica y el resentimiento egipcio. Un aspecto fascinante de esta compleja relación es el hecho de que, a pesar de todas estas tensiones internas, en muchos aspectos el Egipto de los ptolomeos tuvo un éxito espectacular, ya consideremos los logros de la élite greco-macedonia o los del entorno cultural egipcio.

Preludio

Lo más adecuado es comenzar el estudio del Egipto ptolemaico con la llegada de Alejandro Magno en 332 a.C., que puso fin al Segundo Período Persa, algo que nadie lamentó. Antes de que Alejandro regresara a sus conquistas, en 331 a.C., se vio obligado a encargarse del problema de la administración de su nueva provincia.

Es evidente que la fundación de Alejandría pretendía crear una nueva base para el gobierno del país, pero en otros aspectos prevaleció el modo antiguo de hacer las cosas. Si podemos fiarnos de la *Novela de Alejandro* (una biografía semimitificadora escrita de forma anónima con el seudónimo de Calístenes, aproximadamente en el siglo II a.C. o antes), Alejandro se hizo coronar en el templo de Ptah en Menfis, afirmando así claramente que estaba asumiendo la responsabilidad de un faraón egipcio. Resulta indudable que los egipcios así lo conceptualizaron, pues le dieron una titulatura estándar y él mostró gran respeto por las susceptibilidades religiosas egipcias. Perfectamente consciente de los peligros estratégicos intrínsecos a la riqueza y posición geográfica de Egipto, procuró evitar la concentración de poderes: se entregó la administración del país a un egipcio llamado Doloaspis; se confió la recogida de impuestos a Cleomenes de Náucratis; el ejército fue situado al mando de dos oficiales, Peukestas y Balakros, y la armada colocada bajo el mando separado de Pelomón. Subsiguientemente, Cleomenes fue nombrado gobernador de toda la provincia, que la administró con un elevado grado de corrupción.

Tras la muerte de Alejandro en Babilonia en junio de 323 a.C., su mentalmente impredecible hermano Arrideo (323-317 a.C.) fue declarado rey, con Perdicas como regente, en el entendimiento de que si el hijo póstumo de Alejandro con su esposa bactriana Roxana era varón, sería nombrado rey. En este punto Perdicas entregó grandes secciones del imperio a quienes habían sido los mariscales de Alejandro, y en el reparto a Ptolomeo, hijo de Lagos, le tocaron Egipto, Libia y «aquellas partes de Arabia que se encuentran cerca de Egipto», con Cleomenes como segundo al mando.

El acuerdo de Perdicas no podía durar. Simplemente dispuso las piezas para las Guerras de los Sucesores, que como era inevitable estallaron para decidir si el imperio de Alejandro sobreviviría intacto. Esta compleja serie de operaciones se divide en dos fases: la primera, que va desde 321 a 301 a.C., enfrentó a los «unitarios» (sobre todo el propio Perdicas, Antígono *el Tuerto* y su hijo Demetrio *el Asediador*), que intentaban preservar la unidad del imperio, contra los «separatistas» (en especial Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco), que estaban decididos a conseguir sus propios reinos. Las ambiciones de Ptolomeo no tardaron en convertirle en el principal problema de los unitarios, que le devolvieron la gentileza con dos invasiones de Egipto, la primera realizada por Perdicas en 321 a.C. y la segunda por Antígono en 306 a.C., ambas derrotadas por la geografía de Egipto más que por el propio

Ptolomeo. La cuestión unitaria quedó resuelta en 301 a.C. con la derrota y la muerte de Antígono en Ipso, que decidió esta fase del conflicto en favor de los separatistas. Para entonces sus protagonistas principales, Ptolomeo incluido, ya se habían adelantado al resultado proclamándose reyes.

El punto álgido de un reino

La segunda fase de las Guerras de los Sucesores tuvo lugar entre 301 y 280 a.C. y se caracterizó por las luchas entre los separatistas para crear, mantener o incrementar sus reinos.Terminó en 281 a.C. con la muerte de Lisímaco en Coropedio y el posterior asesinato ese mismo año de su conquistador, Seleuco. El resultado de estos enfrentamientos fue crucial para la historia subsiguiente del mundo helenístico, porque significó el nacimiento de tres grandes reinos: Macedonia, con su pretensión de gobernar sus Estados vecinos, que en ocasiones consiguió y en otras no; el Imperio seléucida, asentado en Siria y Mesopotamia; y el Imperio de los ptolomeos, cuyo núcleo eran Egipto y la Cirenaica. En estos reinos tenemos a los protagonistas de la lucha por el poder que dominaría el Mediterráneo oriental y el Levante hasta que Egipto cayó en manos de los romanos en el año 30 a.C.

Es importante comprender que la rivalidad entre estos reinos no se limitaba a cuestiones de control político o militar, por importantes que fueran. La motivación psicológica subyacente se encuentra allí donde cabría esperarla en cualquier contexto greco-macedonio; es decir, en un impulso de autoafirmación que, a su vez, generaba prestigio. Lo más importante era ofrecer una imagen impecable en el ruedo de la actividad greco-macedonia —más allá incluso— y hacer continua sombra a la oposición. Ciertamente, la conquista militar era un medio importante de conseguirlo; pero la creación de un reinado de inigualable esplendor era igual de relevante y podía absorber una gran cantidad de esfuerzo y recursos. En esta batalla por el poder y el prestigio, sin duda los ptolomeos fueron los rotundos ganadores, al menos durante el siglo III a.C.

Para los tres reinos, la cuestión clave de su política y estrategia era extender sus imperios a expensas de los de sus rivales mediante todo tipo de medios, pero la historia de sus conflictos es de todo menos sencilla. Está claro que las ambiciones de los primeros ptolomeos eran tales que suponían una seria amenaza a las aspiraciones de los otros dos jugadores, que consideraron conveniente unir sus recursos para enfrentarse al enemigo común. Por lo tanto, no resulta sorprendente que a comienzos de la década de 270 a.C. nos encontremos con una paz firmada entre los macedonios y los seléucidas, que se convertiría en una de las pocas constantes de la historia del siglo III a.C.

Para los ptolomeos existían dos áreas principales de actividad expansionista: 1) los antiguos centros de cultura griega en el Mediterráneo oriental, y 2) Siria-Palestina. En cuanto al primero, es importante comprender que los soberanos de los reinos helenísticos se sentían macedonios, tenían costumbres macedonias y una cercana y profunda afinidad con la cultura griega. Por lo tanto, el escenario en el que todos ansiaban dejar su huella eran la Grecia continental, el Egeo y las ciudades

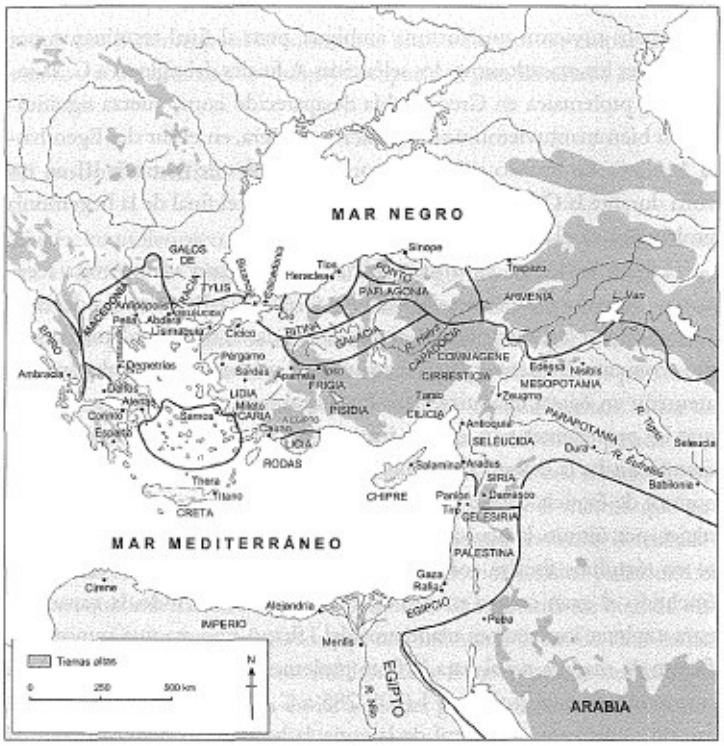
griegas de la costa de Asia Menor. En términos políticos y militares, para los ptolomeos del siglo III a.C. esto significó una larga lucha por la hegemonía en Grecia contra Macedonia, que había conseguido el control de una gran parte de la zona en época de Filipo II y la consideraba inequívocamente macedonia por derecho de conquista. A su vez, esta lucha llevó a los ptolomeos a apoyar a las principales fuerzas políticas del mundo griego, en especial Epiro, Atenas, Esparta y las ligas Etolia y Aquea, que inevitablemente recurrían a Egipto en busca de ayuda contra el enemigo común; pero esto también implicaba esfuerzos por mantener bases en el Egeo y a lo largo de la costa sur de Asia Menor, además de por controlar Chipre. También requería mantener una alianza con la isla de Rodas, importante desde el punto de vista estratégico y económico. Inevitablemente, las ambiciones ptolemaicas en Asia Menor les enfrentaron con dureza contra los intereses seléucidas en la zona.

A pesar de su rivalidad con los dos grandes reinos helenísticos, en un principio los primeros tres ptolomeos obtuvieron grandes éxitos a la hora de conseguir sus ambiciones en el Egeo. Revisando sus logros en esta región, Polibio escribe lo siguiente:

> Su esfera de control incluía a los dinastas de Asia y también las islas, pues controlaban las ciudades, fortalezas y puertos más importantes a todo lo largo de la costa, desde Oanfilia al Helesponto y la región de Lisimaquia. Vigilaban los asuntos de Tracia y Macedonia mediante su control de Eno y Marones e incluso de ciudades más lejanas y, de este modo, al haber extendido su alcance hasta tan lejos y habiéndose protegido a gran distancia mediante esos reyes clientes, nunca se preocuparon por la seguridad de Egipto. Por eso le concedían, con razón, tanta importancia a los asuntos exteriores […].
>
> (Polibio, 5, 34)

No obstante, tenemos que interpretar con cuidado estas palabras. Polibio no está diciendo que los ptolomeos dirigieran un imperio con fronteras claramente definidas y una administración imperial coherente. El pasaje revela —lo cual queda confirmado por otras pruebas— que este «imperio» era en realidad una cuestión de matices, una amalgama de bases, afianzas, protectorados y facciones o individuos amistosos, frecuentemente comprados mediante el oro egipcio, que formaban una red de nodos mediante la cual los ptolomeos podían ejercer poder político y militar. Tampoco se trataba de una esfera estática, ni siquiera en estos primeros días. En las luchas generadas por estas ambiciones, los primeros ptolomeos tuvieron una fortuna ambigua, pero al final terminaron por prevalecer los macedonios y los seléucidas. A finales del siglo III a.C., la influencia ptolemaica en Grecia había desaparecido como

fuerza significativa, si bien mantuvieron una guarnición en Tera, en el sur del Egeo hasta 145 a.C. En cuanto a Asia Menor, los triunfos de Antíoco III en esa zona durante la Quinta Guerra Siria precipitaron el final de la hegemonía ptolemaica en el oeste y la costa sur c. 195 a.C.



Mapa de la región mediterránea durante la época ptolemaica (332-30 a.C.).

El patrón de una expansión inicial, que dio paso a una severa recesión, se repitió a comienzos del siglo II a.C. en Siria-Palestina. La decisión de incorporar la Celesiria y las ciudades fenicias al reino ptolemaico surgió temprano. Evidentemente, la zona había sido un tradicional punto de atención en época faraónica, pero los ptolomeos tenían mejores razones que los precedentes para querer mantenerla: estratégicamente, su ocupación facilitaba la defensa de Egipto y de la provincia egipcia de Chipre; el control de Fenicia daba a los ptolomeos acceso a los recursos navales fenicios; por último, la ocupación también suponía grandes beneficios, tanto en términos fiscales como de acceso a las grandes rutas comerciales (incluido el gran centro mercantil de Petra) y, sobre todo, la capacidad para explotar los recursos madereros del Líbano, que era una importante fuente de madera naval para la flota ptolemaica. Por lo tanto, no resulta sorprendente que Ptolomeo I (305-285 a.C.) realizara repetidos esfuerzos por conseguir el control de la zona: la tuvo en su poder durante el período 320-315 a.C. y brevemente tras la batalla de Gaza en 312 a.C.; pero en 301 a.C. ocupó Siria-Palestina, probablemente hasta el río Eufrates, a pesar de que este territorio le había sido concedido a Seleuco tras Ipso. La determinación de los ptolomeos por mantener sus aspiraciones fue el origen de no menos de seis Guerras Sirias durante el reinado de Ptolomeo II (285-246 a.C.) y terminó durante el de Ptolomeo VI (180-145 a.C.), si

bien la cuestión fue decidida definitivamente por la derrota egipcia en Panion en 200 a.C., como resultado de la cual PtolomeoV (205-180 a.C.) accedió c. 195 a.C. a las exigencias de los seléucidas sobre Siria y Fenicia.

Estos éxitos militares ptolemaicos y su fracaso final estuvieron ligados a una serie de condiciones: un ejército y una armada efectivos; un sistema administrativo que les proporcionaba la base, sobre todo la infraestructura económica, para mantener la expansión; unas condiciones dentro del reino que hicieron posible concentrar estos esfuerzos en empresas exteriores; y soberanos con la visión y la capacidad para llevarlas a cabo.

El poderío militar

El ejército ptolemaico, al igual que el resto de sus homólogos helenísticos, era el ejército de Alejandro, modificado según los dictados de la experiencia y la necesidad. Las fuerzas del conquistador macedonio estaban formadas por una serie de unidades complementarias que eran el reflejo de un concepto táctico basado en fijar al enemigo mediante la presión de la infantería a lo largo de gran parte de la línea y, seguidamente, lanzar un ataque decisivo en un punto escogido mediante la caballería pesada. Esto significaba que los principales elementos tácticos eran una falange de infantería pesada armada con picas de gran longitud (5,5 metros, que aumentaron posteriormente) y una fuerza de choque en forma de caballería pesada, formada por escuadrones de macedonios, tesalios y aliados. Los huecos que inevitablemente aparecían entre estos elementos cuando entraban en acción eran rellenados por una infantería ligera de élite llamada *hypaspists*, formada por tres mil hombres. Estas tropas de combate, de las que dependía la victoria en las acciones generales, se completaba con una amplia selección de tropas ligeras, tanto a caballo como a pie, en gran parte mercenarias y suplementadas con un equipo de asedio altamente sofisticado.

Si estudiamos el ejército de los ptolomeos nos encontramos con muchas cuestiones que Alejandro hubiera reconocido de inmediato. En Gaza, en 312 a.C., el asalto ptolemaico fue realizado por una fuerza de tres mil jinetes armados con espadas y la tradicional pica macedonia de caballería o *xyston*. Ésta consiguió coger de flanco a la caballería enemiga, que se rompió y abandonó el campo, dejando expuesta a su falange a un asalto desde el flanco izquierdo. Enfrentada a esta amenaza, la falange no tardó en darle la espalda y salir huyendo en confusión. Casi un siglo después, la disposición táctica en Rafia (217 a.C.) fue muy similar: la caballería del ala izquierda de Ptolomeo IV fue expulsada del campo por sus contrarios seléucidas, mientras que la caballería egipcia del ala derecha hizo lo mismo y derrotó a los jinetes seléucidas a los cuales se enfrentaban. En esta batalla la victoria la decidió la falange ptolomea, que, animada personalmente por el rey, levantó sus picas y cargó contra la falange contraria, que no tardó en hundirse. En 200 a.C., Panion nos proporciona otro ejemplo de la caballería actuando como fuerza de choque, en este caso para desgracia del ejército ptolemaico, puesto que la caballería seléucida fue capaz de deshacer su ala izquierda, expulsarla del campo de batalla y luego regresar para amenazar la retaguardia de la falange ptolemaica, que no tuvo más remedio que huir.

A pesar de la subyacente similitud táctica existente entre los ejércitos de Filipo II y Alejandro, en las tres acciones descritas hubo una crucial innovación: el uso de los elefantes de guerra, una táctica aprendida de los hindúes. Los elefantes se utilizaban

como el equivalente de los tanques modernos, para atacar y desmantelar la línea enemiga. Una solución para este tipo de asalto era, en primer lugar, impedir que los proboscideos alcanzaran la línea, lo que Ptolomeo I consiguió brillantemente en Gaza, colocando delante de su ejército una pantalla de hombres armados con estacas recubiertas de hierro, fijadas al suelo para bloquear el avance de los elefantes de Demetrio. Otra solución, claramente adoptada en general, era atacar a los elefantes y sus jinetes con tropas ligeras muy móviles armadas con jabalinas o arcos. Esto significaba, a su vez, que cualquier fuerza que utilizara elefantes no podía avanzar sin su propia tropa ligera destinada a neutralizar la del enemigo. El principal problema de los ptolomeos al utilizar elefantes era conseguir un suministro adecuado de animales de buena calidad, es decir, indios. No sabemos de ninguno en el bando de Ptolomeo I en Gaza, pero tras derrotar a la fuerza de elefantes de Demetrio capturó a los animales supervivientes. Los ptolomeos intentaron resolver el problema a largo plazo utilizando elefantes africanos y nuestras fuentes mencionan cacerías de estos animales en varias ocasiones. Desgraciadamente, los únicos elefantes africanos que se pueden entrenar son los de bosque, que son una variedad más pequeña que la hindú, de modo que no es de extrañar que en Rafia los elefantes de Ptolomeo IV no tardaran en retirarse y caer contra sus propias líneas, con serias, cuando no desastrosas, consecuencias para todo el ejército. En Panion no se dice nada de elefantes ptolemaicos, aunque la única fuente que se conserva de esta acción es muy defectuosa. No obstante, conviene mencionar que se afirma que los elefantes seléucidas aterraron a la caballería etolia en la crucial ala izquierda egipcia y también se menciona a estos animales tomando parte en el movimiento final contra la falange ptolemaica, que decidió la derrota de todo el ejército.

Uno de los cambios más notables producido en el ejército ptolemaico de los siglos IV y ni a.C. fue la progresiva disolución de su elemento macedonio, inicialmente en favor de los mercenarios, pero que al final condujo a la incorporación al mismo de los *machimoi* o clase guerrera egipcia. Ya en Gaza en 312 a.C. Diodoro describe que el ejército contaba con 18.000 infantes y 4.000 jinetes, en parte macedonios, en parte mercenarios; pero también nos informa de que había numerosos egipcios, algunos encargados de la impedimenta y otros como soldados, probablemente auxiliares. Cuando tuvo lugar la batalla de Rafia, esta tendencia había progresado mucho. Ptolomeo IV dispuso de una fuerza de caballería de élite de 3.000 jinetes, de los que más de 2.000 eran libios o egipcios; en cuanto a su falange de 45.000 soldados, no menos de 20.000 eran egipcios. Ptolomeo contó también con 2.000 jinetes mercenarios, tanto griegos como no griegos, 3.000 cretenses, 3.000 libios y 4.000 tracios y gálatas. De hecho, es muy poco probable que los macedonios y sus descendientes fueran entonces más que una pequeña parte del ejército.

Los costes de una fuerza mercenaria de tal envergadura eran una sangría para los

recursos de la Corona, que sólo podía asumirse si la economía del país estaba funcionado de forma adecuada; los profundos trastornos internos que surgieron tras la muerte de Ptolomeo IV están unidos a la incapacidad de los soberanos de Egipto para mantener este tipo de tropas. Los ptolomeos se ocuparon pronto del problema de garantizar un adecuado suministro de soldados, sacados de los grupos étnicos tradicionalmente explotados por Macedonia: su solución consistió en la creación de una ampia reserva militar estacionada en asentamientos diseminados por todo el país. En ellos se concedía a los soldados lotes de tierra, cuyo tamaño era determinado tanto por el rango como por el tipo de unidad a la que pertenecían. En muchas ocasiones los militares no trabajaban la tierra ellos mismos y se limitaban a utilizarla como fuente de ingresos; pero la recibían en el entendimiento de que siempre que se les necesitara entrarían en servicio, como en el caso de los 4.000 tracios y gálatas mencionados en el desarrollo de la campaña de Rafia. No obstante, resulta curioso que se trate del único contingente de este tipo mencionado por Polibio en esta coyuntura; por otra parte, el hecho de que se tratara de un porcentaje relativamente pequeño del ejército reunido para esta operación indica que los *clerucos* (colonos militares a los cuales el soberano concede unos lotes de tierra llamados *kleroi*) no eran considerados la fuente ideal para formar el grueso del ejército.

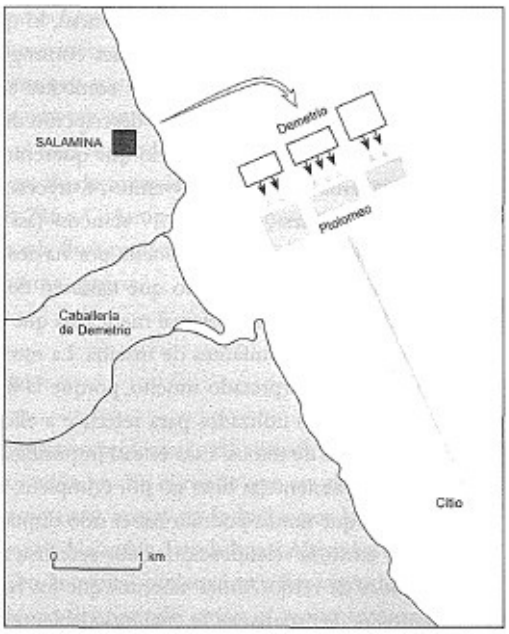
Otra solución obvia para el problema de la mano de obra militar era la milicia egipcia o *machimoi*, una respuesta que aparentemente se intentó por primera vez en Gaza y cayó en desuso durante muchos años, probablemente por una clara conciencia de sus desventajas políticas. Finalmente, las necesidades a corto plazo terminaron con las consideraciones a largo plazo y en Rafia, donde el grueso de la falange que le dio la victoria a Ptolomeo estaba formado por soldados egipcios, encontramos a este grupo utilizado con un éxito espectacular. La creciente confianza en esta clase, originada por las progresivas dificultades para conseguir tropas en las tradicionales fuentes ptolemaicas, condujo a un cambio crítico en el equilibrio del poder dentro del país, que Polibio describe con agudeza:

> En cuanto a Ptolomeo, su guerra contra los egipcios siguió de inmediato tras estos acontecimientos. El ya mencionado rey, al armar a los egipcios para su guerra contra Antíoco, decidió un curso de acción que era apropiado para las circunstancias inmediatas, pero que ignoraba las consecuencias futuras. Pues los soldados, exaltados por su victoria en Rafia, dejaron su inclinación a recibir órdenes y se reunieron en torno a un líder, pensando que eran capaces de cuidarse por sí mismos. En lo cual tuvieron éxito al final, no mucho después.

No obstante, el ejército no era el único requisito. La consecución de las

ambiciones ptolemaicas en el Egeo y el Mediterráneo oriental dependía también del mantenimiento de una poderosa flota de combate. Esta fuerza no sólo era un medio para crear y mantener una presencia ptolemaica en la zona, sino que también era un arma en la guerra propagandística por el prestigio y la categoría. Como en épocas más modernas, las grandes y poderosas unidades navales podían utilizarse para generar sentimientos de poder, incluso cuando no se trataba de un enfrentamiento armado directo. La tremenda importancia estratégica de la flota fue comprendida desde el comienzo del Período Ptolemaico y su auge y declive son un barómetro infalible de las fortunas imperiales y políticas de los lágidas en el mundo griego.

Tácticamente, la guerra naval se desarrolló hasta un grado notable a finales del siglo IV a.C. Esta tendencia es evidente en el mejor documentado de los enfrentamientos navales ptolemaicos, la batalla de Salamina, que tuvo lugar en la costa este de Chipre en 306 a.C. y terminó con una catastrófica derrota de la flota egipcia. La acción se originó como resultado de un intento de Ptolomeo por socorrer a su hermano Menelao, que estaba siendo asediado por tierra y mar en Salamina por Demetrio, hijo de Antígono. Ptolomeo contaba aproximadamente con 140 barcos de guerra, contra quizá unos 180 del enemigo. Diodoro, nuestra fuente más completa, desgraciadamente para nuestro propósito, proporciona más información sobre la flota de Demetrio que sobre la de Ptolomeo, pero es indudable que sus detalles son aplicables tanto a una como a otra. Varios puntos destacan: en primer lugar, se nos habla de soldados embarcados que participaron en muchas acciones; en segundo lugar, Demetrio equipó a sus navíos con balistas y catapultas capaces de lanzar flechas de tres palmos (c. 0,5 metros de longitud), que fueron utilizadas con éxito; en tercer lugar, participaron navíos de distintas categorías —por ejemplo, la poderosa ala izquierda de Demetrio contenía 30 «cuatros», 10 «cincos», 10 «seises» y 7 «sietes», si bien el grueso de la flota estaba formado por «cincos»—. Por otra parte, la flota ptolemaica estaba compuesta enteramente de «cincos» y «cuatros»; además, ambas flotas parecen haberse dispuesto para la batalla en tres grupos de combate —un centro con un ala a cada lado—, pero Demetrio hizo que su ala de mar abierto fuera particularmente poderosa, mientras que Ptolomeo hizo lo propio con su ala de tierra; finalmente, debemos mencionar que las flotas emplearon un primitivo sistema de señales.



La disposición de las flotas en la batalla de Salamina ejemplifica el principio de un fuerte ataque concentrado sobre una parte de la línea enemiga, muy utilizado en los combates terrestres tras la batalla de Leuctra, en 371 a.C. El ala izquierda de Demetrio, que dirigió personalmente, era el ala pesada, en la que confiaba para aplastar a su contrincante, envolver sus líneas y empujarlas contra la costa; en cambio, el centro y el ala derecha eran relativamente ligeras. Ptolomeo situó el peso de su ataque sobre el ala izquierda, que venció a su contrincante; pero el pesado contingente de Demetrio puso en fuga al ala derecha que se le enfrentaba y luego hizo que se viniera abajo el centro ptolemaico.

Este resumen revela varios rasgos importantes. En primer lugar que la guerra naval estuvo poderosamente influida por la guerra terrestre. Si bien seguían realizándose las maniobras a remo, el énfasis pasó de las batallas de maniobras a las batallas terrestres embarcadas, lo que llevó a la creación de navíos capaces de transportar grandes contingentes de infantería de marina, que eran quienes decidían los combates en sus enfrentamientos cuerpo a cuerpo con el enemigo. La descripción de Ateneo de la flota de Filadelfo demuestra perfectamente lo que queremos decir: no sólo menciona que contenía 2 «treintas», 1 «veinte», 4 «treces», 2 «doces», 14 «onces», 30 «nueves», 37 «sietes», 5 «seises», 17 «cincos» (así como una fuerza que doblaba en número al resto, compuesta por navíos que iban desde «cuatros» hasta «unos y medios»), sino que también describe un monstruoso «cuarenta» de Ptolomeo IV, del cual menciona que era capaz de transportar no menos de 2.850 infantes de marina. La estructura de estos navíos pesados se ha malinterpretado mucho, porque la bibliografía antigua interpreta los términos utilizados para referirse a ellos como menciones al número de bancos de remos. Esto es casi imposible. Estos navíos eran impulsados principalmente, si bien no por completo, mediante múltiples filas de remeros, que nunca podrían haber sido dispuestas en más de tres alturas; por lo tanto, la «clasificación» debe referirse al número de remeros en cada *unidad* de remo. Ahora sabemos que los barcos más grandes poseían estructura de catamarán, lo cual indudablemente hubiera incrementado mucho la cubierta disponible para la infantería de marina, haciendo de estos navíos un elemento formidable en una batalla terrestre luchada en el mar. La militarización de la guerra naval se ve también en la práctica de montar artillería en los barcos, que obviamente es un reflejo de la cada vez mayor importancia que tuvo este tipo de arma, tanto para la guerra de asedio como en el campo de batalla, en los ejércitos de Filipo II y Alejandro. El uso de un ala pesada

como fuerza de choque por parte de ambos protagonistas es otro rasgo de la adaptación de la guerra terrestre al mar, puesto que este principio era un dispositivo táctico fundamental en el ejército macedonio. El uso de señales también procedería de la misma fuente.

Por poderosa y efectiva que fuera la flota ptolemaica durante los primeros cincuenta años de la dinastía, sus esfuerzos en la construcción naval no podían garantizar por sí mismos éxitos constantes, por lo cual, a mediados del siglo III a.C., sus flotas sufrieron tres reveses que presagiaron la gradual disminución del poder marítimo ptolemaico en la zona: en Efeso (probablemente en 258 a.C.) una flota ptolemaica sufrió un revés a manos del almirante rodio Agatóstrato, en este caso probablemente al ser superada en capacidad marinera y no durante la lucha entre la infantería de marina; aparentemente por esas mismas fechas, los ptolomeos sufrieron un segundo gran revés, esta vez en Cos y a manos de Antígono Gonatas, rey de Macedonia, en el cual un poderoso barco de tres bancos tuvo un papel destacado a la hora de decantar la victoria para los macedonios; finalmente, parece que c. 245 a.C. Antígono, si bien sobrepasado en número, infligió otra derrota a la flota ptolemaica en Androd, esta vez al derrotar a la infantería de marina egipcia.

La tierra de Egipto

El intenso espíritu competitivo ptolemaico de autoafirmación no se limitó a los enfrentamientos militares. En el ruedo que era el mundo helenístico también se utilizaron otras armas en la lucha por la categoría y el prestigio, entre ellas la capital: Alejandría. Fundada por Alejandro en 331 a. C, la ciudad se convirtió en la capital ptolemaica y fue vigorosamente explotada desde el comienzo del período como el mejor escaparate de la riqueza y esplendor ptolemaicos y, al mismo tiempo, como el medio no militar más significativo mediante el cual los ptolomeos podían competir y sobrepasar a sus rivales. No tardó en convertirse en la ciudad mas espectacular del mundo helenístico. Estrabón, que la visitó justo antes de la desaparición de la dinastía ptolemaica, no tenía ninguna duda sobre la importancia de la ostentosa exhibición de los edificios ptolemaicos. Así describe el barrio del palacio, en la zona norte de la ciudad:

> La ciudad tiene los más bellos recintos y palacios públicos, que ocupan entre un cuarto y un tercio de su extensión total. Pues como cada rey, por amor al esplendor, solía añadir algún tipo de adorno a los monumentos públicos, del mismo modo invertía a su costa en una residencia, además de las que ya existían, de modo que ahora, por citar al Poeta [Homero]: «hay edificio tras edificio». Todos, sin embargo, están conectados, tanto unos con otros como con el puerto, incluso los que se encuentran fuera del puerto.

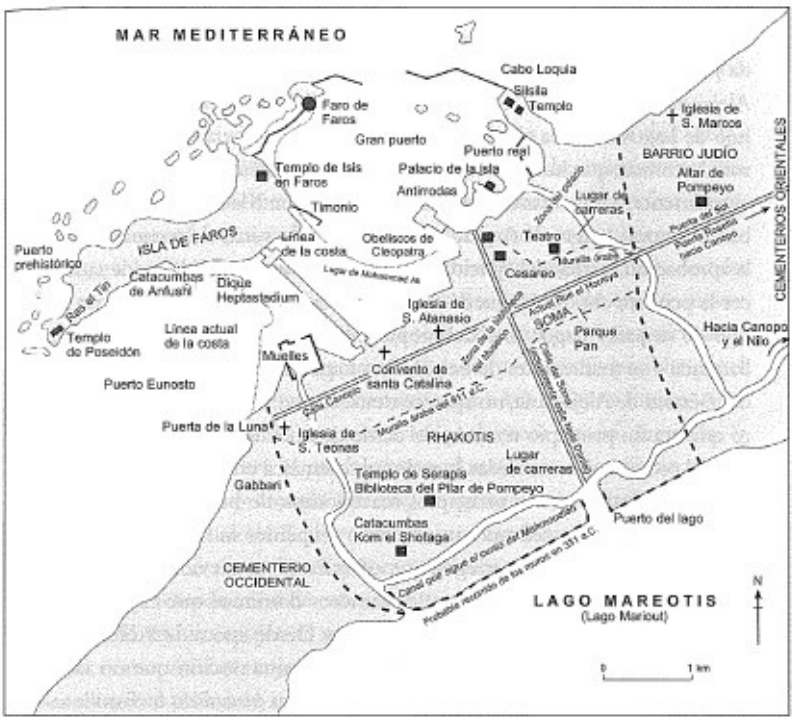
Pero había mucho más. Estrechamente asociado a estas instalaciones estaba el *Soma*, el lugar de enterramiento de los reyes ptolemaicos, que también contenía el cuerpo del propio Alejandro Magno, guardado originalmente en un sarcófago de oro reemplazado después por otro de cristal. La posesión de este cuerpo era en sí misma uno de los principales activos propagandísticos de los que disfrutaban los ptolomeos y era el resultado de una astuta operación de secuestro, llevada a cabo por Ptolomeo, hijo de Lago, cuando el cadáver estaba siendo trasladado hacia Macedonia para ser enterrado en la necrópolis de Egas. Evidentemente, el más espectacular de todos los edificios de Alejandría era el faro, situado en el extremo este de la isla de Faros. Otro elemento destacado de la ciudad era el Museion, del que formaba parte la mundialmente famosa biblioteca. La institución fue fundada por Ptolomeo I como parte de su política para convertir a Alejandría en el centro de la cultura griega. El Museion se modeló según las escuelas de Platón y Aristóteles en Atenas y, al igual que ellas, era un centro de investigación y enseñanza. Se hicieron grandes esfuerzos para conseguir volúmenes para la biblioteca y el agente de Ptolomeo I, Demetrio de Falero, mandó a sus buscadores a todos los rincones del mundo griego para conseguir

los textos necesarios. Tanto éxito tuvieron los esfuerzos de los ptolomeos en este aspecto, que al final de este período parece que la biblioteca contaba con 700.000 volúmenes y la instalación al completo proporcionaba un marco soberbio para la erudición y la investigación científica. Siendo así, Alejandría no tardó en convertirse en el principal centro de estas actividades, con figuras tan importantes como Eratóstenes de Cirene (c. 285-194 a.C.) en ciencias, Herófilo de Calcedonia (c. 330-260 a.C.) en medicina, Zenódoto de Efeso (nacido c. 325 a.C.) y Aristarco de Samotracia (c. 217-145 a.C.) en erudición literaria, y Apolonio de Rodas y Calimaco de Cirene (ambos del siglo III a.C.) en escritura creativa.

Alejandría también tenía potencial como sede para grandes acontecimientos panhelénicos que atrajeran participantes de todo el mundo griego, quienes así podían maravillarse de la ciudad, que se había convertido en la obra maestra de los ptolomeos. Ptolomeo II llegó incluso a crear una fiesta cuatrienal llamada Ptolemaieia (probablemente en 279/278 a.C.), con la que pretendía honrar a su padre y, al mismo tiempo, a la dinastía que había fundado. Nuestras fuentes son bastante claras respecto a su pretensión de que la fiesta consiguiera la misma categoría que los propios Juegos Olímpicos. Estamos particularmente bien informados respecto a una espectacular obra teatral organizada en honor de Ptolomeo II, que ilustra hasta qué punto estaban dispuestos a llegar y gastar estos soberanos para impresionar a su audiencia greco-macedonia. Calixeno de Rodas describe con gran detalle una *pompe*, «procesión», realizada en el estadio de la ciudad y, como preámbulo, nos habla del notable pabellón construido en la zona del palacio destinado a albergar un gran *symposion*, «fiesta de bebida», para los huéspedes más distinguidos. La estructura era notable por su tamaño y esplendor, además de contener muchos detalles valiosos: objetos y equipo extraordinariamente caros y espléndidos, una excelente variedad de pieles de animales de tamaño inusual, ricos adornos florales imposibles de conseguir en ningún otro lugar del mundo, sin contar las esculturas y pinturas de la mayor calidad y valor. La estructura estaba diseñada además para hacer alarde de la realeza ptolemaica: en varios puntos combinaba motivos griegos y egipcios, destacando el águila heráldica ptolemaica, que relacionaba a la familia con Zeus, insistiendo en los detalles militares de la realeza egipcia y reafirmando sus lazos con Apolo y Dioniso. La procesión de Dioniso, a la que esta notable estructura pretendía dar servicio, continuaba con la misma línea de propaganda: los objetivos dinásticos se veían con fuerza en la asociación de Ptolomeo I, Berenice y el propio Alejandro Magno; la marcada dimensión dionisiaca de la procesión afirmaba la relación de la dinastía con el dios; la riqueza del reino se enfatizaba enormemente mediante abundantes referencias a los valiosos bienes a los que tenía acceso, como el incienso, la mirra, el azafrán y el oro, así como a la productividad agrícola de Egipto. El acceso a animales notables en grandes cantidades también era un rasgo importante; se hacía una

referencia a la política exterior con el símbolo que representa en la procesión a la estratégicamente crítica ciudad de Corinto y el poderío militar de Egipto quedaba bien grabado en el espectador mediante la participación de una fuerza de no menos de 57.600 infantes y 23.200 jinetes. En todas las actividades de Alejandría, arquitectónicas y de otros tipos, el énfasis se ponía de forma abrumadora en las cuestiones greco-macedonias; pero los ptolomeos eran muy conscientes de la fascinación que la civilización faraónica siempre había causado en el mundo griego y estaban más que dispuestos a añadir un toque exótico procedente de esa parte del reino. No resulta sorprendente, por lo tanto, encontrar pruebas de un amplio traslado de monumentos a Alejandría o hallar en la ciudad ejemplos de estatuas colosales de los reyes y reinas ptolemaicos representados según el estilo tradicional egipcio.

Los gastos de mantenimiento de estas operaciones militares y sus pretensiones dinásticas eran enormes y presuponían la existencia de una infraestructura muy efectiva, capaz de maximizar el potencial de la economía egipcia tanto en el interior como en el exterior. El método más efectivo de gobernar la tierra de Egipto había sido desarrollado por los propios egipcios. Los ptolomeos lo sabían muy bien y, esencialmente, se limitaron a refinar el antiguo sistema para conseguir de él el máximo beneficio económico. El principio clave del gobierno era la realeza, pero una realeza bastante más compleja que la de sus predecesores egipcios. Los ptolomeos no eran sólo faraones, sino también reyes macedonios que gobernaban a una élite greco-macedonia dentro del país, así como a otros súbditos fuera de él. Desde el punto de vista de los macedonios, la reclamación del rey sobre Egipto y sus provincias dependientes reposaba en el hecho de que se trataba de territorio «ganado con la lanza», es decir, que su derecho de gobierno era el derecho de conquista, gracias al cual el reino se convirtió en su heredad, que podía administrar a su gusto. Al principio, la realeza fue ejercida por Alejandro Magno y luego por su hermano Arrideo, a quien siguió Alejandro IV (317-310 a.C.), hijo del conquistador. En teoría, Ptolomeo, hijo de Lagos, sólo era el gobernador de la provincia; pero en 305 a.C. asumió la corona, que hubo de mantener según la tradición macedonia. Tradicionalmente, para reclamar con acierto el trono, en Macedonia se necesitaban dos cosas: sangre de Argead corriendo por las venas del pretendiente y la aprobación formal del ejército al ascenso al trono. El problema de satisfacer la primera condición quedó resuelto al afirmarse que Ptolomeo no era hijo de su padre Lagos, sino del propio Filipo II, quien habría dejado embarazada a su madre antes de entregarla a Lagos. En cuanto a la aclamación del ejército de Alejandría, no aparece destacada en las fuentes, pero está claro que era un principio reconocido desde tiempo atrás.



La ciudad de Alejandría. Su preeminencia comercial se basaba en tres puertos principales: el profundo Gran Puerto, formado por el cabo Loquia y la isla de Faros, que estaba unida a tierra firme mediante el artificial Heptastadium (que a la vez era un acueducto), capaz de albergar a los barcos más grandes; el puerto Eunosto, al oeste; y el puerto del lago Mareotis, que recibía los cargamentos de tierra firme con los cuales se alimentaban las exportaciones. Las calles de la ciudad estaban diseñadas con un trazado ortogonal, con la calle principal (treinta metros de anchura) orientada de este a oeste desde la puerta Canóbica hasta la puerta de la Luna. Los barrios principales de la ciudad eran (de oeste a este): la Necrópolis (famosa por sus jardines), Rhakotis (la zona egipcia), el Barrio Real y el Barrio Judío.

El proceso de convalidar la realeza ptolemaica en contextos no egipcios no se fimitó a estos principios macedonios; de hecho, no podía hacerlo, porque los macedonios no tardaron en perder su importancia en el reino ante la miríada de griegos que ofrecieron sus servicios a Egipto o que aparecían como súbditos en los remotos dominios que cayeron inicialmente ante la autoridad de los ptolomeos. Desde época de Ptolomeo II se afirmaba que el rey y su esposa eran dioses, una noción que no tardó en convertirse en la de que el rey pertenecía a una *hiera oikia* o «familia sagrada» formada por el rey y todos los soberanos muertos de la dinastía, Alejandro Magno incluido, a través de los cuales los ptolomeos podían hacer descender su linaje del propio Zeus (en caso de que no se aceptara su afirmación de que descendían de Filipo). Estos conceptos también trajeron con ellos la afirmación de que descendían de Heracles y Dioniso, que tuvo un papel destacado en la propaganda de la realeza de los ptolomeos. Esta serie de conceptos estaba asociada a un culto de ofrendas en honor del rey y su consorte, que en esencia era un culto al soberano, el cual proporcionaba a los súbditos griegos la posibilidad de reconocer y reafirmar de forma colectiva la posición política de los ptolomeos. Esto quiere decir que tenemos ante nosotros un caso claro de uso de la actividad cultural en apoyo de un sistema político; un mecanismo cuyos méritos no pasaron por alto los emperadores romanos. Se dice que esta creación se inspiró en conceptos egipcios, pero cualquiera que conozca el desarrollo del pensamiento griego del siglo IV a.C. sobre la relación entre lo humano y lo divino y el claro desdibujamiento de la línea que separaba al hombre del dios no tendrá dificultades a la hora de identificar como helénicos los antecedentes de esta noción.

Una circunstancia notable ocurrida en el seno de la casa real ptolemaica fue la instauración del matrimonio hermano-hermana como una práctica recurrente, si bien no consistente. Se ha afirmado con frecuencia que esta costumbre, iniciada por Ptolomeo II, casado con su hermana Arsinoe, evolucionó a partir del precedente histórico egipcio; una noción que se ha conservado hasta en obras recientes, a pesar de que no existe ningún documento fiable que permita sospechar que los reyes practicaran nunca el matrimonio entre hermanos de padre y madre. Es posible que el matrimonio *mitológico* hermano-hermana entre Isis y Osiris tuviera cierta influencia a la hora de empujar a los ptolomeos en esa dirección, y ciertamente se encontró el paralelo; pero el matrimonio entre hermanos posee un evidente prototipo mitológico griego en el matrimonio de Zeus y Hera, al cual era fácil recurrir en una familia que afirmaba tener como antepasado a este dios. Sea como fuere, es muy posible que los motivos para la introducción de esta unión tuvieran una razón muy práctica. Arsinoe II era una mujer de una formidable habilidad y fortaleza de carácter, como muchas mujeres de la élite greco-macedonia —no es coincidencia que el ptolomeo mejor conocido sea Cleopatra VII (51-30 a.C.)— y este tipo de matrimonio garantizaba, o

ayudaba a garantizar, que trabajara en favor de su hermano y no en su contra. Además, gracias a este matrimonio, Ptolomeo II conseguía que su hermana no se casara con un posible rival, cuya posición habría quedado entonces muy reforzada. Por encima de todo, la unión aseguraba a los ptolomeos el control de los abundantes bienes de los que disponía la reina gracias a su anterior matrimonio. Una vez creado, el precedente fue seguido por muchos soberanos ptolemaicos y estuvo lejos de ser un activo sin mácula. Su problema más evidente fue que, al crear una base institucional para que las mujeres de la familia real ejercieran el poder regio al más alto nivel, los ptolomeos debilitaron la posición de la propia monarquía y contribuyeron significativamente a la larga historia de inestabilidad dinástica que paralizó a la familia. Los peligros inherentes a esta práctica se vieron agravados todavía más por el gusto ptolemaico por la poligamia, que no podía sino crear desastrosas rivalidades por la sucesión.

En cuanto a los egipcios, situaron a los ptolomeos en el papel de faraón, la única forma de legitimación del poder político supremo que conocían. El primer ptolomeo que se sabe que fue coronado faraón al modo tradicional fue Ptolomeo V, pero la tradición dice que Alejandro también realizó esta ceremonia y existen muchísimas probabilidades de que se tratara de una práctica estandarizada. Ciertamente, desde el momento mismo de la conquista macedonia todos ellos fueron *tratados* como faraones en los monumentos egipcios.

Por debajo del rey encontramos una estructura administrativa que posee todos los rasgos del sistema egipcio, pero que es más precisa. La preocupación general del sistema ptolemaico a todos los niveles era el fisco, un hecho que se refleja en las actividades del *dioiketes*, «gerente», el funcionario más importante del Estado, cuya principal inquietud era la administración financiera del reino. Le ayudaba todo un ejército de subordinados, incluidos el *eklogistes*, «contable», y en un momento posterior el *idios logos*, «fondos particulares», que era responsable de los recursos privados del rey. Este enfoque económico también se observa cuando nos centramos en el gobierno local, basado en el sistema tradicional de «nomoi» (la palabra griega para el antiguo egipcio *sepatu*), que estaba formado por unos cuarenta distritos administrativos, comparables a los modernos condados británicos. Dentro de estas provincias, lo principal era la producción agrícola. Técnicamente, toda la tierra pertenecía a la Corona, pero por motivos prácticos estaba dividida cuidadosamente en dos categorías: *basilike ge*, «tierra real», trabajada por los «granjeros reales», que tenían un contrato de arrendamiento y pagaban una renta anual; y la *ge en aphesei*, «tierra remitida», con varias categorías: *hiera ge*, «tierra del templo», entregada a los templos como su base económica; *klerouchike ge*, «tierra trabajada por los clerucos», parcelas que se pueden encontrar en todo el país y que consistían en *kleroi*, «lotes», entregados a los soldados a cambio del servicio militar; *ge en doreai*, «tierra poseída

como regalo», asignada a sirvientes de la Corona como estipendio por el ejercicio de un cargo gubernamental y ligada a éste; *idioktetos ge*, «tierra privada», es decir, tierra que de facto, cuando no de iure, era poseída por particulares; y, por último, *politike ge*, «tierra de la ciudad», asignada a las muy escasas ciudades de tipo griego existentes en Egipto. No obstante, cualquiera que sea el título de la tierra, la actividad agrícola era cuidadosamente controlada por el gobierno central hasta sus más mínimos detalles, con el único objetivo de maximizar los ingresos del tesoro real. El siguiente extracto de un papiro administrativo es un ejemplo típico del inflexible y omnipresente rigor del sistema:

> Haz una auditoría de las cuentas de los ingresos; si es posible, poblado por poblado, y pensamos que no es imposible si te dedicas a ello afanosamente. Si no es posible, [hazlo] según las toparquías, aprobando en la auditoría nada más que los pagos al banco en el caso de los impuestos en dinero, y en el caso de las cuotas en grano o aceite aprobando sólo entregas a los cobradores de grano. Si hay en ellas algún déficit, obliga a los toparcas y a los granjeros a pagar a los bancos, por los atrasos en grano, los valores asignados en la ordenanza, para aquéllos que producen aceite, el producto líquido según su clase.
>
> (Papiro Tebtunis, 703, 117-134)

Se puede ver el mismo nivel de control estatal en la demás formas de actividad económica: la explotación de las minas y canteras, la producción de papiro, las operaciones del nuevo sistema bancario, el control de la moneda y también en el comercio exterior, en el que Filadelfo se mostró notablemente activo, no sólo abriendo o manteniendo lucrativas relaciones comerciales con el extranjero, sino facilitándolo mediante empresas de ingeniería a gran escala, como la conclusión del faro de Faros, la mejora del camino de Koptos que comunicaba el valle del Nilo con el mar Rojo y la reapertura del antiguo canal persa que unía la rama pelusiaca del Nilo con el golfo de Suez.

Durante la primera fase del gobierno ptolemaico las relaciones entre la élite macedonia y sus súbditos egipcios no siempre está clara y, donde lo es, presenta algunas inconsistencias. Una inscripción de Akhmin parece referirse a una princesa ptolemaica que se había casado con un príncipe de la XXX Dinastía y, ciertamente, la antigua aristocracia egipcia no quedó relegada a la impotencia: parece que algunos miembros del linaje real de la XXX Dinastía mantuvieron sus cargos militares durante el Período Macedonio, y en el reinado de Ptolomeo II encontramos a un hombre llamado Sennushepes como supervisor del harén real y poseedor de un alto

cargo en el nomo koptita; otra documentación del mismo reinado sitúa a otros egipcios en importantes cargos administrativos y militares dentro del nomo mendesiano. Estos y otros casos permiten sospechar que el egipcio Dioniso Petoserapis, que aparece con un alto cargo cortesano en Alejandría en la década de 160 a.C., tuvo más precedentes a comienzos del Período Ptolemaico de los que estamos inclinados a pensar en la actualidad.

La documentación es mucho más abundante para la nutrida clase de los sacerdotes y escribas del templo; si bien no debemos caer en la trampa de considerarlos como un grupo cerrado. Los cargos sacerdotales eran compatibles con los cargos seculares, de modo que no se puede mantener una firme diferenciación entre la aristocracia secular de cargos y títulos, por un lado, y la de categoría eclesiástica, por el otro. Los sacerdotes estaba asentados en numerosos templos, que con frecuencia fueron reconstruidos o adornados en la época ptolemaica y siguen siendo algunos de los restos más completos y espectaculares conservados de la cultura faraónica. Uno de los mejores ejemplos es el templo de Horus el Behdetita, en Edfu, que es casi completamente ptolemaico y fue objeto de trabajos constructivos entre 237 a.C. y 57 a.C.; si bien resulta muy significativo que los ptolomeos escogieran conservar para el sanctasanctórum el santuario de Nectanebo II, afirmando así su continuidad con el pasado de Egipto. Otro centro importante de actividad constructiva fue Filé, donde de nuevo los vemos reafirmando sus estrechos lazos con la última dinastía nativa egipcia. Estos y otros templos continuaron realizando su antigua función como fuentes de energía de Egipto; el punto de contacto entre lo humano y lo divino, en los cuales el faraón, por medio de su representante, el gran sacerdote local, realizaba los críticos rituales necesarios para el mantenimiento de los dioses y, a cambio, éstos canalizaban su poder dador de vida a través del faraón hasta Egipto.

Uno de los rasgos característicos de los principales templos estatales en la época ptolemaica y romana fue el añadido de un pequeño templo períptero, situado de forma invariable en ángulo recto con respecto al templo principal, para el cual Champollion acuñó el término *mammisi* (una palabra copta inventada por él que significa «casa de nacimiento»). Los *mammisi* ptolemaicos suelen estar rodeados de columnatas con entrepaños entre las columnas y eran utilizados para celebrar los rituales del matrimonio de la diosa (Isis o Hathor) y el nacimiento del dios niño. Parece que los relieves de la XVIII Dinastía que describen el divino nacimiento del rey, tanto en Deir el Bahari como en Luxor, pueden considerarse homólogos de los *mammisi*. El templo de Hathor en Dendera tiene dos *mammisi*, uno de época romana y el otro de época de Nectanebo I (380-362 a.C.), este último destinado evidentemente a la celebración de los «misterios» en trece actos relativos al nacimiento tanto del dios Ihy como del faraón.

No obstante, los templos estaban lejos de limitarse a ser centros de culto. También eran importantes centros de actividad económica, cuyos recursos procedían de la producción de las tierras cedidas a ellos por la Corona (si bien los terrenos no eran de su absoluta propiedad); además de beneficiarse de los diezmos y préstamos concedidos por el Estado. Producían bienes manufacturados con propósitos seculares, sobre todo ropa, y eran los principales patrocinadores de trabajos artísticos como las estatuas, que eran creadas en sus *hut-nebu*, o «casas del oro», o mediante sus programas constructivos, que generaron un inmenso mercado para las habilidades de escultores y pintores. El trabajo de estos artistas es de gran interés, puesto que proporciona la más clara evidencia de los intentos ptolemaicos por amalgamar la cultura griega y la egipcia, siendo evidente que su trabajo los llevó en dos direcciones diferentes. En primer lugar, su determinación por continuar con las tradiciones del Egipto de la Baja Época resulta particularmente evidente en los relieves de los templos ptolemaicos, conservados en grandes cantidades; pero también en numerosos ejemplos de bulto redondo, algunos de ellos inigualables en todo el canon de la escultura egipcia. No obstante, la influencia de la escultura clásica se dejó ver cada vez más, de modo que las obras de un incongruente estilo mixto se vuelven cada vez más habituales; una tendencia que estaba destinada a tener serias consecuencias en el arte egipcio tradicional.

Los sacerdotes disfrutaron de un considerable poder político, entre otras cosas porque su voluntad era considerada por los ptolomeos como la clave para conseguir la aquiescencia de la población egipcia y, de hecho, algunos de ellos, como Manetón de Sebenitos, tuvieron un papel destacado en la política cultural ptolemaica. Desde este punto de vista, el «gran sacerdote de Menfis» fue particularmente importante, tanto por ser la figura más significativa de la segunda ciudad en importancia del reino, como porque era el supremo pontífice de Egipto en esta época, con amplios contactos e influencia en todo el país. Los ptolomeos hicieron todo lo posible para conseguir su apoyo, pero aquéllos manifestaron sus halagos de forma mucho más amplia, como indican las conocidas expresiones de gratitud sacerdotal de los decretos de Canopo y Rosetta. De hecho, una lectura detenida de estos textos revela que, según fue declinando el poder del Estado, los ptolomeos mostraron un mayor cuidado a la hora de mantener a los sacerdotes del lado del gobierno.

Los sacerdotes y escribas eran los depositarios y exponentes destacados de la cultura egipcia tradicional, un papel en el que tuvieron un éxito espectacular en época ptolemaica. Si consideramos el material textual producido para el uso del culto en los templos, como *La leyenda de Horus de Behdet y el disco solar*, grabada en la parte interior del muro oeste del recinto del templo de Edfu, nos encontramos con un profundo conocimiento de la tradición antigua, combinado con una impresionante capacidad para la narración y la habilidad de escribir en un egipcio clásico

sorprendentemente bueno, a pesar de alguna que otra contaminación de los estadios Baja Época y demótico de la lengua, así como un exuberante desarrollo del potencial de la escritura jeroglífica, que con frecuencia habría vuelto ininteligible el texto a cualquier lector del Reino Medio o Nuevo. En otros contextos encontramos que los viejos géneros seguían floreciendo; por ejemplo, las biografías de las tumbas y los textos funerarios relacionados, los pseudoepígrafes, los textos rituales, las historias y los textos sapienciales. Los antiguos principios compositivos mantuvieron su valor y el mundo conceptual es inequívocamente el de la cultura faraónica final.

El juicio del difunto seguía siendo central en el concepto ptolemaico de la otra vida, al igual que la convicción de que el veredicto del tribunal (delante del cual todos tenían que comparecer en el otro mundo) dependía de una vida virtuosa. Ciertamente podían aparecer actitudes negativas ante la muerte, pues existía una tendencia a quejarse contra la injusticia de un fallecimiento prematuro y de la indefensión del hombre frente a la muerte; lo cual a su vez podía llevar a la convicción de que el hombre debía aprovechar al máximo la vida mientras le fuera posible hacerlo. No obstante, en relación tanto a la vida como a la muerte, existía la convicción absoluta de que los dioses mantenían un orden moral y que era muy importante determinar cuáles eran sus deseos y atenerse a ellos. Este orden era considerado como un marco definitivo, vigente y de larga duración que no podía ser cambiado, cuya estructura y modo de funcionar podían determinarse mirando al pasado, en especial los textos antiguos descritos en un pasaje como las «Almas de Ra». Existía un fuerte sentido de dependencia respecto a la voluntad de los dioses y la convicción de que castigarían los comportamientos inaceptables. Se habló mucho de algo que traducimos como «Destino», pero es evidente que la expresión podía terminar significando la voluntad de los dioses. No obstante, los egipcios no fueron dejados completamente en blanco respecto a cuál sería la voluntad divina, puesto que estaban convencidos de que los dioses se comunicaban con frecuencia con los hombres, sobre todo por medio de sueños.

En la época ptolemaica también aumentó el gusto por los textos apocalípticos, que se pensaba que ofrecían una imagen directa del modo de trabajo del orden divino. Continuó habiendo una fuerte creencia en la existencia de expertos que podían llegar más allá de la capacidad humana normal gracias a su conocimiento de las palabras y las acciones de poder (*heka*), que podían crear cambios, a menudo espectaculares, en el mundo físico. Nada cambió en cuanto al concepto de la composición del hombre, por lo que su modo de entender las relaciones sociales no muestra nada sorprendente. Así, los egipcios continuaron viéndose a sí mismos en un contexto social que transcendía el presente para incorporar tanto a los antepasados como a los descendientes, cuyo buen comportamiento era una parte significativa de la inmortalidad que ansiaban. También existía un claro sentido de la jerarquía social y

se reconocía que la posición de una persona dentro de ella determinaba su autoridad. En la vida diaria se enfatizaban la solidaridad familiar y los intereses de la ciudad, así como el principio paternal y la preocupación por aquellos menos favorecidos que uno mismo. Por otra parte, la literatura sapiencial podía expresar un testarudo sentido práctico y una circunspección que dejaba poco espacio para confiar en los demás; también pueden dejar ver una cierta misoginia, muy relacionada con el reconocimiento del poder sexual de las mujeres.

Como antaño, se concedía mucha importancia al autocontrol y a la circunspección como virtudes cardinales. En cuanto a las relaciones políticas, el faraón podía seguir siendo visto como un benefactor divino, cuyo apoyo era esencial para tener éxito, si bien había una mayor predisposición a reconocer que dependía de los dioses y a que existía la posibilidad de que actuara de modo inaceptable para ellos, lo que significaría un castigo para él y para el reino. Por último, no debemos olvidar un elemento de esta cultura vital que dejó una huella duradera en los señores helénicos de Egipto: la religión, cuyo éxito, sobre todo el de Isis y el egiptizante culto de Serapis, son un notable ejemplo de sincretismo cultural.

Por debajo del amplio grupo de escribas egipcios enfrascados en las obligaciones del templo había un número significativo de escribas que trabajaban como funcionarios y secretarios. De hecho, si estaban decididos a aprender el suficiente griego como para actuar como intermediarios entre los egipcios y la élite greco-macedonia, en el gobierno local y provincial había muchas oportunidad de prosperar. Más abajo en la jerarquía social se encontraban los artesanos, que podían mostrar su talento en los templos; aunque en el Egipto ptolemaico había una cierta cabida para los empresarios independientes, sobre todo en los grandes centros de población, donde encontramos numerosos pequeños empresarios de ambos sexos que producían para la venta al por menor. Por debajo de ellos volvemos a encontrarnos con los *machimoi* o milicia, que en su mayoría eran egipcios y actuaban como soldados o policías (véase el capítulo 13). Al tener su origen en la época faraónica, los *machimoi* continuaron en la época ptolemaica y, tras su éxito en la batalla de Rafia, en 217 a.C., su importancia en el estamento militar aumentó. No obstante, su categoría social y económica no era elevada, puesto que los lotes de tierra que recibían eran significativamente más pequeños que los de sus homólogos no egipcios, por lo general entre 5 y 7 *arurai* (1 *aura* = 700 metros cuadrados), comparadas con las 20, 30, 70 e incluso más concedidas a los *clerucos* griegos. La productividad de estos lotes era tan escasa que no permitía contratar trabajadores, de modo que si los *machimoi* eran llamados al servicio militar, podían tener graves problemas económicos.

No muy por debajo de los *machimoi* se encontraba la masa del campesinado egipcio, enfrascada en la producción agrícola que formaba la base de la economía

egipcia. Ésta implicaba la durísima tarea de crear y mantener el sistema de irrigación, además de las tareas agrícolas normales de producción de cereal y pienso, arboricultura y cría de ganado. Los campesinos podían realizar estas tareas como trabajadores o arrendatarios de terrenos de la Corona o del templo y también en grandes heredades; los más emprendedores y exitosos podían incluso arrendar más parcelas a terratenientes como los clerucos, a quienes no gustara la vida agrícola. Algunos de ellos eran perfectamente capaces de aprovechar al máximo cualquier oportunidad que se les presentara para incrementar sus ingresos, actuando por ejemplo como agentes de transporte atendiendo a las necesidades de los centros gubernamentales o locales de producción económica. De hecho, está claro que algunos arrendatarios de terrenos de la Corona hacían buenos negocios, pero en la mayor parte de los casos es evidente que el campesinado operaba al nivel de subsistencia marginal y su suerte podía volverse intolerable, sobre todo en épocas de trastornos políticos internos, que a partir de finales del siglo III a.C. fueron cada vez más habituales.

Un largo declive

El desgaste de las posesiones egeas y sirias de los ptolomeos a finales del siglo III y comienzos del II a.C. terminaría por dejarles con sólo dos provincias extranjeras: Cirenaica y Chipre. Polibio culpa directamente a las deficiencias de carácter del propio Ptolomeo IV; pero el declive del poder ptolemaico tiene orígenes más profundos que las iniquidades de un único soberano. En primer lugar tenemos el cisma dinástico, el cual tenía su raíz en el carácter institucional de la propia monarquía, que al convertirse en un rasgo recurrente de la historia ptolemaica generó mortales enfentamientos intestinos que, como mínimo, eran debilitantes y terminaron por generar inestabilidad en el reino a un nivel desastroso. Estos problemas se vieron agravados a menudo por la furia de las turbas alejandrinas, que salieron a la luz por primera vez a la muerte de Ptolomeo IV, con el linchamiento de su ministro Agátocles. De hecho, nada nos ofrece una mejor imagen de su desenfrenado y vicioso temperamento que la descripción de Polibio del asesinato de los familiares y socios de Agátocles:

> Todos ellos fueron entregados juntos a la turba y algunos comenzaron a morderlos, otros a acuchillarlos, otros a sacarles los ojos. Tan pronto como uno de ellos caía, el cuerpo era despedazado miembro a miembro, hasta que todos estuvieron mutilados, pues el salvajismo de los egipcios es realmente atroz cuando se encienden las pasiones.
>
> (Polibio, 15,33)

Su predilección por actuar como electores de reyes quedó demostrada en muchas ocasiones posteriores. Así, el largo conflicto entre Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII implicó con frecuencia acciones de la turba y en 80 a.C. ésta se superó a sí misma asesinando al propio Ptolomeo X. Finalmente, en 48/47 a.C. su propensión a la anarquía alcanzó un crescendo que culminó en la sumaria destrucción de su poder nada menos que a manos de Julio César. Los efectos de estas debilidades inherentes en el centro del reino se vieron agravadas en muchas ocasiones por las egoístas ambiciones de los griegos de alto rango, tanto militares como civiles, decididos a hacer lo que fuera para conseguir sus intereses personales.

En Egipto, fuera de Alejandría la situación política se deterioró rápidamente a partir de finales del siglo III a.C., cuando el país bullía por las discordias internas. Estas circunstancias facilitaron sin duda el ascenso de algunos de los egipcios más capaces y emprendedores, existiendo pruebas de que tuvieron éxito a la hora de disminuir e incluso eliminar la separación que normalmente existía entre griegos y

egipcios, consiguiendo heredades de tamaño considerable y llegando a alcanzar el rango de gobernador (*strategos*) o gobernador general (*epistrategos*). El recurrente descontento civil ha sido considerado en muchas ocasiones como una reacción nacionalista y étnicamente motivada de los egipcios contra los odiados griegos, pero la situación es mucho más compleja y probablemente sea mejor entenderla como el resultado natural del debilitamiento de la autoridad real, el cual creó un contexto donde las antiguas rivalidades y aspiraciones dejaron de ser contenidas por la autoridad central. Podía tratarse de hostilidades entre ciudades egipcias, como cuando Hermontis (Armant) y la Cocodrilópolis tebana hicieron la guerra en época de Ptolomeo VIII (170-116 a.C.). Del mismo modo, cuando entre 205 y 186 a.C. se creó en la Tebaida un Estado independiente, gobernado de forma sucesiva por dos reyes nativos llamados Harannofris y Caonnofris, podemos muy bien estar viendo el resurgir de las antiguas ambiciones políticas del sacerdocio de Amón. A este respecto, merece la pena destacar que en la batalla final de 186 a.C. hubo tropas nubias que lucharon en el ejército de Caonnofris, es decir, que también puede tratarse de una prueba del resurgimiento del antiguo interés de Tebas por los devotos nubios del dios. No obstante, como la xenofobia de carácter religioso es un fenómeno sólidamente documentado en la Baja Época, sería sorprendente en extremo si estuviera por completo ausente de los motivos de este intento de independencia.

Hay otros signos, a gran escala y no, de desafección en la población egipcia: huelgas, huidas (en ocasiones hasta el punto de que se abandonaron poblados enteros), bandolerismo, ataques de forajidos contra poblados, expolio de templos y el frecuente recurso al derecho de asilo de los templos. Es innegable que se trata de la reacción de un pueblo llevado más allá de los límites de la resistencia por el hambre, la rampante inflación y un sistema administrativo opresivo y despiadado, manejado por unos funcionarios que, demasiado a menudo, eran corruptos y se encontraban lejos del control efectivo del gobierno central. Los estratos más bajos de la sociedad, en gran parte egipcios, estaban indefensos contra ellos y, por lo tanto, eran blancos fáciles. Dada la estrecha paridad existente entre categoría económica y origen étnico, resulta sencillo achacar los alzamientos de estas gentes al nacionalismo. No obstante, a pesar de que con toda seguridad de vez en cuando hubo algunos que tuvieron explícitamente esta dimensión, en su nivel más fundamental los alzamientos fueron de los oprimidos contra la clase dirigente, considerada responsable de la opresión; una clase dirigente que con igual facilidad podía ser percibida como formada por el sacerdocio egipcio o por los funcionarios greco-macedonios. No obstante, cualquiera que fuera la motivación, los corrosivos efectos económicos de estos trastornos fueron un golpe mortal para la infraestructura económica, justamente en el momento en que las fuentes alternativas de riqueza estaban en su mayor parte secas.

Todos estos acontecimientos internos tuvieron lugar frente al telón de fondo

formado por el creciente intervencionismo de Roma en el Mediterráneo oriental. En ocasiones solicitado y en otras no, este proceso condujo lentamente a la desaparición del reino de Macedonia (167 a.C.), a la consecución del reino de Pérgamo en 133 a.C., a la gradual erosión del poder seléucida, culminada con la anexión de lo que quedaba del imperio en 64 a.C., y al final a la desaparición del propio reino de los ptolomeos. Este último acontecimiento se produjo con lentitud y fue el último episodio de unas relaciones entre los ptolomeos y los romanos que se remontaban a los primeros años de la dinastía y pasaron por varias fases. Tras comenzar durante el reinado de Ptolomeo II con un período de igualdad, con cortesías diplomáticas entre iguales, expresadas en el envío de una embajada a Roma en 273 a.C., se pasó a comienzos del siglo II a.C. a una situación en la que Roma se convirtió en la garante de la independencia egipcia.

La descripción de Polibio de cómo C. Popilio Lenas sacó del territorio egipcio a Antíoco IV en 168 a.C. ilustra a la perfección el siguiente cambio en el equilibrio de poder. Enseñando al rey el decreto del Senado:

> Popilio hizo algo que pareció insolente y arrogante en el más alto grado. Con un sarmiento que tenía en la mano dibujó un círculo en torno a Antíoco y le dijo que respondiera a su mensaje antes de salir del mismo. El rey se quedó estupefacto por la arrogancia de la acción y dudó durante un corto momento y dijo que haría cualquier cosa que Roma pidiera.
>
> (Polibio, 29,27)

A partir de este momento, convertirse en el mediador de las disputas dinásticas fue una evolución natural: durante la interminable disputa entre los hermanos Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII, Roma hizo de arbitro; Ptolomeo XI (80 a.C.) le debía el reino a Roma y, supuestamente, se lo legó en su testamento a su benefactor; en la disputa entre los alejandrinos y Ptolomeo XII (80-51 a.C.), Roma tuvo un papel decisivo; al igual que en los sangrientos conflictos existentes entre CleopatraVII y sus hermanos Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV, que marcaron la última fase del reinado ptolemaico.

En esta vorágine, y contra todo pronóstico, Cleopatra fue capaz de resucitar brevemente en c. 36 a.C. las glorias del pasado, cuando gracias a la generosidad de Marco Antonio resurgió de forma fugaz el control ptolemaico en el sur de Asia Menor y en Siria-Palestina, pero esto iba en contra de la tendencia general, que convertía a Roma en la única beneficiaría del largo declive de la dinastía: la Cirenaica fue conseguida en 96 a.C., Chipre en 58 a.C. y ahora era el turno de Egipto. En 30 a.C., tras un enfrentamiento tan espectacular y dramático como ninguno de la

Antigüedad, este brillante y antiguo reino cayó en manos de Roma, comenzando así el largo capítulo final de la historia de la cultura faraónica.

15. EL PERÍODO ROMANO

(30 a.C.-395 d.C.)

DAVID PEACOCK

Seguramente haya pocos acontecimientos históricos mejor conocidos que la aventura amorosa entre Marco Antonio, triunviro de Roma, y la bella e inteligente reina Cleopatra VII de Egipto. Es posible que su asociación con Cleopatra no careciera de motivos políticos, pues Roma tenía mucho que ganar de turas buenas relaciones con Egipto, cuya riqueza era proverbial. No obstante, el final de esta relación terminó por enfrentarlo con su astuto y decidido cuñado, Octaviano. La cuestión se resolvió en la batalla de Accio, que tuvo lugar en septiembre de 31 a.C., y un año después Octaviano, que en 27 a.C. se cambiaría el nombre por el de Augusto, entró en Egipto por primera y última vez. A partir de entonces Egipto, la tierra de los faraones y de sus sucesores helenísticos, los ptolomeos, pasó a formar parte del Imperio Romano.

Egipto era una tierra aparte, una zona exótica y lejana del imperio, quizá más extraña que ninguna otra provincia. Aquí la cultura faraónica se desarrollaba con fuerza y un visitante del Egipto romano se habría encontrado como en una cápsula temporal, puesto que las imágenes, sonidos y costumbres de esta tierra tendrían más en común con las de la civilización faraónica que con las de la Roma contemporánea. Se seguían construyendo templos al estilo tradicional, se continuaba utilizando la escritura jeroglífica y se hablaba egipcio, si bien la lengua franca era el griego. Que sepamos, Cleopatra fue la única soberana grecorromana de Egipto en aprender egipcio, una más de las muchas lenguas que dominaba. Otros indicios de lo arraigado de la cultura faraónica que lo impregnaba todo es la persistencia de la momificación como rito de enterramiento y la continuada reverencia hacia los dioses egipcios. La especial naturaleza del Egipto romano es innegable, aunque va aumentando el número de estudiosos que consideran que la «romanidad» de Egipto fue un aspecto más importante de lo que se ha creído hasta el momento.

Como quiera que sea, existían diferencias culturales y no resulta nada sorprendente que Roma adoptara una actitud un tanto hostil y suspicaz respecto a Egipto. Se prohibió a los senadores romanos que penetraran en el país y a los egipcios nativos se les excluyó de la administración del mismo. Resulta significativo que la única ciudad egipcia fundada por Roma fuera Antinoopolis, junto al Nilo, en el Egipto Medio. El origen de la fundación se encuentra en Adriano, uno de los pocos emperadores que visitó el país. Su amor por Egipto se refleja en su gran villa de Tívoli, donde intentó recrear un paisaje nilótico en el jardín de Canopo.

A pesar de su carácter único, Egipto tiene un papel especial que representar en nuestro conocimiento del Imperio Romano en general. El seco clima ha permitido la

conservación de una gran cantidad de documentos, de los que carecemos para climas más templados. Es una gran fuente de documentos escritos, que apenas se han conservado en otros lugares. Los más conocidos son los papiros, que nos ofrecen una imagen sin par de los negocios y la vida diaria del Egipto romano. Uno de los yacimientos más famosos y productivos es la ciudad de Oxirrinco, cerca del Nilo, unos doscientos kilómetros al sur de El Cairo. En 1897, dos eruditos de Oxford, Grenfell y Hunt, comenzaron a excavar la basura de la antigua ciudad (*sebakh* en árabe) en busca de papiros. Su trabajo terminó siendo un premio insospechado para la papirología, pues los documentos publicados hasta el momento ocupan casi sesenta volúmenes y hay casi la misma cantidad a la espera de ser estudiada[16].

Egipto es también el país más importante para los ostraca, documentos escritos sobre fragmentos de cerámica en vez de en papiro. Entre 1987 y 1993, las excavaciones en el fuerte del Mons Claudianus, en el Desierto Oriental, descubrieron más de nueve mil ostraca, la más amplia colección del mundo antiguo. Por primera vez documentan extracciones mineras y nos ofrecen una visión única del aprovisionamiento y la logística de una gran empresa romana en el desierto.

Documentos aparte, las ciudades egipcias y las tumbas a menudo proporcionan materiales orgánicos que apenas encontramos en otros lugares. Los tejidos suelen encontrarse muy bien conservados, así como la cestería, el cuero y los restos de alimentos. Por desgracia, el potencial de todo este material todavía no se ha explotado del todo, pues en muchas ocasiones se ha descartado en favor de la documentación escrita. Así, Grenfell y Hunt parecen haber desechado este material para que los *fellahin* lo utilizaran como fertilizante. Las excavaciones modernas, como la del Mons Claudianus, están comenzando a rectificar este desequilibrio.

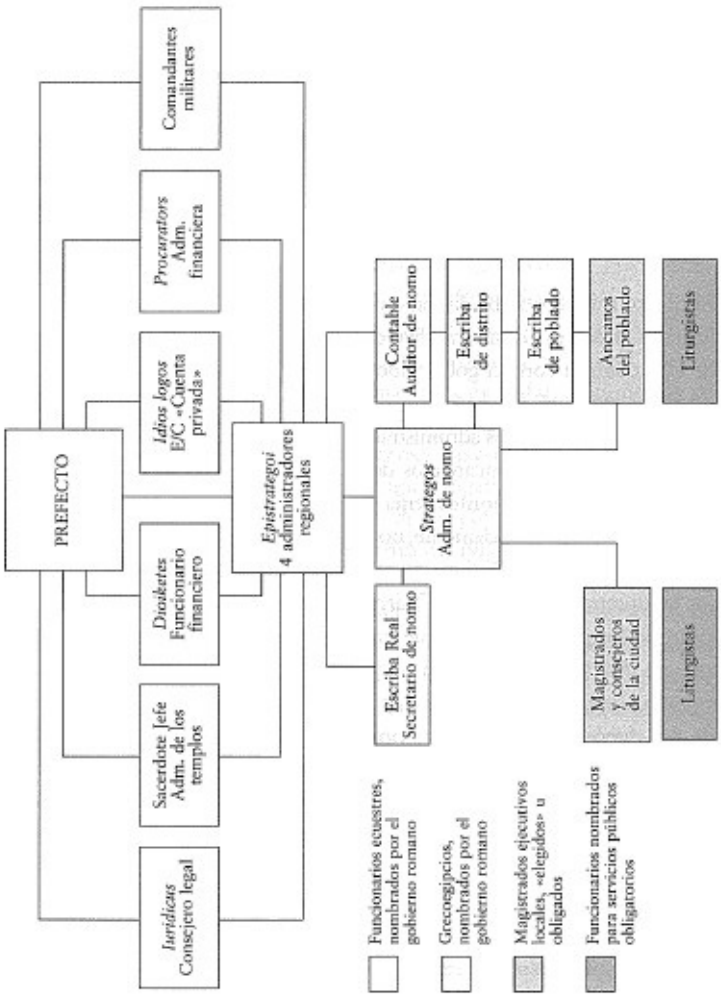
Administración

El Egipto romano estaba dividido en unas treinta unidades administrativas llamadas «nomos», un sistema heredado de la época ptolemaica. Cada una de ellas contaba con un gobernador o *strategos*, nombrado por el prefecto o gobernador de Egipto, ante quien era responsable por medio de uno de sus cuatro *epistrategoi*, los administradores regionales. El prefecto era ayudado por procuradores encargados de las finanzas y por otros funcionarios.

Cada uno de los nomos tenía una capital o *metrópolis*, la sede del gobierno local. Desgraciadamente, no sabemos demasiado sobre ellas, pues la topografía urbana del Egipto romano se ha estudiado poco. Las dos mejor comprendidas son las de Oxirrinco y Arsinoe, donde las pruebas derivan de los papiros. Parece que había lugares con alguna sofisticación y riqueza. Así, Oxirrinco poseía un gimnasio, unos baños, un teatro y una veintena de templos, mientras que el agua corriente de Arsinoe procedía de dos depósitos a los que se bombeaba agua desde un brazo del Nilo.

Durante los dos primeros siglos de nuestra era, los nomos y sus metrópolis disfrutaron de un escaso autogobierno; pero en 200 d.C. Septimio Severo ordenó la creación de consejos ciudadanos en cada nomo, un paso hacia la conversión de las metrópolis en *municipia* (en esencial un *municipium* era un municipio con autogobierno). No obstante, esto produjo un considerable resentimiento, pues con una mayor responsabilidad vino aparejada una mayor carga financiera para quienes ostentaban cargos.

Durante el gobierno romano, todos los varones con edades comprendidas entre los 14 y los 60 años estaban obligados a pagar una tasa anual. Los ciudadanos romanos estaban excluidos, pero se trataba probablemente de una parte menor de la población. Las clases superiores, los «metropolitas», pagaban una cantidad reducida. Por lo tanto, la clase a la que se pertenecía tenía cierta relevancia y, a la edad de 14 años, a un chico metropolitano se le podía exigir que presentara sus credenciales.



Organigrama de la estructura burocrática del Egipto romano.

El ejército

Al igual que en las demás provincias, el principal agente de control era el ejército. La documentación epigráfica y papirológica proporcionada por Egipto nos ofrece una imagen sin igual del funcionamiento de un ejército provincial, a la cual podemos añadir las pruebas arqueológicas de los campamentos desde los cuales operaba. Muchos de éstos, preservados en el desierto, todavía se conservan hasta lo alto de los muros.

Una de las principales fuentes históricas antiguas sobre la disposición de las tropas es Estrabón (17. 1. 12), que en un pasaje muy citado dice:

> Hay tres legiones de soldados, una en la ciudad y las otras en la chora. Además hay nueve cohortes, tres en la ciudad, tres en Siena en la frontera con Etiopía, como guardia de esos lugares, y otras tres en la chora. Hay tres unidades de caballería que también están estacionadas en lugares importantes.

La ciudad es, por supuesto, Alejandría, donde hasta finales del siglo XIX estuvo el fuerte de Nicópolis (unos cinco kilómetros al este del centro). Hoy día quedan unos pocos restos en el palacio del jedive, que se construyó sobre su emplazamiento y casi lo destruyó por completo. Otra legión parece haber estado estacionada en la fortaleza de Babilonia (fragmentos de la cual todavía pueden verse en los terrenos del Museo Copio de El Cairo), mientras que la tercera tenía la tarea de guardar la Tebaida. Las legiones desplegadas incluyen la XXII Deiotariana, la III Cirenaica, la II Trajana y la XV Apolinaria.

Estrabón es mucho menos concreto sobre las unidades auxiliares, pero en este caso podemos rellenar los detalles gracias a varias fuentes, tanto de Egipto como del exterior. Entre las pruebas figuran dedicatorias, diplomas, lápidas funerarias y otras inscripciones, así como papiros y ostraca, estos dos últimos más o menos Hmitados al propio Egipto. Durante los tres primeros siglos de nuestra era parece haber habido como media entre tres y cuatro *alae* (unidades de caballería) estacionadas en el país, así como unas ocho cohortes, lo que coincide notablemente bien con la afirmación de Estrabón.

Las unidades cambiaban y se trasladaban de una parte a otra tanto del imperio como dentro del propio Egipto y, en algunos casos, es posible reconstruir su historia. Así, el alaVocontorium es una de las primeras y mejor atestiguadas unidades auxiliares en Egipto. Antes del año 60 d.C. parece haber estado acantonada en la zona de Koptos y también hay pruebas de su presencia en el fuerte de Babilonia en el año 59 d.C. Durante la época flavia puede haber servido en la frontera germana, regresando a Egipto en 105 d.C. Posteriormente fue desplegada en el Desierto

Oriental, en el Mons Porphyrites (116 d.C.) y luego en el valle del Nilo de nuevo, hasta que desaparece de los registros en 223-225 d.C.

Otro ejemplo es la cohorte II Ituraeorum, que encontramos en Siena (Asuán) en 28 y 75 d.C. y después en otros lugares de la región, antes de terminar en el Mons Claudianus en 223-225 d.C.

La tareas que el ejército tenía que realizar eran variadas. Obviamente, la defensa del imperio era importante. Según Estrabón, las zonas al sur y al este de Egipto estaban pobladas por tribus que los romanos identificaban en gran parte por sus costumbres alimentarias. Caben pocas dudas de que las tropas estacionadas en Siena (Asuán) estarían encargadas de asegurar los límites meridionales del Estado. Del mismo modo, la seguridad del desierto sería, hasta cierto punto, responsabilidad de las unidades con base en el Nilo en el Alto y el Medio Egipto. Es indudable que hubo campamentos en lugares tanto del Desierto Oriental como del Occidental, pero parecen haber estado tan relacionados con la explotación y promoción del comercio como con la seguridad.

No obstante, el ejército acantonado en Egipto tuvo un papel destacado en la mayor parte de las campañas militares orientales, como la anexión de Arabia en 106 d.C. y la guerra parta de Trajano. También fue llamado para acabar con las rebeliones judías en los siglos I y II d.C. Aquí habrían tenido un papel destacado las legiones de Nikopolis y las unidades estacionadas en Pelusio, en el norte del Sinaí, pues se habrían podido desplazar con relativa rapidez a los puntos conflictivos orientales. Es indudable que Alejandría era la principal base militar. Las legiones estacionadas cerca se habrían encargado de controlar a la revoltosa muchedumbre alejandrina, protegiendo esa joya de ciudad contra cualquier ataque, patrullando la zona rural y tomando parte en los más amplios problemas del imperio.

De hecho, la principal tarea del ejército en cualquier lugar era la de actuar como fuerza de policía. Existe un importante número de ostraca, sobre todo referidos al Desierto Oriental, que especifican las obligaciones de la guardia y el personal de las *skopeloi* o torres de vigilancia. Parece que los guardias estaban organizados en *dekanoi*, los cuales eran controlados por *curatores*, que a su vez eran responsables ante los centuriones. Los movimientos por las rutas del desierto parecen haber estado estrictamente controlados, siendo necesarios salvoconductos escritos sobre ostraca y en ocasiones quizá papiro. Es indudable que se trataba de una medida destinada a limitar el bandidaje, por el cual Egipto era conocido. Este problema venía de antaño y seguramente fue una de las principales preocupaciones del ejército, con unidades de soldados bajo el mando del *strategos* a la caza, tanto de los bandidos como de sus simpatizantes entre la población civil. El bandidaje era especialmente notable en las partes montañosas del Desierto Oriental, donde había muchas posibilidades para esconderse y atacar las caravanas cargadas de bienes de lujo orientales que viajaban

desde Berenice o Myos Hormos (Quseir el Qadim), en la costa del mar Rojo, hasta el Nilo. Sin duda esto explica la cadena de fuertes existente entre Berenice y Koptos y, sobre todo, los fuertes y numerosas torres de vigilancia que hay en el camino entre Qusr el Qadim y Koptos.

El ejército parece haber estado implicado en otras muchas actividades, como la supervisión de los barcos cargados de grano que descendían por el Nilo hasta Alejandría y la protección de los siempre impopulares cobradores de impuestos mientras realizaban su trabajo, además de llevar suministros y supervisar las tareas de minería y extracción de piedra en el desierto. En este caso, la documentación del Mons Claudianus sugiere que vivían junto a los civiles y formaban parte integral del sistema extractor. Entre otras cosas, se encargaban de la supervisión de los *skopeloi*, de la vigilancia de objetos valiosos como las herramientas de hierro y quizá del mantenimiento de las infraestructuras.

La economía

En la economía de Egipto existen tres aspectos relacionados entre sí. El más importante es la producción económica del valle del Nilo y el delta. La fecundidad de Egipto era bien conocida y la ciudad de Roma confiaba mucho en los barcos de grano alejandrinos para alimentar a su nutrida población. Una segunda faceta es la extracción de mineral, centrada en gran parte, pero en modo alguno de forma exclusiva, en el Desierto Oriental. Aquí se llevaba extrayendo oro desde la época faraónica, pero durante el Período Romano también fue una fuente de piedras exóticas como el granito del foro y el pórfido imperial. El granito rojo de Asuán posee una larga historia de extracciones y no resulta sorprendente que fuera una de las principales piedras decorativas utilizadas por los romanos.

El tercer aspecto de la economía es el papel representado por Egipto en la articulación del comercio romano. Evidentemente, Alejandría fue una de las grandes ciudades comerciales del mundo antiguo, pero la posición de Egipto es única, con acceso tanto al Mediterráneo como al mar Rojo, que a su vez conduce al océano índico y más allá. De modo que el país tuvo un papel destacado en el comercio de Roma con Oriente, con la India en concreto, a través de la cual se entró en contacto con Malasia y posiblemente incluso con China.

Para muchas personas, Egipto es una estrecha franja de tierra que se extiende hasta un triángulo que forma el delta. Aquí es donde vive y trabaja la población y donde crece el alimento. Hoy día, como antaño, la fértil tierra produce excedente. El origen de la fertilidad no es, como resulta obvio, el clima, pues la lluvia es desdeñable, sino el Nilo. Antes de construirse la primera presa de Asuán, el río inundaba sus orillas anualmente, depositando así una capa nueva de rico barro en la superficie de los campos. Tan importante era esta crecida que su altura era medida con nilómetros especialmente construidos para ello; podemos encontrar ejemplos romanos, por ejemplo, en Asuán y Luxor, y uno medieval excelente en El Cairo. El nivel impositivo se fijaba según la altura del agua: una buena crecida significaba una buena cosecha y que la población sería capaz de soportar impuestos más elevados. Plinio (*Historia natural*, 5, 58) es muy concreto sobre la importancia de la crecida:

> La crecida media es de siete metros. Un volumen menor de agua no irriga todos los puntos y una mayor, al retirarse con demasiada lentitud, retrasa la agricultura; esta última consume el tiempo destinado a sembrar debido a la humedad del suelo, mientras que la primera no da tiempo a sembrar porque el suelo se reseca. La provincia apunta cuidadosamente ambos extremos: en una crecida de cinco metros y medio ve hambruna e incluso con una de seis metros comienza a sentir el hambre, pero seis metros y medio suponen

alegría, seis metros y tres cuartos completa confianza y siete metros deleite.

La confianza de Roma en el grano egipcio tenía una larga historia que se remontaba hasta los ptolomeos, pues ya en 211 o 210 a.C. Roma pidió un envío de grano a ptolomeo IV. La llegada de los cargamentos de grano alejandrino se convirtió en un elemento importante de la economía de Roma, del que podía depender el destino del emperador. Durante el principado de Augusto los envíos pudieron alcanzar los veinte millones de *modii* (bastante más de un millón de toneladas). El comercio de grano formaba parte de la *annona*, un impuesto en especie que cobraba Roma a las provincias productoras. Hay alguna documentación que sugiere que incluso el coste del transporte desde la heredad hasta el Nilo corría a cargo de los productores.

El suministro de grano desde las zonas de cultivo hasta los almacenes de Alejandría era una operación cuidadosamente regulada. El transporte era realizado por el *sitologos* (funcionario del grano), ayudado por el *antigrapheus* (administrativo) y un asistente financiero.

Al capitán del barco se le entregaba una muestra sellada o *deigma* para que la entregara junto al cargamento. Era una protección contra la adulteración o sustitución de la carga por otra de menor calidad durante el viaje. En cualquier caso, parece que era práctica habitual que hubiera un soldado a bordo durante el transporte. A la llegada a los grandes graneros de Alejandría, el grano pasaba al cuidado de unos procuradores romanos especiales, quienes junto a su equipo eran los responsables de su cuidado y conservación.

Los barcos del grano por lo general dejaban Alejandría en mayo o junio y el viaje hasta Roma, contra los preponderantes vientos del norte, podía tardar un mes y quizá incluso dos. La ruta sería a lo largo de la costa del norte de África o por el norte de Chipre para luego remontar el sur de Turquía. El regreso, con el viento de popa, tardaba cerca de una quincena, viajando los navíos con la «velocidad de caballos de carreras», como dijo el emperador Calígula. En cualquiera de ambos sentidos, el viaje no carecía de peligros, como demuestra claramente el naufragio de san Pablo en Malta.

Arqueológicamente, conocemos muy poco sobre las heredades que producían este grano, pero el papiro que se conoce como el archivo Heroninos permite reconstruir con detalle el modo de trabajar de una de ellas durante el siglo III d.C.: la propiedad de Apiano en Fayum. Parece que su dueño, Aurelio Apiano, era un terrateniente de cierta categoría con bienes comparables a los de un senador romano. Sus administradores centrales, ligados mediante el patronazgo, eran reclutados de entre los concejales de la ciudad y los terratenientes del nomo; por debajo de ellos se encontraban los *phrontistati* o gerentes de producción, reclutados probablemente

entre las familias rurales ricas, que quizá trabajan a la vez para varias heredades. El esfuerzo lo proporcionaba un núcleo de trabajadores a tiempo completo, complementados con trabajadores extra cuando ello era necesario. Parece que la mano de obra pagada que suministraban las clases más pobres del Egipto rural hacían innecesario y poco rentable el trabajo esclavo.

Había tres categorías de trabajadores a tiempo completo: los *paidaria*, los *oiketai* y los *metramatiaioi*. Las dos primeras categorías parecen haber estado empleadas de por vida y quizá se les proporcionaba alojamiento gratis; mientras que los *metramatiaioi* eran aldeanos independientes contratados para trabajar durante un número variable de años. Los trabajadores casuales procedían de entornos muy diferentes, en ocasiones de fuera del poblado.

El objetivo principal de la unidad era la producción de vino para su venta en el exterior. Las otras cosechas se cultivaban para proporcionar comida a los trabajadores, pasto para los animales y grano para los impuestos. Todas eran necesarias para permitir la viabilidad económica de la heredad. De modo que el grano por el que tan conocido era Egipto se producía como parte de un complejo y sofisticado sistema agrícola que daba beneficios de otros modos.

Los recursos minerales del Desierto Oriental ya se conocían y explotaban durante la época faraónica. Por ejemplo, las minas de amatista de Wadi el Hudi han proporcionado una estela donde se menciona el empleo del ejército en las minas que se explotaban durante el reinado de Senusret I, en el Reino Medio. Además, al templo de Seti I en Abydos (Reino Nuevo) se le concedió el derecho de explotar las minas de oro del Desierto Oriental, un grupo de obreros para traer de vuelta el oro y un asentamiento en las propias minas. Es muy posible que estemos hablando de las minas de Umm el Fawakhir, en Wadi Hammamat, que todavía seguían utilizándose a finales del siglo XX. Se cree que un notable mapa sobre papiro conservado en el Museo Egipcio de Turín representa esta zona.

El interés por los recursos minerales, sobre todo el oro, continuó durante la época ptolemaica y el Período Romano. El hallazgo de cerámica de barniz negro en lugares como Abu Zawal, unos veinte kilómetros al oeste del Mons Claudianus, sugiere que tanto ésta como otras minas ya estaban en explotación antes de la conquista romana, si bien es indudable que siguieron estándolo tras ella.

Los lugares de extracción del oro se han estudiado poco, pero su aspecto es característico. Por lo general suele haber un grupo de pequeñas chozas rodeadas por montones de piedras y, por todas partes, restos de los aparatos utilizados para machacar la cuarcita de donde se extraía la mena. La herramienta principal parece haber sido una especie de mortero en forma de silla curva, con la piedra móvil superior en forma de sombrero de dos picos, cuya «ala» formaban las asas para manejarla. Para separar la suciedad de la ganga se necesitaba agua en grandes

cantidades y, en ocasiones (un ejemplo típico es Abu Zawal), un importante pozo forma el núcleo del complejo. En otros casos, la piedra triturada se llevaba a otro lugar y allí se separaba.

El método de extracción del oro fue observado por el geógrafo griego Agatárquidas, que visitó las minas en el siglo II a.C. Su trabajo original se ha perdido, pero por fortuna su descripción se ha conservado en los escritos de Diodoro Sículo. Nos dice que la roca se rompía con fuego y martillos. Luego se machacaba mediante grandes morteros de piedra hasta alcanzar el tamaño de guisantes, tras lo cual se trituraba hasta formar un grano fino en morteros de mano antes de lavarse en una superficie inclinada para separar el oro de la ganga. Es probable que en el triturado final se utilizaran los morteros en forma de silla que tan visibles son en estos yacimientos.

La extracción de piedra también contaba con una larga tradición en Egipto. El ejemplo más celebrado es el gran complejo de Asuán, ahora profundamente cambiado o enterrado bajo la expansión de la ciudad moderna. Asuán producía varios tipos de rocas graníticas, la más celebrada de las cuales era el granito rojo o rosa. Durante la época faraónica se utilizó para sarcófagos, obeliscos y para el piramidión de las grandes pirámides de Guiza, quizá porque su color rojizo sugiere el sol. Durante la época romana, las canteras continuaron siendo explotadas afanosamente, de modo que por toda la costa del Mediterráneo se encuentran grandes cantidades de columnas de granito de Asuán. Se trata, de hecho, de una de las «tres grandes» piedras decorativas del mundo romano, junto al *granito violetto* de Troad y al *Cipollino* de Grecia.

El éxito de Asuán se debe, claramente, a su emplazamiento a orillas del Nilo. Su producción podía ser cargada con facilidad en grandes navíos y enviada a Alejandría, donde era trasladada a las *lapidariae naves*, los barcos especiales utilizados para transportar cargas pesadas por el Mediterráneo. Otras canteras de éxito, como las de arenisca de Gebel el Silsila o las de «alabastro egipcio» (o «alabastro calcita») en el Egipto Medio, también se encontraban cerca del Nilo (si bien las principales canteras de alabastro-calcita, en Hatnub, se encuentran al menos a medio día de camino del río y probablemente algo más cuando se trataba de bloques grandes). En Asuán, las canteras parecen haber tenido una larga vida, pues los romanos continuaron con una tradición varias veces milenaria.

Por evidentes razones logísticas, los faraones se abstuvieron de extraer a gran escala remotas piedras del desierto (para su uso en la construcción o-esculturas), con excepción del *bekhen*, una arenisca grauvaca de Wadi Hammamat y, lo que es todavía más notable, de la llamada «diorita de Kefren», un gneis-anortosita procedente del Gebel el Asr, en el Desierto Occidental, unos doscientos kilómetros al suroeste de Asuán. No obstante, durante la época romana se realizó un intento por explotar los

considerables recursos líricos del desierto de una forma más amplia, concentrándose en el Desierto Oriental, donde se explotaron varias rocas duras, sobre todo el pórfido y variedades de diorita.

El centro que articuló la mayor parte de esta actividad parece haber sido el Mons Porphyrites (Gebel Dokhan), unos setenta kilómetros al noroeste de Hurghada. Los ostraca del Mons Porphyrites nos informan de que los hombres que allí trabajaban eran parte de los *numerus* de Porphyrites y los *arithmos* de Claudianus. Del mismo modo, los trabajadores de la cercana Tiberiana (Barud),la fuente del *granito bianco e nero* parecen haber sido del *numerus* de Porphyrites y del *arithmos* de Tiberiana. A lo cual podemos añadir las esquirlas de pórfido encontradas en la mayor parte de las canteras del Desierto Oriental, las cuales sugieren que los hombres que habían trabajado con el pórfido eran enviados a otras canteras.

La inscripción de Pan-Min en las canteras del Mons Porphyrites (Desierto Oriental), donde se identifica al antiguo descubridor del pórfido (y otras piedras) como Cayo Cominio Leugas; también menciona la fecha del acontecimiento, el 23 de julio de 18 d.C.

Una inscripción recientemente descubierta documenta de un modo sorprendente el hallazgo de esta zona. Nos dice que los recursos fueron encontrados por Cayo Cominio Leugas, que sería el equivalente romano de un geólogo de campo, el 23 de julio de 18 d.C. Parece haber descubierto pórfido, pórfido negro, piedras multicolores y *knekites* («piedra alazor»), que todavía ha de ser definida geológicamente.

La fecha de la primera extracción de piedra en el Mons Porphyrites se sitúa en el principado de Tiberio (14-37 d.C), como confirma otra inscripción, y parece haber continuado hasta finales del siglo IV y posiblemente comienzos del siglo V d.C., si las fechas de la cerámica son correctas. El color púrpura llevaba miles de años utilizándose en la zona del Mediterráneo como señal de nobleza y es indudable que el descubrimiento de una roca púrpura habría sido un acontecimiento importante, de considerable interés para el emperador. La operación ha sido descrita, con cierta

justificación, como la más notable manifestación de actividad romana vista en parte alguna del imperio. Era necesario suministrar alimentos a la cantera, excavar pozos que llegaran hasta el agua fósil (la cual abunda en el desierto, al contrario de lo que se suele creer) y construir fuertes para los militares y poblados para los trabajadores. Si bien ambos grupos pueden haber convivido hasta cierto punto, las canteras se encuentran en la cima de las montañas y era necesario situar a los trabajadores cerca de su punto de trabajo. El lugar parece haber comenzado como una serie de poblados de montaña diseminados que, posteriormente, en el siglo II d.C., pasaron a ser controlados desde un fuerte al nivel del *wadi*. A finales de la época romana parece que se utilizaron convictos en la extracción y un pasaje de los escritos de Eusebio se refiere a un grupo de cristianos (casi con seguridad canteros) a los que se les sacaron los ojos y se les cortaron los tendones antes de ser deportados a Palestina (posiblemente por intentar hacer proselitismo entre la guarnición). No obstante, durante la mayor parte del tiempo la operación fue llevada a cabo por civiles y soldados que trabajaban juntos, como ciertamente fue el caso en el Mons Claudianus. Incluso el cristianismo era tolerado en general, como demuestran varias inscripciones.

Mons Claudianus, unos cincuenta kilómetros al sur del Mons Porphyrites, era la fuente de una granodiorita gris utilizada fundamentalmente para fabricar columnas. En la actualidad es la más intensamente estudiada de las canteras romanas del Desierto Oriental. El complejo incluye un fuerte de época de Domiciano y uno más antiguo donde se ha encontrado un ostracon de Nerón, junto a 130 pequeñas canteras repartidas en un radio de aproximadamente un kilómetro en torno a ellos; cada una estaba conectada al *wadi* principal mediante un camino de deslizamiento que terminaba en una rampa de carga: el lugar donde los productos eran transferidos desde los rodillos o trineos a carros para el viaje de 120 kilómetros a través del desierto que les esperaba antes de llegar al Nilo. Algunos de estos carros serían muy grandes, pues una columna de veinte metros de altura habría pesado más de doscientas toneladas. Es pertinente mencionar que un ostracon menciona un carro de doce ruedas y, en la llanura de Naq el Teir, se han encontrado huellas con una separación de ejes de tres metros.

Se solía considerar que la roca del Mons Claudianus, también conocida como *granito del foro*, por lo abundante que es en el foro romano, poseía una distribución panmediterránea. Sin embargo, un programa de análisis químico y petrográfico realizado durante la década de 1990 ha demostrado que en realidad prácticamente sólo se utilizó en algunos de los monumentos más apreciados de Roma. Parece que el Mons Claudianus se encuentra fuera de la órbita normal del comercio romano, por lo que puede haber sido propiedad más o menos personal del emperador. Es interesante mencionar que se explotaron rocas grises de apariencia similar en afloramientos más

accesibles, en las islas de Elba y Giglio y también en el oeste de Turquía. La roca del Mons Claudianus era especial, no por sus propiedades, sino por su lugar de origen. Era un producto del extremo del imperio y sólo podía conseguirse con los mayores esfuerzos. Puede que éste sea el secreto de toda la empresa cantera del Desierto Oriental, que tiene poco sentido en términos económicos.

La importancia de Egipto para la economía romana va más allá de su producción. Quizá uno de los aspectos más extraños y singulares del gusto de la nobleza romana fuera su predilección por los lujos orientales: perlas, pimienta, sedas, incienso, mirra y otras especias y medicinas exóticas. Egipto articulaba este comercio, pues estos bienes llegaban en barco a través del océano Indico y luego recorrían la costa occidental del mar Rojo. Allí eran desembarcados y arrastrados durante 150 kilómetros de desierto hasta el Nilo, dende volvían a ser embarcados hasta Alejandría y luego hasta Roma. La India se benefició de este comercio, puesto que a cambio recibía cristal, telas, vino, grano, cerámica de calidad y metales preciosos, así como cargamentos humanos, como niños cantores y doncellas para el placer de los potentados hindúes.

Se puede pensar que para los barcos sería más ventajoso subir el mar Rojo y cruzar el istmo que ahora ocupa el canal de Suez. De hecho, hubo un proyecto, comenzado por Ptolomeo II y mejorado por varios de sus sucesores, sobre todo Trajano y Adriano, que conectaba el Nilo con los lagos Amargos. No obstante, no se utilizaba demasiado, al menos no durante los primeros siglos antes y después de nuestra era, debido sobre todo a los fuertes vientos del norte que soplan en el mar Rojo durante el 80 por ciento de los días del año. Esto habría supuesto un gran riesgo para los cargamentos romanos y era preferible desembarcar algo más al sur y llevar los bienes por tierra hasta el Nilo. Los dos puertos creados por Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a.C.) para facilitar este comercio fueron Berenice, que recibió el nombre de su esposa, y Myos Hormos. Parece que este último fue el más importante durante el siglo II a.C. y que Berenice creció en importancia durante el siglo I a.C., convirtiéndose en el puerto principal durante el siglo I d.C., si bien Myos Hormos siguió siendo utilizado. Por lo tanto, el comercio con la India se desarrolló durante la época ptolemaica y los romanos se limitaron a apoderarse y quizá ampliar un negocio ya existente. El mar Rojo también era conocido por los comerciantes faraónicos, pues indudablemente daba acceso a la misteriosa tierra del Punt, situada en el África oriental (véase el capítulo 1), de donde llegaban plantas y animales exóticos.

El emplazamiento de Berenice se conoce con seguridad y, desde que fue descubierto por Belzoni en 1818, ha sido identificado con las ruinas cercanas a Ras Bañas, en el sur de Egipto. Myos Hormos ha sido objeto de un debate más amplio y la mayoría de los expertos lo situaba en Abu Shaar, unos veinte kilómetros al norte de Hurghada, pues coincide con la latitud y la longitud mencionadas por Ptolomeo en su

Geografía. No obstante, en la década de 1990 las excavaciones en un pequeño fuerte del yacimiento demostraron que se trata de una fundación romana tardía y bizantina, sin restos de asentamientos anteriores. No obstante, el emplazamiento de Myos Hormos se describe con cierto detalle en la literatura grecorromana, y el estudio de las imágenes tomadas por satélite sugiere que el lugar que más parece ajustarse a ellas es Quseir el Qadim, en el extremo del camino fortificado que llega desde Koptos, en el Nilo. Esta apreciación ha sido confirmada recientemente por las excavaciones en El Zerqa, situado aproximadamente a medio camino de esta ruta, donde se han encontrado ostraca que demuestran sin lugar a dudas que el puerto que había al extremo del camino era Myos Hormos.

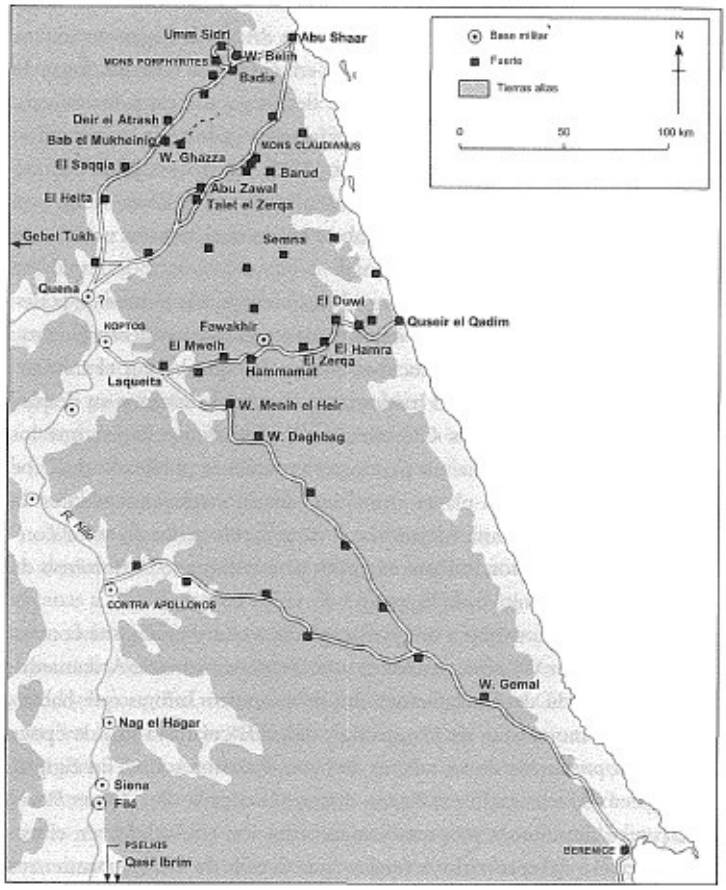
La naturaleza de este comercio puede averiguarse gracias tanto a las fuentes literarias como arqueológicas. El documento principal es el *Periplus maris Erythrae*, una guía de navegación del mar Rojo, el golfo de Aden y el océano índico occidental, compilada en el siglo I d.C. Se complementa con referencias en los poemas tamiles a «vinos de frescas fragancias traídos por los yavana en sus barcos» o a «la próspera ciudad de Mazuris, lugar de donde vienen los bellos grandes navíos de los yavana cargados de oro, blanqueando las aguas con espuma y regresan cargados de pimienta». Parece que el mejor momento para partir desde Egipto era julio, cuando el monzón suroccidental empujaba los barcos por el golfo de Aden y el océano índico; mientras que el retorno se veía retrasado hasta noviembre para aprovechar el monzón nororiental.

El monzón suroccidental es uno de los vientos más feroces de la tierra y los barcos tuvieron que ser inmensamente grandes y fuertes para soportar un viaje semejante, parecidos quizá a los que hacían el trayecto Alejandría-Roma, que tenían hasta sesenta metros de eslora y un desplazamiento de mil toneladas. Ciertamente, los beneficios harían que los riesgos merecieran la pena: un papiro recientemente publicado describe un envío de nardo (una planta aromática), marfil y telas procedentes de Muziris, en la India, hasta Alejandría; el cargamento tenía un valor consignado de 131 talentos, lo bastante como para comprar 971 hectáreas de la mejor tierra de cultivo de Egipto.

La arqueología también nos puede ayudar a comprender este comercio. Sir Mortimer Wheeler excavó el yacimiento romano de Arikamedu, en la costa hindú de Coromandel, donde encontró ánforas que habían contenido el mejor vino de Campania y delicada cerámica roja de época de Tiberio, producida en los talleres de Lyon, Pozzuoli y Pisa. En Egipto, un proyecto de excavación realizado durante la década de 1990 en Berenice parece dispuesto a proporcionar información equivalente en el extremo egipcio del recorrido. A finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, excavaciones a pequeña escala en Quseir el Qadim, que por entonces se pensaba que era el puerto de Leucos Limen, descubrieron material interesante,

incluido un fragmento de cerámica con una inscripción tamil. En 1999 comenzó un nuevo programa de excavación.

Las rutas terrestres desde Berenice y Myos Hormos a través del desierto han sido estudiadas a conciencia. La que nace en Berenice discurre en dirección noroeste durante más de 350 kilómetros y está equipada con *hydreumata* (lugares de aguada) cada 20-30 kilómetros. Su destino es Koptos, pero a medio camino hay un desvío hacia el oeste que conduce hasta Apolinópolis Magna (Edfu). La ruta que parte desde Myos Hormos también conduce a Koptos, y Estrabón nos informa de que el viaje duraba seis o siete días y de que estaba provista de *hydreumata* excavados hasta una gran profundidad. Dos de ellos (El Mweih y El Zerqa) fueron excavados en la década de 1990, y han proporcionado nuevos documentos en forma de ostraca, todavía sin publicar.



Mapa de los fuertes del Desierto Oriental y de las rutas desde los puertos del mar Rojo de Berenice y Myos Hormos (Quseir el Qadim) hasta el Nilo durante la época romana (30 a.C.-395 d.C.).

La parte final de la ruta, desde Alejandría hasta Roma, puede muy bien haber estado estrechamente relacionada con la *annona* (la tasa en especie mencionada más arriba), puesto que los navíos que servían al Estado podían transportar parte de sus propios bienes libres de impuestos. Pero esto no es todo. En Alejandría se han descubierto muchos más ejemplares de ánforas de aceite héticas que en ninguna otra ciudad relevante del Mediterráneo oriental, un ejemplo entre muchos que basta para destacar la importancia de su papel como puerto importante para el comercio interregional de todo tipo y en todas direcciones. Estrabón consideraba que era el mejor puerto del mundo; sin olvidarnos, por supuesto, de que su faro era una de las maravillas del mundo antiguo.

Religión

No hay aspecto del Egipto romano más complejo o difícil de comprender que la religión. Roma heredó una religión faraónica que, sobre todo durante la época ptolemaica, había recibido una pátina clásica. Los visitantes de los antiguos templos egipcios suelen creer que están admirando obras maestras de la era dinástica, cuando en muchos casos —Dendera, Edfu, Kom Ombo, Esna y Filé, por ejemplo— las estructuras son en gran parte ptolemaicas y romanas.

Si bien el aspecto más evidente y sorprendente de la religión egipcia es su politeísmo, había varias creencias primordiales (para más información véase la parte sobre la religión del Reino Nuevo que se encuentra al principio del capítulo 10). Así, dioses como Ra (el sol), Geb (la tierra) y Nut (el cielo) parecen haber sido adorados en casi todo Egipto. No obstante, también existía una tendencia hacia el monoteísmo. Ra era la fuente de todo, Ptah es descrito como «el corazón y la lengua de los dioses» y, a mediados del siglo XIV a.C., Akhenaton decretó que Atón era el único dios que debía ser adorado. Otro rasgo fácilmente observable de la religión egipcia es su querencia por los cultos de animales. Por ejemplo, Horus es representado por un halcón y Hathor por una vaca. No obstante, no eran los propios animales el objetivo de la adoración, sino los dioses que elegían adoptar su forma. De aquí procede la costumbre de momificar animales, a menudo a millares: cocodrilos, babuinos, gatos, el pez oxirrinco y demás.

Cada uno de los dioses desempeñaba su propio papel, pero la situación está lejos de ser sencilla, porque sus papeles cambiaron con el paso del tiempo y los dioses podían mezclarse, hasta el punto de llegar a ser in-diferenciables entre sí. Así, Horus, el halcón, tocado con un disco solar es a menudo indistinguible del dios sol Ra. Amón era originalmente el dios del agua y el aire, pero más tarde se convirtió en el dios de la reproducción física, el dador de vida.

La cultura griega se implantó en el país tras la conquista de Alejandro, en 332 a.C., no sólo en las ciudades griegas de Alejandría, Náucratis y Ptolemais, sino también en las comunidades griegas diseminadas por todo Egipto. Los griegos identificaron a sus propios dioses con el panteón egipcio. Horus fue equiparado con Apolo, Thoth con Hermes, Amón con Zeus, Hathor con Afrodita, etc. No sabemos cómo reaccionó la bella Atenea al saber que era equiparada con la diosa hipopótamo Taweret.

Un buen ejemplo de este proceso de helenización es el dios Pan, que fue equiparado a Amón-Min, el dios de la reproducción sexual, que poseía un importante santuario en Koptos. La ciudad se encuentra al comienzo de los caminos del desierto que conducen hacia el este. Por lo tanto, Amón-Min se convirtió en el dios del este y es representado con un incensario, que quizá simbolice las especias y perfumes de

Oriente. Partiendo de esta base, durante la época romana Pan se convirtió en el dios del Desierto Oriental, el caprichoso guardián de las rutas del desierto. Aparece representado no como el Pan de la mitología griega, sino como el Minitifálico, siendo su erección una clara herencia de su vida anterior.

Con objeto de conseguir un mayor grado de unidad política y religiosa, durante la época ptolemaica se inventó un nuevo dios llamado Serapis. Al contrario que la deidad tradicional faraónica Osirapis, de la que deriva, no se le representa como un animal, sino como un hombre barbudo parecido a Zeus: de todos los dioses egipcios, es el que más se asemeja a un dios grecorromano. Serapis se volvió inmensamente popular en Menfis, la antigua capital de Egipto y, cuando la sede del gobierno se trasladó a esta ciudad, también en Alejandría. Finalmente, el culto consiguió adeptos en Sabratha y Lepcis, Roma y después en Efeso y las provincias del Danubio.

Otra diosa muy popular en el Egipto romano era Isis, en ocasiones identificada con Hathor. Era tanto la esposa como la hermana de Osiris, que era el soberano y el juez de los muertos, además de dios supremo del culto funerario. Su papel era ser el prototipo de la maternidad y la esposa fiel. Era muy adorada por las mujeres, para quienes era la reina del cielo y la tierra, de la vida y la muerte. Miraba con buenos ojos todas las actividades de las mujeres, hasta tal punto que en un momento dado también fue la diosa de las prostitutas. Como en el caso de Serapis, había fieles de Isis por todo el imperio, sobre todo en Hispania. Los rituales asociados con su culto cambiaron poco desde la época faraónica: al amanecer su estatua era descubierta y adornada con joyas mientras se encendía el fuego sagrado, todo ello acompañado de música sagrada.

Del mismo modo que los dioses del Egipto romano eran esencialmente dioses egipcios, la arquitectura religiosa es una continuación de los templos dinásticos y ptolemaicos. La excepción son los Paneion, que debido al especial papel de Pan en el desierto podían estar situados en puntos remotos, lejos de los lugares de habitación. A menudo no se trata más que de una roca sobre la cual los viajeros escriben sus dedicatorias. En Wadi Hammamat se puede ver un buen ejemplo.

El templo de Hathor en Dendera nos proporciona un buen ejemplo del aspecto que tenía un templo ptolemaico-romano tardío. El propilon (puerta norte) es obra de Domiciano y Trajano, pero el elemento central del complejo, el casi intacto templo de Hathor, fue construido entre 125 a.C. y 60 d.C. La parte frontal del templo es una fachada maciza señalada con seis columnas con capiteles hathóricos y coronada por una cornisa. La entrada conduce a una sala hipóstila, construida en el vigésimo primer año de Tiberio por Aulo Evilio Flaco, con ayuda de los habitantes de la ciudad y el distrito, cuyo tejado se sostiene mediante columnas hathóricas. La sala da paso a una sala hipóstila interior y dos «vestíbulos», el más interno de los cuales contiene el santuario, rodeado por varias capillas. La decoración es característicamente egipcia,

pero muchos de sus protagonistas son emperadores romanos. Así, vemos a Tiberio delante de los dioses, a Claudio realizando una ofrenda a Hathor e Ihy, e imágenes de Augusto y Nerón. Todo el complejo es una experiencia extraña para un estudiante formado en la cultura clásica.

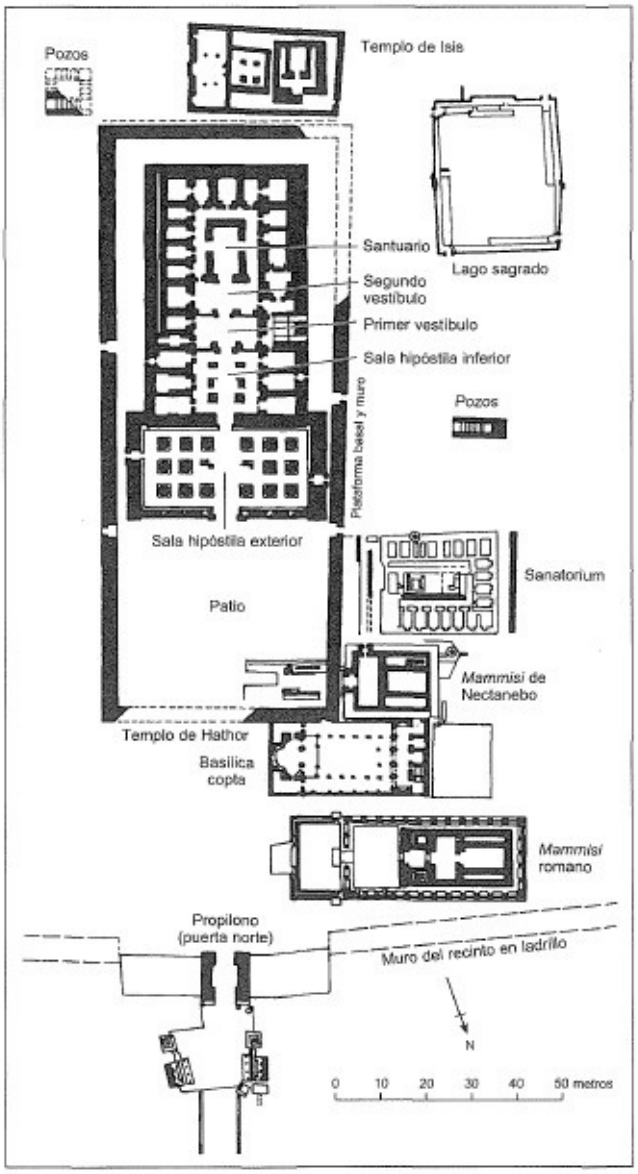
Otro bello ejemplo de templo romano es el quiosco de Trajano en Filé, conservado en una isla entre Asuán y la Gran Presa. Este elegante edificio de bellas proporciones posee catorce columnas con capiteles compuestos y entrepaños entre ellas, dos de los cuales están decorados con escenas de Trajano realizando ofrendas a Isis, Osiris y Horus. El simbolismo de todos estos templos debió de transmitir un mensaje muy especial a la población del Egipto romano: aquí el emperador no aparece como dios, sino como un suplicante a los grandes dioses del viejo Egipto.

A partir de mediados del siglo I d.C. apareció un nuevo fenómeno religioso: el cristianismo. Parece haber arraigado en Alejandría, desde donde se extendió al resto del país. Es indudable que, con tantos cultos existentes, no habría problemas para aceptar y absorber otro más. Sin embargo, el cristianismo era una religión intransigente, que no se consideraba a sí misma como parte de las demás y buscaba de forma activa conseguir conversos del paganismo. Esto era una amenaza para el orden establecido, por lo que a partir de mediados del siglo III d.C. empezaron las persecuciones esporádicas, que culminaron con las grandes purgas de Diocleciano, comenzadas en 303 d.C.

En el siglo III d.C. apareció en Egipto una nueva tendencia en la práctica religiosa que luego se extendió por todo el mundo. El desierto es un campo de pruebas religioso, lejos del bullicio de la vida ordinaria y donde la supervivencia depende de la confianza en Dios. Cristo ya había sentado las bases, al pasarse cuarenta días y cuarenta noches en el desierto sufriendo las tentaciones del demonio. Según la tradición, a finales del siglo III d.C. dos jóvenes ricos, Pablo, el primer eremita, y Antonio, el primer monje, cada uno por separado, abandonaron sus hogares en el valle del Nilo para vivir en la soledad del desierto. No resulta un misterio cómo consiguieron sobrevivir, pues en todas partes los hombres sabios son tratados con respeto y alimentados por las personas con las que se encuentran. Como ambos se asentaron junto a fuentes, sin duda fueron visitados por beduinos, que las conocerían y tendrían derechos sobre ellas. Finalmente, a pesar de su aislamiento, la fama de Antonio se extendió e incluso el emperador Constantino le escribió pidiéndole que rezara por él. Fue visitado por sus antiguos discípulos, diversos dignatarios, peregrinos y, por supuesto, curiosos. Las idas y venidas de los visitantes llevaron a la creación de un caravasar, que terminó convirtiéndose en un monasterio; el más importante de la cristiandad, pues de él derivan todos los demás.

Las costumbres funerarias están, evidentemente, conectadas con las prácticas religiosas. Por lo tanto, no resulta sorprendente que la momificación persistiera junto

al paganismo; en algunos casos hasta tan tarde como el siglo IV d.C. Los pobres recibían el más sencillo de los enterramientos, como momias vendadas sin más; pero los ricos recibían un elaborado tratamiento momificador, como dictaba la tradición. Durante la época romana, sobre la cabeza de la momia se colocaban retratos al encausto pintados sobre tabla. Estas obras de arte menor son algunas de las más vividas y realistas de todo el mundo romano. Sin duda eran encargadas a artesanos muy cualificados, pues poseen un grado casi fotográfico de realismo y parecen haber sido realizadas mientras la persona estaba viva. Se ha sugerido que se pintaban en el momento álgido de la vida y el éxito y que luego se guardaban para su posterior uso funerario.



Plano del templo grecorromano de Hathor en Dendera.

Artesanía y comercio

En el Egipto romano hay muchos restos de artesanía y artes menores. Casi todos los yacimientos del período están cubiertos de cerámica, cristal, fayenza y materiales orgánicos como cestería, telas y cuero, que por lo general no se ven en climas más templados. Dada la riqueza arquitectónica y escrita egipcia, los objetos cotidianos han recibido menos atención de la que merecen. Su potencial para el análisis del comercio, la cronología y la tecnología todavía ha de comprenderse, pero desde que en la década de 1980 comenzaran a realizarse los primeros de ellos, toda una serie de estudios sistemáticos están empezando a ofrecer resultados interesantes.

La cerámica tiene un papel vital en muchos aspectos de la investigación arqueológica. Las importaciones al Egipto romano, como las jarras de vino procedentes de Italia y la Galias, las jarras de aceite de Hispania, la cerámica roja de calidad del norte de África o las lámparas de Italia pueden ser reconocidas y fechadas. Su importancia era innegable y están comenzando a arrojar luz sobre los contactos comerciales de Egipto con el resto del Mediterráneo No obstante, nuestro conocimiento de las cerámicas locales egipcias todavía es relativamente limitado. La mayor parte de las colecciones están dominadas por jarras de «barro del Nilo», una arcilla apagada de color marrón oscuro, característica de la llanura inundable del río. Todo lleva a pensar que eran producidas en muchos alfares repartidos por el valle del Nilo y el delta, pero en realidad existe una importante laguna arqueológica y sólo conocemos unos cuantos hornos (todos ellos situados en la costa meridional del lago Mareotis, cerca de Alejandría, y descubiertos gracias a las investigaciones de un solo hombre, Jean-Yves Empereur). Estos hornos alejandrinos parecen haber producido un tipo de ánfora que no es fácil de fechar y que aparece en la mayor parte de los yacimientos romanos de Egipto. Durante el siglo III d.C. los hornos pueden haber producido imitaciones de ánforas koan, probablemente porque estaban destinadas a contener vino koan, que era una variedad medicinal hecha con agua de mar.

En el otro extremo de Egipto, en Asuán, se fabricaba una cerámica de engobe rojo o blanco que también se encuentra por todo el país, sobre todo en contextos del siglo I y II d.C. Sin embargo, casi con seguridad se trata sólo de una parte de la historia y habría otros muchos centros de producción en el valle del Nilo donde se fabricaban jarras o vajillas domésticas de calidad, como la «cerámica de engobe rojo» egipcia definida por primera vez por John Hayes. Entre los papiros de Oxirrinco hay tres que son contratos de arrendamiento de cerámica. Parece que la producción estaba muy ligada al Estado. El arrendador, presumiblemente el Estado, accede a proporcionar el edificio, el almacén, el torno, el horno, la cerámica y el combustible para quemar, a cambio de lo cual el arrendatario debe proporcionar la mano de obra y entregarle al arrendador una elevado número de jarras, en un caso más de quince mil, destinadas a

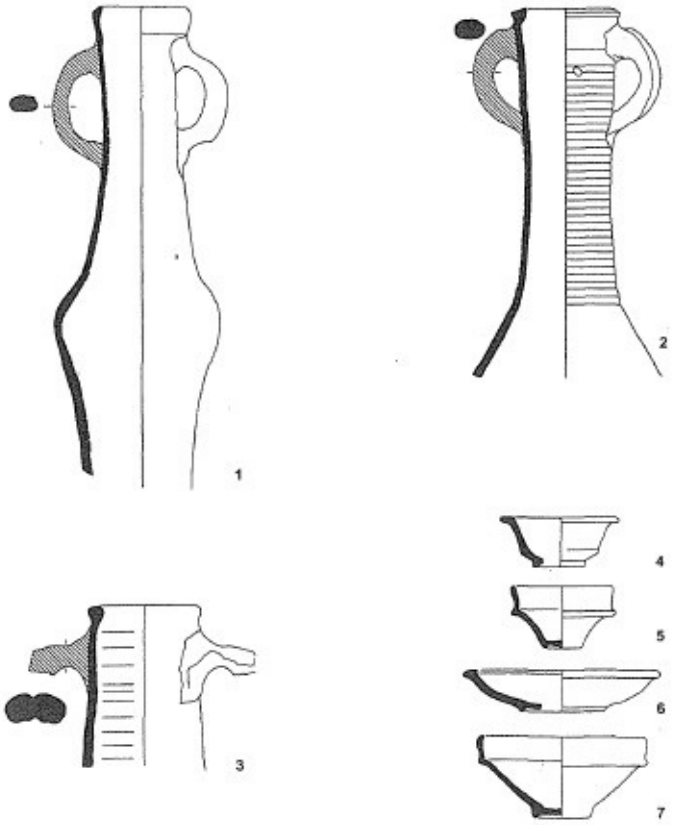
contener la producción estatal. Es una pena que no sea posible relacionar estas fascinantes pruebas documentales de producción estatal con la cerámica o incluso el tipo de recipientes.

En la mayor parte del mundo romano, las vajillas de calidad se fabricaban con un tipo de cerámica de engobe rojo producido en la Galia, Italia o el este. Si bien también se encuentran en Egipto, aquí su lugar lo ocupan recipientes de brillante fayenza de color azul o verde. La fayenza no es cerámica, sino una frita de cuarzo vidriada, creada machacando cuarzo y mezclándolo con una sal alcalina y un colorante como la sal de cobre. Hay varios modos de fabricar fayenza y todos ellos producen casi el mismo resultado: por ejemplo, un núcleo de cuarzo fino cementado con un álcali puede ser introducido dentro de una mezcla de vidriado formada por cenizas vegetales, óxido de cobre y cal; en otros casos la frita puede ser preparada y pintada dentro del núcleo con forma. También es posible que, mientras el cuarzo se seca, se distribuya el colorante sobre su superficie, de modo que al calentarlo se funda para producir su característico vidriado. La fayenza no es líquida, de modo que por lo general se trabajaba con moldes, por lo que es adecuada para producir cuentas y figuritas, pero en la época romana se empleó para platos, bandejas y copas. Sabemos poco sobre la producción de fayenza romana y, por desgracia, el único horno conocido de fayenza fue excavado a principios del siglo XX, antes de que se hubieran desarrollado las técnicas modernas de observación y registro.

El cristal es otro componente habitual de los depósitos de basura romanos. Gran parte del mismo es de una calidad sorprendentemente buena, a menudo con paredes finas y bien logrado. Incluso en los yacimientos del desierto los recipientes pueden ser soplados con molde, con adornos multicolores o con decoración cortada. En la actualidad no está claro cuánto se importaba desde los grandes talleres de Siria y cuánto se producía de forma local. Alejandría es descrita por Estrabón y otros escritores tardíos como un gran centro productor de cristal, donde quizá se fabricaran algunos de los recipientes policromos más delicados, pero arqueológicamente es muy poco lo que sabemos de ello. A juzgar por el gremio de trabajadores del cristal mencionado en los papiros de Oxirrinco, hubo otras fábricas de cristal.

La producción de harina era otro comercio importante, estrechamente relacionado con la subsistencia. Ciertamente se utilizaban piedras de moler móviles, pero el tipo de molino más empleado es el «olintio» o de palanca. Está formado por una losa de unos cincuenta centímetros cuadrados con una ranura en medio que forma la tolva. Encima de la piedra se ñja una palanca, que oscila hacia delante y hacia atrás en torno a un pivote. Se han encontrado ejemplos en el asentamiento griego de Náucratis, pero también en Quseir el Qadim y en los fuertes de Tiberiana (Barud) y Mons Porphyrites. Es casi seguro que este tipo de molino fue introducido por los griegos, que continuaron utilizándolo al menos hasta el siglo III a.C. No obstante, en Egipto

siguieron en uso hasta la época romana y el ejemplar de Quseir es del siglo I d.C., mientras que los de los otros fuertes son de los siglos I—II d.C. El fuerte de Badia, en el complejo del Mons Porphyrites, ha proporcionado componentes de molinos segmentados fabricados con lava, probablemente procedente de la isla griega de Nisyros. El tipo se conoce de la isla de Délos, si bien los ejemplares de Badia pueden ser de época romana posterior.



Algunos de los principales tipos de cerámica fabricada en el Egipto romano (1-3 = ánforas locales, 4-6 = cerámica egipcia de engobe rojo, 7 = cerámica de Asuán).

Parece que en el mundo Antiguo Egipto era conocido por sus tejidos y en las ciudades de Antinoopohs y Panopolis, donde probablemente hubiera molinos de lana, se han encontrado importantes colecciones de ellos, en gran parte del Período Romano tardío. De nuevo Alejandría parece haber sido importante, siendo sede del comercio del lino y del trabajo de las sedas orientales.

Otras manufacturas que pueden mencionarse son el cultivo y fabricación de papiro, de medicinas, la confección de joyas, trabajos de cuero y la metalurgia, todas ellas todavía mal estudiadas.

Demografía

La demografía del Egipto romano durante los tres primeros siglos de nuestra era está bien documentada, pues contamos con unos trescientos papiros donde se recogen censos. En ellos no sólo se detalla a los miembros de las familias que viven en el valle del Nilo, sino también a sus inquilinos y esclavos.

Los cálculos de la población del Egipto romano no son sencillos, sobre todo porque las dos principales fuentes históricas se contradicen mutuamente: Diodoro Sículo calcula que la población en el siglo I a.C. era de tres millones de personas, mientras que Josefo, que escribió en el siglo I d.C., nos habla de 7,5 millones sólo en Alejandría. En general, los especialistas actuales tienden a considerar más creíble la cifra de Diodoro.

Diodoro dice que Alejandría, una de las ciudades más populosas del Mediterráneo antiguo, contaba con una población de 300.000 personas, que no se aleja demasiado de los 500.000 habitantes de los cálculos modernos. Se puede decir que la población rural estaba repartida entre unos 2.000 o 3.000 poblados, cada uno de ellos con una población media de entre 1.000 y 1.500 personas, lo que concuerda bien con la probable población rural en Egipto en el siglo XIX. Este tipo de cálculos por parte de los especialistas modernos da un total de 4,75 millones de habitantes, de los cuales 1,75 millones vivían en las ciudades.

Los registros del censo nos permiten dar vida a estas cifras desnudas. Parece que dos terceras partes de los hogares estaban formados por familias nucleares (con sus hijos) o múltiples familias relacionadas, mientras que la mayoría del resto de hogares estaban ocupados por personas solas o por familias ampliadas con la presencia de parientes. Los inquilinos parecen haber sido comparativamente escasos. En cambio, los esclavos formaban un 2 por ciento de la población total. Como los registros informan de la edad, es posible calcular las tasas de mortalidad. Entre las mujeres, parece que muy pocas llegaban a los sesenta años y la esperanza de vida media femenina se encontraba en unos 20-25 años. Para los hombres, la esperanza de vida era al menos de 25 años. La relación entre las 1.022 personas cuyo sexo ha podido ser deducido es de 540 hombres por 482 mujeres, pero entre los esclavos es al contrario (34 hombres y 68 mujeres).

El matrimonio en el Egipto romano era una categoría legal que tenía consecuencias para los vastagos, pero las bodas y los divorcios eran cuestiones privadas en las que el Estado no intervenía. La esposa vivía casi siempre en casa del marido, a menudo con toda su familia. Aproximadamente una sexta parte de los matrimonios se producían entre hermanos y hermanas. La mayor parte de las mujeres estaban casadas a finales de la adolescencia y virtualmente todas al final de su segunda década de vida, pero sólo la mitad de los hombres estaban casados con 25

años. La edad media de la maternidad en las mujeres era en torno a los 27 años. La imagen demográfica del Egipto romano se corresponde estrechamente con la de una típica población mediterránea preindustrial.

La naturaleza del Egipto romano

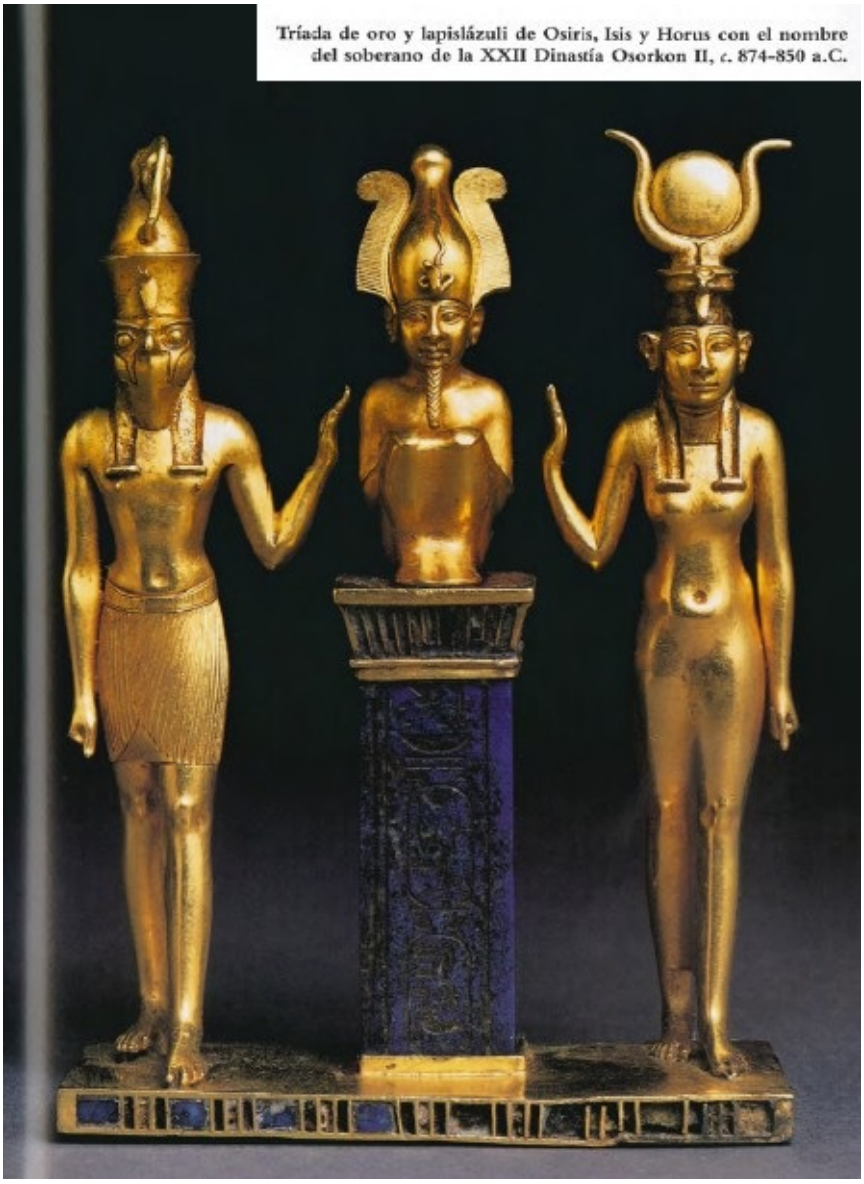
En todas las provincias romanas se produjo una amalgama entre la influencia de Roma y la cultura indígena. En la mayor parte de los casos, la primera sometía a la segunda. Por ejemplo, aunque en la Gran Bretaña o la Galia romanas persisten restos de la anterior Edad del Hierro, el aspecto más evidente de ellas es el cambio que se produce hacia un estilo de vida mediterráneo. Sólo en Egipto, y hasta cierto punto quizá en las tierras griegas del Mediterráneo nororiental, el Período Romano fue una época de continuidad con lo que existía anteriormente. Una de las razones puede ser la arquitectura faraónica. La creación de un paisaje dominado por edificios construidos a base de sillares enormes, difíciles de derribar, sería un factor importante. Servían exactamente para lo que fueron concebidos: recordarle a la gente la grandeza de la civilización faraónica y ser un testigo constante de las creencias y valores de este período de grandeza egipcia. Es posible que no fuera la única razón, pero seguramente fue uno de los factores que contribuyeron a ello.

Sería un error sugerir que la era romana fue un período de estancamiento o que no se produjo ningún cambio durante los siete siglos transcurridos entre la muerte de Cleopatra, el 12 de agosto de 30 a.C., y la conquista árabe de 642 d.C. No obstante, el principal cambio cultural echó raíces en el siglo III d.C., cuando el cristianismo fue aceptado de forma general, como sucedió en todo el imperio. El monasticismo apareció en el desierto egipcio liderado por personas como san Pablo y san Antonio. Incluso en ellos tuvo influencia la cultura faraónica, pues Antonio comenzó su vida religiosa viviendo en una vieja tumba cerca de su poblado en el Nilo y allí fue donde luchó contra los demonios y los animales salvajes, antes de encaminarse hacia el desierto.

Si bien Tutankhamon, soberano de la XVIII Dinastía, es más conocido por su tumba intacta que por sus hazañas militares, la tradición exigía que objetos como esta caja pintada lo mostraran en su carro encabezando un ataque contra los sirios.

El palacio del templo mortuorio de Ramsés III en Medinet Habu (*c.* 1180 a.C.) contenía estas losetas de fayenza decoradas con detalladas imágenes de extranjeros.

En este relieve pintado del templo de Hatshepsut
en Deir el Bahari (*c.* 1473–1458 a.C.) se pueden ver
las inusuales casas de los habitantes del reino africano de Punt,
alzadas sobre plataformas de madera.



Tríada de oro y lapislázuli de Osiris, Isis y Horus con el nombre del soberano de la XXII Dinastía Osorkon II, *c.* 874-850 a.C.

Este recipiente de oro incrustado con pasta coloreada perteneció
al general de la XXI Dinastía Wendjebauendjed,
uno de los personajes enterrados en la Tumba III de Tanis.

Cabeza en esquisto verde de la estatua de Wesirwer, profeta de Montu de la XXX Dinastía, procedente de Karnak. El cuerpo, que se encuentra en el Museo de El Cairo, muestra que se trataba de una estatua naófora. Destaca en ella un intenso sentido de la individualidad.

Cabeza en esquisto verde de la estatua de Wesirwer, profeta de Montu de la XXX Dinastía, procedente de Karnak. El cuerpo, que se encuentra en el Museo de El Cairo, muestra que se trataba de una estatua naófora. Destaca en ella un intenso sentido de la individualidad.

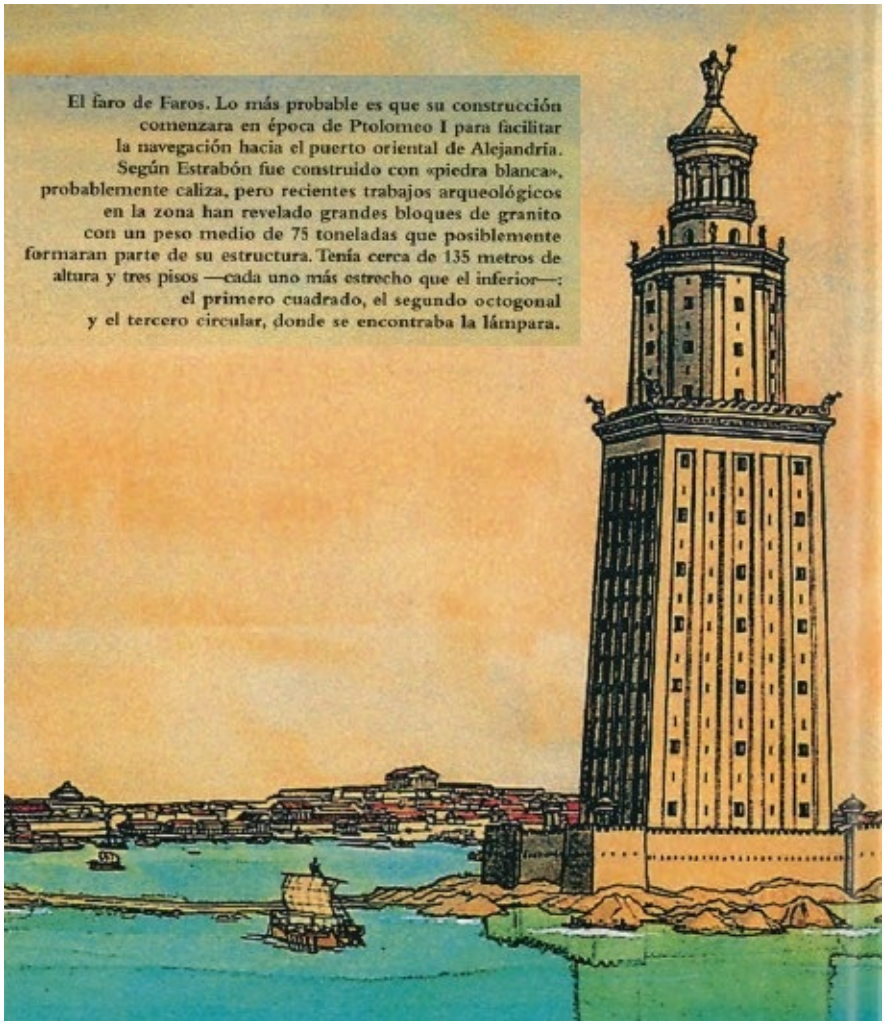
Detalle de un cartucho de Nectanebo I en la sección más antigua que todavía se mantiene en pie del templo de Isis en Filé. El prenomen —el primer cartucho— es idéntico, sin duda de forma intencionada, al de Senusret I, uno de los grandes faraones de la XII Dinastía. Los primeros edificios de culto en Filé son de la XXVI Dinastía, pero los trabajos arquitectónicos de Nectanebo I mejoraron mucho el lugar de culto y estaban claramente destinados a fomentar el santuario como un gran centro de adoración isíaca.

La avenida de esfinges de la XXX Dinastía, obra de Nectanebo I, se dirige hacia el norte desde el pilono del templo de Luxor y llega hasta el templo de Amón en Karnak. La actividad de la XXX Dinastía en este complejo templario demuestra la continuidad de la larga tradición de trabajos arquitectónicos en el lugar, del mismo modo que lo hicieron los grandes reyes en cuyo nombre se erigieron esas estructuras.

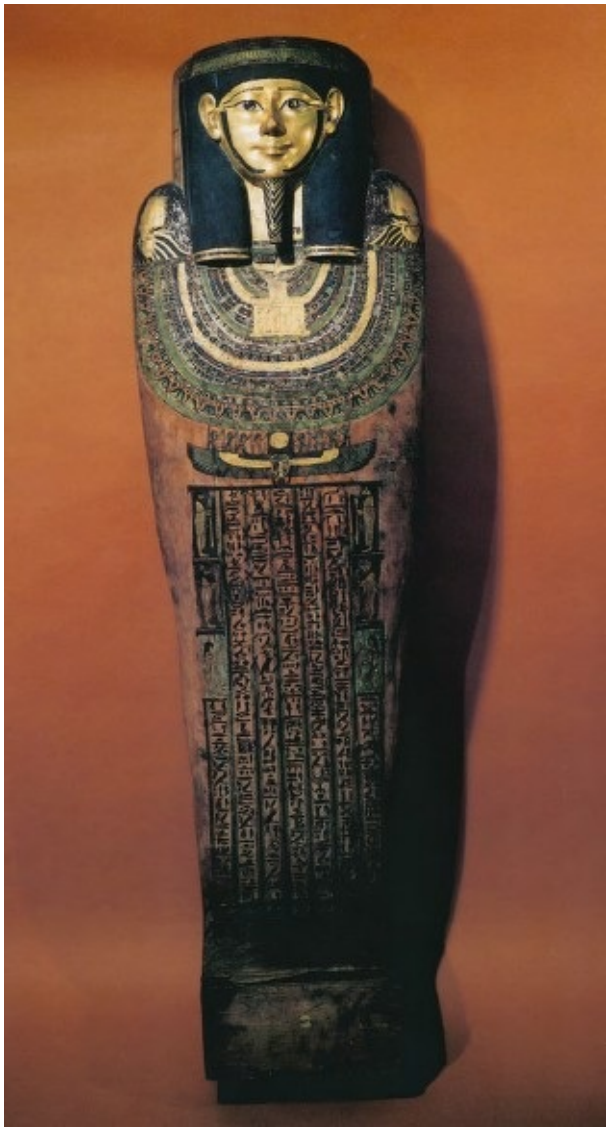
Cabeza de caliza de la reina Arsinoe II, hermana y esposa de Ptolomeo II Filadelfo, *c.* 270 a.C. La pieza es de gran calidad y un excelente ejemplo del uso del arte tradicional egipcio para representar a un soberano ptolemaico. La soberana aparece tocada con una pesada peluca con mechones y el doble *uraeus*. La espiga colocada encima de la cabeza estaba destinada casi con seguridad a recibir el disco solar y los cuernos de vaca que identificarían a la reina como Isis. El rostro triangular está bien modelado y muestra una ligera sonrisa.

Cabeza Verde de Boston, probablemente de finales del siglo III o comienzos del siglo II a.C, procedente del Serapeo. El pulido, la soberbia calidad del trabajo y el interés por mostrar la individualidad ejemplifican lo mejor de la escultura de la Baja Época, hasta el punto de que esta pieza representa una de las cimas del genio artístico egipcio. El extraordinario sentido de la estructura ósea subyacente, la frente arrugada, las patas de gallo en los extremos de los ojos y los insólitos defectos faciales crean un poderoso sentido de la personalidad y nos colocan ante un verdadero retrato.

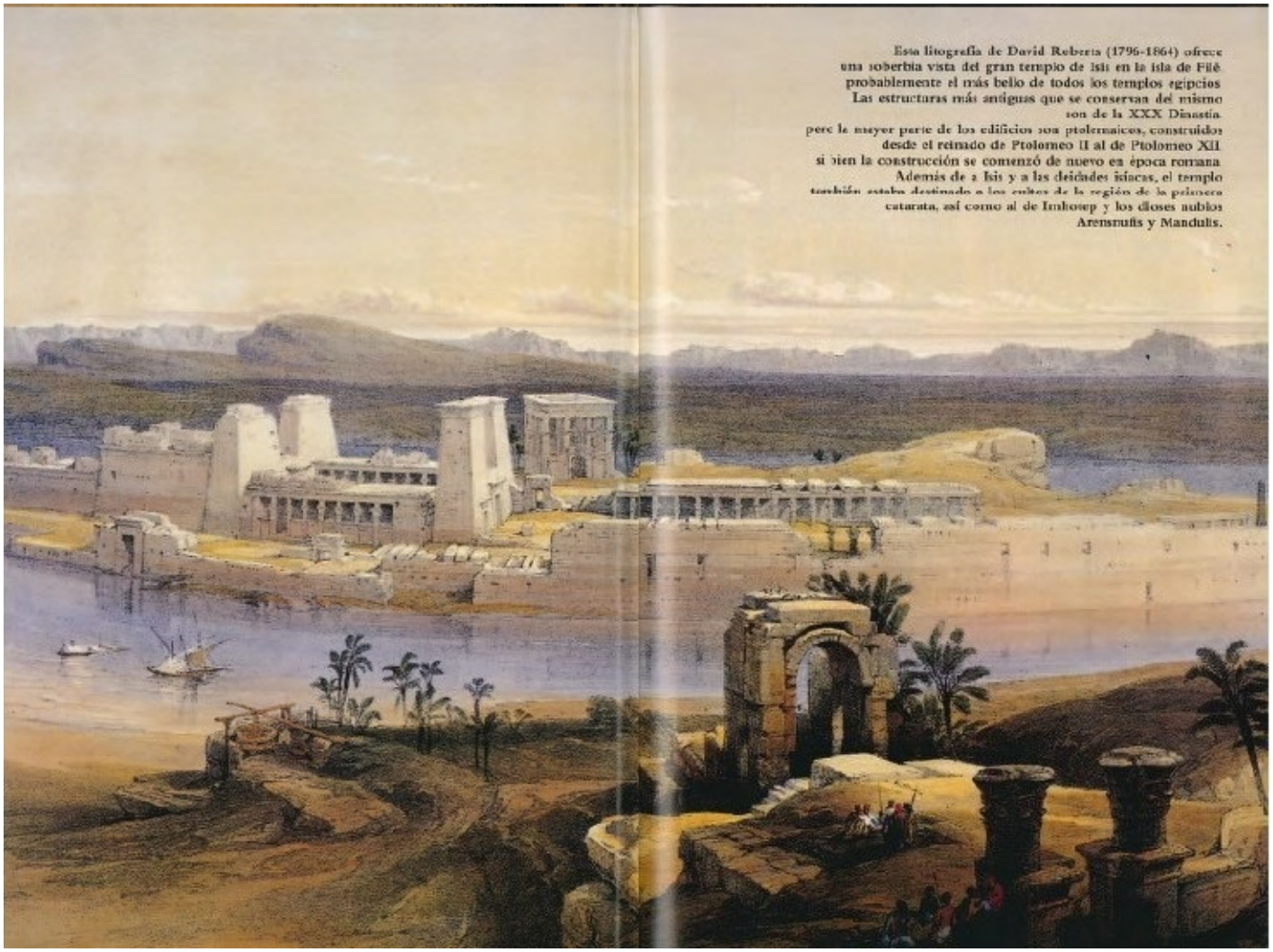
La Piedra Rosetta recoge un decreto de 196 a.C. redactado por un sínodo de sacerdotes egipcios en Menfis. En él se confieren honores a Ptolomeo V Epífanes en correspondencia por su generosa aportación para los templos egipcios. Escrita en jeroglífico —egipcio clásico—, demótico —una forma mucho más tardía del mismo lenguaje— y griego clásico, es una de las muchas copias erigidas en templos de todo el país. Fue la base para el desciframiento de las escrituras jeroglífica y demótica. El texto ilustra la creciente necesidad de los ptolomeos de conseguir el apoyo de la clase sacerdotal; incluso la versión griega del mismo refleja la marcada influencia del concepto egipcio de la realeza.



El faro de Faros. Lo más probable es que su construcción comenzara en época de Ptolomeo I para facilitar la navegación hacia el puerto oriental de Alejandría. Según Estrabón fue construido con «piedra blanca», probablemente caliza, pero recientes trabajos arqueológicos en la zona han revelado grandes bloques de granito con un peso medio de 75 toneladas que posiblemente formaran parte de su estructura. Tenía cerca de 135 metros de altura y tres pisos —cada uno más estrecho que el inferior—: el primero cuadrado, el segundo octogonal y el tercero circular, donde se encontraba la lámpara.



Este ataúd ptolemaico del Museo Británico ilustra la vitalidad del arte funerario egipcio tradicional antes de que comenzara a contaminarse con los motivos helenísticos que caracterizan el Período Ptolemaico final.



Esta litografía de David Roberts (1796-1864) ofrece una soberbia vista del gran templo de Isis en la isla de Filé probablemente el más bello de todos los templos egipcios. Las estructuras más antiguas que se conservan del mismo son de la XXX Dinastía, pero la mayor parte de los edificios son ptolemaicos, construidos desde el reinado de Ptolomeo II al de Ptolomeo XII, si bien la construcción se comenzó de nuevo en época romana. Además de a Isis y a las deidades isíacas, el templo también estaba destinado a los cultos de la región de la primera catarata, así como al de Imhotep y los dioses nubios Arensnufis y Mandulis.

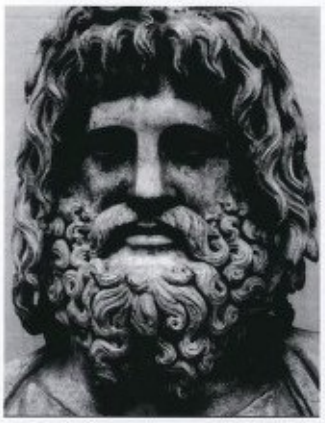
www.lectulandia.com - Página 581

El quiosco construido por el emperador romano Trajano es uno de los edificios más elegantes que todavía se yerguen en el templo de Isis, en Filé.

Momia de un chico joven con un retrato al encausto sobre madera; Periodo Romano, comienzos del siglo II a.C.

Retrato de momia de una mujer joven de Hawara, pintado al encausto sobre madera. Período Romano, siglo II d.C.

Figura de bronce del dios halcón Horus vestido con armadura romana. Procedencia desconocida.



Busto de mármol del barbudo dios Serapis, parecido a Zeus, cuyo culto surgió del de Osirapis durante la época ptolemaica y terminó por extenderse a otras regiones del Imperio Romano.

EPÍLOGO

En el *Libro de las puertas* (una serie de textos e imágenes funerarias utilizados para decorar las tumbas de finales del Reino Nuevo), los egipcios representaban la infinidad del tiempo como una serpiente aparentemente interminable o como una cuerda que salía de la boca de una deidad con una doble fila de ondas (las estrellas que aparecen encima de cada ondulación sirven como indicadores del paso de las unidades de tiempo). Con esta imagen, el tiempo se concibe como un fenómeno que emerge de las profundidades originales de la creación para terminar regresando a ellas. La naturaleza cíclica y universal del tiempo rezuma del sentido que tenían los antiguos egipcios de su propia historia. En esta obra hemos desentrañado algunos de sus cambios y obtenido algunas imágenes de los acontecimientos según se iban desvaneciendo de nuevo dentro de la boca de la serpiente; pero sólo conseguiremos una verdadera comprensión de la historia egipcia si combinamos la documentación arqueológica y textual para formar un mosaico de la cultura material y la política, como han intentado hacer los autores de este libro. Toda la historia antigua tiende a ser más o menos fragmentaria y esquiva, mas la misma diversidad de las fuentes egipcias permite, de vez en cuando, que ciertos episodios históricos o modos de vida destaquen con fuerza y resulten muy vivos.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Abreviaturas

AAR:	African Archaeological Review
AJA:	American Journal of Anthropology
ASAE:	Anuales du Service des Antiquités de l'Egyple
BASOR:	Bulletin of the American School of Oriental Research
BIFAO:	Bulletin del'Instituí Francais d'Archéologie Oriéntale
BiOr:	Bibliotheca Orientalia
BSEG:	Bulletin de la Société d'Égyptologie de Genéve
BSFE:	Bulletin de la Société Française d'Egyptologie
CdE:	Chronique d'Égypte
GM:	Góttinger Miszellen
JAI:	Journal of the Anthropological Institute
JARCE:	Journal of the American Research Center in Egypt
JAS:	Journal of African Studies
JEA:	Journal of Egyptian Archaeology
JFA:	Journal of Field Archaeology
JNES:	Journal of Near Eastern Studies
JRA:	Journal of Roman Archaeology
JRS:	Journal of Roman Studies
JSSEA:	Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities
JWP:	Journal of World Prehistory
LA:	Lexikon der Ágyptologie, ed. W. Helck et al. (Wiesbaden, 1975-1986)
MDAIK:	Mitteilungen des Deutschen Archaologischen Instituís, Abteilung Kairo
MIFAO:	Memoires de l'Instituí Francais d'Archéologie Oriéntale
MMJ:	Meíropoliían Museum Journal
OLP:	Orientalía Lovaniensa Periodica
PPS:	Proceedings of the Prehisíoric Society
RdE:	Revue d'Égyptologie
SAK:	Studien der altágyptischen Kultur
VA:	Varía Aegyptiaca
WA:	World Archaeology
ZfS:	Zeitschrift der fur agyptische Sprache and Altertumskunde

General

Respecto a los volúmenes relativos a la historia política y las obras de referencia, merece la pena consultar los siguientes: I. E. S. Edwards *et al.* (eds.), *Cambridge Ancient History*, vols. 1-4, 3ª ed. (Cambridge, 1971-1973); Bruce Trigger *et al.*, *Ancient Egypt: A Social History* (Cambridge, 1983) [Historia del Antiguo Egipto, Crítica, Barcelona, 1985]; Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989,2ªed. rev. y ampl. 2006) [El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización, Crítica, Barcelona, 1992]; Nicolás Grimal, *Histoire de l'Egyte ancienne* (París, 1989) [Historia del Antiguo Egipto, Akal, Torrejón de Ardoz, 1996]; Donald Redford, *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992); Jean Vercoutter, *L'Egypte et la vallée du Nil, I. Des origines a la fin de L'Ancien Empire* (París, 1992); Claude Vandersleyen, *L'Egypte et la vallée du Nil, II. De la fin de l'Ancien Empire a la fin du Nouvel Empire* (París, 1995); Ian Shaw y Paul Nicholson, *The British Museum Dictionary of Ancient Egypt* (Londres, 1995) [Diccionario Akal del Antiguo Egipto, Akal, Tres Cantos, 2004]; Sergio Donadoni (ed.), *The Egyptians* (Chicago, 1997) [El hombre egipcio, Alianza, Madrid, 1991]; Judith Lustig (ed.), *Anthropology and Egyptology. A Developing Dialogue* (Sheffield, 1997), y Regina Schulz y Matthias Seidel (eds.), *Egypt: The World of the Pharaohs*, ed. inglesa ed. Peter Der Manuelian (Colonia, 1998).

Existen numerosas obras generales sobre el arte y la literatura de Egipto y las siguientes no son sino una pequeña selección: Cyril Alfred, *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs* (Londres, 1980) [El arte egipcio, Destino, Barcelona, 1993]; Bernard Bothmer *et al.*, *Egyptian Sculpture of the Late Period 700 BC to AD 100* (Nueva York, 1960); Raymond Faulkner, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts* (Oxford, 1969); Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, 3 vols. (Berkeley y Los Angeles, 1973-1980); Antonio Loprieno (ed.), *Ancient Egyptian Literature: History and Forms* (Leiden, 1996); Jaromir Malek, *Egyptian Art* (Londres, 1999); Richard Parkinson, *Voices from Ancient Egypt* (Londres, 1991); William Peck, Egyptian Drawings (NuevaYork, 1978); Georges Posener, *Littérature et politique dans l'Égypte de la XII dynastie* (París, 1956); Gay Robins, *The Art of Ancient Egypt* (Londres, 1997); Heinrich Schafer, *Principies of Egyptian Art* (Oxford, 1978); Donald Spanel, *Through Ancient Eyes: Egyptian Portraiture* (Birmingham, Ala., 1988), y William Stevenson Srnith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt*, rev. W. Kelly Simpson (Harmondsworth, 1981).

Muchos artículos en revistas científicas han tratado aspectos diversos de la religión e ideología egipcias, pero sólo se han escrito unas pocas monografías sobre esta área crucial de la cultura faraónica. Algunas obras antiguas siguen teniendo mucho que ofrecer al lector, como por ejemplo: Henri Frankfort, *Kingship and the*

Gods (Chicago, 1948) [Reyes y dioses, Madrid, Alianza, 1998], y Siegfried Morenz, *Egyptian Religion* (Londres, 1973), pero los mejores trabajos publicados en los últimos veinte años son: Jan Assmann, *Egyptian Solar Religion in the New Kingdom: Re, Amun and the Crisis of Polytheísm* (Londres, 1995); Erik Hornung, *Conceptions of God in Ancient Egypt* (Ithaca, NY, 1982) [El uno y los múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad,Madrid, Trotta, 1999], e *Idea into Image: Essays on Ancient Egyptian Thought* (Nueva York, 1992); Stephen Quirke, *Ancient Egyptian Religion* (Londres, 1992) [La religión del Antiguo Egipto, Madrid, Oberon, 2003]; John Romer, *Valley of the Kings* (Londres, 1981) [Los últimos secretos del valle de los reyes, Barcelona, Planeta, 1983]; A. I. Sadek, *Popular Religion in Ancient Egypt during the New Kingdom* (Hildesheim, 1988);Byron E. Shafer (ed.), *Religion in Ancient Egypt: Gods, Myths and Personal Practice* (Londres, 1991), y W. Kelly Simpson (ed.), *Religion and Philosophy in Ancient Egypt* (New Haven, 1989). No son pocos los libros que tratan sobre las prácticas funerarias egipcias, pero los siguientes son probablemente los más recientes y los más fáciles de conseguir: Sue D'Auria *et al.*, *Mummíes and Magic The Funerary Arts of Ancient Egypt* (Boston, 1988); I. E. S. Edwards, *The Pyramids of Egypt* (Harmondsworth, 1985) [Las pirámides de Egipto, Barcelona, Crítica, 2003]; Erik Hornung, *The Valley of the Kings* (NuevaYork, 1990); M. Lehner, *The Complete Pyramids* (Londres, 1997) [Todo sobre las pirámides, Barcelona, Destino, 2003]; *Nicholas Reeves, The Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necropolis* (Londres, 1990); Nicholas Reeves y Richard Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings* (Londres, 1996) [Todo sobre el Valle de los Reyes, Barcelona, Destino, 1998], y Jeffrey Spencer, *Death in Ancient Egypt* (Harmondsworth, 1982).

Además de los libros sobre prácticas funerarias mencionados más arriba, una cantidad sorprendentemente pequeña de obras tratan del desarrollo general de la arquitectura egipcia. Somers Clarke y Reginald Engelbach, *Ancient Egyptian Masonry. The Building Craft* (Oxford, 1930; reimp. en Nueva York, 1990, como *Ancient Egyptian Construction and Architecture*), sigue siendo útil, pero ha sido sustituido en gran parte por Dieter Arnold, *Building in Egypt: Pharaonic Stone Masonry* (Oxford, 1991). Alexander Badawy, *History of Egyptian Architecture* (Berkeley y Los Ángeles, 1968), y Stevenson Smith, *Art and Architecture* (véase más arriba en el epígrafe sobre arte) son útiles sobre los aspectos más religiosos y estéticos de la cuestión, respectivamente. Los asentamientos, la sociedad y la cultura material son tratados en los siguientes libros: Manfred Bietak, «Urban archaeology and the Town Problem" in ancient Egypt», en KentWeeks (ed.), *Egyptology and the Social Sciences* (El Cairo, 1979), 95-144; Morris Bierbrier, *Tomb-Builders of the Pharaohs* (Londres, 1982); Barry Kemp, «The Early Development of Towns in Egypt», Antiquity 51 (1977), 185-200, y *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization*

(Londres, 2006; 2ªed. rev. y ampl.); Dominique Valbelle, *Les ouvriers de la tombe: Deir el-Médineh a l'époque ramesside* (El Cairo, 1985), 261-317; Gay Robins, *Women in Ancient Egypt* (Londres, 1993), y Paul Nicholson e Ian Shaw (eds.), *Ancient Egyptian Materials and Technology* (Cambridge, 2000). Entre los libros y artículos importantes sobre la antigua Nubia se encuentran Bruce Trigger, *History and Settlement in Lower Nubia* (New Haven, 1965); FredWendorf (ed.), *The Prehistory of Nubia*, 2 vols. (Dallas, Tex., 1968); William Adams, Nubia: *Corridor to Africa* (Londres, 1977); Brigitte Gratien, *Les cultures Kerma: Essai de classification* (Lille, 1978); Steífen Wenig, Africa in Antiquity :The Arts of Ancient Nubia and Sudan, 2 vols. (Nueva York, 1978); Charles Bonnet, Kerma, royanme de Nubie (Viena, 1992), y «Excavations at the Nubian Royal Town of Kerma: 1975-91», Antiquity 66 (1992), 611 y ss.; Stuart Tyson Smith, *Askut in Nubia* (Londres, 1995); Peter Shinnie, *Ancient Nubia* (Londres, 1996); Derek Welsby, *The Kingdom of Kush: The Napatan and Meroitíc Empíres* (Londres, 1996), y Dieter Wildung (ed.), *Sudan: Ancient Kingdoms of the Nile* (París, 1997); este último es el catálogo bien ilustrado de una exposición.

1. Introducción

Por lo que respecta a la cronología del Antiguo Egipto, existen diversas fuentes, pero tres de ellas proporcionan perspectivas muy diferentes sobre el modo en que se ha ido construyendo el sistema de datación a partir de una elaborada combinación de observaciones astronómicas, listas reales y genealogías: Richard Parker, *The Calendars of Ancient Egypt* (Chicago, 1950); Kenneth Kitchen, «The Chronology of Ancient Egypt», *WA* 23 (1991), 201-208, y Donald Redford, *Pharaonic King-Lists, Annals and Day-Books: A Contribution to the Egyptian Sense of History* (Mississauga, 1986). Para el estudio de los cambios sociales y culturales durante diversos períodos, como algo distinto a la historia política convencional, véanse: David O'Connor, «Political Systems and Archaeological Data in Egypt: 2600-1780 BC», *WA* 6 (1974), 15-38; Stephan Seidlmayer, «Wirtschafdiche und gesellschafdiche Entwicklung im Ubergang von alten zum mittleren Reich»; en J. Assmann and W.V. Davies (eds.), *Problems and Priorities in Egyptian Archaeology* (Londres, 1987), 175-217; Barry Kemp, Andent Egypt: *Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989,2ªed. rev. y aum. 2006); Kathryn Bard, «Toward an Interpretation of the Role of Ideology in the Evolution of Complex Society in Egypt», *Journal of Anthropological Archaeology* 11 (1992), 1-24, y Robert Wenke, «Anthropology, Egyptology and the Concept of Cultural Change», en J. Lustig (ed.), Anthropology and Egyptology (ShefEeld, 1997), 117-36. Para Manetón véase *Manetho, Aegyptica*, ed. y trad. al inglés W. G.Wadell (Londres, 1940); para el Canon Real de Turín véanse Alan Gardiner, The Royal Canon of Turin (Oxford, 1959),y Jaromir Malek, «The Original Versión of the Royal Canon of Turin», *JEA* 68 (1982), 93-106; y para la Piedra de Palermo véanse Heinrich Schäfer, *Ein Bruchstück altagyptischer Annalen* (Berlín, 1902), y Georges Daressy, «La Pierre de Palerme et la chronologie de l'ancien empire», *BIFAO* 12 (1916), 161-214.

La compleja cuestión de los lazos existentes entre la aparición heliacal sotiaca y la cronología egipcia se discute en muchos libros y artículos, incluidos los siguientes: Parker, «Sothic Dates and Calendar "Adjustment"», *RdE* 9 (1952), 101-108; Jacques Vandier, *Manuel d'archéologie égyptienne*, I (París, 1952), 842-843; Jaroslav Gerny, «Note on the Supposed Beginning of a Sothic Period under Sernos I», *JEA* 47 (1961), 150-152; M. F. Ingham, «The Length of the Sothic Cycle», *JEA* 55 (1969), 36-40; Laszlo Kakosy, «Die Mannweibliche Natur des Sirius in Ágypten», Studía Aegyptiaca 2 (Budapest, 1976), 41-46; G. Clerc, «Isis-Sothis dans le monde romain», *Hommages a Maarten J. Vermaseren* (Leiden, 1978), 247281; Christiane Desroche-Noblecourt, «Isis Sothis —le chien, la vigne— et la tradition millénaire», *Lívre du Centenaire*, IFAO 1880-1980 (El Cairo, 1980), 1524, y Rolf Krauss, *Sothis- und Mondaten: Studien zur astronomischen und technischen Chronologíe Altagyptens*

(Hildesheim, 1985).

Respecto al sistema de seriación de Flinders Petrie para el Predinástico lo mejor es su propia explicación de la técnica: «Sequences in prehistoric remains», *JAI*, NS 29 (1899), 295-301, y Diospolis Parva (Londres, 1901), pero para puntos de vista más recientes véanse D. G. Kendall: «A Statistical Approach to Flinders Petrie's Sequence-Dating», *Bulletin of the International Statistics Institute* 40 (1963), 657-680; Barry Kemp, «Automatic Analysis of Predynastic Cemeteries: A New Method for an Old Problem» JE/1 68 (1982), 5-15, y Toby Wilkinson, *State Formation in Ancient Egypt: Chronology and Society* (Oxford, 1996).

El debate existente respecto a las corregencias puede explorarse consultando W. Kelly Simpson, «Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty: I—II» *JARCE* 2 (1963), 53-63; William Murnane, *Ancient Egyptian Coregencies* (Chicago, 1977), y David Lorton, «Terms of Coregency in the Middle Kingdom», *VA* 2 (1986), 113-20.

En los siguientes títulos se exploran varios problemas concernientes a la historia social y política de Egipto (muchos de ellos relacionados con la naturaleza de los «períodos intermedios»): Barbara Bell, «The Dark Ages in Ancient History: I. The First Dark Age in Egypt», *AAR* 75 (1971), 1-26, y «Climate and the History of Egypt: the Middle Kingdom», *AAR* 79 (1975), 223-269; Kenneth Kitchen, « The Basics of Egyptian Chronology in Relation to the Bronze Age», en Paul Astrom (ed.), *High, Middle or Low: Acts of an International Colloquium in Absolute Chronology Held at the University of Gothenburg 20-22 August 1987* (Gotemburgo, 1987), 37-55; P. James *et al.*, *Centuries of Darkness: A Challenge to the Conventional Chronology of Old World Archaeology* (Londres, 1991); Manfred Bietak (ed.), *Ägypten und Levante III: Acts of the Second International Colloquium on Absolute Chronology* (Viena, 1992); William Ward, «The Present Status of Egyptian Chronology», *BASOR* 288 (1992), 53-66,y Leo Depuydt, «On the Consistency of the Wandering Year as Backbone of Egyptian Chronology» *JARCE* 32 (1995), 43-58.

2. Prehistoria

Referencias completas para este período, con índices topográficos y temáticos, además de mapas donde se localizan los yacimientos prehistóricos se pueden encontrar en Stan Hendrickx, *Analytical Bíbliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan* (Lovaina, 1995), al cual se añaden revisiones anuales en la revista Arhéo-Níl. La mayor parte de las recientes obras de síntesis forman parte de obras generales sobre los primeros momentos de la historia de Egipto, como Béatrix Midant-Reynes, *The Prehistory of Egypt: From the First Egyptians to the First Pharaohs* (Oxford, 2000), y Michael A. Hoffman, *Egypt befare the Pharaohs* (Londres, 1980), cuya edición revisada (Austin, Tex., 1991) incluye un capítulo extra donde se resumen descubrimientos recientes.

Una excelente recopilación sobre el estado actual de la investigación la encontramos en Frank Klees y Rudolph Kuper (eds.), *New Light on the Northeast African Past* (Colonia, 1992), que incluye contribuciones de los principales expertos en la cuestión. Esta obra es especialmente importante en lo que respecta a la síntesis de las diferentes etapas del Paleolítico y sobre la cuestión del Neolítico en el Desierto Occidental.

Las publicaciones básicas respecto al trabajo de la Combined Prehistoric Expedition on the Nubian and Egyptian Prehistory son Wendorf (ed.), *The Prehistory of Nubia*, 2 vols. (Dallas, Tex., 1968), y Wendorf y Schild (eds.), *The Prehistory of the Nile Valley* (Nueva York, 1976).

Sobre la Prehistoria del Desierto Occidental, el primer estudio sistemático fue el del oasis de Kharga de Gertrude Caton-Thompson, *The Kharga Oasis in Prehistory* (Londres, 1952). Estudios más recientes referentes a regiones concretas son los de Schild y Wendorf para Dakhla, *The Prehistory of Dakhla Oasis and Adjacent Desert* (Wroclaw, 1977), y para Bir Sahara, *The Prehistory of an Egyptian Oasis: A Report of the Combined Prehistoric Expedition to Bir Sahara*, Western Desert, Egypt (Varsovia, 1981). Las pruebas referentes a los llamados canales de radar aparece sintetizada en dos artículos en *JFA* 14 (1987) y 15 (1988), respectivamente, de William P. McHugh y Wendorf y su equipo.

El Paleolítico Medio de Bir Tarfawi y Bir Sahara aparece recogido ampliamente en Wendorf, Schild, Clóse, *et al.*, *Egypt during the Last Interglaciah: The Middle Paleolithic of Bir Tafawi and Bir Sahara East* (NuevaYork, 1993). Para un estudio en extensión de la técnica levallois, utilizando sobre todo ejemplos de Egipto y Nubia, está Philip Van Peer, *The Levallois Reduction Strategy* (Madison, 1992). La visión general más reciente sobre la minería de pizarra del Paleolítico Medio y sobre todo del Paleolítico Final en Egipto es la de Vermeersch, Paulissen, y Van Peer, en *Archaeologia Polona*, 33 (1995), mientras que Vermeersch et al., «Une miniére de

silex et un squelette du paléolithique supérieur á Nazlet Khater», L'Anthropologie 88 (1984), 231-44, consiste en un sumario de los hallazgos en Nazlet Khater, incluido el enterramiento del Paleolítico Final. El todavía más antiguo enterramiento de Taramsa Hill se puede encontrar en Vermeersch *et. al*, «A Middle Palaeolithic Burial of a Modern Human at Taramsa Hill, Egypt», Antiquity 72 (1988), 475-484. El arte rupestre más antiguo de Egipto se puede encontrar en Dirk Huyge, «Hilltops, Silts and Petroglyphs:The Fish Hunters of El-Hosh», *Bulletin des Musées royaux d'Art et d'Histoire* 69 (1998), 1-17.

El yacimiento del Paleolítico Final E 71K12 cercano a Esna se describe en Wendorf, Schild, Baker, Gautier, Longo y Mohammed *A Late Paleolithic Kill-Butchery Camp in Upper Egypt* (Dallas,Tex. y Varsovia, 1997). Los yacimientos del mismo período de Wadi Kubbaniya están publicados en Wendorf, Schild, y Cióse (eds.), *The Prehistory of wadi Kubbaniya I: The Kubbaniya Skeleton* (Dallas,Tex., 1986), Wendorf, Schild, y Cióse (eds.), *The Prehistory of wadi Kubbaniya II: Stratigraphy, Palaeoeconomy and Environment* (Dallas, Tex., 1989), y Wendorf, Schild y Cióse (eds.), *The Prehistory of wadi Kubbaniya III: Late Palaeolithic Archaeology* (Dallas, Tex., 1989). Estos mismos autores son responsables del informe de excavación del Neolítico Temprano en Bir Kiseiba, en el Desierto Occidental: *Cattle-Keepers of the Eastern Sahara: The Neolithic of Bir Kiseiba* (Dallas, Tex., 1984). Un primer resumen de los megalitos encontrados en Nabta Playa lo ofrecen Wendorf y Schild en Sahara, 5 (1992-1993).

El trabajo del proyecto *Besiedlungsgeschichte der Ost-Sahara* aparece sintetizado por Rudolf Kuper en CRIPEL 17 (1995). El resultado completo del trabajo en Wadi el Akhdar puede encontrarse en Werner Schon, *Ausgraburgen im wadi el-Akhdar; Gilf Kebir* (SW-Ágypten) (Colonia, 1996). Un sumario del Neolítico en el oasis de Dakhla lo encontramos en Mary M. A. McDonald, «Early African Pastoralism: View ffom Dakhleh Oasis (South Central Egypt)», *Journal of Anthropological Archaeology* 17 (1998), 124-142.

El Epipaleolítico de El Kab fue publicado enVermeersch, *Elkab II: L'Elka-bien, Epipaléolithique de la Vallée du Nil Egyptien* (Lovaina, 1978).

Interpretaciones sobre las culturas de Fayum se dan en Fekri Hassan, «Holocene Lakes and Prehistoric Setdements in the Western Fayum, Egypt» *JAS* 13 (1986), 483-501, y Boleslaw Ginter y Janusz K. Kozlowski, «Kulturelle und paláoklimatische Sequenz in der Fayum-Depression: Eine zusammensetzende Darstellung der Forschungsarbeiten in den Jahren 1977-1981», *MDAIK* 42 (1986). Ginter, Kozlowski, y Barbara Drobniewicz publicaron los hallazgos de la cultura de El Tarif en *Silexindustríen von ElTaríf* (1979).

Los diferentes estadios de desarrollo cultural de Merimda han sido publicados por Josef Eiwanger, *Merimde-Benisalame I-III*, 3 vols. (1984-1992). Sobre la cultura de

El Omari véase Fernand Debono y Bodil Mortensen, *El-Omari* (Maguncia del Rin, 1990).

Las tres principales memorias de excavación sobre el Badariense son: Guy Branton y Caton-Thompson, *The Badariam Civilisation and Prehistoric Remains near Badarí* (Londres, 1928), y los dos volúmenes de Brunton, *Mostagedda and the Tasian Culture* (Londres, 1937) y *Matmar* (Londres, 1948). Entre los estudios referidos a los diversos aspectos de la cultura badariense, Renée E Friedman, *Predynastic Settlement Ceramics of Upper Egypt: A Comparative Study of the Ceramícs of Hemamieh, Naqada and Hierakonpolis* (1994), es un estudio de la mayor relevancia sobre la cerámica de los asentamientos tanto de la cultura badariense como de la nagadiense. Un estudio igual de importante sobre la industria lítica es el realizado por Diane L. Holmes, *The Predynastic Lithic Industries of Upper Egypt: A Comparative Study of the Lithic Traditions of Badarí, Naqada and Hierakonpolis* (Oxford, 1989). Sobre la estratificación social badariense véase W. Anderson, «Badarian Burials: Evidence of Social Inequality in Middle Egypt during the Early Predynastic Era», *JARCE* 29 (1992), 51-66. Los trabajos recientes sobre yacimientos badarienses en la zona de Badari y en Mahgar Dendera son, respectivamente, los de Holmes y Friedman en *PPS* 60 (1994) y Hendrickx y Midant-Reynes, «Preliminary Report on the Predynastic Living Site: Maghara 2 (Upper Egypt)», *OLP* 19 (1988), 5-16. Para un punto de vista alternativo sobre las relaciones entre las culturas neolíticas del delta y las culturas badarienses véase el artículo de Werner Kaiser, «Zur Südausdehnung des vorgeschichtlichen Deltakulturen und zur frühen Entwicklung Oberágyptens», *MDAIK* 41 (1985), 61-88.

3. El Período Nagada

Las sugerencias presentadas como lecturas complementarias en modo alguno son exhaustivas; Stan Hendrickx, *Analytical Bibliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan* (Lovaina, 1995), ofrece una idea de la riqueza del material publicado relativo al Período Predinástico y la lista que sigue pretende sólo ofrecer los trabajos fundamentales, que deben permitir al lector conseguir un conocimiento más profundo sobre las distintas cuestiones.

Además de los trabajos pioneros de Flinders Petrie y James Quibell (por ejemplo, Petrie y Quibell, *Naqada and Ballas* (Londres, 1896) y Petrie, *Prehistoric Egypt* (Londres, 1920), existen síntesis más modernas de las culturas predinásticas como Lech Krzyzaniak, Early Farming Cultures on the Lower Nile: Tlie Predynastic Period in Egypt (Varsovia, 1977); Michael Hoffman, *Egypt before the Pharaohs: The Prehistoric Foundations of Egyptian Civilization* (Austin, Tex., 1991), y Béatrix Midan t-Reynes, *The Prehistory of Egypt: From the First Egyptians to the First Pharaohs* (Oxford, 2000). Jean Vercoutter, *L'Egypte et la vallée du Nil, I: Des origines d la fin de l'Ancien Empire* (París, 1992), dedica más de 200 páginas a la cuestión del comienzo de la cultura egipcia. También son recomendables los excelentes artículos de Fekri Hassan, «The Predynastic of Egypt», *JWP* 2 (1988), 135-186, y Kathryn Bard, «The Egyptian Predynastic: A Review of the Evidence», *JFA* 21/3 (1994), 265-288.

Sobre la cronología predinástica desde Petrie, el trabajo crucial realizado por Werner Kaiser (por ejemplo, «Zur inneren Chronologie der Naqada-Kultur», *Archeologia Geographica* 6 (1957), 69-77), ha sido continuado por Hendrickx en su tesis doctoral, un buen resumen de la cual fue publicado como uno de los artículos de Jeffrey Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt* (Londres, 1996). Para una discusión sobre las fechas de radiocarbono de los yacimientos predinásticos véase Fekri Hassan, «Radiocarbon Chronology of Neolithic and Predynastic Sites in Upper Egypt and the Delta», *AAR* 3 (1985), 95-16.

Comparativamente, pocos trabajos recientes tratan sobre la cultura Nagada, pero los datos funerarios disponibles se explotan a conciencia en J.J. Castillos, *A Reappraisal of the Publíshed Evidence on Egyptian Predynastic and Early Dynastic Cemeteríes* (Toronto, 1982), y Kathryn Bard, *From Farmers to Pharaohs: Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt* (ShefHeld, 1994). Sobre las excavaciones francesas en Adaima, que han comenzado a aclarar muchos aspectos de las prácticas funerarias de Nagada, véanse los informes preliminares publicados por Midant-Reynes et al. en *BIFAO* a partir de 1990. Los trabajos norteamericanos en Hieracómpolis se discuten en Hofffnan, *The Predynastic of Hierakonpolis: An Interim Monograph* (Guiza-Macomb, 111., 1982), y Renée Friedman y Barbara

Adams (eds.), *The Followers of Horus: Studies Dedicated to Michael Hoffman* (Oxford, 1992).

Al respecto de la expansión hacia el norte de la cultura Nagada hasta el delta, véase Alexander Scharff, *Das vorgeschichtliche Grabetfeld von Abusir el Meleq* (Leipzig, 1926), relativo a la excavación del cementerio de Abusir el Melek, y, respecto a los recientes trabajos alemanes en el yacimiento de Minshat Abu Ornar en el delta oriental, véanse Karla Kroeper y Dietrich Wildung, *Minshat Abu Ornar: Ein vorund frühgeschichtlicheFriedhof im Nildelta*, I, Grciber 1-114 (Maguncia, 1994), así como Kroeper, «Tombs of the Elite in Minshat Abu Ornar», en Edwin van den Brink (ed.), *The Nile Delta in Transition: 4th 3rd Millennium BC*, (Jerusalén, 1992), 127-150, que incluye información muy valiosa sobre la expansión hacia el norte de las culturas del Alto Egipto.

Respecto al sur y sus contactos con el Grupo A nubio, el resultado de las misiones escandinavas aparece recogido en H. Nordstrom, *Neolithic and A-Group Sites* (Uppsala, 1972), mientras que los trabajos norteamericanos han sido publicados por Bruce Williams, *Excavations between Abu Simbel and the Sudan Frontier: Part I: A Group Royal Cemetery at Qustul: Cemetery L* (Chicago, 1986). Este último incluye los importantes restos funerarios de Qustul, que Williams, «The Lost Pharaohs of Nubia», *Archaeology* 33 (1980), 13-21, afirma son la prueba de las raíces nubias de la civilización faraónica egipcia. La postura contraria se encuentra en William Adams, «Doubts about Lost Pharaohs», *JNES* 44 (1985), 185-92, mientras que la subsiguiente respuesta de Williams —«The Forebears of Menes in Nubia: Myth or Reality?»,*JNES* 46/1 (1987), 15-26— permite hacerse una idea de los fieros debates que en ocasiones pueden darse en el mundo egiptológico.

Para la cultura de Maadi/Buto véanse las publicaciones alemanas de I. Rizkana y Jürgen Seeher, *Maadi*, 3 vols. (Maguncia, 1987-1989), y el artículo de síntesis publicado por Seeher: «Maadi —eine pradynastische Kulturgruppe zwischen Oberágypten und Palástina», *Prahistorische Zeitschrift*, 65/2 (1990), 123-56. Además existe una descripción de los trabajos italianos debida a Isabela Canevá, «Recent Excavations in Maadi» en L. Krzyzaniak y M. Kobuciewicz (eds.), *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara* (Poznan, 1989). K. Kóhler, «The State of Research on Late Predynastic Egypt: New Evidence for the De-velopment of the Pharaonic State?», *GM* 147 (1995), 79-92, desarrolla una modificación del punto de vista habitual de los dos grupos culturales, Nagada y Maadi, sugiriendo que son demasiado esquemáticos y afirmando que hubo varias diferencias regionales. Véase Diana Holmes, *The Predynastic Lithic Industries of Upper Egypt: A Comparative Study of the Lithic Traditions ofBadari, Nagada and Hierakonpolis* (Oxford, 1989), para las pruebas de las diferencias regionales en la industria lírica del Alto Egipto. No obstante, la hipótesis de Kóhler fue contestada vehementemente por Werner Kaiser,

«Trial and Error», *GM* 149 (1995), 5-14.

Por último, merece la pena destacar la importancia de las actas de un coloquio que tuvo lugar en El Cairo: Edwin van den Brink (ed.), *The Nile Delta in Transition: 4th 3rd Millennium BC* (Jerusalén, 1992), que proporciona una buena síntesis de las investigaciones actuales relativas a esta parte del valle del Nilo, que durante mucho tiempo ha sido considerada hostil e inhabitada durante el Período Predinástico y entre los que hay varios artículos que tratan sobre los contactos entre el delta y Oriente Próximo.

4. La aparición del Estado egipcio

El listado más completo de material bibliográfico sobre este período puede encontrarse en Stan Hendrickx, *Analytical Bíbliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan* (Lovaina, 1995), que también posee mapas detallados de los yacimientos en Egipto, los Desiertos Oriental y Occidental, Nubia, el Sinaí y el sur de Palestina. Si bien algo anticuado en cuanto a la identificación de tumbas se refiere, Bryan Emery, *Archaic Egypt* (Harmondsworth, 1967), es una importante contribución a estos estudios, además de haber publicado varios volúmenes de sus excavaciones en Sakkara Norte (El Cairo, 1938, 1939, 1949; Londres, 1954, 1958).Trabajos de síntesis más recientes son Jefffey Spencer, Early Egypt (Londres, 1993), Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (Londres, 1999), y el un tanto controvertido estudio de Michael Rice *Egypt's Making* (Londres, 1991).

Una importante contribución respecto a los cimientos intelectuales del estado primitivo se puede encontrar en Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989, 2ªed. rev.y am.pl. 2006). El primer Estado egipcio se discute también en Jac Janssen, «The Early Egyptian State», en J. M. Claessen y P. Shalnik (eds.) *The Early State* (La Haya, 1978). Los parámetros medioambientales se tratan en Karl Butzer, *Early Hydraulic Civilization in Egypt* (Chicago, 1976). Para una visión general de las culturas predinásticas véase Kathryn Bard, «The Egyptian Predynastic: A Review of the Evidence»,Jfi4 21 (1994), 268-88. Para un estudio del Predinástico Final y el comienzo del Dinástico Temprano, con una lista de cementerios, véase Bodil Mortensen, «Change in the Settlement Pattern and Population in the Beginning of the Historical Period», *Agypten und Levante*, 2 (1991), 11-37.

The Followers of Horus (Oxford, 1992) es una excelente colección de artículos compilada por Renée Friedman y Barbara Adams en memoria del difunto Michael Hoffman, que dirigió las excavaciones de Hieracómpolis. Véanse sobre todo los artículos de David O'Connor sobre los templos del Dinástico Temprano, Thomas von derWay sobre la arquitectura en Buto y Harry Smith sobre las relaciones entre Egipto, Susa y Sumeria.

Sobre la formación del Estado en Egipto véanse: Bruce Trigger, «Egypt: A Fledgling Nation», *JSSEA* 17 (1990), 58-66, y «The Rise of Egyptian Civilisation», en Trigger *et al.*, *Ancient Egypt: A Social History* (Cambridge, 1983) [Historia del Antiguo Egipto, Barcelona, Crítica, 1985], l-70. Véanse también Jürgen Seeher, «Gedanken zur Rolle Unterágyptens bei der Herausbildung des Pharaonenrei-ches», *MDAIK* 47 (1991), 313-318, y E. Christiana Kóhler, «The State of Research on Late Predynastic Egypt: New Evidence for the Development of the Pharaonic State?», *GM* 147 (1995), 79-92. Para una perspectiva teórica, Robert Wenke, «Egypt: Origins of

Complex Societies», *Annual Review of Anthropology*, 18 (1989), 129-155, y «The Evolution of Early Egyptian Civilization: Issues and Evidence», *JWP* 5/3 (1991), 279-329. Werner Kaiser ha escrito varios artículos importantes sobre la cuestión en *MDAIK* (1958,1985,1990), y ZAS (1956,1959, 1960,1961,1964). Otra referencia importante es Wolfgang Helck, *Untersuchungen zur Thinitenzeit* (Wiesbaden, 1987). La cuestión del emplazamiento de la primitiva ciudad de Menfis se discute en David Jefrreys y Anna Tavares, «The Historie Landscape of Early Dynastic Memphis», *MDAIK* 50 (1994), 143-174.

El origen y la forma inicial de la escritura a finales del Predinástico y en el Dinástico Temprano son tratados por John Ray en «The Emergence of Writing in Egypt», *WA* 17/3 (1986), 390-398, mientras que las implicaciones sociales del uso de la escritura son el tema de John Baines en «Literacy and Ancient Egyptian Society», *Man*, 18 (1983), 572-599. Baines también proporciona un estimulante análisis sobre las relaciones entre el primer arte egipcio y la escritura: «Communication and Display: The Integration of Early Egyptian Art and Writing», *Antiquity*, 63 (1989), 471-482. El contexto social y económico del cual emergieron los jeroglíficos es discutido en comparación con las primeras lenguas mesopotámica, china y mesoamericana en Nicholas Postgate, Tao Wang, y Toby Wilkinson en «The Evidence for Early Writing: Utilitarian or Ceremonial?», *Antiquity*, 69 (1995), 459-80.

Las paletas y cabezas de maza ceremoniales del Período Predinástico han sido objeto de numeroso libros y artículos. Nicholas Millet intenta comprender sus esquemas decorativos y su significado cultural comparándolas con otros objetos, como las etiquetas unidas al ajuar funerario («The Narmer Macehead and Related Objects», *JARCE* 27 [1990] 53-59), mientras que otros adoptan puntos de vista más especulativos referidos a la historia y la historia del arte (por ejemplo, W. A. Fairservis Jr., «A Revised View of the Narrar Palette», *JARCE* 28 (1991), 1-20, y W. Davis, *Masking the Blow. The Scene of Representation in Late Prehistoric Egyptian Art* [Berkeley y Los Angeles, 1992]).

Sobre el templo primitivo de la isla de Elefantina véanse los artículos de Kaiser en *MDAIK* 32 (1976) y 33 (1977), y Kaiser *et al.* en *MDAIK* 51 (1995). Günter Dreyer, *Elephantíne VIII: Der Tempel der Satet* (Mainz, 1986), es una muy concienzuda publicación de estas excavaciones. Las excavaciones en Hieracómpolis fueron publicadas para el Egyptian Research Account en J. E. Quibell y Flinders Petrie, *Hierakonpolis I* (Londres, 1900), y Quibell and F.W. Green, *Hierakonpolis II* (Londres, 1902). Barbara Adams ha publicado estudios sobre las primeras excavaciones allí: Ancient Híerakonpolis (Warminster, 1974), y un Supplement (Warminster, 1974), además de *The Fort Cemetery at Híerakonpolis* (Warminster, 1987). Michael Hofffnan publicó numerosos artículos de sus excavaciones allí y dos

libros importantes, *The Predynastic of Híerakonpolis: An Interim Monograph* (El Cairo, 1982), y *Egypt before the Pharaohs*, 2ªed. (Austin,Tex., 1991). Tres informes sobre las excavaciones en Hieracómpolis fueron publicados por Walter Fairservis, en *Occasional Papers in Anthropology* (Poughkeepsie, 1983,1983,1986).

Petrie publicó sus excavaciones para la Egypt Exploration Fund en el cementerio real de Abydos en dos volúmenes: *The Royal Tombs of the First Dynasty I—II* (Londres, 1900-1901). Para una discusión sobre el debate referido a la localización de las tumbas reales y no reales en Abydos y Sakkara véanse los artículos de Kemp en *JEA* 52 (1966), y *Antiquity*, 41 (1967). Sobre los recientes trabajos de David O'Connor en Abydos véanse: «The Earliest Pharaohs and the University Museum», *Expedition*, 29/1 (1987), 27-39, y «New Funerary Enclo-sures (Talbezirke) of the Early Dynastic Period at Abydos», JAR CE 26 (1989), 51-86; «Boat Graves and Pyramid Origins: New Discoveries at Abydos», *Expedition*, 33/3 (1991), 5-17, and «The Earliest Royal Boat Graves», *Egyptian Archaeology* 6 (1995), 3-7. Sobre las recientes excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán en Umm el Qaab, véanse los artículos en el *MDAIK* de Kaiser (1981, 1987), Kaiser y Dreyer (1982), Kaiser y Grossman (1979), y Dreyer (1987,1990, 1991,1993).

Una visión general de las relaciones egipcias con Palestina se encuentra en Donald Redford, *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992). Para una información arqueológica más específica véase Edwin van den Brink (ed.), *The Nile Delta in Transition: 4th 3rd Millennium a.C.* (Jerusalén, 1992), que incluye artículos sobre las recientes excavaciones en el delta en Mendes, Minshat Abu Ornar, Tell el Farain/Buto, Tell el Farkha, y Tell Ibrahim Awad. En este volumen también hay artículos importantes sobre los restos egipcios en el sur de Palestina.

5. El Reino Antiguo

Todavía no se ha escrito una historia específica del Reino Antiguo[17], por lo tanto se hace necesario recurrir a las secciones correspondientes de historias más generales sobre Egipto. W. Helck, *Geschichte des Alten Agypte*n (Leiden, 1981), puede que esté comenzando a dar muestras del tiempo transcurrido desde que se escribió, pero sigue siendo con mucho la mejor historia concisa del Antiguo Egipto publicada en las últimas dos o tres décadas. Para una puesta al día de algunas ideas recientes es útil recurrir a publicaciones más modernas del mismo tipo, como Nicolás Grimal, *A History of Ancient Egypt* (Oxford, 1992) [Historia del Antiguo Egipto, Torrejón de Ardoz, Akal, 1996], y sobre todo Jean Vercoutter, *L'Egypte et la vallée du Nil, I: Des origines d la fin de l'Ancien Empire* (París, 1992). Para una información más general léase Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989, 2ª ed. rev. y ampl. 2006). El libro de Jaromir Malek, *In the Shadow of the Pyramids* (Londres, 1986), orientado más hacia el público general, proporciona información sobre la economía, administración, religión y arte del Reino Antiguo y contiene una espectacular colección de fotografías del período realizadas por Werner Forman. Dietrich Wildung, *Die Rolle dgyptischer Konige im Bewufitsein ihrer Nachwelt* (Berlín, 1969), ofrece una visión menos habitual de la historia del Reino Antiguo. Aspectos de la economía, administración y política exterior de la época han sido tratados porW. Helck en varios libros y artículos. La originalidad de sus contribuciones sobrepasa a la de cualquier otro especialista y, al menos, hay que mencionar su *Wirtschaftsgeschichte des Alten Agypten im 3. und 2. Jahrtausend vor Chr.* (Leiden, 1975), *Untersuchungen zu den Beamtentiteln des agyptischen Alten Reiches* (Glückstadt, 1954), y *Die Beziehungen Agyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr*, 2nd edn. (Wiesbaden, 1971). K. Baer, *Rank and The in the Old Kingdom: The Structure of the Egyptian Administration in the Fifth and Sixth Dynasties* (Chicago, 1960), es otro clásico que ha perdido poco de su interés. Hans Goedicke introdujo muchas ideas nuevas en su *Konigliche Dokumente aus dem Alten Reich* (Wiesbaden, 1967) y en *Die privaten Rechtsinschriften aus dem Alten Reich* (Viena, 1970).

Estudios recientes más especializados incluyen Naguib Kanawati, *The Egyptian Administration in The Old Kingdom: Evidence on its Economic Decline* (Warminster, 1977), y *Governmeníal Reforms in Old Kingdom Egypt* (Warminster, 1980), si bien no dejan de resultar algo controvertidas. Véase también Nigel Strudwick, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom: The Highest Títles and theír Holders* (Londres, 1985). E. Martin-Pardey, *Untersuchungen zur ágyptischen Provinzialverwaltung bis zum Ende des Alten Reiches* (Hildesheim, 1976), trata un tema difícil, pero muy importante. P. Posener-Kriéger, *Les Archives du temple funéraire de*

Néferirkaré-Kakai (Les Papyrus dAbousír): Traduction et commentaire, 2 vols. (El Cairo, 1976), es de importancia fundamental. R. Müller-Wollermann, *Krisenfaktoren im ágyptischen Staat des ausgehenden Alten Reichs* (Tubinga, 1986), es una publicación que hace pensar mucho. K. Zibelius, *Agyptische Siedlungen nach Texten des Alten Reiches* (Wiesbaden, 1978), es una muy útil visión general sobre la cuestión. B. L. Begelsbacher-Fischer, *Untersuchungen zur Goílerwelí des Alten Reiches im Spiegel der Privatgráber der IV. und V. Dynasíie* (Freiburg, 1981), plantea los parámetros para el estudio de la religión del Antiguo Egipto.

Los monumentos y el arte del Reino Antiguo han sido tratados en muchas publicaciones. Las mejores son: I. E. S. Edwards, *The Pyramids of Egypt*, 5ªed. (Harmondsworth, 1993) [Las pirámides de Egipto, Barcelona, Crítica, 2003]; R. Stadelmann, *Die agyptischen Pyramiden: vom Ziegelbau zum Weltwunder* (Darmstadt, 1991)[18], y W. Stevenson Smith, *A History of Egyptian Sculpture and Painting in the Old Kingdom*, 2ªed. (Boston, 1949). Entre otras también están: Yvonne Harpur *Decoration in Egyptian Tombs of the Old Kingdom: Studies in Orientation and Scene Content* (Londres, 1987), digna de mención por su meticulosidad, mientras que Nadine Cherpion, *Mastabas et hypogées d'Ancien Empire: Le probléme de la datation* (Bruselas, 1989), supone un audaz desafío al modo actual de pensar. Los problemas que preocupan actualmente a los historiadores del arte del Reino Antiguo se pueden encontrar en *Kunst des Alten Reiches. Symposium in Deutschen Archaologischen Instituís Kairo am 29 und 30. Oktober 1991* (Maguncia, 1995). N. Grimal (ed.), *Les criiéres de datation stylistíques á l'Ancien Empire* (El Cairo, 1998),y el catálogo de la exposición *Art in the Age of the Pyramids* (Nueva York, 1999). Sobre los últimos avances arqueológicos se puede consultar Miroslav Verner, *Forgotten Pharaohs, Lost Pyramids: Abusir* (Praga, 1994).

Alessandro Roccati, *La Littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien* (París, 1982), es una excelente referencia para las fuentes textuales[19]. La contribución de Elmar Edel a nuestro conocimiento de los textos del Reino Antiguo ha sido notable, como por ejemplo su *Hieroglyphísche Inschríften des Alten Reiches* (Opladen, 1981). La traducción de Raymond Faulkner *The Andent Egyptian Pyramid Texts* (Warminster, 1986) es un filón que seguirá siendo explotado durante muchos años. La contribución de Henry Fischer al estudio del Reino Antiguo ha sido extraordinaria y cuando menos hay que destacar su *Dendera in the Third Millennium a.C.* (LocustValley, 1968). Estos libros contienen referencias a las publicaciones del material original y a artículos en revistas especializadas que no pueden ser mencionados aquí por cuestiones de espacio.

6. El Primer Período Intermedio

Como fuente general para la historia política del Primer Período Intermedio, basada principalmente en las fuentes epigráficas contemporáneas, W. C. Hayes, «The Middle Kingdom in Egypt: Interna! History from the Rise of the Heracleopolitans to the Death of Ammenemenes III», en I. E. S. Edwards *et al.* (eds.), *Cambridge Andent History*, 1.2 (Cambridge, 1971), 464-531, sigue siendo útil. Traducciones de casi todos los textos relevantes se pueden encontrar en el insustituible volumen de W. Schenkel, *Memphis, Herakleopolis, Theben: Die epigraphischen Zeugnisse der 7-11. Dynastie Agyptens* (Wiesbaden, 1965). Los problemas cronológicos están sintetizados en Stephan Seidlmayer, «Zwei Anmerkungen zur Dynastie der Herakleopoliten», *GM* 157 (1997), 81-90, mientras que R. Müller-Wollermann proporciona una discusión de múltiples facetas sobre las posibles razones del colapso del Reino Antiguo en su *Krisenfaktoren im agyptischen Staat des ausgehenden Alten Reiches* (Tubinga, 1986).

La arqueología del Primer Período Intermedio es revisada por Seidlmayer, *Graberfelder aus dem Ubergang vom Alten zum Mittleren Reich, Studien zur Archaologie der Ersten Zwischenzeit* (Heidelberg, 1990), y «Wirtschaftliche and gesellschaftliche Entwicklung im Ubergang vom Alten zum Mittleren Reich», en W. V. Davies *et al.* (eds.), *Problems and Priorities in Egyptian Archaeology* (Londres, 1987), 175218. Información sobre los ataúdes decorados y el comienzo de los Textos de los sarcófagos se puede encontrar en Harco Willems, *Chests of Life* (Leiden, 1988). Los comienzos de los amuletos de concha y sus implicaciones para la cultura popular y la religión del Primer Período Intermedio se estudian en A. Wiese, *Die Anfange der agyptischen Stempelsiegel-Amulette* (Freiburg, 1996). Sobre la importancia de la tradición popular egipcia en general véase Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989, 2ªed. rev. y ampl. 2006), 64-107.

La prosopografía del Primer Período Intermedio y el desarrollo de la administración provincial en las regiones individuales del Alto Egipto se tratan en los admirables trabajos de Henry Fischer *Dendera in the First Millennium BC (Locust Valley*, 1968) e Inscriptions from the Coptite Nome (Roma, 1964), así como en una serie de excelentes artículos de Edward Brovarski, entre los que se cuentan «Aha-nakht of Bersheh and the Haré Nome in the First Intermedíate Period», en W. Kelly Simpson y W. Davies (eds.), *Studies in Ancient Egypt, the Aegean, and the Sudan (Festschrift D. Dunham)* (Boston, 1981), 14-30; «The Inscribed Material of the First Intermedíate Period from Naga-ed-Dér», *AAR* 89 (1985), 581-584; «Akh-mim in the Oíd Kingdom and First Intermediate Period», en P. Posener-Kriéger (ed.), *Mélanges Camal Eddin Mokhtar* (El Cairo, 1985), 117-153; «Abydos in the Oíd Kingdom and First Intermedíate Period: part 1», en C. Berger *et al.* (eds.), *Hommages a Jean Leclant*, I (El Cairo, 1994), 99-121, y «Abydos in the Old Kingdom and First

Intermedíate Period: part 2», en D. Silverman (ed.), *For his Ka, Essays Offered in Memory of Klaus Baer* (Chicago, 1994), 15-44. cuestiones que también se tratan en F. Gomaá, *Agypten wahrend der Ersten Zwischenzeit* (Wiesbaden, 1980), y Naguib Kanawati, *Akhmim in the Old Kingdom* (Sydney, 1992).

La tumba de Ankhtifi en El Moalla, con su famosa inscripción, fue publicada por Jacques Vandier en *Mo'alla* (El Cairo, 1950). En Vandier, *Lafamine dans l'Egypte ancienne* (El Cairo, 1936), se recogen las fuentes históricas egipcias sobre las hambrunas en el Antiguo Egipto. Barbara Bell, «The Dark Ages in History I: The First Dark Age in Egypt», *AAR* 75 (1971), 1-26, proporciona una interpretación sobre los motivos que condujeron al Primer Período Intermedio referidos al cambio climático (si bien desde el punto de vista de un historiador la base metodológica de este extremadamente influyente artículo parece cuestionable). El desarrollo de la irrigación durante el Primer Periodo Intermedio se estudia en W. Schenkel, *Die Bewasserungsrevolution im Alten Agypten* (Maguncia, 1978).

Las tumbas reales de la XI Dinastía fueron reexcavadas y estudiadas por Dieter Arnold, *Graber des Alten and Mittleren Reiches in el-Tarif* (Maguncia, 1976). Sobre las excavaciones en Kom Dara, todavía es necesario recurrir a R. Weill, *Dara, Campagnes de 1946-1948* (El Cairo, 1958).

Sobre la escasas pruebas existentes para la historia dinástica heracleopolitana véase J. von Beckerath, «Die Dynastie der Herakleopoliten», ZAS 93 (1966), 13-20. Las importantes inscripciones de los nomarcas de Asyut fueron reestudiadas por Elmar Edel en *Die Inschriften der Grabfronten der Siut Graber* (Opladen, 1984) y por Detlef Franke in «Zwischen Herakleopolis and Theben: Neues zu den Gräbern von Assjut», *SAK* 14 (1987), 49-60. Estudios recientes (con traducciones incluidas) sobre las obras literarias que han sido datadas en el Período Heracleopolitano son: Richard Parkinson, *The Tale of the Eloquent Peasant* (Oxford, 1991), y J. F. Quack, *Studien zur Lehrefür Merikare* (Wiesbaden, 1992).

El problema de utilizar textos literarios posteriores como fuentes históricas para el Primer Período Intermedio fue tratado por G. Bjórkman en «Egyptology and Historical Method», *Orientalia Suecana* 13 (1964), 9-33, y por F. Junge en «Die Welt der Klagen», en J. Assmann (ed.), *Fragen an die altágyptísche Literatur, Gedenkschrift E. Otto* (Wiesbaden, 1977), 275-284. El duradero impacto que la experiencia del Primer Período Intermedio tuvo en el pensamiento egipcio fue expuesto por J. Assmann en su extraordinario libro *Agypten: eine Sinngeschichte* (Munich, 1996), 122-134.

7. El renacimiento del Reino Medio

Para comprender las dificultades de la cronología del Reino Medio se puede comenzar por la «cronología estándar», que proporcionan tanto W. F. Edgerton, «Chronology of the Twelfth Dynasty» *JNES* 1 (1942), 307-314, como R. A. Parker, *The Calendars of Ancient Egypt* (Chicago, 111.,1950), y «The Sothic Dating of theTwelfth and Eighteenth Dynasties», en J. H.Johnson y E. F.Wente (eds.), *Studies in Honor of G. R. Hughes* (Chicago, III., 1976), 177-189. Una visión clara de los problemas que implican cualquier cronología y la teoría de las corregencias se ofrece en W. Kelly Simpson, «Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty: I—II, *JARCE* 2 (1963), 53-63. Sobre las «cronologías revisadas», que modifican la tendencia general, véanse por ejemplo, Rolf Kxauss, *Sothis und Monddaten* (Hildesheim, 1985), y Detlef Franke, «Zur Chronologie des Mittleren Reiches I and II», *Orientalia*, NS 57 (1988), 113-138.

En *Die chronologische Fixierung des agyptischen Mittleren Reiches nach dem Tempelarchiv von Illahun* (Viena, 1992), I. Luft ha propuesto fechas fijas para el Reino Medio basadas en los papiros de El Lahun. En *Sésostris Ier, étude chronologique et historique du regne* (Bruselas, 1995), Claude Obsomer reexamina las teorías anteriores y las pruebas (con traducciones y dibujos en línea de los textos) y ofrece varias razones convincentes por las cuales la teoría de la corregencia ha de ser cuestionada para Amenemhat I, Amenemhat II y Senusret I. Josef Wegner, «The Nature and Chronology of the Senusret III-Amenemhat III Regnal Succession: Some Considerations Based on New Evidence from the Mortuary Temple of Senusret III at Abydos», *JNES* 55 (1996), 249-279, revisa convenientemente el debate sobre la cronología (si bien virtualmente ignora los argumentos acumulados por Obsomer) y proporciona nuevas pruebas para el reinado de Senusret III. En «Amenemhat I and the Early Twelfth Dynasty», *MMJ* 26 (1991), 5-48, Dorothea Arnold cuestiona con base la fecha de tumbas atribuidas normalmente al período de Mentuhotep III, situando el traslado del gobierno a Lisht aproximadamente en el año 20 del reinado de Amenemhat I.

Herbert Winlock, *The Rise and Fall of the Middle Kingdom* (Nueva York, 1947), todavía merece ser leído, entre otras razones por lo mucho que tuvo que ver el autor con la investigación original sobre este período. Edouard Naville, *The XIth Dynasty Temple at Deir el Bahari*, 3 vols. (Londres, 1907-1913), es indispensable. Las reinvestigaciones de Dieter, Dorothea y Félix Arnold son muy importantes para tener una idea del significado y propósito de la arquitectura y cerámica del período: *Mentuhotep Tempel des Konigs Mentuhotep von Deir el Bahari* (Maguncia, 1974), *Der Pyramidenhezirk des Konigs Amenemhet III* (Mainz, 1987), y *The South Cemeteries of Lisht, I. The Pyramid of Senwosret I* (New York, 1988). El interesante

descubrimiento de Gyóró Vórós de un templo de la XI Dinastía de Mentuhotep III, así como otro edificio, su probable tumba, en la colina de Thoth en Luxor, está publicado en *Temple of the Pyramid of Thebes* (Budapest, 1998).

Se han publicado varios estudios muy detallados y serios sobre reinados individuales, empezando por el de Labib Habachi sobre Mentuhotep II: «King Nebhepetre Mentuhotpe: His Monuments, Place in History, Deification and Unusual Representations in the Form of Gods», *MDAIK* 19 (1963), 16-52. Winlock, *The Slain Soldiers of Neb-hepet-Re Mentu-hotpe* (NuevaYork, 1945), estudia la guerra en época de Mentuhotep II; Alan Gardiner, «The First King Mentuhotpe of the Eleventh Dynasty», *MDAIK* 14 (1956), 42-51, resuelve el problema de los diferentes nombres del rey. Para la XII Dinastía están Ronald Leprohon, *The Reign of Amenemhat I* (Toronto, 1980), y Robert Delia, *A Study of the Reign of Senusert III* (NewYork, 1980). El espléndido trabajo de Obsomer *Sésostris Ier* (ya citado), donde, entre otras cosas, presenta un convincente argumento para descartar la teoría de las corregencias de la XII Dinastía, ha sentado las bases de un nuevo estándar para este tipo de trabajo. Para el «tesoro de Tod» véase Fernand Bisson de la Roque *et al.*, *Le trésor de Tod* (El Cairo, 1953). Dietrich Wildung, *Sésostris und Amenemhet, Agypten im Mittleren Reich* (Friburgo, 1984; traducción francesa, *L'Age d'or*) ofrece un incisivo análisis de todo el Reino Medio. Dos capítulos del libro de Gay Robins *The Art of Ancient Egypt* (Londres, 1997) tratan del arte y la arquitectura del Reino Medio a un nivel más general, pero con más perspicacia que los trabajos anteriores de Edward Terrace, *Egyptian Paintings of the Middle Kingdom* (Nueva York, 1967).

Una lectura esencial sobre la administración durante la XIII Dinastía es la sucinta monografía de Stephen Quirke *The Administration of Egypt in the Late Middle Kingdom* (New Malden, 1990), mientras que su *Middle Kingdom Studies* (New Malden, 1991) incluye útiles debates sobre los diversos procesos de cambio tanto en la XII como en XIII Dinastía. Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Autobiographies chiefly of the Middle Kingdom* (Friburgo, 1988), proporcionan fuentes vitales.

Torgny Sáve-Sóderbergh, *Aegypten und Nublen* (Lund, 1941), es la obra básica sobre las actividades del Reino Medio en Nubia, complementado por Paul Smither, «The Semnah Dispatches», *JEA* 31 (1945), 3-10, que proporcionan fascinantes imágenes de la vida en las fortalezas nubias. Bryan Emery, *Lost Land Emerging* (Nueva York, 1967), proporciona una descripción para el público general de las excavaciones en Nubia en épocas más recientes. Stuart Tyson Smith proporciona una información extremadamente útil sobre los trabajos de la administración egipcia en Nubia en varios artículos, así como en *Askut in Nubia* (Londres, 1995).

Para informarse sobre la vida en el seno de un palacio del Reino Medio véase el artículo de Alexander Scharff sobre el *Papiro Bulaq* 18: «Ein Rechnungsbuch des kóniglichen Hofes aus de 13. Dynastie (Papyrus Boulaq Nr. 18)», ZAS 56 (1920), 51-

68, así como el volumen de Quirke (mencionado anteriormente) sobre la administración y Manfred Bietak (ed.), Haus und Palast im Alten Agypten (Viena, 1996), que contienen mucha información sobre las casas y palacios del Reino Medio (la mayoría de los artículos están en inglés). La segunda parte de Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilizatíon* (Londres, 1989, 2ªed. ampl. 2006), proporciona un resumen muy informativo y vivido de la organización y vida diaria de los burócratas y aldeanos de esta época.

Las cartas de Hekanakhte fueron traducidas por T. G. H. James en *The Hekanakhte Papers and other Early Middle Kingdom Documents* (Nueva York, 1962)[20]. La literatura del Reino Medio está disponible en numerosos trabajos, como Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, I (Los Angeles, 1973), y Richard Parkinson, *Voices from Ancient Egypt* (Londres, 1991), mientras que interpretación clásica sobre la relación entre literatura del Reino Medio y la política la encontramos en Georges Posener, *Littérature et politique dans l'Egypte de la XII dynastie* (París, 1956).

Sobre la religión egipcia se han escrito numerosos artículos y monografías, como Stephen Quirke, *Ancient Egyptian Religion* (Londres, 1992) [La religión del Antiguo Egipto, Madrid, Oberon, 2003], pero todavía ninguno sobre la religión del Reino Medio en concreto. A la espera de ese trabajo, el ensayo de Quirke sobre la religión de este período en W. Forman y S. Quirke, *Hieroglyphs and the Afterlife* (Londres, 1996), ha dado algunos pasos para cubrir esta deficiencia. Raymond Faulkner, *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, 3 vols. (Londres, 1972-1978), contiene información primaria esencial, mientras que en los libros de Harco Willems, *Chests of Life* (Leiden,1988), y *The Coffin of Heqata* (Groninga, 1994), se discuten las pruebas sobre las creencias y prácticas religiosas del Reino Medio.

8. El Segundo Período Intermedio

Datos nuevos sobre el Segundo Período Intermedio están apareciendo con tanta rapidez que muchas publicaciones quedan anticuadas antes casi de ser impresas; pero unas cuantas de ellas contienen la suficiente documentación básica como para asegurar que seguirán siendo importantes durante mucho tiempo. Otras son útiles por la mirada fresca que lanzan sobre acontecimientos bien conocidos. Aquí me he limitado a este segundo grupo.

He utilizado los textos de Kamose como guía por el laberinto de datos relacionados con el Segundo Período Intermedio. La mejor traducción de los mismos la ofrecen H. S. Smith y A. Smith, «A Reconsideración of the Kamose Texts», ZAS 103 (1976), 48-76. La discusión de mayor alcance sobre el período la proporcionan los autores que colaboran en Eliezer D. Oren (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives* (Filadelfia, 1997).

J. von Beckerath, *Untersuchungen zur politischen Geschichte der zweiten Zwischenzeit in Ágypten* (Glückstadt, 1965), sigue siendo la mejor introducción a las cuestiones cronológicas, pero necesita ser puesto al día con D. Franke, «Zur Chronologie des Mittleren Reiches Teil II: Die sogenannte "Zweite Zwischenzeit" Áltágyptens», *Orientalia*, 57 (1988), 245-274. A partir de su bibliografía se puede entrar en contacto con nuevos temas de debate. Una revisión fresca y muy especulativa de las fuentes escritas la ofrece D. Redford, *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992). El estudio más al día y completo de las fuentes escritas contemporáneas es Kim Ryholt, *The Political Situation in Egypt during the Second Intermediate Period* (Copenhague, 1997). La reconstrucción de Ryholt del Canon de Turín, la fuente más importante para el período, es la que se ha seguido durante la redacción del capítulo 8, pero tanto su cronología como su integración de los reyes que sólo se conocen a partir de escarabeos no ha sido aceptada.

Las pruebas sobre la presencia de asiáticos en Egipto durante el Segundo Período Intermedio se discuten en Georges Posener, «Les asiatiques en Égypte sous les XII et XIII Dynasties», *Syria*, 34 (1957), 145-163; D. Arnold, F. Arnold, y S. Alien, «Canaanite Imports at Lisht, the Middle Kingdom Capital of Egypt», *Ágypten und Levante*, 5 (1994), 13-32; Kenneth Kitchen en «Non-Egyptians Recorded on Middle Kingdom Stelae in Rio de Janeiro», en Stephen Quirke (ed.), *Middle Kingdom Studies* (New Malden, 1991), 87-90; Daphne Ben-Tor, «The Historical Implications of Middle Kingdom Scarabs found in Palestine bearing Prívate Names and Titles of Officials», *BASOR* 294 (1994), 7-22 y «The Relations between Egypt and Palestine in the Middle Kingdom as reflected by contemporary Canaanite Scarabs», IEJ 47 (1997) 162-189.

En cuanto al yacimiento de Avaris (Tell el Daba) en el delta se refiere, todo lo que

escribe M. Bietak son «trabajos en curso», de modo que cada publicación contiene información nueva. La información más reciente puede encontrarse en la revista *Ágypten und Levante*, editada por Bietak. Resúmenes exhaustivos sobre los hallazgos de Tell el Daba son M. Bietak, *Avaris: The Capital of the Hyksos* (Londres, 1996),y «Egypt and Canaan during the Middle Bronze Age», *BASOR* 281 (1991), 27-72. Para diferentes perspectivas sobre Tell el Daba, véanse Oren (ed.), *The Hyksos* (citado anteriormente), y W. Vivian Davies y Louise Schofield (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant* (Londres, 1995).

Para el delta en general véanse Bietak, «Zum Kónigreich des "3-zh-R" Nehesi», *SAK* 11 (1984), 59-75; Jean Yoyotte, «Le Roi Mer-djefa-Re et le dieu Sopdu: un monument de la XIV Dynastie», *BSFE* 114 (1989), 17-63, y J. S. Holladayjr, *Tell el-Maskhuta* (Malibu, 1982).

Para el estudio de la región de Menfis durante el Segundo Período Intermedio véanse Dorothea Arnold, «Keramikbearbeitung in Dahschur 1976-1981», *MDAIK*38 (1982),25-65; Dieter Arnold, *The South Cemeteries of Lisht F. The Pyramid of Senwosret I* (Nueva York, 1988);Janine Bourriau, «Beyond Avaris:The Se-cond Intermedíate Period in Egypt outside the Eastern Delta», en Oren (ed.), The Hyksos (citado anteriormente) ;W. C. Hayes, «Horemkhauef of Nekhen and his trip to It-Towe»,J£L4 33 (1947), 3-ll;y Quirke, «Royal Power in the 13th Dynasty», in Quirke (ed.), Middle Kingdom Studies (citado anteriormente), 123-139.

Sobre los títulos administrativos véase Quirke, «The Regular Titles of the Late Middle Kingdom», *RdE* 37 (1986), 107-130.

Sobre Tebas véanse Herbert Winlock, «The Tombs of the Kings of the Seventeenth Dynasty at Thebes», *JEA* 10 (1924), 217-277; P.Vernus, «La stéle du roi Sekhemsanktaowyre Neferhotep Iykernofret et la domination Hyksos», *ASAE* 68 (1982), 129-135,y «Á propos de la stéle du pharaon Mntw-htpi», *RdE* 41(1990), 22.

Sobre los textos funerarios véanse P. Vernus, «Sur les graphies de la formule "L'oSrande que donne le roi" au Moyen Empire et á la Deuxiéme Periode Intermédiaire», en Quirke (ed.), Middle Kingdom Studies (citado anteriormente), 141-152, y Parkinson y Quirke, «The Coffin of Prince Herunefer and the Early History of the Book of the Dead», en A. B. Lloyd (ed.), Studies in Pharaonic Religión and Society (Londres, 1992), 37-51.

Sobre la expedición de Sobekemsaf a Wadi Hammamat, véase Annie Gasse, «Une expédition au Ouadi Hammamat sous le régne de Sebekemsaf I», *BIFAO* 87 (1987), 207-18.

Respecto a los restos de las fortalezas de Elefantina y la segunda catarata véanse *Dedef Franke, Das Heligtum des Heqaib auf Elephantine* (Heidelberg, 1994); Stuart Tyson Smith, *Askut in Nubia* (Londres, 1995), y Janine Bourriau, «Relations between Egypt and Kerma during the Middle and New Kingdoms», en W.V. Davies (ed.),

Egypt and Africa: Nubia from Prehistory to Islam (Londres, 1991), 129-144. Sobre las principales excavaciones relativas al reino de Kush, véase Charles Bonnet, *Kerma, royaume de Nubie* (Ginebra, 1990).

Para la historia de la guerra contra los hyksos y la subsiguiente reunificación de Egipto véanse Claude Vandersleyen, *Les guerres d'Amosis, fondateur de la XVIII Dynastie* (Bruselas,1971); Peter Lacovara, *Deir el Bailas: Preliminary Report on the Deir el Bailas Expedition 1980-1986* (Winona Lake, 1990); M. C. Wiener y James Alien, «Sepárate Lives: the Ahmose Tempest Stela and the Theran Eruption», *JNES* 57/1 (1998), 1-28, y W. J. Eastwood ,N. J. Pearce, J. A. Westgate, y W. T.Perkins, «Recognition of Santorini (Minoan) Tephra in Lake Sediments from Gólhisar Gólü, Southwest Turkey by Láser Ablation ICP-MS», *Journal of Archaeological Science*, 25/7 (julio de 1998), 677-687.

9. La XVIII Dinastía antes del Período Amárnico

Para la XVIII Dinastía en general véase el excelente volumen de Claude Vandersleyen, *L'Egypte et la vallée du Nil, II: De la fin de V anden empire a la fin du nouvel empire* (París, 1995) [véase la p. 284 n. 1 para una bibliografía detallada de los templos de Hatshepsut y Tutmosis III en Deir el Bahari]. Véanse también los dos volúmenes de Donald Redford: *History and Chronology of the Eighteenth Dynasty, Seven Studies* (Toronto, 1967), y Egypt, *Canaan, and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992). Sobre Karnak, véase Jean-Claude Golvin y Jean-Claude Goyon, *Les batisseurs de Karnak* (Londres, 1987).

Para el reinado de Ahmose, véanse Manffed Bietak, *Avaris: The Capital of the Hyksos: Recent Excavations at Tell el-Dab'a* (Londres, 1996), y W. V. Davies y Louise Schofield (eds.), Egypt, theAegean, and the Levant. Interconnections in the Second Millennium BC (Londres, 1995); especialmente importantes son las estelas publicadas por Claude Vandersleyen, «Une tempéte sous le régne d'Amosis: Deux nóuveaux fragments de la stéle d'Amosis relatant une tempéte», *RdE* 19 (1967), 123-159, *RdE* 20 (1968), 127-134. Sobre la Estela de la Donación véase Michel Gitton, en, por ejemplo, Les divines épouses déla 18 dynastie (París, 1984). Para un debate sobre la confusión de los ataúdes reales y el ajuar funerario véase Marianne Eaton-Krauss, «The Coffins of Queen Ahhotep, Consort of Seqeni-en-Re and Mother of Ahmose», *CdE* 65 (1990), 195-205.

Para los reinados de Amenhotep I,Tutmosis I y Tutmosis II, véanse Franz-Jürgen Schmitz, *Amenophis I* (Hildesheim, 1978); Catherine Graindorge y Philippe Martínez, «Karnak avant Karnak: Les constructions d'Aménophis 1er et les premieres liturgies amoniennes, *BSFE* 115 (1989) 36-64; James Romano, «Observations on Early Eighteenth Dynasty Royal Sculpture», *JARCE* 13 (1976), 97-111; Ingegerd Lindblad, Royal Sculpture of the Early Eighteenth Dynasty in Egypt (Estocolmo, 1984), y Helenjacquet-Gordon, Le trésor de Thoutmosis Ier.La décoration, 2 vols. (El Cairo, 1988). Anthony Spalinger, Three Studies of Egyptian Feasts and their Chronological Implications (Baltimore, 1992), incluye un estudio sobre las jambas del Tercer Pilono de Karnak como inscripciones relativas a las fiestas religiosas de Amenhotep I. Para un estudio detallado del reinado de Tutmosis II véanse los dos artículos de Luc Gabolde: «La chronologie du régne de Thoutmosis II, ses conséquences sur la datation des momies royales et leurs ré-percussions sur l'histoire du développement de la Vallée des Rois», *SAK* 14 (1987), 61-87, y «La "Cour des tetes" de Thoutmosis II á Karnak», Karnak, 9 (1993),1-82.

Para Hatshepsut y Tutmosis III, véanse Peter Dormán, *The Monuments of Senenmut* (Londres, 1988), y *The Tombs of Senenmut. The Architecture and Décoration of Tombs 71 and 353* (NuevaYork, 1991); Suzaime Ratié, *La Reine*

Hatchepsout (Leiden, 1979); Donald Redford, en LÁVl (Wiesbaden, 1988), y Guido P. E van den Boorn, The Duties of the Vizier: Civil Administration in the Early New Kingdom (Londres, 1988). Un estudio sobre las implicaciones de los textos de la tumba de User en términos de las prerrogativas reales asumidas por los miembros de la corte de Hatshepsut y Thutmose III, es Erik Hornung, «Die konigliche Dekoration der Sargkammer», en Eberhard Diziobek (ed.), Die Graber des Vezir User-AmunTheben Nr. 61 und 131 (Maguncia, 1994),42-47.

Sobre Amenhotep II y Tutmosis IV, véanse Peter der Manuelian, *Studies in the Reign of Amenophis II* (Hildesheim, 1987); Charles Van Siclen III, *Two Monuments from the Reign of Amenhotep II* (San Antonio, 1982), *The Alabaster Shrine of King Amenhotep II* (San Antonio, 1986), y «The Building History of the Tuthmosid temple at Amada and the jubilees of Tuthmosis IV», *VA* 3 (1987), 53-66; Hourig Sourouzian, «A Bust of Amenophis II at the Kimbell Art Museum», *JARCE* 28 (1991), 55-74; Betsy M. Bryan, *The Reign of Thutmose IV* (Baltimore, 1991), y «Portrait Sculpture ofThutmose W», *JARCE* 24 (1987), 3-20, así como Bernadette Letellier, «La Cour á peristyle de Thoutmosis IV á Karnak», *BSFE* 84 (1979), 33-49, y «Thoutmosis IV á Karnak», *BSFE* 122 (1991), 36-52.

Para Amenhotep III, véanse Eric Cline y David O'Connor (eds.), *Amenhotep III: Perspectives on His Reign* (Ann Arbor, 1998), con capítulos mencionados más arriba de David O'Connor y William J. Murnane; Arielle Kozloff y Betsy M. Bryan, *Egypt's Dazzling Sun: Amenhotep III and his World* (Cleveland, Oh., 1992); Lawrence Berman (ed.), *The Art of Amenhotep III: Art Historical Analysis* (Cleveland, 1990) [incluido W. Raymond Johnson, «Images of Amenhotep III in Thebes: Styles and Intentions»], y «The Deified Amenhotep III as the Living Re-Horakhty: Stylistic and Iconographic Considerations», International Association of Egyptologists, Congress 6:Atti, II (Turín, 1993), 231-236; Claude Vandersleyen, «Les Deux jeunesses d'Amenhotep III», *BSFE* 111 (1988), 9-30; Dorothea Arnold, *The Royal Women of Amarna* (Nueva York, 1996); William L. Moran, *The Amarna Letters* (Baltimore, 1992); William Murnane, *Ancient Egyptian Coregencies* (Chicago, 1977), y *The Road to Kadesh: A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Seti I at Karnak*, 2ªed. (Chicago, 1990), y Mario Liverani, *Prestige and Interest: International Relatíons in the Near East, ca. 1600-1100 BC* (Padua, 1990) [Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a.C., Barcelona, Bellaterra, 2003].

10. El Período Amárnico y el final del Reino Nuevo

Existe una amplia bibliografía sobre todos los aspectos del Período de Amarna; más de 2.000 títulos aparecen recogidos en Geofffey Martin, *A Bibliography of the Amarna Period and its Aftermath: The Reigns of Akhenaten, Smenkhkare, Tutankhamun and Ay (c. 1350-1321 BC)* (Londres, 1991). También existe una revista dedicada exclusivamente al período: *Amarna Letters: Essays on Ancient Egypt ca. 1390-1310 BC,* I (San Francisco, 1991). Las traducciones de todos los textos relevantes se encuentran disponibles actualmente en William Murnane, *Texts from the Amarna Period in Egypt* (Atlanta, 1995). Dos estudios clásicos son Cyril Aldred, *Akhenaten, King of Egypt* (Londres, 1988), y Donald Redford, *Akhenaten: The Herede King* (Princeton, 1984); ambos han sido comparados y contrastados en una recensión muy informativa de Marianne Eaton-Krauss, «Akhenaten versus Akhenaten», *BiOr* 47 (1990), 541-559. Un libro reciente sobre Akhenaton y su nueva religión es Erik Hornung, Echnaton: Die Religión des Lichtes (Zürich, 1995). La ciudad de Amarna es tratada con brillantez por Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (Londres, 1989), 261-317.

Sobre los acontecimientos políticos de finales de la dinastía, la vida de Horemheb antes de sentarse en el trono y el papel de Maya véase Jacobus van Dijk, *The New Kingdom Necrópolis of Memphis: Historical and Iconographical Studies* (Groninga, 1993), 10-83. La política exterior de Egipto durante el Período Amárnico y el comienzo de la XIX Dinastía es admirablemente tratada en William Murnane, *The Road to Kadesh: A Historical Interpretation of the Battle Relíefs of King Seti I at Karnak* (Chicago 1985; 2ªed. rev. 1990). Sobre la necrópolis menfita véanse Geofirey Martin, *The Hidden Tombs of Memphis: New Discoveries from the Time of Tutankhamun and Ramesses the Great* (Londres, 1991), y Jacobus van Dijk, «The Development of the Memphite Necrópolis in the Post-Amarna Period», en A. P. Zivie (ed.), *Memphis et ses nécropoles au Nouvel Empire: Nouvelles Données, nouvelles questions* (París,1988), 37-46. Sobre la Residencia en el delta de los faraones ramésidas véase Manfred Bietak, *Avaris and Piramesse: Archaeological Exploration in the Eastern Nile Delta* (Londres, 1979).

Estudios sobre la historia dinástica del Período Ramésida incluyen Murnane, «The Kingship of the Nineteenth Dynasty: A Study in the Resilience of an Institution», en David O'Connor y David Silverman (eds.), *Ancient Egyptian Kingship* (Leiden, 1995), 185-217; Kenneth Kitchen, *Pharaoh Triumphant. The Life and Times of Ramesses II, King of Egypt,* 3ªed. (Warminster, 1985); Labib Habachi, *Features of the Deification of Ramesses II* (Glückstadt, 1969); Hourig Sourouzian, Les monuments du roí Merenptah (Mainz, 1989); Rosemarie Drenkhahn, *Die Elephantine-Stele des Sethnacht und ihr historischer Hintergrund* (Wiesbaden, 1980);

Pierre Grandet, *Ramsés III: Histoire d'un régne* (París, 1993); A. J. Peden, *The Reign of Ramesses IV* (Warminster, 1994), y Kitchen, «Ramesses VII and the Twentieth Dynasty», *JEA* 58 (1972), 182-194. Sobre el papel representado por los libios a finales del Reino Nuevo en Egipto véanse los ensayos recogidos por M. Anthony Leahy (ed.), Libya and Egypt c. 1300-750 BC (Londres, 1990). Una nueva y muy atractiva reconstrucción de los acontecimientos de finales de la XX Dinastía la proporcionan Karl Jansen-Winkeln, «Das Ende des Neuen Reiches», ZAS 119 (1992), 22-37, y «Die Plünderung der Kónigsgraber des Neuen Reiches», ZAS 122 (1995), 62-78.

Sobre la historia económica del Reino Nuevo véanse los fundamentales estudios de Jac Janssen, «Prolegomena to the Study of Egypt s Economic History during the New Kingdom», *SAK* 3 (1975), 127-185, y *Commodity Pricesfrom the Ramessid Period* (Leiden, 1975); véase también Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (citado anteriormente), 232-260. Tres estudios recientes dejan Assmann sobre la historia social y religiosa del Reino Nuevo son *Egyptian Solar Religión in the New Kingdom: Re,Amun and the Crisis of Polytheism*, trad. A. Alcock (Londres, 1995), *Ágypten: Theologie und Frdmmigkeit einer friihen Hochkultur* (Stuttgart, 1984), 221-85, y *Ágypten: Eine Sinngeschichte* (Munich, 1996), 223315; véanse también P. Vernus, «La grande mutation idéologique du Nouvel Empire: Une nouveile théorie du pouvoir politique: Du démiurge face á sa créa-tion», *BSEG* 19 (1995), 69-95; A. M. Gnirs, *Militar und Gesellschaft. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Neuen Reiches* (Heidelberg, 1996), y M. Rómer, *Gottes und Príesterherrschaft in Agypten am Ende des Neuen Reiches: Ein relígionsgeschichtliches Phánomen und seine sozialen Grundlagen* (Wiesbaden, 1994).

11. Egipto y el mundo exterior

Para una visión general de los contactos egipcios con el mundo exterior véanse Dominique Valbelle, Les neuf ares (París, 1990); Donald Redford, *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992); Edda Bresciani, «Foreigners», en S. Donadoni (ed.), *The Egyptians* (Chicago, 1997) [El hombre egipcio, Madrid: Alianza, 1991], y E. Uphill, «The Nine Bows», Jaarbericht van het Vooraziatische-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux, 19 (1965-1966), 393-420.

Respecto a las fuentes textuales y visuales sobre las caricaturas raciales y las designaciones étnicas egipcias véanse J. Osing, «Áchtungstexte aus dem Alten Reich», *MDAIK* 32 (1976),133-185; Georges Posener, «Áchtungstexte», en *JWP* I (Wiesbaden, 1975), 67-69; G. Posener, *Cinq figures d'envoütement* (El Cairo, 1987), y Martin Bernal, Black Athena: The Afro-Asiatic Roots of Classical Civilization, 2 vols. (Londres, 1987-91).

Sobre los diversos puntos de vista de la cuestión de la etnicidad referidos a los egipcios y sus vecinos, véanse John Baines, «Contextualizing Egyptian Representations of Society and Ethnicity», en J. S. Cooper and G. M. Schwartz (eds.), *The Study of the Ancient Near East in the Twenty-First Century. The William Foxivell Albright Centennial Conference* (Winona Lake, 1996), 339-84; Henry Fischer, «Varia Aegyptiaca»,J/4icCE 2 (1963), 17-51 ¡Anthony Leahy, «Ethnic Diversity in Ancient Egypt», en J. M. Sasson (ed.), Civilizations of the Ancient Near East (Nueva York, 1995), 225-234, y F. M. Snowdenjr., «Ancient Views of Nubia and the Nubians», Expedition, 35 (1993), 40-50 (sobre la etnicidad ptolemaica véase la bibliografía del capítulo 14).

Sobre la historia de los contactos egipcios con Nubia véanse W. B. Emery, Egypt in Nubia (Londres, 1965); Bruce Trigger, *Nubia under the Pharaohs* (Londres, 1976); William Adams, Nubia: Corrídor to Africa, 2ªed. (Londres, 1984); W. Vivían Davies (ed.), Egypt and Africa: Nubia from Prehistory to Islam (Londres, 1991); David O'Connor, Ancient Nubia: Egypt's Rival in Africa (Filadelfia, 1993);T. Celenko (ed.), Egypt in Africa (Indianápolis, 1996), y (sobre todo desde el punto de vista visual) Dieter Wildung (ed.), Sudan: Ancient Kingdoms of the Nile (París, 1997).

Para la gente y culturas de la Libia pregriega véanse W. Hólscher, Libyer und Agypten (Glückstadt, 1937); Kenneth Kitchen, *The Third Intermedíate Period in Egypt* (Warminster, 1986), 287-361; M. A. Leahy, «The Libyan Period in Egypt: An Essay in Interpretation», Libyan Studies 16 (1985), 51-65, y (ed.) Libya and Egypt, c. 1300-750 BC (Londres, 1990), y Anthony Spalinger, «Some Notes on the Libyans of the Oíd Kingdom and Later Historical Reflexes», *JSSEA* 9 (1979), 125-160.

Para la muy debatida cuestión de la localización del reino de Punt, los medios utilizados por los egipcios para llegar allí y los productos que buscaban véanse

Louise Bradbury, «Kpw-Boats, Punt Trade and a Lost Emporium», *JARCE* 33 (1996);David Dixon, «The Transplantation of Punt Incensé Trees in Egypt»,J£L4 55 (1969), 55-65; R. Fattovich, «The Problem of Punt in the Light of Recent Fieldwork in the Eastern Sudan», en S. Schoske (ed.), Akten München 1985, IV (Hamburgo, 1991), 257-72; R. Herzog, Pount (Glückstadt, 1968); Kitchen, «The Land of Punt», enThurstan Shaw et al. (eds.), The Archaeology of Africa: Food, Metals and Towns (Londres, 1993), 587-608, y William Stevenson Smith, «The Land of Punt» *JARCE* 1 (1962), 59-60.

Sobre la implicación social, política y económica de Egipto en Siria-Palestina,Turquía y Mesopotamia véanse Raphael Giveon, *The Impact of Egypt on Canaan* (Gotinga, 1978); W. Helck, *Die Beziehungen Ágyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.* (Wiesbaden, 1962); Barry Kemp, «Imperialism and Empire in New Kingdom Egypt», en P. Garnsey y C. R.Whittaker (eds.), Imperialism in the Ancient World (Cambridge, 1978), 7-58; Jean Leclant, Les relatíons entre l'Egyp-te et la Phénicie du voyage d'Ounamon a l'expédition dAlexandre (Beirut, 1968), y William Ward, Egypt and the East Mediterranean World (Beirut, 1971).

Respecto a los contactos entre los egipcios y los habitantes de las islas del norte del Mediterráneo (y de la península griega) véanse Jean Vercoutter, *L'Egypte et le monde égéen préhellénique* (El Cairo, 1956); John Barns, *Egyptians and Greeks* (Oxford, 1966); John Boardman, The Greeks Overseas (Harmondsworth, 1964); H.-J. Thissen, «Griechen in Agypten», en LÁ III (Wiesbaden, 1977), 898-903; Barry Kemp y Robert Merrilees, Minoan Pottery from Second Millennium Egypt (Maguncia, 1981); Naphthali Lewis, Greeks in Ptolemaic Egypt (Oxford, 1986), y W. Vivían Davies (ed.), Egypt, theAegean and the Levant (Londres, 1995).

Sobre los «pueblos del mar» véanse T. y M. Dothan, *People of the Sea: The Searchfor the Philistines* (New York, 1992); Redford, Egypt, Canaan and Israel (ya citado), 285-394, y Nancy Sandars, *The Sea Peoples* (Nueva York, 1985).

12. El Tercer Período Intermedio

Para el período en general, la fuente básica sigue siendo Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)* (Warminster, 1973; 2ªed. con suplemento, 1986; 3ªed., con nuevo prefacio, 1995). El suplemento y el prefacio de 1995 sintetizan y critican los estudios sobre cronología y geografía política publicados desde 1973. Las fuentes textuales del período están dispersas y todavía se necesitan nuevos estudios de muchos textos. Traducciones de algunos textos básicos se encuentran en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature, III* (Berkeley y Los Angeles, 1980). Una breve pero bien escogida selección de textos en Pascal Vernus, «Choix de textes illustrant le temps des rois tanites et libyens», en J.Yoyotte (ed.) Tanis, l'or des Pharaons (París, 1987), 102-111.

Las genealogías y prosopografía de las familias militares se tratan en M. L. Bierbrier, *The Late New Kingdom in Egypt (c. 1300-664 BC)* (Warminster, 1975); P.-M. Chevereau, *Prosopographie des cadres militaires égyptiens de la Basse Epoque* (Antony, 1985), y G. Vittmann, Priester und Beamte im Theben der Spatzeit (Viena, 1978).

Los artículos que estudian las familias reales y de funcionarios del período son numerosos; entre las modificaciones más significativas de la estructura bosquejada por Kitchen se encuentran 1) un resumen de los acontecimientos y el comienzo del Tercer Período Intermedio: K. Jansen-Winkeln, «Das Ende des Neuen Reiches», ZAS 119 (1992), 22-37; «Die Plünderung der Kónigsgraber des Neuen Reiches», *ZAS* 122 (1995), 62-78; 2) la categoría histórica y la esfera de influencia de la XXIII Dinastía: D. A. Aston, «Takeloth II —A King of the "Theban Twenty-Third Dynasty"?» *JEA* 75 (1989), 139-153; M. A. Leahy, «Abydos in the Libyan Period», en M. A. Leahy (ed.), *Libya and Egypt, c. 1300-750 BC* (Londres, 1990), 155-200. Las teorías revisionistas de varios autores, que proponen una importante reducción de la cronología del Tercer Período Intermedio, no han recibido aceptación general.

Sobre los aspectos ideológicos de la realeza del Tercer Período véase M. A. Bonhéme, *Les novas royaux dans l'Egypte de la Troisiéme Période Intermédiaire* (El Cairo, 1987). Un bien documentado estudio de la sociedad, administración y cultura del período es David O'Connor, «New Kingdom and Third Intermedíate Period, 1552-664 BC», en B.Trigger *et al.*, *Ancient Egypt: A Social History* (Cambridge, 1983), 183-278. Para una visión general del período con énfasis en Tanis véase J. Yoyotte (ed.), *Tanis, l'or des pharaons* (París, 1987).

La cronología, cultura y sociedad del Período Libio se tratan en M. A. Leahy (ed.), *Libya and Egypt, c. 1300-750 BC* (Londres, 1990), mientras que el carácter libio de la XXI Dinastía es estudiado por K. Jansen-Winkeln, «Der Beginn der Libyschen Herrschaft in Agypten», Biblische Notizenjl (1994), 78-97. Para el

impacto de la inmigración libia en la cultura y la sociedad egipcias véase M. A. Leahy, «The Libyan Period in Egypt: An Essay in Interpretation», *Libyan Studies* 16 (1985), 51-65. Sobre las inscripciones históricas y biográficas del Período Libio véanse R. A. Caminos, *The Chronicle of Prime Osorkon* (Roma, 1958), y K. Jansen-Winkeln, *Agyptische Biographien der 22. und 23. Dynastie* (Wiesbaden, 1985). Un estudio de los principados del delta en J.Yoyotte,«Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne (études d'histoire politique)», *MIFAO* 66 (1961),121-181, láms. I—III, y E Gomaa, *Die libyschen Fiirstentümer des Deltas* (Wiesbaden, 1974). Sobre las estelas de donación véase D. Meeks, «Les donations aux temples dans l'Egypte du Ier millénaire avant J.C.», en E. Lipinski (ed.), *State and Temple Economy in the Ancient Near East, II* (Lovaina, 1979), 605-87.

El Período Kushita (XXV Dinastía) es estudiado por Laszlo Tórók, The Birth of an Ancient African Kingdom: Kush and her Myth of the State in the First Millennium BC (Lille, 1995), y Jean Leclant, «Kuschitenherrschaft», en *LA III* (Wiesbaden, 1980), 893-901. Sobre la campaña del rey Piye, véanse N. Grimal, *La stéle triomphale de Pi-(ankh) y au Musée du Caire* (El Cairo, 1981), y E. R. Russmann, *The Representation of the King in the XXVth Dynasty* (Bruselas, 1974).

Varios artículos y monografías discuten la religión y cultura material del Tercer Período Intermedio. H. Kees, Die Hohenpriester des Amun von Karnak von Herihor bis zum Ende des Áthiopienzeit (Leiden, 1964), sigue conteniendo material útil, si bien ahora reemplazado en cuestiones concretas de identificación y cronología de los sacerdotes de Amón durante el Tercer Período; véase también J. M. Kruchten, *Les anuales des prétres de Karnak (XXI-XXIIIémes dynasties) et autres textes contemporains relatifs a l'initiation des prétres d'Amon* (Lovaina, 1989). Sobre los oráculos J. M. Kruchten, *Legrand texte oraculaire de Djéhoutymose, intendant du Domaine d'Amon sous le pontifical de Pinedjem II* (Bruselas, 1986); sobre el papel de la mujer en el culto del templo véase S. A. Naguib, *Le clergé féminin d'Amon thébain a la 21 Dynastie* (Lovaina, 1990); sobre la «esposa del dios Amón» véase E. Graefe, *Untersuchungen zur Verwaltung und Geschichte der Institution der Gottesgemahlin des Amun vom Beginn des Neuen Reiches bis zur Spatzeit* (Wiesbaden, 1981); sobre la iconografía religiosa véase Richard Fazzini, *Egypt: Dynasty XXII-XXV* (Iconography of Religions XVI (10); Leiden, 1988).

Las costumbres funerarias se describen en Pierre Montet, *La Nécropole royale de Tanis, I-III* (París, 1947-60), mientras que los ataúdes son estudiados en A. Niwinski, *21st Dynasty Coffins from Thebes: Chronological and Typological Studies* (Maguncia del Rhin, 1988), y R. van Walsem, *The Coffin of Djedmonthuiu-fankh in the National Museum of Antiquities at Leiden* (Leiden, 1997). Los papiros funerarios se tratan en A. Niwinski, *Studies on the Illustrated Theban Funerary Papyri of the 9nth and 10th Centuries BC* (Friburgo, 1989).

La escultura del Tercer Pendo Intermedio se trata en Karol Mysliwiec, *Royal Portraiture of the Dynasties XXI-XXX* (Maguncia del Rhin, 1988). La cerámica se describe en David Aston, *Egyptian Pottery of the Late New Kingdom and Third Intermedíate Period (Twelfth-Seventh Centuries BC) (SAGA 13)* (Heidelberg, 1996); las figuritas de fayenza son descritas por J. Bulté, *Talismans égyptiens d'heureuse maternité* (París, 1991); mientras que el trabajo del metal es tratado por Christiane Ziegler, «Les arts du metal á la Troisiéme Période Intermédiaire», en J. Yoyotte (ed.), *Tanis, l'or despharaons* (París, 1987), 85—101; R. S. Bianchi, «Egyptian Metal Statuary of theThird Intermedíate Period (Circa 1070-656 BC),fxom its Egyptian Antecedents to its Samian Examples», en M. True y J. Podany (eds.), *Small Bronze Sculpture from the Ancient World* (Malibu, 1990), 61-84.

Las tumbas tebanas de finales del Tercer Período Intermedio se describen en D. Eigner, *Die Monumentalen Grabbauten der Spatzeit in der Thebanischen Nekropole* (Viena, 1984).

13. La Baja Época

Estudios sobre la Baja Época en conjunto se pueden encontrar en todas las historias generales sobre Egipto, como Étienne Drioton y Jacques Vandier, *L'Egypte*, 5ªed. (París, 1975) [*El Egipto faraónico*, Bilbao, 1972]; Alan Gardiner, *Egypt of the Pharaohs* (Oxford, 1961) [*El Egipto de los faraones*, Barcelona, 1994], Bruce Trigger*et al.*, *Ancient Egypt:A Social History* (Cambridge, 1983), y Nicolás Grimal, *A History of Ancient Egypt* (Oxford, 1992), aunque el mejor libro de los dedicados a este período es E K. Kienitz, *Die politische Geschichte Agyptens vom 7. bis zum 4.Jahrhundert vor der Zeitwende* (Berlín, 1953).

Para el Período Saíta consúltense Kenneth Kitchen, *The Third Intermedíate Period in Egypt (1100-650 BC)* (Warminster, 1973); T. G. H. James, «Egypt: The Twenty Fifth and Twenty-Sixth Dynasties», en J. Boardman *et al.* (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 111(2), 2ªed. (Cambridge, 1991), 677-750, y Anthony Leahy, «The Earliest Dated Monument of Amasis and the End of the Reign of Amasis» *JEA* 74 (1988), 183-199.

Sobre la primera ocupación persa, véanse Georges Posener, *La premíére domination perse en Egypte* (El Cairo, 1936); Edda Bresciani, «La satrapía d'Egitto», *Studi classici e orientali* 7 (1958), 153-187, y John Ray, «Egypt: 525-404 BC», en Boardman *et al.* (eds.), *The Cambridge Ancient History, IV*, 2ªed. (Cambridge, 1988), 254-286. Sobre el período de independencia y la Segunda Ocupación Persa, véase Alan Lloyd in Boardman *et al.* (eds.), *The Cambridge Ancient History, VI* (Cambridge, 1994), 337 y ss.

Un estudio de la realeza de las XXVI-XXX Dinastías en Eberhard Otto, *Die biographischen Inschriften der ágyptischen Spatzeit* (Probleme der Ágyptologie 2, Leiden, 1954); Peter Kaplony, «Bemerkungen zum ágyptischen Kónigtum, vor allem in der Spatzeit», *CdE* 46 (1971), 250-274; Janet Johnson, «The Demotic Chronicle as an Historical Source, Enchoria 4 (1974), 1-17, y Leahy, «Royal Iconography and Dynastic Change, 750-525 BC: The Blue and Cap Crowns», JIM 78 (1992), 223-240.

Respecto a la estructura social durante la Baja Epoca véanse E. Meyer, «Gottestaat, Militárherrschaft und Stándewesen in Agypten», *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften und Philosophische-historiche Klasse*, 28 (1928), 495-532, y Alan Lloyd, en Trigger *et al.*, *Ancient Egypt* (citado anteriormente), 299-301. Un estudio del sistema económico y de la administración véase Lloyd, en Trigger *et al.*, *Ancient Egypt* (citado anteriormente), 325-337. Los *machimoi* y sus antepasados libios se tratan en Kitchen, *The Third Intermedíate Period* (citado anteriormente), F. Gomaá, *Die libyschen Fürstentümer des Deltas vom Tod Osorkons II. bis zur Wiedewereinigung Agyptens dur Psametik I* (Wiesbaden, 1974), y Lloyd, Herodotus Book II, 3.184 y ss. Para los contactos comerciales y

militares entre griegos y egipcios durante la Baja Época véanse John Boardman, *The Greeks Overseas* (Harmondsworth, 1964); Whitney Davis, «The Cypriotes at Naukratis», *GM* 41 (1980), 7-19; William Coulson y A. Leonard,Jr., *Cities of the Delta, I. Naukratis: Preliminary Report on the 1977-1978 and 1980 Seasons* (Malibú, 1981); Lloyd, «Triremes and the Sáite Navy» *JEA* 58 (1972), 268-79, y Boardman, «Settlement for Trade and Land in North Africa: Problems of Identity», en G. R. Tzetskhladze y F. Angelis (eds.), *The Archaeology of Greek Colonization: Essays Dedicated to Sir John Boardman* (Oxford, 1984), 137-49.

Un estudio del sacerdocio durante la Baja Época se encuentra en Hermann Kees, *Das Priestertum im agyptischen Staat* (Leiden, 1953); Serge Sauneron, *Les prétres de l'ancienne Égypte* (Bourges, 1957), y G. Vittmann, *Priester und Beamte im Theben der Spatzeit* (Viena, 1978). Para la religión en general durante este periodo véase Otto, *Die biographischen Inschriften* (citado anterioremente), passim.

Sobre el arte de la Baja Época véanse Bernard Bothmer *et al., Egyptian Sculpture of the Late Period 700 BC to AD 100* (Nueva York, 1960); Richard Fazzini, *Images for Etemity: Egyptian Art from Berkeley and Brooklyn* (Nueva York, 1975); Cyril Aldred, *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs* (Londres, 1980), capítulos 16-17, y William Stevenson Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt,* rev.W Kelly Simpson (Harmondsworth, 1981), capítulo 21. Para un estudio detallado del arcaísmo en el arte y la literatura de la Baja Época véanse H. Brunner, «Archaismus», en LÁ I (Wiesbaden, 1975), 386-395; John Cooney, «Three Early Saite Tomb Reliéis» *JNES* 9 (1950),193-203, y Peter Der Manuelian, *Living in the Past: Studies in Archaísm of the Egyptian Twenty-Sixth Dynasty* (Londres, 1994).

Carecemos de un estudio de conjunto de la arqueología mortuoria de la Baja Época, pero material relevante aparece en Jeffrey Spencer, *Death in Ancient Egypt* (Harmondsworth, 1982). Véase también David Aston, «Dynasty 26, Dynasty 30, or Dynasty 27? In search of the Funerary Archaeology of the Persian Period», en M. A. Leahy y W. J.Tait (eds.), *Studies Dedicated to Professor H. S. Smith* (Londres, 1999).

14. El Período Ptolemaico

Útiles estudios generales sobre el período son C. Préaux, *Les grecs en Égypte d'aprés les archives de Zénon* (Bruselas, 1947); W.Tarn y G.T. Griffith, Hellenistic Civilisation, 3ªed. (Londres, 1952); E.Will, Histoíre politíque du monde helléníst ique, 2 vols. (Nancy, 1966-1967); C. Préaux, Le monde helléníst ique, 2 vols. (París, 1978); Hartwig Maehler y V. M. Strocka, Das ptolemdische Agypten: Akten des Internadonalen Symposion 27.-29. Sept 1976 in Berlin (Maguncia del Rin, 1978); F.W.Wal-bank, The Hellenistic World (Glasgow, 1981); J. Boardman et al. (eds.) The Cambridge Ancient History,VII(l), 2ªed. (Cambridge, 1984),VIII, 2ªed. (Cambridge, 1989), IX, 2ªed. (Cambridge, 1993), X, 2ªed. (Cambridge, 1996); N. G. L. Hammond, The Macedonian State (Oxford, 1989); G. Hólbl, Geschichte des Ptolemaerreiches (Darmstadt, 1994); J.Whitehome, Cleopatras (Londres, 1994), y S. Vleeming (ed.), Hundred-Gated Thebes (Papyrologica Lugduno-Batava 27; Leiden, 1995). Sobre Alejandría véase P. M. Fraser, Ptolemaíc Alexandria, 3 vols. (Oxford, 1972).

Para la historia militar de los ptolomeos véanse F. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War* (Berkeley y Los Angeles, 1957), y Leo Casson, Ships and Seamanship in the Ancient World (Princeton, 1971).

Respecto a la realeza ptolemaica véanse Janet Johnson, «The Demotic Chronicle as an Historical Source», *Enchoria*, 4 (1974), 1-17; E. E. Buce, The Grand Processíon of Ptolemy Philadelphus (Oxford, 1983); K. Bringmann, «The King as Benefactor: Some Remarks on Ideal Kingship in the Age of Hellenism», en A. Bulloch et al. (eds.), Images and Ideologies: Self-definition in the Hellenistic World (Berkeley y Los Angeles, 1993) [que incluye el artículo de L. Koenen, «The Pto-lemaic King as a Religious Figure»];W. Huss, «Das Haus des Nektanebis und das Haus des Ptolemaios», Ancient History, 25 (1994), 111-17; J. K.Winnicki, «Carrying Off and Bringing Home the Statues of the Gods: On an Aspect of the Religious Policy of the Ptolemies towards the Egyptians», Journal ofjuristic Papy-rology 24 (1994), 149-90. Sobre el matrimonio entre hermanos véase R. S. Bag-nall yB.W Frier, The Demography of Román Egypt (Cambridge, 1994).

Para la historia económica y social del Período Ptolemaico véanse J. N. Svoronos, *Die Münzen der Ptolemáer* (Atenas, 1908); M. Rostovtzeff, A Large Estate in Egypt in the Third Century BC:A Study in Economic History (Roma, 1967; reimp. de la ed. de 1922), y The Social and Economic History of the Hellenistic World, 3 vols. (Oxford, 1953); D.J. Crawford, KerkeosirisiAn Egyptian Village in the Ptolemaíc Period (Cambridge, 1971); N. Davies y C. M. Kraay, The Hellenistic Kingdoms: Portrait Coins and History (Londres, 1973); S. B. Pomeroy, Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra (Detroit, 1984); Dorothy Thompson, Memphis under the Ptolemies (Princeton, 1988); R. A. Hazzard, Ptolemaíc Coins: An

Introduction for Collectors (Toronto, 1995), y Dominic Montserrat, Sex and Society in Grae-co-Roman Egypt (Londres, 1996).

Sobre los sacerdotes, templos y religión ptolemaicos véanse Serge Sauneron, *Les prétres de l'ancienne Egypte* (Bourges, 1957); F. Dunand, «La classe sacerdótale et sa fonction dans la société égyptienne á l'époque hellénístique», en J. Margueron et al. (eds.), Sanctuaires et clergés (París, 1985), 41-59; EleniVassilika, Ptolemaic Philae (Lovaina, 1989);W. Huss, Der makedonische Kónig und die agyptischen Priester: Studien zur Geschichte des ptolemdischen Agypten (Stuttgart, 1994), y R. Merkelbach, Isis Regina, Zeus Serapis. Die griechisch-agyptische Religión nach den Quellen dargestellt (Stuttgart, 1995).

Respecto a la etnicidad del Período Ptolemaico véanse C. Préaux, «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides», *CdE* 11 (1936), 522-552; Naphthali Lewis, Greeks in Ptolemaic Egypt (Oxford, 1986); K. Goudriaan, Ethnicity in Ptolemaic Egypt (Amsterdam, 1988), y P. Bilde *et al.*, Ethnicity in Hellenistic Egypt (Aarhus, 1992).

Para el arte y la literatura de la época véanse Bernard Bothmer *et al.*, *Egyptian Sculpture of the Late Period 700 BC to AD 100* (Nueva York, 1960); Richard Fazzini, Images for Eternity: Egyptian Art from Berkeley and Brooklyn (Nueva York, 1975); Fazzini y Robert Bianchi, Cleopatra's Egypt (NuevaYork, 1981), y Miriam Lichtheim, Ancient Egyptian Literature, III. The Late Period (Berkeley y Los Angeles, 1980).

15. El Período Romano

Hasta hace relativamente poco había escasez de libros sobre el Egipto romano, una situación que está siendo rectificada con rapidez. La mejor introducción general es sin duda la de Alan Bowman, *Egypt after the Pharaohs* (Londres, 1986). Otros trabajos generales que merece la pena leer son Naphthali Lewis, *Life in Egypt under Roman Rule* (Oxford, 1983), y J. G. Milne, A History of Egypt under Román Rule (Londres, 1924). Sobre la romanización de Egipto véase Lewis «The Romanity of Egypt: A Growing Consensus», *Atti del XVII Congresso Internazionale di Papirologia* (Napóles, 1984), 1077-1084. El papel especial de los papiros y ostraca es tratado por Roger S. Bagnall, Reading Papyri, WritingAncient History (Londres, 1995). La administración del Egipto romano es una cuestión compleja, pero se encontrarán buenas síntesis en los libros de Bowman y Lewis citados anteriormente.

El papel del ejército es considerado en R. Alston en *Soldier and Society in Román Egypt* (Londres, 1995), pero para una visión general reciente del ejército en el Desierto Oriental véase Valerie Maxfield, «Eastern Desert Forts and the Army in Egypt during the Principate», en Donald Bailey (ed.), Proceedings of the British Museum Conference on Román Egypt, publicado como *JRA* supplement 19 (1996), 9-19. Gran parte de: J. Lesquier, *L'Armée romaine de l'Egypte d'Auguste a Diodétian* (El Cairo, 1918), sigue siendo válida.

El comercio de grano ha sido objeto de muchas discusiones, pero un trabajo fundamental es G. Rickman, «The Grain Supply under the Román Empire», en J. H. D'Arms y E. C. Kopff (eds.), *The Seaborne Commerce of Andent Rome: Studies in Archaeology and History* (Roma, 1980), 261-276. Sobre la heredad de Apiano véase Dominic Rathbone, *Economic Rationalism and Rural Society in Third Century AD Egypt* (Cambridge, 1991).

Los recursos pétreos del Desierto Oriental se tratan en David Peacock, Rome in the Desert: A Symbol of Power (Southampton, 1992), y en Peacock y Maxfield, *Survey and Excavation at Mons Claudianus 1987-1993, 1. The Topography and Quarries* (El Cairo, 1996). La distribución de la roca del Mons Claudianus se trata en Peacock *et al.*, «Mons Claudianus and the Problem of the granito del foro: A Geological and Geochemical Approach», *Antiquity*, 68 (1994), 209-230. Sobre el emplazamiento de Myos Hormos, véase Peacock, «The Site of Myos Hormos: A View from Space», IRA 6 (1993), 226-32. Las rutas del desierto se tratan en J. C. Golvin y M. Reddé, «Du Nil á la Mer Rouge: Documents anciens et nouveaux sur les routes du désert oriental d'Egypte, Karthago, 21 (1987), 5-64; Steven Sídebotham *et al.*, «Survey of the Abu Sha'ar—Nile Road», *AAR* 95 (1991), 571-622, y R. Zitterkopf y S. Sidebotham, «Stations and Towers on the Quseir-Nile Road», *JEA* 75 (1989), 155-189. Sobre el comercio véase también L. Casson, *The Periplus Maris*

Erythraei (Princeton, 1989), y Sidebotham, *Roman Economic Policy in the Erythra Thalassa* (Leiden, 1986).

Aspectos diversos de la religión en el Egipto romano se tratan en H. I. Bell, *Cults and Creeds in Graeco-Roman Egypt* (1953); David Frankfurter, *Religión in Roman Egypt: Assimilation and Resistance* (Princeton, 1998), y R. Witt, *Isis in the Graeco-Roman World* (Londres, 1971). Sobre el cristianismo y el monasticismo véanse Colin Walters, *Monastic Archaeology in Egypt* (Warminster, 1974), y Bagnall, *Egypt in Late Antiquity* (Princeton, 1993). Sobre los retratos de las momias véanse Euphrosyne Doxiadis, *The Mysteríous Fayum Portraits* (Londres, 1995); Susan Walker y Morris Bierbrier (eds.), *Ancient Faces: Mummy Portraits from Román Egypt* (Londres, 1997),y Bierbrier (ed.), *Portraits and Masks in Roman Egypt* (Londres, 1997).

Sobre la cerámica véanse Jean-Yves Empereur, «Un atelier de Dressel 2-4 en Égypte au Ule siécle de notre ere», *Bulletin de Correspondence Hellénique*, suppl. 13 (1986), 599-608, y Empereur y M. Picón, «Á la recherche des fours d'amphores», *Bulletin de Cotrespondence Hellénique*, suppl. 13 (1986), 103-124. Sobre las pruebas papirológicas véase H. Cockle, «Pottery Manufacture in Román Egypt», *JRS* 71(1981), 87-97. Sobre la manufactura de la fayenza y el cristal véanse Paul T. Nicholson, *Egyptian Faience and Glass* (Princes Risborough, 1993), y D. B. Harden, *Roman Glass from Karanis* (Ann Arbor, 1936).

La naturaleza de la sociedad en el Egipto romano se estudia tanto en R. S. Bagnall y B.W. Frier, *The Demography of Roman Egypt* (Cambridge, 1994), como en Dominic Montserrat, *Sex and Society in Graeco-Roman Egypt* (Londres, 1996).

GLOSARIO

achelense: industria lítica que se caracteriza por las hachas y hendidores de mano groseramente simétricos, relacionada con la aparición del *Homo erectus* y de los primeros *Homo sapiens*.

akh: uno de los cinco elementos que los egipcios consideraban necesarios para tener una personalidad completa (los otros cuatro son el *ka*, el *ba*, el nombre y la sombra); se creía que era tanto la forma en la que el difunto bendito vivía en el otro mundo como el resultado de la unión exitosa del *ba* con su *ka*.

ankh: signo jeroglífico que significa «vida» y que tiene forma de cruz coronada por un bucle; el signo fue adoptado por la Iglesia copta como su única forma de cruz.

ateraniense: industria paleolítica (cuyo nombre procede del yacimiento de Bir el Ater, en la Argelia oriental) que se caracteriza por un tipo particular de punta de piedra en espiga (la cual implica el uso de mangos).

Atón: deidad representada en forma de disco solar, cuyo culto fue especialmente promovido durante el reinado de Akhenaton.

ba*, pájaro *ba: aspecto de los seres humanos que se parece a nuestro concepto de «personalidad», formado por los atributos no físicos que hacen única a cada persona; era representado a menudo como un pájaro con cabeza y brazos humanos y se utilizaba para referirse a las manifestaciones físicas de algunos dioses.

barca, santuario de la barca: tipo de barco utilizado para transportar las imágenes de culto de los dioses egipcios desde un santuario a otro. Además de los santuarios principales en los templos, también había pequeños «santuarios de la barca» (descritos también como «lugares de reposo» o «estaciones de paso») a lo largo del recorrido de las procesiones rituales.

barca solar: barca en la cual el dios sol y el faraón difunto viajaban por el más allá; había dos tipos distintos: la barca del día (*mandet*) y la de la noche (*mesektet*).

B.P.: abreviatura de «Before Present», que se utiliza para referirse a las fechas de Carbono 14 o termoluminiscencia sin calibrar; «presente» se considera de forma convencional que es 1950 d.C.

«cabeza de reserva: tipo de escultura funeraria menfita de la IV Dinastía, consistente en una cabeza humana de piedra, por lo general con orejas excisas (o sin esculpir) y unas enigmáticas líneas talladas en torno al cuello y en la parte baja del cráneo.

Cartas de Amarna: grupo de tablillas cuneiformes procedentes de la ciudad de Amarna, la mayor parte de las cuales procede del «Lugar de las cartas del faraón», un edificio identificado como el «archivo oficial» de la ciudad central de Amarna; de los 382 documentos, sólo 32 no forman parte de la correspondencia diplomática entre Egipto y otros muchos soberanos de Asia occidental.

cartonaje: material consistente en capas de lino o papiro endurecidas con yeso y a menudo decoradas con pintura o dorados; se utilizaba sobre todo para hacer máscaras para las momias, cajas de momia, ataúdes antropomorfos y otros objetos funerarios.

cartucho (*shenu*): borde elíptico que representa un trozo de cuerda anudado con el que se rodearon ciertos elementos de la titulatura real egipcia a partir de la IV Dinastía.

cataratas del Nilo: las seis zonas rocosas de rápidos en la zona media del valle del Nilo, entre Asuán y Jartún.

Ceremonia de la Apertura de la Boca: ritual funerario mediante el cual el difunto y sus estatuas funerarias son devueltos a la vida.

cipo: tipo de estela o amuleto protector en el que se representaba a un niño Horus desnudo de pie sobre cocodrilos mientras sujetaba serpientes, leones u otros animales. Probablemente se utilizara para curar mordeduras de serpientes o picaduras de escorpión, pero casi con seguridad tenía también un propósito profiláctico más general.

cultura «pan-grave»: cultura material de un grupo de ganaderos seminómadas nubios que entraron en Egipto a finales del Reino Medio y el Segundo Período Intermedio; bien atestiguados en el Desierto Oriental, su rasgo más característico es una tumba redonda poco profunda en la que enterraban a sus muertos.

demótico (griego: «[escritura] popular»): escritura cursiva conocida por los egipcios como *sekh shat* y que reemplazó al hierático en la XXVI Dinastía; al principio sólo se utilizaba en documentos comerciales y burocráticos, pero durante la época ptolemaica también para textos religiosos, científicos y literarios.

depósitos de fundación: grupos de objetos rituales enterrados en puntos importantes de estructuras relevantes, como complejos piramidales y templos; se creía que las ofrendas de herramientas en miniatura mantendrían mágicamente el edificio para toda la eternidad.

«divina adoratriz» (*duat-netjer*): título religioso femenino que fue adoptado originalmente por la hija del «gran sacerdote del dios Amón» durante el reinado de Hatshepsut; a partir del reinado de Ramsés IV era ostentado junto al título «esposa del dios Amón».

dromos: vía procesional que conectaba diversos templos.

encausto: técnica pictórica que emplea una mezcla caliente de cera y pigmento, utilizada en los retratos de momia de Fayum del Egipto romano.

Epipaleolítico: término cronológico utilizado para referirse a la última fase del Paleolítico en el norte de África y el antiguo Oriente Próximo y Medio; el Epipaleolítico egipcio y de la Baja Nubia se caracteriza sobre todo por su innovadora técnica lítica (herramientas a base de lascas microlíticas [véase más adelante]). Su

posición cronológica se sitúa entre el Paleolítico Superior y el Neolítico nilóticos (es decir, c. 10000-5200 a.C.).

escarabeo: tipo de sello encontrado en Egipto, Nubia y Siria-Palestina desde la XI Dinastía hasta la época ptolemaica; su nombre deriva del hecho de que estaba tallado con la forma del escarabajo pelotero (*Scarebeus sacer*).

esfinge: animal mítico representado por lo general con cuerpo de león y cabeza de hombre, a menudo con el tocado nemes, como en el caso de la Gran Esfinge de Guiza; las estatuas de esfinges también recibían en ocasiones cabezas de carnero (crioesfinges) o halcones (hieracoesfinges).

«esposa del dios Amón» (hemet-netjer net Imeri): título religioso atestiguado por primera vez a comienzos del Reino Nuevo y que con posterioridad quedaría muy estrechamente ligado al de «divina adoratriz». Actuaba como la consorte de Amón en las ceremonias religiosas de Tebas. Desde finales de la XX Dinastía se le prohibió el matrimonio y adoptaba una hija del siguiente rey como su heredera. En la XXV y XXVI Dinastías la «esposa del dios» y su sucesora adoptada tuvieron un papel importante en la transferencia del poder real.

estatua-cubo: tipo de escultura que representa al personaje de una forma muy compacta, con las rodillas alzadas hasta la barbilla, reduciendo así el cuerpo humano a una forma esquemática en forma de cubo.

estela de donación: losa de piedra inscrita que recoge la entrega de tierras cultivables a los dioses de los templos locales.

fachada de palacio: estilo arquitectónico formado por una secuencia de nichos retranqueados que es especialmente característico de los muros exteriores de los edificios funerarios del Dinástico Temprano en Abydos y Sakkara.

falsa puerta: elemento arquitectónico de piedra o madera consistente en una imitación rectangular de una puerta y situado dentro de las capillas de las tumbas privadas egipcias, delante del cual solían situarse las ofrendas funerarias.

fayenza: material vidriado sin arcilla muy utilizado en Egipto para la producción de objetos como joyas, *shabtis* y recipientes.

fiesta *Sed* (*heb-sed*; jubileo real): ritual regio de renovación y regeneración, que se pretendía que el rey sólo lo celebrara tras treinta años de reinado.

fórmula de ofrendas (*hetep-di-nesu*, «una ofrenda que el rey concede»): oración que solicita que le sean llevadas ofrendas al difunto y que formaba el centro de las ofrendas de alimentos en las tumbas privadas; la fórmula a menudo va acompañada de una representación del difunto sentado delante de una mesa de ofrendas repleta de comida.

hierático (griego: hieratika, «sagrado»): escritura cursiva utilizada desde al menos el final del Dinástico Temprano y que permitía a los escribas escribir con mayor rapidez sobre papiro y ostraca, lo que hizo de ella el sistema preferido para la

enseñanza de los escribas. Un forma aún más cursiva de escritora, conocida «hierático anormal», comenzó a utilizarse en textos de negocios en el Alto Egipto durante el Tercer Período Intermedio.

humanos anatómicamente modernos: los primeros homínidos que a) se parecen a los humanos modernos (en términos anatómicos) y b) pertenecen a la subespecie *Homo sapiens sapiens*; la expresión es en realidad bastante engañosa, puesto que los primeros ejemplares (los cuales poseen arcos ciliares y dientes grandes) son bastante diferentes de los humanos genuina-mente modernos como nosotros.

instrucciones (egipcio: *sebayt*; textos sapienciales, literatura didáctica): tipo de texto literario (por ejemplo, *Las instrucciones de Amenemhat*) consistente en aforismos y consejos éticos; el ejemplar más antiguo que se conoce se dice que fue compuesto por un sabio de la IV Dinastía, Hardjedef.

jeroglíficos (griego: «[letras] sagradas grabadas»): escritura a base de pictogramas, ideogramas y fonogramas dispuestos en líneas horizontales o verticales que se utilizó desde finales del Período Gerzense (c. 3200 a.C.) hasta el siglo IV d.C.

ka: la fuerza creadora de cualquier individuo, ya sea humano o divino; se representa mediante un jeroglífico consistente en un par de brazos y se consideraba que era el ingrediente esencial que diferenciaba a una persona viva de otra muerta.

lago sagrado: estanque artificial que se encuentra en el interior de los recintos de muchos templos egipcios desde el Reino Antiguo hasta la época romana.

Libro de los muertos: texto funerario conocido por los egipcios como el «Encantamiento para salir por el día», que fue introducido a finales del Segundo Período Intermedio y consistía en un conjunto de 200 encantamientos (o «capítulos»), más de la mitad de los cuales derivaban directamente de los *Textos de las pirámides* y de los *Textos de los sarcófagos*; por lo general el texto solía estar escrito en un papiro que se colocaba dentro del ataúd, junto al cuerpo del difunto.

Maat: diosa que representaba la justicia, la verdad y la armonía universal, por lo general representada o bien como una pluma de avestruz o bien como una mujer sentada con una pluma de esta ave sobre la cabeza. Los soberanos egipcios solían ofrendar a los dioses figurillas de Maat, para señalar el papel del rey como garante de la justicia y la armonía en nombre de los dioses.

***mammisi* («lugar del nacimiento», «casa del nacimiento»)**: término copto inventado por Champollion para describir una construcción dentro de un gran complejo templario de la Baja Epoca y la Epoca Grecorromana, en la cual se celebraban rituales de matrimonio de las diosas (Isis o Hathor) y el nacimiento del dios niño; se colocaba en ángulo recto con respecto al eje principal del templo.

mastaba (árabe: «banco»): tipo de tumba egipcia cuya superestructura rectangular se parece a los bancos bajos de ladrillo que se adosan al exterior de las casas egipcias; en el Dinástico Temprano fue utilizado para tumbas tanto reales como

de particulares, pero terminado el Reino Antiguo sólo para tumbas de particulares.

medjay: grupo nómada procedente del desierto nubio oriental, cuyos miembros fueron utilizados a menudo a partir del Segundo Período Intermedio como exploradores o infantería ligera; han sido identificados con los restos arqueológicos de la llamada cultura «pan-grave».

microlito: tipo de herramienta de piedra formada por una lasca o fracción de lasca, por lo general de menos de 5 milímetros de longitud y 4 milímetros de grosor, considerada la herramienta arquetípica del Período Mesolítico, si bien ahora también se reconoce en algunas industrias paleolíticas. En ocasiones, un único microlito puede actuar como punta de una herramienta, arma o flecha, mientras que muchos juntos se utilizaban para crear el borde cortante de algunas herramientas.

musteriense: una de las industrias líricas claves del Paleolítico Medio, basada en lascas producidas a partir de núcleos cuidadosamente preparados utilizando la técnica levallois, que reemplazó de forma gradual las más pesadas hachas de mano de la industria achelense (véase más arriba).

nilómetro: dispositivo para medir la altura de la crecida del Nilo, por lo general consistente en una serie de escalones sobre los cuales podía medirse la altura creciente de la inundación ideal, así como el nivel general del Nilo.

nombre de coronación: véase prenomen.

nombre de las Dos Señoras (*nebty*): uno de los cinco nombres de la titulatura real; el término deriva del hecho de que el nombre estuviera bajo la protección de dos diosas: Nekhbet y Wadjet.

nombre de Horus: el primer nombre real en la secuencia de cinco nombres que forma la titulatura regia egipcia, escrito generalmente dentro de un *serekh* (véase más abajo).

nomen (nombre de nacimiento): nombre real precedido del epíteto sa-Ra («hijo de Ra»), que por lo general era el último de la secuencia de la titulatura real; era el único que se le daba al faraón en el momento de nacer.

nomo, símbolos de nomo: término griego utilizado para referirse a las 42 provincias tradicionales que los propios egipcios conocían como sepat; durante la mayor parte del Período Dinástico hubo 22 nomos en el Alto Egipto y 20 en el Bajo Egipto.

ostracon (griego: *ostrakon*; pl. *ostraka*; «fragmento de cerámica»): trozo de cerámica o lasca de piedra caliza con texto y dibujos, consistente por lo general en apuntes personales, cartas, bocetos o ejercicios de escriba; pero que a menudo contienen textos literarios, por lo general en escritura hie-rática (véase más arriba).

pájaro *rekhit*: el término egipcio para avefría (*Vanellus vanellus*), un tipo de chorlito con una característica cresta en la cabeza, utilizado a menudo como símbolo para designar al extranjero o a pueblos sometidos.

***peret* («la llegada»)**: término egipcio para la estación de la primavera. Los egipcios dividían el año en doce meses y tres estaciones: *akhet* (la propia inundación), *peret* (cuando las cosechas comenzaban a germinar) y *shemu* (la época de la recogida). Cada estación estaba formada por cuatro meses de treinta días cada uno y cada mes por tres semanas de diez días.

piedra *benben*: piedra sagrada (quizá un resto de hierro meteorítico) de Heliópolis, donde simbolizaba a la colina primigenia y quizá el semen petrificado del dios sol Atum-Ra; fue el prototipo primitivo de los obeliscos y quizá también de las pirámides.

pilono (griego: «puerta»): gran puerta de entrada ceremonial, llamada *bekhenet* por los egipcios, que consiste en dos torres trapezoidales unidas mediante un puente de mampostería y coronadas por una cornisa; se utilizó en los templos desde al menos el Reino Medio hasta la época romana.

playa: llanura caracterizada por una superficie arcillosa dura que queda sumergida de forma intermitente por un lago de escasa profundidad.

prenomen (nombre de coronación): uno de los cinco nombres de la titulatura real egipcia, que viene precedido del título *nesu-bit*, «el del junco y la abeja», que es una referencia tanto al rey mortal individual como a la realeza eterna (no «rey del Alto y el Bajo Egipto», como se traduce en ocasiones erróneamente).

quiosco: pequeña capilla sin techo que se utilizaba durante las fiestas para guardar imágenes de culto de las divinidades.

sala hipóstila (griego: «con pilares»): gran patio de un templo dotado de columnas e iluminado mediante triforio en el tejado; a menudo las columnas variaban de diámetro y altura, siendo las más altas y gruesas las que se encontraban a lo largo del eje del templo.

satrapía: provincia del Imperio aqueménida.

serapeo: término aplicado normalmente a los edificios asociados al culto del toro Apis o el dios sincrético Serapis. El Serapeo menfita en Sakkara, lugar de enterramiento del toro Apis, consiste en una serie de catacumbas al noroeste de la Pirámide Escalonada de Djoser.

***serdab* (árabe: «sótano»; egipcio: *per-tivt*, «casa de la estatua»)**: habitación de las mastabas del Reino Antiguo donde se solían colocar las estatuas del *ka* del difunto.

serekh: panel rectangular (quizá una representación de la entrada al palacio) coronado por un halcón Horus y dentro del cual se escribía el nombre de Horus del rey.

***shabti* (*ushabti, shatvabti*)**: figurilla funeraria, por lo general de apariencia momiforme, que apareció en el Reino Medio a partir de las estatuillas funerarias y los modelos enterrados en las tumbas del Reino Antiguo; el propósito de las estatuillas

era realizar en nombre de su amo los trabajos pesados en el más allá.

shaduf: herramienta para la irrigación formada por un largo madero con un recipiente en un extremo y un peso en el otro, mediante la cual se podía transferir el agua entre el río y los canales.

sistro (egipcio: *seshesht*; griego: *seistron*): instrumento musical formado por discos encajados en varios ejes que entrechocan al agitarse, utilizado principalmente por mujeres, excepto cuando el faraón realizaba ofrendas a la diosa Hathor.

***speos* (griego: «cueva»)**: pequeño templo excavado en la roca.

talatat: pequeños bloques de arenisca con relieves fechados en la época amárnica, cuyo nombre probablemente derive del árabe que significa «tres palmos», que describe sus dimensiones (si bien la palabra también puede proceder del italiano tagliata: «sillar»).

Textos de las pirámides: los más antiguos textos funerarios egipcios, formados por unos 800 encantamientos, escritos en columnas en los muros de los corredores y cámaras funerarias de diez pirámides de finales del Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio.

Textos de los sarcófagos: grupo de más de mil encantamientos, selecciones de los cuales se escribían en los ataúdes del Reino Medio.

titulatura real: secuencia clásica de nombres y títulos que tenía cada uno de los faraones, formada por cinco nombres (la llamada titulatura quíntupie), que no quedó completamente establecida hasta mediados del Reino Medio; consistía en el nombre de Horus, el nombre de Horus de Oro, el nombre de las Dos Señoras (*nebty*), el nombre de nacimiento (nomen; *saRa*) y el nombre de coronación (prenomen; *nesu-bit*).

toro Apis: toro sagrado que servía como *ba* (manifestación física) del dios Ptah, cuyo culto se remonta al comienzo de la historia faraónica; los toros eran enterrados en el Serapeo de Sakkara.

toro Mnevis: animal sagrado considerado como el *ba* (manifestación física) del dios sol en Heliópolis. Todos los toros Mnevis eran completamente negros y, por lo general, se les representa con un disco solar y un uraeus entre los cuernos. Dada su estrecha relación con el dios sol, el Mnevis me una de las pocas entidades divinas reconocidas por Akhenaton.

tríada: grupo de tres dioses, por lo general formado por una familia divina: padre, madre e hijo, adorada en centros de culto específicos.

tumba *saff*: tipo de hipogeo utilizado en la zona de El Tarif, en la orilla occidental de Tebas, por parte de los soberanos locales de la XI Dinastía.

uraeus: serpiente que sobresalía de la frente de la mayor parte de las coronas y tocados reales; el significado original de la palabra griega uraeus puede haber sido «aquella que se yergue».

vasos canopos: cuatro jarras de piedra o cerámica utilizadas para el enterramiento de las vísceras (hígado, pulmones, estómago e intestinos) extraídas durante la momificación; cada uno de ellos era colocado bajo la protección específica de uno de los cuatro genios antropomorfos conocidos como los Hijos de Horus.

«virrey de Kush» («hijo del rey de Kush»): el funcionario egipcio que gobernaba toda Nubia (Wawat y Kush) durante el Reino Nuevo.

visir: término utilizado para referirse a los poseedores del título egipcio *tjaty*, cuya posición se considera comparable a la del visir (o primer ministro) del Imperio Otomano; por lo tanto, el visir era la persona más poderosa tras el rey.

wadi: cauce seco de un río o torrente (torrentera, rambla, etcétera).

CRONOLOGÍA

Esta cronología se ha compilado basándose en varios criterios diferentes, que van desde la interpretación de textos antiguos hasta las fechas de Carbono 14 de los materiales hallados en las excavaciones arqueológicas. Las fechas entre 664 a.C. y 394 d.C. son exactas (principalmente derivan de las fuentes clásicas), mientras que las de la Prehistoria (c. 700000-3000 a.C.) son aproximaciones basadas en una combinación de información estratigráfica, seriación de objetos, fechas de Carbono 14 y fechas de termoluminiscencia.

Para el Período Faraónico (es decir, c. 3000-664 a.C.),la mayoría de las fechas se basan sobre todo en antiguas listas de reyes, inscripciones fechadas y registros astronómicos. En el Reino Nuevo y el Tercer Período Intermedio, el margen de error probable es de diez años, pero éste tiende a incrementarse según nos remontamos en el tiempo, de modo que en el Reino Antiguo puede ser de hasta cincuenta años y en la I Dinastía de hasta ciento cincuenta años.

Cuando las fechas de dos o más dinastías se solapan (principalmente en el Segundo y en el Tercer Período Intermedio) es porque su gobierno era aceptado en diferentes partes del país. Las fechas solapadas, en el caso de reinados dentro de una misma dinastía, por lo general indican corregencias (es decir, períodos en los cuales un rey y su sucesor gobernaban de forma simultánea). Cuando hay interrupciones evidentes en la cronología (sobre todo al final de las dinastías), suele ser porque existen uno o dos soberanos muy pobremente documentados, cuyas fechas de reinado son desconocidas o muy difíciles de calcular.

A comienzos del Reino Antiguo, los soberanos egipcios tenían cinco nombres; el más antiguo de ellos es el llamado nombre de Horus, el que por lo general se suele utilizar para referirse a los reyes de la I—III Dinastías (excepto en el caso de Djoser, cuyo nombre de Horus, Netjerkhet aparece entre paréntesis). A partir de la IV Dinastía, se suele dar uno o dos de los llamados nombres de cartucho (es decir, los nombres *nesu-bit*» y de «hijo de Ra») y en ocasiones también hemos añadido la forma griega del nombre, sobre todo cuando un soberano es más conocido así para el lector moderno (por ejemplo, Keops en vez de Khufu). Nótese que la existencia y posición cronológica de Nebka, soberano de la III Dinastía, es en la actualidad objeto de debate.

PERIODO PALEOLITICO [21]	c. 700000-7000 B.P.
Paleolítico Inferior	c. 700/500000-250000 B.P.
Paleolítico Medio	c. 250000-70000 B.P.
Grupo de transición	c. 70000-50000 B.P.
Paleolítico Superior	c. 50000-24000 B.P.

Paleolítico Tardío	c. 24000-10000 B.P.
Epipaleolítico	c. 10000-7000 B.P.

PERÍODO NEOLÍTICO SAHARIANO c. 8800-4700 a.C.

Neolítico Temprano	c. 8800-6800 a.C.
Neolítico Medio	c. 6600-5100 a.C.
Neolítico Tardío	c. 5100-4700 a.C.

PERÍODO PREDINÁSTICO c. 5300-3000 a.C.

Bajo Egipto[22]	
Neolítico	c. 5300-4000 a.C. (o c. 6400-5200 B.P.)
Complejo cultural de Maadi	c. 4000-3200 a.C.
Alto Egipto	
Período Badariense[23]	c. 4400-4000 a.C.
Período Amraciense (Nagada I)	c. 4000-3500 a.C.
Período Gerzense (Naqada II)	c. 3500-3200 a.C.
Después de c. 3200 a.C. la misma secuencia cronológica se aplica a todo Egipto	
Naqada III/«Dinastía 0»	c. 3200-3000 a.C.

DINASTICO TEMPRANO c. 3000-2686 a.C.

I Dinastía	c. 3000-2890
Aha	
Djer	
Djet	
Den	
Reina Merneith	
Anedjib	
Semerkhet	
Qaa	
II Dinastía	2890-2686
Hetepsekhemuy	
Raneb	

Nynetjer

Weneg

Sened

Peribsen

Khasekhemuy

REINO ANTIGUO 2686-2125 a.C.	
III Dinastía	2686-2613
Nebka	2686-2667
Djoser (Netjerikhet)	2667-2648
Sekhemkhet	2648-2640
Khaba	2640-2637
Sanakht?	
Huni	2637-2613
IV Dinastía	2613-2494
Esnefru	2613-2589
Khufu (Keops)	2589-2566
Djedefra (Radjedef)	2566-2558
Khafra (Kefren)	2558-2532
Menkaura (Micerino)	2532-2503
Shepseskaf	2503-2498
V Dinastía	2494-2345
Userkaf	2494-2487
Sahura	2487-2475
Neferirkara	2475-2455
Shepseskara	2455-2448
Raneferef	2448-2445
Nyuserra	2445-2421
Menkauhor	2421-2414
Djedkara	2414-2375
Unas	2375-2345
VI Dinastía	2345-2181
Teti	2345-2323
Userkara [un usurpador]	2323-2321

Pepi I (Meryra)	2321-2287
Merenra	2287-2278
Pepi II (Neferkara)	2278-2184
Nitiqret	2184-2181
VII y VIII Dinastías	2181-2160
Numerosos reyes ll amados Neferkara, probablemente imitando a Pepi I I	

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO 2160-2055 a.C.

IX y X Dinastías	2160-2025
(Heracleopolitana)	
Khety (Meryibra)	
Khety (Nebkaura)	
Khety (Wahkara)	
Merykara	
XI Dinastía (sólo en Tebas)	2125-2055
[Mentuhotep I (Tepy-a: «el Antepasado»)]	
Intef I (Sehertawy)	2125-2112
Intef II (Wahankh)	2112-2063
Intef III (Nakhtnebtepnefer)	2063-2055

REINO MEDIO 2055-1650 a.C.

XI Dinastía (en todo Egipto)	2055-1985
Mentuhotep II (Nebhepetra)	2055-2004
Mentuhotep III (Sankhkara)	2004-1992
Mentuhotep IV (Nebtawyra)	1992-1985
XII Dinastía	1985-1773
Amenemhat I (Sehetepibra)	1985-1956
Senusret I (Kheperkara)	1956-1911

Amenemhat II (Nubkaura)	1911-1877
Senusret II (Khakheperra)	1877-1870
Senusret III (Khakaura)	1870-1831
Amenemhat III (Nimaatra)	1831-1786
Amenemhat IV (Maakherura)	1786-1777
Reina Sobekneferu (Sobekkara)	1777-1773
XIII Dinastía	1773-después de 1650
Wegaf (Khutawyra)	
Sobekhotep II (Sekhemra-khutawy)	
Iykhernefert Neferhotep (Sankhtawy-sekhemra)	
Ameny-intef-amenemhat (Sankhibra)	
Hor (Awibra)	
Khendjer (Userkara)	
Sobekhotep III (Sekhemra-sewadjtawy)	
Neferhotep I (Khasekhemra)	
Sahathor	
Sobekhotep IV (Khaneferra)	
Sobekhotep V Ay (Merneferra)	
XIV Dinastía	1773-1650
Soberanos menores, probablementen contem poráneos de la XIII o la XV Dinastías	

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO 1650-1550 a.C.

XV Dinastía (Hyksos)	1650-1550

Salitis/Sekerher	
Khyan (Seuserenra)	c.1600
Apepi (Aauserra)	c.1555
Khamudi	
XVI Dinastía	1650-1580
Primeros soberanos tebanos, contemporáneos de la XV Dinastía	
XVII Dinastía	c. 1580-1550
Rahotep	
Sobekemsafl	
Intef VI (Sekhemra)	
Intef VII (Nubkheperra)	
Intef VIII (Sekhemraherhermaat)	
Sobekemsaf II	
Siamun (?)	
Taa (Senakhtenra/Seqenenra)	c. 1560
Kamose (Wadjkheperra)	1555-1550

REINO NUEVO 1550-1069 a.C.

XVIII Dinastía	1550-1295
Ahmose (Nebpehtyra)	1550-1525
Amenhotep I (Djeserkara)	1525-1504
Tutmosis I (Aakheperkara)	1504-1492
Tutmosis II (Aakheperenra)	1492-1479
Tutmosis III (Menkheperra)	1479-1425
Reina Hatshepsut (Maatkara)	1473-1458
Amenhotep II (Aakheperura)	1427-1400

Tutmosis IV (Menkheperura)	1400-1390
Amenhotep III (Nebmaatra)	1390-1352
Amenhotep IV/Akhenaton (Neferkheperurawaenra)	1352-1336
Nefferneferuaton (Esmenkhkara)	1338-1336
Tutankhamon (Nebkheperura)	1336-1327
Ay (Kheperkheperura)	1327-1323
Horemheb (Djeserkheperura)	1323-1295
PERÍODO RAMÉSIDA 1295-1069 a.C.	
XIX Dinastía	1295-1186
Ramsés I (Menpehtyra)	1295-1294
Seti I (Menmaatra)	1294-1279
Ramsés II (Usermaatra Setepenra)	1279-1213
Merenptah (Baenra)	1213-1203
Amenmessu (Menmira)	1203-1200?
Seti II (Userkheperura Setepenra)	1200-1194
Saptah (Akehnrasetepenra)	1194-1188
Reina Tausret (Sitrameritamun)	1188-1186
XX Dinastía	1186-1069
Sethnakht (Userkhaura Meryamvm)	1186-1184
Ramsés III (Usermaatra Meryamun)	1184-1153
Ramsés IV (Heqamaatra	1153-1147

Setepenamun)	
Ramsés V (Usermaatra Sekheperenra)	1147-1143
Ramsés VI (Nebmaatra Meryamun)	1143-1136
Ramsés VII (Usermaatra Setepenra Meryamun)	1136-1129
Ramsés VIII (Usermaatra Akhenamun)	1129-1126
Ramsés IX (Neferkara Setepenra)	1126-1108
Ramsés X (Khepermaatra Setepenra)	1108-1099
Ramsés XI (Menmaatra Setepenptah)	1099-1069
TERCER PERÍODO INTERMEDIO 1069-664 a.C.	
XXI Dinastía	1069-945
Esmendes (Hedjkheperra Setepenra)	1069-1043
Amenemnisu (Neferkara)	1043-1039
Psusennes I [Pasebakhaenniut] (Akheperra Setepenamun)	1039-991
Amenemope (Usermaatra Setepenamun)	993-984
Osorkon el Viejo (Akheperra Setepenra)	984-978
Siamun (Necjerkheperra Setepenamun)	978-959
Psusennes II [Pasebakhaenniut] (Titkhepemra Setepenra)	959-945
XXII Dinastía	945-715

Sheshonq I (Hedjkheperra)	945-924
Osorkon I (Sekhemkheperra)	924-889
Sheshonq II (Heqakheperra)	c. 890
Takelot I	889-874
Osorkon II (Usermaatra)	874-850
Takelot II (Hedjkheperra)	850-825
Sheshonq III (Usermaatra)	825-773
Pimay (Usermaatra)	773-767
Sheshonq V (Aakheperra)	767-730
Osorkon IV (Aakheperra)	730-715
XXIII Dinastía	818-715

Reyes en varios centros, contemporánea con el final de la XXII Dinastía, la XXIV Dinastía y la XXV Dinastía, inclu ye a:

Pedubastis I (Usermaatra)

Iuput I

Sheshonq IV

Osorkon III (Usermaatra)

Takelot III (Usermaatra)

Rudamon (Usermaatra)

Peftjauawybast

Iuput II (Usermaatra)

XXIV Dinastía	727-715
Bakenrenef (Bocoris)	720-715
XXV Dinastía	747-656
Piy (Menkheperra)	747-716

Shabaqo (Neferkara)	716-702
Shabitqo (Djedkaura)	702-690
Taharqo (Khunefertemra)	690-664
Tanutamani (Bakara)	664-656

BAJA ÉPOCA 664-332 a.C.	
XXVI Dinastía	664-525
[Nekau I	672-664]
Psamético I (Wahibra)	664-610
Nekau II {Wehemibra)	610-595
Psamético II (Neferibra)	595-589
Apries (Haaibra)	589-570
Ahmose II [Amasis] (Khnemibra)	570-526
Psamético III (Ankhkaenra)	526-525
XXVII Dinastía (Primer Período Persa)	525-404
Cambises	525-522
Darío I	522-486
Jerjes I	486-465
Artajerjes I	465-424
Darío II	424-405
Artajerjes II	405-359
XXVIII Dinastía	404-399
Amirtayo	404-399
XXIX Dinastía	399-380
Neferites I [Nefaarud]	399-393
Hakor [Akoris] (Khnemmaatra)	393-380
Neferites II	c.380
XXX Dinastía	380-343
Nectanebo I (Kheperkara)	380-362

Teo (Irma atenra)	362-360
Nectanebo II (Senedjemibra setepenanhur)	360-343
Segundo Período Persa	343-332
Artajerjes III Ocus	343-338
Arses	338-336
Darío III Codoman	336-332

PERÍODO PTOLEMAICO 332-30 a. C.

Dinastía macedónica	332-305
Alejandro Magno	332-323
Filipo Arrideo	323-317
Alejandro IV[24]	317-310
Dinastía ptolemaica	
Ptolomeo I Sóter I	305-285
Ptolomeo II Filadelfo	285-246
Ptolomeo III Evérgetes I	246-221
Ptolomeo IV Filópator	221-205
Ptolomeo V Epífanes	205-180
Ptolomeo VI Filométor	180-145
Ptolomeo VII Neo Filópator	145
Ptolomeo VIII Evérgetes II	170-116
Ptolomeo IX Sóter II	116-107
Ptolomeo X Alejandro I	107-88
Ptolomeo IX Sóter II (restaurado)	88-80
Ptolomeo XI Alejandro II	80
Ptolomeo XII Neo Dioniso (Auletes)	80-51
Cleopatra VII Filópator	51-30

Ptolomeo XIII	51-47
Ptolomeo XIV	47-44
Ptolomeo XV Cesarión	44-30

PERÍODO ROMANO [25] 30 a.C.-305 d.C.	
Augusto	30 a.C.-14 d.C
Tiberio	14-37 d.C.
Cayo (Calígula)	37-41
Claudio	41-54
Nerón	54-68
Galba	68-69
Otón	69
Vespasiano	69-79
Tito	79-81
Domiciano	81-96
Nerva	96-98
Trajano	98-117
Adriano	117-138
Antonino Pío	138-161
Marco Aurelio	161-180
Lucio Vero	161-169
Cómmodo	180-192
Septimio Severo	193-211
Caracalla	198-217
Geta	209-212
Macrino	217-218
Didumeniano	218
Severo Alejandro	222-235
Gordiano III	238-242
Filipo	244-249
Decio	249-251
Galo y Volusiano	251-253
Valeriano	253-260
Galieno	253-268
Macriano y Quieto	260-261

Aureliano	270-275
Probo	276-282
Diocleciano	284-305
Maximiano	286-305
Galerio	293-311
Constancio	293-306
Constantino I	306-337
Majencio	306-312
Maximino Daia	307-324
Licinio	308-324
Constantino II	337-340
Constancio (cogobernante)	337-350
Constancio II (cogobernante)	337-361
Magencio (cogobernante)	350-353
Juliano el Apóstata	361-363
Joviano	363-364
Valentiniano I (oeste)	364-375
Valens (cogobernante, este)	364-378
Graciano (cogobernante, oeste)	375-383
Teodosio (cogobernante)	379-395
Valentiniano II (cogobernante, oeste)	383-392
Eugenio (cogobernante)	392-394

Notas

[1] B.P. se refiere a fechas de Carbono 14 sin calibrar, que tienen como punto de comienzo el año 1950 d.C. (N. del T.). <<

[2] En la actualidad se sabe que estos recintos funerarios eran destruidos después del enterramiento del rey. Sólo el de Khasekhemuy queda en pie, quizá porque fue el último soberano en seguir la costumbre de construirse uno. (N. del T.). <<

[3] Recientemente se ha descubierto que en realidad no se trata de los restos de un montículo cuadrado, sino de los de un pequeño estanque utilizado durante la construcción del recinto funerario. (N. del T.). <<

[4] Recientemente, Renée Friedman ha encontrado los primeros intentos de momificación en las Tumbas B16, B85, B71 y B412 del Cementerio HK43 de Hieracómpolis, todas ellas fechadas en 3800-3400 a.C. (N. del T.). <<

[5] La arqueología (el nombre de Nejterikhet en sellos encontrados tanto en la tumba de Khasekhemuy como en Shunet e] Zebib) parece demostrar que Djoser fue el sucesor de Khasekhemuy. Como la arqueología también ha demostrado que Sekhemkhet fue el sucesor de Djoser y que Huni fue el último soberano de la dinastía, quedan dos reyes de la III Dinastía, Sanakh y Nebka, que se sabe que existieron, pero cuya posición en la misma no está clara. (N. del T.). <<

[6] Recientemente se han encontrado los restos de una cuarta pirámide, de veinte metros de lado y otros tantos de altura, frente a la esquina sureste de la Gran Pirámide. (N. del T.). <<

[7] Hace poco se ha localizado en el Desierto Occidental un grafito donde se menciona «el año siguiente al decimotercer recuento del ganado» de Khufu, es decir, el año vigésimo séptimo de reinado de este faraón. (N. del T.). <<

[8] Es probable que la pirámide de Djedefra sí se terminara, pues un grafito encontrado en los bloques que protegían el barco de madera de Khufu menciona la fecha del año vigésimo tercero del reinado de un rey que sólo puede ser el encargado de haber realizado el entierro, es decir, Djedefra, su sucesor inmediato. Si es así, no cabe duda de que éste dispuso del tiempo necesario para completar su tumba en Abu Rowash. (N. del T.). <<

[9] Las recientes excavaciones del equipo checo dirigido por Miroslav Verner en Abusir han demostrado que en realidad este segundo complejo piramidal pertenece a otra reina, llamada también Khentkawes, pero de la V Dinastía. (N. del T.). <<

[10] Pese a la tendencia existente que considera sinónimas las palabras «ataúd» y «sarcófago», lo cierto es que ambas se refieren a realidades distintas: un ataúd es un contenedor, generalmente de madera, para un cadáver; mientras que un sarcófago es un contenedor, por lo general de piedra, para un ataúd. La limitada tradición egiptológica hispana ha aceptado la expresión francesa Textes des sarcophages (Textos de los sarcófagos) en vez de la inglesa Coffin texts (Textos de los ataúdes), bastante más precisa en este caso para referirse a los textos funerarios escritos en las paredes de los ataúdes. (N. del T). <<

[11] La concesión arqueológica fue otorgada al Gobierno español en agradecimiento a su participación en la Campaña de Salvamento de Nubia. Las primeras campañas fueron dirigidas por M. Almagro Basch (1966-1968 y 1976-1979), J. López (1966 y 1968), E Presedo (1969-1979) y F. Fernández (1977). Desde 1984 la directora de la misma es Mª Carmen Pérez Die, del Museo Arqueológico Nacional. (N. del T.). <<

[12] Finalmente, sus trabajos condujeron al descubrimiento en la necrópolis de Dra Abu el Naga (en la primavera de 2001) de una pirámide real de la XVII Dinastía, perteneciente al rey Nub-Kheper-Re Intef. (N. del T.). <<

[13] KV es la abreviatura de la expresión inglesa «Valley of the Kings», es decir,Valle de los Reyes. (N.del T.). <<

[14] En la actualidad, un equipo español dirigido por José Manuel Galán (CSIC) está excavando la tumba de Djehuty. Sus progresos pueden seguirse en *www.excavacionegipto.com* (N. del T.). <<

[15] TT es la abreviatura de la expresión inglesa «Theban Tomb», es decir, Tumba Tebana. (N. del T.). <<

[16] Desde 1992, una misión arqueológica de la Universidad de Barcelona, dirigida por J. Padró, está excavando el yacimiento (N. del T.). <<

[17] Recientemente, un especialista español en la cuestión ha publicado una: Moreno GarcÍa, J. C, *Egipto en el Imperio Antiguo* (2650-2150 a.C.), Barcelona, Bellaterra (arqueología), 2004 (N. del T.). <<

[18] En español, escritas por un especialista, se pueden consultar: Parra Ortiz J. M., *Historia de las pirámides de Egipto*, Editorial Complutense, Madrid, 1997, y Parra Ortiz , J. M., *Las pirámides. Historia, mito y realidad*, Editorial Complutense, Madrid, 2001 (N. del T.). <<

[19] Completada recientemente con Strudwick, N., *Texts from the Pymmid Age, Society of Biblical Literature*, Atlanta, 2005 (N. del T). <<

[20] Recientemente ha aparecido una nueva traducción: Allen J. P., *The Heqanakht Papyri* , Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 2002 (N. del T.). <<

[21] Las fechas del Período Paleolítico se basan principalmente en fechas de Carbono 14 sin calibrar y, por lo tanto, se ofrecen como años de radiocarbono B.P. («antes de nuestra era» en inglés) y no como fechas a.C.; para todo el Neolítico las fechas se citan tanto como B.P. como a.C. Todas las demás fechas son a.C. o d.C. <<

[22] El término «Bajo Egipto» se refiere al delta, Fayum y una zona que se extiende hasta cien kilómetros al sur de El Cairo. <<

[23] El Badariense pudo haber sido una cultura restringida a la región de Badari, cercana a Asyut, en el Egipto Medio, más que una fase cronológica para todo el sur de Egipto. <<

[24] Alejandro IV fue sólo un gobernante nominal, durante 310-305. <<

[25] Las fechas totales que se ofrecen para el Período Romano comienzan con la creación oficial de Egipto como provincia romana (el 31 de agosto de 30 a.C.) y terminan con la división final del imperio en Imperio de Oriente e Imperio de Occidente en 395 d.C. (es decir, el comienzo del Período Bizantino, que por lo general es descrito para Egipto como el Período Copto o Cristiano). <<